

PÁJARO DE SOL

Por WILBUR SMITH

Mientras atravesaba la oscura sala de proyecciones protesté interiormente contra la difusa imagen reflejada en la pantalla. Quince años había estado aguardándola, y ahora que la tenía ante mis ojos no la reconocía. Confusa y vaga, carecía de sentido para mí. Yo esperaba un pequeño objeto: un cráneo, una vasija de barro, algún artefacto o bien una joya de oro o un puñado de abalorios, pero de ninguna manera aquel diseño surrealista en gris, blanco y negro.

La voz de Louren, tensa y excitada, me dio la clave de lo que buscaba:

—La fotografía fue tomada a diez mil ochocientos metros de altura, a las seis cuarenta y siete horas del cuatro de septiembre (o sea, ocho días atrás), con cámara Leica y película de treinta y cinco milímetros.

De modo que se trataba de una fotografía aérea. Adaptados mis ojos y mi mente a tal circunstancia, casi al momento fui consciente de mi propia excitación, en tanto que Louren seguía hablando en el mismo tono apasionado:

—Conseguí que una compañía aérea realizara un vuelo de reconocimiento sobre toda el área que me han autorizado para el estudio de la orientación y longitud de las formaciones geológicas. Esta fotografía sólo recoge la mitad de una superficie de ochenta mil hectáreas... El piloto no sospechó siquiera lo que estaba fotografiando. Sin embargo, los del laboratorio la han ampliado y me la han entregado.

Su rostro se volvió hacia mí, pálido y solemne, a la luz del proyector.

—¿La ves, Ben? Cerca del centro, en el ángulo superior derecho.

Abrí la boca para responder, pero me falló la voz y una triste tos salió de mis labios. Sorprendido, advertí que estaba temblando y que en mi ánimo bullían el temor y la esperanza.

—¡Una imagen clásica! Una acrópolis con doble vallado y «torres fálicas».

Sin duda estaba exagerando, porque allí sólo se veía un débil contorno sobre un fondo borroso. No obstante, la configuración general de la imagen coincidía con su descripción.

—El norte... —dije bruscamente—. ¿Dónde está el norte?

—En la parte superior... Está de cara al norte. ¿Estarían orientadas las torres hacia el sol?

Otra vez guardé silencio, no dispuesto a admitirlo tan rápidamente. Nada me había resultado fácil en la vida, de ahí que naciera en mí la desconfianza y empezara a buscarle dificultades.

—Simple estratificación —dije—. Quizá producto del contacto de la piedra caliza con el granito primitivo. De ahí el dibujo de la superficie.

—¡Tonterías! —me interrumpió Louren.

Siempre excitado, se puso en pie de un salto y se dirigió hacia la pantalla. Con un puntero de ébano que cogió del atril, señaló la superficie punteada en forma de celda a la que le daba por llamar vallado principal.

—¿Dónde has visto —preguntó— un diseño geológico igual? Yo no quería aceptar sus palabras, porque no quería volverme otra vez vulnerable a la esperanza.

—Quizá en alguna parte... —dije.

—¡Vamos! —Su risa, poco frecuente en él por aquella época, era un buen síntoma—. Debí olerme que lo rechazarías. Eres el mayor pesimista de toda África.

—Eso puede ser cualquier cosa, Lo —protesté—. Una ilusión óptica provocada por la luz, la sombra y las formas. Aun admitiendo que haya salido

de la mano del hombre, acaso se trate de jardines o sembrados de muy reciente época.

—¿A ciento ochenta y cinco kilómetros del curso de agua más próximo? No insistas, Ben. Tú sabes, tan bien como yo, que ésa es...

—¡No la nombres! —le dije, casi gritando. Me lancé fuera del mullido sillón de cuero, atravesé la sala de proyecciones y le cogí por un brazo maquinalmente.

—No la nombres —repetí—, porque nos traería mala suerte.

Siempre tartamudeo cuando estoy excitado. Pero, como es uno de mis defectos más insignificantes, hace tiempo que dejó de preocuparme.

Lou volvió a reír, pero esta vez con el ligero desasosiego que suele experimentar cuando me muevo rápidamente o libero la energía contenida en mis brazos. Inclínandose sobre mí, aflojó los dedos que se habían clavado en su antebrazo.

—Perdón... ¿Te he hecho daño? —le dije, soltándole.

—No.

Pero iba acariciando su brazo mientras se dirigía hacia el panel de

^

control para apagar el proyector. Después encendió la luz, y durante un rato nos observamos, parpadeando en silencio.

—Mi pequeño duende hebreo, no me engañas. Tiembles de curiosidad.

Yo lo miré desde abajo, avergonzado de mi protesta, pero aún agitado.

—¿Dónde está, Lo? Dime dónde se encuentra.

—Antes tienes que admitir que estás intrigado, y por primera vez en tu vida habrás de reconocer que te has equivocado... Si no, no te diré nada más —me dijo, para hostigarme.

—Está bien —y miré hacia otra parte mientras escogía las palabras—. A primera vista parece muy interesante.

Echó hacia atrás su magnífica cabellera dorada y soltó una estruendosa carcajada.

—Tendrás que hacer algo más que eso. Probemos de nuevo. Su risa, como de costumbre, era tan contagiosa que no pude contener la mía, similar al trino de un pajarillo comparada con la suya.

—Tengo la impresión —dije resoplando— de que has dado... en el clavo.

—¡Qué simpático! —bromeó.

Hacía años que no veía a tan solemne banquero despojado de su máscara y libre de las preocupaciones nacidas del imperio financiero Sturvesant, en ese momento henchido de promesas y posibles realizaciones.

—Ahora dime dónde está —imploré.

—Ven —me dijo, serio ahora, mientras se dirigía a la larga mesa apoyada contra la pared, en la que había un mapa sujeto con alfileres a un tapete verde.

Como la mesa era muy alta, me encaramé a una silla y me incliné sobre la mesa. Ahora estaba casi al mismo nivel que Louren, de pie a mi lado. Juntos examinamos el mapa.

—Serie Aeronáutica A. Sudáfrica. Mapa cinco. Botsuana y Rodesia Occidental.

Me puse rápidamente a buscar alguna indicación: una cruz o una señal hecha con lápiz.

—¿Dónde? —pregunté—. ¿Dónde está?

—Sin duda sabes que me han dado la concesión sobre un territorio minero de sesenta mil kilómetros cuadrados aquí, al sur de Maun.

—¡Vamos, Lo! No intentes venderme acciones de la Sturvesant Minerals. ¿Dónde demonios está eso?

—Hemos construido un pequeño aeródromo, expresamente para el avión Lear. No hace nada que hemos acabado de terminarlo.

—No puede estar tan al sur de las minas de oro.

—No. No es allí —confirmó Louren—. No vayas tan deprisa que derraparás —añadió, disfrutando con mi tortura.

Su dedo se deslizó por el mapa y se detuvo de pronto. También mi corazón pareció detenerse. La cosa iba bien. Cada vez mejor. La latitud era

perfecta, pues todos los indicios laboriosamente reunidos por mí durante muchos años coincidían en general con aquella zona.

—Aquí está —dijo Lou—. A trescientos cuarenta kilómetros al sudeste de Maun y a noventa kilómetros del faro situado al sudoeste del coto de caza de Wankie, protegida por un arco de bajas colinas y perdida en una inmensidad rocosa y una tierra poblada de matas.

—¿Cuándo salimos? —le pregunté.

—¡Vaya! —exclamó Louren, moviendo la cabeza—. ¡De modo que crees en ello!

—Podría adelantarse alguien...

—Ha estado olvidada durante mil años... ¿Qué puede significar una semana más?

—¡Una semana! —grité angustiado.

—Escucha, Ben: no puedo ir antes. El jueves tengo que asistir a la Asamblea general anual de la Anglo-Sturvesant, y el sábado tengo que realizar una operación financiera en Zurich... Pero, por ti, resolveré el asunto rápidamente.

—Envía a alguno de tus brillantes y jóvenes ejecutivos.

—Incurriría en una falta de cortesía si mandara a un simple oficinista a retirar un cheque de manos de quien me ha hecho un préstamo por valor de veinticinco millones de libras.

—¡Cielos!, lo nuestro es más importante que ese dinero. Durante un momento Louren, pensativo y divertido a la vez, clavó en mí sus ojos celestes.

—¿Veinticinco millones no valen nada? —Sacudió la cabeza lentamente y, asombrado, como si acabase de oír una verdad insólita, dijo—: Supongo que tienes razón —luego sonrió suavemente, como se sonríe a un amigo muy querido y siguió—: Lo siento, Ben. Saldremos en avión el martes, de madrugada... Te lo prometo. Volaremos hasta Maun. ¿Conoces a Peter Larkin?

—Sí, claro.

Peter había dirigido un importante safari hasta más allá de Maun. Dos veces me había servido de él en mis expediciones al desierto de Kalahari.

—Magnífico. Ya he hablado con él. Participará en nuestra expedición. Iremos rápidos y con poco peso: un Land-Rover y un par de Unimogs de tres toneladas. Yo sólo dispongo de cinco días, y eso reduciendo al máximo todos mis horarios... Contrataré un helicóptero para mi regreso. Tú te quedarás allí escarbando a tu antojo.

Mientras así hablaba, me condujo desde la sala de proyecciones hasta una larga galería.

El sol se derramaba por varias ventanas altas, envolviendo plenamente las pinturas y tallas que decoraban la galería, donde las obras de los principales artistas sudafricanos no desmerecían en absoluto junto a las de otros grandes maestros de fama internacional, vivos o muertos. Louren Sturvesant, siguiendo el ejemplo de sus antepasados, supo emplear bien su dinero. Pese a la urgencia del momento, mis ojos se sintieron atraídos por el suave brillo y la frescura de un desnudo de Renoir.

Louren avanzaba con paso rápido y ágil por las diversas alfombras orientales que absorbían todas las pisadas, mientras yo lo hacía a grandes zancadas a la par de él; mis piernas son tan largas y fuertes como las suyas.

—Si descubres lo que ambos deseamos, podrás hacer las cosas a gran escala: un campamento permanente, un aeródromo, los asistentes que deseas, incluso una brigada completa, y cualquier equipo que necesites.

—Quiera Dios que así sea —dije suavemente cuando llegamos a lo alto de la escalera, donde nos hicimos muecas como dos conspiradores.

—¿Tienes idea de lo que te costará? —le pregunté—. Quizá las excavaciones duren de cinco a seis años.

—Eso espero.

—Pueden costarte doscientos mil...

—¿Qué importancia tiene el dinero?, como dijo alguien. Otra vez me sobresaltó su risa, semejante al bramido de un toro. Mientras descendíamos por la escalera, uno rugía y el otro reía entre dientes. Eufóricos e hipertensos, nos miramos a la cara, ya en el recibidor.

—Estaré de regreso el lunes a las siete y media de la tarde. ¿Me irás a

buscar al aeropuerto? Llegaré en el vuelo trescientos diez de **Alitalia**, procedente de **Zurich**... Entretanto prepara tus cosas.

—Necesitaré una copia de esa fotografía.

—Recibí una ampliación para el Instituto. Dispondrás **de** una semana para deleitarte con ella —y mirando el **Piaget** de oro que llevaba en la muñeca, agregó—: ¡Demonios! Me he retrasado.

Se volvió hacia la puerta en el preciso instante en que apareció **Hilary** Sturvesant, que venía del patio. Llevaba una blanca y ligera vestimenta de tenista. Sus largas piernas eran extraordinariamente hermosas. Era una muchacha de elevada estatura, de cabellos dorados que caían, suaves y refulgentes, sobre sus hombros. ;

—¿No vas, querido?

—Lo siento, **Hill**. Pensaba decirte que no me quedaré a comer... De todas maneras, Ben necesita que alguien lo frene.

—¿Se lo has enseñado?

Hilary se volvió y se me acercó. Luego, inclinándose, me besó en los labios, con la mayor naturalidad y sin el menor asomo de violencia. Acto seguido retrocedió y me sonrió, mirándome de lleno a los ojos... Cada vez que actúa así me convierte en su esclavo para otros cien años.

—¿Qué piensas, **Ben**? ¿Crees que es posible? Pero antes de que pudiera responderle, **Louren** ya había deslizado su brazo alrededor de su cintura y ambos me sonrieron a la vez.

—Se ha vuelto loco. Echa espuma por la boca y se estremece de la cabeza a los pies. Quiere meterse en el desierto ahora mismo —dijo Louren, y atrayendo hacia él a Hilary, la besó.

Durante un largo minuto se olvidaron de mí mientras se abrazaban. Representan para mí el epítome de la belleza femenina y la **masculinidad**. Ambos eran altos, fuertes, saludables. Hilary es doce años más joven que él, su cuarta esposa y madre del más pequeño de sus siete hijos. No había cumplido aún los treinta años, pero tenía la madurez y el porte de una mujer mucho mayor.

—Invita a comer a Ben, querida. Volveré tarde a casa —y Louren se desprendió del abrazo.

—Te echaré de menos —dijo Hilary.

—Y yo a ti. Te veré el lunes, Ben. Envíale un cablegrama a **Larkin** si crees que vamos a necesitar algo especial. Hasta luego, compañero— y desapareció.

Hilary me cogió de la mano y me condujo hacia el amplio patio de losas. Algo más de doscientas áreas de césped y de deslumbrantes canteros rodeaban el arroyo y el lago artificial. Las pistas de tenis estaban ocupadas, y una bulliciosa muchedumbre de cuerpos **semidesnudos** hacían brillar al sol el agua de la piscina. Dos sirvientes uniformados disponían fiambres en una larga mesa instalada sobre caballetes, y un poco atemorizado distinguí seis mujeres jóvenes en traje de tenis, tumbadas en unas mecedoras junto al bar. El ejercicio les había acelerado el pulso y sus **niveos** trajes lucían manchas de sudor; bebían zumos de frutas en vasos altos.

—Ven —me dijo Hilary, y me llevó hacia ellas. Yo me erguí, tratando de ganar unos centímetros de altura, a medida que nos acercábamos al grupo.

—Chicas, aquí tenemos un caballero que nos hará **compañía**. Os presento al doctor Benjamín **Kazin**, director del Instituto Africano de Antropología y Prehistoria. Ben, ésta es **Marjory Pheips**.

Me volví a cada una de ellas a medida que Hilary me las iba presentando y respondía a sus efusivos saludos, un tanto exagerados. Fue tan difícil para ellas como para mí. Ningún invitado se imagina que a su **anfitriona** se le ocurra traer a un jorobado junto con los refrescos antes de la comida.

Los niños acudieron en mi ayuda. **Bobby** me vio y vino corriendo hacia mí:

—¡Tío Ben! ¡Tío Ben! —chillaba al tiempo que **me** rodeaba el cuello con sus húmedos brazos y aplastaba mi flamante traje con su empapado bañador. Luego, cogiéndome de la mano, me llevó hasta donde se encontraba el resto de los **Sturvesant** y las hordas de sus jóvenes amigos.

Siempre me encuentro más cómodo entre niños, porque o bien no se fijan

en nada o expresan libremente lo que piensan. «¿Por qué caminas tan encorvado?»

Pero ese día no les resulté un huésped interesante, porque estaba demasiado intranquilo para prestarles atención. De manera que en seguida se desbandaron todos, excepto la leal Bobby

Poco después Hilary relevó a su hijastra y me condujo de nuevo ante el grupo de jóvenes madres, en quienes causé mejor impresión. Las chicas bonitas suelen atraerme de una forma irresistible, una vez superado el engorro de las presentaciones. Cuando me fui al Instituto eran ya más de la tres de la tarde.

Bobby Sturvesant tiene la costumbre de servir el whisky de malta **Glen Grant** con la misma prodigalidad con que su mano de trece años vierte la **Coca-Cola**. De ahí que entrara en el Instituto con la agradable sensación de ir flotando sobre una nube.

En mi escritorio vi un sobre que ponía: «Privado y confidencial». En una de sus esquinas había una nota prendida con un gran alfiler: «Lo han traído al mediodía. ¡Parece muy interesante ! —Sal».

Súbitamente aguijoneado por los celos, inspeccioné el sello: intacto; luego **Sally** no lo había abierto. Sin embargo, no me cupo la menor duda de que habría hecho un esfuerzo ciclópeo para vencer su neurótica curiosidad, a la que ella calificaba de «refinado espíritu de investigación científica».

Con la seguridad de que aparecería de un momento a otro, eché mano del paquete de pastillas de menta Tres X, que guardaba en el cajón superior de mi escritorio, para disimular el olor a whisky de mi boca, antes de abrir el sobre y extraer de él la satinada ampliación de doce por doce. Después encendería el **flexo** situado sobre mi escritorio y prepararía la lupa para escudriñar la foto.

Previamente eché un vistazo a la legión de antepasados **que** pueblan mi despacho. En los anaqueles que se alinean a **lo** largo de las cuatro paredes hay libros —las herramientas de mi profesión—, encuadernados en piel de becerro, en color verde y castaño, con sus cantos en letras de oro. Esta enorme habitación contiene miles de volúmenes. A la altura de mi hombro, en dirección ascendente, los estantes están llenos de bustos —cabeza y hombro únicamente— de todos los predecesores del hombre: **Australopithecus**, Procónsul, Robusta, Hombre de **Rodesia**, Hombre de Pekín, hasta llegar al de Neandertal y al de **Cro-Magnon**, esto es, el *Homo sapiens sapiens* en todo su esplendor y degeneración. En las estanterías de la derecha están los bustos de todas las **etnias** africanas:

hamitas, árabes, pigmeos, negroides, **boskops**, **bosquimanos**, **griqua**, **hotentotes**, etc.

Todos me observaban atentamente con **sus** vidriosos ojos saltones mientras yo les dirigía la palabra:

—Señores —dije—, creo que nos hallamos en el umbral de un gran descubrimiento.

Sólo hablo con ellos en voz alta cuando estoy excitado o bebido. (En ese momento estaba conmovido y a la vez ebrio algo más de la cuenta.)

—¿Con quién hablas? —me preguntó **Sally** desde la puerta. Su voz me hizo dar un respingo en el asiento. En realidad su pregunta fue puramente retórica, ya que ella sabía muy bien a quiénes estaba yo arengando. Sally estaba apoyada en la jamba de la puerta, con las manos bien metidas en los bolsillos de su vieja bata blanca. Llevaba su negra cabellera peinada hacia atrás, sujeta con una cinta, dejando al descubierto su despejada frente. Sus grandes ojos verdes se alejaban mucho el uno del otro, separados por una nariz atrevida. Completaban su rostro dos pómulos muy salientes y una amplia boca sensual y alegre. En suma, una muchacha vigorosa, cuyas piernas, largas y musculosas, se perfilaban bajo los ceñidos **téjanos**... ¿Por qué preferiré a las mujeres corpulentas?

—¿Has comido bien? —me preguntó mientras avanzaba lentamente, la cabeza ligeramente inclinada con la mera intención de enterarse de lo que llevaba entre manos. (Tiene la habilidad de leer cualquier documento al revés, según lo **ha** demostrado en muchas ocasiones a mis expensas.)

—Magníficamente —respondí, cubriendo ostensiblemente la fotografía con el sobre—. Pavo frío, ensalada de langosta, salmón ahumado y un sabroso pato con trufas y gelatina de carne.

—Cínico —cuchicheó suavemente, porque le agrada la buena comida, y porque se percató de mi afán por ocultar la foto.

Aunque no le permito que me hable así, nunca logro contenerla.

18

A un metro y medio de distancia olió mi aliento.

—¡Y whisky de malta perfumado con menta! ¡Qué delicia! Me sonrojé. (No pude evitarlo, como tampoco puedo reprimir mi tartamudeo.) Pero de pronto soltó una carcajada y, adelantándose, se sentó en el borde de mi escritorio.

—Vamos, Ben —y miró directamente el sobre—. Desde **que** me lo entregaron estoy excitada. Lo hubiera abierto con vapor de agua, si la olla eléctrica no estuviera averiada.

La doctora Sally Benator es mi ayudante desde hace dos años, o sea, desde que me enamoré de ella.

Me aparté a un lado y le permití que se colocara frente a la fotografía, que le descubrí al instante.

—Y bien, veamos qué sacas en limpio de esto. Ella oprimió mi cuerpo contra el suyo y colocó su brazo sobre mi hombro..., contacto que provocó una especie de corriente eléctrica en todo mi cuerpo. En dos años se había acostumbrado a reaccionar como los niños, es decir, había dejado de reparar en mi joroba. Por ser tan espontánea y natural, yo calculaba que dentro de otros dos años nuestra relación llegaría a su plena madurez. Tendría que obrar muy lenta y cautelosamente para no alarmarla... Pero estaba seguro de que al final vería en mí a su amante y marido. Como esos dos últimos años me habían parecido excesivamente largos, no quería pensar siquiera en los dos siguientes.

Se inclinó sobre el escritorio para examinar el mapa con la lupa durante un buen rato. La luz reflejada en aquella se proyectaba en su rostro. Cuando por fin levantó la cabeza, su rostro parecía iluminado por el éxtasis y sus verdes ojos relampagueaban.

—Ben —dijo—. ¡Oh, Ben...! ¡Si supieras cuánto me alegro por ti!

Su fácil optimismo y su rápida deducción me molestaron.

—¡No corras tanto! —le espeté—. Pueden darse una docena de explicaciones satisfactorias.

—No —dijo ella, siempre sonriendo y sacudiendo la cabeza—. No rechaces esto, Ben. Al fin has llegado a la verdad. Durante mucho tiempo has trabajado y creído en ello. Por eso ahora no te asustes y acéptalo.

Se apartó del escritorio y cruzó rápidamente el cuarto hacia la estantería de libros correspondiente a la letra «K». Allí hay doce volúmenes en los que figura el nombre de su autor:

«Benjamín Kazin». Sally escogió uno, que abrió por la anteportada.

—Ofir —leyó—, por el doctor Benjamín Kazin. Investigación personal acerca de la civilización prehistórica de los orfebres de África Central, con una especial mención de la ciudad

de **Zimbabue**, la leyenda de los antiguos y la ciudad perdida del **Kalahari**.

Se me acercó sonriente y me preguntó:

—¿Has leído esto? Es muy interesante.

—De acuerdo, acepto que pueda existir una **posibilidad**, Sal; sólo una, pero...

—¿Dónde está? —me interrumpió—. ¿En los yacimientos minerales, según previste? Asentí con la cabeza.

—Sí. En la franja aurífera. Pero es probable que produzca mucho más que **Langebeli** y **Ruwane**.

Sally sonrió con aire de triunfo y volvió a inclinarse sobre la lupa. En seguida rozó con un dedo la flecha de tinta china que, en una esquina de la foto, indicaba al norte.

—Toda la ciudad...

—Suponiendo que sea una ciudad —la interrumpí.

—Toda la ciudad —repitió con énfasis— se orienta hacia el norte, de cara al sol. Detrás está la acrópolis y los dos dioses: el Sol y la Luna..., y luego las torres **fálicas**: cuatro, cinco..., seis. Quizá sean siete.

—Escucha, Sal; no son torres, sino simples manchas en una fotografía tomada a diez mil ochocientos metros de altura.

—¡Diez mil ochocientos! —La cabeza de Sal dio un respingo—. ¡Entonces es enorme! Tras el primer vallado cabría media docena de **Zimbabues**.

—Tranquila, muchacha, por Dios.

—Y la ciudad baja, más allá de la muralla, se extiende a **lo** largo de muchos kilómetros... Es gigantesca, **Ben...** Pero me intriga su forma de media luna. —Sal se enderezó y, por primera vez..., **¡oh**, qué maravilla!..., por primera vez deslizó sus brazos espontáneamente alrededor de mi cuello y me abrazó—. ¡Oh, estoy tan excitada que podría morirme! ¿Cuándo nos vamos?

No contesté porque apenas presté oídos a su pregunta, al sentir la presión de sus voluminosos y cálidos pechos contra mi cuerpo.

—¿Cuándo? —insistió, echándose hacia atrás para mirarme a la cara.

—No te he oído. ¿Qué has dicho? —le pregunté tartamudeando y enrojeciéndome. Ella sonrió.

—¿Cuándo nos vamos, Ben? ¿Cuándo iremos en busca de tu ciudad perdida?

—Bueno... —le dije esforzándome por no herirla—. **Louren Sturvesant** y yo iremos primero: el martes... **Louren** no me ha hablado de asistente alguno... De modo que no creo que tú viajes con nosotros.

20

Sally retrocedió y se puso en jarras con los puños **¿errados**. Me miró con fiera y me preguntó con fingida **mansedumbre**:

—¿Quieres apostar algo?

Yo sólo apuesto cuando tengo grandes probabilidades de ganar. Por eso le dije a Sally que preparara las maletas.

Una semana era mucho tiempo para tan simple tarea, pues, como buena profesional, suele viajar con poco equipaje. Sus efectos personales cabían en una pequeña maleta y en el bolso que colgaba al hombro. Su cuaderno de bosquejos y sus pinturas ocupaban más espacio. Pero decidimos formar un fondo común de libros para evitar repeticiones. Mi equipo fotográfico ocupaba bastante sitio y, por otra parte, mis bolsas y cajas con muestras y mi propio macuto de lona se amontonaron en un rincón de mi despacho hasta alcanzar una altura impresionante. Veinticuatro horas después ya estábamos listos.

Durante los seis días restantes matamos el tiempo discutiendo y atormentándonos, **riñendo** y observando la fotografía, que había comenzado a perder su brillo original. Cuando nuestra tensión se hacía insoportable, Sally se encerraba en su gabinete, donde se esforzaba por traducir los grabados rupestres de **Drie Koppen** y los símbolos pintados en el **Witte Berg**. Las pinturas rupestres, los grabados y la traducción de textos primitivos son su especialidad.

Yo solía vagar frenético por los salones públicos tratando de descubrir alguna mota de polvo en los objetos exhibidos mientras soñaba con describir en una novela los tesoros acumulados en nuestro almacén y en los depósitos del piso superior; contaba los nombres estampados en el libro de visitantes y hacía de guía al frente de los grupos escolares que asistían al Instituto... En fin, cualquier cosa menos trabajar. Por último, subía a la planta alta y llamaba a la puerta de Sal, quien a veces me respondía: «Adelante, Ben». Pero en otras ocasiones me decía: «Estoy ocupada. ¿Qué quieres?». Entonces me dirigía a la sección de lenguas africanas, donde pasaba una hora junto a nuestro hosco gigante **Timothy Mageba**.

Timothy había comenzado a trabajar en el Instituto doce años atrás como encargado de limpieza. Seis meses tardé en descubrir que, además de su idioma natal —el **sotho** sureño—, dominaba dieciséis dialectos africanos. En dieciocho meses le enseñé a hablar correctamente el inglés y en dos años a escribirlo. Un par de años después ingresó en el Instituto, tres años más tarde se licenció en letras y al cabo de otros dos años se doctoró. Actualmente prepara su doctorado en lenguas africanas.

Timothy domina diecinueve idiomas, incluido el inglés, o sea, conoce un idioma más que yo, y es el único ser viviente,

21

aparte del que habla, que conoce el dialecto de los **bosquimanos** del norte y del **Kalahari** (vivió nueve meses entre los pequeños hombres amarillos del

desierto).

A pesar de ser lingüista, apenas habla. Tiene una voz de bajo profundo que armoniza perfectamente con su enorme contextura. Su estatura alcanza un metro noventa, y por su musculatura parece un luchador profesional. Sin embargo, se desliza con la agilidad de un bailarín.

A mí me fascina y, en cierta medida, me asusta. Completamente calva, su redonda cabeza, engrasada y afeitada, resplandece como una bala de cañón a medianoche. Las ventanas de su nariz, ancha y aplastada, se abren hacia abajo a modo de campana. Cuando abre su boca, de labios gruesos color púrpura oscuro, brillan sus fuertes dientes blancos. Detrás de tan impasible máscara destella a través de las ranuras de sus ojos una ferocidad de animal encadenado y, de cuando en cuando, un fulgor semejante al de un lejano relámpago estival. Pese a su camisa blanca y su traje de calle, le envuelve un halo satánico. Aunque durante estos últimos doce años he pasado mucho tiempo cerca de él, nunca he conseguido sondear el negro abismo que se oculta tras sus ojos negros y su piel aún más oscura.

Bajo mi no muy celosa vigilancia, dirige el departamento de idiomas del Instituto. Cinco africanos más jóvenes que él —cuatro varones y una mujer— trabajan a sus órdenes. En conjunto han publicado hasta ahora varios importantes diccionarios correspondientes a los siete principales idiomas africanos. Además han reunido material escrito y grabado en cintas magnetofónicas suficiente para trabajar asiduamente durante los próximos siete años.

Por su propia iniciativa y con cierta ayuda de mi parte —física y moral—, ha publicado dos volúmenes de historia africana, que desencadenaron una andanada de histéricos insultos por parte de muchos historiadores, arqueólogos y críticos blancos. En su niñez fue educado por su abuelo, médico-brujo y custodio de la historia oral de la tribu, quien, al iniciarle en los misterios del culto, le hipnotizó y grabó en su mente la historia entera de su pueblo. Incluso ahora, o sea, treinta años después de aquel acontecimiento, Timothy es capaz, al ponerse en trance, de recordar con todos sus pormenores las leyendas, el folclore, la historia oral y las doctrinas mágicas de su tribu. Su abuelo, sentenciado a muerte por un juez que no simpatizaba con él, fue ahorcado bajo la acusación de haber influido en la perpetración de una serie de crímenes rituales un año antes de que Timothy completara los estudios que le permitieron ingresar en el sacerdocio. No obstante, el legado que transmitió a su nieto constituye una formidable montaña

22

de datos, muchos de ellos evidentemente espurios, otros impublicables por demasiado obscenos u explosivos y los demás fascinantes, enigmáticos y escalofrantes.

He utilizado gran parte del material inédito de Timothy en mi libro *Ofir*, sobre todo en los capítulos referentes a los conocimientos «populares» o no científicos vinculados con la leyenda de los «antiguos», una raza de guerreros de piel blanca y cabellos rubios que, procedentes de ultramar, explotaron las minas de oro, esclavizaron a las tribus indígenas, construyeron ciudades amuralladas y crearon una civilización, para luego desaparecer sin dejar casi rastro.

Estoy seguro de que Timothy expurga la información que me transmite, ya que mucho de lo que sabe es de índole secreta y los tabúes a que se halla sujeto son demasiado poderosos para revelárselos a los no iniciados en los misterios. Creo que lo que oculta tiene mucho que ver con la leyenda de los «antiguos». Por eso no cejo en mi empeño de obtener de él algún indicio al respecto.

En la mañana del lunes, día en que Louren regresaría de Suiza, Sally, sobreexcitada por el posible veto de aquél a su participación en la expedición preliminar, se puso tan insoportable que, huyendo de ella, decidí pasar las últimas horas de tan prolongada espera junto a Timothy.

Trabaja en una minúscula habitación llena de folletos, convenientemente archivados, y de libros, legajos y montones de papeles sueltos, que llegan casi hasta el techo, porque en el Instituto carecemos de espacio... Sin embargo, hay

allí lugar para mi silla. Esta es tan alta como un taburete de bar, porque, aunque mis piernas y brazos son de longitud normal, mi cuerpo achaparrado en la parte superior y mi espalda encorvada no me permiten ver cómodamente sobre un escritorio desde una silla corriente.

—¡Machane! ¡Bendito seas! —y Timothy se levantó mientras me dirigía su habitual saludo.

Según la ciencia **bantú**, los individuos patituertos, de pigmentación albina, bizcos y encorvados son los preferidos de los espíritus y se hallan dotados de poderes físicos. Esa creencia me proporciona un placer infinito, y el saludo de Timothy siempre me levanta el ánimo.

De un brinco me encaramé a la silla e inicié con él una conversación desordenada, saltando de un tema a otro y hablando tanto en un idioma como en otro. Timothy y yo nos sentimos orgullosos de nuestra capacidad, y a decir verdad alardeamos un poco de ello. Estoy convencido de que ningún

23

otro hombre podría seguir nuestras conversaciones desde el principio hasta el fin.

—¡Qué extraño será para mí no tenerte a mi lado en este viaje! Será la primera vez en diez años que no me acompañas

—le dije no recuerdo en qué idioma.

Timothy dejó de hablar inmediatamente, receloso, porque sabía que yo pensaba ir nuevamente en busca de la ciudad perdida. Cinco días antes le había enseñado la fotografía y desde entonces merodeaba a su alrededor a la espera de algún comentario significativo de su parte.

—Sea como fuere, quizá no pierdas nada —le dije en inglés—. Una vez más, andaremos a tientas tras unos fantasmas. Sólo Dios sabe cuántas veces nos ha ocurrido lo mismo. ¡Si supiera al menos hacia dónde dirigirme!

De pronto dejé de hablar y me quedé inmóvil y expectante. Los ojos de Timothy parecían de vidrio... Se trata de un fenómeno puramente físico: una opaca película azulada parece cubrirlos. Su cabeza se hunde en la nervuda y gruesa columna de su cuello y sus labios se crispan. Entonces empieza a ponerme la carne de gallina de los brazos para arriba... y el pelo de mi nuca se convierte en un erizado abanico.

En ese momento decidí esperar. Nunca en tales circunstancias puedo eludir el tremendo escalofrío que me produce ver a Timothy en trance. A veces éste es involuntario. Una simple palabra o un pensamiento casual actúan a modo de chispas iniciales de un reflejo instantáneo. En otras ocasiones es el producto de un deliberado acto de **autohipnosis**, precedido de una preparación y un ritual adecuados.

Aquel día fue un acto espontáneo. Yo aguardé ansioso sus posibles consecuencias, porque si el tema constituía un tabú para él, sin duda Timothy rompería el hechizo mediante un deliberado esfuerzo voluntario.

—Ese es un diablo... —dijo con una voz temblorosa y aguda de viejo, es decir, con la voz de su abuelo. Sus gruesos labios purpúreos estaban humedecidos en saliva—, un demonio que debe ser barrido de la tierra y de la mente de los hombres para siempre...

De pronto, al despertar su **consciencia**, sacudió la cabeza y sus labios se aflojaron... Tras una breve lucha interna, sus ojos se aclararon. Entonces me miró y me vio realmente.

—Lo siento —murmuró en inglés, volviendo sus ojos hacia otra parte, turbado a causa de su involuntario trance y por la necesidad de excluirme de él—. ¿Desea beber un poco de café, doctor? Por fin han reparado la cafetera.

Exhalé un suspiro. Timothy acababa de recobrarse, y ese día ya no habría más comunicación con sus poderes interiores.

24

Ahora se había encerrado en su mundo, colocándose a la defensiva. Para decirlo con sus propias palabras, reaccionaba como un «negro» ante mí.

—No; gracias, Timothy —y, mirando mi reloj, me apeé del taburete—. Todavía tengo que empaquetar varias cosas.

—Vaya usted en paz, **Machane**, y que los espíritus guíen sus pasos.

Mientras nos estrechábamos las manos, le dije:
—Que la paz sea contigo, Timothy. Si los espíritus se muestran propicios enviaré a alguien a buscarte.

Desde la barandilla del bar del vestíbulo principal del aeropuerto Jan Smuts dominaba yo perfectamente la entrada de la terminal internacional.

—¡Maldita sea! —maldije.

—¿Qué ocurre? —me preguntó Sally, preocupada.

—He aquí un pelotón completo de B. Y. M.

—¿Quiénes son los B. Y. M.?

—Los *Bright Young Men* (jóvenes brillantes) o ejecutivos de Sturvesant. Allí están los cuatro, junto al cajero del Banco.

—¿Cómo sabes que son los hombres de Sturvesant? —me preguntó Sally.

—Por su pelo: corto atrás y a los lados; sus trajes de casimir oscuro y sus sencillas corbatas y también por sus tensas expresiones de enfermos de úlcera, que de pronto se transforman en jubilosas sonrisas al aparecer su jefe —y en un insólito arranque de sinceridad, añadí—: Entre ellos hay dos contables amigos míos a quienes acudo cuando necesito comprar papel higiénico para el lavabo del Instituto.

—¿Ese es? —inquirió Sally señalando a Sturvesant.

—Sí; es él —le respondí.

Louren Sturvesant fue el primero de los recién llegados de Zurich que traspuso las puertas de la terminal internacional tras comparecer ante los aduaneros y los funcionarios de inmigración. A su lado trotaba el empleado de relaciones públicas del aeropuerto, quien se esforzaba por mantenerse a la par de él. A un paso de distancia, a sus espaldas, iban dos de sus ejecutivos: uno a la derecha y otro a la izquierda. Quizá un tercer ejecutivo llevaría su equipaje. El cuarto, que pareció iluminar el vestíbulo con sus sonrisas, se adelantó presuroso y, por ser el de mayor jerarquía, dio un breve apretón de manos a Louren y en seguida se incorporó al séquito que rodeaba a su jefe. Delante de él dos ejecutivos se estorbaron al expresar sus plácemes. Los restantes se distribuyeron detrás, a derecha e izquierda. El •-funcionario de relaciones públicas, sorprendido, quedó relegado

25

a la cola del grupo, mientras la Anglo-Sturvesant avanzaba por el vestíbulo como una división blindada.

Louren descollaba entre todos por sus rizados cabellos rubios y sus bronceadas facciones, que contrastaban ostensiblemente con las artificiales sonrisas de sus acompañantes.

—¡Vamos! —le dije a Sally, cogiéndola de la mano y mezclándome con la multitud.

Soy especialista en abrirme paso. En tales circunstancias me sitúo a la altura de los demás y, haciendo presión sobre la gente, la obligo a apartarse a ambos lados. En aquella ocasión Sally se colocó a mis espaldas, como los israelitas entre las aguas separadas del mar Rojo.

Junto a las puertas exteriores de cristal interceptamos a la Anglo-Sturvesant. En seguida, soltando la mano de Sally, arremetí contra el círculo interior con tanto éxito, que casi tropecé con Louren.

—¡Ben!...

En seguida advertí que estaba agotado. A través de su piel dorada percibí su palidez. Bajo sus ojos había unas manchas purpúreas. Sin embargo, su cálida sonrisa borró durante un momento la expresión de fatiga de su rostro.

—Lo siento. Debí avisarte de que no vinieras, porque ha surgido un problema. Sólo estoy aquí de paso hacia una reunión. Al verme desanimado, me oprimió el hombro tranquilizadamente.

—No. No saques falsas conclusiones. Mi palabra sigue en pie. Ven a buscarme al aeródromo mañana a las cinco. Nos encontraremos allí. Ahora debo irme. Lo siento.

Nos estrechamos las manos brevemente.

—¿Seguimos siendo socios? —me preguntó.

—Por supuesto —le respondí, haciendo un mohín ante aquella trivial

pregunta, propia de un escolar.

Acto seguido el grupo desapareció velozmente tras las puertas de cristal.

Estábamos a mitad de camino hacia **Johannesburgo** cuando

Sally preguntó:

—¿Le has hablado de mí? ¿Participaré en la expedición?

—No he tenido tiempo de preguntarle nada. ¿No has visto la prisa que tenía?

Ninguno de los dos habló hasta que llegamos al jardín del Instituto. En la desierta plaza de aparcamiento detuve **mi** Mercedes junto al pequeño Alfa rojo de Sally.

—¿Quieres tomar un poco de café? —la pregunté.

—Ya es tarde.

26

—No... De todas maneras, esta noche no pegarás ojo. Podríamos jugar al ajedrez.

—Bien.

Entramos por la puerta principal y, a través de salones públicos llenos de vitrinas con figuras de cera, nos dirigimos hacia la escalera privada, que conducía a mi gabinete y a mi apartamento.

Sal encendió la lumbre y dispuso las piezas sobre el tablero mientras yo preparaba el café. Cuando regresé de la cocina la encontré sentada con las piernas cruzadas sobre un taburete tapizado en cuero repujado, meditando ante el juego de ébano y marfil. Conteniendo el aliento contemplé su fresca figura, que la luz y el ambiente realzaban. Sal se había echado por encima un poncho hecho de pequeños retazos, de tan vivos colores como las alfombras orientales que cubrían el piso. La suave luz oblicua hacía resplandecer su tez, en la que el sol había impreso un suave tinte oliva. Mientras la observaba pensé que mi corazón iba a estallar.

Mirándome desde abajo con sus ojos grandes y dulces me preguntó:

—¿Empezamos?

Cuando logro resistir su violenta arremetida inicial, me consagro enseguida a inmovilizar sus piezas con mis peones y mi táctica superior. Sally llama a ese ahogo de sus piezas «muerte alevosa».

Por último, di jaque a su reina y, exhalando un ligero gemido de exasperación, empezó a recorrer de arriba abajo la habitación, nerviosamente, abrazándose los hombros, bajo su poncho de **vividos** colores. Mientras sorbía mi café la observaba con secreto placer. De pronto giró rápidamente sobre sí misma y me miró de frente, con las piernas separadas y de jarras con las manos cerradas. Sus codos levantaban su chal al modo de dos tiendas.

—Odio a ese tipo despreciable —dijo con voz tensa y ahogada—, a ese hombre arrogante que se cree un dios. En cuanto le vi le descubrí. ¿Por qué, en nombre del cielo, tenemos que **ir** con él? Si realizamos algún descubrimiento importante, es fácil suponer quién se llevará la palma.

En seguida comprendí que se refería a Louren, y me asombró el tono acre y virulento de su voz. Más tarde, al recordar sus palabras, comprendería el motivo. Pero en ese instante me sorprendió y me puso nervioso su actitud.

—¿Qué diablos quieres decir? —le pregunté.

—Odio su rostro, su forma de andar, su séquito de idólatras, su aire condescendiente de hombre que dispensa favores, su inmensa vanidad...

—¡Sally!

—... su engreimiento, casual e irreflexivo, pero cruel...

—¡Basta, Sally! —le dije, poniéndome en pie.

—¿Viste cómo temblaban de miedo sus subordinados?

—No permitiré que hables así de él... delante de mí.

—Si te hubieras visto en un espejo, tú, el hombre más cordial, bueno y decente que he conocido, y por añadidura, uno de los más grandes cerebros junto a los cuales he trabajado... Si te hubieses observado a **ti** mismo corriendo

y moviendo la cola como un perro... ¡Dios mío!..., y luego tumbado a sus pies panza arriba, para que te hiciera cosquillas... —Ahora gritaba casi histéricamente. Lágrimas de cólera corrían por su semblante, pálido y estremecido—. ¡Os odio a los dos! Él te degrada y menosprecia, y tú...

No pude responder, porque me sentía agraviado y confundido. De repente, se produjo en Sally un cambio total. Se tapó la boca con la mano y nos miramos fijamente.

—Debo estar loca para hablar así —cuchicheó—. Ben... ¡Oh, Ben, cuánto lo siento!... Lo siento en el alma.

Se arrodilló y me abrazó con fuerza. Permanecí inmóvil, como una estatua. La sangre se me había helado en las venas al pensar en el futuro, porque, aunque estaba a punto de que mi sueño se hiciera realidad, los hechos se precipitaban sin darme tiempo a reaccionar debidamente. De repente me habían arrojado, sin posibilidad de retorno, a un territorio desconocido.

Sally, aún asida a mi cuerpo, levantó la cabeza y me miró.

—Te ruego que me perdones —me dijo.

Al besarla percibí en su boca ardiente el salobre sabor de las lágrimas. Pero cuando abrió los labios bajo la presión de los míos, me tranquilicé por completo.

—Por favor, hagamos el amor, Ben. Como por instinto, sabía que debía tomar la iniciativa: me condujo de la mano hacia el lecho.

—La luz —musité con aspereza—: apaga la luz...

—Si ése es tu deseo...

—Por favor, Sally.

—... la apagaré... Comprendo, querido —dijo, y apagó la luz...

Dos veces gritó en la oscuridad:

—¡Cuidado, Ben!... ¡Eres tan fuerte! ¡Me estás matando! Tus brazos son..., tus brazos.

Poco después gritó de una manera incoherente y sin sentido, y mi ronca voz se mezcló con la suya, y a partir de entonces sólo se oyó en la oscuridad el bronco sonido de nuestra respiración.

28

Mi mente, liberada de mi cuerpo, flotaba en la cálida atmósfera nocturna. Por primera vez en mi vida me sentía tranquilo, contento y seguro. Con aquella mujer siempre estaba comenzando. Cuando por fin habló, su voz tembló ligeramente.

—¿Cantarás para mí, Ben? —dijo, y encendió la lámpara que se hallaba en la mesa contigua al lecho.

Ambos parpadeamos y nos miramos en silencio como dos búhos encandilados. Su rostro enrojeció; su oscura cabellera en desorden.

—Sí —dije—. Tengo ganas de cantar —y fui a mi habitación.

Después de sacar la guitarra del armario, al cerrar la puerta me vi reflejado de cuerpo entero en el espejo.

Observé con atención la imagen, porque quien se hallaba ante mí era un desconocido. Su áspera cabellera enmarcaba un rostro cuadrado. Sus ojos eran oscuros, sus pestañas largas como las de una muchacha, su mandíbula pesada y simiesca y su frente alta y pálida.

El desconocido me sonreía tímidamente..., pero con cierto orgullo.

Al mirar hacia abajo vi el extraño cuerpo, como embutido en sí mismo, que me había atormentado desde la infancia:

mis brazos y piernas excesivamente desarrollados, gruesos y nudosos, con músculos dignos de un gigante. Instintivamente miré hacia la silueta ideal, que se hallaba en un rincón del cuarto, y luego, de nuevo, hacia el espejo. En sus bordes mi cuerpo aparecía perfecto. Pero mi torso cuadrado y protuberante y

mi piel recubierta por un denso vello negro y rizado me otorgaban el aspecto de un escuerzo. Al mirar con detenimiento tan notable cuerpo, por primera vez no sentí odio hacia mí mismo.

Ya junto al lecho, en el que se hallaba tendida Sally sobre una suave *kaross* de piel de mono, subí de un brinco, me puse en cuclillas, entrecrucé las piernas y apoyé la guitarra en mi regazo.

—Cántame una canción triste, Ben —cuchicheó Sally.

—¿Por qué, si soy feliz?

—Quiero que cantes una de tus melancólicas canciones —insistió.

Al arrancar yo las primeras notas del instrumento, Sally cerró los ojos. Muy complacido, porque nunca me había deleitado en la contemplación minuciosa del cuerpo femenino, me incliné hacia delante. Sin dejar de tocar deslicé mi vista acariciadora por su largo y suave cuerpo: por sus pálidas partes Planas, sus redondeces y sus secretas sombras. ¡Cómo amaba aquella carne que había servido de cuna a mi cuerpo! De pronto canté:

29

**En el triste desierto de mi alma las noches son interminables.
Ningún otro viajero lo recorre..., Sobre el triste océano de mi
mente soplan fuertes vientos...**

Poco después una lágrima se abrió paso entre sus cerrados párpados, porque mi voz tiene el poder mágico de suscitar lágrimas o risas.

Canté hasta que mi voz enronqueció y empezó a *dolerme* el dedo. Entonces dejé la guitarra y me dediqué exclusivamente a contemplar a Sally. Siempre con los ojos cerrados, volvió ligeramente su cabeza hacia mí.

—Háblame de ti y de Louren Sturvesant —dijo—. Me gustaría que me explicaras esa relación...

Su pregunta me cogió desprevenido. Durante un momento guardé silencio. Luego ella abrió los ojos.

—Lo siento, Ben. No tienes por qué...

—No —respondí rápidamente—. Te lo explicaré todo con mucho gusto, porque pienso que estás equivocada respecto a Louren y porque no puedes aplicar las pautas corrientes a los Sturvesant... Ni a Louren ni a su padre..., si viviera. Mi padre, que trabajó para ellos, falleció de un ataque al corazón un año después de la muerte de mi madre. El señor Sturvesant, padre, estaba al tanto de mis éxitos académicos. Por otra parte, mi padre había sido un leal empleado suyo. Los «huérfanos Sturvesant» —somos muy pocos— estamos espléndidamente atendidos. Yo asistí a *Michaelhouse*, la misma escuela en que se educó Louren... Un judío, lisiado por añadidura, en una escuela religiosa... ¿Te imaginas mi situación? Los niños son, por lo general, terribles y despiadados monstruos. Un día Louren me arrastró fuera de los urinarios, en los que cuatro alumnos habían tratado de ahogarme. Les dio una buena paliza, y desde entonces fue mi protector. Actualmente paga todos los gastos del Instituto..., hasta el último penique... Al principio lo hacía por mí, pero poco a poco se fue interesando en sus actividades. Ahora el Instituto es para él un pasatiempo, y para mí lo más importante de mi vida...

Me detuve porque Sally me estaba mirando de una manera que me hacía mucho daño.

—¿Le quieres, Ben?

Yo me ruboricé y bajé los ojos.

—¿Cómo se te ocurre pensar tal cosa? —le pregunté.

—¡Oh!... ¡Por Dios, Ben! —me interrumpió pacientemente—. No lo digo en mal sentido. Todo lo contrario... Hablo en este caso del amor en sentido bíblico.

30

—El ha sido para mí un padre, un protector, un benefactor y un amigo..., el único amigo que he tenido jamás. Sí... En este sentido puedo decir que le quiero.

Sally extendió una mano y acarició mi mejilla.
—Por ti intentaré llevarme bien **con** él —prometió.

No había amanecido aún cuando traspasamos los portones del Gran Aeródromo Central. Sal, como escondida dentro de su chaqueta, permanecía en silencio y ensimismada. Yo estaba aturdido y nervioso, después de una noche de amor y charla en la que no había podido pegar ojo. Varios reflectores lanzaban sus haces luminosos desde las proximidades del cobertizo privado de Sturvesant, en el extremo oriental de la pista de aterrizaje. Al acercarme divisé el **Ferrari** de Louren, aparcado en su espacio privado, y junto a él media docena de flamantes coches de lujo que refulgían a la luz de los reflectores.

—¡Dios mío! —gemí—. Se ha venido con todo el equipo.

Tras aparcar mi coche junto al Ferrari, Sal y yo comenzamos a sacar nuestro equipaje del maletero. Ella se colgó el caballete del hombro y, con un enorme alisador de pergaminos en una mano y una caja de pinturas en la otra, entró en el cobertizo por el postigo del portón. Yo debía haberla acompañado, pero absorbo por la revisión de mi equipaje tardé tres o cuatro minutos en seguirla. Cuando lo hice ya era demasiado tarde.

Lo que vi al entrar por la baja abertura del cobertizo brillantemente iluminado me revolvió el estómago. La reluciente silueta, semejante a un tiburón, del avión **Lear** servía de fondo a un cuadro vivo cargado de tensión. Siete de los jóvenes y brillantes ejecutivos de Louren, que vestían para aquella ocasión elegantes trajes apropiados para un **safari** y chaquetas de conductores forradas de vellones de lana, formaban un discreto círculo alrededor de los dos protagonistas.

Louren Sturvesant rara vez pierde los estribos. Para que eso ocurra tiene que ser objeto de graves y reiteradas provocaciones. Sin embargo, Sally **Benator**, en menos de dos minutos, se las arregló para lograr lo que muchos expertos no habían conseguido hasta entonces. En ese momento Louren, en el **cénit** de su cólera, se estremecía con los labios apretados. Sus siete **B. Y. M.** le miraban despavoridos y en silencio.

Sally, que había colocado su equipo en el lugar correspondiente, se hallaba en pie, con los puños incrustados en las caderas. Su explosiva sangre teñía de rojo sus mejillas, mientras **respondía** a cada feroz mirada de Louren con un destello equivalente de sus furiosos ojos.

31

—El doctor **Kazin** me ha dicho que podía! viajar **con** ustedes.

—Me importa un bledo lo que diga nadie, incluso el mismísimo rey de la maldita Inglaterra. El avión está lleno..., y, por otra parte, no pienso cargar con una hembra en las primeras vacaciones de que disfruto en seis meses.

—Yo no sabía que se trataba de un viaje de placer...

—¿No hay quien quite a esta zorra de en medio? —gritó

Louren.

Los **B. Y. M.**, despabilados al fin, realizaron un avance tentativo. Sally alzó el pesado caballete de madera y lo sostuvo con ambas manos. El avance de los **B. Y. M.** perdió fuerza. Entonces me precipité en la «tierra de nadie» y cogí por un brazo a Louren.

—¿Puedo hablar contigo, Lo? —le pregunté, mientras **le** empujaba hacia el interior de la oficina del aeródromo.

Un gesto de alivio pareció traslucirse en su semblante al ir yo en su auxilio.

—Escucha, Lo. Siento profundamente lo ocurrido... No he **tenido** antes la oportunidad de explicarte...

Cinco minutos más tarde Louren salía a grandes zancadas de la oficina y, sin mirar a Sal ni a los espantados **B. Y. M.**, subía al avión. Poco después apareció su cabeza junto a la del piloto en la ventanilla de la cabina, en tanto se ajustaba los audífonos.

Me dirigí al más joven de los **B. Y. M.** para ponerle al corriente de las

últimas órdenes de la autoridad.

—El señor **Sturvesant** dice que debe usted irse solo en un **charter** a **Gaberones** —le dije, y volviéndome a los otros, añadí—:

¿Pueden echarnos una mano para transportar el equipaje?

En tanto un grupo de los mejor pagados estibadores de **África** se hacía cargo de los enseres de Sally, ésta se pavoneaba desvergonzadamente con aire de triunfo. Por último me las ingeníé para espetarle ásperamente en voz baja:

—Al asiento trasero... Y trata de pasar inadvertida. No te imaginas **cuán** cerca has estado no sólo de perder el viaje, sino también tu trabajo.

Llevábamos diez minutos volando cuando el piloto, retrocediendo por el pasillo, se acercó a nosotros y miró a Sal con gran admiración.

—¡Jesús, señora! —dijo moviendo la cabeza—. ¡Hubiese pagado la mitad de mi sueldo para no perderme la escena! Ha estado usted superior.

Sally, que había permanecido muy sumisa a partir de mi advertencia, se animó instantáneamente.

32

¡ —Ante personas **de** esa catadura ni siquiera me molesto **en** escupir — dijo.

Dos B. Y. M. que la oyeron se agitaron, confundidos, en sus asientos.

El piloto se echó a reír alegremente y se volvió hacia mí.

—El jefe quiere hablar con usted, doctor. Yo ocuparé su asiento.

Louren, que estaba hablando por radio con el control terrestre, me indicó con la mano que me sentara en el asiento del **copiloto**. Yo me comprimí frente al volante y aguardé.

Terminada su transmisión, Louren se volvió hacia mí.

—¿Quieres desayunar?

—Ya he comido.

Haciendo caso omiso de mi respuesta, me ofreció una pata **de** pavo fría, una enorme tajada de carne de pollo y un pastel de huevo, cosas que extrajo del canasto que había a su lado.

—En el termo hay café. Sírvete si **quieres**.

—¿Has conseguido el préstamo de veinticinco **millones de** libras? —le pregunté con la boca llena.

—Sí..., a pesar del pánico que produjo en el último momento.

—Nunca pensé que necesitaras pedir dinero prestado, Lo... ¿Te encuentras en algún aprieto?

—Se trata de una prospección petrolífera —dijo riéndose de mi pregunta—; de un riesgo monetario. De modo que prefiero afrontarlo con dinero ajeno y reservar el mío para las operaciones seguras... —y cambiando de tema suavemente siguió—: Perdón por este rodeo. Pero tengo que dejar a los muchachos en Gaberones, donde deben realizar una serie de reuniones con el gobierno de **Botsuana**... Una simple labor de rutina, en la que se fijarán los detalles de la concesión. Sea como fuere, no queda lejos de nuestro trayecto —después de atiborrarse la boca con carne de pavo, prosiguió—: El pronóstico meteorológico es horrible, **Ben**: densas nubes de un momento a otro en toda el área norte... Sólo un día cada tres años se nubla el cielo del desierto, y resulta que hoy es precisamente ese día. De todas maneras, es posible que podamos echar un vistazo a las colinas y a las ruinas. Nada perderemos si no lo conseguimos. Al fin y al cabo poco se puede hacer desde el aire.

Louren se sentía cómodo y bien dispuesto. Ya no quedaba en él vestigio alguno de su reciente furia. Siempre controlaba a voluntad sus estados de ánimo.

En esa ocasión conversamos y nos reímos al unísono. En seguida comprendí que ése era un día festivo y de descanso Para él... y que había tomado las cosas verdaderamente en **serio**. Existiese o no **la** ciudad perdida, lo cierto era que aquella expedición le servía de excusa para internarse en la tierra **salvaje** que tanto amaba.

—Como en los viejos tiempos... ¡Dios mío! ¿Cuándo fue **la** última vez que viajamos juntos, **Ben**? Tal vez, hace diez años. ¿Recuerdas el viaje en

canoa por el río **Orange**? ¿Cuándo fue? ¿En 1956 o en 1957? ¿Y la expedición en busca de salvajes **bosquimanos**?...

—Tenemos que viajar juntos más a menudo, Lo...

—Sí —dijo seriamente, como si tal cosa dependiera de su voluntad—. Es necesario que salgamos más seguido. Lo malo es que dispongo de muy poco tiempo..., y cómo corre éste... El año próximo cumpliré cuarenta años —su voz se tornó ansiosa—. ¡Dios mío, si fuera posible comprar el tiempo con dinero!

—Disponemos de cinco días —dije desviando la conversación de aquel terreno peligroso.

Él aceptó el cambio en seguida, y sólo al cabo de media hora se refirió a **Sally**.

—Tu ayudante..., esa boxeadora, ¿cómo se llama? Le dije su nombre y apellido.

—¿Haces algo con ella? —me preguntó de manera tan natural y casual que en el primer momento no capté el sentido de sus palabras.

Pero poco después se enturbió mi visión a causa de mi cólera y sentí que me latían violentamente las sienes y que me ardían la cara y la garganta. Aunque sentí deseos de matarle, mentí con voz pastosa y estremecida:

—No.

—Está bien —gruñó—. De todas maneras, es **una salvaje**... Bueno, con tal de que no nos estropee el viaje...

Si me hubiese atrevido a explicarle el problema... Pero se trataba de algo muy íntimo..., demasiado precioso y frágil para exponerlo al rigor de las palabras, sobre todo las de su vocabulario. De pronto la oportunidad se esfumó y, temblando y estremeciéndome en mi asiento, le oí referirse de nuevo **frívolamente** a los cinco días que teníamos por delante.

Mientras volábamos se solidificaron las nubes debajo de nosotros y se congelaron en una capa gris sucia que se extendía en todas direcciones hacia el horizonte. Poco después cruzamos la frontera de **Sudáfrica** con el Estado independiente de **Botsuana**. En **Gaberones**, cuando aterrizamos, el techo se hallaba apenas a trescientos metros de altura. A pesar de la afirmación de **Louren** según la cual reanudaríamos la marcha inmediatamente, nos encontramos allí con una delegación gubernamental y una invitación para comer y beber en uno de los comedores privados del aeropuerto.

34

Ambiente cálido y viscoso. Intensos rostros blancos hablando en voz baja y ansiosa con brillantes y tensos rostros negros... Todos sudorosos a causa del calor, del vaho del whisky y **de** las densas volutas de humo de puros y cigarrillos...

Tres horas permanecimos allí, hasta que el avión **Lear** despegó con cuatro de nosotros a bordo y, atravesando el techo **de** nubes, se lanzó hacia el alto cielo, donde refulgía el sol.

—¡Vaya! —exclamó Louren—. Una pequeña pero costosa tertulia. Ese negro bastardo de **Ngelane** ha elevado el precio de su honor en veinte mil libras. Por supuesto, tendré que avenirme a la nueva situación, porque el asunto se resolverá en su ministerio, y él podría echarlo todo a perder.

Louren volaba hacia el norte con un mapa en su regazo y un cronógrafo en la mano. Sus ojos se desplazaban velozmente de la brújula al velocímetro y de éste a su reloj.

—Ahora, Ben, será mejor que **Roger** se haga cargo de los controles. Descenderemos para echar un vistazo.

El avión descendió lentamente hacia el piso de nubes grisáceas. Louren y el piloto, Roger van **Deventer**, manipulaban los controles, en tanto Sal y yo permanecíamos a sus espaldas, bien aferrados a la puerta de la cabina del piloto.

Varios jirones de vapor pasaron velozmente a ambos lados del avión, y en seguida el sol desapareció y nos encontramos en medio de una oscura niebla gris.

Roger no apartaba sus ojos del panel de control, y a medida que la aguja del altímetro retrocedía, sus manos aprisionaban con más fuerza el volante. El avión seguía descendiendo a través de las oscuras nubes. De pronto Roger

accionó las aletas y los frenos de aire y desaceleró. Las tres personas restantes miramos hacia delante y hacia abajo, para lograr alguna visión terrestre. El aparato descendía sin solución de continuidad. La tensión del piloto se convirtió en auténtico pavor. Yo husmeé su miedo como algo contagioso, que olía a grasa rancia. Si él, un «pájaro» tan avezado, tenía miedo, no era extraño que yo estuviera aterrorizado. Súbitamente comprendí que, antes de provocar la cólera de Louren, el piloto se estrellaría contra el suelo.

Dispuesto a intervenir, abrí la boca; pero no fue necesario que lo hiciera.

—La pista está inundada —gruñó Louren mientras consultaba su cronógrafo—. Basta ya, **Rog**.

—Lo siento, señor **Sturvesant**; no hay manera de aterrizar —dijo Roger exhalando un suspiro de alivio mientras levantaba el morro del Lear. Luego apretó el acelerador y soltó los frenos de aire.

—¡Operación suspendida! —murmuré con alivio—. Olvidémonos de ello. Lo, y prosigamos hacia **Maun**.

35

Louren se volvió como para mirarme, pero en realidad miró a **Sally**. Aunque no pude ver la expresión del rostro de **Sally**, porque estaba detrás de Louren, adiviné su gesto por el tono de su voz cuando dijo en voz baja:

—¿Tiene miedo?

Louren la miró fijamente durante un momento y luego hizo una mueca **sarcástica**. Estuve tentado de colocar a Sally boca abajo sobre mis rodillas y de azotar repetidamente su delicioso trasero hasta convertirlo en una masa pulposa. El ardiente espanto que acababa de sufrir se transformó en un miedo frío y paralizante, porque ya había visto sonreír de la misma manera a Louren en otra ocasión.

—Muy bien, **Roger** —dijo deslizándose el mapa y el cronógrafo en el bolsillo que había junto a su asiento—. Le daremos el gusto.

El **Lear** se inclinó hacia un costado, en tanto él lo hacía girar a la máxima velocidad. Tan perfecta fue la maniobra, que Sally y yo apenas sentimos una ligera flojedad en las rodillas bajo la acción de la gravedad.

Acto seguido Louren enderezó el avión, que durante tres minutos se desplazó serenamente, desandando nuestro camino. Al mirar de soslayo a Sally advertí que sus ojos brillaban. • Sonrojada a causa de su excitación, miraba fijamente hacia la oscuridad exterior.

Nuevamente Louren ladeó el avión de forma brusca, y tras el giro siguió volando en sentido inverso al seguido hasta entonces e inclinó el morro lentamente hacia abajo.

Sin probar primero con las aletas o a una velocidad prudente, Louren, prescindiendo de toda cautela, imprimió al avión una peligrosa velocidad. Sally buscó a tientas mi mano, y al dar con ella la oprimió fuertemente. Yo tenía miedo y estaba irritado con ambos. Y era demasiado mayor para soportar aquellos juegos infantiles. No obstante, acepté su estrujón, tanto para darle ánimo a ella como para mantener mi calma.

—¡Por Cristo, Lo! —grité ásperamente—. ¡Serénate! Pero nadie reparó en mis palabras. Roger, petrificado en su asiento y aferrado a los brazos, miraba fijamente hacia delante. Louren manipulaba los controles con fingida despreocupación mientras nos hacía correr un peligro mortal, y Sally, ¡maldita sea!, no hacía más que gesticular burlonamente, asida de mi helada mano como un niño que viajara conmigo en una montaña rusa.

Súbitamente irrumpimos en la zona lluviosa. Gotas como perlas ensartadas en un hilo serpenteaban por la comba del parabrisas de **perspex**. Nuevamente intenté una protesta, pero mi voz se ahogó **en mi** resaca garganta. Ahora **el** viento

36

castigaba el bruñido fuselaje, y las alas del Lear se bamboleaban peligrosamente. Tuve ganas de gritar, porque en ese momento no deseaba morir. El día anterior no me habría importado en absoluto. Pero, después de lo ocurrido durante la noche, quería seguir viviendo.

Antes de que mis reflejos captaran cambio alguno, Louren percibió la

tierra e instantáneamente detuvo la marcha en picado del avión. Con un suave estremecimiento, que arrojó dulcemente a Sally en mis brazos, el aparato empezó a desplazarse paralelamente a la tierra.

Ello resultó aún más terrible que la ciega caída en picado a través del espacio... Debajo de nosotros el borroso y oscuro perfil de unos árboles achaparrados, que las puntas de las alas del avión rozaban, y delante, ocasionalmente, algún enorme baobab entrevisto en medio de la lluvia y la niebla. Louren aminoraba la velocidad al pasar sobre sus ramas, extendidas como voraces garras hacia arriba... Después de varios segundos, que nos parecieron interminables, desapareció la sucia cortina de agua y nubes y, por un extraño capricho de la naturaleza, dimos con una zona de buen tiempo.

Exactamente delante de nosotros surgió una muralla, un rojo acantilado, empapado en agua y bañado por el sol... Fue una fugitiva visión de rocas rojizas que se abalanzaban contra nosotros. Súbitamente Louren irguió el avión sobre su cola, y tuvimos la impresión de que la roca raspaba la panza del aparato, mientras desde encima de la cresta el avión salía disparado hacia las nubes. La fuerza de la gravedad me aplastó contra mis dobladas rodillas.

Nadie habló hasta que nos hallamos muy arriba, a plena luz del sol. Sally soltó lentamente su mano de la mía, en tanto que Louren se volvía en su asiento para mirarnos.

Con sombría satisfacción advertí que ambos estaban algo pálidos a causa de las oscilaciones de la gravitación. Durante un momento se miraron fijamente. Luego Louren rió ásperamente.

—¡Mire la cara de Ben! —rugió.

Sally consideró muy divertida su apreciación. Cuando terminaron de reír inquirió ansiosamente:

—¿Alguien ha visto las ruinas? Yo apenas he tenido tiempo de ver las colinas... Pero acaso alguno de ustedes haya visto las ruinas.

—Yo sólo he visto mi propio ombligo velludo —gruñó Roger.
Comprendí perfectamente cómo se sentía.

* * *

Cuando llegamos a Maun las nubes comenzaban a dispersarse. Roger descendió por una brecha de cielo despejado y tocó tierra suavemente. Peter Larkin nos esperaba.

Peter es una especie de sobreviviente, un verdadero anacronismo, con sus hileras de cartuchos colgando en la parte delantera de su rústica chaqueta y sus pantalones arremangados a la altura de sus botas antimosquitos... Tiene una cara grande, roja y gorda y unas manos enormes. El dedo índice de su mano derecha tiene una especie de cicatriz causada por los retrocesos de pesados fusiles. Su único medio de comunicación es un grito áspero y desfigurado por el whisky. Peter carece de sentimientos y posee escasa inteligencia. Por consiguiente, nunca tiene miedo. Aunque ha vivido siempre en África, jamás se tomó el trabajo de aprender algún idioma nativo. Se expresa en la lengua franca sudafricana, el espurio fanagalo, y subraya sus apreciaciones con sus botas y sus puños. Su conocimiento de los animales que caza se limita al modo de descubrirlos y matarlos. No obstante, por lo tonto resulta tan simpático como un elefante.

Mientras su cuadrilla de jóvenes cazadores cargaba nuestros equipajes en los camiones, Peter nos saludó a gritos a Louren y a mí y dijo algunas sandeces.

—Ojalá pudiera ir con ustedes... Pero mañana llegará un grupo de yanquis... con su bolsa llena de verdes dólares... Me ha avisado muy tarde, señor Sturvesant. Pero le prestaré mis mejores muchachos... Mucha caza en el sur después de las lluvias. Ahora debe haber gembocks (corzos)... y, por supuesto, jumbos (elefantes)...

La aplicación de nombres dulces y cariñosos a los animales de caza me fastidia, sobre todo cuando quien los usa piensa despanzurrarlos con un rifle de tiro rápido.

Dándole la espalda a Larkin me dirigí hacia donde Sally estaba supervisando el embalaje de nuestros equipos.

—Ya son más de la una —protestó ella—. ¿Cuándo saldremos?

—Es probable que esta noche lleguemos a la cumbre del Makarikari Pan, a unos trescientos kilómetros más o menos de aquí por una buena carretera. Mañana nos internaremos en la espesura.

—¿Vendrá Ernest Hemingway con nosotros? —me preguntó Sally mirando con disgusto a Peter Larkin.

—No tendremos esa suerte —la tranquilicé. Mientras tanto me dediqué a estudiar a nuestros acompañantes: los dos chóferes —cada uno a cargo de un camión de tres toneladas—, cuya alta categoría se evidenciaba en sus camisas blancas, sus largos pantalones grises, sus pies calzados

y sus pañuelos de Paisley anudados al cuello; el cocinero, de piel reluciente a causa de su buena alimentación, que transportaba los pesados enseres de la cantina, y los fusileros, dos individuos de pelo gris y miembros nudosos, quienes, después de coger cuidadosamente los rifles deportivos de Louren del otro equipaje y de sacarlos de sus fundas respectivas, los acariciaban ahora tiernamente. Esas cinco personas —la élite— se mantenían apartadas de los frenéticos acarreadores que corrían con nuestros equipajes. Al oír la charla de éstos advertí que casi todos eran bamanguatos. Los fusileros eran matabeles y los chóferes shangaans. Así que estaba en condiciones de comprender cuanto dijeran durante la expedición.

—A propósito, no les digas que hablo su idioma —le recomendé serenamente a Sally.

—¿Por qué? —inquirió ella, al parecer sobresaltada.

—Porque deseo analizar cuanto digan. Si saben que entiendo su lengua guardarán silencio.

—¡Svengali! —exclamó Sally haciendo una mueca. No creo que hubiese reído si otra persona me hubiera aplicado un apodo tan poco agradable.

Cuando al despedirnos de él le estrechamos la mano, Roger, el piloto, le dijo a Sally:

—Por favor, no espante a los leones.

Evidentemente, Sally acababa de efectuar otra conquista.

Roger subió al avión, y los demás, agrupados, seguimos con los ojos la carrera del aparato hasta el extremo de la pista, su despegue y su partida hacia el sur.

—¿A qué esperáis? —preguntó Louren.

—A decir verdad, no lo sé... —respondí.

Louren se situó al volante del Land-Rover y yo me subí a su lado. Sally y los fusileros se sentaron en el asiento posterior.

—Con vosotros dos... me siento mucho más seguro en tierra —dije.

La carretera atravesaba un monte bajo y el país del baobab. El terreno, calcinado por el sol, estaba reseco. El Land-Rover levantaba una pálida nube de polvo. Los dos camiones lo seguían a una distancia prudencial para que el polvo tuviera tiempo de asentarse.

De cuando en cuando el terreno se empinaba. Aquí y allá cruzábamos algún lecho seco de río sembrado de piedras y alguna que otra vez pasábamos por aldeas de chozas de barro y Paja... Negritos barrigudos y desnudos se alineaban a cada lado de la ruta para saludarnos con las manos y entonar cánticos, tal como si perteneciéramos a la realeza. Sally se puso a arrojar peniques por la ventanilla y a palmetear divertida al ver cómo se disputaban los negritos las monedas y pronto se quedó sin ninguna. Cuando empezó a tirar nuestro almuerzo saqué la guitarra del estuche para distraerla.

—Canta una canción feliz, Ben —me aconsejó.

—Y obscena —añadió Louren, creo que para irritarla o para ponerla a prueba.

—Sí —respondió ella en seguida—. Que sea sensual y alegre.

Yo empecé a tocar la saga del «Pato Silvestre». Sal y Louren coreaban a gritos al final de cada verso.

Durante ese primer día nos comportamos como niños en un día de campo y avanzamos bastante hacia la hondonada. El sol apareció en el horizonte como una enorme bola de fuego entre las desgarradas nubes cuando llegamos al límite de la hondonada. Louren detuvo allí el Land-Rover y descendimos para esperar a los camiones. Con silencioso recogimiento contemplamos la reluciente y tétrica salina, que se extendía hasta donde alcanzaba nuestra vista.

Nada más llegar, y antes de detenerse completamente, los camiones empezaron a derramar su carga de servidores negros... Diecisiete minutos y treinta segundos después, según mi reloj, las tiendas y los catres estaban ya armados y nosotros tres sentados en torno al fuego bebiendo cerveza Glen Grant en vasos coronados por pequeños y brillantes trozos de hielo.

Desde la cocina de campaña llegaba hasta nosotros el tentador aroma de la olla de monte, en la que el cocinero estaba recalentando, con más ajo y orégano, nuestra comida. Los hombres que nos cedió Larkin formaban un alegre grupo. Después de comer se sentaron alrededor de su propia lumbre, a

cincuenta metros de nosotros, y dulcificaron la atmósfera nocturna con una serie de viejas canciones de caza.

Yo prestaba atención a sus voces y a la vez seguía atentamente la acalorada discusión que sostenían Sal y Louren. Aunque tuve ganas de hostigar de nuevo a Sal y de decirle que estaba desempeñando el papel de abogada del diablo, preferí regodearme en el duelo de aquellas dos mentes lúcidas. Cada vez que el debate amenazaba con degenerar en un intercambio de improperios o en mera violencia física, intervenía yo de mala gana para calmar los ánimos.

Sally sostenía firmemente la tesis de mi libro *Ofir*, según la cual hacia el año 200 *Q.C.* los fenicios o los cartagineses invadieron la zona sur de África Central, donde fundaron una floreciente colonia, que desapareció bruscamente alrededor del año 450 *d.C.*

—En tan remota época carecían de los medios necesarios para realizar un viaje semejante —la desafió Louren—, y mucho menos estaban preparados para colonizar...

—Le recuerdo, señor Sturvesant, que Herodoto menciona una circunnavegación de África por parte de seis navegantes fenicios hacia el año 600 a.C., poco más o menos bajo el reinado del faraón Necao. Partieron del mar Rojo y regresaron tres años más tarde por las Columnas de Hércules.

—Un viaje aislado —señaló Louren.

—No, señor Sturvesant. Hacia el año 460 a.C. Hannón salió de Gibraltar y navegó hasta un punto situado al sur de la costa occidental africana, donde intercambió sus productos por una cantidad de oro y marfil suficiente para estimular la codicia de los aventureros y mercaderes de aquellos tiempos.

No obstante, Louren rebatió las fechas.

—¿En qué se basa usted para establecer esa fecha: 200 años a.C.? Los primeros datos relativos a la fundación de Zimbabue se remontan a mediados del siglo V d.C., y la mayoría de ellos son posteriores a esa fecha.

—A nosotros no nos interesa Zimbabue, sino la cultura precedente —le replicó Sally—. Es posible que Zimbabue fuera construida en las postrimerías del reinado de los antiguos y ocupada brevemente por éstos, poco antes de la desaparición de aquella raza. Ello se compaginaría perfectamente con la fecha 450 d.C., según el carbono catorce, que usted acaba de mencionar. Además, las fechas de carbono catorce correspondientes a las antiguas minas de Shala e Insweze son 250 y 300 a.C. —concluyó Sally con sutil lógica femenina—. Por otra parte, las dataciones mediante el carbono catorce no son tan exactas, y cabe admitir un margen de error de varios siglos.

—Esas minas fueron explotadas por los bantúes —declaró Louren—. Caton-Thompson... y, por supuesto, más recientemente, Summers... sostienen...

Sally arremetió entonces violentamente.

—¿Cómo pudieron los bantúes, que arribaron probablemente a esa zona en una época tan reciente como el año 300 d.C., desarrollar súbitamente un brillante talento prospectivo que les permitió localizar filones metalíferos donde no se advierte en el mineral externo huella alguna de oro ni de cobre? ¿Tuvieron acaso ingenieros capaces de extraer doscientos cincuenta millones de toneladas de mineral de las profundidades rocosas? Recuerdo que hasta entonces no habían demostrado poseer talento alguno... ¿Es posible que olvidaran de golpe su técnica o dejaran de utilizarla durante un milenio?

—Bien... Es posible que los mercaderes árabes... —comenzó a responder Louren.

Pero Sally le atacó sin piedad:

—Es imposible que explotaran esas minas, que hubiesen precisado un enorme derroche de energía. El oro no es apreciado por los bantúes, cuyo patrón para la medición de la riqueza es el ganado. ¿Dónde aprendieron a vestirse y a construir casas de piedra? Los bantúes nunca habían hecho tal cosa anteriormente... Sin embargo, de pronto manifiestan un arte plenamente desarrollado y demuestran gran habilidad..., y luego su arte, en lugar de refinarse, se deteriora rápidamente y muere.

Con fingido disgusto retrocedió Louren ante sus arremetidas, aunque dispuesto a ofrecer su resistencia final cuando ella expusiera mi teoría, de acuerdo con la cual los invasores procedían del oeste y no del este.

Louren, que había leído los juicios y las críticas de mis detractores, reiteró ahora sus conceptos.

Según la teoría aceptada, los invasores habían entrado por la costa de Sófala o la desembocadura del Zambeze.

Yo sostenía, basado en antiguos textos y en mis propias y extensas excavaciones, que ciertos pueblos del Mediterráneo, después de trasponer las Columnas de Hércules, navegaron firmemente a lo largo de la costa occidental africana y establecieron quizá varias colonias en la Costa de Oro, la Costa de Marfil y Nigeria. Avanzando siempre hacia el sur, llegarían a una zona des poblada, tal vez la desembocadura de un río, que posteriormente se secó o convirtió en un pantano, y que tal vez actualmente sea una corriente subterránea. En aquel río habrían desembocado los enormes lagos Makarikari, Ngami y otros desaparecidos mucho tiempo atrás a causa de la paulatina

deseccación de la tierra sudafricana. Aquellos marinos se internaron en dicho río —quizá el **Cunene** o el **Orange**— y navegaron por él hasta sus fuentes, desde donde enviaron a sus metalistas tierra adentro para que trataran de localizar las antiguas minas de **Manica...** Es posible que aquellos hombres hallaran diamantes en los lechos rocosos de los lagos y los ríos y seguramente cazaron muchos de los innumerables elefantes que vagaban por aquellos lugares. Semejante riqueza justificaría la fundación de una ciudad, de una gran fortaleza amurallada y de una colonia... ¿Dónde edificarían tal ciudad? No cabe duda de que en el punto final de su expedición marítima, en las costas del lago más lejano..., acaso el Makarikari o el que cubría entonces la actual gran hondonada salitrosa.

Sally y Louren discutían cada vez más enconada y ásperamente. Sally le llamó «hombre imposible» y Louren la tachó de «marisabidilla». De pronto él capituló, y acto seguido los tres nos complacimos en la idea del descubrimiento de la ciudad perdida de Makarikari.

—El lago debió extenderse por lo menos hasta ochenta kilómetros más allá de los límites de la actual hondonada —señaló Louren—. Hace apenas un siglo, **Burchell** describió el lago Ngami como un mar interior. Actualmente es un charco que cualquiera puede cruzar de un salto sin esforzarse mucho. Probablemente el lago primitivo llegaba hasta el pie de las colinas donde esperamos hallar las ruinas de la ciudad. Existen numerosas pruebas de la gradual desecación del territorio sudafricano. **Comwailis Harris** describe selvas y ríos hoy inexistentes...

—Escucha, **Ben** —me dijo Sally excitada y asiéndome de un brazo—. ¿Recuerdas cómo me intrigó la forma de media luna de la ciudad? Tal vez dicha conformación corresponda al antiguo puerto y a la ciudad, que seguía la línea de la costa.

—¡Dios mío! —susurró Louren—. ¡Qué larga será la espera hasta mañana!

La medianoche había quedado atrás, y las botellas de whisky caídas en tierra después de un largo forcejeo, cuando Louren y Sally se dirigieron a sus respectivas tiendas.

Seguro de que no pegaría ojo, abandoné el campamento y, **deslizándome** ante la fogata en torno a la cual yacían nuestros servidores envueltos en sus mantas a la manera de los gusanos de seda en sus capullos, me dirigí a la hondonada. La luz de las estrellas se reflejaba, gris y fantasmal, en el terreno salitroso, que crujía secamente bajo mis pies. Caminé durante mucho rato, deteniéndome tan sólo en cierto momento para escuchar el distante rugido de un león procedente del límite de la espesura.

Cuando volví al campamento, brillaba todavía una linterna en la tienda de Sally. Su silueta se proyectaba enorme en la blanca lona, como un sombrío retrato de mi amada. Sally estaba sentada en su catre, con las piernas cruzadas, leyendo. Pero al comprobar que yo la observaba, alargó el brazo y apagó la linterna.

Durante un momento aguardé tratando de darme ánimo. Luego me acerqué a su tienda. Mi corazón parecía querer abrirse paso a martillazos a través de mi deforme pecho.

—¿Sal?

—¿Ben? —inquirió ella en voz baja, respondiendo a mi cuchicheo.

—¿Puedo entrar? —pregunté.

Ella vaciló un momento antes **de** responder.

—Sí... Pero sólo un minuto.

Al entrar en la tienda percibí borrosamente su camión. A **tientas** busqué su cara y di con sus mejillas. .

—He venido a decirte que te amo —le dije suavemente, **Mientras** sentía el roce de su aliento en mi cara.

-Ben... —susurró mansamente—. Mi querido y dulce **Ben**.

—Quisiera pasar la noche contigo.

—No, Ben. **Todo** el mundo se enteraría, y yo quiero evitarlo.

La mañana comenzó como había terminado el día anterior; todos estuvieron muy alegres y rieron continuamente en torno a la mesa a la hora del desayuno.

Los criados no cesaron de alborotar mientras levantaban el campamento y cargaban nuestros enseres en los camiones. Hacia las siete de la mañana habíamos dejado atrás la carretera y avanzábamos a lo largo del límite de la hondonada. Abría la marcha el **Land-Rover**, al cual seguían nuestros camiones, a través de una vegetación achaparrada y una hierba exuberante. Luego empezamos a descender por varios sinuosos barrancos en dirección a la hondonada.

Al cabo de una hora de viaje advertí como un relampagueo entre los árboles delante de nosotros, y de pronto tres majestuosas gamuzas surgieron en la hondonada. Al trote y en hilera comenzaron a alejarse de nuestras proximidades. Se movían pesadamente como tres **ponis** gordos. Su piel era de un matiz zarzamora claro y sus cabezas, semejantes a máscaras, en las que se alternaban el blanco y el negro en complicado dibujo, recortábanse nítidamente en la superficie gris de la hondonada.

Louren pisó ruidosamente los frenos del Land-Rover y el viejo fusilero matabele, con el sentido del tiempo propio de un profesional, entregó la gran Magnum 375 a Louren, que descendió rápidamente del vehículo y, doblando el cuerpo, echó a correr detrás de la franja herbosa que señalaba el límite de la hondonada.

—¿Va a matarlas? —me preguntó Sally en un tono de voz infantil, y al asentir yo con la cabeza, añadió—: ¿Por qué?...

¿Por qué?

—Porque le agrada la caza.

—Pero es que son tan hermosas... —protestó Sal.

—Sí —respondí.

Más allá, en la hondonada, y aproximadamente a seiscientos metros del Land-Rover, se detuvieron las gamuzas. Desde uno de nuestros flancos nos observaban atentamente, con sus cabezas erguidas y sus delgados y largos cuernos erectos.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Sal, señalando a Louren, que seguía corriendo a lo largo del límite de la hondonada.

—Cumpliendo con las reglas del juego... —le expliqué—. Se considera denigrante hacer fuego a quinientos metros de un vehículo.

—Maravilloso deporte —murmuró Sal, mordiéndose un labio y desviando su vista de Louren hacia las distantes gamuzas.

De pronto se apeó del Land-Rover, subió al capó del coche y, ahuecando sus manos alrededor de la boca, chilló:

—¡Corred, estúpidas! ¡Huid, maldita sea!

Acto seguido se quitó el sombrero y lo agitó por encima de su cabeza mientras brincaba sobre el capó y aullaba como un duende chillón. Las gamuzas echaron a correr despavoridas por la hondonada, alejándose diagonalmente de nosotros. Al mirar hacia Louren lo vi, muy pequeño y distante, en el momento en que se dejaba caer en tierra y, apoyando los codos en sus rodillas, inclinaba la cabeza sobre la mira telescópica de su rifle. Poco después el arma dio un respingo y surgió humo de su boca. Sin embargo, el seco estampido tardó uno o dos segundos en llegar a nuestros oídos. A lo lejos, en la hondonada, la gamuza guía dio con el hocico en tierra y rodó envuelta en una blanca nube de polvo. Louren disparó de nuevo, y el segundo animal se desplomó y empezó a dar coces contra el cielo. El tercero siguió corriendo solo.

A mis espaldas el viejo fusilero le dijo en sindebele a su compañero:

—¡Oh! ¡Qué hombre!

Sally bajó del capó, se sentó en el coche y guardó silencio mientras yo conducía el Land-Rover hacia donde nos aguardaba Louren. Éste entregó su rifle al fusilero y, al tiempo que yo le cedía el volante, un acre olor a cordita quemada impregnó la cabina del Land-Rover. Louren miró a Sal y dijo:

—Gracias. Siempre me ha gustado tirar sobre un blanco móvil.

—¿Por qué no ha matado a las tres? —le preguntó ella fríamente y sin rencor.

—Porque mi licencia no me permite matar más de dos piezas.

—¡Dios mío!... Su delicadeza me conmueve —dijo Sally, cuya voz denotaba ahora cólera y resentimiento—. ¡Qué raro es dar con un auténtico caballero!

Louren nos condujo hasta donde yacían los animales muertos. Mientras los peones desollaban y troceaban las reses, Sally permaneció en el asiento trasero, con el rostro vuelto en sentido inverso, el sombrero caído sobre su frente y sus ojos clavados en un libro.

Yo, en pie junto a Louren y bajo un sol intenso que reverberaba en la blanca superficie salitrosa, observaba cómo los fusileros realizaban incisiones y despellejaban las gamuzas 'on la destreza de un par de cirujanos de Harley Street.

—Deberías haberme informado que viajaría con nosotros una enemiga de la caza —me dijo Louren ásperamente—. ¡Cómo lamento mi blandura ante tus palabras y haber permitido que nos acompañase!

Como no le contesté, prosiguió:

—De buena gana la mandaré de nuevo a Maun en uno de los camiones.

—Tan descabellada era la idea que ni siquiera la tomé en consideración. De modo que él prosiguió—: Ella es tu ayudante... ¡Por tanto, tú debes sujetarla!

Me alejé de él a fin de darle tiempo para que recobrase **la** calma. Cuando cogí el estuche de los mapas, que se hallaba **en** el asiento junto a Sally, ésta no levantó los ojos de su libro. Eché a andar en torno al vehículo y desplegué el gran mapa aeronáutico sobre el capó del **Land-Rover**. Dos minutos después Louren se hallaba a mi lado. La aviación es uno de sus principales pasatiempos, y en tal sentido tiene una alta opinión de sí mismo.

—Saldremos de la hondonada por aquí —dijo señalando **el** sitio en el que el lecho seco de un río desembocaba en el extremo oriental de la hondonada—. A partir de allí nos guiaremos por la brújula.

—¿Adonde iremos a parar?

—Probablemente a una sabana arenosa **que no conozco**.

—Preguntemos a los chóferes... —le sugerí.

—Excelente idea —dijo Louren.

Y llamó a los dos conductores, que estaban al otro lado **de** la carretera, y a los fusileros, que, concluida su eficiente labor, habían dejado los despojos de los animales a cargo de los peones del campamento. Todos ellos tenían el derecho de ser consultados.

—Deseamos llegar a este lugar —dijo Louren, señalando un punto en el mapa—, a estas colinas, que aquí no tienen nombre, y que corren paralelamente al borde de la hondonada...

Los dos chóferes tardaron un rato en orientarse en el mapa. De pronto se produjo un cambio notable en ambos. Sus rasgos **fisonómicos** parecieron disolverse y convertirse en dos máscaras representativas de su perplejidad.

—¿Qué clase de país es éste, el que se halla entre la hondonada y las colinas? —inquirió Louren, que no había advertido el cambio en sus rostros.

Los chóferes intercambiaron furtivas miradas entre sí.

—¿Cuál es? —les preguntó Louren.

—No conozco ese país..., y nunca he oído hablar de esas colinas —murmuró **Joseph**, el viejo chófer, quien en seguida desmintió sus propias aseveraciones—. Además, allí hay mucha arena y lechos de ríos infranqueables.

—No hay agua —agregó David, el otro chófer—. Yo tampoco he estado allí jamás ni conozco esas colinas.

—¿Qué buscan los hombres blancos? —preguntó el viejo fusilero en **sindebele**. Sin duda los mapas no significaban **nada** para él.

—Quieren ir a **Katuba** Ngazi —le explicó rápidamente el chófer.

Todos ellos creían que ni Louren ni yo conocíamos su **idioma** y que podían hablar libremente en nuestra presencia.

Ésa era la primera vez que yo oía aquellos nombres: Katuba Ngazi, las Colinas Sangrientas.

—¿Qué les has dicho? —preguntó imperiosamente el fusilero al chófer.

—Que no conocemos ese lugar.

—Está bien —convino el fusilero—. Ahora **diles** que allí no hay elefantes y que sólo hay animales salvajes al sur de la hondonada.

El chófer nos transmitió fielmente tales palabras, y sufrió una gran desilusión al ver que permanecíamos impasibles.

—Bien... —les dijo Louren alegremente—. Hoy van a aprender algo. Por primera vez verán esas colinas —y enrolló el mapa—. Ahora carguen la carne, porque tenemos que reanudar la marcha.

En cinco minutos cambió la tónica de la expedición. Sally y el resto de los viajeros se mostraban profundamente deprimidos. Cesaron las sonrisas y las payasadas. Todos estaban sombríos y cuchicheaban en grupos. El ritmo del trabajo descendió casi al punto cero y tardamos cerca de media hora **en** cargar la carne de las gamuzas. Mientras tanto aparté a Louren de la fila de vehículos y, ya fuera del alcance de los oídos de los otros, le puse rápidamente al corriente de lo que acababan de decir los peones africanos.

—¡Las Colinas Sangrientas! ¡Maravilloso! —me respondió entusiasmado—. Eso significa que conocen las ruinas... Probablemente se sienten inhibidos por algún tabú.

—Sí —convine—. Pero a partir de ahora tendremos que permanecer alerta, ya que es probable que intenten algún sabotaje... Míralos —ambos nos volvimos y observamos el lento trabajo de los hombres, que se movían como

sonámbulos—. Creo que llegaremos a las Colinas Sangrientas mucho más tarde de lo que calculamos.

Una vez más abandonamos la salina, porque en ciertos lugares su superficie era tan frágil, que cedería bajo las ruedas de cualquier vehículo. De modo que bordeamos su tierra firme, aunque arenosa. Después de cruzar otro de los empinados barrancos y de explorar el terreno en busca de alguna planicie, seguimos andando durante veinte minutos, al cabo de los cuales comprobamos que ninguno de los camiones nos seguía.

Tras una espera de diez minutos, Louren y yo, impacientes e irritados, desanduvimos el camino hacia el lecho seco del río.

Media carrocería de uno de los camiones sobresalía del borde del barranco. Una de sus ruedas delanteras y una de las traseras se hallaban en el aire, pero la panza del vehículo estaba incrustada en el suelo. El otro camión se había detenido en las proximidades. Catorce hombres maduros estaban, sentados unos, en pie otros, cerca del vehículo, descansando en diversas posturas, sin intentar siquiera liberar el camión atascado.

—¡Joseph! —gritó Louren dirigiéndose al chófer—. ¿Qué ha ocurrido? El aludido se encogió de hombros con indiferencia, aunque le costó mucho disimular su satisfacción.

—Muy bien, señores; sacaremos el camión de aquí —dijo Louren con amarga ironía.

Media hora después, pese a los débiles esfuerzos de los catorce individuos y al fingido entusiasmo de Joseph, que hacía chirriar la caja de velocidades, y a las desesperadas revoluciones y los sucesivos ahogos del motor, el camión seguía casi suspendido al borde del barranco. Finalmente todos abandonaron el barranco y clavaron sus ojos en Louren y en mí con curiosidad.

—¿De acuerdo, Ben? —preguntó Louren volviéndose hacia mí y comenzando a quitarse su chaqueta de monte.

—De acuerdo, Lo —asentí, contento al comprobar su buen estado físico. Su cuerpo, duro como una piedra y carente de tejido adiposo, se elevaba a un metro ochenta de altura. Sus músculos se recortaban nítidamente bajo su piel.

Yo no me quité la camisa, porque mi cuerpo, aunque tan vigoroso como el de Louren, no es tan agraciado como el suyo.

—Primero, la parte delantera —sugirió Louren. El camión había sido descargado y contaba con medio depósito de gasóleo. Estimé en algo más de mil kilos el peso de su parte delantera.

Mientras estudiaba el problema, giré mis brazos como las aspas de un molino de viento para relajar mis músculos fríos. Los criados nos observaban intrigados. Uno de ellos rió tontamente. Incluso Sally, atraída por la escena, abandonó su libro y se apeó del Land-Rover.

Louren y yo nos situamos junto a la parte anterior del vehículo y, agachándonos, aplicamos concienzudamente nuestras manos, doblamos las rodillas y estiramos ligeramente las piernas.

—¿Listo, compañero?

—Listo, Louren —respondí haciéndole una mueca... e iniciamos la operación.

Yo empecé lentamente, endureciendo poco a poco mis músculos, acumulando en forma pareja mis energías en hombros, muslos y abdomen.

Pero aquel peso muerto se mantenía inamovible. De modo que empecé a quemar mis reservas. Mi dolor se convirtió en angustia y mi respiración comenzó a escaldarme la garganta.

—Ahora —gruñó Louren a mi lado.

Entonces dejé caer hacia mí la masa inerte y empecé a ver estrellas y girándulas.

El vehículo se deslizó suavemente sobre nuestras manos y oí exclamaciones, gritos de asombro... y explicaciones provenientes del grupo de observadores.

Después de levantar la parte delantera del camión y de apartarla del borde del barranco realizamos idéntica operación con la parte trasera. Luego comenzamos a reírnos, al principio un tanto nerviosamente y por último de manera incontenible. Louren colocó un brazo sobre mis hombros y me hizo retroceder hasta situarme enfrente del grupo de criados, que se sentían incómodos e inquietos.

—He ahí un grupo de frágiles **viejecitas** —dijo Louren, riendo todo el tiempo—, de tontas **virgencitas**. Traduce mis palabras, Joseph.

Éste hizo una correcta traducción de la baladronada.

—Y tú, Joseph, eres un imbécil.

Dicho esto, Louren se dirigió hacia Joseph tan rápidamente como un danzarín y le largó un fuerte manotazo a un lado de la cabeza. El impacto sonó con extraña intensidad, y Joseph, tras describir un amplio círculo, cayó al suelo. Después se sentó, aturdido. Un delgado reguero de sangre descendía desde una de las comisuras de sus labios. Los dientes superiores se le habían incrustado en el grueso labio inferior.

—Como ven, no he dejado de reír —dijo dirigiéndose a su despavorido auditorio—. Ni siquiera estoy enfadado... Piensen en lo que ocurrirá cuando me saquen de mis casillas.

El camión fue cargado de nuevo con gran entusiasmo y reanudamos la marcha.

—Bien —dijo Sally—, creo que contaremos con su plena cooperación durante el resto del viaje. ¿Por qué el gran **buana** blanco no usó un **siambol**? Con él no se habría ensuciado, las **oíanos**. (Un siambol es un bastón de cuero de rinoceronte)

—Explícale, **Ben**.

Louren miró hacia otra parte mientras yo explicaba rápidamente a **Sally** que habíamos sido víctimas de un sabotaje.

—No pongo en duda, Sal, que Louren le haya pegado **de** mala manera... Pero **Joseph** ha atascado el camión a propósito. Además, disponemos tan sólo de tres días y unas horas para llegar a las Colinas Sangrientas... Por eso no podemos tolerar semejantes triquiñuelas.

Sally se olvidó en seguida de Joseph.

—Las Colinas Sangrientas... —repitió, regodeándose **con** la idea—. ¡Dios mío! Ese nombre suscita imágenes de sacrificios y...

—Lo más probable es que deban su nombre al color **rojo** de los acantilados —sugerí.

—Y el tabú... —dijo ella, haciendo caso omiso de mis palabras— debe estar relacionado con las ruinas. ¡Dios mío! Mi sangre hormiguea, y pienso en templos repletos de tesoros, reliquias y testimonios escritos de una gran civilización, en tumbas y armas...

—Sin duda habrás notado el criterio imparcial, **antiromántico** y científico con que mi ayudante enfoca el asunto —le dije a Louren, quien hizo una mueca burlona.

—Aunque me revienta admitirlo, debo **reconocer que, por** primera vez, coincidido con ella.

—Y por primera vez, querido mío, **también usted da** muestras de inteligencia —le dijo Sally con **mordacidad**.

Eran ya las dos de la tarde cuando llegamos al límite oriental de la hondonada. Desde allí tendríamos que orientarnos con la brújula para llegar a las colinas. Casi inmediatamente resultó evidente que no llegaríamos ese día. Avanzábamos pesadamente. La arena de la sabana se pegaba a las ruedas de los vehículos y reducía nuestra velocidad como si transitáramos por terreno fangoso. Seis veces se atascaron los camiones en el profundo colchón de arena y tuvieron que ser rescatados por el **Land-Rover**, que tenía transmisión en las cuatro ruedas. Cada vez que ocurría se prodigaban las excusas por parte del conductor y sus respectivos ayudantes.

La arena había absorbido hasta la última gota de las recientes lluvias. El efecto del agua, sin embargo, se revelaba en el flamante color verde de los espinos y las acacias y, más espectacularmente, en la profusión de flores silvestres, que alfombraban los campos o se apiñaban en tupidos macizos.

Semillas y bulbos habían dormido durante tres largos años de sequía, aguardando el tiempo de la abundancia... **Ahora** el brillante color carmesí de los «fuegos del rey **Chaka**» ardían en campos de margaritas **Namaqua**. Lirios estrellados, ericas, doradas **gazanias** y muchas otras variedades de flores conformaban un espectáculo que nos ayudaba a sobrellevar la frustración que sentíamos a causa de nuestro avance a paso **de** tortuga.

Cada vez que nos veíamos obligados a detenernos, dejaba las maldiciones

y los problemas a cargo de Louren y me alejaba de los vehículos con mi cámara fotográfica.

Al caer la tarde nos hallábamos a veinticuatro kilómetros **de** las colinas. Cuando trepé a lo alto de la chata copa de la acacia bajo la cual acampamos, alcancé a divisar sus contornos, que apenas se elevaban sobre el horizonte, hacia el oriente. Los rayos postreros y oblicuos del sol teñían los acantilados **de** un matiz naranja oscuro. Sentado en la horca que arrancaba del tronco principal observé los acantilados hasta que el sol desapareció y las colinas se diluyeron en el cielo oscuro.

Una extraña sensación me invadió mientras contemplaba las distantes colinas... Un místico sentimiento de predestinación, mezclado con una lánguida melancolía... Un vago y molesto desasosiego.

Al bajar del árbol encontré a Louren sentado, solo, ante el fuego, al que miraba fijamente mientras bebía whisky.

—¿Dónde está Sally? —le pregunté.

—Se enfadó conmigo y se fue a dormir... Discutimos sobre los deportes sangrientos y los castigos corporales a los negros... —respondió mirando hacia la tienda, iluminada por dentro, de Sally.

Ningún canto llegó a nuestros oídos desde las hogueras de los criados, mientras comíamos hígado de gamuza asado y tocino, regados con cálido vino tinto del Cabo. En silencio concluimos de comer y beber.

—Estoy agotado —dijo por fin Louren poniéndose en pie—. Llamaré a **Larkin**. Le prometí que le llamaría cada noche para probar nuestras comunicaciones. Te veré mañana por la mañana, Ben.

Yo le seguí con la vista mientras se dirigía al Land-Rover, y una vez allí encendió el aparato receptor y transmisor de radio. Luego oí la voz de borracho de Larkin entre zumbidos y **«ujidos»** estáticos. Escuché durante varios minutos, hasta que Louren terminó su informe. Entonces me levanté y me alejé "el campamento.

Intranquilo y todavía nervioso, me interné de nuevo en la obscuridad. Los esqueletos de las gamuzas habían atraído a un **grupo** de hienas al campamento. Mientras avanzaba oía sus **risas** falsas y sus chillidos entre los espinos; así que decidí no alejarme del campamento. Al pasar junto a la tienda de **Sally** me detuve un momento para confortarme con su cercanía. Después me dirigí hacia la hoguera de los criados. Mis pies no hacían el menor ruido en la suave arena. Mientras me acercaba escuchaba la voz de uno de los viejos fusileros. En cuclillas y formando un círculo en torno al fuego, todos le escuchaban con gran atención. Sus palabras, que llegaban hasta mí nítidamente, conmovieron mi memoria, produjeron cierta comezón en mi espina dorsal. De pronto me pareció que unos dedos fantasmales recorrían mis brazos y mi cuello y que mis cabellos se erizaban.

—Ese mal debe ser barrido de la tierra y de la mente de los hombres por siempre jamás.

Exactamente las mismas palabras pronunciadas por **Timothy Mageba** en otra ocasión... La misma idea expresada en un idioma diferente. Fascinado observé atentamente el rostro surcado de arrugas del viejo **matabele**. Súbitamente, como si tuviera conciencia de mis miradas, el orador levantó la cabeza y me divisó entre las sombras.

Entonces habló de nuevo para poner sobre aviso a sus oyentes:

—¡Cuidado! La «araña» está cerca —**dijo**.

Tal era el apodo que me daban, a **causa de mi pequeño** tronco y mis largos miembros.

Sus últimas palabras quebraron el hechizo que les paralizaba. Oí toses y pisadas. Muchos ojos se clavaron en mí. De modo que opté por alejarme. Las palabras del viejo matabele resonaban en mis oídos. Mi inquietud y desasosiego fueron en aumento.

La tienda de Sally estaba a oscuras. También lo estaba la de **Louren**.

Tumbado en mi catre, permanecí despierto mucho tiempo oyendo los gritos de las hienas y meditando acerca de lo que podría ocurrir en las próximas veinticuatro horas.

De una cosa estaba seguro: hacia las doce del día siguiente sabríamos con certeza si las líneas que se entrecruzaban en la fotografía eran obra de la naturaleza o del hombre. Pensando en ello, cerré por fin los ojos.

A las diez de la mañana del día siguiente contemplamos las colinas desde el asiento delantero del **Land-Rover**. De color naranja, tirando a rojo, asomaban por encima de las copas de las acacias más altas. Desde su pico más elevado, situado en el centro de nuestro horizonte, descendían gradualmente a ambos lados.

Me hice cargo del volante en tanto que Louren consultaba el mapa y la fotografía. Siguiendo sus instrucciones me dirigí **hacia** donde los acantilados alcanzaban su mayor altura. Un grupo de euforbios, semejantes a enormes candelabros, se recortaban en el horizonte sobre uno de los acantilados. Aquellos árboles, muy visibles en la foto, le servían a Louren como punto de referencia para orientarse.

Los acantilados se erguían casi verticalmente hacia las crestas situadas a sesenta o noventa metros de altura. Numerosas estrías denotaban en ellos la acción del tiempo.

Posteriormente comprobé que se componían de una variedad de piedra arenisca muy dura y fuertemente pigmentada con óxidos minerales.

Al pie de los acantilados crecía un pequeño grupo de árboles enormes. Evidentemente una corriente subterránea alimentaba a aquellos gigantes. Sus descubiertas raíces se enroscaban y retorcían hacia lo alto por la pared del acantilado como frenéticas pitones. Su denso follaje verde constituía un alivio para la retina fatigada por el monótono matiz gris verdoso de los espinos y las acacias.

Frente a los acantilados había una franja de tierra abierta de alrededor de ochocientos metros de ancho en donde crecía una rala vegetación achaparrada y alguna hierba descolorida.

Avancé con el Land-Rover por aquel monte bajo en dirección a los acantilados, en medio de un silencio cada vez más tenso. Lentamente nos aproximamos a las enhiestas paredes **de** piedra roja, hasta que tuvimos que sacar nuestras cabezas fuera de las ventanillas para divisar su parte superior.

Por último, Sally rompió el silencio, convirtiéndose en portavoz de nuestra desilusión y nuestro disgusto.

—Bien... Creo que ya habríamos traspuesto las grandes murallas del recinto principal... si existiera tal recinto.

Detenido el vehículo al pie del acantilado nos aproximamos y echamos una ojeada a nuestro alrededor, deprimidos y **sin** atrevernos a mirarnos.

No había allí vestigios de ciudad alguna, ni un solo bloque de piedra labrada, ningún montículo artificial y tampoco el más leve rastro de alguna torre o muralla.

Nos hallábamos en una tierra virgen, cubierta de maleza, y ante un cerro **inhollado** e inexplorado por el hombre.

—¿Estáis seguros de que éste es el lugar? —inquirió Sally, que se sentía muy desdichada.

Nadie le contestó.

Poco después llegaron los camiones, de los cuales descendieron los peones, que, en pequeños grupos, escudriñaron los **acantilados** y comenzaron a hablar en voz **baja**.

—Escuchad —dijo **Louren**—; mientras ellos montan las tiendas, nosotros exploraremos la zona. Yo avanzaré a lo largo del acantilado en esta dirección, y vosotros lo haréis en sentido contrario... Tú, **Ben**, coge mi escopeta. .

A continuación emprendimos la marcha paralelamente al acantilado y a través de la silenciosa arboleda.

Al cabo de un rato se produjo un gran revuelo en las copas de los árboles: un pequeño grupo de micos huyó entre las ramas al vernos, lanzando chillidos de consternación. Sus cabriolas no lograron hacernos sonreír ni a **Sally** ni a mí. De vez en vez nos deteníamos para examinar el acantilado, pero sin entusiasmo y sin confianza en nuestros esfuerzos. A cuatro o cinco kilómetros del campamento hicimos un alto y nos sentamos en un bloque de piedra arenisca que se había desprendido del acantilado.

—Tengo ganas de llorar —dijo Sally—. Te aseguro que lloraría...

—Comprendo... Yo lloraría también.

—Sin embargo, en esa maldita fotografía hay algo bien definido... ¿No será una broma suya?

—No —respondí, moviendo la cabeza—. Es incapaz **de** una jugarreta

semejante. Además está tan interesado **en el** asunto como nosotros.

—Entonces, ¿qué piensas de la fotografía?

—No sé... Sin duda se trata de una ilusión óptica **producida** quizá por la sombra del acantilado o alguna nube.

—¡Pero allí se ven varios dibujos geométricos y simétricos! —protestó Sally.

—La luz suele producir efectos engañosos —dije—. No olvides que esa fotografía fue tomada a las seis de la tarde..., o sea, casi hacia la puesta de sol... La luz crepuscular provoca sombras muy extrañas.

—Creo que ésta es **la mayor desilusión que he sufrido en** mi vida.

Como me pareció que iba realmente a llorar, me acerqué hasta ella y deslicé mi brazo alrededor de su cintura.

—Lo siento... —dije.

Sally hizo un mohín y me ofreció su boca.

—¡Oh! —dijo por último—. ¡Doctor **Kazin**, es usted un descarado!

—Todavía no sabes de lo que soy capaz.

—Lo sé perfectamente —dijo ella, apartándose suavemente de mí—. Ahora, Ben, dejemos el acantilado y volvamos al campamento. Posiblemente descubramos algo en campo abierto.

Lentamente comenzamos a caminar bajo el sol. También allí había flores. Las abejas trabajaban afanosamente sobre ellas. Sus patas posteriores estaban recubiertas de polen amarillo. En cierto lugar advertimos un cauce bajo cavado por las recientes lluvias, en el que no quedaba el menor vestigio de **humedad**. Descendí a él para observar las capas rocosas superiores y el suelo de tierra.

A un metro de la superficie hallé cantos rodados pulidos por el agua.

—¡Buena señal! —le dije a Sally, mientras cogía del suelo varios guijarros y descubría una concha bivalva incrustada en **la** piedra arenisca en proceso de formación—. He aquí algo que confirma, en cierta medida al menos, nuestra teoría. En otro tiempo esto fue el lecho de un lago... ¡Mira!

Sal descendió rápidamente al fondo del barranco.

—¿Qué es eso?

—Un ejemplar del tipo **unionidae**, el mejillón africano **de agua** dulce.

—Esperaba algo más fascinante —dijo Sally, dejando caer **la** antigua concha en la arena.

—Yo también —dije, y abandoné el barranco. Mi única excusa sobre tal respuesta es que mi espíritu estaba perturbado por un hondo sentimiento de frustración, aparte de la excitación física que poco antes había provocado en mí Sally. Generalmente no reacciono en forma tan cortés en el terreno científico. Tampoco suelo pasar por alto cuatro indirectas en el plazo de una hora...

Emprendimos el regreso sin mirar una sola vez hacia atrás. El campamento se hallaba muy animado y funcionaba a las mil maravillas cuando Sally y yo llegamos a él arrastrando los pies. Sudorosos y cubiertos de polvo nos sentamos a almorzar jamón enlatado y cerveza **Windhoek**.

—¿Alguna novedad? —preguntó Louren. Los dos negamos con la cabeza a un tiempo y levantamos nuestros vasos.

—¡Está caliente! —exclamó Sally apenas probó la cerveza.

—El cocinero ha arreglado la nevera. Esta noche estará fría.

Durante un rato comimos en silencio. De pronto Louren dijo:

—Mientras vosotros estabais fuera, logré convencer a **Larkin** por radio. Mañana enviará un helicóptero. Realizaremos la última tentativa desde el aire para terminar de una vez con este asunto. Si fracasamos, regresaré en avión a **Johannesburgo** donde he dejado muchas cosas pendientes. Creo que el avión sólo puede llevar un pasajero. De manera que tendréis que viajar en coche por esos duros caminos.

En ese preciso instante llegó una delegación encabezada por **Joseph** para comunicarnos que un estúpido —nadie sabía quién era— había dejado abiertas las espitas de cuatro de nuestros depósitos de agua. De modo que dispondríamos de ciento sesenta litros de agua para distribuir entre diecisiete personas durante todo el tiempo que durase la expedición.

—Por tanto —añadió **Joseph**, con evidente satisfacción—, mañana regresaremos al camino de **Maun** en busca de agua.

Aunque hicimos algunos gestos de disgusto ante aquel nuevo acto de sabotaje, no logramos encolerizarnos.

—Está bien, Joseph —dijo Louren, resignado—. Mañana por la mañana levantarán el campamento. Partiremos antes del mediodía.

Desde ese momento mejoraron las relaciones entre el jefe y sus subordinados. Incluso varios sonrieron. Desde la fogata en que preparaban la comida llegó a mis oídos el rumor de una risita.

—No sé qué pensáis hacer vosotros esta tarde —dijo Louren, encendiendo un cigarro mientras hablaba—. He descubierto huellas de elefante durante mi corta excursión de esta mañana. De modo que saldré en el Land-Rover con los fusileros... No os alarméis si no regreso esta noche. Tal vez se nos haga tarde siguiendo esas huellas.

Sally levantó instantáneamente sus ojos. Durante un momento pensé que iba a reanudar su campaña contra la matanza de animales. Sin embargo, se limitó a fruncir el entrecejo y a seguir comiendo jamón. Cuando el Land-Rover inició su marcha a lo largo del acantilado le dije:

—Trataré de descubrir algún sendero que se dirija hacia la cumbre. ¿Me acompañas?

—Perdona que no vaya, Ben —respondió Sally—. Esta tarde me dedicaré a dibujar.

Disimulando mi frustración lo mejor que pude, eché a andar a lo largo del acantilado. A menos de medio kilómetro más allá di con una senda trazada por los cazadores, que me condujo a una de las numerosas cárcavas pobladas de maleza que hendían la roca rojiza.

Como la cuesta era muy empinada tenía que ascender trabajosamente. El sol me quemaba la espalda y, reflejado por la piedra, se volvía contra mi rostro. Desde las numerosas hendiduras y grietas que surcaban la pared del acantilado, un ejército de pequeños conejos de las rocas seguía mis movimientos con profundo interés. Al cabo de cuarenta minutos llegué a la cumbre, con los brazos llenos de magulladuras causadas por las espinosas malezas de la cárcava, y la camisa empapada en sudor.

Me instalé a la sombra de un euforbio gigantesco que crecía al borde de la cara principal del acantilado. Desde aquel excelente punto de observación enfoqué con mis gemelos todo el campo circundante, tratando de localizar alguna ruina. La espinosa maleza de la base del acantilado no era muy densa y la hierba era allí muy escasa. Evidentemente no existían huellas de vida humana ni de cultivo alguno en aquella región. Aunque no esperaba otra cosa, experimenté una honda desilusión y una especie de náusea. De modo que incliné los gemelos hacia abajo y miré a lo lejos, en dirección al campamento.

Un bantú estaba cortando leña. Durante un momento me entretuve siguiendo la trayectoria de su hacha y aguardando después de cada impacto el sonido del golpe, que llegaba a mis oídos pasados varios segundos.

De repente, en el límite de la arboleda apareció la blusa color rosa de Sally. Sin duda había desechado la posibilidad de un hallazgo importante y, como era una joven sensata, trataría de sacar provecho de la expedición en otro sentido.

La observé durante largo tiempo, mientras planificaba una estrategia para hacerla mía. Aunque había pasado una noche con ella, no era tan ingenuo como para pensar que aquella mujer tan inteligente y sofisticada, tan extravagante y moderna, se sentía irresistiblemente atraída por mí. Pese a su aspecto angelical, estaba completamente seguro de que mi querida Sally había retozado con otros hombres antes que el doctor Kazin se desplomara encandilado en su lecho. Quizá la motivación de su entrega había sido el respeto que sentía por mi inteligencia y no un impulso físico. Tal vez se había apiadado de mí, y hasta es posible que sintiera una pizca de perversa curiosidad. Sin embargo, era evidente que la experiencia no la había disgustado. En consecuencia, debía esforzarme por transformar su respeto y su piedad en un sentimiento más profundo y estable.

Una gran serenidad me fue invadiendo mientras permanecía sentado en aquel elevado voladizo natural. Lentamente llegué a la conclusión de que nuestro viaje se justificaba, y sentí deseos de prolongar mi estancia en las Colinas Sangrientas, tan misteriosas y calladas, de vivir un tiempo en aquella inmensidad solitaria, para enseñarle a Sally a amarme.

Un ligero movimiento que capté con el rabillo del ojo me impulsó a volver la cabeza cautelosamente. A dos metros de donde me encontraba, un sunbird (pájaro de sol) del tipo marico estaba libando el néctar de una flor de áloe. Su cabeza, de un matiz verde metálico, resplandecía al sol cada vez que introducía su pico largo y curvo en la flor de color rojo vivo.

Durante un rato lo contemplé muy complacido y, cuando se alejó velozmente del árbol, me pareció que yo acababa de Perder algo. Tal sensación se intensificó hasta producirme un hondo desasosiego. Súbitamente tuve la certeza de que cierto mensaje que debía recibir era interceptado misteriosamente. Cuando me relajé mentalmente, tuve la impresión de que el mensaje se hallaba en el umbral de mi **consciencia** y que de un momento a otro lo descifraría.

Abotagado por la sofocante e inmóvil atmósfera vespertina, oí de pronto dos lejanos estampidos provenientes de un arma de fuego de grueso calibre. Incorporándome en el suelo, aguardé expectante. Al cabo de treinta segundos se repitieron las descargas.

No cabía duda de que **Louren** había dado con su elefante.

Al dirigir mis gemelos hacia **Sally** comprobé que ésta, atraída por las detonaciones, miraba fijamente hacia la maleza.

Inmediatamente me puse en pie y, siempre poseído por una extraña desazón que en vez de mermar iba en aumento, eché a andar cuesta abajo por el sendero del acantilado.

«Aquí hay algo singular e inexplicable», pensé.

«Usted y yo, amigo, somos afortunados —me había dicho una vez **Timothy Mageba**—. Estamos marcados por los espíritus y albergamos dentro de nosotros un ojo que ve muy lejos y un oído que capta las voces del silencio.»

Ahora corría un aire fresco en la cárcava, pero mi camisa seguía empapada en sudor. De pronto sentí un escalofrío que no provenía del cambio atmosférico y me apresuré para llegar pronto al campamento y **reunirme** con Sally.

Esa noche cenamos corazón de elefante a la parrilla, cortado en finas lonchas envueltas en una salsa abundante con pimienta y patatas al horno sin pelar. La cerveza estaba helada, según lo prometido por Louren, que estaba de muy buen humor. Su afortunada cacería le había resarcido de ciertas frustraciones.

Cuatro colmillos largos, corvos y amarillos relucían lejos **del** fuego, bajo la luz de una linterna.

Cuando se le ocurre estar simpático, Louren resulta irresistible.

Aunque Sally intentó al principio darle a entender que desaprobaba su conducta, pronto sucumbió a su **carisma** y rió a coro con los demás, cuando Louren brindó «por la ciudad que nunca existió y el tesoro que no hallamos».

Me fui a dormir un tanto ebrio y tuve sueños muy extraños... Sin embargo, a la mañana siguiente desperté con la cabeza despejada y vagamente excitado y eufórico, como si hubiera de ocurrir un hecho extraordinario aquel día. El helicóptero avanzó hacia nosotros desde el sur, orientándose por el humo del trapo empapado en aceite que encendimos con tal propósito. Poco después comenzó a descender ruidosamente sobre el campamento. Sus brillantes rotores plateados provocaron un remolino de polvo y otras partículas.

Tras un breve diálogo con el joven piloto de oscura cabellera, Louren subió al aparato y se sentó a su lado. A continuación el desmañado artefacto se elevó y realizó una serie de evoluciones a lo largo de los acantilados, cobrando mayor altura en cada una de ellas, hasta que se recortó como un insecto oscuro en el enfermizo cielo azul, alto y ardiente. De tal manera constituían sus maniobras un símbolo de nuestro fracaso, que Sally y yo dejamos pronto de mirarlo y nos sentamos a la sombra, en la tienda que nos servía de comedor.

—Bien —dijo Sally—, creo que esto ha concluido. Sin responderle me dirigí a la nevera, de la que extraje dos latas de **Windhoek**. Por primera vez en mucho tiempo el legendario cerebro del doctor **Kazin** comenzaba a funcionar con todos sus cilindros; ciento treinta y cinco litros de agua compartidos por dos personas implicaba un consumo de cuatro litros y medio diarios durante dos semanas...

¿Agua?... En el fondo de mi conciencia había algo más: Sally. El helicóptero volvió a posarse en tierra, cerca de los límites del campamento. Louren y el piloto entraron en la tienda.

—Esto ha sido un fracaso —dijo Louren moviendo la cabeza—. Comeremos un bocado y saldremos en seguida. Organiza el regreso de la mejor manera posible.

Yo asentí, pero nada le dije de mis planes, para evitar discusiones.

—Lamento lo ocurrido, Ben. Simplemente no logro comprender... —dijo Louren mientras se preparaba un bocadillo con pan y varias tajadas de solomillo de gamuza asado y frío, untadas con mostaza—. De todas maneras, no será ésta la última desilusión que sufriremos en nuestras vidas.

Veinte minutos después sus principales bártulos estaban en el helicóptero y, mientras el piloto ponía el motor en marcha, nos despedimos.

—Nos veremos pronto en Johannesburgo... Cuídame esos colmillos.

—Buen viaje. Lo.

—¿De acuerdo, compañero?

—De acuerdo, Lo.

En seguida se zambulló bajo los rotores, que ya giraban, y se sentó en el asiento del pasajero del helicóptero. El aparato tomó altura como un gordo abejorro y se alejó ruidosamente sobre las copas de los árboles.

* * *

Abejorro..., abeja... ¡Abeja! ¡Claro!, ahí está el mensaje, al fin descifrado...

¡Abejas, pájaros y monos! Cuando cogí a Sally del brazo le contagié mi excitación.

—Nos quedaremos, Sally.

—¿Qué? —jadeó ella.

—Hay muchas cosas que debemos examinar...

—¿Qué cosas?

—Los pájaros y las abejas —respondí.

—¡Qué extravagante eres, querido! —dijo ella.

Apartamos entre setenta y noventa litros de agua para los criados, cada uno de los cuales dispondría de unos cinco litros durante dos días, cantidad suficiente para mantenerles conformes. Sally y yo contaríamos con unos cuatro litros diarios durante diez días. Después eché una ojeada a los depósitos de carburante del Land-Rover, que estaban llenos. Además teníamos otros cien litros en varias latas de emergencia. Llevaríamos una radio, una tienda de campaña, ropa de cama; una serie de herramientas —una pala, un hacha, un pico—; sogas, varios faroles de gas y acumuladores y cilindros de repuesto, comestibles enlatados, la escopeta de Louren con media docena de cajas de cartuchos y mis enseres personales y los de Sally. El resto del equipo fue cargado en los dos camiones. Cuando todos los servidores estuvieron en los vehículos, llamé aparte al viejo fusilero matabele.

—Venerado padre —le dije en sindebele—: En cierta ocasión le oí a usted decir que este lugar encierra un gran misterio. Ahora le pido, como hijo y amigo, que me hable de ello.

Luego de concederle varios segundos para que se recobrara de su sorpresa, le dije una frase que me había revelado Timothy Mageba; el santo y seña utilizado por los más altos iniciados en los misterios.

El viejo quedó boquiabierto. Ahora no podía echarse atrás ni hacer caso omiso de mi petición.

—Hijo mío —me dijo en voz baja—: si conoces tales palabras, debes conocer la leyenda... Hace mucho tiempo, cuando las rocas eran blandas y el cielo estaba invadido por la niebla, nuestros antepasados abominaron de este maldito lugar —su semblante era el de un hombre antiquísimo—. Aquellos hombres lanzaron una terrible maldición contra estas colinas y dispusieron que ese mal fuera barrido de la faz de la tierra y de la mente de los hombres por siempre jamás.

Otra vez las funestas palabras...

—¿Ahí termina la leyenda? —pregunté—. ¿Eso es todo?

—Eso es todo —respondió el anciano, y yo no dudé que me había dicho la verdad.

Juntos regresamos adonde aguardaban los camiones.

—Que la paz sea contigo, amigo mío. Obra con cautela y cuida de quienes te acompañan..., porque son para mí una carga valiosa —le dije a Joseph en lengua shangaan.

Joseph masticó algunas sílabas, perplejo.

En seguida me volví hacia los peones, a quienes les dije en lengua

sechuana:

—La «araña» os saluda y os desea un feliz regreso. Una honda consternación invadió sus espíritus cuando usé el apodo que me habían dado. Pero en el momento de la partida recuperaron su buen humor y festejaron mi broma.

Poco después los camiones desaparecieron entre los espinos y el ruido de sus motores fue decreciendo paulatinamente, como absorbido por el eterno silencio de la espesura.

—¡Creo que he caído en una trampa! —murmuró Sally con aire pensativo—. Heme aquí a solas con un hombre de moral muy dudosa, a trescientos kilómetros del más próximo centro de población... —Pero en seguida sonrió entre dientes—. Sin embargo, es maravilloso, ¿no?

En la cumbre del acantilado había descubierto un lugar desde el cual, en un joven y voluminoso manzano, podía asomarme al vacío. Desde allí abarcaban mis ojos las dos rocosas paredes laterales y la abierta planicie de abajo.

Sally se hallaba lejos, más allá de la callada arboleda. Pero la distinguía perfectamente.

El sol se encontraba en un ángulo ideal respecto a ella..., aunque brillaba directamente sobre mis ojos. Desde apenas diez o quince grados encima del horizonte, sus dorados rayos descubrían suaves matices en la roca y el follaje.

—¡Eee... ooo!

El grito de Sally llegó muy atenuado a mis oídos. De acuerdo con lo convenido, mantenía extendidos sus brazos en alto, lo cual significaba: «Regresa a mi lado».

—¡Magnífico! —gruñí.

Sin duda acababa de descubrirlas. Yo le había explicado minuciosamente la manera de proteger sus ojos contra los oblicuos rayos de sol para comprobar si las minúsculas motas luminosas y doradas se sucedían en línea recta. Ese ardid utilizado por los cazadores de abejas para dar con las colmenas me lo había enseñado un bosquimano.

Después de retroceder desde el borde del acantilado me abrí paso a través de los espinos y la tupida maleza que cubría la cresta. Desde mucho antes tenía decidido dónde iniciaría mi búsqueda, ya que era probable que la colmena se hallara en la alta pared de piedra rojiza surcada por grietas y hendiduras. Con la ayuda de Sally, que me orientaba desde abajo, el problema resultó sencillo. Quince minutos después sus brazos se movieron como las aspas de un molino y llegó su voz a mis oídos:

—¡Allí! ¡Exactamente debajo de donde estás!

Nuevamente asomé la cabeza fuera del acantilado y vi las abejas que, bajo la luz del sol, regresaban velozmente a su hogar del acantilado, más abajo de donde me encontraba.

Inclinándome aún más hacia fuera, descubrí la boca de la colmena: una larga y oblicua hendidura, en cuyos bordes la piedra aparecía descolorida a causa de la vieja cera que los recubría. Debía ser una enorme colmena a juzgar por la gran cantidad de obreras que allí penetraban y por la cera acumulada en torno a su entrada. Por su inaccesible situación era muy probable que no hubiese sido perturbada por el hombre ni las bestias a través de los siglos... Algo en verdad muy raro en un país donde la miel es muy apreciada.

Después de atar a modo de señal mi pañuelo blanco en una rama que sobresalía del acantilado, empecé a descender hacia la llanura para reunirme con Sally, mientras oscurecía rápidamente.

Estaba muy excitada por nuestro pequeño éxito, cuyas posibles derivaciones consideramos durante la cena.

—Es usted muy perspicaz, doctor Ben.

—Todo lo contrario... Por poco sigo pensando hasta el día del juicio. Dos días enteros estuve devanándome los sesos para aclarar lo que era evidente —le dije con afectación—. El lugar abunda en pájaros, bestias y abejas. Por consiguiente, ha de existir en él una buena provisión de agua... Se supone que no la hay en trescientos kilómetros a la redonda, cosa que yo rechazo categóricamente.

—¿Dónde estará el agua? —inquirió Sally, de nuevo entusiasmada.

—No tengo la menor idea... Pero cuando la encuentre nos ocurrirá algo muy interesante.

Esa noche, cuando entré en la tienda en pijama después **de** haberme desnudado pudorosamente fuera, ella ya estaba acostada. La sábana la cubría hasta la barbilla. Durante un momento vacilé, inmóvil, en el espacio que mediaba entre los dos catres de campaña. Luego ella, apiadándose de mí y haciendo una mueca burlona, levantó las mantas a modo de invitación.

—Ven con mamá —me dijo.

En la fría oscuridad previa al amanecer me encogí lo más posible bajo mi chaqueta de cuero, en el acantilado, sobre la colmena, mientras aguardaba la salida del sol.

Nuevamente me sentía muy feliz: varias dudas se habían disipado en mi espíritu durante la noche.

Abajo, en la oscura planicie, brillaba una luz: Sally, otra vez apostada más allá de la arboleda, quizá asustada de la noche africana llena de crujidos misteriosos y voces de animales.

Para tranquilizarla dirigí hacia ella el foco de mi linterna. Poco después comenzó a clarear rápidamente. La aurora tornó visibles los claveles y las rosas, las nebulosas malvas y las moreras... Luego se elevó el sol sobre el horizonte y las abejas iniciaron sus vuelos cotidianos. Durante veinte minutos las observé, mientras decidían su plan de acción. Una multitud de obreras se desplegó en abanico por la planicie. Eran las recolectoras de polen. Lo comprobé al asomarme fuera del acantilado y enfocarlas con mis gemelos cuando, a su regreso, empezaron a posarse en la protuberante boca de la colmena, con sus patas posteriores recubiertas de polen amarillo.

En seguida descubrí a otras obreras que, en sucesión interminable, descendían casi verticalmente a la oscura y silenciosa arboleda situada exactamente debajo de donde yo me encontraba. Estas obreras, según comprobé a su retorno, no tenían polen en sus patas. ¡Por tanto, eran las transportadoras de agua!

De inmediato le indiqué a Sally la base del acantilado. Esa mañana habíamos trocado nuestros papeles a causa de la oblicuidad y el ángulo de los rayos solares.

Poco después, al agitar ella su mano para indicarme que las había localizado, comencé a descender trabajosamente hacia la planicie.

Sally debía señalarme exactamente la trayectoria de las abejas que desde el acantilado descendían a la arboleda... Sin embargo, incluso a esa hora la sombra proyectada por el acantilado las tornó invisibles, antes de que lográsemos descubrir su meta, bajo los árboles. Pasados treinta minutos desistimos de nuestra vigilancia y nos internamos en el bosquecillo, que registramos al azar.

Hacia el mediodía hubiera jurado que no existía el menor indicio de agua en todo el ámbito de la arboleda. Por último nos dejamos caer en tierra, apoyando nuestras espaldas en el voluminoso tronco de un mhoba-hoba, uno de los loquat silvestres que, según la leyenda, trajeron los antiguos desde su tierra de origen.

Sally y yo nos miramos desconsolados.

—¡Otro fracaso! —exclamó Sally, que estaba sudando.

Un ligero rocío cubría su frente y sus sienes y un rizo de su negra cabellera se había pegado a su piel. Con un dedo lo impulsé suavemente hacia atrás y lo coloqué detrás de su oreja.

—Aquí hay agua... y la encontraremos —dije, para infundirle a Sally una confianza que yo no sentía—. El agua tiene que estar aquí.

A punto estaba de responderme cuando cubrí su boca con mis dedos, para que no hablara, porque acababa de advertir algo que se movía más allá del límite del bosquecillo. Una tropa de micos cruzó la planicie al galope. Todos sus componentes tenían las colas erguidas. Al llegar al primer árbol los monos se desplazaron como flechas por su tronco, dando muestras de un cómico alivio. Sus pequeñas caras negras se inclinaron hacia el suelo y sus ojos escrutaron ansiosamente la masa de verde follaje sin vernos a nosotros, que seguíamos sentados, en silencio, junto al tronco de mhoba-hoba.

Muy confiados avanzaban los micos sobre las copas de los árboles en dirección al acantilado. Abrían la marcha varios machos adultos, seguidos por las madres, con sus crías colgando de sus cuerpos y la caterva de jóvenes inmaduros.

Al llegar a las ramas superiores de una gigantesca higuera silvestre, cuyo tronco, al igual que sus raíces, estaban incrustados en el vertical acantilado de piedra roja y coronados por un vasto follaje que se elevaba quince metros del suelo..., los micos comenzaron a desaparecer.

Sorprendente fenómeno: sesenta monos se internaron en el árbol y poco

a poco su número fue disminuyendo, hasta que las ramas quedaron desiertas. Ni un solo mico se veía ahora en la higuera.

—¿Dónde se han metido? —cuchicheó Sally—. ¿Han trepado por el acantilado?

—No creo —respondí, y me volví hacia ella, sonriendo burlonamente—. Pienso que hemos resuelto el problema... El agua se halla en este lugar... Pero aguardemos el regreso de los monos.

Veinte minutos después comenzaron a reaparecer los micos en las ramas de la higuera silvestre. La tropa se fue alejando sin prisas a lo largo del acantilado. Cuando se perdió de vista entramos en acción.

Las enortijadas raíces de la higuera silvestre configuraban una especie de irregulares peldaños que ascendían hasta el sitio en que el tronco emergía del acantilado. Mientras trepábamos por ellos examinamos el tronco y, abriéndonos camino a su alrededor, escudriñamos a través de las ramas que se elevaban muy por encima de nosotros. El gigantesco tronco, de diez metros de diámetro, se había deformado y achatado a causa de la presión del desigual muro de piedra roja. A pesar de ello no habiérámos llegado al sitio de no haber existido allí un pulido sendero que desembocaba en la roca viva..., una senda originada por el roce de innumerables patas, zarpas y pezuñas, a lo largo de varios milenios. La senda se estrechaba entre el grueso tronco amarillo de la higuera silvestre y la pared rocosa. Como en el caso de muchas cataratas tras las cuales existen cavernas, aquella higuera ocultaba un hueco.

Simultáneamente escudriñamos la oscura cavidad situada detrás del tronco y luego nos miramos en silencio. Los ojos de Sally relampaguearon y sus mejillas se **tiñeron** de rosa mate.

—¡Sí! —musitó.

Incapaz de hablar, asentí con la cabeza.

—¡Adelante! —dijo ella, cogiéndome de la mano..., y así entramos.

Se trataba de una larga hendidura vertical, bien iluminada desde muy arriba. Al mirar hacia lo alto vi la roca muy pulida por las patas de los monos que la frecuentaban.

Apenas descendimos por el túnel, flanqueado por paredes de siete metros de altura y coronado por un angosto techo, comprendimos que no éramos los primeros seres humanos que poníamos el pie allí. Las lisas paredes rojas abundaban en magníficas pinturas rupestres de origen **bosquimano**... Las más bellas y bien conservadas que yo había visto hasta entonces.

—¡Ben! ¡Oh, Ben! ¡Mira esto! —Sally era una especialista en arte bosquimano—. ¡He aquí un tesoro! ¡Oh..., eres un hombre asombrosamente perspicaz!

Sus ojos brillaban en la oscuridad como dos lámparas.

—¡Vamos! —le dije, tirando de su mano—. Después **las** observaremos con más detenimiento.

Lentamente nos desplazamos por el estrecho pasadizo, que descendía oblicuamente, hacia aquel tramo de treinta metros de largo. El techo se hallaba cada vez más arriba..., hasta que de pronto desapareció en la oscuridad. Desde los oscuros huecos del pasillo llegaron hasta nosotros los chillidos de los **murciélagos**.

—Más allá hay luz —dije, mientras entrábamos en una cámara circular y abierta de, quizá, cien metros de diámetro, **suyos** muros se elevaban muy alto y, como las paredes interiores de un cono, se estrechaban progresivamente hasta **culminar** muy arriba en una abertura que permitía ver un cielo **azul** y sin nubes.

Inmediatamente advertí que se trataba de una **intorsión** de piedra caliza en la roja piedra arenisca y que estábamos ante un típico tazón muy similar al Lago Dormido de **Sinoia, en Rodesia**.

Aquí **también** el suelo de la caverna era una especie de tazón que descendía hacia un lago cristalino, obviamente muy profundo, como lo demostraba su color verde claro —quizá de cincuenta metros de profundidad— y cuya tranquila superficie semejaba un espejo.

Durante un momento observamos atentamente aquella enorme caverna de **sobrecogedora** belleza. A través de la pequeña abertura situada a setenta metros de altura penetraba la luz del sol como el haz de un reflector que

arrancara reflejos de la piedra caliza, envolviendo la caverna entera en un mágico resplandor. Desde el arqueado techo y los muros pendían grandes alas de mariposas y estalactitas de una blancura deslumbradora.

Los muros de la cámara principal estaban también decorados hasta una altura de cinco metros con bellas muestras del arte **bosquimano**. En algunas partes el agua que se filtraba en la roca había destruido los gráciles diseños y figuras, pero en general éstos se hallaban bien conservados. Calculé que **Sally** y yo teníamos trabajo para dos años en aquel maravilloso lugar.

Poco a poco Sally liberó su mano de la mía y descendió hasta el borde del lago color esmeralda. Desde la boca del túnel la observaba, fascinado, mientras se inclinaba hacia delante para contemplar el lago profundo y sereno.

De pronto se enderezó y con movimientos deliberadamente lentos comenzó a desnudarse. Poco después se recortó, desnuda, en el borde del lago. Su piel era pálida y translúcida como los acantilados de piedra caliza. Su cuerpo, a pesar de su tamaño y vigor, poseía una delicadeza en su diseño y textura que me hicieron pensar en las antiguas esculturas chinas de marfil.

A la manera de una antiquísima sacerdotisa pagana, levantó sus brazos al borde del lago. Esa actitud despertó en mí una extraña y atávica emoción y el recuerdo de un remoto y olvidado ritual... En lo más profundo de mi ser sentí el deseo de dar forma a gritos a una bendición o quizá a una invocación.

Por último, ella se zambulló, describiendo una larga y graciosa curva blanca con su cuerpo, detrás de la cual flotaba su oscura cabellera. Después del chapuzón se sumergió profundamente. La dulce y clara forma de su cuerpo se percibía nítidamente a través del agua cristalina. Poco después emergió lentamente de las profundidades, con su largo cabello negro adherido a su cuello y sus hombros. En seguida levantó uno de sus delgados brazos y me saludó.

Tuve ganas de expresar mi alivio a gritos, porque llegué a pensar que no emergería jamás de aquel abismo verde y misterioso. En seguida descendí hasta el borde del lago para ayudarla a salir del agua.

Después nos pusimos a andar lentamente a lo largo de las paredes de la caverna y el túnel, maravillados de aquella profusión de grabados y pinturas. Los cabellos de Sally caían húmedos sobre sus hombros y sus ojos brillaban de asombro.

—He aquí el resultado de dos mil años de labor, **Ben**... Éste debió ser el lugar más sagrado de los pequeños hombres amarillos.

La luz había desaparecido antes de que recorriéramos la mitad de la caverna. Cuando salimos de ésta a tientas, el helado pasadizo nos causó pavor. Sólo entonces recordé que ese día no habíamos comido.

, Mientras Sally calentaba el contenido de una lata de picadillo de carne de vaca con cebolla, me puse en contacto por radio con **Peter Larkin**, cuya voz me produjo un gran alivio cuando me anunció que los dos camiones habían llegado sin novedad a **Maun**. Antes de cortar la transmisión le dije a Larkin:

—**Comuníqueme** a **Louren** que hemos descubierto algunas pinturas rupestres muy interesantes y que permaneceremos aquí indefinidamente.

—¿Tienen agua? —la voz de Larkin resonó como un rugido distorsionado por la estática y el whisky escocés.

—Por supuesto... Hemos descubierto una buena provisión **de** agua.

—¿Cómo es posible? —bramó Larkin—. Allí no hay una sola gota de agua.

—Hemos hallado un pequeño depósito en la roca viva, que se llenó durante la última lluvia.

—¡**Oh!**... Comprendo. Muy bien. No deje de llamarme de cuando en cuando.

—Gracias, Peter. Le llamaré.

—Eres un embustero —me dijo Sally, haciendo un mohín, mientras yo desconectaba el transmisor.

—Todo sea por nuestra gran causa —respondí, y comenzamos a preparar las linternas, las cámaras y los elementos **de** dibujo para el día siguiente.

El viejo elefante estaba mortalmente herido. De su garganta y cuartosdelanteros manaba una sangre suave y reluciente. Cincuenta flechas estaban clavadas en su macizo **cuerpo**. Acorralado por los pequeños y bravos

cazadores amarillos que pululaban a su alrededor y lo acribillaban a flechazos, agonizaba el elefante, con el lomo arqueado. Una docena de **hombrecillos** habían quedado tumbados a su espalda en el **tendero de** los cazadores. Sus frágiles cuerpos yacían aplastados y destrozados por las grandes patas redondas y los crueles **""nulos...** Pero los restantes cazadores cerraban **paulatina-"lente** el cerco en torno al elefante.

El remoto artista había reproducido tan fielmente en la piedra roja aquella dramática escena, que me sentí partícipe de la cacería. No obstante, la luz era muy engañosa, y la mejor lectura que podía obtener de mi cámara era: diafragma 11 a 1/10 de segundo.

De mala gana recurrí al flash. En general, trato de no utilizarlo, porque distorsiona los colores y produce una luz falsa.

Estaba montando la cámara en el trípode cuando **Sally** me llamó:

—¡Ven, por favor!

Ni el eco ni la distorsión del sonido causada por las elevadas paredes de la caverna lograron disimular la urgencia ni la emoción implícitas en su llamada. De modo que me dirigí hacia ella rápidamente.

Sally estaba en la caverna principal, más allá del lago color esmeralda, donde la pared posterior se ahuecaba formando un nicho oscuro. El haz de la linterna de Sally saltaba rápidamente de un lado a otro sobre la suave superficie rocosa.

—¿Qué ocurre, Sal? —la pregunté mientras me acercaba a ella.

—¡Mira! —me respondió, dirigiendo el foco luminoso hacia abajo.

Mis ojos se detuvieron en una imponente figura humana.

—¡Dios mío! —exclamé excitado—. ¡La Dama Blanca del **Brandberg!*** ¡Es idéntica!

(*La Dama Blanca del Brandberg es una de las más celebradas y discutidas pinturas rupestres descubiertas hasta ahora en África. Todos coinciden en que fue pintada entre el 0-200 **d.C.**, pero su interpretación ha dado motivo a múltiples controversias. Cierta fuente sostiene que se trata de un candidato **xhosa** a la circuncisión, embadurnado con arcilla blanca (extraída a mil millas del territorio de los xhosa). El famoso abate **Breuil** la llamó *dama*. Credo **Mutwa**, en su reciente libro titulado *Idaba My Children*, nos brinda una seductora interpretación que concluye con estas palabras: «... No es una dama, sino un joven blanco de extraordinaria belleza, uno de los grandes emperadores que gobernaron el imperio africano de los **ma-iti** (fenicios) durante casi dos siglos».)

Sally desplazó el foco de su linterna a lo largo de la figura y lo detuvo en el ostentoso miembro erecto que surgía de entre sus muslos.

—Esta dama está muy bellamente adornada..., ¿no? La figura, de dos metros de estatura, lucía un peto amarillo y un yelmo lleno de adornos y coronado por un alto y arqueado crestón. De su hombro izquierdo colgaba un escudo redondo, ornado con una serie de rosetas amarillas que formaban un círculo en torno del tachón central. En su mano derecha portaba un arco y un haz de flechas, y de su cintura pendían una espada y un hacha de guerra. Sus piernas estaban protegidas por **grebas** del mismo metal amarillo, y sus pies por ligeras sandalias abiertas. Su piel era mortalmente blanca, pero su barba roja pendía como una mata encendida sobre su pecho. El relieve otorgado a sus órganos genitales constituía simplemente una clara y estilizada indicación de su elevada posición y su poder. De ninguna manera producía un efecto obsceno, ya que tenía por objeto subrayar el carácter **orgullosamente** masculino y arrogante del modelo.

—Un hombre blanco —susurré—. Armadura y rodela, **arco** y hacha de guerra... Podría ser...

—Un rey fenicio —dijo Sally completando mi frase.

—El tipo fenicio se caracterizaba por el cabello negro y la nariz aguileña... Esta figura hubiese resultado insólita incluso entre los antiguos...,

para decir lo menos... un retorno quizá al pasado, a cierta raza ancestral del norte del Mediterráneo. ¿De cuándo datará esta pintura, Sal?

—Todavía no puedo dar una fecha exacta... Pero provisionalmente diría que data de dos mil años. Las pinturas de esta pared son las más antiguas de la caverna.

—Mira esto, Sal —dije de pronto, ansiosamente. Detrás de la imagen central del rey había un ejército de rígidas figuras, no tan minuciosamente detalladas. Sin embargo, sus yelmos y espadas eran inconfundibles.

—¿Qué opinas de esto, Ben? —preguntó Sally enfocando con su linterna una hilera de figuras envueltas en túnicas blancas, que se hallaban a los pies del rey. Aquellos hombres diminutos tendrían alrededor de veinte centímetros de estatura.

—Sacerdotes tal vez... ¡Oh, Ben! ¡Mira! ¡Mira! Su linterna recorrió la piedra. Durante un momento no me di cuenta de qué se trataba. De pronto mi corazón dio un brinco. Como un enorme friso estropeado en algunas partes por la humedad, el musgo y los líquenes u oscurecido por las innumerables figuras humanas o animales dibujadas sobre él, atravesaba la escena la muralla de piedra de una fortaleza, que a pesar de ello se imponía por su fuerza y majestad.

Construida con bloques cuyas junturas eran claramente discernibles, estaba coronado por una serie de decorativos cheurones exactamente iguales a los que adornan la principal muralla del templo en ruinas de Zimbabue. Más allá de la muralla percibíase el contorno de las torres fálicas que esperábamos encontrar.

—Nuestra ciudad, Ben. La ciudad perdida.

—Y nuestro rey olvidado, Sally; con sus sacerdotes y sus guerreros y... ¡Oh, Dios mío! ¡Mira esto, Sally!

—¡Elefantes! —gritó ella—. ¡Elefantes de guerra transportando arqueros sobre sus lomos; elefantes como los usados por Aníbal contra Roma!... Cartagineses. ¡Fenicios!

¡Cuántas cosas había allí! Nos hallábamos ante una pared curva de treinta metros de largo y de tres a cinco de altura. En cada centímetro de su superficie abundaban las muestras del arte bosquimano: figuras y formas entrelazadas; algunas, las más antiguas, cubiertas y sofocadas por pinturas más recientes; otras, como, por ejemplo, nuestro rey blanco, permanecían intactas.

Costaría mucho aislar aquellos retratos, relacionados con la civilización perdida, de la enmarañada cantidad de figuras pertenecientes al arte tradicional de las cavernas. Dicha faena correspondía a Sally. Mi cámara se limitaba a captar el confuso cuadro general. Paciente y laboriosamente ella aislaría cada figura o grupo digno de particular atención, que fuese apenas perceptible, recreándolo y restaurándolo en sus rollos de papel encerado.

Sin embargo, por el momento no pensábamos en ello. Durante el resto del día, Sally y yo nos arrastramos y trepamos por el muro posterior, escudriñando, sondeando y profiriendo gritos de asombro y alegría.

Esa noche, cuando regresamos al campamento, estábamos física y emocionalmente agotados.

Peter Larkin me informó sobre Louren. «Dice que le desea mucha suerte, y que dentro de unos días pasará por ahí uno de los helicópteros de la compañía petrolífera. Si necesita algo, comuníquemelo ahora para enviárselo en el helicóptero.»

Los diez días siguientes fueron los más felices de mi vida. De acuerdo con lo prometido, apareció poco tiempo después un helicóptero, en cuyo fuselaje se leía «Sturvesant Oil», con una carga completa de artículos de primera necesidad y de objetos superfinos: otra tienda, varias sillas plegables, un teodolito de agrimensur, gas para lámparas, alimentos, ropas para los dos, más papel y pintura para Sally, películas fotográficas para mí y varias botellas de whisky de malta Glen Grant, remedio infalible contra cualquier dolencia. Louren me envió también una carta en la que me exhortaba a persistir en mi empresa en tanto fuese posible esperar de ella un resultado positivo.

Añadía Louren que me brindaría todo su apoyo, pero que no debía mantener por más tiempo a oscuras lo ocurrido, porque «se moría de

curiosidad».

Le contesté dándole las gracias y le envié un rollo de película con fotografías, en las que no aparecían los antiguos **pobladores**, y muchos bolsos de **polietileno** con muestras de pigmentos extraídos de la caverna para estudiarlos con el carbono 14. Al partir el helicóptero reanudamos nuestro idilio.

Diariamente trabajábamos desde las primeras horas de la **mañana** hasta el anochecer, trazando mapas de la caverna en proyección horizontal y vertical y fotografiando aquí y allá **alguna** superposición rocosa a lo largo de las paredes, que luego relacionábamos con nuestro mapa. Sally alternaba su labor de ayudante bajo mis órdenes con su específica tarea de aislar las figuras antiguas. Trabajábamos en completa armonía y solidariamente, haciendo de cuando en cuando un alto para comer junto al lago color esmeralda o para nadar desnudos en su agua límpida y fresca. A veces, tendidos indolentemente sobre las rocas, conversábamos.

Al principio nuestra ocupación de la caverna afectó seriamente el equilibrio ecológico de la fauna local. Pero, como esperábamos, los animales se adaptaron pronto a la nueva situación. Poco después los pájaros empezaron a penetrar de nuevo en la caverna por la abertura del techo y a bañarse en la orilla del lago, y al cabo de unos días dejaron de reparar en nosotros y reanudaron sus ruidosas y enérgicas abluciones, sus chillidos y parloteos y volvieron a salpicar agua a su alrededor mientras hacíamos un alto en nuestra labor para observarlos.

Incluso los monos, acosados por la sed, se atrevieron por fin a internarse en el rocoso pasadizo para sorber agua y luego huir como flechas del lugar. Rápidamente aquellos tímidos merodeadores se tornaron más atrevidos y llegaron a constituir una plaga, ya que nos robaban la comida y cualquier objeto de nuestro equipaje que nos olvidáramos de guardar. Sin embargo, les perdonábamos sus hurtos, porque nos distraían y divertían con sus grotescas piruetas.

Fue un maravilloso período de trabajo eficiente y amable compañerismo, desarrollado en la apacible atmósfera de un bello lugar. Sólo una vez ocurrió algo que empañó ligeramente mi felicidad. Estábamos Sally y yo sentados ante la pintura del admirable rey blanco, cuando de pronto dije:

—Ahora no podrán negar esta evidencia... ¡Los canallas no tendrán más remedio que desechar sus mezquinos argumentos!

Ella comprendió que me refería a mis detractores y acusadores, a los arqueólogos politiqueros que retorcían los **testimonios** para que concordaran con sus opiniones particulares, a los que combatían mis libros y mi persona.

—No estés tan seguro de ello, **Ben** —me previno—. **Tampoco** aceptarán esta evidencia. Me parece escuchar sus **malignas vocecitas**: «Se trata de una obra de segunda mano **realizada** por **bosquimanos** y susceptible de diversas interpretaciones...». ¿No acusaron al abate **Breuil** de retocar las pinturas de **Brandberg**?

—Sí. Desgraciadamente es una obra de segunda mano. Cuando les mostremos las reproducciones de las murallas fortificadas dirán: «Muy bien, pero ¿dónde están las murallas reales?»

—Y castrarán a este hermoso rey, viril y guerrero —dijo **Sally**, mirándolo desde abajo—, y lo convertirán en la «Dama Blanca». Su escudo de guerra se transformará en un ramillete de flores; su piel, blanca como la nieve, en ceremonial arcilla, y su fulgurante barba roja, en una trenza o un collar. Sutilmente alterado de esa manera aparecerá el rey en sus reproducciones... La *Enciclopedia Británica* seguirá diciendo —Sal imitó aquí la voz de un académico pomposo y pedante—: «Los científicos modernos sostienen que esas ruinas son obra de algún grupo **bantú**, el de los **shona** o los **makalang**».

—¡Ah, si hubiéramos hallado una prueba irrefutable! —dije desanimado.

Por primera vez me enfrentaba a la posibilidad de informar sobre nuestro descubrimiento a mis sesudos **camaradas** científicos. Ello me gustaba tanto como introducirme **en** un pozo lleno de serpientes. Poniéndome en pie, agregué:

—Vamos a nadar, Sally.

Juntos nadamos de espaldas cómodamente, cubriendo varias veces la distancia de uno a otro extremo del lago. Cuando salimos del agua y nos sentamos en el espacio brillantemente iluminado por la luz del sol que llegaba desde el techo, traté de aliviar mi desazón cambiando de tema. Rozando el brazo de Sally y con la dulzura propia de un rinoceronte herido, le espeté:

—¿Quieres casarte conmigo, Sally?

Ella se volvió asombrada hacia mí. En sus mejillas y pestañas persistían aún muchas gotas semejantes a perlas. Durante **diez** segundos me miró fijamente. Al final, se echó a reír.

—¡Oh..., qué divertido y anticuado eres, **Ben**! Vivimos en el siglo veinte... ¡El hecho de que hagamos el amor no te obliga a casarte conmigo!

Y sin darme tiempo para protestar o explicarme, se zambulló una vez más en el lago color esmeralda.

Durante el resto del día permaneció enfrascada en sus pinturas y pinceles y no tuvo tiempo siquiera para mirarme y menos aún para hablar conmigo. Su mensaje había llegado, claro y preciso, a destino... Sobre ciertos temas, proscritos por ella, pesaba una terrible maldición. Uno de ellos era el del matrimonio.

Aquél fue un mal día para mí. Pero aprendí la **lección**: desde ese momento decidí **atenerme a la dicha relativa de que** gozaba y no forzar las circunstancias.

Hacia el atardecer recibí otro mensaje de Louren por medio de **Larkin**:

«Tus muestras 1-16, según el carbono 14, datan de aproximadamente mil seiscientos veinte años, con un margen de error de cien años. Felicitaciones. Buenas perspectivas. ¿Cuándo me revelarás tu secreto? —Louren.»

Tales palabras me animaron. Si dábamos por sentado que el viejo artista **bosquimano** fue testigo ocular de lo que había pintado, resultaba evidente que entre los años 200 o 400 **d.C.** un jefe fenicio se había desplazado al frente de sus ejércitos y sus elefantes de guerra por esta bienamada tierra mía. Aunque experimenté cierto remordimiento al excluir a Louren del secreto de la caverna, pensé que sería prematuro revelárselo. Sobre todo deseaba solazarme un poco más con mi descubrimiento, disfrutar de aquella paz y aquella belleza no contaminada por otros ojos. Porque dicho lugar habíase convertido en el templo de mi amor por Sally. Para mí la caverna era tan sagrada como lo había sido para los antiguos bosquimanos.

Al día siguiente, Sally, al parecer dispuesta a resarcirme del dolor que me había causado, estuvo ocurrente, encantadora y traviesa al mismo tiempo. Al mediodía hicimos el amor bajo un sol ardiente, sobre las rocas que bordeaban el lago. Una vez más tomó ella la iniciativa, como una amante dulce y experta.

Fue una experiencia mística y emocionante que, ahuyentando mi tristeza, me colmó de una honda y serena felicidad.

Suavemente entrelazados, cuchicheábamos como entre sueños cuando de pronto tuve la impresión de que no estábamos solos en la caverna. Alarmado y nervioso, hice un esfuerzo y, apoyándome en un codo, miré hacia la boca del túnel.

Una figura humana, entre dorada y parda, se recortaba en la sombría entrada del pasadizo. Llevaba el individuo un pequeño taparrabos de cuero. Una aljaba y un breve arco apuntaban hacia lo alto desde su espalda, y un collar de **cáscaras** de huevos de avestruz y de negras almendras de **mímulo** pendía de su cuello. Era un ser pequeño, cuya estatura correspondía a la de un niño de diez años, pero con un rostro de hombre **maduro**. Sus ojos oblicuos y sus pómulos salientes le daban un **aspecto** asiático. Pero tenía una nariz chata y unos labios gruesos **Y** voluptuosos. La pequeña cúpula de su cabeza estaba **recubierta** por una densa masa de negros rizos.

Durante un momento nos miramos fijamente. Luego, **orno** un pájaro que se esfumase tras un fulmíneo aletazo, el minúsculo individuo desapareció en el interior del oscuro túnel cavado en la roca.

—¿Qué ocurre? —inquirió **Sally**, apretándose contra **mí**.

—Un **bosquimano**... —respondí—, aquí, en la caverna... observándonos.

Sally se sentó rápidamente en el suelo y miró atemorizada a su alrededor.

—¿Dónde está?

—Ya se ha ido. Vístete..., ¡pronto!

—¿Son peligrosos los **bosquimanos**, **Ben**? —me preguntó con voz ronca.

—Sí. ¡Muy peligrosos!

Mientras me vestía, trataba de idear un plan de acción adecuado a las circunstancias y repetía una y otra vez las palabras que utilizaría en el inminente diálogo. Aunque un poco trabajosamente, los vocablos afluían a mi lengua gracias a las sesiones de práctica que había realizado con **Timothy Mageba**. Sin duda aquellos bosquimanos eran del norte y no de **Kalahari**. Aunque similares, sus idiomas diferían bastante.

—¿Nos atacarán, Ben? —me preguntó Sally, que ya estaba vestida.

—Si actuamos torpemente, sí. Sin duda, éste es un lugar muy sagrado para ellos... No debemos atemorizarlos ni olvidar que han sido perseguidos y cazados durante dos mil años.

—¡Oh, Ben!... —exclamó Sally. A despecho de mi alarma, me halagó la confianza que depositaba en mí—. ¿Nos... nos matarán, Ben?

—Son bosquimanos salvajes, Sally. Si se amenaza o molesta a un ser salvaje, éste atacará... Debo tratar de conversar con ellos.

Miré a mi alrededor en busca de algo que pudiese servirme de escudo, de alguna cosa suficientemente fuerte como para desviar un dardo cuya ponzoña produciría una muerte lenta, pero horrorosa.

Elegí, por último, el estuche de cuero del teodolito. Tras desgarrarlo a lo largo de sus costuras, lo estiré lo más posible.

—Sígueme de cerca. Sal, por el túnel.

Una vez que ella puso una mano sobre mi hombro, eché a andar lentamente por el pasadizo de piedra, iluminando con mi linterna cada hueco o rincón oscuro antes de seguir adelante. La luz alarmaba a los murciélagos, que aleteaban y chillaban sobre nuestras cabezas. La presión de la mano de Sally en mi hombro se tomó angustiosa. Finalmente llegamos junto al tronco de árbol que guardaba la entrada de la caverna.

Mientras permanecíamos acurrucados en el estrecho espacio que mediaba entre la roca y el tronco de árbol, la luz del sol me irritaba los ojos. Minuciosamente examiné cada tronco de la arboleda y todas las matas, hendiduras e irregularidades del terreno... Pero no vi absolutamente nada. Sin embargo, sabía que estaban ocultos allí, aguardando el instante preciso, con la paciencia y la concentración características de los más hábiles cazadores del mundo.

No había duda de que para ellos éramos dos presas. Las normas civilizadas de conducta no regían allí, en los límites del **Kalahari**. De pronto recordé la suerte corrida por la tripulación de un **Dakota** de la Fuerza Aérea sudafricana que, diez años atrás, debió efectuar un aterrizaje forzoso en el desierto y fue asesinada. La familia **bosquimana** responsable del hecho fue apresada, y yo tuve que volar a **Gaberones** para actuar de intérprete en el juicio. En el banquillo de los acusados se hallaban los culpables, cubiertos por trozos de un **paracaídas** de seda. Sus rostros infantiles e ingenuos no denotaron el menor remordimiento ni la más leve intención de ocultar lo ocurrido cuando respondieron a mi pregunta.

Encerrados en una cárcel moderna, como una bandada de pájaros en una jaula, murieron todos al cabo de un año.

Inmediatamente barrí de mi mente aquel recuerdo escalofriante.

—Ahora escúchame bien, Sally: tú no debes moverte de aquí pase lo que pase. Yo saldré a conversar con ellos. Si... —como me atraganté tuve que aclarar mi garganta—, si me hieren de un flechazo, dispondré más o menos de media hora... —me contuve para modificar la frase—; tendré tiempo suficiente para llegar al **Land-Rover** y venir a buscarte. Tú sabes conducir. Por otra parte, no tendrás problema alguno, ya que podrás volver por la huella que trazamos desde la hondonada del **Makarikari**.

—¡Por favor, Ben, no me dejes..., no te vayas!

—Ahora no se moverán, Sally... Aguardarán hasta la noche. De modo que debo ir en su busca a la luz del día.

—Ben...

—Espérame aquí. Te repito que no debes moverte de este lugar pase lo que pase.

Y encogiéndome los hombros me liberé de su mano y avancé hacia la

entrada.

—¡Paz!... —grité, dirigiéndome a los bosquimanos en su Propia lengua—. No estamos en guerra.

Al avanzar otro paso me dio el sol en la cara.

—Soy amigo.

Otro lento paso hacia las retorcidas raíces de la higuera silvestre, sosteniendo muy abajo contra mi cintura el aplastado estuche de cuero.

—¡Soy amigo! —grité de nuevo—. Un bosquimano del mismo clan... Lentamente descendí hacia la silenciosa y hostil arboleda. Nadie respondió... Ningún ruido ni movimiento. Delante de mí había un árbol caído. Sigilosamente empecé a deslizarme hacia él. Mis tripas se habían convertido en un duro ovillo a causa del temor y la tensión que me embargaban.

—¡No estoy armado! —grité.

La arboleda siguió sumida en el silencio vespertino, siniestro en esta ocasión.

Estaba ya casi junto al árbol descuajado cuando oí vibrar la cuerda de un arco. Entonces me arrojé al suelo para refugiarme detrás del tronco muerto. La flecha pasó zumbando muy cerca de mi cabeza. Con el rostro hundido en el piso reseco, sentí que mi corazón se paralizaba de miedo ante la posibilidad de una muerte espantosa.

Súbitamente oí correr a alguien a mis espaldas. Girando el cuerpo hacia un costado me dispuse a defenderme.

Quien corría era Sally... Haciendo caso omiso de mis instrucciones, se había lanzado desde las retorcidas raíces de la higuera silvestre en mi dirección. Su rostro era una pálida máscara que reflejaba un temor mortal. Su boca abierta parecía emitir un chillido inaudible. Al verme caer y permanecer inmóvil junto al árbol caído me consideró muerto y fue presa del pánico. De pronto, al ver que me movía, comprendió su error, vaciló y tuvo repentina conciencia de su propia vulnerabilidad.

—¡Vuelve donde estabas, Sal! —aullé—. ¡Atrás, Sally!

Su incertidumbre se trocó en desaliento. Detenida a mitad de camino entre la boca de la caverna y el tronco muerto, no sabía hacia dónde dirigirse.

En el ángulo extremo de mi campo visual vi surgir de la descolorida hierba a un bosquimano pequeño y amarillo. Una flecha estaba ya insertada en su arco. Sus plumas, impulsadas hacia atrás mientras tomaba puntería, rozaban sus pómulos. Durante un segundo apuntó a Sally, que se hallaba indecisa a cincuenta pasos de distancia.

Yo eché a correr hacia Sally en el preciso instante en que el bosquimano disparaba su flecha. Esta y yo seguíamos líneas convergentes, conformando dos lados de un triángulo, en cuyo vértice se hallaba Sally.

En cuanto advertí el relámpago difuso de la flecha, que silbaba en dirección al abdomen de Sal, comprendí que el dardo llegaría a destino antes que yo. Desesperadamente lancé entonces en dirección de Sal el achatado estuche de cuero con un rápido movimiento de mi muñeca mientras corría agachado hacia ella. El cuero giró en el aire perezosamente... y la flecha se estrelló contra él. La mortal punta de hierro, erizada de púas empapadas en veneno, mordió el duro cuero y cayó, al igual que el estuche, inofensivamente a los pies de Sally. Tomándola en mis brazos, giré sobre mis talones y, encorvado bajo su peso, eché a correr hacia el tronco muerto.

El bosquimano seguía aún de rodillas en la hierba delante de mí. Levantando una mano hasta su hombro, extrajo otra flecha de su aljaba. Con un suave y preciso movimiento afirmó la flecha en su lugar y estiró el arco.

Esta vez no podría yo esquivar el proyectil. De modo que seguí corriendo lleno de espanto.

La cuerda del arco vibró al dispararse la flecha, e instantáneamente sentí un violento tirón en mi cuello. Consciente de que estaba herido y con Sally en mis brazos, me dejé caer detrás del árbol tumbado.

—Creo que estoy herido, Sal.

Mientras me apartaba de ella al rodar en tierra, sentía que el dardo se columpiaba en mi pecho.

—Rompe la varilla... No toques las púas.

Yacíamos en el suelo cara a cara. Unos pocos centímetros mediaban entre nuestros ojos. Por extraño que parezca, ahora que estaba perdido no

tenía miedo. Sellada ya mi suerte, ¡qué más daba que me acribillaran a flechazos! Sólo me interesaba salvar a Sally antes de que la ponzoña consumara su obra.

Con temblorosas manos, Sally agarró la frágil flecha de caña y tiró de ella cautelosamente... De pronto su rostro resplandeció.

—¡Se halla en el cuello, Ben! ¡Está alojada en el cuello de tu chaqueta! Ni siquiera te ha herido.

Recobrado enteramente, deslicé mis manos por el asta de la flecha y comprobé que seguía vivo. Inclinandome cuidadosamente hacia un costado, en tanto Sally mantenía la punta del dardo apartada de mi carne, me escurri fuera de mi ligera chaqueta color caqui. Durante un momento observé con repulsión aquella punta de flecha de hierro forjada a mano, cuyas Púas estaban embadurnadas de una sustancia pegajosa color melcocha, y luego arrojé al suelo mi chaqueta y el dardo.

—¡Dios mío, qué cerca ha estado!... —cuchicheé—. Escucha, Sally: creo que no hay más que un bosquimano aquí... Un Joven aterrorizado por el pánico. Probablemente tiene tanto miedo como nosotros.

Serpenteando junto al árbol caído, cuya sólida contextura me infundía tranquilidad, hablé hacia el bosquimano con el tono más vigoroso y persuasivo de que era capaz mi reseca garganta:

—Soy tu amigo. Por más flechas que dispires contra mí, no lucharé contigo... He vivido con tu pueblo y me siento hermano tuyo. ¿No hablo tu mismo idioma?

Silencio mortal e impenetrable.

—¿No hablo tu mismo idioma? —repetí esforzándome para captar su posible respuesta.

De pronto el bosquimano habló. Su voz, en extremo aflautada, quebró el silencio como un suave y seco cloqueo.

—Los demonios de la floresta hablan muchos idiomas. Pero yo no escucho sus mentiras.

—Yo no soy un demonio... y he vivido como vosotros. ¿No has oído hablar del Pájaro de Sol —le pregunté, aludiendo a mi apodo bosquimano— que vivió con la gente de Xhai y se convirtió en su hermano?

Otro largo silencio. Pero ahora tenía la impresión de que el pequeño bosquimano vacilaba, perplejo, y que ya no me temía.

—¿Conoces a un anciano llamado Xhai?

—Sí. Le conozco —admitió el bosquimano. Y yo respiré más aliviado.

—¿Has oído hablar de una persona a quien los de tu pueblo llaman el Pájaro de Sol?

Tras otro silencio prolongado dijo de mala gana:

—He oído a los hombres de mi pueblo hablar de él.

—Yo soy el Pájaro de Sol.

Ahora el silencio se prolongó durante diez o más minutos. Yo tenía la certeza de que el bosquimano estaba analizando mis palabras desde todos los ángulos imaginables. Por último, volvió a hablar:

—Xhai y yo hemos cazado juntos esta temporada. Todavía sigue viniendo. Estará aquí antes de que anochezca. Le esperaremos.

—Le esperaremos —repetí aprobando sus palabras.

—Pero si se mueve le mataré —me previno el bosquimano, y yo no dudé de que hablaba en serio.

Xhai, el viejo bosquimano, apenas me llegaba al hombro... y yo no soy ningún gigante. Tenía Xhai los rasgos típicos de su raza:

nariz aplastada, pómulos muy salientes y ojos orientales; pero su piel seca y arrugada semejaba una pasa rugosa y amarillenta. Las arrugas se extendían por todo su cuerpo, que parecía cubierto con un frágil pergamino. Sus cabellos, esparcidos como pequeños granos de pimienta por su cabeza, se habían tomado grises con los años, pero sus dientes eran sorprendentemente blancos y perfectos, y sus ojos negros y brillantes. Muchas veces pensé que éstos eran vivaces y traviesos, inteligentes y curiosos como los de un duendecillo.

Cuando le dije que su amigo había intentado matarnos, tomó el asunto a broma y estalló en sucesivos gruñidos y carcajadas, en tanto se cubría

tímidamente la boca con una mano. El joven bosquimano se llamaba Ghal, y estaba casado con una de las hijas de Xhai. De modo que éste consideró que podía burlarse despiadadamente de él.

—¡Pájaro de Sol es un fantasma blanco! —exclamó jadeando— ¡Mátalo, Ghal..., pronto, antes de que vuele a otra parte!

Abrumado por su propio buen humor, Xhai empezó a tambalearse circularmente, imitando la manera en que, según él, huiría un fantasma.

Ghal, desconcertado, contemplaba sus pies, mientras los restregaba en el polvo. Yo reía sin mucha gana al recordar el silbido de las flechas.

De pronto Xhai dejó de reír y me preguntó ansiosamente:

—¿Tienes tabaco, Pájaro de Sol?

—¡Oh, Dios mío! —dije en inglés.

—¿Qué ocurre? —me preguntó Sally, que, alarmada por el tono de mi voz, temía otra desgracia.

—No tenemos ni una pizca de tabaco —dije. Ni Sally ni yo fumábamos, y el tabaco es un elemento muy codiciado por los bosquimanos.

—Louren dejó una caja de cigarros en el Land-Rover—me dijo Sally—. ¿Les gustarán?

Xhai y Ghal se mostraron muy intrigados respecto a los cilindros de aluminio que protegían los cigarros Romeo y Julieta. Cuando aprendieron a abrirlos y a apartar el tabaco, empezaron a decirse requiebros y a charlar alegremente. Por último, Xhai olió el cigarro como un perito en la materia —en verdad lo era—, asintió con la cabeza para demostrar su aprobación y cortó con sus dientes una buena porción de tabaco. Después de mastigarla durante un rato, apretó la húmeda pasta contra su labio superior. A continuación se lo entregó a Ghal, que hincó el diente en ella y siguió el ejemplo de Xhai. En cuclillas saborearon muy felices el tabaco, y yo me sentí contagiado de su alegría. En verdad que costaba muy poco hacerles dichosos.

Pasaron la noche con nosotros, asando sobre las brasas una serie de ratas de la maleza ensartadas en un palo, como kebabs, sin quitarles la piel ni destriparlas. Sus pelos, ensortijados bajo la acción del fuego, hedían a trapos quemados.

—Creo que voy a vomitar —murmuró Sally, que se puso Pálida al ver cómo nuestros dos amigos paladeaban su comida. Sin embargo, no vomitó.

—¿Por qué te llaman Pájaro de Sol? —me preguntó ella

Al formularle yo la misma pregunta a Xhai, éste dio un brinco y realizó una vez más su celebrada imitación del pájaro de sol: estiró velozmente hacia delante la cabeza y agitó sus manos. Su labor fue perfecta, porque los bosquimanos son maravillosos observadores de la naturaleza.

—Ellos dicen que me muevo así cuando estoy excitado —le expliqué a Sal.

—¡Exactamente! —exclamó Sally, batiendo palmas alegremente, al identificar mis ademanes. Todos nos reímos de buena gana.

A la mañana siguiente fuimos los cuatro a la caverna, donde los dos hombrecillos se sintieron a sus anchas. Yo los fotografié y Sally trazó un boceto de ambos sentados en una roca junto al lago. A ella le fascinaban sus manos y pies, diminutos y delicados, y sus prominentes nalgas. Esta peculiaridad anatómica, denominada esteatopigia, les permite acumular materia nutricia, tal como los camellos almacenan agua contra las contingencias del desierto.

Ghal puso al tanto a Xhai de la actividad que Sally y yo estábamos realizando junto al lago el día anterior en el momento en que él nos descubrió, lo cual dio lugar a muchos comentarios escabrosos y a abundantes carcajadas... Sally quiso enterarse del motivo de nuestras risas. Cuando le traduje nuestras palabras se ruborizó como el crepúsculo. Ello implicó un cambio agradable en nuestra existencia, ya que generalmente, de los dos, yo soy quien se ruboriza.

Los bosquimanos se entusiasmaron con los bocetos de Sally, por lo que me fue fácil abordar ante ellos el tema de las pinturas.

—Esas cosas fueron pintadas por bosquimanos —dijo

Xhai en tono jactancioso—. Esta caverna fue siempre nuestra.

Al indicarle yo el retrato del rey blanco, Xhai me explicó francamente,

sin ninguna reserva y sin adoptar un tono misterioso, lo que yo esperaba.

—Ese es el rey de los fantasmas **blancos**.

—¿Dónde vivía?

—Vive con su ejército de fantasmas **en la Luna** —**dijo** Xhai.

¡Y pensar que mis detractores me acusan de romántico!

A continuación discutimos sobre el tema durante largo tiempo. Xhai me informó que los fantasmas vuelan de la Luna a la Tierra, y viceversa, y que miran con muy buenos ojos a los bosquimanos; pero que hay que tener mucho cuidado, porque los demonios de la floresta suelen disfrazarse de demonios blancos. Ghal me había tomado erróneamente por uno de ellos.

—¿Los fantasmas blancos fueron alguna vez hombres? —le pregunté.

—No..., de ninguna manera. —Xhai se sintió un tanto molesto por mi pregunta—. Siempre fueron fantasmas y siempre vivieron en la Luna y en estas colinas.

—¿Los has visto alguna vez, Xhai?

—Mi abuelo vio al rey de los fantasmas. —Xhai eludió la cuestión con dignidad.

—Y esto, Xhai, ¿qué es? —le pregunté, señalando el dibujo de la muralla de piedra, con sus torres y cheurones.

—Ésa es la Ciudad de la Luna —respondió Xhai inmediatamente.

—¿Dónde está esa ciudad? ¿En la Luna?

—No. Está aquí.

—¿Aquí? —inquirí en tono perentorio, la sangre bulléndome—. ¿En estas colinas?

—Sí —dijo Xhai asintiendo con la **cabeza** y **dando otro** mordisco a su cigarro de cinco dólares.

—¿Dónde, Xhai? ¿Dónde? ¿Puedes enseñármela?

—No —respondió Xhai moviendo compungido la cabeza.

—¿Por qué no puedes enseñármela? Soy hermano tuyo y pertenezco a tu clan —le dije suplicante—. Debo compartir tus secretos.

—Aunque eres mi hermano —admitió Xhai—, no puedo mostrarte la Ciudad de la Luna..., porque es una ciudad fantasma. Sólo cuando hay luna llena y los fantasmas blancos descienden a la Tierra aparece la ciudad en la llanura, bajo las colinas... Pero por la mañana siempre desaparece.

Mi sangre se enfrió y mi entusiasmo se esfumó.

—¿La has visto alguna vez, Xhai?

—Mi abuelo la vio hace mucho tiempo.

—Tu abuelo fue un gran promotor, ¿no? —le dije irritado, en inglés.

—¿Qué es eso? —me preguntó Sally.

—Después te lo explicaré, Sal —dije y, volviéndome hacia el viejo **bosquimano**, le pregunté: Xhai, ¿de veras nunca has visto una ciudad como ésta, un sitio donde existen altas **murallas** de piedra y torres redondas, también de piedra? No digo **en** estas colinas... Pero podría ser en otra parte: en el norte, junto al gran río..., en el desierto occidental...

—No —dijo Xhai—. Jamás he visto tal cosa. Yo estaba seguro de que no existía ninguna ciudad **perdida** al norte de la gran depresión, como tampoco al sur del **Zambeze**, porque de haber existido población- tal allí, **Xhai** la hubiera conocido durante sus setenta años de vida nómada.

—Probablemente algún antiguo **bosquimano**, viajando cuatrocientos kilómetros hacia el este, vio el templo de **Zimbabue**, e impresionado por su magnificencia, resolvió reproducirlo en estas rocas —le dije a **Sally** esa noche mientras, sentados ante el fuego, comentamos la historia de Xhai.

—¿Qué sentido tiene entonces la figura del rey blanco?

—No sé, Sal —le confesé honestamente—. Tal vez sea realmente una dama con un ramillete de flores.

Al parecer, cada vez que sufro una seria desilusión —el rechazo de mi teoría por parte de Sally y la historia de la Ciudad de la Luna me afectaron profundamente— mi cerebro deja de funcionar durante cierto tiempo. En esa ocasión me desorienté completamente, a pesar de que los hechos concordaban obviamente... Sin embargo, juro que mi prueba de inteligencia dio un coeficiente intelectual de 156... ¡Lo cual prueba, maldita sea, que soy un genio!

A la mañana siguiente los dos **bosquimanos** se reintegraron a sus

familias, que se hallaban en la hondonada, llevando los tesoros que les entregamos: un hacha, el espejo de mano de Sally, dos cuchillos y media caja de cigarros Romeo y Julieta. Trotando, se alejaron en dirección al inmenso **Kalahari** sin volver sus cabezas una sola vez. Cuando se perdieron de vista nos sentimos muy solos.

* * *

El helicóptero llegó la semana siguiente con una carga completa de provisiones y el equipo especial que yo le había solicitado a **Louren**.

Sally y yo subimos a la caverna con el bote de goma y, junto al lago, estuvimos inflándolo alternativamente hasta que nos mareamos de tanto soplar.

Mientras yo ordenaba el resto del equipo, ella lanzó el bote al agua y remó entusiasmada durante largo tiempo. Entre otras cosas, recibimos una caña corta de pescar de fibra de vidrio muy pesada —ochocientos gramos— y un carrete **Penn Senator** 12/0, en cuyo estuche había una nota escrita por Louren: «¿En qué estás metido ahora para meter tanta bulla? ¿Piensas pescar peces de los arenales o truchas del desierto?—**L.**».

Tras colocar el carrete en la caña y pasar el sedal por las anillas, até una pesa de dos kilos en su extremo. Sally remó hacia el centro del lago, donde dejé caer el plomo desde uno de los costados del bote. Acto seguido quité el freno al carrete y dejé correr libremente el sedal.

De acuerdo con mi pedido, Louren me había enviado un sedal de **dacrón** trenzado, con señales de algodón coloreado cada quince metros. En voz alta llevamos la cuenta de las sucesivas marcas de fino algodón que iban desapareciendo en las luminosas aguas verdes.

—Cinco, seis, siete... ¡Dios mío! **Ben**, este lago es insondable —comentó Sally.

—Estas hoyas de piedra caliza suelen ser enormemente profundas.

—Once, doce, trece...

—Espero que el sedal sea suficientemente largo —dijo Sally mirando con aire de duda lo que restaba de él en el carrete.

—Disponemos de setecientos metros, cantidad más que suficiente... —le dije.

—Dieciséis, diecisiete...

Incluso yo estaba impresionado ahora, ya que había calculado una profundidad de ciento veinte metros, como la del Lago Dormido de **Sinoia**. Sin embargo, el cordel seguía girando fuera del enorme carrete.

Finalmente sentí que la plomada rebotaba en el fondo y en seguida el sedal dejó de estar tirante. Espantados, nos miramos mutuamente.

—Algo más de doscientos cincuenta metros —dije.

—La idea de que me estoy balanceando sobre un abismo semejante me pone la carne de gallina.

—Bueno... —dije resuelto—, pensaba explorar el fondo con un equipo de submarinismo, pero hay que descartarlo. Sea lo que fuere lo que haya en él, quedará allí para siempre. ¿Quién va a descender a tal profundidad?

Sally escrutó las verdes profundidades, y el reflejo saltarín de la luz en el agua otorgó a su rostro un brillo fantasmal. Vi sombras en sus ojos y una expresión de ofuscamiento en su semblante. De pronto se estremeció violentamente de pies a cabeza y apartó bruscamente sus ojos de las verdes aguas.

—¡**Oh...**! Acabo de sentir algo muy extraño..., terrible. Me Pareció que estaba muerta y que alguien caminaba sobre mi tumba.

Mientras yo enrollaba el sedal, Sally, tumbada boca arriba en el fondo del bote, observaba el altísimo techo de piedra. Aunque la tarea era fatigosa, yo seguía recogiendo el sedal.

—Ben —me dijo Sally súbitamente—. Mira hacia **arriba...** allí.

Interrumpiendo mi labor, dirigí mis ojos hacia lo alto. Por primera vez observábamos la abertura del techo desde aquel ángulo. Su forma desde ese lugar era distinta.

—Allí, **Ben**, al costado —y señaló el lugar—. Ese trozo cuadrado de

piedra que se proyecta hacia fuera es demasiado regular para ser natural.
¿No te parece?

Lo observé atentamente durante un momento.

—Puede ser... —dije, no muy convencido.

—Hasta ahora no hemos averiguado si la caverna tiene otra salida frente a la cumbre de las colinas. —Sally se sentó muy excitada—. ¿No podríamos observar de cerca esa piedra cuadrada? ¿Se puede llegar allí?

—Por supuesto que sí —respondí rápidamente.

—Vamos ahora mismo, Ben.

—¡Por Dios, Sal, son más de las dos! Regresaríamos de noche.

—¡Oh!... ¡Llevemos las linternas!

La vegetación en la cresta de las colinas era densa y espinosa. Me alegré de llevar el machete, porque con él pude abrirme camino. Abajo, en la planicie, habíamos marcado la posición aproximada de la abertura. No obstante, durante dos horas estuvimos dando vueltas por la maleza, desorientados, hasta que de pronto di con un hueco.

Súbitamente la tierra se abrió a mis pies y me hallé ante un oscuro y espantoso respiradero. Al echarme hacia atrás casi derribé a Sally.

—¡Qué cerca estaba!

Temblando me mantuve a una distancia prudencial de la abertura, mientras la rodeábamos en dirección a una losa cuadrada que se proyectaba en el vacío.

Ya junto a ésta me arrodillé al borde para examinarla. Muy abajo, en un sombrío abismo, brillaba la superficie color esmeralda del lago.

Nunca me han gustado las alturas peligrosas. Al inclinarme hacia fuera para tocar la piedra chata sentí náuseas.

—Evidentemente es una losa muy regular, Sal —dije mientras deslizaba mis manos por la piedra—. Sin embargo, no advierto en ella marcas de escoplo... Sin duda ha sido muy desgastada por el tiempo. Tal vez...

Al mirar hacia arriba quedé petrificado de horror. Sally había avanzado por la plataforma rocosa como por un trampolín y, ya en su borde, levantó los brazos sobre su cabeza. Todos sus dedos extendidos apuntaban hacia el cielo y sus pulgares estaban tiesos, como cuando por primera vez contemplamos el lago color esmeralda.

—¡Sally! —grité.

Ella sacudió la cabeza. Su cuerpo vaciló ligeramente. Entonces me puse con mucha dificultad de rodillas.

—¡No, Sally..., no! —volví a gritar, porque estaba seguro de que pensaba arrojar a aquella famélica boca de piedra.

Lentamente se inclinó sobre la abertura. Eché a correr por la plataforma de piedra y, cuando ya estaba ella a punto de perder el equilibrio, mi mano aprisionó su brazo.

Durante varios terribles segundos nos balanceamos y luchamos juntos en el borde de la piedra cuadrada. Finalmente tiré de ella hacia atrás y logré ponerla a salvo.

Súbitamente Sal se estremeció y comenzó a llorar histéricamente. Yo seguía aferrado a ella porque también estaba muy asustado. Algo importante acababa de ocurrir: una experiencia mística, profunda e inquietante, que escapaba a mi entendimiento.

Cuando decreció su llanto le pregunté dulcemente:

—¿Qué ha pasado. Sal? ¿Por qué has hecho eso?

—No sé. Simplemente me aturdí... En mi cabeza ha resonado un terrible rugido y... ¡Oh, Ben!, no sé lo que me pasó después.

Sólo al cabo de veinte minutos se recobró lo suficiente para regresar al campamento.

Cuando echamos a andar el sol se estaba poniendo y, antes de que llegáramos al sendero situado al pie del acantilado, ya había anochecido por completo.

—Dentro de unos minutos saldrá la luna. No me parece conveniente bajar del acantilado en la oscuridad. Esperaremos que salga.

Nos sentamos en el borde del acantilado, muy **juntitos**, no para entrar en calor, ya que el aire y las rocas estaban todavía calientes, sino porque aún no nos habíamos recobrado plenamente de nuestra reciente experiencia. La luna era sólo un gran resplandor plateado que brotaba debajo del horizonte. Luego surgió, redonda, gorda y amarilla sobre las copas de los árboles y bañó la tierra con su suave luz pálida.

El rostro de Sally tenía un matiz gris plateado bajo la luz lunar, sus oscuros ojos parecían magullados y su expresión era triste y distante.

—¿Vamos, Sal? —le dije, abrazándola ligeramente.

—Quedémonos un poco más. ¡Qué bello es esto! Me volví **para** observar atentamente la planicie iluminada por la luna. **África** tiene muchos aspectos y rostros que yo amo profundamente. En ese momento desplegaba ante nosotros una de sus más hechiceras facetas. Durante largo tiempo **permanecemos** callados.

De pronto Sally se agitó, levantándose a medias.

¿Lista? —le pregunté, **irguiéndome** con ella.

—¡Ben!

Su mano oprimió mi muñeca con sorprendente vigor y luego sacudió mi brazo,

—¡Ben! ¡Ben!

—¿Qué ocurre, Sal? —inquirí, temiendo que recayera en su reciente nerviosismo.

—¡Mírala, Ben! ¡Mírala! —exclamó, ahogada por **una** enorme emoción.

—¿Qué te pasa, Sal? ¿Te sientes bien? Sacudiendo con una mano mi brazo y señalando con **la** otra la planicie que se extendía a nuestros pies, dijo Sally:

—¡Mírala, Ben! ¡Allí está!

—¡Sally! —dije, rodeando su cuerpo con mis dos brazos para contenerla—. Calma, querida. Siéntate y descansa.

—No seas tonto, Ben. Estoy perfectamente bien... Mira allá abajo.

Sin soltarla miré atentamente hacia el lugar que ella señalaba, pero no vi nada.

—¿La ves, Ben?

—No.

Súbitamente la vi, como se ve un rostro en un rompecabezas. Sí, allí estaba... Sin duda siempre había estado allí, aunque yo no lo viera.

—**Dime** que tú también la ves —dijo ella temblando—, que no es un producto de mi imaginación.

—Sí..., sí. Creo... —musité, aún no del todo convencido.

—Es la Ciudad de la Luna, Ben. La ciudad fantasma de los **bosquimanos...**, nuestra ciudad perdida, Ben. Es ella... ¡Tiene que ser ella!

La imagen era vaga y brumosa.

Cerré los ojos, apretando fuertemente los párpados, y luego volví a abrirlos. La imagen seguía allí: el doble vallado en torno a la callada arboleda, conformando una serie de trazos simétricos y líneas oscuras en la plateada llanura; los negros círculos que indicaban el emplazamiento de las antiguas torres **fálicas**, algunos de ellos, oscurecidos por los árboles del **bosquecillo**; más allá de las murallas, las celdas de la ciudad baja, desplegándose en forma de luna en cuarto creciente, alrededor de las riberas del antiguo lago ya desaparecido.

—La luna está ahora en ángulo bajo..., en el ángulo exacto para destacar el contorno de los cimientos —susurré—. Estos deben ser tan chatos que hemos caminado y vivido sobre ellos durante un mes sin damos cuenta de que se hallaban bajo nuestros pies. La luz de la luna llena es el elemento ideal para que esas ruinas, desvaídamente **orgullosas**, **proyecten alguna** sombra.

—¡La fotografía! Sí. Desde once mil metros de altura la luz, tenue y suave, en la misma medida que la de la luna en su posición actual, produce idéntico efecto —convine con ella.

—Quizá no vimos nada desde el helicóptero porque éste voló a muy baja altura —sugirió Sally.

—Además, volamos al mediodía —dije—, y a esa hora el sol no proyecta sombras. Por eso **Louren** no vio nada desde el helicóptero.

¡Qué simple era todo! Sin embargo, yo, el gran genio, no **me** había dado cuenta de nada. Sin duda los que dictaminaron sobre mis pruebas eran unos chapuceros.

—Pero allí no hay torres ni murallas, Ben... Sólo quedan los cimientos. ¿Qué habrá sido de nuestra ciudad perdida?

—A su debido tiempo aclararemos eso, Sal —le prometí—. Ahora tenemos que marcar sobre el terreno lo que se ve desde aquí antes de que desaparezca de nuevo.

Sacando de la mochila la única linterna que había en ella, le dije a Sal:

—Un destello significará: «ven hacia mí»; dos destellos: «aléjate de mí»; tres: «avanza hacia la izquierda»; cuatro: «avanza hacia la derecha», y un movimiento circular de la linterna indicará que estoy «en el lugar exacto». Yo bajaré a la planicie y tú me harás las señales luminosas correspondientes. Primero deberás situarme en el emplazamiento de la torre mayor. Luego me orientarás a lo largo del perímetro de las murallas exteriores. Tenemos que actuar rápidamente, ya que no sabemos cuánto durará este efecto luminoso. Cuando éste desaparezca, apaga la linterna.

Anduve poco más de una hora corriendo por la planicie, de acuerdo con las señales luminosas que me hacía Sally. Al cabo de ese tiempo la ciudad perdida empezó a desvanecerse lentamente, a medida que la luna se aproximaba a su **cénit**. Entonces subí al acantilado en busca de Sally. Llevaba el torso desnudo porque había hecho tiras mi camisa para marcar con sus **jirones**, que anudé en tomo de varios copetes de hierba y arbustos, los lugares clave.

De regreso en el campamento encendimos una gran hoguera y abrí una lata de **Glen Grant** para celebrar el **acontecimiento**. Tan eufóricos nos sentíamos y tantas cosas **maravillosas** teníamos que contamos y analizar, que nuestro sueño se vio postergado hasta muy tarde.

Nuevamente abordamos el tema del fenómeno luminoso, pero esta vez más detalladamente, y coincidimos en cuanto a los efectos que producía. Después recordamos **apesadumbrados** cuan cerca habíamos estado de la verdad, cuando **discutimos** sobre los efectos de los rayos del sol, en nuestra primera salida, el día que **descubrimos varias conchas de mejillones de** agua dulce. A la luz de **la nueva situación, aquéllos adquirirían** una gran significación.

—Aquí, y en este preciso instante, con todos los dioses por testigos, juro que nunca *mas* volveré a lanzar por encima de mi hombro ningún testimonio científico de vital importancia.

Así lo juré en ese momento.

—Brindemos por ello —sugirió Sal.

—Excelente idea —respondí, y volví a llenar nuestros vasos. A continuación pasamos a considerar la historia que nos refirió el viejo **bosquimano**.

—Demuestra que toda leyenda y todo relato **folclórico** se basa en un hecho cierto, por más retorcida que aparezca en ellos la verdad.

Sally suele filosofar después de beber **Glen Grant**.

—Hablando claramente: mi hermano de raza, **Xhai**, es **un** maestro en el arte de tergiversar el pasado. Un ejemplo: **la** Ciudad de la Luna.

—¡Qué hermoso nombre! Llamémosla así —me sugirió Sally—.

Pasando a otra cosa: ¿qué opinas de lo que dijo de su abuelo? ¿Crees que conoció realmente a uno de los fantasmas blancos?

—Probablemente se trataba de un viejo cazador o un buscador de minerales. No olvides que estuvo a punto de otorgarnos la condición de fantasmas...

—Literalmente y en sentido figurado —me recordó Sally. La conversación prosiguió en tanto la luna continuaba su espléndido derrotero por el firmamento. De cuando en cuando nuestra grave discusión degeneraba en efusivos estallidos. «¡Oh, Ben!... ¿No es maravilloso? Tenemos la oportunidad de excavar una ciudad fenicia completa... Nosotros solos...», o bien, «Escucha, Sal, toda mi vida he soñado con lo que ahora me está ocurriendo».

Era mucho más de la medianoche cuando volvimos a **tocar** tierra. Sally

puso sobre el tapete una cuestión de procedimiento.

—¿Qué haremos ahora, Ben? ¿Informaremos a Louren Sturvesant acerca de lo ocurrido?

Eché otro trago lentamente, mientras meditaba.

—¿No crees, Sal, que deberíamos realizar una pequeña excavación de prueba en los cimientos para estar seguros de que no nos equivocamos? De lo contrario podríamos ponernos en ridículo...

—Escucha, Ben: tú sabes muy bien que lo prudente en estos casos es abstenerse de raspar el suelo indiscriminadamente para evitar la posible destrucción de objetos valiosos. Creo **que** deberíamos aguardar hasta que estemos **en** condiciones **de** efectuar una búsqueda planificada.

—Lo sé. Sal... Pero no puedo contenerme... ¿Y si sólo hacemos un pequeño agujero?

—Está bien —dijo ella, haciendo un mohín— Pero sólo un pequeño agujero.

—Supongo que deberíamos tratar de dormir un poco. Ya son más de las dos de la madrugada.

Poco antes de que nos durmiéramos, Sally murmuró contra mi pecho:

—Todavía sigo preguntándome qué habrá sido de nuestra ciudad perdida. Si el relato del bosquimano se ajusta a la verdad, hemos de admitir que las enormes torres y murallas de piedra se volatilizaron.

—Sí... Nos aguarda una fascinante labor.

Con el carácter que imprimo a las cosas en determinadas circunstancias, deseché firmemente la idea de abrir una zanja tras el vallado del templo y escogí un lugar situado sobre los cimientos de la muralla exterior a fin de evitar posibles deterioros.

Bajo la ávida mirada de Sally, que me ayudó de forma activa más que teóricamente, marqué con tiras extraídas de mis sábanas los límites de la futura excavación: una estrecha zanja de un metro de ancho por seis de largo, que formaría un ángulo recto con la línea de los cimientos, efectuando en éstos un corte transversal.

Después de dividir las tiras en centímetros numerados y de haber registrado Sally tales divisiones en su cuaderno, fui en busca de las cámaras, las herramientas y de un lienzo embreado, que se hallaban en el Land-Rover. La proyectada zanja estaría a sólo treinta metros de las tiendas, ya que habíamos acampado casi sobre la antigua muralla.

Tras extender el lienzo en el suelo para depositar en él la tierra de la excavación, me quité la camisa, la arrojé a un lado -ya no me avergonzaba de exhibir mi cuerpo ante Sally-, escupí en las palmas de las manos, me situé a horcajadas sobre las tiras, sopesé el pico y, por último, eché un vistazo a Sally quien, sentada sobre la tela embreada, me miraba **atentamente** desde debajo de su enorme sombrero de alas caídas.

—¿**Todo** en orden? —le pregunté.

—¿Listo, compañero? —inquirió a su vez. Tales palabras en sus labios me chocaron, porque Louren y yo las usábamos exclusivamente en nuestras conversaciones. Pero después pensé: «¡Qué diablo! También a ella la quiero».

—¡Listo, compañera! —dije, y **enarbolé** el pico.

Una gran alegría me invadió al sentir que el pico era ligero como una pluma y se hundía profundamente en el suelo arenoso.

Trabajé sostenida y fácilmente con el pico y la pala. Pero pronto el sudor empezó a correr por mi cuerpo y empapó mis cortos pantalones. A medida que yo volcaba la tierra en el lienzo, Sally la cribaba cuidadosamente, charlando, eufórica, todo el tiempo. Pero yo sólo le respondía con un gruñido cada vez que balanceaba el pico.

Hacia el mediodía había excavado la zanja en toda su longitud y hasta un metro de profundidad. Al suelo arenoso sucedió una capa de marga color rojo oscuro, de cuarenta centímetros de espesor, todavía húmeda a causa de las recientes lluvias. Luego descansamos y comimos alimentos envasados y bebimos una botella de Windhoek, que me sirvió para reemplazar el líquido perdido.

—¿Sabes, Ben, que cuando una se acostumbra a ver tu cuerpo —me dijo Sally con aire pensativo— se percibe en él una extraña belleza?

Yo me ruboricé de tal manera que brotaron lágrimas de mis ojos.

Al cabo de una hora de reanudada mi labor, la punta del pico se ennegreció. Volví a descargarlo en tierra y otra vez salió de ésta ennegrecido. Entonces me arrodillé en la zanja.

—¿Qué pasa? —me preguntó Sally, apareciendo a mi lado.

—¡Ceniza! —exclamé—. ¡Carbón!

—Un hogar antiguo —conjeturó Sally. Felizmente no me comprometí, de modo que posteriormente pude regañarla por su pedantería.

—Tomaremos varias muestras para datarlas —agregué.

Ahora trabajaba con más cautela, tratando de poner al descubierto la capa de ceniza sin revolverla.

Al sacar las muestras comprobamos que el espesor de la ceniza variaba entre seis y cuarenta y seis milímetros a lo largo del horizonte de la zanja. Sally anotó la profundidad desde la superficie y la posición de todas las muestras de carbón que sacamos, en tanto yo fotografiaba la zanja y las tiras de tela.

Finalmente nos pusimos **en** pie y nos miramos mutuamente.

—Demasiado grande para ser un hogar —dijo ella, y yo asentí con la cabeza—. Creo que no debemos seguir cavando, Ben. Por lo menos no debemos hacerlo con el pico y la pala.

—Tienes razón —dije—. Cavaremos hasta la mitad de la zanja para no revolver la capa de ceniza... Tal será mi concesión a las normas establecidas... ¡Pero nadie me impedirá que cave hasta el fondo rocoso, **en** el resto de ella..., si puedo!

—Muy bien —dijo Sally, aplaudiendo mi decisión—. Estoy completamente de acuerdo contigo.

—Tú comenzarás desde aquel extremo y yo arrancaré desde aquí.

Tales fueron mis instrucciones.

Acto seguido empezamos a levantar la capa de ceniza desde la mitad de la zanja.

Inmediatamente debajo de la ceniza hallé un trozo duro **de** arcilla y, aun cuando no lo expresé en voz alta, no dudé que se trataba de una especie de revoque, o sea, de un material transportado desde otro lugar.

—¡Cuidado! —le aconsejé a Sally.

—Dijo el hombre del pico y la pala... —murmuró ella **sarcásticamente**, sin levantar los ojos.

Casi inmediatamente realizó Sally el primer descubrimiento en las ruinas de la Ciudad de la Luna.

Mientras escribo estas líneas tengo ante mí sus anotaciones, en las que se ven las marcas de sus dedos sucios **de** tierra y los grandes caracteres de su infantil escritura.

Zanja 1. Referencia AC.t.11.4.

Profundidad: 4'2 1/2".

Ítem: ' Una cuenta de vidrio. Ovalada. Azul. Circunf. 1 i/2mm.

Perforada. Ligeramente deformada por el calor.

Observ.: Hallada en una capa de ceniza, del Nivel 1. Índice N°

CM 1

Esta lacónica anotación no da la menor idea de nuestro júbilo: nos abrazamos y reímos bajo el sol, porque nos hallábamos ante una típica cuenta azul y comercial fenicia. La minúscula bolita de vidrio brillaba en mi mano ahuecada.

—La haré rebotar contra sus traseros —dije en tono amenazador, refiriéndome, por supuesto, a mis detractores.

—Si son tan estrechos como sus mentes, querido Ben, será **muy** difícil dar en el blanco.

Usando un pequeño pico, quince minutos más tarde **realicé** el siguiente descubrimiento: un fragmento de hueso carbonizado.

—¿Humano? —me preguntó Sally.

—Posiblemente —dije—. La parte superior de un fémur humano... El

resto desapareció al carbonizarse.

—¿Canibalismo? ¿Cremación? —aventuró Sally.

—Corres demasiado —dije.

—¿Qué opinas, entonces? —me desafió. Guardé silencio durante un buen rato. Cuando llegué a ^{un}a conclusión dije:

—Creo que en ese nivel la Ciudad de la Luna fue saqueada e incendiada. Sus habitantes fueron masacrados, las murallas derribadas y sus edificios arrasados.

Sally se puso a silbar suavemente y clavó en mí una mirada burlona y asombrada.

—Las pruebas: un abalorio y un trozo de hueso... ¡Será la jugada más atrevida de todos los tiempos!

Hacia el atardecer, respondiendo a las preguntas formuladas a voz en grito por Larkin, le dije a éste: «Gracias, Peter. Estamos perfectamente bien... No, no necesitamos nada... Sí... Magnífico. Por favor, dígame al señor Sturvesant que aquí no se ha producido novedad alguna y que no tengo nada de que informarle».

Al desconectar el aparato eludí las miradas de Sally.

—Sí —me dijo ella severamente—. ¡Deberías sentirte avergonzado de tan despreciable mentira!

—Vamos, acabas de decir que sólo se trata de un abalorio y un trozo de hueso.

Pero dos días después, al atardecer, ya no pude valerme de tal excusa porque al cavar hasta una profundidad de poco más de dos metros descubrí la primera de una serie de cuatro hileras de piedras cuadradas y hábilmente labradas y unidas sin argamasa. Tan herméticas eran las juntas entre bloque y bloque, que no hubiese pasado por ellas la hoja de una navaja. Las piedras, mayores que las de Zimbabue, habrían sin duda constituido el cimiento de un gran edificio. Los bloques, de aproximadamente 120 por 60 por 60 centímetros, eran de roja piedra arenisca, similar a la de los acantilados. Al examinarlos atentamente llegué a la conclusión de que habían sido labrados por verdaderos artesanos, sólo posibles en una poderosa y opulenta civilización.

Esa noche hablé de nuevo con Larkin:

—Escuche, Peter: ¿cuánto tiempo tardará en ponerse en comunicación con el señor Sturvesant?

—Debería haber regresado hoy de Nueva York. Puedo llamarle por teléfono esta misma noche.

—Dígame, por favor, que venga aquí inmediatamente.

—¿Quiere usted que lo abandone todo y vaya allí corriendo?

—Por favor, llámeme.

El helicóptero llegó a las tres de la tarde del día siguiente.

Mientras corría a su encuentro, iba poniéndome la camisa.

—¿Qué vas a ofrecerme, Ben? —me dijo Louren en tono perentorio, al salir, grande y rubio, de la cabina.

—Algo que creo que te gustará —le dije mientras nos estrechábamos las manos.

Cinco horas después estábamos sentados ante el fuego. sonriéndome por encima del borde de su copa, Louren me dijo:

—Tenía usted razón, jovencito. ¡Esto me gusta! Era la primera opinión que expresaba desde su llegada. Louren nos había seguido a Sally y a mí desde la excavación a la caverna y de allí a la cumbre del acantilado, oyendo con mucha atención nuestras explicaciones. Al escuchar mi teoría del bajo ángulo de luz sobre las ruinas movió la cabeza con lástima y, después, ocasionalmente, me espetó algunas preguntas en el mismo tono que le había oído emplear en una reunión de directorio. Todas ellas fueron pertinentes, incisivas y sutiles, tal como si estuviera evaluando una operación comercial.

Cuando Sally hablaba, Louren, muy próximo a ella, observaba atentamente sus maravillosos rasgos clásicos, que le transportaban y a la vez serenaban. En cierto momento ella tocó su brazo para subrayar su punto de vista y ambos se sonrieron. Yo me sentí dichoso, porque eran las dos personas

que más quería en el mundo.

Después Louren, de rodillas conmigo en el piso de la zanja, acarició la piedra labrada y, sosteniendo el hueso» carbonizado y la cuenta de vidrio en la palma de su mano frunció el entrecejo, como si tratara de desentrañar los secretos mediante la mera fuerza de su voluntad.

Poco antes del crepúsculo y ante sus reiteradas peticiones volvimos a la caverna para observar el muro posterior. Allí encendí una de las linternas de gas, que situé de modo que su luz diera de lleno en la figura del rey blanco. Acto seguido nos sentamos en semicírculo ante él y escudriñamos todos los pormenores de la pintura. Sally señaló la nariz, larga y recta, y la alta frente del rey, que se hallaba de perfil.

—África nunca produjo un rostro semejante —dijo y, para establecer un contraste, señaló una figura más lejana, pintada en la misma pared.

—Observad esta figura, sin duda alguna un **bantú**. El artista fue lo suficientemente hábil como para distinguir las **diferencias fisonómicas** existentes entre los diversos tipos **humanos**.

. Sin embargo, Louren no apartó en ningún momento sus ojos del rey.

Nuevamente parecía empeñado **en** arrancarle sus **secretos** pero el rey se mantenía soberbiamente distante. Por **último** Louren suspiró y se puso en pie. Estaba a punto de **volverse** cuando sus ojos dieron con los sacerdotes que, luciendo túnicas blancas, se hallaban debajo del rey.

—¿Quiénes son éstos?—preguntó.

—Nosotros los llamamos sacerdotes —**le** dije—. **Pero Sally** conjetura que podrían ser mercaderes árabes o...

—La figura que se halla en el centro... —al señalarla, su voz se tornó aguda y casi pareció un grito de alarma—, ¿qué está haciendo?

—Está reverenciando al rey —sugirió **Sally**.

—Sin embargo, aun inclinado, es más alto que los otros

—protestó **Louren**.

—Los artistas **bosquimanos** subrayaban la importancia de las personas mediante su estatura. Observad el tamaño relativo del rey —aunque sean pigmeos, siempre se presentan a sí mismos como gigantes—; el tamaño del sacerdote central podría significar que era el sumo sacerdote... o un jefe árabe, si Sally tiene razón.

—Si en realidad está reverenciando al rey, su inclinación abarca la tercera parte superior de su cuerpo. Por otra parte, es el único que está inclinado. Los otros permanecen erguidos —Louren no estaba aún convencido de ello—. Es como si... —su voz se diluyó, en tanto movía la cabeza. De pronto tembló ligeramente y advertí que en sus bronceados y suaves brazos se le ponía la carne de gallina—. Hace frío aquí —dijo, cruzando los brazos sobre su pecho.

En mi opinión, la temperatura no había descendido en absoluto. Sin embargo, me puse también en pie.

—Regresemos al campamento —dijo Louren, que sólo volvió a hablar cuando la fogata que encendí comenzó a crepitar alegremente y a lanzar chispas deslumbrantes.

—Repito: tiene razón, **jovencito**. ¡Esto me gusta! —y tomó un sorbo de whisky de malta—. Ahora hablemos de negocios.

—Resuelve tú por nosotros, Lo —dije.

—Negociaré con el gobierno de **Botsuana**... Puedo mover algunas palancas en las altas esferas. Es necesario llegar a un acuerdo formal y escrito..., probablemente basado en la distribución por partes iguales de los hallazgos. El gobierno deberá garantizar nuestro acceso a los lugares de exploración y otorgarnos derechos exclusivos en tal sentido. Tal es, en síntesis, lo que propondré.

—¡Magnífico! Todo eso es de tu incumbencia, Lo.

—Como te conozco, Benjamín, quiero que me entregues una lista de lo que necesitas: número de hombres, equipos, etcétera. ¿De acuerdo?

Me eché a reír mientras me desabrochaba el bolsillo superior.

—En realidad... ya la tengo —admití, entregándole tres hojas de papel de oficio, que sus ojos recorrieron rápidamente.

—Eres un espartano, Ben —me felicitó—. Creo que podemos gastar un poco más. Yo necesitaré, por lo menos, un pequeño campo de aterrizaje provisional, en el que pueda operar un Dakota. Pronto vendrá el verano... En las tiendas de lona os moriríais de calor. Necesitaremos viviendas sólidas, una oficina y almacenes con aire acondicionado. De modo que habrá que instalar un generador para obtener luz y bombear el agua del lago.

—Nadie podrá acusarte de tacaño, Lo —dije, y los tres nos reímos a coro.

Sally volvió a llenar mi copa. Yo estaba muy alegre y satisfecho de mí mismo esa noche. En verdad tenía que vanagloriarme, ya que acababa de *atisbar* un secreto muy bien oculto durante más de dos milenios. Además, Louren me respaldaría como un verdadero socio. El whisky descendía como el agua por mi garganta.

Yo solía beber mucho whisky. Me permitía olvidar ciertas cosas y hacía otras más aceptables. En ese tiempo, o sea, hace seis años, descubrí que no trabajaba en mi *libro* desde hacía un año, que mi memoria y mi intelecto estaban embotados y no eran fiables y que mis manos temblaban por la mañana... Actualmente bebo uno o dos tragos por la noche y ocasionalmente lo hago en gran escala. Pero en todos los casos bebo porque soy feliz y no porque estoy triste.

—Vamos, Ben. Esta noche hay algo que merece ser celebrado —me dijo, riendo, Sally, mientras volvía a servirme un gran vaso de whisky.

—¡Eh! No tanto, doctora —protesté débilmente. Pero esa noche tuve una borrachera alegre y placentera y sentí que mi espíritu flotaba, satisfecho. Con dignidad rechacé la ayuda de Louren y me dirigí por mis propios medios a la tienda en que dormía solo, porque Sally me había segregado discretamente de la suya desde la llegada de Louren. Apenas me dejé caer, vestido, en la cama, me quedé dormido. Cuando Louren entró en la tienda me desperté a medias. Recuerdo que, al abrir un ojo, percibí la luz de la luna en cuarto menguante a través de la abertura de la tienda... ¿O sería el resplandor del amanecer? En ese momento tanto me daba una cosa como la otra.

* * *

El asunto del personal era muy delicado. Pero por fortuna se resolvió perfectamente. Peter Willcox se incorporaría a la expedición tan pronto comenzara su año sabático en la Universidad de Ciudad del Cabo. Volé allí y al cabo de seis horas le convencí de que no perdería nada al renunciar a la vida regalada de Europa. Un poco más difícil me resultó convencer a su esposa, Heather. Su resistencia cedió cuando le enseñé las fotografías del rey blanco. Como Sally, era una especialista en arte rupestre.

Los dos eran personas muy adecuadas para una excavación. Ya habíamos trabajado juntos en las excavaciones de las cuevas de Slangkop. Ambos tenían treinta y tantos años. Él, algo barrigudo y calvo, usaba gafas con montura de acero. Su pantalón parecía estar siempre a punto de caérsele. A cada momento tiraba de él hacia arriba. Ella, delgada y angulosa, tenía una gran boca, dispuesta siempre a reír, y una nariz chata llena de pecas. Aquella pareja sin hijos era muy alegre y laboriosa y estaba al tanto de todo. Peter es un buen acordeonista de jazz y Heather tiene una voz que armoniza perfectamente con la mía.

Peter me presentó a dos de sus alumnos posgraduados, cuyas condiciones ponderé sin reservas. En el primer momento me alarmé por su aspecto. Ral Davidson era un joven de veintidós años..., aunque a primera vista era difícil determinar su sexo. Sin embargo, Peter me aseguró que debajo de la revuelta cabellera de aquel joven asomaba la promesa de un brillante arqueólogo. Su novia era una joven vivaz, con gafas, que se había graduado a la cabeza de su promoción. Aunque de pecho deprimente por sus pequeños senos —yo prefiero las mujeres bien dotadas—, Leslie Johns se hizo querer por mí de inmediato al musitar muy sofocada: «Doctor Kazin, su libro *África antigua* es la obra más fascinante que he leído».

Esta demostración de buen gusto les aseguró sendos puestos en la expedición.

Peter Larkin me consiguió cuarenta y seis peones africanos de los territorios situados al sur de Botsuana, los cuales jamás habían oído hablar de las Colinas Sangrientas ni de ningún tipo de maldición lanzada contra ellas.

El único que me desilusionó fue Timothy Mageba. A mi regreso de Ciudad del Cabo permanecí cinco días en el Instituto, en Johannesburgo, tratando de convencerle de que su presencia era indispensable en las Colinas Sangrientas.

—Machane —me respondió—, el trabajo que aquí hay que hacer sólo yo puedo realizarlo —más tarde recordaría yo estas palabras—. El trabajo que usted debe realizar allí puede ser efectuado por muchas personas... Ya cuenta usted con varios hombres y mujeres especializados. En realidad, a mí no me necesita.

—Por favor, Timothy. Tu ausencia duraría más o menos seis meses. Tu trabajo aquí puede esperar.

Aunque él negó enérgicamente con la cabeza, yo insistí:

—Te aseguro que te necesito. Hay cosas que sólo tú puedes explicarme, Timothy. Por ejemplo: más de trece metros cuadrados de pinturas rupestres, muchas de ellas simbólicas..., emblemas estilizados que tú únicamente...

—Doctor Kazin, usted puede enviarme copias de ellas para que yo las interprete —dijo Timothy, hablando ahora en inglés, lo cual en él constituía un mal presagio. Le ruego que no insista en pedirme que abandone ahora el Instituto. Mis ayudantes no pueden trabajar si no es bajo mi dirección.

Durante varios segundos nos miramos fijamente. Habíamos llegado a un punto muerto. Yo podría haberle ordenado que partiera conmigo, pero un auxiliar que trabaja de mala gana es mejor que no trabaje en absoluto. En los oscuros ojos de Timothy parecía estar incubándose una expresión de rebeldía e independencia. Yo estaba seguro de que eran otros los motivos que le impulsaban a no acompañarme.

—¿Se trata de...? —empecé a decir, pero me detuve cuando estaba a punto de preguntarle si la antigua maldición era el motivo de su rechazo.

Porque siempre resulta inquietante descubrir que la superstición puede influir en un hombre inteligente y culto. Mi repugnancia a expresar esto en voz alta se justifica, ya que, incluso tratándose de un africano como Timothy, toda alusión directa en tal sentido resulta torpe y descortés.

—Siempre hay razones y razones, doctor. Le ruego que me crea cuando le digo que será mejor que esta vez no le acompañe.

—Está bien, Timothy —admití resignado, y me puse en pie. Al mirarnos de nuevo fijamente me pareció que Timothy había cambiado. Sus ojos ardían y brillaban más intensamente.

Otra vez me sentí incómodo y agitado, e incluso experimenté temor en lo más profundo de mi ser.

—Le aseguro que mi trabajo aquí se halla en una etapa crítica.

—Me interesará mucho comprobarlo cuando esté listo, Timothy.

Mis cuatro nuevos ayudantes llegaron la mañana siguiente en un avión comercial, procedente de la Ciudad del Cabo. Inmediatamente me dirigí con ellos al cobertizo de Sturvesant, donde nos estaba aguardando el Dakota de transporte.

El viaje fue ruidoso y alegre. Peter llevaba su acordeón y yo nunca viajo sin mi guitarra.

Tocamos un par de melodías pegadizas: «Abdul Abulbul Emir» y «Green grow the rushes, oh!». Ello me permitió descubrir con alegría que Ral Davidson silbaba con una pureza y a claridad de sonido extraordinarias y que Leslie tenía una dulce voz de soprano.

—Cuando terminemos esta excavación realizaré con ustedes un viaje de turismo —dije, y comencé a enseñarles algunas de mis canciones... .

Después de tres semanas de ausencia y mientras rodeábamos las Colinas Sangrientas, advertí que se habían producido cambios durante ese tiempo. La franja de aterrizaje, recientemente surgida en la polvorienta planicie, contaba ya con su correspondiente veleta cilíndrica de lona. En sus proximidades se

elevaba un grupo de casas prefabricadas: un largo pabellón central rodeado de edificios residenciales. Un esqueleto alto de metal sostenía un tanque de hierro galvanizado que contenía nueve mil litros de agua. Más allá estaba el campamento en el que se alojaba el grupo de trabajo.

Sally nos aguardaba en la pista de aterrizaje. Después de colocar nuestro equipaje en el Land-Rover fuimos a echar una ojeada a nuestro nuevo hogar. Yo estaba seguro de encontrar allí a Louren, pero Sally me dijo que había partido la víspera, después de una estancia de varios días.

Orgullosamente nos enseñó en seguida el campamento. El pabellón central, dotado de aire acondicionado, se componía de un pequeño cuarto común y un salón de fumar; en un extremo, una gran oficina en el centro y, más allá, un gran depósito. A su alrededor había cuatro cabañas residenciales, con aire acondicionado, pero escasamente amuebladas. Sally asignó una a los Willcox, otra a Leslie, que la compartiría con ella, la tercera a Ral y a mí, y la cuarta a Louren u otros visitantes, pilotos o huéspedes de una sola noche.

—Creo que convendría introducir algunos cambios en cuanto a la colocación de los durmientes —musité amargamente.

—Pobre Ben —respondió ella, sonriendo cruelmente—. Hemos caído en las garras de la civilización... A propósito, espero que hayas traído tu traje de baño... Se acabaron los nudistas en el lago.

Perversamente lamenté cuanto Louren había hecho por mí. Las Colinas Sangrientas habían dejado de ser un paraje solitario y misterioso, perdido en el desierto, para convertirse en una pequeña y bulliciosa comunidad en la que diariamente aterrizaban aviones y donde varios Land-Rover levantaban nubes de polvo. Incluso el estruendo de una bomba de agua eléctrica sacudía la atmósfera tranquila y soñadora de la caverna y perturbaba la serena superficie color esmeralda del lago.

Rápidamente mi grupo se aplicó a las tareas que le habían sido asignadas. Sally siguió trabajando en la caverna con un solo ayudante, un joven africano. Cada uno de los cuatro restantes fue designado al frente de un equipo de diez trabajadores, con misiones específicas que cumplir.

Peter y Heather se las ingeniaron muy astutamente para trabajar más allá de las principales murallas, en las ruinas de la ciudad baja. Quizá era allí donde los antiguos habían arrojado sus desechos: la alfarería rota, las armas viejas, las cuentas estropeadas y demás despojos fascinantes de una civilización desaparecida.

Ral y Leslie, que soñaban con tesoros y joyas de arte, saltaron de júbilo ante la oportunidad que se les presentaba de excavar tras el vallado, un área que probablemente los antiguos habrían mantenido escrupulosamente limpia de todo objeto, y en la que, por consiguiente, era muy difícil que se realizaran hallazgos interesantes. He ahí la diferencia entre la experiencia y la inexperiencia, entre la impetuosa juventud y la fría y calculadora madurez.

Yo mantuve mi libertad de acción actuando en calidad de supervisor y consejero, donde podía ser más útil. Ansiosamente seguí de cerca la labor de Ral y de Leslie para comprobar si su técnica y su enfoque de los problemas eran apropiados, y sólo descansé cuando llegué a la conclusión de que la opinión que sobre ellos me había dado Peter Willcox era correcta. Se trataba de dos jóvenes hábiles y entusiastas y, lo que es más importante, tenían una clara idea de lo que es una excavación arqueológica.

Los cuatro equipos empezaron a trabajar eficientemente cuando sus estúpidos integrantes africanos fueron separados de los trabajadores más brillantes. Antes de lo que yo esperaba, la firma Kazin y Compañía comenzó a funcionar adecuadamente.

Su andar era lento y penoso, pero altamente satisfactorio. Todas las noches, antes de la velada de canto en el cuarto común, discutíamos acerca de las labores del día y evaluábamos nuestros hallazgos en función del lugar que les correspondía en el cuadro general.

El primer descubrimiento importante fue el siguiente: la capa de ceniza del Nivel I abarcaba toda la zona de exploración, incluso la ciudad baja. De ninguna manera estaba parejamente distribuida, sino que mostraba diversos espesores. "m embargo, las mediciones efectuadas mediante el carbono 14 convergían en una fecha: el año 450 d.C., que parecía coincidir con la aparición de las más antiguas pinturas bosquimanas de la caverna o las

precedía ligeramente en el tiempo.

Todos estábamos de acuerdo en que la ocupación de la caverna por parte de los bosquimanos se había producido inmediatamente después de la partida o desaparición de los antiguos pobladores de la ciudad. Con gran responsabilidad llamábamos a los Primitivos habitantes «los antiguos», porque todavía no estaba probado que fuesen los «fenicios». Yo deseaba de todo corazón que la situación se alterase en favor de estos últimos. En la capa de ceniza hallamos fragmentos de restos humanos. Ral descubrió un incisivo junto a la base de la torre principal, y Peter un húmero completo y muchos fragmentos óseos no identificables. Estos hallazgos confirmaron de un modo general mi teoría del fin violento de la Ciudad de la Luna.

Otro hecho reforzaba mi convicción: la desconcertante desaparición de las torres y las murallas que lógicamente debieron asentarse sobre la arcilla y los cimientos de piedra, cuyos vestigios se veían acá y allá a lo largo de la línea que señalaba el emplazamiento de la antigua cerca del templo.

Un tanto indeciso, Ral sugirió la existencia de un enemigo que, cegado por el odio, había querido borrar todo vestigio del paso de aquella raza primitiva por la Tierra.

Su opinión nos pareció muy razonable.

—Muy bien. Pero ¿adonde fueron a parar las miles y miles de toneladas de mampostería...? —preguntó Sally, expresando lo que todos pensábamos.

—Las desparramaron por la planicie —aventuró Ral.

—Tarea digna de Hércules... Además, la planicie en aquel tiempo era un lago. De modo que habrían tenido que arrojar ese material en el área comprendida entre el acantilado y el lago..., y allí no hay vestigio ninguno de mampostería.

Para excusarse, Peter Willcox nos recordó el pasaje del libro *Indaba My Children*, de Credo Mutwa, donde éste dice que una ciudad antigua fue trasladada bloque tras bloque al oeste por sus habitantes, que la edificaron en Zimbabue.

—Aquí hay sólo piedra arenisca —le interrumpió bruscamente Sally—. Zimbabue está construida con granito extraído de la zona que la rodea... Además se halla a cuatrocientos cincuenta kilómetros de aquí, y al este... Tal operación sería imposible. Admito que las técnicas y la artesanía fueran exportadas, pero no el material en sí mismo.

Como ya no había nada más que discutir en el campo de las ideas, volvimos a la realidad. Al cabo de seis semanas nos visitó, por primera vez, Louren Sturvesant. Las excavaciones y demás labores fueron suspendidas durante dos días para realizar un seminario, bajo mi presidencia, en el que presentamos a Louren todas las pruebas reunidas hasta entonces y las conclusiones que se desprendían de ellas.

Los testimonios eran impresionantes. Para empezar, la lista de artefactos, trozos de alfarería y otras reliquias se extendía a lo largo de ciento veintisiete páginas escritas a máquina, en papel oficio. Peter y Heather, responsables de casi todos esos hallazgos, abrieron el seminario.

—Hasta ahora la excavación más allá del vallado se ha circunscrito a un área situada al norte de aquél y a trescientos metros del perímetro exterior. En general, parece haber existido allí un complejo de pequeños cuartos y edificios de adobe arcilloso con techos de madera y paja...

Peter describió minuciosamente el área y dio las medidas aproximadas de las habitaciones y la exacta situación de los objetos descubiertos.

Louren comenzó a agitarse en su asiento y a jugar con su cigarro. Peter es tan meticuloso como una solterona en su manera de enfrentarse a su trabajo. Finalmente llegó a esta conclusión:

—Al parecer en esta área hubo un gran bazar y mercado. Acto seguido Peter nos condujo al depósito, donde nos mostró los objetos encontrados en aquella zona: fragmentos de hierro muy oxidados, un peine de bronce, un mango de cuchillo en forma de mujer, catorce rosetones de bronce, que en nuestra opinión habían estado incrustados en un escudo de cuero, varios discos pesados de bronce, estrellas y soles evidentemente de adorno, dieciséis

planchas de bronce batido que, esperábamos, formarían parte de una armadura, una magnífica fuente de bronce de cincuenta y cinco centímetros de diámetro, con la imagen del sol cincelada en su centro y un intrincado dibujo en su borde y, por último, otros veinte kilos de residuos y fragmentos del mismo metal, tan golpeados y deteriorados que era imposible identificarlos.

—Estos son todos los objetos de bronce recuperados hasta ahora —le dijo Peter a Louren—. La artesanía es tosca, pero la concepción y ejecución demuestran que no han sido fabricados por **bantúes**. Más bien recuerdan lo que sabemos de la artesanía fenicia. A diferencia de los griegos y los romanos, los fenicios no daban mucha importancia a las artes. Sus artefactos, al igual que sus edificios, eran macizos y toscos. Otra comprobación importante es la del culto al sol. No cabe duda de que se trataba de una comunidad politeísta, en la que, sin embargo, predominaba la adoración del sol. En esta colonia parece que a **Baal**, el dios fenicio masculino, se le identificaba con el sol.

Aunque consideré que Peter estaba convirtiendo su exposición en una especie de alegato personal, le permití que **siguiera** adelante. Luego de analizar cada objeto separadamente, Peter nos condujo hasta la siguiente hilera de mesas, donde estaban los objetos de vidrio y de barro.

—Sesenta kilos de cuentas de vidrio..., en las que predominan el azul y el rojo. Colores fenicios... Las hay también verdes, blancas y amarillas..., y han sido halladas exclusivamente en los Niveles I y II. En otras palabras, en niveles **posteriores** al año 50 d.C., fecha que coincide aproximadamente con la fase final de la absorción de la civilización fenicia por parte de los romanos en el área mediterránea y de la gradual extinción de aquellos. Aquí le interrumpí:

—Los romanos absorbieron de tal manera a los fenicios y sus obras, que sabemos muy poco acerca de éstos...

Mi atención se concentró en **Sally**, quien estaba radiante. Un cambio completo había operado en ella respecto a las últimas seis semanas, en las que se había mostrado malhumorada y reticente. Su esponjosa cabellera, recién lavada, emitía suaves reflejos. También su piel despedía destellos dorados, donde el sol la había bronceado. Además había dado color a sus labios y dramatizado sus ojos. Su belleza me oprimió el corazón. Haciendo un esfuerzo volví a concentrarme en la hilera de mesas.

—... Estos residuos de alfarería constituyen un ejemplo ilustrativo —estaba diciendo **Peter** mientras señalaba una enorme cantidad de fragmentos y trozos y unas pocas piezas completas—. No hay en ellos inscripción alguna..., salvo en éste.

Y echando mano de un fragmento, que se hallaba en un lugar de honor, se lo entregó a **Louren**.

Aunque ya nos habíamos deleitado en su contemplación anteriormente, nos apiñamos en torno de Louren mientras éste lo examinaba. En la arcilla cocida había un signo grabado.

—Un **trocito** del borde de una taza o jarrón. Es posible que este símbolo sea una «T» púnica.

Louren se volvió hacia mí y dejó caer una mano en mi hombro.

—Una prueba **concluyente** que deberán aceptar, ¿no, **Ben**? —me dijo.

—De ninguna manera, Lo —le respondí con pena—. Dirán que este objeto fue importado... Tal es el recurso de que suelen **valerse** para desacreditar lo que no pueden explicar o lo que no confirma sus teorías. En este caso afirmarán que tal objeto ha venido a parar aquí a través de una operación comercial.

—Al parecer te das por vencido, Ben —me dijo él con simpatía.

Yo hice una mueca **sarcástica**.

—Por lo menos no descubrimos piezas de alfarería de **Nankín**, del siglo catorce..., como tampoco ningún orinal con el retrato de la reina Victoria.

Todos nos echamos a reír y nos dirigimos hacia donde se hallaban los objetos de cobre: ajorcas y broches corroídos por el **verdín**; rollos de alambre del mismo metal, y varios **notables** lingotes labrados al modo de cruces de San Andrés, cada uno de los cuales pesaba cinco kilos.

—Todo eso es **archiconocido** —dijo Louren.

—Así es —convine con él—. Tales objetos abundan en toda **África** central y meridional. Sin embargo, su forma es idéntica a la de los lingotes obtenidos en las minas de estaño de **Cornualles** por los fenicios... o a la de los

lingotes de cobre procedentes de las antiguas minas de Chipre.

—¿No son pruebas **concluyentes**? —preguntó Louren. Y éste me miró. Yo, sacudiendo negativamente la cabeza, le conduje hacia donde se encontraban los objetos de hierro, tan herrumbrados y deteriorados que la determinación de sus formas originales daría lugar a infinitas conjeturas y apreciaciones. Había allí centenares de puntas de flechas, casi todas pertenecientes a los Niveles I y II, puntas de arpones, hojas de espadas y hachas, y cuchillos.

—A juzgar por la cantidad de armas... o de objetos que consideramos tales, los «antiguos» eran muy belicosos. Alternativamente temerosos de ser atacados y bien dispuestos a defenderse con buenas armas —sugerí. Mis palabras provocaron un murmullo de aprobación. De la sección de objetos de hierro pasamos adonde había una serie de fotografías, en las que yo había registrado cada etapa de las excavaciones: la ciudad baja, el templo, la acrópolis y la caverna.

—Magnífico, Ben —admitió Louren—. ¿Eso es todo lo que tienes que enseñarme?

—Todavía falta lo mejor —le dije.

Actuando en cierta medida a la manera de un presentador, yo había ocultado, tras varias cortinas, la parte posterior del depósito. Una vez frente a la primera de ellas, la describí, en tanto todo mi equipo aguardaba con ansiedad la reacción de Louren, que resultó muy alentadora.

—¡Dios santo! —Louren se detuvo bruscamente y observó atentamente las columnas **fálicas** y sus remates ornamentales—. ¡Pájaros de **Zimbabue**!

Había tres. Aunque incompletos, tenían alrededor de un metro y medio de altura y setenta y cinco centímetros de circunferencia. Sólo uno de ellos estaba relativamente indemne. Los restantes habían sido mutilados en tal medida que resultaba difícil identificarlos. Evidentemente el artista había **esculpido** en el coronamiento de cada columna un ave **vultúrida**, de pico fuerte, encuentros encorvados y garras predatorias. Por su diseño y ejecución aquellas tallas eran similares a las descubiertas por Hall, **Maciver** y otros en Zimbabue.

—No son pájaros de Zimbabue —rectifiqué a Louren.

—No —confirmó **Sally**—. Por el contrario, éstos sirvieron de modelo a los pájaros de **Zimbabue**.

—¿Dónde los han encontrado? —preguntó **Louren**, mientras se aproximaba a las figuras de esteatita verde para examinarlas desde más cerca.

—En el templo —respondí, sonriendo, mientras miraba a Ral y **Leslie**, que se adecuaron modestamente a las circunstancias—. Tras el vallado interno. Es probable que sean objetos religiosos... Los símbolos solares, en torno del collarín de la columna, están vinculados con el culto de **Baal**, el dios del sol.

—Nosotros los llamamos «pájaros del sol» —explicó **Sally**—, porque **Ben** pensó que el nombre «Pájaros de **Ofir**» hubiera sido muy ostentoso.

—¿Por qué los habrán estropeado de esa manera? —preguntó Louren, señalando los lugares de la frágil piedra verde destruidos deliberadamente.

—La respuesta queda al criterio de cada uno —dije, rehuendo la cuestión—. Lo que sí sabemos positivamente es que fueron derribados y que yacían en desorden, en la capa de ceniza correspondiente al Nivel I.

—Muy interesante... —los ojos de Louren se desviaron hacia la última cortina, situada en el extremo del depósito—. Ahora, viejo sinvergüenza, **dime** qué ocultas tan misteriosamente detrás de esa cortina.

—Lo que servía de fundamento a la ciudad y a la colonización —y recorriendo la cortina, exclamé—: ¡Oro!

Este bello y fascinante metal tiene la virtud de cautivar la imaginación. Todos los circunstantes enmudecieron al clavar sus ojos en los objetos cuidadosamente desempolvados, que emitían el suave fulgor característico del oro.

Enumerar fríamente una por una todas las piezas que componían la colección implicaría despojar a ésta de su alucinante misterio. El peso bruto de las mismas se elevaba a seiscientos ochenta y tres onzas finas. Había allí quince barras de oro nativo, tan largas y gruesas como el dedo de un hombre; cuarenta y ocho joyas toscamente labradas —alfileres, broches y peines— y

una figurilla femenina de doce centímetros de alto...

—**Astarté-Tanit** —cuchicheó Sally, acariciándola—, la diosa de la Luna y la Tierra.

A ello hay que agregar un puñado de cuentas de oro —el hilo en que estuvieron ensartadas se había desintegrado mucho tiempo antes—, varias docenas de discos solares e innumerables partículas, laminillas, tachuelas y botones de forma imprecisa.

—Y para terminar, mira esto —dije, levantando un pesado cáliz de oro macizo, aplastado y achatado, pero cuya base permanecía intacta, a la vez que señalaba una figura grabada en su interior con rara delicadeza.

—¡Un **ankh** ¿El símbolo egipcio de la vida eterna? Louren me miró, aguardando mi confirmación. Yo asentí con la cabeza.

—A los cristianos y paganos aquí presentes les aclaro que los faraones recurrían ocasionalmente a los fenicios para acrecentar su tesoro imperial. ¿Habrás sido éste un obsequio del faraón al rey de Ofir? —dije, haciendo girar el cáliz en mis manos.

—¿Recuerdas el cáliz que sostiene en su mano derecha la Dama Blanca del **Brandberg**? —me preguntó Sally.

Esta pregunta fue la chispa de una discusión que mantuvimos durante varias horas.

Al día siguiente Sally, ayudada por **Heather Willcox**, presentó sus dibujos y pinturas de la caverna. Cuando señaló los trazos que conformaban la figura del rey blanco, otra vez Louren frunció el ceño, se puso en pie y se acercó a la figura para observarla minuciosamente.

Durante largo tiempo aguardamos en silencio. Por último, levantó los ojos y miró a Sally.

—Me agradecería que me hiciera una copia de esto... para mi colección particular. ¿La hará?

—Con mucho gusto.

Sally le sonrió, henchida de júbilo. Sus ojos chispeaban y sus labios se entreabrían alegremente, mientras seguía regodeándose con la sensación que causaban sus dibujos. Como a la mayoría de las mujeres bellas, le agradaba exhibirse en primer plano. Segura de que sus trabajos eran extraordinariamente buenos, disfrutaba de los aplausos.

—Aquí hay algo que no he podido descifrar —Sally sonrió, mientras colgaba una nueva lámina en el tablero del cuarto común—. Hasta ahora he aislado diecisiete símbolos similares a éstos. Heather los llama «pepinos ambulantes» o «pepinos dobles ambulantes». ¿Qué opinan ustedes que son?

—¿Renacuajos? —aventuró Ral.

—¿Ciempiés?

Leslie estuvo un poco más acertada.

Agotada nuestra imaginación, guardamos silencio.

—¿No hay más ofertas? —preguntó Sally—. Yo creía, teniendo en cuenta la formidable colección de científicos calificados y de humana sabiduría que hemos reunido aquí, que sería fácil...

—¡Un **birreme**! —saltó Louren rápido—. Y un trirreme.

—¡Por Júpiter! —ahora los veía nítidamente—. ¡Tienes razón!

—Un **quinquerme** de **Nínive**, procedente de la distante Ofir —sugirió **Peter** alegremente.

—Veo el casco de una embarcación y los bancos de los remeros —me explayé—. Si es cierto lo que suponemos, muchos barcos semejantes a éste debieron surcar los lagos regularmente.

Nosotros lo aceptábamos..., pero «los otros» rechazarían nuestra hipótesis.

Después de la comida dimos un paseo por la zona excavada, durante el cual **Louren** estuvo muy inspirado.

El equipo de **Peter** había descubierto en el ángulo formado por el acantilado y la muralla del recinto una serie de grandes habitaciones semejantes a celdas, que daban a un largo pasillo. Además había allí vestigios de pisos pavimentados y de un sistema de desagüe. Cada aposento tenía una superficie aproximada de dos metros y medio. Al parecer eran las únicas construcciones de piedra y adobe arcilloso que habían existido fuera del recinto urbano.

El nombre más apropiado que se nos ocurrió para denominar aquel conjunto de celdas fue el de «prisión».

—¿Tendré que pasar todo el tiempo aquí? —dijo Louren, suspirando—. ¿Y los elefantes de guerra que aparecen en tus fotografías?

—¿Quieres ver sus establos? —le pregunté.

—¡Rápido, muchacho! —exclamó Louren—. Aunque creo que en la India los llaman «líneas de elefantes».

Después de cenar trabajé durante una hora en mi cuarto oscuro revelando tres rollos de película. Cuando concluí fui en busca de Louren, porque éste se iría a primeras horas de la mañana siguiente y aún temamos que hablar de muchas cosas.

Louren no estaba en el cuarto de huéspedes ni en el salón de fumar. Cuando pregunté por él, Ral me dijo:

—Creo que ha subido a la caverna, doctor. Me pidió una linterna.

Leslie le miró de una manera harto significativa, tanto para él como para mí: frunciendo el ceño y moviendo rápida y ligeramente la cabeza.

En seguida fui a buscar mi linterna y me lancé a través de la silenciosa arboleda, abriéndome camino cautelosamente en torno de las excavaciones. Ninguna luz surgía de la boca del túnel, situada más allá de la gran higuera silvestre.

—¡Louren! —grité—. ¿Estás ahí?

Mi voz repercutió en las rocas y el acantilado. Al morir sus ecos, el lugar quedó sumido en un silencio total. Encendiendo mi linterna me introduje en el túnel. En tanto avanzaba agachaba la cabeza bajo los murciélagos que levantaban vuelo rápidamente y oía el ruido de mis pisadas por el silencio. Al no advertir luz alguna, me detuve y grité de nuevo:

—¡Louren!

Mi voz se estrelló contra las paredes de la caverna. Como nadie respondió, desanduve el trayecto realizado. Al salir por la boca del túnel, un repentino y poderoso haz luminoso cegador proveniente de la caverna dio de lleno en mis ojos.

—¿Eres tú, Louren? —pregunté.

—¿Qué quieres, Ben? —me dijo imperiosamente, desde detrás del círculo luminoso de su linterna. Parecía irritado, incluso indignado.

—Necesito hablar contigo sobre la próxima etapa... —y me cubrí los ojos para defenderlos del haz de su linterna.

—¿No puedes esperar hasta mañana?

—Te irás muy temprano... Hablemos de ello ahora. Apartando mis ojos de la luz, comencé a cruzar la caverna en su dirección.

—Desvía esa luz hacia otra parte —protesté suavemente.

—¿Estás sordo? Te he dicho que hablaremos mañana, maldita sea.

Su voz sonó ásperamente, como la de un hombre acostumbrado a ser obedecido. Me quedé petrificado, perplejo y como atontado. Nunca hasta entonces me había hablado de esa manera.

—¿Estás bien. Lo? —le pregunté preocupado. Algo maligno percibía yo en la caverna. Lo presentía en el aire.

—Ben —tembló su voz—. Simplemente te digo que gires sobre ti mismo y abandones la caverna. Nos veremos mañana por la mañana.

Tras vacilar un instante me volví y eché a andar por el túnel, sin haber logrado entrever siquiera su rostro oculto tras el haz de su linterna.

A la mañana siguiente estuvo tan agradable como sólo él puede serlo. Amablemente se disculpó por su conducta de la noche anterior.

—En ese momento quería estar solo... Lo siento, Ben. A veces no deseo ver a nadie.

—Comprendo, Lo. A mí suele ocurrirme lo mismo. Diez minutos después habíamos ya coincidido en que, pese a la circunstancial evidencia de la ocupación fenicia de la ciudad, la prueba de ello no era aún concluyente. En consecuencia, no haríamos anuncio alguno al respecto. Entre tanto, Louren me dio carta blanca para excavar e investigar a gran escala.

De madrugada, cuando partió el avión, pensé que Louren desayunaría en Londres a la mañana siguiente.

Las semanas siguientes fueron muy **insatisfactorias** para mí. Aunque trabajamos de firme en las ruinas y en ningún momento decayó el entusiasmo y el empeño de mis ayudantes, los resultados fueron muy pobres.

Realizamos muchos hallazgos, pero todos reiterativos. La alfarería y las cuentas, incluso los ocasionales fragmentos de oro u ornamentos que desenterramos no me impresionaron como los anteriores. Por otra parte, nada aprendimos aparte de lo que ya sabíamos a través de las piezas acumuladas en el depósito. Inquieto, recorría la zona de las excavaciones, observando ansiosamente, ya una nueva zanja, ya un nivel no registrado aún, esperando siempre que la próxima paletada pusiera al descubierto una tablilla con inscripciones o una lápida mortuoria en la entrada de una bóveda. En alguna parte de aquel lugar estaba la clave del viejo enigma..., al parecer muy bien oculta.

Además de no avanzar en la excavación, mis relaciones con **Sally** se habían deteriorado a causa de un sutil elemento que yo no lograba identificar. Naturalmente no había tenido oportunidad alguna de entrar en contacto físico con ella desde la llegada del equipo a la Ciudad de la Luna. Sally estaba resuelta a que nuestras relaciones íntimas no trascendieran públicamente. Mis ingenuas maniobras para verla a solas eran hábilmente neutralizadas por ella. Debía conformarme con visitarla de día en la caverna. Pero incluso allí se hallaba siempre acompañada por su ayudante y a menudo también por **Heather Willcox**.

Esquiva, taciturna e incluso ruda, solía concentrarse furiosamente en su labor de caballete y casi siempre se escabullía a su cabaña inmediatamente después de la cena. Cierta noche la seguí y llamé suavemente a su puerta. Como no obtuve respuesta, luego de una breve vacilación empujé ésta... No estaba allí. Entonces aguardé en la oscuridad como un gato alerta. Después de medianoche la vi surgir como un fantasma de la callada arboleda. Rápidamente se dirigió a su cuarto, cuya luz **Leslie** había apagado hacía ya mucho rato.

Como me dolía mucho ver a mi alegre Sally tan melancólica, resolví, por último, aclarar el asunto en la caverna.

—Sal, tengo que hablar contigo.

—¿Sobre qué?

Me miró dulcemente sorprendida, como si por primera vez, en mucho tiempo, advirtiese mi presencia en el lugar. Después de despedir a su joven ayudante africana, la convencí de que me acompañara a dar un paseo por las rocas, junto al lago color esmeralda, confiando que la belleza del paisaje y los recuerdos que éste despertaría en su memoria atenuarían su triste humor.

—¿Has sufrido algún contratiempo. Sal?

—¡Por Dios...! ¿Qué podría pasarme?

La conversación comenzó de una manera torpe e **insatisfactoria**. Al parecer, Sally pensó que me entrometía en algo que no era de mi incumbencia. De pronto me enfurecí y consideré que debía gritarle:

—¡Soy tu amante, maldita sea! ¡Por consiguiente, cuanto haces me concierne!

Sin embargo, prevaleció en mí el buen sentido ya que si insistía en mis pretensiones destruiría los últimos hilos, frágiles por cierto, que aún nos ligaban. Opté, pues, por asir una de sus manos. Odiándome a mí mismo por el ardor que sentía **en** mis mejillas, le dije tiernamente:

—Te amo, Sally... Si hay algo que pueda hacer por **ti**... Creo que no podría haber utilizado mejores palabras para ablandarla, porque instantáneamente su mano apretó la mía, **su** expresión se suavizó y sus ojos se humedecieron ligeramente.

—**Ben**, eres un ser adorable... Olvídate de mí durante un tiempo. Simplemente estoy triste y nadie puede hacer nada por mí. Mi tristeza se irá por sí misma si te despreocupas de ella.

Durante un momento volvió a ser mi vieja amiga. Una precaria sonrisa tembló en las comisuras de sus labios y agitó levemente sus grandes ojos verdes.

—Avísame cuando haya pasado... —le dije, poniéndome en pie.

—Por supuesto, doctor. Usted será el primero en enterarse.

La semana siguiente volé de nuevo a **Johannesburgo** para asistir a la asamblea anual de los directores del Instituto, que exigía mi presencia. Además debía pronunciar una serie de conferencias en la Facultad de Arqueología de la Universidad de **Witwatersrand**.

Como permanecería ausente once días, dejé la dirección de los trabajos en las seguras manos de **Peter Willcox**, quien se comprometió a comunicarme telegráficamente cualquier novedad que se produjera.

Las tres muchachas del equipo alborotaron a mi alrededor, empaquetando mis cosas y preparando la comida fría que consumiría en el avión. Por último se alinearon en el pequeño campo de aterrizaje para despedirme con un beso. Debo admitir que esta atención me halagó profundamente.

A menudo he comprobado que el hecho de estar muy próximo al escenario de los hechos impide tener una clara visión de conjunto. Tres horas después de mi partida de la Ciudad de la Luna realicé **un** pequeño descubrimiento: si aquellos cimientos en ruinas sostuvieron alguna vez torres y murallas, las piedras utilizadas en la obra debieron ser transportadas desde un lugar próximo, obviamente desde los acantilados. De modo que en éstos y cerca de la ciudad debía existir una cantera.

Cuando la hallara, sus dimensiones me permitirían calcular las de la ciudad.

Por primera vez en varias semanas me sentía de un humor excelente. Los días que pasé en **Johannesburgo** fueron muy agradables para mí. La asamblea de directores resultó una verdadera fiesta, como ocurre siempre cuando los recursos son ilimitados y las perspectivas muy favorables. Desde su sitial de presidente, **Louren** me halagó sobremanera cuando renovó mi contrato de director del Instituto durante doce meses.

Para celebrar el aumento del 30 por 100 sobre mi sueldo que me fue otorgado, Louren me invitó a cenar a su casa, donde cuarenta personas se sentaron en torno de la mesa amarilla del comedor y en la que fui el huésped de honor.

Hilary Sturvesant, luciendo un vestido de brocado de seda amarillo y los fabulosos diamantes Sturvesant, me colmó de atenciones durante la comida. Yo siento una particular debilidad por las cosas bellas, sobre todo si pertenecen al sexo femenino. Esa noche había allí una veintena de mujeres. Luego, en la sala de espera, fui homenajeado como un rey. El vino aflojó mi lengua y disipó mi condenada timidez. Aunque Hilary y Louren habían predispuesto a los otros huéspedes en mi favor, cuando a las dos de la madrugada me dirigí hacia el Mercedes, escoltado por Hilary y Louren, adopté un aire de calavera.

Esta nueva confianza que sentía en mí mismo me acompañó durante las cuatro disertaciones que pronuncié en la Universidad de **Witwatersrand**. A la primera asistieron veinticinco estudiantes y el cuerpo de profesores, que doblaba en número a los primeros. Al difundirse la noticia de mi actuación, la cuarta conferencia hubo de transferirse a uno de los mayores salones de conferencias, con capacidad para seiscientas personas... A causa de mi gran éxito me convencieron de que debía retomar muy pronto allí... Por su parte, el vicerrector de la universidad me insinuó que la cátedra de arqueología quedaría vacante dentro de un año.

Los tres últimos días me consagré enteramente al Instituto. Con alivio comprobé que no había sufrido mucho durante mi ausencia y que, bien atendido por mi numeroso personal, funcionaba normalmente.

La exposición **bosquimana**, magníficamente organizada en el Salón **Kalahari**, ya se había abierto al público. La figura central del grupo principal trajo a mi memoria el recuerdo de mi pequeño amigo **Xhai**. El modelo **bosquimano** estaba pintado **en la** pared de piedra de una caverna, rodeado de potes de pintura **de** cuerno de gamo, tapados, y de caramillos y pinceles.

Así imaginaba yo al artista que había pintado al rey blanco. De pronto experimenté la extraña sensación de que era capaz de retroceder realmente dos milenios en el tiempo. Cuando le hablé de ello a **Timothy Mageba**, me dijo:

—Sí, **machane**. Ya le dije que usted y yo estamos marcados, que en nosotros se halla el signo de los espíritus y el ojo interior...

Sonreí y negué con la cabeza.

—De **ti** no diré nada. En lo que a mí respecta, afirmo que nunca he

acertado un ganador...

—Hablo en serio, doctor —me amonestó Timothy—. Usted tiene ese don. Lo que pasa es que nadie le ha enseñado a hacer uso de él.

Acepto el hipnotismo, pero cuando me hablan de clarividencia, nigromancia, **mantología**, etc., me siento perplejo. Para desviar la conversación de mi persona y mis dotes naturales, expresé:

—Según has dicho, tú también estás marcado por los espíritus...

Timothy fijó en mí sus inquietantes ojos negros. Al principio pensé que le había ofendido con mi alusión apenas disimulada. Súbitamente asintió con su cabeza semejante a una bala de cañón, cerró con llave la puerta de su despacho antes de volver a sentarse y rápidamente se quitó el zapato y el calcetín de su pie derecho y me lo enseñó.

Su deformidad me impresionó, aunque ya había visto fotografías de pies semejantes, muy comunes entre los **batonga**, tribu del valle del **Zambeze**. En 1969 apareció un artículo sobre ese tema en el *British Medical Journal*. Tal anomalía, denominada «pata de avestruz», consiste en una impresionante separación entre el **metatarso** del dedo gordo y el dedo siguiente. A causa de ello el pie recuerda una garra de avestruz o de un ave predatoria. Timothy, obviamente sensible a tal deformidad, se puso en seguida el calcetín y el zapato. Más tarde comprendí que con esa actitud quiso despertar mis simpatías y crear un vínculo entre ambos.

—¿Los dos pies son así? —le pregunté. El asintió con la cabeza—. En el valle del Zambeze hay mucha gente con pies semejantes.

—Mi madre era batonga —respondió Timothy—. Esta señal me habilitó para iniciarme en los misterios.

—¿No te molesta eso? —le pregunté.

—No —respondió bruscamente y, adoptando un **tono** casi desafiante, siguió hablando en batonga—. Los hombres de pies hendidos superamos en la carrera al antílope más veloz.

Satisfecho de este cambio en la conversación, hubiese yo querido ahondar en el tema, pero me contuvo la expresión de **Timothy**. Entonces comprendí lo mucho que debió **costarle** enseñarme el pie.

—¿Quiere una taza de té, doctor? —me preguntó, volviendo a hablar en inglés, para dar por finiquitada la cuestión.

Después de que uno de sus jóvenes ayudantes africanos nos sirviera un té fuerte y oscuro, Timothy me preguntó:

—¿Cómo van los trabajos en la Ciudad de la Luna, doctor? Al cabo de media hora de charla me levanté para retirarme.

—Perdón, Timothy, pero mañana por la mañana debo tomar el avión, y aún me quedan muchas cosas por hacer aquí.

Me desperté al oír llamar suave, pero insistentemente, a la puerta de mi habitación del Instituto. Al encender el velador comprobé que eran las tres de la madrugada.

—¿Quién es? —grité.

Los golpes cesaron. Entonces me deslicé fuera del lecho, me puse la bata y las zapatillas y me dirigí hacia la puerta principal; pero al darme cuenta del riesgo que corría, volví a mi dormitorio y extraje de un cajón mi terrible automática del 45. **Un** tanto melodramáticamente examiné todos los rincones y me dirigí de nuevo hacia la puerta principal.

—¿Quién es? —repetí.

—¡**Timothy**, doctor!

Vacílé un instante, porque podía ser alguien que fingiera ser Timothy.

—¿Estás solo? —le pregunté en el idioma de los **bosquimanos** del **Kalahari**.

—Estoy solo, Pájaro de Sol —me respondió en la misma lengua.

Metí la pistola en el bolsillo y **abrí** la puerta. Timothy vestía unos pantalones azul oscuro y una camisa blanca. Sobre sus hombros se había echado su abrigo. Inmediatamente advertí varias manchas de sangre fresca en su camisa. Alrededor del antebrazo izquierdo tenía un jirón de tela sucia a modo de venda. Visiblemente agitado y con los ojos desenchajados y como ofuscados por la luz, se movía **espasmódica** y nerviosamente.

—¡Dios mío, Timothy! ¿Qué ocurre?

—He pasado una noche terrible, doctor... por eso he venido a verle.

—¿Qué tienes en el brazo?

—Me he herido con el cristal de mi puerta, al caer en la oscuridad —me explicó.

—Le echaré un vistazo —dije, avanzando hacia él.

—No hace falta, doctor. Es un simple rasguño. Lo que me ha traído aquí es un asunto más importante.

—Al menos, siéntate —le dije—. ¿Quieres tomar un trago?

—Un trago... Gracias, machane. Como usted ve, estoy nervioso y sobresaltado. Por eso me he herido el brazo.

Serví whisky para ambos. Tomó su vaso con la mano derecha y continuó dando vueltas, nerviosamente, por el salón, en tanto me sentaba en uno de los grandes sillones de cuero.

—¿De qué se trata, Timothy? —le pregunté, para estimularle.

—Es difícil explicarle a quien no cree, machane... Porque usted no cree... Sin embargo, debo convencerle.

Calló para beber su whisky. Luego se volvió hacia mí.

—Anoche, doctor, hablamos extensamente acerca de la Ciudad de la Luna. Usted aludió a ciertos misterios que escapan a su comprensión...

—Sí —dije, asintiendo con la cabeza, para alentarle.

—Por ejemplo, no ha podido usted descubrir el cementerio de los «antiguos».

—Así es, Timothy.

—Desde entonces he estado pensando en ello —de pronto empezó a expresarse en venda, idioma más adecuado para hablar de cosas ocultas— ... y reviviendo mentalmente todas las leyendas de mi pueblo —yo le imaginé vividamente, colocándose a sí mismo en trance hipnótico, para revivir el pasado—. Finalmente descubrí algo semejante a las sombras situadas más allá de una hoguera, un difuso recuerdo que me era imposible captar.

Sacudiendo la cabeza me dio la espalda y empezó a recorrer de arriba abajo la habitación nerviosamente. De cuando en cuando sorbía whisky y murmuraba suavemente, hablando consigo mismo, como si siguiera buscando en los oscuros archivos de su memoria.

—Todos mis esfuerzos han resultado inútiles, doctor... Yo sabía que la cosa estaba allí, pero no lograba asirla. Desesperado, me he quedado al fin dormido. Pero no he descansado porque sobre mí se lanzaban los demonios del sueño... hasta que, finalmente... —vaciló un instante—, he visto venir hacia mí a mi abuelo.

Me agité, molesto, en mi asiento. Desde hacía un cuarto de siglo su abuelo yacía en su tumba de asesino.

—Está bien, doctor —al ver mi gesto de impaciencia volvió a hablar, suavemente, en inglés—. Sé que usted no admite esas cosas... Permítame que se las explique en términos aceptables para su mentalidad. Mi imaginación, excitada por mi búsqueda de un fragmento de saber olvidado mucho tiempo atrás, suscitó la imagen de mi abuelo, el hombre que me transmitió dicho conocimiento.

Sonreí para borrar mis propios fantasmas. A esa hora de la noche, las palabras de aquel negro medio loco, que contaba cosas misteriosas, comenzaron a envolverme en una especie de hechizo.

—Adelante, Timothy —le dije. Aunque traté de hablar en un tono ligero, mi voz sonó como un graznido.

—Repito: mi abuelo ha venido hacia mí y, tocándome el hombro, me ha dicho: «Ve con el elegido a las Colinas Sangrientas, donde te revelaré todos los misterios y abriré para ti los lugares secretos».

Sentí un escalofrío. Timothy acababa de mencionar las Colinas Sangrientas, a pesar de que nadie le había enseñado tal nombre.

—Las Colinas Sangrientas... —repetí.

—Así las ha llamado él —dijo Timothy—. Yo creo que se refiere a la que usted denomina Ciudad de la Luna.

Durante un momento guardé silencio. Dentro de mí contendían el hombre lógico con el hombre primitivo y supersticioso.

—¿Deseas viajar conmigo mañana, Timothy? —le pregunté.

—Le acompañaré —respondió—. Quizá pueda revelarle lo que usted

busca... Aunque es posible que fracase.

¿Qué perdería yo con probar? Indudablemente Timothy era sincero, ya que se mantenía nerviosamente alerta y tenso.

—Te aseguro, Timothy, que sufrí una gran desilusión cuando rehusaste mi invitación... ¡Claro que puedes acompañarme!... Tal vez las ruinas revivan alguna imagen en tu memoria.

—Muchas gracias, doctor. ¿A qué hora saldrá? Consulté mi reloj.

—¡Dios mío!, ya son las cuatro de la madrugada. Saldremos a las seis.

—Entonces tengo que volver en seguida a mi casa para preparar mis cosas. —Luego de colocar su vaso en la mesa, Timothy se volvió hacia mí—. Ocurre que debo solucionar un pequeño problema, doctor. Mi pasaporte ha caducado... y en este viaje cruzaremos la frontera de **Botsuana**.

—¡Oh..., maldita sea! —murmuré muy molesto—. Tendrás que renovar tu pasaporte para acompañarme en mi próximo viaje.

—Como usted quiera —convino él prontamente—. Claro que" tardarán dos o tres semanas en entregármelo... y **durante** este tiempo es posible que todo se haya borrado de mi memoria.

—Sí... —dije, asintiendo con la cabeza. Y sentí cierta tentación... Siempre he sido un fiel cumplidor de la ley. No obstante, ahora consideré que no perjudicaría a nadie con lo que pensaba hacer. La oportunidad que me brindaba Timothy de conducirme al cementerio de los «antiguos» era digna de cualquier riesgo—. ¿Estás dispuesto a arriesgarte, Timothy? —le pregunté.

Las formalidades concernientes a las idas y venidas del avión de **Sturvesant** habían quedado reducidas a su mínima expresión. Todos los días se producían llegadas y salidas, y el único requisito que cumplir era una llamada telefónica a las autoridades del aeropuerto antes de cada despegue. El apellido Sturvesant gozaba de tanto prestigio que nunca su avión era registrado minuciosamente cuando llegaba o salía. En la Ciudad de la Luna, **Louren** había obtenido una posición especial por parte del gobierno de Botsuana. Por tanto, actuábamos virtualmente al margen de la rutina burocrática.

De modo que podía llevar y traer a Timothy en un plazo **de** tres días sin que nadie se enterase y sin causar daño alguno. **Roger van Deventer** me creería cuando le dijera que el vuelo había sido aprobado por Louren. Por consiguiente era difícil que tuviéramos problemas.

—Muy bien, doctor. Si usted dice que no corro peligro alguno... —dijo Timothy, aceptando mi proposición.

—Antes de las seis deberás estar en el cobertizo de Sturvesant —le dije, y me senté a garrapatear una nota—. Si te interrogan en la entrada del aeropuerto, cosa que dudo, enséñales esta nota, que te autoriza a entregar mercancías en el cobertizo de Sturvesant. Aparca el coche detrás de la oficina y aguárdame en ella.

Rápidamente concretamos todos los detalles y poco después, al acercarme a la ventana de mi dormitorio, vi partir al viejo **Chevy** azul de Timothy desde el aparcamiento del Instituto. Eufórico y a la vez temeroso, me pregunté qué pena correspondería a quien ayudara a alguien a salir del país y a retomar a él clandestinamente. Pero en seguida deseché tal pensamiento y fui a la cocina a prepararme un café.

El Chevy de Timothy estaba ya en una de las divisiones del aparcamiento cuando Roger van Deventer y yo llegamos en el Mercedes. Inmediatamente nos dirigimos al cobertizo. Las grandes puertas corredizas estaban abiertas y el personal de tierra subía al **Dakota** para el vuelo. A través de las puertas de **crystal** vi a **Timothy** en la oficina, sentado ante el escritorio e **inclinado** sobre éste. Al levantar la cabeza me vio y me sonrió.

—Mientras yo obtengo el despacho de aduana, **pon en** marcha los motores —le dije cordialmente a **Roger**.

—Está bien, doctor —me contestó, y me entregó la hoja **de** ruta del viaje. Siempre habíamos procedido de esa manera, y yo tenía, por tanto, plena confianza en que todo saldría bien.

Roger se introdujo en la cabina y yo me dirigí rápidamente a la oficina.

—Hola, Timothy —al mirarle experimenté cierta desazón porque permanecía encogido dentro de su abrigo azul. En su frente y junto a las ventanas de su nariz advertí varias arrugas, que parecían producto del

sufrimiento. Su piel tenía un tono grisáceo y sus labios un matiz púrpura azulado—. ¿Estás bien?

—Me duele un poco el brazo, doctor —y abrió su chaqueta. Recién vendado, tenía el brazo en cabestrillo—. Me lo han curado y pronto mejorará.

—¿Te sientes con ánimo para afrontar el viaje?

—Me siento perfectamente...

—¿Seguro?

—Seguro.

—Muy bien —y sentándome junto al escritorio cogí el auricular. La respuesta fue instantánea.

—¡Policía del aeropuerto!

—Habla el doctor **Kazin...**, de la Compañía **Sturvesant**, de África.

—**Oh...** Buenos días, doctor. ¿Cómo está usted?

—Muy bien. gracias. Necesito viajar a **Botsuana** en un **ZA-CEE**.

—Un momento... Deme los detalles. ¿Cuántos pasajeros?

—Solamente yo... El piloto, como de costumbre, es Roger van **Deventer**.

Mientras yo dictaba los pormenores, el policía, en el otro extremo de la línea, transformaba mis palabras en laboriosos signos taquigráficos. Por último dijo:

—Listo, doctor. Le deseo un feliz **viaje**. **Yo entregaré el** despacho de aduana al control.

—Todo listo —y me puse en pie—. Vamos —y salí **de la** oficina, seguido de Timothy.

Los motores del **Dakota** estaban en marcha. De pronto, los tres negros del personal de tierra abandonaron sus puestos junto al tren de aterrizaje y avanzaron rápidamente hacia mí.

—¡Doctor! —exclamó Timothy a mi espalda. Instantáneamente me volví hacia él. Cuatro o cinco segundos tardé en darme cuenta de que esgrimía una pistola automática china de cañón corto en su mano sana y que la boca del arma apuntaba directamente a mi abdomen. Yo me quedé pasmado.

—Lo siento, doctor... —dijo él suavemente—, pero es necesario.

El personal de tierra se colocó a mis costados y me cogió por los brazos.

—Le ruego, doctor, que tome en serio lo que voy a decirle: **no** vacilaré en matarle si no coopera... —Sin dejar de mirarme gritó en idioma venda—: ¡Vengan!

Otras cinco personas aparecieron en la puerta del cobertizo. Inmediatamente reconocí a tres de ellas: dos jóvenes **bantúes**, ayudantes del Instituto, y una de las muchachas que trabajaba allí. Los tres estaban armados con pistolas automáticas de cañón corto y terrible aspecto, y sostenían a un desconocido gravemente herido. Los pies de éste se balanceaban en el aire y las vendas que cubrían su cuello y su pecho estaban empapadas en sangre.

—**Metedle** en el avión —ordenó Timothy con voz enérgica. Hasta entonces yo había guardado silencio, paralizado por un fuerte choque. Pero cuando la gente que transportaba al herido se abrió paso entre mis captores y el muro lateral, unos y otros se interfirieron en sus respectivas líneas de fuego y todo el grupo se desordenó. En ese preciso instante recobré mi lucidez. Endureciendo las piernas me incliné ligeramente hacia delante y despedí a los hombres que me sujetaban como un arco a dos flechas. Ambos se estrellaron de cabeza contra Timothy y los tres rodaron por el suelo.

—¡Roger! ¡La radio! ¡Pide auxilio! —grité, tratando de que mi voz superara el rugido de los motores.

El tercer empleado de tierra saltó sobre mi espalda y enroscó uno de sus brazos alrededor de mi garganta. Le cogí por la muñeca y el codo y le retorcí el brazo. Su codo se dislocó, produciendo un ruido seco y sordo. El hombre chilló como una **mujerzuela** y sentí que su brazo cedía bajo la presión de mi mano.

—¡No disparéis! —gritó Timothy—. No quiero ruidos.

—¡Socorro! —aullé.

Pero mi grito fue ahogado por el estruendo de los motores. Los que llevaban al herido le dejaron en el suelo y se lanzaron a por mí. Me incliné hacia delante, avancé agachado y le di un puntapié en la entrepierna al primero. Mi bota se hundió suavemente en su carne. Al doblarse su cuerpo estrellé la rodilla de mi otra pierna en su cara. El cartílago de su nariz se hun-

dió como una masa fofa.

Timothy y los del personal de tierra se incorporaron trabajosamente.

—¡No disparéis! —exclamó **Mageba** desesperadamente—. Nada de ruidos.

Me dirigí hacia él como un leopardo furioso. Le odiaba con todas las fuerzas de mi ser por su traición, y deseaba ver surgir su sangre a borbotones y oír crujir sus huesos bajo la presión de mis manos.

Una de las muchachas, al pasar yo velozmente a su lado, me golpeó con la culata de acero de su pistola automática. El cortante extremo del arma se hundió en mi cuero cabelludo y me hizo perder el equilibrio. Un individuo del personal de tierra se trabó en lucha conmigo. Le atraje contra mi pecho y le apreté de tal manera, que sus costillas cedieron. El hombre lanzó un grito agudo.

Me volvieron a herir. El acero llegó hasta mi cráneo. La sangre se derramó caliente por mi cara, cegándome. Mis brazos se aflojaron. Soltando al individuo que había estado comprimiendo contra mi pecho, cargué contra los otros. Ofuscado por mi sangre y ensordecido por mis propios bramidos furiosos, sentí que me embestían nuevamente. Obnubilado, les buscaba a tientas y lanzaba golpes al aire. Sobre mi cabeza y mis hombros llovían puñetazos. Mis rodillas se doblaron y me desplomé en el suelo. Pero no me desvanecí. La ira avanzaba como una marea dentro de mí. De pronto unas botas se estrellaron contra mi pecho y mi abdomen. Mi cuerpo se arqueó y, sin ver ya nada, rodé como una pelota por el frío y resbaladizo suelo tratando de eludir el embate de aquel mar de botas.

—Basta ya —dijo **Timothy**—. Llévadle al avión.

—Mi brazo... Le mataré —dijo una voz semejante al chillido de un marrano que sufriera horriblemente.

—Déjadle —insistió Timothy, y se oyó el ruido de una bofetada—. Necesitamos rehenes. Llévadle al avión.

Un sinnúmero de manos me arrastraron por el suelo. Luego me levantaron y me dejaron caer pesadamente en el suelo metálico del fuselaje. La puerta se cerró con tal estrépito que ahogó el ruido del motor.

—Diga al piloto que despegue —ordenó Timothy—. **Poned** al doctor en el compartimiento de la radio.

A empujones me hicieron avanzar por el pasillo. Pestañeando para librarme de la sangre que cubría mis ojos, logré ver al ingeniero blanco del aeropuerto y a sus subalternos negros, tumbados junto a la pared del fuselaje, maniatados y amordazados. Los integrantes de la pandilla se habían disfrazado con sus monos.

Varias rudas manos me obligaron a sentarme en el asiento de acero del compartimiento de radio. Tan fuertemente me ataron a él, que las sogas se hundían **dolorosamente** en mi carne. Mi cara estaba entumecida e hinchada y mi boca llena de mi propia sangre, que tenía un sabor metálico.

Al volver la cabeza hacia la cabina vi a **Roger** ante los controles. Debajo de uno de sus ojos su piel estaba lívida e hinchada, sus grises cabellos estaban muy revueltos y su cara pálida y aterrorizada. Un individuo mantenía la boca de una pistola automática firmemente apoyada contra su nuca.

—¡Despegue! —le ordenó Timothy—. Observe todos los procedimientos de rutina. ¿Me entiende?

Roger asintió, temblando, con la cabeza. Yo me apiadé de él, porque sabía que no tenía madera de héroe.

—Lo siento, doctor —intentó justificarse—. Se lanzaron sobre mí en cuanto subí al avión —toda su atención estaba concentrada en la tarea de hacer correr el enorme avión hacia la pista, todavía envuelta en la oscuridad. Sin mirarme, agregó—: No he podido hacer nada.

—Está bien, Roger. Yo tampoco he hecho bien las cosas —le contesté con voz apagada—, y he recibido una buena tunda.

—Creo que ya ha conversado lo suficiente, doctor. El señor Van **Deventer** tiene que concentrarse en la operación de despegue —me amonestó Timothy.

Yo me volví para mirarle con todo el odio que eran capaces de transmitir mis entumecidos músculos.

Roger solicitó y recibió el visto bueno del control, y el despegue se

efectuó normalmente. Los tensos rostros negros se relajaron y algunos rieron nerviosamente.

—Volará usted hacia **Botsuana** —le dijo Timothy a Roger—. Y una vez que lleguemos a la frontera, le daré nuevas instrucciones.

Roger asintió rígidamente con la cabeza. La pistola automática seguía apoyada en su nuca. Yo me dediqué a evaluar el potencial de la pandilla. Además de Timothy y los ocho individuos que me sometieron, había otros cinco: los que capturaron y vigilaban a Roger y al personal de tierra. El herido y los dos hombres que yo había dejado maltrechos estaban tumbados en el suelo del compartimiento de equipajes. Las dos muchachas del Instituto estaban en ese momento preparando una tablilla y cambiando las vendas ensangrentadas.

Los miembros de la banda comenzaron a quitarse sus ropas de paisano y a camuflarse de paracaidistas en trajes de combate. Mis últimas dudas se disiparon cuando vi las estrellas rojas que brillaban en sus hombros. Al volver la cara advertí que Timothy me estaba mirando.

—Sí, doctor —dijo asintiendo con la cabeza—. Soldados de la libertad.

—O de las tinieblas... Todo depende de cómo se mire.

Timothy frunció el ceño.

—Siempre le he considerado un hombre humanitario, doctor, y he pensado que nos comprendería y que simpatizaría con nuestras aspiraciones.

—Me costaría mucho simpatizar con terroristas que esgrimen armas de fuego.

Durante varios segundos nos miramos fijamente. De pronto se puso en pie y se dirigió hacia el equipo de radio, que estaba junto a mi asiento. Después de encender el aparato, consultó su reloj y empezó a recorrer las bandas de sonido. Finalmente, se oyó el ruido potente de una emisora. De inmediato cesaron los movimientos en el avión y todo el mundo prestó atención a las palabras del locutor:

—Aquí la **South África Broadcasting Corporation**, en las noticias de las siete. Un portavoz de la Policía sudafricana manifestó que a las dos y cuarto de esta madrugada un pelotón de la Policía de Seguridad, según informaciones que acababa de recibir, penetró en una granja de los alrededores de **Randburg**, suburbio de **Johannesburgo**. A continuación se produjo una batalla campal entre la Policía y una gran banda de personas no identificadas, que empleaban armas automáticas. Varios componentes de la banda se dieron a la fuga en cuatro automóviles que fueron perseguidos por la Policía. Dos automóviles lograron escapar. Según las primeras informaciones, ocho **gángsters** fueron muertos y cuatro capturados, algunos con heridas. Se sospecha que muchos de los fugitivos estén heridos también. En este momento la Policía realiza una búsqueda a gran escala. Todas las carreteras y aeropuertos del área de **Witwatersrand** están vigilados. Lamentablemente debemos anunciar la muerte de tres miembros de la Policía sudafricana y el estado crítico de dos...

Vítores estridentes resonaron en el avión. Algunos terroristas levantaron sus puños sobre sus cabezas, saludando **al** modo comunista.

—Os felicito... —murmuré **sarcásticamente**, dirigiéndome a Timothy, que me miró de arriba abajo.

—La muerte es horrible, pero peor es la esclavitud —me dijo suavemente—. Doctor, hay un vínculo entre nosotros dos.

—Me duele demasiado la cabeza para prestar oídos a tu cántico comunista —le contesté—. No me interesan tus infames fantasías. Quieres incendiar y bañar en sangre mi tierra y te propones destruir lo que amo y es sagrado para mí. Quiero a mi país, a pesar de sus defectos. Tú eres mi enemigo. No existe vínculo ninguno entre nosotros..., salvo el cuchillo.

Otra vez nos miramos fijamente durante mucho tiempo. Luego él aprobó con la cabeza.

—Empuñemos el cuchillo entonces —dijo, y me dio la espalda.

El **Dakota** siguió volando hacia el norte. Mis heridas comenzaron a **dolerme**. Al cerrar los ojos me sentí zarandeado por una angustiosa marejada que, subiendo desde mi estómago, estallaba en mi cabeza.

El **Mirage** surgió del este y pasó como un relámpago plateado ante el morro de nuestro aparato. A pesar de su increíble velocidad, percibí los círculos característicos de las Fuerzas Aéreas y al piloto, que nos miraba a través de sus gafas. Súbitamente el receptor volvió a la vida:

—**ZA-CEE**. Aquí Ordenanza Roja Dos, de las Fuerzas Aéreas. ¿Me escucha?

Miré por la ventanilla junto a la cual me hallaba. En ese momento el **Mirage**, resplandeciendo al sol, giraba muy por encima de nosotros. Timothy corrió hacia el equipo de radio, situado a mi lado. Durante un momento lo miró fijamente. En el avión reinaba un tenso silencio. Timothy no podía contestar, porque su acento **bantú** le habría delatado.

Nuevamente el **Mirage** pasó zumbando ante nosotros. El hombre que apuntaba a **Roger** se agachó lo más posible detrás del asiento del piloto.

Otra vez la llamada:

—**ZA-CEE**...

Timothy empezó a sudar ligeramente. Su rostro tenía un color gris azulado, a causa de la tensión y de la herida del brazo. De pronto se volvió e hizo señas a dos de sus hombres.

—**Traedle** —dijo, indicando al ingeniero blanco del aeropuerto.

Los hombres arrastraron al aludido hasta el interior del compartimiento de radio y le colocaron delante de mí. El rostro del ingeniero estaba pálido y brillaba a causa del sudor que le cubría. Sus espantados ojos me miraron en forma lastimera, como pidiéndome auxilio. La mordaza penetraba en su boca. El que estaba a su espalda tiró de su cabeza hacia atrás, dejando al descubierto la pálida y tensa piel de su cuello, en la que sobresalían las venas azules y palpitantes. Después, el mismo individuo deslizó su otra mano alrededor del cuello del ingeniero y colocó junto a su garganta un gran cuchillo de hoja reluciente.

**—Escúcheme bien, doctor —me dijo Timothy en tanto desataba la
soga que inmovilizaba mis brazos y ponía el micrófono en mis
manos—. Dígales que no pasa nada; que no hay más que dos
personas a bordo y que se trata de un viaje de rutina a la Ciudad
de la Luna.**

En seguida colocó un dedo sobre el botón de contacto, listo para cortar la transmisión en cualquier momento.

El aterrorizado ingeniero gimió tras su mordaza. El cuchillo oprimió suavemente la palpitante piel de su garganta. Los dos hombres le empujaron hacia mí, para que yo pudiese ver su cara claramente.

—Ordenanza Dos, de las Fuerzas Aéreas. Aquí avión amigo **ZA-CEE** —grazné junto al micrófono, mientras miraba fascinado el espantado rostro del ingeniero.

—Informe sobre la tripulación y el destino del avión —pidió el piloto del **Mirage**.

—Soy el doctor **Kazin**, de la Compañía **Sturvesant** de **África**... Se trata de un vuelo de rutina desde...

Mientras hablaba vi que sus cuerpos se distendían, que la tensión cedía y que la mano de **Timothy** se alejaba del botón de contacto. El ingeniero seguía mirándome atentamente. Hubiese querido decirle que lamentaba su situación y que deseaba salvarle. Tuve ganas de explicarle que estaba ofreciendo su vida a cambio de la de catorce de los más peligrosos enemigos de mi país, que el sacrificio valía la pena, y que de buena gana ofrecería la mía a ese precio. Pero, en lugar de ello, grité junto al micrófono:

—¡Secuestrados por terroristas! ¡Hagan fuego sobre nosotros! ¡No se preocupen de nuestra seguridad!

La mano de Timothy cayó como un rayo sobre el botón de contacto, mientras se volvía hacia el rehén. Creo que así intentó detener al asesino... Pero ya era demasiado tarde.

La hoja del cuchillo se hundió en la garganta, abriendo una herida larga y profunda debajo de la línea de la mandíbula. La sangre brotó de ella como el agua de una manga de riego rota, y en grandes chorros salpicó el techo de la cabina. Después comenzó a fluir a la manera de varias cuerdas rojas. El

ingeniero profería agudos chillidos semejantes a los silbidos del vapor de una caldera. El aire proveniente de sus pulmones estalló al llegar a su seccionada tráquea en una espuma rosada que salpicó el transmisor de radio.

En el receptor graznó una voz:

—¡Invierta su rumbo! ¡Inmediatamente! ¡Si **no** acata mi orden haré fuego!

Timothy lanzó una maldición mientras me arrancaba **el** micrófono de las manos. Yo gritaba en tanto luchaba por desembarazarme de las sogas.

—¡Bestias! ¡Bestias inmundas! ¡Asesinos!

Uno de los terroristas levantó su pistola automática para golpearme con ella en la cara, pero Timothy, de un puñetazo, la hizo saltar de sus manos.

—¡**Sacadlo** de aquí! —**e indicó**, sacudiendo la cabeza, el cuerpo del ingeniero, que aún **se**; crispaba y pataleaba.

Los hombres le arrastraron e introdujeron en el compartimiento de carga.

—¡El Mirage nos ataca! —gritó **Roger** desde la cabina. Como una flecha de plata, el otro avión avanzaba hacia nosotros, dispuesto a interceptarnos.

Timothy acercó de un manotazo el micrófono a su boca. Su rostro estaba salpicado por la sangre del ingeniero.

—¡No disparen! —gritó—. ¡Tenemos rehenes a bordo!

—¡Ataquen! —vociferé tratando de romper mis ligaduras—. ¡De todas maneras nos matarán! ¡Abren fuego!

El Mirage se elevó casi verticalmente delante de nosotros sin hacer fuego y pasó zumbando a pocos pies de nuestras cabezas. El **Dakota** osciló violentamente en la corriente de aire retrógrada provocada por el otro avión. Yo seguía gritando mientras luchaba por liberarme, porque estaba dispuesto a lanzarme contra ellos. El asiento de acero se balanceaba de un lado a otro. Apoyando mis pies en el fuselaje, hice fuerza hacia arriba con todo mi cuerpo. El asiento se dobló, y el que me custodiaba levantó su pistola automática.

—¡No! —exclamó Timothy—. Le necesitamos vivo. **Dile** a **Mary** que traiga la morfina.

El Mirage cambió de dirección y luego giró para tomar posición a treinta metros de nuestra ala de estribor. El piloto nos miraba impotente a través de la brecha.

—Acaba usted de hablar con el doctor Kazin —le previno Timothy al piloto del Mirage—. Aparte de él, tenemos otros cuatro rehenes. Ya ejecutamos a un rehén blanco y no vacilaremos en eliminar a otro en cuanto usted adopte una actitud hostil.

—¡De cualquier manera nos matarán! —grité de nuevo.

Timothy desconectó el transmisor.

Cinco hombres fueron necesarios para inmovilizarme e inyectarme morfina. Por último la aguja penetró en mi carne y, aunque intenté resistir los efectos de la droga, mis ojos se enturbiaron y todo se tornó difuso a mi alrededor. No obstante, seguí luchando, pero aletargado. Mis movimientos carecían de coordinación. Lentamente mi espíritu se sumió en la inconsciencia. Lo último que oí fue la orden de Timothy al piloto para que cambiara de rumbo.

Me desperté dolorido y sediento. Tenía la boca pastosa y **llena** de espuma. Mi cabeza era una masa de carne atormentada. Intenté sentarme, pero al no poder hacerlo lancé un grito.

—¿Está bien, **doctor? Tómelo con calma.**

Era la voz de **Roger van Deventer**. Mis ojos convergieron en su rostro.

—¿Hay agua? —le pregunté.

—Lo siento, doctor —respondió moviendo la cabeza. Estábamos en un cuarto de paredes enjalbegadas, cuyo mobiliario consistía en cuatro literas de madera y un cubo que servía de retrete. La puerta era de barrotes entrecruzados. Los tres **bantúes** de la dotación del aeropuerto estaban sentados en una litera en el otro extremo del cuarto y parecían perplejos y desdichados.

—¿Dónde estamos? —cuchicheé.

—En **Zambia...** En una especie de cuartel. Aterrizamos hace una hora.

—¿Qué le ha ocurrido al avión de las Fuerzas Aéreas?

—Se volvió cuando cruzamos el **Zambeze**. ¿Qué podía hacer? Tampoco nosotros podíamos hacer nada. Durante cinco días permanecimos sentados en aquel cuarto mal ventilado, semejante a un horno, acompañados del cubo maloliente. El quinto día aparecieron los guardianes, que, gritando continuamente y empujándome y golpeándome sin necesidad, me condujeron por un pasillo a una oficina escasamente amueblada, cuyo principal adorno era un retrato del jefe **Mao**. **Timothy Mageba** se puso en pie detrás del escritorio e hizo una seña a los guardianes para que se retirasen.

—Tome asiento, por favor, doctor.

Vestía Mageba un falso uniforme de paracaidista, en el que lucía las barras y estrellas de coronel del ejército de la República Popular de China.

Mientras me sentaba en el banco de madera que me indicó, mis ojos se clavaron en las seis botellas de cerveza **Tusker** que había sobre una bandeja. Al contemplar el helado rocío que las **perlaba**, mi garganta se contrajo.

—Sé que le gusta la cerveza helada, doctor. Timothy destapó una botella y me la ofreció. Hice un movimiento negativo con la cabeza.

—No, gracias. No acostumbro a beber con asesinos.

—Comprendo... —dijo, y asintió con la cabeza. En sus oscuros ojos pensativos advertí una sombra de tristeza. De pronto levantó la botella y bebió brevemente. Yo le miré con envidia.

—El ingeniero... —dijo—. Yo no pensaba ejecutarle. De ninguna manera entraba eso en mis planes. Le ruego que me **comprenda**, doctor.

—Sí. Claro que te comprendo. Cuando el humo de nuestra tierra en llamas ennegrezca el cielo y el hedor de nuestros muertos penetre incluso en sus negras almas, sin duda gritaréis: *¡Eso no entraba en nuestros planes!*

Timothy me dio la espalda y fue hacia la ventana, donde se detuvo para observar los movimientos de varios pelotones de bantúes uniformados que se estaban entrenando en la plaza de armas bajo un sol cegador.

—He conseguido que se le deje a usted en libertad, doctor. Se le permitirá regresar en el **Dakota** —dijo volviendo de la ventana. Una vez a mi lado dejó de hablar en inglés para hacerlo en venda—: Mi corazón sangra al verle partir; usted es un hombre de bien, enérgico y muy valeroso. En cierto momento pensé que nos acompañaría.

También en venda le respondí:

—También mi corazón sangra por un amigo en el cual confío plenamente y al que consideré un hombre de buena voluntad. Pero ahora ese hombre se ha incorporado al **submundo** de los criminales y los destructores, y mi corazón llora porque ha muerto para mí.

Lo que acababa de decir era la pura verdad, ya que no tenía la menor intención de avergonzarle. Más allá del odio y de mi cólera experimentaba en el fondo de mí mismo un sentimiento de pena y de pérdida.

Había creído en él como en una promesa de cambio favorable para nuestro pobre y atormentado continente.

Durante un momento nos miramos pensativos y apenados a través del espacio que nos separaba, tan ancho, sin embargo, como el cielo y profundo como el propio infierno.

—Adiós, doctor... —me dijo suavemente—. Buena suerte, **machane**.

En la parte trasera y techada de un camión de tres toneladas nos condujeron, descalzos y en paños menores, al pequeño aeropuerto.

Desde el camión hasta el **Dakota** se alinearon en dos filas paralelas unos doscientos hombres que vestían uniformes de paracaidistas. A continuación nos obligaron a avanzar por el estrecho pasillo flanqueado de rostros negros que se mofaban de nosotros. Sus instructores chinos, cuyos cabellos negros y lacios pendían por debajo de sus gorras militares, hacían gestos burlones al pasar nosotros a su lado. Amargado y consciente de que mi desnuda giba provocaba miradas burlonas y actitudes **sarcásticas**, traté de llegar lo antes posible al **Dakota**. Súbitamente uno de los hombres se apartó de la fila al llegar yo frente a él y me lanzó un escupitajo. Con una gruesa y amarilla **flema** pegada a mis cabellos subí a la cabina del avión.

Una hora después de haber cruzado el río **Zambeze** la presencia de varios **Mirage** de las Fuerzas Aéreas levantó nuestro ánimo. Escoltados por ellos

llegamos al aeropuerto militar de Voortrekker Hoogte. Pero mi casi histórica sensación de alivio duró poco. Una vez que el médico lavó mis heridas llenas de pus y coágulos y vendó mi cabeza, me introdujeron a empellones en un furgón y me llevaron a un lugar donde me aguardaban cuatro oficiales de Policía y miembros del Servicio de Inteligencia del ejército, graves, corteses y fríos.

—Doctor Kazin, ¿ésta es su firma? Se trataba de mi recomendación para el rápido despacho del pasaporte de Timothy Mageba.

—Doctor Kazin, ¿recuerda a este hombre? Era un chino al que había yo conocido cuando visité a Timothy en la Universidad de Londres.

—¿Sabe usted, doctor, que este individuo es un agente del gobierno comunista chino?

En la fotografía que me enseñaban estábamos los tres bebiendo cerveza en el camino de sirga que flanquea el Támesis.

—¿Podría usted decirnos, doctor, qué hablaron allí? Timothy me había dicho que el chino era un antropólogo muy importante. Con él conversé aquel día sobre los descubrimientos de Leakey en Oiduvai Gorge.

—¿Recomendó usted a Mageba para la beca Sturvesant, que le permitió a aquél viajar al extranjero?

—¿Sabía usted que en China se adiestró como jefe guerrillero?

—¿Firmó usted, doctor, estas órdenes de entrega de veintisiete tambores de galactita, embarcados en Hong Kong..., y estas declaraciones de aduana?

Se trataba de varios formularios comunes del Instituto. Reconocí fácilmente mi firma desde el otro lado del escritorio. Pero no recordaba haber recibido dicho material.

—¿Sabía usted que esos tambores contenían sesenta y nueve kilos de material plástico explosivo?

—¿Reconoce usted esto, doctor?

Y me enseñaron numerosos panfletos escritos en una docena de idiomas africanos. Yo leí la primera línea de uno de ellos: propaganda terrorista, exhortación al crimen, al incendio y a la destrucción.

—¿Está usted enterado de que fueron impresos en la imprenta del Instituto?

Las preguntas se sucedían sin solución de continuidad. Agotado y confundido, empecé a contradecirme.

Señalé las heridas de mi cabeza, las marcas de las cuerdas en mis muñecas y tobillos. Pero todo fue inútil. Las preguntas arreciaban. Las arterias de mi cabeza latían y me parecía que mi cerebro era una masa gelatinosa.

—¿Reconoce esto, doctor? Pistolas automáticas, proyectiles...

—¡Sí! —grité—. ¡Varias de esas pistolas fueron apoyadas contra mi cabeza y mi abdomen!

—¿Sabía usted que fueron importadas en cajones de libros destinados a su Instituto?

—Al obtener el certificado policial para el vuelo del Dakota usted declaró, doctor...

—Se lanzaron sobre mí después de la llamada telefónica... Se lo he dicho una docena de veces, ¡maldita sea!

—Usted conoce a Mageba desde hace doce años. Era su protegido.

—¿Quiere usted hacernos creer que nunca se acercó a Mageba, que jamás habló sobre temas políticos con él?

—¡Yo no tengo nada que ver con ellos! Juro que... —y recordé la sangre que salpicó el techo de la cabina, el acero que mordió mi cráneo, el escupitajo adherido a mis cabellos—. ¡Les ruego que me crean! ¡Tienen que creerme!

Creo que me desvanecí, porque de pronto se oscureció mi visión, ardió mi cabeza y caí por un lado de la silla al suelo.

Desperté entre sábanas limpias y frescas en un hospital. Louren Sturvesant estaba sentado junto a mi lecho.

—Lo... ¡Gracias, Dios mío!

Casi me ahogué de alegría. Louren estaba a mi lado y todo se arreglaría.

Se inclinó gravemente hacia mí. Su maravilloso rostro, duro y frío, parecía vaciado en bronce.

—Creo que perteneces a la banda, que planificaste la conspiración y

que tu Instituto es el cuartel general de una organización terrorista.

Le miré fijamente. Pero él prosiguió implacable:

—Si me has traicionado a mí y has traicionado a tu país, si te has pasado al enemigo, no debes esperar clemencia alguna de mi parte.

—No... No es posible que tú también lo creas..., Lo. No podré soportar que me juzgues como ellos.

—¿Es verdad lo que afirman las autoridades? —me preguntó en un tono perentorio.

—¡No! —exclamé, sacudiendo la cabeza—. ¡No! ¡No! De repente se humedeció mi rostro de lágrimas y empecé a berrear como un niño. Louren se inclinó hacia delante y apretó fuertemente mi hombro.

—Está bien, Ben... —me dijo con infinita dulzura y compasión—. Está bien, compañero. Yo arreglaré el problema. No pienses más en ello, Ben.

Louren no me dejó volver a mi apartamento de soltero del Instituto y me instaló en **Kleine Schuur**, la residencia de los **Sturvesant**.

La primera noche me desperté de una escalofriante y sangrienta pesadilla, en la que muchos rostros negros se burlaban de mí. Louren estaba en bata, con sus dorados rizados en desorden, porque acababa de abandonar el lecho. Sentado junto a mi cama, empezó a conversar conmigo acerca de las buenas cosas que habíamos hecho en el pasado y que haríamos en lo futuro. Por último me sumergí en un sueño tranquilo.

Durante diez días idílicos y ociosos permanecí en **Kleine Schuur**, mimado por **Hilary** y entretenido con el bullicio de los niños, a salvo de los periodistas, siempre ávidos de noticias, y al abrigo de las realidades y sobresaltos del mundo exterior. Las heridas se cerraron, las costras se secaron y se desprendieron de mi piel y cada vez me resultó más difícil satisfacer las exigencias de los chicos, que todos los días deseaban que les contase una nueva «historia». En coro repetían las frases clave de mis relatos y corregían los errores que yo cometía. Ya era tiempo de volver al curso normal de mi vida.

En una desagradable audiencia pública que duró un día entero relaté la historia del secuestro aéreo. Luego hube de enfrentarme a la prensa mundial. Finalmente, Louren me condujo en el avión **Lear** a la Ciudad de la Luna.

Durante el trayecto le anuncié que me proponía buscar las canteras y luego las tumbas de los «antiguos».

El hizo una mueca y me dijo:

—Ahí está el tigre, muchacho... Entra en su guarida y hazlo pedazos.

Comprendí que me había entusiasmado y conmovido más de la cuenta y, al recordar la imitación que el viejo **Xhai** había hecho del Pájaro de Sol, dejé de mover mis manos como si fueran las alas de un pájaro y las apreté firmemente contra mi regazo.

En la Ciudad de la Luna me recibieron como a un héroe porque habían seguido paso a paso mis aventuras por radio.

Cuando llegamos allí abrieron una caja de cerveza **Windhoek** y, sentados a mi alrededor, se dispusieron a oírme contar toda la historia de nuevo.

—El tal **Timothy** siempre me produjo una extraña impresión —dijo **Sally** solemnemente, para demostrar su extraordinaria intuición— Muchas veces estuve a punto de decirte que sospechaba de él —y poniéndose en pie se acercó a mí y estampó un beso en mi frente, delante de todo el mundo. Yo me puse escarlata—. De todas maneras, nos alegramos que estés sano y salvo, Ben. ¡Si supieras cuánto hemos sufrido por ti!

A la mañana siguiente, después de llevar a Louren al pequeño aeropuerto y ver despegar su avión, fui en busca de **Ral Davidson**.

Lo encontré en el fondo de una zanja, midiendo una losa de piedra arenisca. Vestía un pantalón corto y su enmarañada cabellera le ocultaba casi completamente el rostro. Su piel, en permanente contacto con el sol, había adquirido un matiz caoba oscuro y su cuerpo se mantenía espigado y en perfectas condiciones.

Yo había llegado a estimarle profundamente. Una vez que nos sentamos en el borde de la zanja con los pies suspendidos en su interior, le expliqué el problema de la cantera.

—¡Caramba, doctor! ¿Cómo no se nos ocurrió antes? —me dijo, entusiasmado.

Esa noche elaboramos un detallado plan para localizar la cantera, basado en la expansión diaria del área investigada, al modo de una espiral cada vez más abierta. La cuadrilla de Ral fue retirada de la excavación del templo y provista de machetes para lanzarla al asalto de la densa y espinosa vegetación que coronaba los acantilados.

La búsqueda fue planeada como una operación militar. Hacía tiempo que yo estaba ansioso por utilizar el transmisor y receptor portátil que Louren nos había enviado sin que se lo pidiéramos. ¡Por fin podría hacer uso de él!

Ral y yo lo probamos gritando: «¿Me escuchas?», «¡Roger!», o cualquier otra cosa que se nos ocurría.

Peter Willcox nos tachó en voz baja de *boy scouts*. Pero creo que estaba celoso porque no le invitamos a participar en la exploración. Leslie y Sally, en cambio, contagiadas de nuestro entusiasmo, avituallaron a la expedición con comestibles y bebidas suficientes para hartar y emborrachar a un ejército entero durante una semana.

Bajo la luz rosada del amanecer aparecieron en pijama y bata —Leslie, además, con rulos—, para despedimos y deseamos buena suerte.

Al frente de mi cuadrilla de valientes, cargados con comestibles y equipos, y sintiéndome ya Scott, ya el osado Cortés, me dirigí hacia la brecha de los acantilados, que se había convertido en nuestra ruta habitual hacia la cumbre.

Diez horas después, sudoroso, lleno de polvo y magulladuras ocasionadas por las espinas, acribillado por los tábanos y otros insectos, asándome al sol y con un humor de todos los diablos, descendí con mi tropa, de regreso al campamento.

Durante diez días repetimos la operación. El último día, al atardecer, al hacer un alto para descansar a mitad de camino por la brecha del acantilado, Ral, en tanto observaba las enhiestas paredes, exclamó asombrado: —¡Doctor! ¡Aquí está!

En todas nuestras ascensiones previas habíamos utilizado los peldaños que, labrados en la roca viva por los «antiguos», conducían a la cantera. Una densa vegetación cubría las bellas terrazas de las cuales habían extraído aquellos la piedra roja. *In situ* hallamos algunos bloques de mampostería ligeramente pulidos y apenas deteriorados por el tiempo en la protectora zanja. Las marcas de la sierra eran tan visibles como si los hombres hubiesen abandonado sus herramientas el día anterior en lugar de haberlo hecho dos mil años antes. También había bloques muy toscos abandonados a medio labrar. Otros estaban listos para transportar... y, por último, habían arrojado algunos al azar, en el suelo de la zanja, mientras iban de camino a sus lugares de destino.

Al quitar la maleza que los recubría pudimos seguir paso a paso el fascinante proceso de su manufactura. El equipo entero subió adonde nos encontrábamos para ayudarnos. Todos estaban muy alegres por el éxito obtenido. Hasta entonces nos habíamos sentido un poco desanimados por la falta de buenos resultados. Inmediatamente trazamos mapas y bocetos, medimos y fotografiamos las piedras, discutimos y teorizamos. Evidentemente renacía en nosotros el entusiasmo que habíamos perdido. La idea de que habíamos llegado a un punto muerto en nuestra búsqueda desapareció de nuestras mentes. Conservo una fotografía tomada por uno de los capataces *bantúes*, que pensaba entonces que todos estábamos locos. En forma burlesca posamos para él sobre uno de los bloques más grandes de mampostería: Peter, en actitud napoleónica, con una mano en el pecho; Ral, cuya hosca expresión es realzada por una feroz mirada bizca, mantiene en alto una piqueta asesina sobre la cabeza de Peter; Leslie muestra tímidamente un pequeño pastel de queso, actitud casi tan peligrosa como el estrabismo de Ral, ya que con sus piernas podría matar a un elefante a patadas; yo, sentado en el regazo de Heather, me chupo uno de mis pulgares, y Sally, con las gafas de Peter sobre la nariz y mi sombrero calado hasta las orejas, trata de causar espanto,

fracasando en toda la línea.

Esta fotografía ilustra el clima en que vivíamos entonces.

Cuando su ayuda no fue ya necesaria, los otros volvieron a sus labores específicas. Ral y yo permanecemos en la cantera. Con mi teodolito calculamos su extensión y la cantidad de roca extraída de ella. Aunque fue imposible medir exactamente la irregular excavación, convinimos en que se habían extraído, aproximadamente, poco más de un millón de metros cúbicos de roca.

Luego, mediante el estudio del sistema de extracción y guiándonos en líneas generales por el volumen de los bloques abandonados, calculamos que la relación de bloques labrados-residuos era, aproximadamente, 40 por 60. Finalmente llegamos a la cifra de cuatrocientos cincuenta mil metros cúbicos.

Hasta ahí trabajamos basándonos en cifras que se aproximaban a la realidad. Pero a partir de ahí nos sumergimos en un mar de conjeturas.

—Por lo menos esto es más exacto que la reconstrucción de un dinosaurio basada en sus huellas —dijo Ral, defendiendo nuestra posición, en tanto, valiéndonos del mapa de los cimientos del templo y de nuestros cálculos sobre el volumen de las rocas, empezamos a reconstruir la perdida Ciudad de la Luna.

—¡Dame ese pincel! —exclamó Sally irritada, al tiempo que me lo arrebató de la mano, la primera noche de labor, luego de observar mis vanos esfuerzos durante diez minutos.

—Creo que el declive de los principales parapetos es un poco exagerado... —murmuró Peter en tono crítico, mientras la observaba—, si comparamos los muros del edificio elíptico de Zimbabue...

—Sí, pero consideremos, por ejemplo, el templo de Tarxien, de Malta —intercedió Heather—, o los principales muros de Cnosos...

Antes de que Ral y yo pudiéramos evitarlo, la empresa absorbió a todo el grupo y reemplazó a los festivales nocturnos de la canción en el cuarto común.

Con la colaboración de cada uno, desde su particular área de actividades en la zona de excavaciones y el aporte de sus talentos especiales y su dedicación, realizamos una serie de representaciones gráficas de la ciudad perdida.

Muros rojos y macizos ornamentados con chencunes semejantes a las olas que cimentaron la grandeza de los fenicios. Rojos muros envueltos en la luz del sol poniente: bendición vespertina de Baal, el gran dios del sol. Altas torres —símbolos de fertilidad y prosperidad— elevándose por encima del follaje verde oscuro de la silenciosa arboleda... Más allá, la vertical hendidura en los acantilados desde donde, a través de un túnel secreto, se llegaba a la misteriosa caverna... Otra vez el símbolo de los órganos de la reproducción.

Seguramente aquella caverna había estado consagrada a Astarté —más comúnmente adorada bajo la forma de Tanit por los cartagineses—, diosa de la Tierra y la Luna... De ahí las hileras de sacerdotes de blancas vestiduras que avanzaban sinuosamente en procesión a través de la arboleda, más allá de las torres, hacia la caverna secreta.

Todos sabíamos que los fenicios ofrecían sacrificios humanos a sus dioses y diosas. El Antiguo Testamento describe niños arrojados al llameante vientre de Baal. Por eso nos preguntábamos qué terribles escenas rituales se habrían reflejado en las tranquilas aguas color esmeralda del lago, e imaginábamos a la víctima luciendo vestiduras y joyas de oro, en equilibrio sobre el borde del lago, en tanto el sumo sacerdote levantaba el cuchillo del sacrificio.

—¡Qué lástima que sea tan profundo! —exclamó Sally—. Ben quería lanzar al lago varios buzos, pero dice que nadie puede trabajar a semejante profundidad.

En el área comprendida entre las murallas interiores y exteriores del templo, en el lugar en que hallamos la mayoría de las cuentas de oro y los más valiosos ornamentos, colocamos en nuestros dibujos las dependencias de sacerdotes: un laberinto de muros de barro y techos de paja. También reconstruimos las calles y mansiones de los sacerdotes y los nobles.

—¿Y el rey y su corte? —preguntó Peter en tono imperioso—. ¿No

vivirían también entre las murallas principales?

De modo que en esa área situamos las dependencias sacerdotales y la corte real, dibujándolas de acuerdo con lo poco que sabíamos sobre **Cnosos**, **Cartago**, **Sidón** y Tiro, para infundir vida a nuestros cuadros.

Ral descubrió el portón que se hallaba en la muralla exterior, única abertura que daba al oeste.

—De aquí partiría alguna carretera directamente hacia **el** puerto —dijo Sally, que acto seguido la incorporó a su dibujo.

—Sí..., y también habría junto al puerto un mercado donde se efectuarían las transacciones comerciales —sugirió Ral, señalando el mapa—: aquí, en esta área que tanto preocupa a Peter.

—¿Os imagináis los montones de colmillos de marfil y de cobre y de oro que habría allí? —dijo **Leslie** suspirando.

—¿Y los esclavos ofrecidos en venta, sobre una plataforma? —agregó **Heather**.

—¡Basta de charla! Se supone que estamos realizando **una** investigación científica —dije, tratando de contenerles.

—¿Y los barcos junto a la costa? —dijo Sally, en tanto comenzaba a pintarlos—. Enormes **birremes** con proas en **forma** de cabezas de cameros, doradas y esmaltadas...

Ante nosotros surgieron de nuevo las torres y las murallas, el lago recobró su antiguo esplendor y los puertos y **tabernas** se poblaron de una multitud desaparecida dos mil años atrás: guerreros orgullosos, esclavos plañideros, nobles damas en literas, caravanas procedentes del Este cargadas de oro y joyas, y un rey blanco que aparecía majestuoso en los grandes portones de piedra, con un escudo tachonado de rosetas sobre el hombro y una armadura que resplandecía al sol.

La faena era divertida y servía a la vez de acicate a nuestra imaginación. Cuando Sally daba los últimos toques a nuestra pintura ya habían transcurrido cuatro semanas. Consecuencia directa de tal labor fue el descubrimiento por parte de Peter de los astilleros, cuya existencia nos fue sugerida por los birremes que Sally situó junto a la costa, debajo de la ciudad.

Peter encontró en un dique la quilla de una embarcación, con las principales cuernas ya encajadas. Habían incendiado la nave en construcción y esparcido sus partes carbonizadas por los alrededores. Sólo la fe y la imaginación podían identificar aquello con un barco. Sabía que mis adversarios científicos rechazarían mis pruebas. Pero el carbono 14 nos permitía asegurar que aquella madera carbonizada databa del año 300 **d.C.**, fecha que ya habíamos definido como la del «gran incendio».

Dicha labor me sirvió de excusa para pasar casi todo el día junto a Sally. Comencé a llevar mi almuerzo y mi bañador a la caverna. Al principio reaccionamos torpemente, pero me esforcé por que ella se sintiera cómoda, y poco después volvimos a hacer gala del buen humor y la camaradería que anteriormente hizo de nosotros una excelente pareja de trabajo. Sólo una vez me referí a nuestras pasadas relaciones íntimas.

—¿Todavía estás triste? —le pregunté. Ella me miró francamente durante largo tiempo antes de responderme:

—Te ruego, Ben, que me des tiempo. Aún debo resolver cierto problema personal.

—Está bien —le dije, sonriendo lo más. alegremente **posible** y resignándome a una larga espera.

A veces los otros almorzaban con nosotros en la caverna porque aunque **fuera** el calor alcanzara los 46 grados, en aquella cavidad hacía fresco. Allí chapoteábamos y gritábamos y los ecos de nuestras voces rebotaban contra nosotros. Un recuerdo indeleble para mí es el de Leslie, luciendo un pequeño bikini rosado y andando inquieta en tomo del lago, como un hipopótamo en época de celo, perseguida por el infatigable Ral.

Cinco semanas después de mi regreso subí a la caverna **con** una buena noticia.

—Sal, acabo de recibir un mensaje de **Larkin** por radio: **Louren** llegará mañana.

Su reacción negativa me desilusionó, porque yo creía que por mí había superado su inicial aversión por Louren... y empezado a simpatizar con él.

Cuando en la pequeña pista de aterrizaje me encontré frente a Louren, me estremecí. Había perdido diez kilos de peso y su piel, antes dorada y lozana, tenía una coloración gris y terrosa. Debajo de sus ojos había dos manchas color ciruela oscuro, semejantes a magulladuras.

—¡Ben! —exclamó, deslizando un brazo sobre mi espalda y apretando afectuosamente mi hombro—. ¡Qué alegría siento al verte de nuevo, viejo sinvergüenza!

Pero su voz transcendía fatiga y advertí varios hilos plateados —que antes nunca vi— en sus sienes.

—¡Dios mío, Lo! ¡Qué aspecto tan terrible tienes!

—Gracias —dijo, torciendo la boca en un gesto burlón y colocando sus cosas en la parte posterior del Land-Rover.

—En serio, Lo, ¿estás enfermo? —le pregunté.

—He trabajado sin parar, Ben —se sinceró, mientras se sentaba a mi lado en el Land-Rover—. Cuatro semanas negociando ante una mesa... Yo solo... No tenía a nadie a quien confiar el asunto. La otra parte envió varios equipos, que se fueron relevando a medida que se agotaban.

—Te estás matando —le amonesté a la manera de una esposa regañona.

Louren se inclinó hacia mí y, dándome un ligero puñetazo en el brazo, se echó a reír.

—Tú eres para mí como una inyección de entusiasmo.

—¿Valía la pena el asunto? ¿De qué se trataba?

—De un gran negocio, Ben. ¡De un asunto importante!... Cobre y acero del Sudoeste africano, próximo al río Cunene... Macizos filones entremezclados: cobre de baja calidad y hierro muy fino. Su amalgama es un verdadero tesoro —su tono fatigado desapareció—. He hecho sudar tinta a esos pequeños y malditos japoneses... Financiarán un puerto de gran profundidad y una línea de ferrocarril para transportar el metal. Esto les costará ciento cincuenta millones... —tan alborozado estaba que sus pálidas mejillas recobraron su anterior coloración—. Desde luego las obras serán realizadas por una de mis empresas —como un conspirador, se llevó un dedo a los labios. Yo reí entre dientes, regocijado, porque me agradaba verle contento

—Levantaré una planta de paletización —y prosiguió describiendo sus futuras obras. Cada vez que se refería a alguna ventaja lograda en sus negociaciones me daba un puñetazo en el brazo.

—¿Qué beneficios obtendrás? —le pregunté, por último. Él me miró un tanto desanimado.

—¿En dinero?

—¡Por supuesto! ¿De qué otro tipo podrían ser? —le contesté.

—¡Al diablo el dinero, Ben! Ya te lo expliqué en otra ocasión. Hay algo más importante que el dinero: las exportaciones, la gente que obtiene empleo y la construcción del futuro de nuestro país mediante el desarrollo de sus riquezas naturales y...y...

—Y el gran placer que te produce la cosa en sí —le sugerí. Volvió a reír.

—Eres muy perspicaz, Ben... Supongo que tienes razón: me interesan más las peripecias del juego que la ganancia.

—¿Has leído el Time de esta semana? —le pregunté para hostigarle.

—¡Oh, por Dios, Ben!... —protestó. ;

—Tu nombre integra la lista de los treinta hombres más ricos del mundo.

—¡Qué canallas! —musitó en tono sombrío—. Ahora todos doblarán sus precios. ¿Por qué no se ocupan de sus cosas y me dejan tranquilo?

—Entre tanto sigues suicidándote.

—Tienes razón, Ben. Me siento un poco cansado... Me tomaré una semana de descanso...

—Sí. Unas espléndidas vacaciones —me burlé—: conferenciando cada media hora con tus B. Y. M. y pasando el resto del tiempo informándote y dando órdenes por radio.

—Me olvidaré de todo —dijo sonriendo—. Pienso aislarme..., y tú me acompañarás.

—¿Qué quieres decir, Lo? —le pregunté.

—Te lo diré más tarde.

Eludió la cuestión porque nos aproximábamos a la bifurcación del polvoriento camino. Automáticamente aminoré la marcha del vehículo para

girar hacia las cabañas.

—No te detengas, Ben —me dijo—. Quiero subir a la caverna. Desde hace varias semanas estoy pensando en volver allí —su voz se tornó suave y reflexiva—. Cuando las cosas tomaban un mal cariz en la mesa de las negociaciones, suspiraba yo por la pacífica y serena atmósfera de la caverna. Me parecía... —se detuvo y tosió, desconcertado.

Rara vez hablaba de esa manera.

Sally estaba trabajando en el muro trasero de la caverna. En ese momento lucía una blusa de seda verde y unos cortos pantalones de confección, color caqui. Su cabellera suelta relucía. Cuando levantó la cabeza para saludar a Louren advertí, con tierna sorpresa, que por primera vez en muchas semanas se había pintado los labios.

Al ver el aspecto macilento del recién llegado, sus ojos reflejaron una honda preocupación. Pero no aludió en absoluto a ello. Su salutación fue breve y como forzada. En seguida se volvió hacia su caballete.

Louren se dirigió de inmediato hacia el retrato del rey blanco. Yo le seguí despacio y me senté a su lado. En silencio y en un estado de ánimo muy cordial observamos la extraña figura.

Louren fue el primero que habló:

—¿No da la impresión de que quiere decir algo, Ben? Aunque me extrañó que un hombre como él me hiciera tan caprichosa pregunta, le contesté respetuosamente porque advertí que se hallaba realmente intrigado.

—No, Lo. Sinceramente, no me causa tal impresión.

—Pienso, Ben, que aquí hay algo muy importante... —me dijo, convencido—, algo que tú, yo... y todos los demás hemos descuidado. La clave del misterio que nos preocupa se halla en esta caverna.

—Oye, Lo, podríamos... —me interrumpí porque él ya no me escuchaba.

Sally abandonó su caballete y, sentándose junto a Louren, examinó su rostro atentamente.

—Desde el principio he tenido esa impresión. ¿Recuerdas el Valle de la Desolación, situado en mis posesiones? Mis geólogos descartaron lo que yo sospechaba por intuición. ¿Recuerdas?

Yo asentí con la cabeza. El Valle de la Desolación producía ahora veinte mil quilates de diamantes finos por mes.

—Estoy seguro de que este lugar encierra algo. Pero ignoro el lugar exacto —y se volvió hacia mí, como si yo hubiese ocultado lo que él buscaba—. ¿Dónde estará, Ben? ¿En el suelo, en las paredes, en el techo?

—¿En el lago? —agregué.

—Muy bien. Comenzaremos la búsqueda en el lago —dijo.

—Es muy profundo, Lo. Ningún buzo...

—¿Qué sabes tú de buzos? —me dijo en tono imperioso.

—Bien, ya lo he sondeado un par de veces.

—¡Por Dios, Ben! —me interrumpió bruscamente—. Cuando deba ser operado del corazón acudiré a Christian Bamard, no al veterinario local. ¿Quién es el mejor buzo del mundo?

—Supongo que Cousteau.

—Bien. Trataré de que mi gente le localice. Ahora hablemos del suelo.

Oponerse a Louren equivale a enfrentarse a un huracán. Al cabo de una hora había bosquejado un plan completo de acción, con vistas a un minucioso registro de la caverna. Finalmente me sugirió en un tono casual:

—Muy bien, Ben. ¿Qué te parece si regresas al campamento? Me agradaría estar solo durante una hora...

Aunque hubiera querido estar continuamente a su lado, me levanté de inmediato y le pregunté a Sally:

—¿Vienes conmigo? Louren quiere estar solo.

—¡Oh, Ben, me falta la mitad!...

—No te preocupes, Ben —dijo Louren—. Ella no me molestará.

De modo que partí y les dejé solos en la caverna.

La cabaña de los huéspedes estaba lista desde mucho tiempo antes. No obstante, fui con uno de los criados a controlar la operación de desembalaje de los enseres de Louren. Alguien había colocado un ramillete de lirios silvestres, de los que crecían al pie de los acantilados, en una jarra de cerveza que había junto a la cama.

Más tarde le agradecería al **matabele** que hacía las veces de cocinero, mayordomo y ama de llaves en nuestro campamento aquella delicadeza que en parte atenuó la deprimente atmósfera de la cabaña.

Cuando ésta quedó lista para recibir a su huésped, me dirigí hacia el edificio central a fin de cerciorarme si había hielo y agua fría suficientes en la nevera. Acto seguido rompí el sello de una botella fresca de **Glen Grant...** Louren y yo compartamos una gran afición por ese néctar. Mientras estaba atareado con la botella de whisky, Ral y **Leslie**, de regreso de la excavación, entraron en la oficina de al lado. Aunque no era mi intención escuchar su diálogo, éste llegó a mis oídos claramente a través del tabique, fino como un papel.

Ral empezó a gruñir como una bestia encolerizada y Leslie a chillar.

—¡Oh...! ¡Qué malo eres! —exclamó ella jadeando. Sin duda la estaba acosando físicamente—. Alguien te puede ver...

—Con tal de que no me vea esta noche... —declaró Ral.

—¡Silencio! —le dijo ella inútilmente.

—Cinco semanas... Pensé que no vendría jamás. Ya estaba enloqueciendo.

—¡Oh!, **Rally Rally...**, querido —resolló Leslie apasionadamente.

—**Toddles...**, mi pequeña *Toddles* —replicó Ral. Sonrojándome a causa de sus palabras, abandoné la botella y me alejé a hurtadillas de la habitación. Ligeramente intrigado me pregunté en qué medida la llegada de Louren —a quien obviamente se había referido Ral— podía influir tan favorablemente en la relación física de aquella pareja que **despertó** mi envidia, porqué en *mi* vida no existían tales expectativas.

Todos estábamos ya enfermos del estómago a causa de la dieta de productos envasados y en conserva a que estábamos sometidos. Felizmente, **Louren** trajo consigo gran cantidad de fruta, verdura y carne frescas. Esa noche comimos **lechoncillo** dorado ante un fuego chisporroteante, con patatas al horno, guisantes y una gigantesca fuente de ensalada fresca. Pero hablamos muy poco durante la cena.

Cuando retiraron la vajilla, Louren encendió un cigarro, yo volví a llenar los vasos y todos le rodeamos. En primer lugar hablé yo, para informar a Louren sobre el descubrimiento de la cantera y nuestras deducciones.

El tema culminó con la exhibición de los cuadros con que **Sally** había reconstruido la ciudad.

No esperaba que Louren reaccionara en la forma que lo hizo. En lugar de tomar la cosa en broma, como nosotros, aceptó aquel producto de nuestra fantasía como un hecho comprobado. Dando muestras de una febril excitación saltó de su asiento para examinar una por una todas las ilustraciones. De cuando en cuando nos dirigía bruscamente preguntas o, simplemente, clavaba sus ojos relucientes en ellas. Su rostro pálido y demacrado adquiría entonces una expresión casi **demencial**.

Sally, al modo de un astuto presentador, dejó para el final el rey blanco. Apenas colocó el cuadro en el tablero, Louren se enderezó en su asiento.

El rey blanco, de porte majestuoso, ostentaba su armadura de combate: yelmo y coraza de bronce reluciente, escudo suspendido del hombro y un angosto **cinturón**, destinado a la espada. Su ensortijada barba roja, con reflejos dorados, era más ancha en su extremo inferior. Sus servidores le seguían en el momento que traspasaba las grandes puertas de la elevada muralla exterior. **Uno** portaba su hacha de combate, otro su arco y aljaba y un tercero sostenía en sus manos el cáliz de oro de la vida eterna.

Sally se había esmerado particularmente en la realización de aquella figura, la más impresionante de la serie.

Todos la observamos en silencio, hasta que yo, al separar de repente mis piernas, que estaban cruzadas entre sí, e inclinarme sorprendido hacia delante, derramé un poco de mi whisky. Hasta entonces, engañado por la dorada barba, no había identificado al modelo utilizado por Sally para la figura del rey. Súbitamente me volví hacia Louren y le miré fijamente: la misma frente amplia..., idénticas cejas de nobles trazos, sus hundidos y penetrantes ojos celestes; su nariz recta en ambos, con ventanas delicadamente cinceladas y similar expresión de orgullo en la curva de la boca, cuyo labio inferior, ligeramente sensual, les daba el aspecto de dos niños enfadados.

—¡Ben! —exclamó Louren con voz áspera y sin apartar sus ojos del retrato—. ¡Qué curioso...! Hasta ahora no veía aquí más que un conjunto de bloques de piedra y un puñado de cuentas y residuos de oro..., y de ninguna manera pensaba en el pueblo, que es lo más importante, Ben... En aquellos hombres que navegaron hasta los confines del mundo conocido entonces, que construyeron una magnífica ciudad en el desierto... —De pronto se interrumpió y movió lentamente la cabeza, en tanto sopesaba mentalmente la magnitud y grandeza de aquella hazaña. Luego se volvió hacia mí—: Ben, tenemos que descubrir qué fue de aquellos hombres y de su ciudad. No me interesa el tiempo ni el costo que ello requiera. Quiero aclarar ese enigma.

Arrojando la colilla de su cigarro, saltó de su silla y empezó a recorrer de arriba abajo la habitación con inusitada violencia.

—Ya es hora de que anunciemos nuestro descubrimiento, Ben. Convocaré una rueda de prensa. Todos vosotros estaréis presentes para dar explicaciones. El mundo debe enterarse de la existencia de estos hombres.

Mi estómago se hundió profundamente. Alarmado, tartamudeé mi protesta:

—Escucha, Lo, no debemos anunciar nada. Todavía no.... ¡por favor!

—¿Por qué no? —me preguntó, volviéndose hacia mí belicosamente.

—Aún no tenemos suficientes pruebas de ello —un escalofrío recorrió mi cuerpo cuando pensé en mis detractores. Estos me colgarían y despedazarían si apareciera yo en escena con tan pobre libreto—. Nos desollarán, Lo. Nos triturarán.

—Exhibiremos esto —respondió, señalando las pinturas.

—¡Por Dios! —la mera posibilidad de que esto ocurriera me hizo temblar—. Ésos son meros productos de nuestra fantasía. La única cosa cuya existencia podemos probar es el cáliz.

Cuando Louren clavó sus ojos en mí comprobé que su acceso de locura estaba pasando. Súbitamente se echó a reír, y con aire culpable y golpeándose la frente con la mano exclamó :

—¡Ah! ¡Debo estar muy cansado! Durante un momento esas pinturas me parecieron reales... ¡la vida misma! —Nuevamente se fue hacia ellas para examinarlas atentamente— Quiero aclarar ese enigma, Ben —repitió—. Tengo que saber qué fue de aquellos hombres.

Al día siguiente, mientras comíamos junto al lago color esmeralda, Louren me dijo que él y yo nos escabulliríamos de los demás. Con uno de los carboncillos de Sally trazó un dibujo en la superficie lisa de una roca.

—Estamos aquí; a cien kilómetros al nordeste de este lugar se hallan las ruinas de Domboshhaba. Si tus teorías son correctas, en la antigüedad debió existir una ruta de caravanas entre ambas ciudades. Tú y yo viajaremos en el Land-Rover a campo traviesa para tratar de descubrir esa ruta.

—Es un terreno muy áspero e inexplorado —le dije, sin entusiasmo—, sin caminos y sin agua.

—Y sin B. Y. M. —agregó sonriendo.

—Ahora la cosa me agrada y me parece irresistible —dije, sonriendo también, al pensar que se trataba de un viaje terapéutico y sin motivaciones científicas—. ¿Cuándo saldremos?

—Mañana a primera hora.

Estaba oscuro aún cuando me desperté. El reloj, junto a mi lecho, indicaba las cuatro y media. Era demasiado tarde para seguir durmiendo y muy temprano para levantarse. Mientras meditaba, alguien abrió sigilosamente la puerta de la cabaña. Estaba disponiéndome a repeler el ataque de los posibles ladrones cuando en el vano iluminado por la luna se recortó la revuelta y ensortijada cabellera de Ral.

De tal manera me asusté que le grité:

—¿Qué haces aquí?

Su espanto al oír mi voz superó con mucho el miedo que acababa yo de experimentar. Lanzando un chillido de terror pegó un salto en el aire y agitó los brazos como una empenachada grulla sus alas en la danza previa al apareamiento. Uno o dos minutos tardó en recobrarse lo suficiente para dirigirse a su lecho y contestarme con voz temblorosa:

—He ido al retrete.

Tal respuesta fue oportuna. De lo contrario mi reacción hubiera tenido

para él desastrosas consecuencias. En seguida me levanté, me vestí y me fui a comprobar si el **Land-Rover** estaba listo. Aunque pensé que Ral había estado con **Leslie**, no me detuve en evaluar las implicaciones de tal circunstancia.

Casi un día entero tardamos Louren y yo en encontrar en las Colinas Sangrientas un sendero practicable para el Land-Rover. Siguiendo la línea de los acantilados, avanzamos en dirección norte hasta el lugar en que se desmembraban en una serie de cerros bajos. Por una hondonada situada entre dos collados iniciamos el ascenso, muy difícil incluso para un vehículo tan resistente como el nuestro. No obstante, ya en la cumbre, nos vimos ante una abierta sabana, moteada por algún que otro bosque de acacias. A partir de entonces avanzamos rápidamente. Girando de nuevo hacia el sur fuimos en busca de la ruta de caravanas que Louren, esperanzado, había dibujado en su gran mapa.

Esa noche acampamos sobre ella o, por lo menos, donde suponíamos que había existido. La gasolina y el agua que transportábamos apenas dejaban lugar para los lujos inherentes a la acampada. Además estábamos resueltos a realizar un viaje duro para librarnos de la niebla industrial y el hollín de la civilización, reiterando nostálgicamente cierta expedición que habíamos efectuado en nuestra juventud.

Asamos a la parrilla un par de gallos de los arenales y bebimos **Glen Grant** y agua entibiada por el sol en nuestros cubiletes esmaltados. Después cavamos en la dura tierra unos huecos según la forma de nuestras espaldas y caderas y nos metimos en nuestros respectivos sacos para dormir a la intemperie, junto al Land-Rover. Soñolientos y felices charlamos durante una hora antes de cerrar los ojos.

De madrugada, Louren se dio unos masajes en la espalda y ablandó cuidadosamente sus rígidos músculos.

—Ahora me acuerdo de que ya no tengo veinte años —se lamentó.

Sin embargo, tres días después parecía un muchacho de esa edad. El sol encendió su piel, las manchas debajo de sus ojos desaparecieron y empezó a reír de buena gana.

Avanzábamos lentamente. A menudo debíamos desandar el trayecto recorrido al encontrarnos ante cerros y colinas que nos cerraban el paso. Entonces descendíamos del Land-Rover y marchábamos a pie, tratando de descubrir alguna senda. Sin embargo no nos apresurábamos, gozábamos plenamente de cada kilómetro de paisaje, en tanto buscábamos a tientas nuestro camino hacia el norte y al este, a través de un país que cambiaba de carácter y atmósfera con esa fascinante rapidez que sólo se da en África.

A medida que avanzábamos hacia el norte aumentaban los indicios de vida animal terrestre y aérea. A las aves propias de las tierras áridas sucedieron las gallinas de Guinea, los francolines y las gigantescas avutardas africanas. A veces, entre los troncos de los **mopanis** y los **masasas** surgía y desaparecía como un relámpago plateado y grisáceo algún **kudú** con sus largos cuernos en forma de tirabuzón que parecían descansar sobre sus lomos.

—El agua no debe estar muy lejos —comentó **Eburen**, mientras deteníamos el Land-Rover en el borde de un claro de hierba amarillenta, a través del cual huía un rebaño de antílopes negros en dirección a una arboleda. Ese tipo de antílope, el más soberbio que habita en África, ostenta sobre su **orgullosa** cabeza una enhiesta cornamenta **semejante a una cimitarra**. La **nívea** blancura de su pecho **contrasta notablemente** con la negrura del resto de su cuerpo.

—Otra especie en vías de extinción —acoté con tristeza— a causa de la insaciable voracidad del hombre.

—Sí —convino **Louren**—. Es una lástima, porque ningún espécimen de *Homo sapiens* puede comparársele en belleza. Ni siquiera Raquel **Welch**.

Esa noche acampamos en una arboleda de **masasas**, que ya lucían su exótico follaje primaveral, sin rival en el resto de la tierra, por la combinación de matices que presenta: rosado, **beis**, brillante y rojo fuego.

Louren envolvió en tocino el solomillo del joven impala que había cazado ese día y luego lo puso a asar en una pesada marmita de hierro, en tanto yo preparaba una salsa de cebolla, tomate y mucho ajo. Aquel plato, que comimos con gruesas rebanadas de pan moreno untadas de manteca envasada, fue el más sabroso que yo había paladeado hasta entonces.

—Si alguna vez necesitas trabajo, Lo, te contrataré como cocinero —le dije mientras engullía.

Hizo una mueca burlona y se dirigió hacia el **Land-Rover** para conectar la radio.

—¿Qué ocurre, Lo? —le pregunté.

—Simplemente, quiero escuchar las noticias —me respondió, concediéndome la gracia de mostrar un aspecto culpable—. No puedo aislarme completamente...

De modo que nos enteramos de las nuevas luchas y querellas de un mundo enloquecido.

De un modo extraño, en aquel remoto y tranquilo lugar los problemas humanos parecían insignificantes e intrascendentes.

—Apaga esa radio. Lo —le dije—. ¿Para qué quieres escuchar esas cosas?

Estaba él a punto de girar el botón de contacto cuando se contuvo súbitamente al pronunciar el locutor un nombre **que** nos era familiar.

—Radio Lusaka informa: El líder del grupo terrorista que ayer tendió una emboscada a un destacamento policial en el **Wankie**, zona de **Rodesia**, matando a cuatro personas e hiriendo a otras dos, ha resultado ser el autodenominado «coronel» **Timothy Mageba**, quien dos meses atrás concitó la atención mundial al efectuar un dramático secuestro aéreo. Un portavoz de la Policía de Rodesia declaró que Mageba es quizá uno de los más peligrosos terroristas africanos. Una recompensa de diez mil dólares de Rodesia se otorgará a quien suministre alguna información que permita capturar vivo o muerto a Mageba.

Con salvaje entusiasmo apagó Louren el receptor y regresó junto a la hoguera. Después de echar un trago de whisky dijo:

—Está operando a sólo ciento sesenta kilómetros, poco más o menos, al norte de aquí. Daría cualquier cosa por echarle el guante.

Aquella noticia me perturbó profundamente. Esa noche permanecí largo tiempo despierto, con mis manos en la nuca y mis ojos clavados en el cielo esplendorosamente estrellado. Venus había ya desaparecido en el horizonte cuando me sumergí en un sueño poblado de imágenes horribles.

El sol matinal lanzaba sus rayos dorados sobre las crestas de los cerros e inflamaba el cielo con virulentos tonos rojos y púrpúreos. Su luz barrió mis negros pensamientos. Conversando y riendo reanudamos nuestra lenta marcha hacia el este.

A mitad de la mañana advertimos una bandada de buitres que volaba circularmente hacia el norte, como una enorme rueda formada de puntos negros, que giraba lentamente en el cielo duro y azul.

La más fascinante invitación que puede ofrecerle **África** al viajero es la de seguir el vuelo de esos gustadores de carroña que indefectiblemente le conducirán al teatro de algún tremendo episodio del perpetuo drama del desierto.

—Unos tres kilómetros —comentó Louren, mirando ansiosamente a través del parabrisas.

Yo compartí su curiosidad. ¡Al diablo las ciudades en ruinas y las civilizaciones perdidas!... Ahora nos dirigíamos hacia donde regía la dura ley del colmillo y la zarpa.

Cuatrocientos metros delante de nosotros se recortaban sobre las copas de los árboles las formas arqueadas y agachadas de aquellos repugnantes pajarracos, tan numerosas como los frutos de las huertas del infierno.

—Han oído la posibilidad de carroña —dijo Louren alborozado—. Algo los detiene en el cielo y en las copas de los árboles.

Poco después detuvo el Land-Rover y apagó el motor. En seguida descendimos del coche, y Louren revisó la carga de su gran **Magnum** 0,375 y cambió los proyectiles de cabeza suave por otros más sólidos, que golpearían más duramente.

—Subiremos a pie —dijo Louren—. Me encantaría dar con algún gran león de negra melena —y mediante un golpe seco situó en su lugar el seguro del rifle—. Toma la escopeta, **Ben**, y cárgala con perdigones grandes.

En ese momento pensé: «Si un león está lo suficientemente lejos como para justificar el uso de un rifle, no discutiré en absoluto con **Louren**, pero si

está cerca prefiero un arma con la que yo esté seguro de no errar».

Louren echó a andar a través de la hierba, que le llegaba a la cintura, y yo le seguía a cierta distancia de uno de sus flancos, para mantener expedita mi línea de fuego, con la escopeta cargada con vistas al león, y mis bolsillos llenos de cartuchos. Nos desplazábamos lentamente tratando de hallar el punto focal de aquella bandada de buitres diseminados sobre los árboles en un área de mil metros cuadrados.

A medida que avanzábamos aumentaba nuestra tensión ante la posibilidad de que de pronto viéramos tendido en la hierba un majestuoso grupo de leones. Louren me hacía una seña cada vez que cambiaba de dirección, ya que íbamos y veníamos, registrando cuidadosamente el terreno. Desde los árboles próximos alzaron el vuelo varios buitres, los cuales, de torpe aspecto durante su reposo, se transformaron milagrosamente en seres gráciles y bellos al retornar a su elemento.

Se me había secado la garganta a causa de la emoción y del agradable temor que me embargaban. Desde donde estaba veía la espalda de la camisa de Louren empapada en sudor, no enteramente a causa del calor. Todos sus movimientos denotaban una contenida energía, lista para estallar ante el primer indicio de la proximidad de la presa. Me encantaba esa parte de la cacería, porque en todos nosotros subsiste la atávica atracción de la caza... Sólo me asqueaba el acto de rematar a la víctima.

Louren se detuvo con el rifle terciado a gran altura y los ojos fijos en algo que estaba delante de él. Endurecí mis músculos a la espera de la detonación que de un momento a otro se produciría. Pero los segundos se sucedían lentamente como una serie de gotas de aceite sin que Louren actuara. Simplemente movía apenas la cabeza en tanto buscaba algo.

Sin hacer ruido avancé hasta situarme a su lado. Ante nosotros se extendía un cuadro de tierra herbosa, aplastada y pisoteada, en cuyo centro yacía un búfalo muerto, cuya panza estaba hinchada de gases. Un enjambre de moscardas verdes y brillantes pululaba en las cuencas de sus ojos y en su boca abierta. En su gruesa piel no percibí marcas de zarpas. En su negra y áspera pelambre había algunos espacios pelados y brillantes y varias costras duras.

Mientras caminaba mirando el suelo y evitando incluso las más débiles ramitas, advertí de pronto una huella humana, tan pequeña que podría ser la de un niño, en una porción de tierra removida por las hormigas.

El vello de mi nuca se erizó, porque comprendí que habíamos dado con algo mucho más peligroso que un grupo de leones. Instantáneamente giré la cabeza para observar al búfalo muerto, y por primera vez reparé en un frágil trozo de caña de cinco centímetros que sobresalía en la rugosa piel de su cuello. La carne en torno de éste estaba tensa y endurecida a causa de la hinchazón.

—¡Lo! —grazné áasperamente—. Huyamos en seguida de aquí... ¡Ese búfalo ha sido muerto por un bosquimano!

La cabeza de Louren se estremeció mientras clavaba en mí sus ojos. Los bordes de las ventanas de su nariz palidieron hasta adquirir el tono de la porcelana blanca.

—¿Cómo lo sabes? —me preguntó con voz ronca.

—Lo deduzco de las huellas que se hallan a tus pies —él miró hacia abajo— y de la flecha clavada en el cuello del búfalo. Convencido él también ahora, dijo:

—A partir de ahora decides tú. ¿Qué hacemos, Ben?... Louren sudaba tan copiosamente como yo.

—¡Despacio! ¡Despacio! No te vuelvas ni te muevas bruscamente, porque nos están observando, quizá desde muy cerca.

Comenzamos a retroceder oprimiendo fuertemente nuestras armas con nuestras manos pegajosas de sudor y lanzando rápidas miradas a nuestro alrededor.

—¡Diles algo, por Dios! —cuchicheó Louren. Yo tuve tiempo de reflexionar que incluso un hombre como Louren podía convertirse en un cobarde ante la amenaza de morir...

—No puedo arriesgarme... Cualquier cosa podría ser tomada como una provocación.

—Quizá estén a nuestras espaldas...

La voz de Louren tembló, y yo sentí que mi piel, entre mis omóplatos, se encogía a la espera del silbido de una flecha.

A medida que retrocedíamos disminuía mi temor. Cincuenta metros más allá del búfalo muerto me arriesgué a saludarles:

—¡Paz! No tenemos malas intenciones. La respuesta fue instantánea. Aguda como la voz de un pájaro e incorpórea, pareció emanar de la cálida atmósfera:

—Dígale a ese gran cara pálida que baje el arma, porque **no** le conocemos.

—¡Xhai! —exclamé aliviado y jubiloso—. ¡Hermano mío!

Sus ojos brillaban, como la amarilla luna.

Sus cascos arrancaban chispas de las colinas de hierro.

Juntos cantamos la canción del búfalo. En cuclillas, los hombres en tomo del fuego crepitante y batiendo palmas para subrayar su complejo ritmo, y las mujeres danzando a nuestro alrededor, cimbreado y arrastrando los pies e imitando al búfalo y a su bizarro matador. Su piel dorada relucía a la luz de la hoguera. En sus menudos cuerpos descollaban sus descomunales traseros. Sus pequeños y redondos pechos amarillos oscilaban al compás de la danza.

**El pájaro-saeta voló de mis manos
veloz como una abeja o un halcón que
cae sobre su presa.**

Festones de carne cruda puesta a secar colgaban de las ramas de los árboles. Más allá de la hoguera chacales y hienas, sintiéndose burlados, aullaban al cielo tachonado de estrellas mientras aspiraban el tentador aroma.

La sangre empezó a fluir, brillante como una flor.

Dulce como la miel silvestre era la carne de su cuerpo.

La danza llegó a su término, y las mujeres riendo entre dientes y gorjeando, se agruparon en torno a la hoguera para llenar de carne sus vientres pequeños y redondos.

Los **bosquimanos** de ambos sexos sienten un temor reverente por los seres voluminosos. Para ellos **Louren** era un gran gigante rubio. De inmediato comenzaron a analizarle de una manera franca e íntima. A partir de su dorada cabeza sus ojos descendieron por su cuerpo. Yo solté una carcajada.

—¿Qué es lo que te divierte tanto? —me preguntó Louren en tono imperioso.

Le traduje las palabras de los bosquimanos.

—¡Dios mío!... ¡No creo que hayan dicho tal cosa! —respondió estremeciéndose y mirando horrorizado a las mujeres, que ahogaban sus risitas tapándose la boca con las manos.

Me senté entre **Xhai** y Louren para actuar de intérprete. Uno de ellos se puso a fumar y el otro a masticar un cigarro Romeo y Julieta. Xhai y Louren empezaron a hablar de bestias y de pájaros, porque ambos amaban la caza.

—Mi abuelo me dijo un día que cuando él era joven, en esta tierra, debajo del gran río, los búfalos ennegrecían la tierra como langostas... Pero después vino la peste roja...

—La morriña —le expliqué a Louren.

—...y los búfalos cayeron como moscas, unos encima **de** otros. Los buitres no podían volar de tanta carne como habían comido y los huesos de los búfalos blanqueaban los campos bajo el sol, como las margaritas **Namaque** en la primavera.

Siguieron conversando hasta **después de que las mujeres y los niños** se enroscaran y **quedaran dormidos como pequeños** cachorros amarillos en el polvo.

Hablaron de nobles animales y grandes cacerías, y tan amigos se hicieron junto a la hoguera, que finalmente Xhai me dijo:

—Quisiera ir a cazar con él. Entonces le enseñaría un elefante como los que conoció mi abuelo: con colmillos tan gruesos como mi cintura y tan largos como la caña de una lanza.

«Ya se olvidó de las ruinas y de las rutas de las caravanas», pensé al ver que el rostro de Louren se iluminaba ante aquella proposición.

—Pero dice —agregué— que debes dejar aquí el **Land-Rover**. Ellos empezaron a oír el ruido del motor media hora antes de nuestra llegada, y él dice que dicho elefante es viejo y astuto. Lo cual implica que tendremos que dormir un rato... Mañana será un día endiablado.

Cuando apareció el sol hacía ya tres horas que estábamos de camino. Aunque al despertar nuestros pantalones estaban húmedos de rocío hasta las rodillas, el frío nocturno había desaparecido ya de nuestras articulaciones. Caminábamos a grandes zancadas para no perder de vista a los dos pequeños individuos morenos. Xhai y **Ghal** se desplazaban con los miembros flojos en su característico trote, que les permitía devorar kilómetros durante el día entero sin dar muestras de cansancio. Sus diminutos cuerpos bailoteaban delante de nosotros a través de los espinos y **los jessies**, cada vez más densos.

—¿Cómo te sientes, **Ben**?

Gruñí y apoyé en mi otro hombro la escopeta.

—Esos malditos son incansables —comentó Louren.

—Apenas hemos comenzado, hermano —le previne. Xhai y Ghal nos condujeron por un terreno quebrado donde de pronto surgían de la tierra negras y ásperas colinas ferruginosas y en el que abundaba cierta variedad de espino gris, lleno de pinchos y muy enmarañado. Profundos barrancos desgarraban las paredes de los altos afloramientos rocosos de la meseta. El sol, ferozmente abrasador y deslumbrante, absorbía la humedad de nuestros cuerpos, de la que sólo quedaban huellas en nuestras camisas, bajo la sombra de blancos círculos salinos. Era el tipo de país que un elefante viejo y astuto, perseguido por el hombre, elegiría para refugiarse.

A mediodía descansamos durante media hora a la sombra de una roca situada a sotavento, cuya superficie negra quemaría la piel de quien la tocara, y echamos varios tragos de agua **tibia**. Casi inmediatamente después de reanudar la marcha descubrimos las huellas del animal.

—Allí y allá —con la punta de una flecha envenenada, **Xhai** trazó el contorno de una huella de animal en la tierra, dura como el hierro—. ¿No la ven? —nos preguntó exasperado.

Aunque giramos en torno de ella y la observamos atentamente, no sacamos nada en limpio.

—Si ésta es la huella de un elefante —musitó **Louren**—, yo soy un calderero chino.

Pero Xhai echó a andar confiadamente en otra dirección a través de los espinos. En pos de él trepamos a una rocosa meseta, siguiendo una pista que ni Louren ni yo distinguíamos en absoluto. Cerca de la cresta de la colina había un montón de estiércol de elefante, todavía húmedo, a pesar del calor de horno que allí hacía. Una nube de mariposas amarillas y anaranjadas revoloteaban sobre él, atraídas por su humedad. El estiércol se parecía al relleno de un colchón de fibra de coco.

—*Lo siento* —murmuré—; *pol favol, un caldelo...*

—Ese hombre es un maldito hechicero —dijo Louren sacudiendo asombrado la cabeza, en tanto descolgaba del hombro su pesado rifle y lo apretaba bajo el brazo.

Reanudamos la marcha, ahora más lentamente. De vez en vez nos deteníamos, mientras Xhai y **Ghal** escudriñaban la impenetrable espesura de espinos delante de nosotros. La búsqueda resultaba agotadora en aquel tupido matorral. Cada paso que dábamos respondía a una señal que nos hacía Xhai con su mano de palma delicadamente rosada. Cuando ésta se movía, avanzábamos, y cuando quedaba inmóvil, nos deteníamos.

«¡Adelante!», decía la mano, y echábamos a **andar**. «¡Alto!», nos ordenaba de pronto cortando el aire velozmente como un cuchillo. Entonces permanecíamos adheridos al suelo.

Súbitamente la mano se cerró y el puño apuntó hacia delante. (Nos hubiera traído mala suerte señalar a la presa con el dedo.)

Inmóviles como estacas y con nuestros rostros relucientes de sudor, miramos con fijeza hacia la pared de espinos. Casi en seguida asomó sobre los

grises espinos la figura fantasmal y también gris del elefante, que se alejaba de nosotros, bamboleándose tranquilamente. Su vieja piel, grisácea y rugosa, colgaba formando bolsas grandes y pequeñas en su panza y entre sus patas traseras. Su cola no tenía un solo pelo y sus vértebras sobresalían claramente **bajo** la arrugada piel de su lomo... ¡Viejo y noble elefante!

—¡No se muevan de aquí! —y la mano de Xhai apuntó hacia mí y Ghal.

Yo me di por enterado asintiendo **con-** la cabeza.

—¡Usted venga conmigo! —y el índice de Xhai se arqueó en dirección a Louren.

Inmediatamente ambos empezaron a avanzar **circular-mente** entre los espinos, colocándose en el flanco del elefante. El **bosquimano**, pequeño como un niño junto al voluminoso Louren, trataba de encontrar el ángulo adecuado para un certero tiro en la cabeza o en el cuarto delantero del animal.

De pronto el elefante se detuvo para comer. Con el extremo de su trompa empezó a arrancar delicadamente los renuevos color verde claro de un arbusto y a almacenarlos en su boca, sin sospechar el peligro que corría. Mientras tanto Louren, siempre en su flanco, se situaba en posición de tiro. Con las piernas firmes y separadas, inclinóse hacia delante para neutralizar el culatazo de su pesado rifle.

El terrible estampido sacudió el soporífero silencio de la espesura. El golpe seco de la bala al introducirse en la carne del animal llegó nítidamente a mis oídos. Al recibir el impacto, el elefante dio un giro y quedó frente a Louren, con sus largos colmillos amarillentos hacia arriba y sus grandes orejas grises inclinadas hacia atrás. Apenas vio al hombre empezó a chillar. Pero sus chillidos eran de cólera. Su odio, largo tiempo contenido, estalló como una llamarada.

Inclinándose hacia un costado, inició la carga. Una cortina de espinos cubrió la línea de fuego de Louren. Éste corrió circularmente tratando de abrir su frente para hacer fuego. De pronto sus pies se hundieron en el hueco de un hormiguero y cayó de bruces y atontado en el camino que seguía el elefante.,

—¡Louren! —grité echando a correr para enfrentarme con una simple escopeta nada menos que a un elefante herido.

—¡Aquí! ¡Aquí! —vociferé mientras corría tratando de desviar la atención del elefante. Con el rabillo del ojo vi a Louren arrastrándose sobre sus manos y rodillas en dirección al rifle.

—¡Eh! ¡Eh! —grité con toda la fuerza de mis pulmones.

El elefante se detuvo e inclinó la cabeza hacia mí. Sus ojos **de** cochinillo me buscaban, en tanto que su trompa se esforzaba por captar mi olor.

Levanté mi escopeta y, desde treinta metros de distancia, apunté a sus ojillos, confiando en dejarlo ciego.

¡Pum! ¡Pum!

Tiré sucesivamente a cada uno de sus ojos. El elefante se dispuso a atacarme. Sentí un gran alivio al verle cargar contra mí, ya que de esa manera lo apartaba de Louren.

Torpemente busqué a tientas nuevos cartuchos en mis bolsillos, sabiendo que el animal estaría sobre mí antes de que yo cargara mi escopeta.

—¡Corre, **Ben**, corre!

La voz de **Louren** superó el ruido sordo que producía el elefante en su carrera.

Pero mis piernas **no me respondieron** y, **como un estúpido**, seguí buscando unos cartuchos que **rebotarían como granos de pimienta** en aquella mole gris.

El estampido del rifle de Louren repercutió como una doble andanada en mi entumecido cerebro y luego se perdió más allá de éste. Una montaña de carne gris, muerta ya, se precipitó en mi dirección. El cerebro del animal, atravesado por el proyectil, había reventado como un fruto demasiado maduro.

Clavado en el suelo, no atiné a moverme ni a esquivar la oscilante trompa, que me castigó salvajemente. Primero me sentí lanzado al aire y después choqué violentamente contra el suelo. Mi cerebro se pobló de luces multicolores que me lastimaban como cuchillos... Casi en seguida me desvanecí.

—¡Estúpido!... ¡Estúpido, pero valiente!

La voz de Louren llegó a mis oídos a través de un túnel largo y oscuro y

repercutió extrañamente en mi cabeza.

Un líquido fresco salpicó mi rostro y humedeció como una bendición mis labios. Al abrir los ojos vi a Louren sentado en la tierra. Mi cabeza descansaba en su regazo, mientras él la rociaba con el agua de una botella.

—¿A quién has llamado estúpido? —grazné mirándole desde abajo.

La expresión de alivio que se reflejó en su afligido semblante me deparó una de las mayores satisfacciones de mi vida.

Yo estaba agarrotado y dolorido. Tenía una moradura en el hombro y otra en la espalda y un chichón sobre una de mis sienes, que me dolía terriblemente apenas lo tocaba.

—¿Puedes caminar? —estalló su voz sobre mi cabeza.

—Lo intentaré.

Sin embargo, caminé fácilmente, y hasta tuve el ánimo suficiente para sacar una fotografía de la enorme bestia muerta que, de hinojos, parecía estar rezando, con la cabeza apoyada en sus colmillos corvos y amarillentos. Louren y Xhai estaban sentados sobre su cabeza.

—Esta noche acamparemos en «Agua-En-Las-Rocas» —me dijo Xhai—. Mañana volveremos para quitarle los colmillos.

—¿Queda lejos eso? —le pregunté con aire de duda.

—No. ¡Está cerca! Muy cerca —respondió Xhai. Yo fruncí el ceño, desconfiando aún, porque anteriormente había utilizado las mismas palabras al referirse a un trayecto de ochenta kilómetros.

—¡Espero que sea verdad, maldita sea! —dije en inglés.

Sin embargo, con gran sorpresa mía, el lugar estaba mucho más cerca de lo que yo había supuesto y nos ofreció otras cosas que yo tampoco esperaba.

Después de cruzar una sierra —renqueando y apoyándome en el brazo de Louren—, llegamos a una especie de cúpula de granito de casi dos hectáreas de extensión. Al observar aquella superficie, acribillada de hoyos circulares y poco profundos, proferí un alarido de júbilo. Instantáneamente me desprendí del brazo de Louren y ambos echamos a correr cuesta abajo por el suelo de piedra, riendo alegremente, en tanto examinábamos las líneas regulares de los viejos huecos.

—Debió ser una mina enorme, Ben. Louren, eufórico, calculó el número de hoyos.

—¿Mil? —calculó.

—¡Más! —dije—. Quizá dos mil.

Haciendo un alto imaginé largas hileras de esclavos desnudos, unidos entre sí por cadenas de hierro, que de rodillas trituraban con sus pesados martinets, también de hierro, el mineral de oro contenido en aquellos hoyos, utilizados a modo de morteros de piedra.

Asimismo vi a los capataces caminando a lo largo de las filas con sus látigos de cuero para comprobar si convertían la piedra en polvo fino. Interminables columnas de esclavos con cestos llenos de mineral balanceándose sobre sus cabezas ascendían desde la mina... Todo eso había ocurrido casi dos mil años atrás.

—¿Dónde estará la mina? —preguntó Louren, cuyos pensamientos coincidían con los míos.

—¿Y el agua? —agregué—. Porque necesitarían agua para lavar el oro.

—¡Al diablo con el agua! —gritó Louren—. Lo que me interesa es la mina. Aquellos individuos sólo explotaban filones de tres onzas para arriba y se detenían al llegar al nivel del agua... En algún lugar cerca de aquí debe haber un maldito tesoro.

Ese era el espíritu que había destruido las antiguas minas. Habla mucho en favor de los primitivos metalistas el hecho de que casi todas las minas actuales de África central fueron descubiertas por ellos hace dos mil años. Los mineros modernos han borrado toda huella de las viejas técnicas de explotación en su afán de redescubrir los abandonados filones. En ese momento me comprometí a anticiparme, por lo menos allí, a los vándalos que pronto aparecerían con sus barrenos y su dinamita.

El agua manaba de una fuente situada en el fondo de una cavidad hábilmente abierta en la roca viva y revestida de mampostería. Se trataba del más bello ejemplar de fuente arcaica que yo había visto hasta entonces,

perfectamente conservado por los **bosquimanos**. **Extasiado** la contemplé a mis anchas, mientras **Xhai** iba en busca de una sogá y un cubo de cuero, que guardaba en un escondrijo entre las rocas. Poco después subió el cubo lleno hasta el borde de agua cristalina, en la que sobrenadaban varias ranas y ratas muertas de los matorrales. Al verlas resolví no beber una sola gota de aquella agua sin haberla hervido previamente.

Louren admiró en silencio la fuente durante treinta segundos antes de dirigirse hacia el estrecho valle flanqueado por los dos cerros de granito. Le vi desaparecer entre los árboles, explorando el terreno con esmero. Veinte minutos después llegaron a mis oídos sus débiles gritos:

—¡Ven acá! ¡Rápido, **Ben**!

Con esfuerzo me alejé del brocal de la fuente y descendí, cojeando, hacia el valle.

—¡Aquí está, Ben!

Louren estaba loco de alegría. Yo mismo pude sentir en mi propia carne el poder que tiene el oro de acelerar el pulso más lánguido y de arrancar chispas de avaricia a los ojos más apagados. Aunque no soy materialista, aquel cebo mágico apresuró el ritmo de mi respiración mientras contemplábamos la mina de los «antiguos».

La mina en sí no era muy impresionante: una ligera depresión o zanja de un metro de profundidad y bordes suavemente redondeados, que avanzaba sinuosamente entre los árboles, como un hundido sendero de peatones.

—Una excavación escalonada —dijo Louren—, paralela al filón.

—Y rellenada posteriormente —comenté, **porque** los «antiguos» tenían la costumbre de cubrir sus minas **antes** de abandonarlas.

Aquella zanja poco profunda se originaba en el hundimiento de la blanda capa de tierra con que habían ocultado la mina.

—Sigamos su curso, Ben —dijo Louren.

Durante dos kilómetros caminamos por la selva, a lo **largo** de la antigua excavación, hasta que ésta desapareció por completo.

—¡**Ah**, si diéramos con alguno de sus vertederos..., o al menos con algún trozo de veta que se olvidaran de recubrir! —murmuró Louren, mientras buscábamos en la densa vegetación algún montón de rocas sueltas.

Como me dolía la espalda, me senté a descansar en **un** tronco caído. Louren siguió buscando entre los árboles. **Enfrentado** conmigo mismo, me **sumergí** en la historia, como hacía siempre que me encontraba solo en lugares y en circunstancias semejantes.

El agua de la fuente brotaba a quince metros bajo el nivel terrestre. De ello deduje que sería idéntica la **profundidad** de la excavación escalonada.

Los antiguos carecían de bombas y equipos para desaguar las minas, de manera que, al llegar a una capa de agua subterránea, rellenaban la excavación e iban en busca de otro filón aurífero.

Esa mina había sido, pues, una zanja de dos kilómetros de longitud, quince metros de profundidad y dos metros de ancho, excavada con azuelas de hierro. A golpes de martillos de piedra habían introducido cuñas de este metal en el grano de la roca. Cuando ésta, por su dureza, no cedía a los martillazos, los «antiguos» encendían fuego sobre ella y vertían agua mezclada con vino agrio sobre la ardiente superficie para que así ofreciera menos resistencia. Éste fue el método empleado por Aníbal para destruir los grandes peñascos que bloqueaban el camino de sus elefantes a través de los Alpes... Artimaña propia de los cartagineses. Los cestos llenos de trozos de cuarzo dorado eran subidos a la superficie por medio de cuerda de cuero crudo.

Mediante este sistema extrajeron aproximadamente setecientas toneladas de oro fino de diversas minas diseminadas por **África** central y meridional, a la vez que gran cantidad de hierro, cobre y estaño.

—Veintidós millones de onzas de oro, a cuarenta dólares la onza, equivalen a ochocientos millones de dólares —calculé en voz alta, y en seguida añadí—: Una buena tajada.

—¿Dónde estás, Ben? —me preguntó Louren, que apareció entre los árboles—. He encontrado un trozo de filón —y me entregó un fragmento de roca—. ¿Qué es esto?

—Cuarzo blanco azulado —dije, y lo lamí hasta **humedecer** bien su superficie, que en seguida expuse al sol—. ¡Magnífico! —exclamé cuando el

oro nativo resplandeció ante mis ojos. El noble metal cubría las grietas y las minúsculas fisuras del cuarzo como la manteca la miga de un bocadillo.

—¡Realmente magnífico! —convino Louren—. Es oro auténtico. Ordenaré a dos de mis muchachos que amojonen toda esta área.

—Lo, no te olvides de mí —le dije. Inmediatamente frunció el entrecejo.

—Te daré una parte, Ben. ¿Alguna vez...?

—¡Qué torpe eres! No me refiero a eso. Simplemente te pido que no lances a tus sabuesos sobre este lugar antes de que yo lo estudie detenidamente.

—Está bien, Ben. Te lo prometo —dijo riendo—. Estarás presente cuando reabramos las minas —y jugueteando con el trozo de cuarzo dijo—: Ahora volvamos. Quiero separar el oro de la piedra para tener una idea de su valor.

Utilizando uno de los morteros de piedra de la cumbre de granito y un trozo de mineral de hierro a modo de martinete, Louren trituró una parte del cuarzo, convirtiéndolo en fino polvo blanco. Tras colocarlo en nuestra marmita, echó en ésta agua de la fuente e imprimió un suave movimiento circular al contenido del recipiente, permitiendo que en cada giro se derramara una pequeña cantidad de líquido. Quince minutos tardó en aislar la «colita» de oro, que apareció, grasiénta, brillante y amarillenta, enroscada al fondo de la marmita.

—¡Magnífico! —exclamé.

—¡No podría ser mejor! —gritó Louren haciendo una mueca—. Cinco onzas de oro por cada tonelada de roca.

—Eres un canalla avariento —le dije en broma.

—Piensa, Ben —me contestó sin dejar de sonreír burlonamente—, que estas minas harán posible que tu Instituto funcione durante otros veinte años. No rechaces el oro, compañero. El dinero deja de ser la fuente de todos los males cuando se usa correctamente.

—No lo rechazaré entonces —le prometí.

Esa noche acampamos junto a la fuente y saboreamos lengua de elefante hervida con patatas y mantuvimos el fuego encendido hasta el día siguiente para compensar nuestra carencia de mantas.

La mañana la dedicamos a dividir los colmillos en trozos, que ocultamos bajo un gran montón de piedras para que no los robaran las hienas.

Había pasado ya el mediodía cuando emprendimos el regreso hacia el lugar en que nos esperaba el Land-Rover. •

La noche nos sorprendió en el camino, y no llegamos a nuestro destino hasta el mediodía del día siguiente.

Los talones se me habían llenado de ampollas grandes como uvas, y los chichones y magulladuras me dolían terriblemente. Con un suspiro de alivio me desplomé en el asiento del Land-Rover.

—Hasta ahora no había valorado en su justa medida el invento del motor de combustión interna —anuncié sentencioso—. Puedes llevarme a casa, James.

Después de abandonar a Xhai y a su pequeña tribu, listos ya para reanudar su eterna vida errabunda en el desierto, emprendimos el regreso a la Ciudad de la Luna, a la que llegamos al cabo de ocho días de haber salido de allí, negros por el sol y el polvo, con las barbas crecidas y los pelos tiesos por el fango y la mugre. La barba de Louren resplandecía al sol con destellos cobrizos.

Como había estado «ausente sin permiso» durante tres días, el trabajo se le había atascado de forma impresionante. Un montón de avisos aguardaba a Louren en la cabina radiotelefónica, y antes de bañarse y afeitarse tuvo que dedicar una hora a la solución por radio de los problemas más urgentes surgidos en las últimas setenta y dos horas.

—Tendría que salir inmediatamente para las salinas —me dijo cuando salió de la cabina—. Son las cuatro y media... Todavía podría llegar a tiempo —vaciló un momento, pero en seguida se repuso—. No, ¡maldita sea! Voy a robarles otra noche. Prepara el Glen Grant mientras me baño.

—Acabas de hablar como un hombre sensato —le dije riendo.

—¿De acuerdo, socio? —me preguntó dándome un puñetazo en el

hombro.

—De acuerdo, Lo —respondí.

Después hablamos por los codos, cantamos brevemente y bebimos whisky hasta pasada la medianoche.

—Tengo sueño —dijo Louren por fin, y se levantó para retirarse. Pero súbitamente se detuvo—. ¿Recuerdas que me prometiste varias fotografías de la pintura rupestre del rey blanco?

—Por supuesto, Lo —respondí.

Me levanté y me fui camino de la oficina con ligeros traspiés. Regresé con varias fotografías brillantes sacadas del archivo y se las entregué a Louren, que se puso a observarlas bajo la luz.

—¿Qué pasó aquí? —me preguntó súbitamente, entregándome una de las fotos.

—Nada... Yo no veo nada.

—Mira bien la cara, Ben. Tiene una marca... Entonces la vi. Era una cruz apenas perceptible, que interrumpía la palidez mortal del rostro del rey.

Durante un momento la examiné perplejo. ¿Cómo no la había visto hasta entonces? Se trataba de una protuberancia de color gris oscuro en forma de cruz.

—Probablemente se deba a un defecto del revelado —**me** aventuré a decir—. ¿Aparece también en las otras? Examinó las restantes copias rápidamente.

—No. Sólo aparece en ésta.

—Entonces se trata, como digo, de un defecto del revelado —le dije, devolviéndole la fotografía.

—Está bien —respondió **Louren** aceptando mi explicación—. Hasta mañana.

Me serví un poco de whisky antes de acostarme, en tanto **Sally** y los otros se retiraban. A solas en mi cuarto y paladeando lentamente aquel último trago, pensé en los planes que ambos habíamos trazado con vistas a un registro minucioso de la caverna.

Confieso que no volví a pensar en la marca del rostro del rey blanco. Mi única excusa es que había bebido más de la cuenta.

Los dos meses siguientes pasaron como una exhalación. Ral y yo excavamos concienzudamente el suelo de la caverna.

Los resultados fueron sorprendentes... por su insignificancia. La caverna no se había utilizado jamás como vivienda humana. No encontramos en ella residuos de huesos ni de conchas, como tampoco ningún cambio de nivel que indicara la existencia en otro tiempo de un hogar. Sólo encontramos una acumulación de detritus animales que se sucedían hasta la roca firme. En ésta descubrimos un solo bloque cuadrado de piedra labrada... Eso fue todo.

La caverna tenía ahora un aspecto descuidado y poco **atrayente**. Su desigual suelo se componía de piedra caliza. De manera que lo hice rellenar y nivelar convenientemente. Después construimos un camino en torno del lago color esmeralda con los viejos bloques que acabábamos de encontrar. Lo hice pensando en los miles de personas que visitarían aquella maravillosa galería de arte **bosquimano** una vez que el mundo se enterase de su existencia.

De acuerdo con lo convenido, Louren se comunicó conmigo por radio cuando su compañía estuvo lista para iniciar los trabajos de reapertura de la antigua mina que descubrimos durante la cacería del elefante.

Un helicóptero me transportó a la mina y estuve tres semanas acompañando a los ingenieros a cargo de la operación.

La veta, según lo previsto, se hallaba debajo del nivel del agua, y aun cuando su anchura variaba notablemente a lo largo de su recorrido, su rendimiento prometía ser excepcional. Secretamente me alegré del diez por ciento que me correspondería de las utilidades, a pesar de mi desprecio por los valores materiales. Durante la excavación encontramos centenares de artefactos, casi todos herramientas de minería: azuelas y cuñas muy herrumbradas, martillos de piedra, trozos de cadenas, algunos cestos de fibra muy bien conservados y los inevitables abalorios y piezas de alfarería.

La mayor satisfacción me la depararon los cestos, que nos permitieron obtener en los laboratorios, según el sistema del carbono 14, una fecha, si no coincidente con la del gran incendio, ligeramente anterior a ella, que nos sirvió para establecer un nexo entre la mina del elefante y la Ciudad de la Luna.

Sin embargo, el hallazgo de mayor interés que realizamos en la mina del elefante fue el de quince esqueletos humanos, que yacían en el escalón más profundo, como una hilera de cuentas. La regular disposición de los restos excluía la posibilidad de que aquellas personas hubiesen muerto a causa de un desprendimiento de rocas. Aunque los esqueletos estaban aplastados por el peso de la tierra, logré determinar que cinco eran de mujeres y los diez restantes de hombres. Todos pertenecían a personas ancianas. En uno hallé vestigios de artritis. Otro había perdido un antebrazo. Pero el hueso **enquistado** demostraba que la herida no era reciente. La mayoría carecía de dientes, y en todos advertí marcas de cadenas de hierro. De ello deduje que se trataba de quince esclavos ancianos y débiles colocados deliberadamente en el fondo de la excavación escalonada antes de cubrirla con tierra.

Después de supervisar el registro escrito y el embalaje y despacho de todas esas cosas hacia el Instituto, regresé a la Ciudad de la Luna, desde donde me dirigí inmediatamente a la caverna. Como esperaba, encontré allí a Sally trabajando duramente. No creo que su alegría fuera fingida, cuando subrayó su saludo con un beso.

—¡Oh, Ben!... Te he echado mucho de menos —me dijo, e inició una conversación técnica.

Mientras le respondía adecuadamente, mi espíritu estaba' muy lejos de las pinturas **bosquimanas**.

Al ver las arrugas que aparecían en su nariz cuando hablaba y la forma en que la palma de su mano impulsaba hacia atrás los cabellos que cubrían su mejilla, todo mi ser se estremecía de amor. Sin embargo, en el fondo de mi estómago sentía una especie de retortijón producido por el miedo. A punto de concluir nuestra labor en la Ciudad de la Luna, estaba muy próximo el día de mi regreso a **Johannesburgo** y a los silenciosos salones del Instituto. ¿En qué medida afectaría a nuestras relaciones?

—Pronto tendremos que marcharnos de aquí, Sal —le dije dando forma a mis pensamientos.

—Sí —convino Sal, conteniendo su alegría—. Ello me entristece, porque aquí he sido muy feliz... Siempre recordaré este lugar.

Durante un momento permanecemos sentados en silencio. Luego ella se levantó y fue hacia el retrato del rey, al que **observó**, pensativa, con los brazos cruzados y muy apretados contra su pecho.

—Aquí aclaramos muchas cosas. —Hizo una breve pausa y prosiguió—: Pero otras, muy numerosas, nos han sido negadas. A menudo me pareció que íbamos en pos de nubes que se deshacían en nuestras manos —y sacudiendo con rabia la cabeza, prosiguió—: Innumerables cosas se ocultan a nuestros ojos... infinidad de secretos que nunca descifraremos.

Volvió junto a mí y, de hinojos, con las manos en las rodillas, me miró fijamente a la cara:

—¡No tenemos ni una sola prueba, **Ben!**... ¿Te das cuenta? No hemos hallado nada que no pueda ser desechado a causa de los viejos argumentos de tus detractores —e inclinándose hacia mí, prosiguió—: Poseemos un símbolo grabado en un trozo de alfarería que ellos dirán que fue importada, un cáliz de oro que tus enemigos atribuirán a orfebres nativos que por casualidad representaron el **Ankh**, y las pinturas... Bueno, «sólo es un rumor», dirán, «carece de valor testimonial».

Sentándose sobre sus piernas, clavó en mí sus ojos.

—¿Sabes lo que quedará en el cedazo después de cribar nuestros hallazgos? Absolutamente nada.

—Lo sé —respondí, sintiéndome muy desdichado.

—No tenemos una sola prueba que nos sirva de garrote para derribar de sus sitials a esos pedantes. Considerarán a nuestra hermosa Ciudad de la Luna simplemente como otra difusa cultura de origen **bantú**, y nada podremos hacer para que nuestro criterio prevalezca sobre el de ellos... Nunca sabremos qué fue de las grandes murallas y las torres, ni dónde está enterrado el rey

blanco.

Como había resuelto cubrir la excavación el 1 de agosto, dedicamos las últimas semanas de julio a ordenar las cosas, dejando los cimientos a la vista, para que otros pudiesen continuar los trabajos donde nosotros los abandonamos. Embalamos, pues, cuidadosamente nuestros tesoros, anotamos en nuestros cuadernos —había un montón de ellos— lo que no figuraba en sus páginas y confeccionamos a máquina largos catálogos de objetos, sin pasar por alto el más mínimo detalle.

La investigación sobre el terreno había terminado, pero me quedaban aún muchos meses de archivar y correlacionar nuestros hallazgos; de colocar cada cosa en el sitio correspondiente y de comparar nuestra investigación con los testimonios reunidos en otros lugares por otros investigadores. Al final, publicaría un libro con mis conclusiones. Meses atrás había pensado titularlo *Los fenicios en África meridional*. Ahora tendría que buscar otro título.

En el Dakota que llegó para cargar una parte de los cuévanos partieron Peter y Heather Willcox. Todavía les restaban a ambos dos o tres meses de vacaciones en Europa. Sin embargo, lamentamos su partida, porque habíamos formado con ellos un armónico grupo.

Esa noche Louren me habló por radio:

—Por fin hemos dado con Cousteau, Ben. Estaba realizando un crucero por el Pacífico, pero mis hombres de San Francisco lograron ponerse en comunicación con él. Cousteau piensa que podrá colaborar con nosotros, pero no antes del año que viene. Los próximos ocho meses debe cumplir otros compromisos.

De esa manera se desvaneció mi última esperanza de permanecer en la Ciudad de la Luna.

Inmediatamente comencé a meter en mis maletas mis papeles privados, tarea en la que me ayudó Sally. Trabajamos hasta muy tarde, clasificando varios millares de fotografías. Alguna que otra vez nos deteníamos a observar las que ofrecían algún motivo particular de interés para nosotros o para reírnos ante las que habíamos hecho en broma. Entonces añorábamos los bellos momentos compartidos durante varios meses.

Finalmente llegamos a la colección de fotografías del rey blanco.

—Mi bello y misterioso rey, ¿no tienes nada más que decimos? —comentó Sally exhalando un suspiro—. ¿De dónde viniste? ¿A quién amaste? ¿A cuántas batallas llevaste tu escudo de guerra, y quién sollozó a tu lado cuando volviste herido de la lucha?

Lentamente seguimos examinando las fotografías, tomadas desde todos los ángulos posibles, según diversas gradaciones lumínicas, distintas técnicas y diferentes tiempos de exposición.

De pronto cierto detalle en una de las fotografías atrajo mi atención. Supongo que un impulso subconsciente guió mi mano hacia ella. Después de escudriñarla durante largo tiempo, mis ojos comenzaron a ver por primera vez cierto detalle. Dentro de mi pecho algo comenzó a agitarse como un pájaro caído en una trampa. Un cosquilleo eléctrico avanzó por mis brazos.

—Sal... —dije, pero callé en seguida.

—¿Qué ocurre, Ben? —me preguntó Sally, que captó el temblor de mi voz contenida.

—¡La luz! —exclamé—. ¿Recuerdas la noche en que descubrimos la ciudad perdida a la luz de la luna? Se debió exclusivamente al ángulo en que nos situamos y a la gradación exacta de la luz.

—Sí —dijo Sally asintiendo rápidamente con la cabeza.

—Mira esto, Sal —y toqué el rostro del rey—. ¿Recuerdas la copia que le entregué a Lo?... En ella había una marca.

Sal observó atentamente la fotografía. La marca aparecía también en ella, aunque menos nítidamente que en la copia de Louren... Sin embargo, estaba allí: una cruz borrosa sobreimpresa en el rostro mortalmente pálido del rey.

—¿Qué es eso? —inquirió Sally perpleja, colocando la fotografía bajo la luz.

—No sé —respondí mientras atravesaba corriendo la habitación hacia la otra en que guardaba mi equipo. Mientras revolvía las cosas allí guardadas,

agregué—: Pero no me iré de aquí sin aclararlo.

Poco después abandoné la habitación y le entregué a Sally **una** linterna.

—Toma esto y sígueme, **Watson**.

—Al parecer, las mejores cosas las hacemos de noche —comenzó a decir Sally; pero para evitar cualquier tipo de comentario obsceno por mi parte, agregó—: ¡No lo he dicho con doble sentido!

La caverna estaba tan silenciosa como un sepulcro antiguo. Nuestros pasos resonaban fuertemente en el pavimento de piedra mientras, rodeando el lago, nos dirigíamos hacia el retrato del rey blanco. Cuando la luz de nuestras linternas comenzó a danzar en su rostro, el rey nos miró fijamente desde lo alto, distante y majestuoso.

—No hay marca alguna en su cara —dijo Sally desilusionada.

—Aguarda... —le dije.

Sacando mi pañuelo del bolsillo lo doblé dos veces antes de cubrir con él el vidrio de la linterna, cuya luz quedó reducida a un ligero resplandor. Inmediatamente subí al armazón de madera, que estaba como lo habíamos dejado.

—Apaga tu linterna —le ordené a Sally.

En la **semioscuridad** reinante me acerqué al retrato y comencé a escudriñar bajo la luz amortiguada de mi linterna.

La mejilla del rey era inmaculadamente blanca. Lentamente desplacé **la** luz hacia arriba y hacia abajo por la cabeza del rey.

—¡Aquí está! —gritamos al unísono apenas vimos la borrosa cruz sobre los pálidos rasgos del monarca.

Deteniendo la luz en el ángulo adecuado, examiné atentamente la marca.

—Es como una sombra, Sal —dije—. Pienso que debajo de la pintura debe haber una muesca... Mejor dicho, dos ranuras que se cruzan en ángulo recto, formando una cruz.

—¿Grietas de la roca? —me preguntó Sally.

—Tal vez —dije—. Pero tanto las hendiduras como los ángulos son demasiado regulares para ser naturales.

Tras quitar el pañuelo de la linterna, me volví hacia **Sally**

—¿Tienes alguna prenda de seda a mano?

—¿De seda? —repitió como una tonta, pero en seguida se recobró—. Mi pañuelo... —y sus dedos se deslizaron por su garganta.

—Préstamelo, por favor.

—¿Qué piensas hacer con él? —me preguntó alarmada, **en** tanto protegía con su mano la bonita tela que lucía sobre el cuello de su blusa—. Es un **Cardin** auténtico. Me costó lo que habría que pagar por el rescate de un rey tan ufano como ése.

—No lo estropearé —le prometí.

—Como lo estropees, me tendrás que comprar **otro** —**me** previno, mientras lo desanudaba y me lo entregaba.

—Alúmbrame —le dije.

Cuando dirigió el haz de luz hacia el rostro del rey extendí el pañuelo sobre la cabeza de éste, sosteniéndolo con mi mano izquierda extendida.

—¿Qué diablos estás haciendo? —me preguntó impaciente.

—Cuando alguien compra un coche de segunda mano y quiere comprobar si ha tenido un accidente alguna vez, tiene que proceder así para percibir con los dedos los defectos que los ojos no captan.

Con las puntas de los dedos de la mano derecha comencé a palpar la superficie del retrato cubierta por el pañuelo de seda. La tela permitía que mis dedos se deslizaran fácilmente sobre la roca y parecía acrecentar el relieve de la textura. Poco después palpé una ligera muesca, que seguí hasta que se cruzó con otra. Por el eje sur descendió mi dedo a otra encrucijada. Después se desplazó hacia el este y el norte y por último regresó al punto de partida. Mis dedos habían trazado una regular figura oblonga de alrededor de veintiún centímetros por catorce.

—¿Sientes algo? —me preguntó Sally, que no pudo contener su impaciencia.

No le respondí, porque tenía el corazón en la boca. Mis de* dos, muy atareados, recorrieron la roca bajo la seda hasta mucho más allá del retrato, casi hasta el suelo, y después ascendieron tan arriba como les fue posible

hacerlo.

—¡Oh, Ben!... ¡Habla! ¿Qué ocurre?

—¡Espera! —exclamé.

Mi corazón golpeaba como un faisán que batiera sus alas, y mis dedos temblaban excitados.

—¡No quiero aguardar un minuto más! —gritó Sally—. ¡Habla de una vez!

Descendí de un salto del armazón y le cogí una mano.

—¡Vamos!

—¿Adonde? —me preguntó mientras yo tiraba de ella a través de la caverna.

—A buscar la cámara fotográfica.

—¿Para qué demonios la quieres?

—Sacaremos varias fotografías.

Yo tenía dos rollos de **aerofilm Kodak Ektachrome**, tipo 8843, en el pequeño gabinete con aire acondicionado en el que guardaba mi material fotográfico. La película infrarroja que ahora utilizaría la había comprado especialmente para fotografiar los cimientos ocultos de la Ciudad de la Luna, desde la cumbre de los acantilados. Pero el resultado había sido muy poco alentador, porque los sucesivos estratos rocosos y la densa vegetación atentaron contra la nitidez de las fotografías.

Mientras colocaba en mi **Rolleiflex** un rollo de película infrarroja y un filtro **Wratten** Kodak número 12, **Sally** me acosó continuamente con sus preguntas, a las que respondí una y otra vez:

—¡Aguarda y verás!

Luego eché mano de dos lámparas de arco voltaico. Volvimos a la caverna poco después de la medianoche. Allí logré una luz directa y frontal, conectando las lámparas de arco voltaico con el conmutador de la bomba eléctrica situada junto al lago. Después de colocar la cámara sobre el trípode, saqué veinte fotografías a distintas velocidades, con diversos tiempos de exposición y diferentes aberturas de diafragma. Como Sally estaba ya a punto de morirse de curiosidad, me apiadé de ella.

—Esta es la técnica que se utiliza para captar las firmas y otros detalles ocultos bajo varias capas de pintura en ciertos cuadros, para tomas aéreas a través de las nubes y para fotografiar las corrientes marinas. En suma, para registrar lo que escapa al ojo humano.

—Todo eso suena a magia.

—Y lo es —respondí mientras maniobraba con la cámara—. El filtro elimina todo, excepto los rayos infrarrojos, y la película, sensible a éstos, registra cualquier temperatura o diferencia de textura en el sujeto, poniéndolas de manifiesto bajo distintos colores.

Después de una hora de trabajo en el cuarto oscuro pude proyectar las imágenes en nuestra pantalla. Todos los colores resultaban extraños y diabólicos. El rostro del rey era de un tono verde violento y su barba de color escarlata. Aparecieron también extrañas salpicaduras, motas y manchas que no se veían en las fotos comunes. Todas esas anomalías alteraban la superficie y se debían a materias extrañas infiltradas en los colorantes, a colonias de líquenes superpuestos y a otras deficiencias por el estilo, que brillaban como joyas exóticas.

Pero apenas me detuve en ellas. Lo que atrajo poderosamente mi atención y alteró mi pulso fue la serie de figuras oblongas y regulares que, detrás de la imagen, a la que abarcaban totalmente, producían el efecto de un irregular tablero de ajedrez, cuyas líneas eran de una tonalidad celeste.

—¡Tenemos que llamar a **Louren** inmediatamente! —exclamé bruscamente.

—¿Qué ocurre, **Ben**? Todavía sigo sin entender nada. ¿Qué significa esto? —me preguntó Sally.

Me volví hacia ella sorprendido. Como para mí todo estaba claro, había esperado que ella me entendiera instantáneamente.

—Significa, Sal, que detrás del rey blanco existió una abertura que un maestro **albañil** tapió concienzudamente con bloques de piedra arenisca. Sobre esas piedras fue pintado el rey.

Louren **Sturvesant**, en pie ante el muro de piedra de la caverna y con sus manos a la espalda, observaba con ira al rey blanco. Manteniéndose en equilibrio sobre las yemas de los dedos de sus pies, proyectaba agresivamente hacia adelante su mentón. Los demás —Ral, Sally, **Leslie** y yo—, en semicírculo a su alrededor, le mirábamos ansiosamente.

De pronto Louren arrancó de su boca el cigarro que estaba fumando, lo arrojó al pavimento y, después de triturarlo furiosamente con el pie hasta convertirlo en polvo, giró sobre sí mismo y se dirigió hacia el lago color esmeralda, en cuya orilla se detuvo para sondear sus sombrías profundidades. Los demás aguardamos en silencio.

Pero aquello duró muy poco. Casi en seguida Louren volvió sobre sus pasos, atraído por el retrato como una mariposa por una bujía.

—He aquí una de las obras maestras del arte universal —dijo—. Por su antigüedad, dos mil años quizá, es irreemplazable e inapreciable.

—Sí —dije.

—No nos pertenece, porque es parte de una herencia que debemos transmitir a nuestros hijos y, a través de éstos, a las siguientes generaciones.

—Lo sé —dije.

Pero también sabía yo algo más. Desde hacía varios meses observaba un cambio en él, originado por el retrato, que había llegado a tener un hondo significado para **Louren**. Sin embargo, no lograba precisar la índole de tal cambio, que sólo barruntaba oscuramente.

—Y bien, ahora queréis que lo destruya... —dijo. Todos guardamos silencio. Louren giró sobre sí mismo y empezó a pasearse delante del retrato. Nuestras cabezas le siguieron como siguen los espectadores de un partido de tenis el vaivén de la pelota. De pronto Louren se detuvo bruscamente ante mí.

—¡Al diablo tus fantásticas y malditas fotografías! —me dijo, y echó a andar nuevamente.

—¿No podríamos...? —comenzó a decir tímidamente **Leslie**. Su voz se esfumó al volverse Louren hacia ella para mirarla fijamente.

—¿Sí? —le preguntó él.

—Bueno... ¿No podríamos abrirnos paso por detrás del retrato...? —su voz cobró fuerza de nuevo—. O sea, ¿no podríamos abrir en un costado un pasillo que girase luego a espaldas del rey?

Por primera vez en mi vida tuve ganas **de** echarle los brazos al cuello y besarla.

Poco después llegó en avión uno de los capitanes de minas de Louren, con un equipo de cinco picapedreros **mashona** de primer orden, procedentes de la mina de oro **Little Sister**, situada cerca de **Welcome**. El grupo trajo consigo un compresor de aire, varias perforadoras automáticas, barrenas cortas de mano y demás herramientas propias de su oficio. El capitán de minas era un gigante de pelo color jengibre, alegres ojos de tono azul claro como la flor de aciano y un rostro infantil lleno de pecas. **Tinus van Vuuren**, que así se llamaba, puso en seguida manos a la obra.

—Creo que será un asunto fácil, doctor. Para mí, que estoy acostumbrado a perforar la serpentina y el cuarzo, esta pieza arenisca es blanda como un queso.

—Quiero que la abertura sea lo más pequeña posible —le dijo **Sally** secamente—, y que no toque las pinturas.

—No tema —le dijo Tinus volviéndose rápidamente hacia ella—; el agujero no será más grande que la cueva de un **ra...** —interrumpió la frase para terminarla de otra manera—, que el orificio de mi oído.

Sally y yo delineamos con una cinta en la pared de la caverna el contorno de la boca del pasillo, tratando de que ésta no rozara las pinturas más bellas y significativas. A pesar de que tomamos casi al pie de la letra lo que acababa de decir **Tinus** y trazamos una abertura de un metro veinte de alto por sesenta centímetros de ancho, la perforación destruiría parte de un hermoso grupo de jirafas y una delicada y pequeña gacela, con sus grandes orejas erguidas, como si estuviera escuchando.

Colocamos la cinta a nueve metros de distancia del rey para que las vibraciones producidas por la perforadora no hicieran saltar escamas de

piedra o pintura. Tinus perforaría de frente hasta nueve metros, y a partir de allí el túnel giraría en línea recta a espaldas del rey. Como la operación comenzaría al día siguiente, esa noche agasajamos a Tinus en el cuarto común. La atmósfera que reinaba en éste era similar a la imperante en el comedor de un grupo aeronáutico de combate la víspera de una misión peligrosa. Todos nos sentíamos tensos y locuaces y bebimos un poco más de la cuenta.

Al principio, Tinus, cohibido por la presencia del legendario Louren **Sturvesant**, apenas habló. Pero finalmente, liberado por el brandy, se explayó a sus anchas.

—¿Para qué necesitamos esas máscaras, doctor? —me preguntó—. ¿Cree usted que encontraremos fuego o gases?

—¿Máscaras? —inquirió Louren, interrumpiendo su diálogo con Sally—. ¿Quién ha dado la orden?

Tinus pareció abrumado por la tajante pregunta de Louren.

—Me dijeron que necesitábamos seis... Ellos me dieron la orden, señor.

—Así es, Lo —dije socorriendo al pobre Tinus—. Yo di la orden.

—¿Por qué?

—Bien... Todo el mundo aquí supone que daremos con un pasadizo, con alguna... —iba a decir «tumba», pero no quise tentar a los dioses—, con alguna cueva.

El asintió con la cabeza. Todos fijaron sus ojos en mí... Siempre que estoy ante un auditorio receptivo suelo adoptar un tono algo teatral.

—Dicha cueva —seguí— estará seguramente sellada y herméticamente clausurada desde hace más o menos dos mil años. Por tanto, correríamos el peligro...

—¡La maldición de los faraones! —intervino Sally—. Efectivamente... ¿Recuerdan el fin de quienes descubrieron la tumba de **Tutankhamón**?...

Y atravesando un dedo junto a su garganta, hizo girar de un modo horrible sus ojos.

Debo aclarar que Sally estaba bebiendo ya su segundo **Glen Grant**.

—Sally, tú sabes muy bien que eso no es verdad —la interrumpí severamente—. La maldición de los faraones es un mito. Sin embargo, existe el riesgo de una peligrosa enfermedad pulmonar...

—Bueno, por mi parte no creo en maldiciones **ni** en otras estupideces por el estilo —dijo **Tinus** con voz demasiado fuerte y riendo. Sus inhibiciones habían descendido ya hasta sus tobillos.

—Ahora somos dos... —convino Ral **Davidson**.

—No se trata de un hecho sobrenatural —les explicó **Leslie** con aire doctoral—, sino de un hongo patógeno.

Como al parecer había perdido yo el control de la situación, elevé mi voz:

—¿Han concluido? Bien; entonces proseguiré —todos los ojos se volvieron hacia mí—. Tales ambientes son ideales para el desarrollo del **Cryptococcus neuromyces**, especie de vegetación fungosa y saprofítica, cuyas esporas, transportadas por el aire, provocan una enfermedad fatal.

—¿De qué manera? —inquirió Tinus.

—Las esporas, aspiradas por el individuo, al entrar **en** contacto con el calor y la humedad de los pulmones, germinan instantáneamente y constituyen densas colonias granuladas.

—¡Buah! —exclamó Tinus, para expresar su profundo asco—. ¿Quiere usted decir que se desarrollan en los pulmones como esa materia verde que se cría en el pan enmohecido?

—¿Cuáles son las consecuencias? —me preguntó **Louren**. Ésa era la pregunta que yo esperaba.

—Primeramente produce extensas lesiones en el tejido pulmonar, hemorragias y elevada temperatura. La respiración se torna muy rápida y **dolorosa**, y luego las colonias fungosas comienzan a generar residuos que, absorbidos por la sangre, invaden el cerebro y el sistema nervioso central.

—¡Dios santo! —Tinus estaba pálido y horrorizado. Sus ojos azules se destacaban en su rostro blanco y pecoso—. Y después, ¿qué ocurre?

—Pues bien... Los residuos, actuando como **neurotoxinas**, producen alucinaciones... Se inflaman las meninges y dañan el cerebro. Los efectos son

semejantes a los producidos por el ácido lisérgico y la mescalina.

—¡Qué maravilla! —comentó Ral. Y Leslie le dio un puntapié en la pierna.

—De modo que trastornan al individuo —dijo Tinus, ansioso por saber más.

—Vacían su pequeño cerebro... —le aseguró Sally.

—¿Fatal? —preguntó Louren.

—En el setenta y cinco por ciento de los casos. Todo depende del grado de inmunidad del organismo y de la tasa de producción de anticuerpos...

—En caso de sobrevivir, ¿existe peligro permanente?

—Los pulmones presentan cicatrices, como en el caso de una tuberculosis curada.

—¿Lesiones cerebrales?

—No —respondí haciendo un movimiento negativo con la cabeza.

—¡Demonios! —exclamó Tinus con aire cauteloso mientras ponía su copa sobre la mesa—. Eso no me gusta nada... Los desplomes de rocas, el gas metano, las altas presiones... no me preocupan. Pero esos hongos —y se estremeció— me ponen la carne de gallina, hombre, y los pelos de punta.

—¿Qué precauciones piensas tomar, Ben? —me preguntó Louren.

—Los primeros hombres que penetren en el túnel se protegerán con máscaras —le expliqué—. Deseo que tomen muestras de aire y polvo para examinarlas con el microscopio.

Louren asintió con la cabeza y miró sonriendo a Tinus.

—¿Satisfecho? —le preguntó.

—¿Qué hará usted si no encuentra nada..., si esas esporas se esconden, para caer después sobre uno como en los libros de ciencia-ficción? —me desafió Tinus.

—Si hay allí esporas, las muestras de polvo estarán llenas de ellas. Es imposible que no aparezcan bajo el microscopio. Son negras y esféricas y se presentan de tres en tres, a la manera de las tres bolas que sirven de propaganda a los prestamistas.

—¿Seguro, doctor?

—Seguro, Tinus.

Éste aspiró profundamente, vaciló un momento y luego asintió con la cabeza.

—Está bien, doctor. Confío en usted —dijo.

El intermitente y ensordecedor estrépito de las perforadoras arrinconó mi cerebro en un extremo del cráneo y allí empezó a descargar sobre él una lluvia de patadas que lo convirtieron en una masa informe. La tertulia de la víspera había terminado a primeras horas de la madrugada.

—¿Cómo se siente, doctor?

Tinus van Vuuren dominó con su voz el estruendo de las máquinas mientras se acercaba al sitio desde el cual yo observaba la operación. Mis nervios vibraban como cuerdas de guitarra. Tinus tenía la cara tan fresca como un niño que hubiera bebido leche caliente con miel antes de dormir doce horas seguidas. Yo conocía varios ejemplares de esa especie. Louren era uno de ellos.

—¡Terriblemente mal!... ¡Gracias! —le respondí a grito pelado.

—Durante un par de días no habrá nada interesante que ver aquí —dijo Tinus—. ¿Por qué no se acuesta y descansa un rato, doctor?

—Seguiré aquí —le dije expresando al parecer el sentir general.

Louren, incapaz de alejarse un minuto de la Ciudad de la Luna, dirigía la marcha del imperio Sturvesant desde la cabina radiotelefónica. Sally intentó en varias ocasiones clasificar y archivar nuestros materiales, pero su desgastada labor no duró en todos los casos más de una o dos horas, porque estaba deseando volver a la caverna. Ral y Leslie, que no se preocupaban de fingir, pasaban todo el día en aquélla, salvo los breves momentos en que desaparecían simultáneamente para dedicarse, según Louren y yo barruntábamos, a ciertos ejercicios corporales.

Tinus era un maestro en su oficio. Su equipo abrió un túnel en poco tiempo, dando muestras de una gran capacidad. Las paredes fueron labradas

con esmero y precisión y apuntaladas con gruesas vigas de madera, y a lo largo del techo fue tendido un cable del que pendían bombillas eléctricas. A nueve metros de la boca del túnel Tinus construyó una gran cámara, a partir de la cual comenzó a taladrar un nuevo tramo, que corría a espaldas del rey y paralelamente a éste.

Tinus y yo habíamos hecho muchos cálculos y realizado cuidadosamente mediciones, y estábamos de acuerdo respecto al lugar en que hallaríamos, fuera lo que fuere, lo que se ocultaba tras el muro de **mampostería**.

Después de convencer a los perforadores **bantúes** de que debían utilizar máscaras, Tinus y yo nos agachamos detrás de ellos cuando iniciaron el asalto contra los últimos palmos de roca firme. Sus espaldas semejaban manojos de músculos negros y relucientes mientras manipulaban los pesados taladros. El ruido era ensordecedor en aquel estrecho espacio, y a pesar de los ventiladores la atmósfera era sofocante. El sudor corría a chorros por el interior de mi máscara, empañando y manchando los cristales.

La tensión fue en aumento hasta tomarse insoportable a medida que la larga punta de acero de la perforadora penetraba centímetro a centímetro en la roca. La fangosa agua lubricante salía por un orificio de la máquina. Al mirar de soslayo a Tinus, éste me pareció un monstruo, con su negra máscara de goma. Pero sus ojos azules chispeaban tras los cristales. **De** pronto me hizo un guiño y levantó uno de los pulgares para inspirarme confianza.

Súbitamente el hombre que manejaba la perforadora perdió el equilibrio y fue arrastrado hacia delante por la máquina, que se deslizó en un hueco sin hallar resistencia. El hombre se tambaleó peligrosamente mientras se esforzaba por retener la pesada perforadora de acero. Tinus le asió fuertemente de un hombro con una mano, en tanto que con la otra cerraba secamente la válvula de la máquina.

Todo quedó en silencio. Éste dolía más que el ruido. El único sonido que lo alteraba era el de nuestra difícil respiración.

Hemos dado con un hueco... Sabe Dios qué habrá en él, pensé.

Una emoción tan intensa como la que yo experimentaba se reflejó en los ojos azules de Tinus. Al hacer yo un movimiento afirmativo con la cabeza, él se volvió, dio una palmada en la espalda a cada uno de los perforadores y levantó un pulgar para indicarles que la tarea había concluido. Los hombres, agachados, echaron a andar arrastrando los pies por el bajo túnel y desaparecieron en el recodo.

Tinus y yo avanzamos hacia la pared y, en cuclillas junto a ésta, retiramos con mucho cuidado el taladro del hueco en que estaba encajado. Una estela de fino polvo siguió a la máquina y se extendió como una nube bajo el violento resplandor de las lamparillas eléctricas. Tinus y yo nos miramos. Luego moví la cabeza y él, asintiendo con la suya, echó a andar por el túnel detrás de sus hombres. Solo, seguí trabajando de cara a la pared.

Para sondear la cavidad hasta el límite de su anchura, introduje en ella una larga varilla de material plástico, a cuya punta había adherido un trozo de paño esterilizado. La varilla encontró resistencia a cuatro metros de distancia del boquete. Cuando la retiré, el paño estaba cubierto de una capa de polvo gris y harinoso, que deposité en un frasco. A continuación reemplacé el paño por otro limpio. En total reuní seis muestras de polvo antes de seguir a Tinus por el túnel.

En la cámara de piedra había a mi disposición un banco y una lámpara regulable. El microscopio, con su espejo ya ajustado, estaba bajo la luz. Unos pocos minutos me bastaron para **diseminar** las muestras de polvo en las platinas y espolvorearlas con un tinte rojo.

Me costó bastante ver a través del ocular del microscopio, porque los cristales de mi máscara estaban empañados. Aunque una sola ojeada hubiera bastado, me obstiné en examinar todas las muestras antes de quitarme la máscara y aspirar grandes bocanadas de aire fresco.

En la caverna me aguardaban ansiosamente.

—¡Hemos descubierto una cavidad incontaminada! —grité. Todos se abalanzaron sobre mí, me dieron palmadas en la espalda y me estrecharon la mano, riendo y charlando animadamente.

Louren no permitió que nadie se acercara a nosotros mientras trabajábamos junto al boquete, aunque Ral y **Sally** estaban ansiosos por acompañarnos.

Lentamente y con mucho cuidado agrandamos de forma gradual el hueco con un escoplo y un martillo, hasta que quedó parcialmente al descubierto una maciza losa de piedra arenisca roja y labrada, que bloqueaba el túnel desde el techo hasta el suelo y de pared a pared. Obviamente integraba el revestimiento de la cavidad que acabábamos de descubrir.

En su centro estaba el agujero abierto por la perforadora, semejante a la oscura órbita de un ojo. Aunque nos esforzamos por escudriñar a través de la abertura, sólo percibimos una impenetrable oscuridad y tuvimos que conformarnos con una aproximación lenta y dificultosa a nuestro objetivo.

Durante tres días trabajamos hombro con hombro. Desnudos hasta la cintura, golpeamos una y otra vez en la roca viva. Pese a los guantes que las protegían, nuestras manos se llenaron de ampollas y nuestros rostros de mugre. Finalmente, la maciza losa quedó al descubierto en toda su extensión. Entonces advertimos que estaba unida a ambos lados a otras losas idénticas y que en su parte superior sostenía una hilera de piedras transversales que componían un dintel, también macizo.

Mediante dos gatos hidráulicos de cincuenta toneladas separamos en lo posible el dintel de la losa. Luego abrimos con el taladro dos orificios, encajamos en ellos dos anillas metálicas y enganchamos en éstas dos cadenas de acero. A continuación atravesamos en el túnel dos viguetas de hierro en forma de «H», cuyos extremos empotramos en las paredes para afirmar en ellas las cadenas, y mediante dos sólidos cabrestantes empezamos a desencajar la losa de su emplazamiento.

De rodillas uno al lado del otro, comenzamos a girar simultáneamente las manivelas de nuestros respectivos cabrestantes. A cada clic de los linguetes las cadenas se tensaban un poco más, hasta que quedaron tan rígidas como dos gruesas barras de acero. Entonces ya no pudimos vencer la resistencia de las manivelas.

—Escucha, Ben: ahora haremos fuerza los dos con una sola manivela —dijo Louren jadeando.

Sus dorados rizos, más oscuros y endurecidos a causa del sudor y la tierra, estaban adheridos a su cráneo. El sudor ponía de relieve los grandes músculos de sus hombros y sus tensos e hinchados bíceps en tanto manipulábamos el cabrestante.

«¡Clank!», rechinaba el linguete, y la cadena se movía tres milímetros.

«¡Clank!», y volvía a moverse.

—¡Listo, socio! —jadeó Louren a mi lado.

—Listo, Lo —respondí yo, y curvado como un arco, sentí que los músculos de la espalda comenzaban a desgarrarse y que los ojos querían saltáreme de las órbitas.

De pronto oímos un suave chirrido, y la gran losa de piedra arenisca comenzó a desplazarse fuera de la pared. Poco después cayó estrepitosamente sobre el suelo del túnel. Detrás quedó un hueco cuadrado y oscuro.

Durante un momento permanecemos tumbados en el suelo, esforzándonos por respirar. El sudor corría por nuestros rostros y cuerpos. Con los músculos todavía trémulos y crispados miramos dentro de la siniestra cavidad.

El olor rancio del aire muerto y confinado allí durante dos mil años nos dio en la cara.

—¡Adelante! —dijo Louren, que fue el primero en moverse.

Poniéndose trabajosamente en pie, tomó una de las lamparillas protegidas por una especie de jaula metálica y echó a andar hacia el hueco. El cable de extensión lo seguía como una víbora.

Me deslicé detrás de él rápidamente. Gateando traspusimos la entrada de la cavidad y de un salto caímos sobre el suelo, que estaba a un metro veinte centímetros bajo el nivel del túnel. Siempre juntos, y en tanto Louren sostenía la lámpara sobre nuestras cabezas, escudriñamos las movedizas y misteriosas sombras que aquélla proyectaba.

Nos hallábamos en un largo y cómodo pasadizo que corría en línea recta desde la caverna hasta un muro de piedra liso.

Su techo estaba constituido por una sucesión de vigas de piedra arenisca que iban de pared a pared. Los muros estaban revestidos de losas semejantes a las que acabábamos de remover y el pavimento se componía de losas

cuadradas de piedra arenisca.

A lo largo de cada pared había una serie de nichos de piedra labrada, de dos metros de ancho por uno y medio de profundidad, que arrancando del suelo llegaban hasta el techo. Cada nicho tenía varios anaqueles de piedra, situados a un metro de distancia unos de otros. Sobre los anaqueles había centenares de jarras de barro.

—Ésta debió de ser una despensa —dijo Louren, levantando muy arriba la lámpara y avanzando lentamente por el túnel.

—Sí. En esas jarras guardarían el vino y los cereales. Nunca me he podido privar de expresar mis conjeturas en voz alta. Mi corazón golpeaba como un martillo y mi cabeza giraba a ambos lados para no perder un solo detalle.

En cada pared había diez nichos. Insistiendo en hacer públicas mis conjeturas dije:

—Debe de haber dos o tres mil jarras.

—Abramos una —dijo Louren, devorado por la impaciencia característica de los profanos.

—No, Lo. No abriremos ninguna hasta que no estemos en condiciones de trabajar como corresponde.

Todas las cosas estaban recubiertas por una suave y densa mortaja de polvo blanco, que borraba sus contornos y sus partes salientes. El polvo se elevaba perezosamente como una niebla marina en torno de nuestras piernas mientras caminábamos.

—Antes de tocar nada tendremos que limpiar bien esto —dije, y estornudé, a causa del polvo que se me metía en la nariz.

—Camina más despacio —me dijo Louren—. Así no levantarás polvo.

Apenas reanudamos la marcha se detuvo bruscamente.

—¿Qué es esto?

Desparramados a lo largo del pasadizo había numerosos objetos grandes e informes que no era posible identificar a causa del polvo que los cubría. Unas aisladas, otras en montón, aquellas cosas extrañas, de líneas imprecisas, pusieron a prueba mi memoria. A diferencia de las jarras, ordenadas en hileras, tales objetos parecían arrojados allí al azar.

—Coge la lámpara —le dije a Louren, y me agaché junto a uno de ellos.

Suavemente deslicé mis dedos por la capa de polvo, **que** deshice con cuidado. Al identificar la cosa me eché hacia atrás y lancé una involuntaria exclamación de sorpresa.

A través del polvo y de los siglos, un rostro humano clavó en mí sus ojos..., un rostro muerto y momificado mucho tiempo atrás y recubierto por una tensa y reseca piel color tabaco. Los ojos no eran más que dos negros agujeros, y los labios, contraídos, dejaban al descubierto dos hileras de dientes amarillos, configurando una especie de mueca burlona.

—Muertos —dijo Louren—. Docenas de hombres muertos...

—¿Sacrificados? —aventuré pensativo—. No es posible... no puede ser.

—Todo parece indicar que murieron peleando. Ahora que sabíamos de qué se trataba, podíamos echar una ojeada a los cadáveres amontonados como los desechos **de** un huracán y a los que yacían aislados en el pavimento de piedra. Uno, cubierto con un manto de polvo gris, sentado y con su espalda apoyada en la pared, tenía la cabeza inclinada sobre el pecho y un brazo extendido hacia delante. Sin duda había derribado las cuatro jarras diseminadas a su alrededor, semejantes a cuatro gruesos panes franceses.

—Debió ser una lucha terrible —dije, espantado.

—Por supuesto que fue terrible... —confirmó Louren con voz suave.

Yo me volví hacia él sorprendido. Sus ojos brillaban intensamente a causa de una profunda emoción y en sus labios separados se dibujaba una tenue e impávida sonrisa.

—¿Qué quieres decir? —le pregunté **con** vehemencia—. ¿Cómo lo sabes?

Louren dirigió sus ojos hacia mí. Durante un momento no me vio realmente. Por último logró enfocarme bien.

—¿Qué? —me dijo perplejo.

—Has hablado como si estuvieras seguro **de** ello.

—¿Yo? —me preguntó—. No sé... Sólo he expresado una conjetura.

Lentamente echó a andar por el pasillo, levantando los pies sobre los cadáveres desparramados en el suelo y escudriñando cada nicho que hallaba a su paso. Yo le seguía pausadamente.

Mi mente, como un toro acorralado, cargaba salvajemente contra cualquier idea, por efímera que fuese, que se cruzara en su trayecto. Desandando el camino recorrido, embestía una y otra vez. Sabía perfectamente que no sería capaz de pensar con calma y lógicamente hasta que no cesara aquella marejada emocional interna.

De una sola cosa estaba seguro: nuestro descubrimiento, comparable a los de **Leakey** en **Oiduvai Gorge**, causaría una gran conmoción y deslumbraría a los arqueólogos. Por fin cristalizaba el sueño que había alimentado día a día durante veinte años.

Al llegar al extremo del pasadizo nos hallamos ante otro panel de piedra arenisca, pero decorado con una estilizada imagen del Sol, semejante a un torbellino. De un metro de diámetro, parecía una rueda de fuegos artificiales, de cuya circunferencia partieran flamígeros rayos.

La imagen suscitó en mí un extraño sentimiento de pavor y veneración, similar al que experimento a veces en las sinagogas o en los claustros de las catedrales cristianas.

Durante largo tiempo permanecimos inmóviles, con los ojos clavados en la imagen.

De pronto Louren se volvió y miró hacia la pared abierta más atrás.

—¿Esto es todo? —preguntó con voz irritada—. ¿Un simple pasadizo sembrado de jarras y huesos antiguos? ¡Tenemos que descubrir algo más...!

Su desilusión me chocó. Para mí aquello implicaba la mayor recompensa que podía obtener en este mundo, el momento culminante de mi vida... Sin embargo, Louren se sentía defraudado. Una sorda cólera empezó a bullir en mi interior.

—¿Qué demonios quieres encontrar? —estallé—. ¿Oro y diamantes, sarcófagos de marfil y...?

—Efectivamente, algo por el estilo.

—No tienes la menor idea de lo que esto significa. Por eso te parece insuficiente...

—Yo no he dicho tal cosa, **Ben**.

—¿Sabes lo que ocurre contigo, Louren **Sturvesant**? Mimado por la fortuna, que te **ha** colmado de bienes, juzgas **que** todo es poco para **tí**.

—¡Escucha, Ben...!

Aunque advertí en sus ojos una cólera tan violenta como la que yo experimentaba, seguí machacando:

—Toda mi vida he estado trazando planes, ahorrando y trabajando con vistas a este descubrimiento, y ahora que mi sueño se concreta, tú...

—¡Vamos, Ben, no lo tomes así! —Súbitamente sus ojos se mostraron comprensivos—. De ninguna manera subestimo tu descubrimiento, el más increíble efectuado hasta ahora en **África**. Simplemente quería...

Varios minutos hubo de hablar Louren en tono persuasivo para ablandarme. Por último, sonreí de mala gana.

—Está bien, Lo —dije un tanto aplacado—. Pero no vuelvas a hablar de esa manera. Esos bastardos menospreciaron siempre mis descubrimientos y teorías... ¡No te sumes a ellos!

—Hay algo que incluso ellos no pueden negar: ¡el coraje con que expresas tus ideas! —y dándome un manotazo en **el** hombro siguió—: Adelante, Ben. Veamos qué ocultan esas jarras.

—Pienso que no debemos tocarlas antes de registrarlas en un gráfico —le dije, avergonzado de mi reciente estallido y ansioso por congraciarme con él.

—En el suelo hay un par que alguien hizo caer de los anaqueles —dijo Louren—. Hay miles de jarras. De modo que muy bien podemos hurtar una, ¡qué diablos!

No me estaba rogando. Louren Sturvesant no le pedía permiso a nadie para **hacer** lo que se le antojaba. En realidad se trataba de una orden expresada en la forma más amable **posible**. Inmediatamente giró sobre sí mismo y avanzó en dirección a las jarras caídas junto al polvoriento cadáver

inclinado hacia delante.

Yo me precipité tras él.

—Muy bien —dije innecesariamente, esforzándome por conservar el control nominal de mis hallazgos—. Cogeremos una...; solamente una.

Y experimenté un vergonzante alivio al sentirme liberado respecto a una decisión que no me hubiera gustado tomar. Por otra parte, yo también estaba impaciente por conocer el contenido de las jarras.

La jarra se encontraba sobre un banco en el centro de la habitación prefabricada que hacía las veces de taller y depósito. Fuera reinaban las tinieblas, pero dentro todas las luces estaban encendidas. Alrededor del banco estábamos Sally, Ral, Leslie y yo. Tinus van Vuuren, convertido en sereno nocturno, vigilaba la caverna. Louren había resuelto mantener un guardián armado en la boca del túnel las veinticuatro horas del día. Tinus cubriría ese puesto hasta que pudiéramos reemplazarle por otras personas.

A través de los delgados tabiques llegaba a mis oídos la voz de Louren, quien gritaba en el micrófono:

—... aspiradora. Aspiradora... ¡AS-PI-RA-DO-RA! «A» de alcoholico, «S» de serpiente... Eso es. Aspiradora. Para trabajos fuertes. Como las que utilizan en las fábricas... Dos... ¿Entendido? ¡Perfecto!... También quiero que hables con Robeson, el jefe de Seguridad de las Minas de Diamantes Sturvesant. Dile que me envíe sus dos mejores hombres y media docena de guardias bantúes. Sí... Eso es. Sí; armados.

Ninguno prestaba atención a las palabras de Louren. Fascinados, no apartábamos los ojos de la jarra de barro.

—Si contuviese oro pesaría más —dijo Ral con autoridad. *

—Tampoco es posible que contenga vino o aceite... —comentó Leslie.

Todos volvimos a guardar silencio. La jarra, de alrededor de cuarenta y cinco centímetros de altura y ancha como un frasco de salmuera, era de barro rojo sin vidriar, no tenía adornos ni inscripciones y estaba sellada con una sustancia negra; probablemente goma o cera. Sobre su tapa, semejante a una tetera, había una pequeña protuberancia redonda que servía de asa.

—Mande todo eso mañana a primera hora en el Dakota... ¿Comprendido?

Louren seguía muy atareado en la habitación contigua.

—¡Ojalá termine de una vez! —exclamó Sally impaciente—. Me muero por saber qué hay en la jarra.

De pronto tuve miedo de enterarme del contenido de aquella vasija. Ahora temía que estuviese llena de mijo africano o de algún otro cereal indígena..., y oí chillar a mis detractores como una manada de lobos hambrientos. Súbitamente dudé de mi reciente presentimiento respecto a un hallazgo trascendental. Sentado en el borde de mi banqueta me frotaba las manos llenas de polvo y, con los ojos fijos en la jarra, me sentía muy desdichado. Acaso Louren tuviera razón y dentro de poco los cuatro dijéramos como él: «¿Eso es todo?».

Desde la cabina radiotelefónica llegaron a mis oídos las palabras con que Louren ponía fin a su transmisión. Poco después apareció en el depósito, cubierto aún por el polvo del túnel. Sus dorados cabellos estaban rígidos a causa de la mugre y del sudor seco que los recubrían. No obstante, sus desordenados rizos y su desaliño le otorgaban un aire novelesco, propio de un esbelto pirata antiguo. Durante un momento permaneció en el vano de la puerta sujetándose el cinturón con los pulgares. Todos los ojos estaban fijos en él. De pronto me miró e hizo una mueca.

—¡Hola, Ben! ¿Qué nos has traído? —me preguntó y, atravesando lentamente la habitación, se situó a mis espaldas.

Instintivamente los demás se agolparon en círculo a mi alrededor, en tanto yo cogía un escalpelo y aplicaba su punta a la juntura de la tapadera.

Mi primer toque demostró que no me había equivocado.

—Creo que es cera de abeja —dije.

Cuidadosamente raspé la oscura sustancia y después abandoné el escalpelo. Con suma cautela empecé a tirar de la tapa, que, con gran sorpresa por mi parte, cedió en seguida.

Todas las cabezas se inclinaron hacia delante. Pero la primera impresión fue desalentadora. Sólo vimos una masa amorfa salpicada de manchas amarillas y pardas causadas por los años.

—¿Qué es esto? —preguntó Louren a sus expertos. Pero ninguno de nosotros supo responderle. Yo no sabía si sentirme desilusionado o aliviado. De todas maneras aquello no se parecía a ningún cereal.

—¿Perciben olor? —preguntó Sally.

Éste era un tanto desagradable, pero familiar.

—Conozco ese olor —dije.

—Yo también —intervino **Leslie**. Todos miramos fijamente a la jarra, esforzándonos por identificarlo. De pronto recordé.

—Es el olor característico de las curtidurías —dije.

—¡Exacto! —convino Sally.

—¿Huele a cuero? —preguntó Louren.

—Veamos —dije inclinando la jarra hacia mí. Y suavemente empecé a volcar su contenido sobre la mesa.

En seguida resultó evidente que se trataba de un objeto cilíndrico, de textura dura, pero quebradiza. Mientras lo iba sacando pulgada a pulgada de la jarra, arreciaron los comentarios a mi alrededor.

—Es un objeto cilíndrico y largo.

—Parece una salchicha.

—Está envuelto en una tela.

—¡Espero que sea de lino!

—De todas maneras, se ven los hilos entretejidos. ¡Algunos dirán que es un producto de la cultura **bantú**!

—La tela está podrida y se cae a pedazos.

Al colocar aquel objeto sobre la mesa y observarlo atentamente, comprendí que mi sueño se había convertido en realidad... Ahora estaba seguro de que me hallaba ante un tesoro mucho más valioso que el oro y los diamantes codiciados por Louren. Rápidamente levanté la cabeza y miré a Sally, para comprobar si sentía lo mismo que yo. Pero su expresión denotaba impaciencia y perplejidad. Sin embargo, cuando sus ojos se encontraron con los míos captó en seguida mi júbilo.

—¡Ben! —exclamó adivinando mis pensamientos—. ¿De veras? ¡**Oh**, Ben...! ¿Y si fuese otra cosa? ¡Ábrelo de una vez, hombre! ¡Ábrelo, por Dios!

Cogí unas tenacillas, pero mis temblorosas manos me impidieron trabajar con eficacia. Entonces las cerré con fuerza y aspiré dos veces profundamente, tratando de contener el ímpetu de mi sangre, que afluía velozmente a mis oídos.

—Permítame —dijo Ral estirando una mano para coger las tenacillas.

—¡No! —le contesté, apartando violentamente su mano.

Creo que le hubiera golpeado si hubiese insistido. Ral se estremeció. Por primera vez percibía la violencia oculta en el fondo de mi ser.

Todos aguardaron hasta que, dueño nuevamente de mí mismo, empecé a arrancar la frágil y amarillenta tela que **cubría** el cilindro.

A medida que éste iba quedando al descubierto, se disipaban mis dudas. Desde el otro lado del banco llegó hasta mí el rumor entrecortado de la respiración de Sally. Sin embargo, me abstuve de mirarla hasta que concluí la operación.

—¡Ben! —cuchicheó—. ¡Qué feliz me siento por tu éxito! De pronto advertí que estaba llorando. Gruesas lágrimas se deslizaban por sus mejillas.

Su llanto me **conmovió**. Estoy seguro de que si ella no hubiese llorado yo no habría perdido el aplomo. Súbitamente me ardieron los ojos y se me nubló la vista a causa de la humedad que los recubría.

—Gracias, Sal —la dije con voz nasal y emocionada.

Cuando sentí que se me saltaban las lágrimas, las enjuagué molesto con una mano, mientras con la otra buscaba a tientas mi pañuelo. Luego soplé mi nariz como un clarín que ordenara una carga, en tanto que mi corazón cantaba regocijado.

Los bordes exteriores del apretado rollo de cuero aparecían desgarrados y carcomidos por el tiempo. El resto, sin embargo, se conservaba en perfectas condiciones. A lo largo del rollo se sucedían varias líneas escritas, que semejaban un enjambre de pequeños insectos negros distribuidos en hileras.

De inmediato identifiqué los símbolos, o sea, las letras individuales del alfabeto púnico. En la parte descubierta del antiguo rollo de cuero alcancé a contar unas treinta líneas de fluida escritura. Como no entendía aquel idioma, miré a **Sally**, que se había especializado en tal materia en Oxford, junto a **Hamilton**.

—¿Lo entiendes, Sal? ¿Qué dice?

—Está escrito en cartaginés... ¡En púnico! —respondió ella sin vacilar.

—¿Estás segura?

Sally me respondió, leyendo con voz ahogada aún por la emoción:

—... *hoy en **Opet** una caravana procedente de...* —se detuvo un momento—. Aquí no se distinguen las letras. Después dice... *Ciento veintisiete dedos de oro fino, la décima parte de los cual corresponde a...*

—¿Qué demonios ocurre? ¿Qué significa esto? —preguntó **Louren** en tono imperioso.

Yo me volví hacia él y le dije:

—Significa que hemos descubierto los archivos de la ciudad perdida..., intactos y, por consiguiente, en condiciones de ser descifrados. Poseemos ahora la historia completa de aquella remota civilización escrita por sus hijos, en su propio idioma y con sus propias palabras cotidianas.

Louren me estaba mirando fijamente. Sin duda **no tenía** aún idea de la magnitud de nuestro hallazgo.

—He aquí algo que haría perder el seso a cualquier arqueólogo: un testimonio cabal e irrefutable, abundante **en** detalles ilustrativos.

Louren seguía sin comprender.

—Una sola línea de este texto basta para probar **en** forma **concluyente** la existencia de un pueblo que hablaba y escribía

en la vieja lengua púnica de Cartago, que traficaba en oro y vivía en una ciudad llamada Opet, que...

—Todo eso acabamos de saberlo a través de una sola línea —me interrumpió Sally—. Y aquí hay millares de jarras, cada una con su rollo respectivo... Pronto nos enteraremos de los nombres de sus reyes y de sus hazañas y conoceremos su religión, sus ceremonias...

—... sus batallas y sus grandes empresas —dije apoderan" dome de la pelota.

Pero ella, con igual destreza, me la arrebató en seguida;

—... ¡y averiguaremos hacia dónde se dirigieron y por qué!

—¡Dios mío! —exclamó Louren, entendiendo al fin—. ¡Lo que buscábamos, Ben! ¡De golpe y porrazo, todo se aclara!

—¡Así es...! ¡Todo está aquí!

Una hora después de mi gran triunfo, cuando me hallaba en el cénit de mi carrera y la fama y el éxito me sonreían, la doctora Sally Benator se las ingenió para que mi gloria se derrumbara estrepitosamente.

Durante largo tiempo permanecimos sentados en círculo conversando tensos de emoción y dispuestos, como de costumbre, a prolongar la reunión hasta las primeras horas del día siguiente después de haber bebido una botella de Glen Grant, cuyo contenido suavizó nuestras gargantas y palabras. Sally había traducido ya la parte visible del texto, que se refería a ciertas transacciones comerciales y constituía una especie de catálogo de mercancías y valores, muy interesante de por sí por sus constantes menciones de pueblos y lugares antiguos. De pronto Sally tradujo:

—*Veinte grandes ánforas de vino tinto de Zeng, obtenidas por Habbakik Lal, de las cuales corresponde la décima parte al «Gry León».*

—¿Qué es un gry león? —preguntó Louren, cuyo instinto de cazador despertó instantáneamente al oír tal nombre.

—Gry es un superlativo —le explicó Sally—. De modo que gry león significa «gran león». Probablemente era el título que se aplicaba al rey o al gobernador de la ciudad.

A continuación siguió traduciendo:

—*De los mares de hierba del sur: ciento noventa y dos grandes colmillos de marfil, que pesan en total doscientos veintiún talentos, de los cuales corresponde la décima parte al «Gry León» y el resto al birreme de Al-Muab Adbm.*

—¿A qué equivale un talento? —preguntó Louren.

—A cuatrocientos cincuenta y tres gramos, más o menos.

—¡Dios mío! Ese solo cargamento se compone de más de cuatro mil quinientos kilos de marfil. ¡Qué tremendos cazadores debieron de ser aquellos hombrecillos! —comentó Louren, rubricando sus palabras con un silbido.

Cuando terminamos de discutir en todos sus detalles la parte visible del texto, surgió de nuevo la impaciencia de Louren.

—Desenrollemos un poco más eso —sugirió.

—Sólo un experto podrá hacerlo —le dije moviendo la cabeza apesadumbrado—. Ese cuero ha permanecido enrollado durante casi dos milenios. Tan reseco está que se desgarrará en mil pedazos si no se manipula con sumo cuidado.

—Sí —dijo Sally—. Quien lo haga tardará varias semanas en desenrollar cada rollo.

Su presunción me dejó pasmado, porque sus conocimientos en el área de la paleografía y de los textos antiguos se limitaban a lo que pudo haber aprendido durante los tres años que actuó como tercera ayudante de Hamilton. Por consiguiente, yo dudaba de que tuviera experiencia alguna en cuanto a la preservación y preparación de rollos de cuero o papiro. Sally, que leía el púnico con la misma soltura con que un niño inglés normal de diez años puede leer a Shakespeare, estaba dando por descontado que sería la depositaria de una de las más valiosas colecciones de documentos antiguos jamás descubiertas.

Sin duda leyó en mi rostro tales pensamientos, porque de pronto me preguntó alarmada:

—Yo me encargaré de ese trabajo, ¿no, Ben? Esforzándome por atenuar el

golpe, ya que tengo por norma no herir los sentimientos de nadie, y mucho menos los de la mujer que amo, le dije:

—Se trata de una labor enormemente difícil, Sal. En rigor pienso que deberíamos confiársela a alguien de la envergadura de Hamilton o de la de Levy, de Tel-Aviv, o incluso de la jerarquía de Rogers, de Chicago —al ver que su rostro se ensombrecía terriblemente, que sus labios temblaban y quedaban colgando y que sus ojos se nublaban, proseguí rápidamente—: De todas maneras, te aseguro que actuarás como primera ayudante del que realice la operación.

A continuación se produjo un mortal silencio, que se prolongó durante cinco segundos. En ese breve lapso la desesperación de Sally se transformó en un furor ciego y avasallador, que vi crecer como una tormenta. Sin embargo, nada pude hacer para eludirla.

—Benjamín Kazin —comenzó a decir en un tono suave y despreciativo—, considero que usted es el ser más astuto y vil que he tenido la desgracia de conocer hasta ahora. Durante tres años muy difíciles colaboré con usted lealmente...

A partir de ese momento perdió los estribos por completo y me deparó un espléndido espectáculo. Aunque sus palabras me herían en lo vivo y hacían sangrar mi alma, no dejé de admirar sus ojos llameantes, sus enrojecidas mejillas y su magistral sentido de la invectiva.

—Es usted pequeño, tanto de cuerpo como de alma —escogió el adjetivo deliberadamente. Yo quedé sin aliento, porque nadie me había apostrofado jamás de esa manera. Sally sabía que aquella palabra me dolía terriblemente—. Le odio... Le odio con toda mi alma, ¡hombrecillo!

Sentí que la sangre afluyó a mis mejillas y, tartamudeando, traté de defenderme. Pero ella frustró mi intento al volverse rápidamente hacia Louren. Todavía rabiosa y sin moderar en absoluto su tono, le gritó:

—¡Dígale que me encargue ese trabajo! ¡Ordéneselo! A pesar de mi desventura me apiadé de la pobre Sally porque el hombre a quien ahora se dirigía no era un arqueólogo lisiado y de carácter tranquilo. Su actitud era semejante a la de quien hostigara con un corto palo a un terrible mamba o arrojase piedras a un león hambriento. Me asombró su estúpida presunción meramente basada en el trato cordial y amistoso que Louren le dispensaba y su atrevido tono, mediante el cual pretendía demostrar que tenía el derecho de exigir de él cierta consideración sustentada en un vínculo íntimo o en algún tipo de fidelidad que ella podía reclamar en la forma perentoria en que lo estaba haciendo. Yo, que en realidad disfrutaba de tales privilegios, jamás los había usado de tal manera. Por lo demás, no creo que nadie, en tales circunstancias, hubiese obrado como ella.

Los ojos de Louren despedían fríos rayos azules, como una rutilante punta de lanza. Sus labios se fruncieron sombríamente y los bordes de sus fosas nasales parecían de porcelana blanca.

—¡Cierre el pico, mujer! —su voz crujió como un instrumento que cortara hielo.

Mi desesperación aumentó —si eso fuera posible— al contestarle Louren en la forma tajante que yo había previsto. Ahora las dos personas que yo más quería en el mundo estaban en guerra. Por otra parte, sabía perfectamente que aquellos dos seres altivos y tozudos no darían su brazo a torcer. El desastre, pues, era inevitable. De pronto tuve ganas de gritar: «¡Por favor, Sally, cállate! Haré lo que me pidas con tal de evitar un hecho irreparable.»

Pero Sally se apagó instantáneamente. Su ira y su belicosidad desaparecieron como por encanto y pareció encogerse ante las palabras de Louren como bajo un látigo.

—Vaya a su cuarto y no salga de él hasta que haya aprendido a comportarse como corresponde —la ordenó Louren, siempre en un tono frío y furioso a la vez.

Sally se puso en pie y con los ojos bajos salió de la habitación.

No daba crédito a mis ojos. Con la boca abierta seguí mirando fijamente la puerta por cuyo vano acababa de desaparecer la rebelde Sally, tan dócilmente como un niño castigado por sus padres. Ral y Leslie se debatían en un mar de dudas y vacilaciones.

—Pienso que ya es hora de dormir —murmuró Ral—. Les pido mil

perdones. Vamos, Les. Buenas noches a todos —y la pareja se alejó.

Louren y yo quedamos solos..

Louren fue quien rompió el largo silencio. Poniéndose en pie, habló en un tono natural y tranquilo. Su mano cayó sobre mi hombro de forma casual y afectuosa.

—Lo siento, Ben. No pienses más en ello. Te veré mañana por la mañana —y saliendo de la habitación se perdió en la oscuridad.

Permanecí sentado frente al viejo rollo de cuero, carente ahora de valor para mí, con el corazón destrozado.

«¡Le odio, hombrecillo!»

La voz de Sally seguía resonando en mi alma solitaria. Estirando el brazo cogí la botella de Glen Grant.

Muchos vasos hube de beber para emborracharme y no sentir el aguijón de aquella frase. Cuando descendí por la escalera y la plateada luz de la luna me dio en la cara, ya había resuelto mi plan de acción: me excusaría ante Sally y le pediría que se hiciera cargo de los rollos. Nada podría justificar ya su enfado.

De inmediato me dirigí a la cabaña que ahora sólo ocupaba Sally, ya que Leslie se había mudado a la antigua habitación de Peter y Heather, y llamé suavemente a su puerta. Como **no** hubo respuesta, golpeé más fuerte y la llamé por su nombre:

—Por favor, Sally, tengo que hablar contigo. Por último abrí la puerta y me hallé ante la oscura habitación. Cuando estaba a punto de entrar me faltó el coraje necesario para hacerlo. Entonces cerré la puerta con cuidado y me dirigí con paso vacilante a mi cabaña. Allí caí de bruces sobre la cama. Todavía lleno de polvo y enteramente vestido, me sumergí en el olvido.

—¡Ben! ¡Ben! Despierta.

La voz de Sally y su mano, que me sacudía con insistencia, me despertaron. Al volver la cabeza y abrir los ojos, **que** me ardían, vi una hermosa mañana y a Sally sentada en el borde de mi lecho e inclinada sobre mí. Estaba Sally enteramente vestida, aunque su piel brillaba a causa de su reciente baño. En su cabello, recién peinado, lucía una vistosa cinta color escarlata. Sin embargo, sus ojos estaban hinchados, como si hubiera dormido mal o llorado.

—He venido a excusarme por lo de anoche, Ben..., por mis odiosas y estúpidas palabras y por mi mal comportamiento...

Mientras ella hablaba de esa manera, los dispersos fragmentos de mi vida volvieron a integrarse hasta conformar de nuevo un ser completo, y se desvaneció mi jaqueca y la angustia que oprimía mi corazón.

—Aunque tal vez hayas cambiado de parecer y yo no merezca ese puesto, me sentiría muy honrada en actuar como primera ayudante de Hamilton o quienquiera que sea el que realice esa tarea.

—Te prometo que desempeñarás esa función —le dije, haciendo una mueca burlona.

Nuestra primera labor en los archivos consistió en barrer de ellos la espesa capa de polvo gris que cubría todas las cosas. No salía de mi asombro y me preguntaba por dónde había penetrado tanto polvo en aquel estrecho túnel herméticamente clausurado... Pero pronto descubrí que las uniones entre las vigas de piedra del techo no eran tan herméticas como las de los muros y que una fina llovizna de polvo habíase filtrado por ellas a través de los siglos.

Cuando aterrizó el Dakota con el equipo ordenado por Louren y el destacamento de su propia policía de seguridad, ya estábamos en condiciones de iniciar las tareas.

La policía de seguridad levantó una cabaña junto a la boca del túnel, en la que a partir de entonces hubo siempre un guardián apostado. Sólo podíamos entrar allí los cinco miembros principales de la expedición.

Las aspiradoras simplificaron la tarea de quitar el polvo de los archivos. Ral y yo trabajamos desde el más lejano rincón del pasadizo, como un par de hacendosas amas de casa. Las sofocantes nubes de polvo gris nos obligaron a

usar máscaras hasta la terminación de la faena.

Una vez quitado el polvo pudimos evaluar adecuadamente nuestro hallazgo. En los nichos de piedra había mil ciento cuarenta y dos jarras selladas; de ellas ciento cuarenta y ocho habían sido derribadas de las estanterías y ciento veintisiete estaban rotas o rajadas, con sus rollos expuestos al aire y obviamente deteriorados. Estos fueron rociados **con parafina** antes de levantarlos del suelo y de etiquetarlos y empaquetarlos.

A continuación volvimos nuestros ojos hacia los testimonios de la mortal batalla que había causado estragos en los archivos como, por ejemplo, las jarras derribadas de los anaqueles.

Diseminados en el piso del túnel, entre los nichos, había treinta y ocho cadáveres, cuyas posturas hablaban de una muerte súbita y violenta. Sin embargo, se conservaban en perfectas condiciones. Algunos se habían arrastrado hasta los nichos para morir en éstos. Quedaban en ellos señales de sus quejidos postreros y sus manos cubrían las bocas de las terribles heridas que aún se veían en sus cuerpos momificados. Sus contraídas facciones revelaban una espantosa agonía. Otros habían muerto rápidamente, la mayoría a raíz de horribles heridas, de resultas de las cuales perdieron algún miembro o la cabeza. En unos pocos casos sus cabezas, separadas de sus troncos, habían rodado más allá de sus cuerpos. Abundaban allí las huellas de una furia diabólica, desatada al modo **de** una fuerza ciega y casi sobrehumana. Todas las víctimas eran de tipo negroide y llevaban taparrabos o mandiles de cuero curtido, adornados con abalorios u objetos de hueso, calzaban ligeras sandalias de cuero y ostentaban en sus cabezas gorros o redecillas también de cuero, y plumas o fibras trenzadas y ornadas con abalorios, conchas o huesos.

En torno a los cuerpos estaban sus armas: puntas de lanza de hierro toscamente forjado, atadas a varillas de dura madera pulida. Muchas de éstas estaban rotas o partidas con armas muy afiladas. Junto a ellas se veían centenares de flechas de caña, guarnecidas con plumas de pato silvestre y malignamente rematadas con púas de hierro forjado a mano. Tales flechas habían arrancado partículas de suave piedra arenisca de las paredes y era fácil deducir que fueron lanzadas desde la boca del túnel antes de que ésta fuera sellada. Ninguna de ellas se había clavado en los cuerpos yacentes en el túnel. Resultaba, pues, evidente que una cortina de flechas había precedido el ataque por parte de los hombres diseminados en el pasadizo.

A cinco metros de la sellada boca del túnel advertimos vestigios de una gran hoguera, que había ennegrecido un sector de **las** paredes, el techo y el suelo. Un montón de leños carbonizados permanecían aún donde la falta de aire apagó el fuego cuando fue sellada la boca del pasadizo. Aquella hoguera constituyó un enigma para nosotros, hasta que **Louren** reconstruyó la batalla. Paseándose una y otra vez por el túnel, y en tanto resonaban sus pisadas en las losas de piedra y su sombra grotesca y monstruosa se proyectaba en los **muros** dijo:

—Sus enemigos obligaron a refugiarse en este lugar a los últimos supervivientes de **Opet**, una pequeña partida formada por los hombres más fuertes y bravos de la ciudad —su voz tenía el timbre verídico de la de un trovador que cantara las proezas de antiguos héroes—. Acto seguido lanzaron a sus paladines para que remataran la operación. Pero los hombres de Opet eliminaron a los atacantes, y los que estaban fuera huyeron. Inmediatamente entraron en acción los arqueros, que desde la boca del túnel arrojaron una lluvia de saetas. Nuevamente entraron en el túnel los enemigos. Pero los hombres de Opet, que los estaban aguardando, los mataron por docenas.

Louren giró sobre sí mismo y avanzó por el pasadizo, hasta situarse a mi lado, bajo la oscilante lamparilla eléctrica. Todos imaginamos en silencio el remoto episodio.

—¡Dios mío! ¡Qué heroico final el de estos hombres que se cubrieron de gloria en su último día!

Hasta yo, que soy un hombre pacífico, me emocioné. Mi corazón latía aceleradamente cuando me volví hacia él, como un niño ansioso por conocer el desenlace de una historia.

—¿Qué ocurrió después? —le pregunté.

—Moribundos y débiles, llenos de heridas y sin fuerzas para continuar

luchando, los hombres de Opet permanecieron juntos, hombro con hombro, compañeros en la muerte como lo habían sido en vida, con sus cuerpos inclinados sobre sus armas. Pero el enemigo no volvió. Decidió, en cambio, encender una hoguera en la boca del pasadizo para obligarles a salir a causa del humo. Como los de Opet no salieron, suspendió el ataque y tapió la entrada. De esta manera el pasadizo se convirtió en sepulcro de muertos y vivos.

Todos guardamos silencio, meditando sobre lo que Louren acababa de imaginar. La historia era lógica y concordaba con las pruebas en todos sus aspectos... salvo en uno. Yo advertí tal laguna, pero no hablé para no estropear tan fascinante relato. Sally, en cambio, no tuvo tal escrúpulo.

—Si ello es verdad, ¿qué fue de su partida de valientes? ¿Se transformaron sus héroes en rayos de luna para huir?

Su tono fue ligeramente burlón, pero tenía razón. Por mi parte hubiera deseado que no la tuviera.

Louren rió entre dientes, pero pareció un tanto confundido.

—De modo que usted piensa en un final más lógico... —le dijo.

De los héroes del antiguo drama no quedaban vestigios... excepto el que hallamos en el extremo del túnel, al pie de la imagen solar de Baal, grabada en la piedra. Se trataba de un objeto recubierto por una densa capa de polvo gris, de un hacha de guerra, último hallazgo efectuado por nosotros en el suelo del túnel. El arma era sorprendentemente bella y útil. Cuando por primera vez la levanté del pavimento en que había descansado durante casi dos mil años, mi mano se cerró cómodamente sobre su mango y mis dedos se adecuaron tan fácilmente a las muescas de su empuñadura que ésta parecía haber sido hecha expresamente para mí. Una deteriorada pulsera de cuero pendía de la empuñadura.

El mango, de un metro de largo, era de cuerno de rinoceronte y conformaba una sólida varilla, elástica y resistente como el acero. La empuñadura era de marfil y el mango entero se hallaba envuelto en alambre de oro argentífero, que los reforzaba, a pesar de lo incomparablemente duro que era de por sí, y lo protegía de los golpes de las espadas enemigas. La hoja, en forma de doble luna en cuarto creciente, tenía un filo de dieciocho centímetros de ancho en cada una de sus caras. En su parte extrema sobresalía una punta de lanza, sin púas, de treinta centímetros de largo. De modo que tal arma servía como estoque y hacha a la vez.

En las dos palas del hacha aparecían cuatro buitres con las alas desplegadas, exquisitamente forjados y cincelados. En cada lado de su doble hoja, los buitres estaban tan minuciosamente realizados que no faltaba en ellos una sola pluma. Detrás de cada buitre había un sol cuyos rayos semejaban los pétalos de una flor. Todas las figuras tenían incrustaciones de oro argentífero. El brillo plateado de las hojas demostraba que habían sido templadas. En el metal se advertían algunas manchas y costras, probablemente de sangre seca. No cabía duda de que tal arma era la autora de las horribles heridas que aparecían en los numerosos cadáveres diseminados en el suelo del túnel.

El contacto de tan magnífica arma despertó en mí, de pronto un acceso de locura. Sólo tuve, en verdad, conciencia de ello cuando el hacha trazó un amplio círculo en tomo de mi cabeza. El peso y contrapeso de la espléndida arma se equilibraban tan perfectamente que no tuve el menor inconveniente en hacerla girar muy por encima de mí mismo y en descargar un largo y mortal golpe en el vacío. La hoja silbó ávidamente cuando el aire en movimiento besó su brillante filo. Su dócil empuñadura pareció cobrar vida en mi mano, después de un sueño de casi dos milenios.

En lo más profundo de mi alma surgió un atávico alarido, un grito de guerra, que parecía el natural acompañamiento de la mortal canción del hacha. Haciendo un gran esfuerzo logré detener la trayectoria del arma y el grito que ya afloraba en mis labios, en tanto observaba los rostros de todos.

Todos me miraban como si hubiese comenzado a delirar y a arrojar espuma por la boca. Rápidamente bajé el hacha y permanecí atontado y sorprendido de la violencia que acababa de ejercer contra tan valiosa reliquia. Su empuñadura de cuerno era muy frágil y podía haberse hecho añicos cuando la sometí a tan rudo trato.

—Simplemente la estaba probando —dije con voz débil—. Lo siento...

Esa noche meditamos con ahínco sobre el enigma de los archivos hasta la madrugada. Pero no logramos descifrarlo. Finalmente Louren me acompañó hasta mi cabaña.

—El Lear vendrá en mi busca mañana por la mañana, Ben. Llevo aquí dos semanas y no puedo quedarme un solo día más. ¡Dios mío, he descuidado por completo mis responsabilidades desde que comenzamos esta excavación!

Nos detuvimos ante la puerta de mi cabaña. Louren encendió un cigarro.

—¿Qué atmósfera es ésta, Ben, que nos hace reaccionar tan extrañamente? ¿No sientes tú también su influencia? Cierta sensación... —vaciló un momento— de fatalidad...

Al asentir yo con la cabeza se sintió estimulado.

—Esa hacha, Ben, te cambió. Durante varios minutos reaccionaste como otra persona.

—Efectivamente.

—Estoy impaciente por conocer el contenido de esos rollos. Ben. Debemos empezar a descifrarlos lo antes posible.

—Nos esperan diez años de labor, Lo. Tendrás que tener paciencia.

—La paciencia no es una de mis virtudes, Ben. Anoche leí algo acerca del descubrimiento de la tumba de Tutankhamón. Lord Carnayon, que hizo posible el descubrimiento, murió antes de poder echar una mirada al sarcófago del difunto faraón.

—¡Qué ideas tan morbosas se te ocurren!

—Está bien —convino—. Pero no retrases demasiado la operación, Ben.

—Trata de conseguir la colaboración de Hamilton —le dije—. Sin él no avanzaremos un solo paso.

—El viernes estaré en Londres —me contestó—. Lo veré personalmente.

—Es un viejo chiflado y difícil —le previne. Louren hizo una mueca.

—Déjalo de mi cuenta... Ahora escúchame. Benjamín: si descubres otra cosa, avísame en seguida. ¿De acuerdo? Quiero estar presente en el gran acontecimiento.

—¿Qué acontecimiento?

—No sé... Algo va a ocurrir... **Tengo el presentimiento de que** aquí hay algo más, Ben.

—Espero que no te equivoques. Lo.

Me dio unas palmadas en el hombro y se dirigió en la oscuridad hacia su cabaña.

Mientras ordenábamos en los archivos los restos humanos y apilábamos las armas, llegó en el Dakota una cuadrilla de albañiles con el propósito de montar un depósito destinado a los rollos. Se trataba de otro gran almacén prefabricado, provisto de puertas herméticas y de un poderoso sistema de aire acondicionado, que brindaría a los rollos una atmósfera ideal en cuanto a temperatura y humedad. Una alta cerca de alambre de púas fue levantada en torno al edificio por razones de seguridad y se adoptaron todas las medidas necesarias para la preservación de los rollos.

A continuación la cuadrilla levantó media docena de viviendas para los nuevos integrantes del equipo. Los primeros en ocupar las suyas fueron cuatro altos funcionarios del gobierno de Botsuana, el cual prohibió la salida de los rollos de su territorio y nos obligó a construir aquellos edificios. La delegación gubernamental permaneció dos días con nosotros, al cabo de los cuales partió satisfecha, al comprobar que los derechos de su país sobre cualquier descubrimiento quedaban plenamente asegurados. Antes de su partida les arranqué un solemne compromiso según el cual debían guardar silencio respecto a nuestras actividades. El anuncio del descubrimiento se haría cuando yo lo dispusiera.

Tras rotular las jarras y sacarlas de los anaqueles, las registramos con mucho cuidado fotográficamente y por escrito, describiendo la exacta posición de cada una de ellas. Como al parecer habían sido colocadas en los anaqueles por orden cronológico, nuestro trabajo de interpretación no sería muy complicado.

El lunes siguiente recibí un duro golpe bajo la forma de una lacónica comunicación firmada por Louren:

«Hamilton no está disponible. Sugíreme otro nombre.»

Me sentí defraudado, ofendido e irritado. Frustrado, porque Hamilton era

la mayor autoridad mundial en la materia y su sola presencia junto a nosotros hubiera otorgado autenticidad y trascendencia a mis hallazgos; ofendido, porque era evidente que Hamilton consideraba espurias mis pretensiones (sin duda influido por la distorsionada imagen que de mí presentaban mis detractores y adversarios científicos, no quería participar de un falso hallazgo o un resonante fraude arqueológico), e irritado porque su negativa implicaba un agravio personal. El rótulo de paria que acababa de aplicarme ahuyentaría a quienes podían brindarme la ayuda que yo desesperadamente necesitaba. Porque era posible que antes de iniciar mi labor estuviera completamente desacreditado.

—Ni siquiera demostró interés alguno en escucharme —protesté junto a Sally—. ¡Dios mío!, ahora compruebo que soy un leproso científico. Incluso el hecho de conversar conmigo puede destruir la reputación de una persona.

—¡Hamilton es un chivo viejo, flaco y pelado! —dijo Sally—. Un libidinoso que se complace en tocar el trasero a las mujeres...

—Y la mayor autoridad viviente en materia de textos antiguos —le dije ásperamente.

Ella no respondió. Desolados, permanecimos sentados en silencio durante un momento.

De pronto Sally se animó.

—Iremos a verle —sugirió.

—No nos recibirá —dije en tono sombrío.

—A mí me recibirá —respondió muy segura. Estas palabras sugerían ciertos entre bastidores que despertaron mis celos. La sangre parecía corroer mis venas... Sally había trabajado tres años con Hamilton y yo sólo podía consolarme pensando que era lo suficientemente exigente como para excluir de su vida a Eiridge Hamilton.

Setenta y dos horas después me encontraba sentado en el salón de fumar del Bell, en Hurley, ante un buen bitter inglés. Desde allí observaba ansiosamente la zona de aparcamiento. El viaje desde Oxford duraba apenas quince minutos. De modo que Sally debía haber llegado hacía largo tiempo.

Estaba cansado, deprimido e irritado a causa del agotador vuelo desde Johannesburgo a Heathrow. Sally había llamado por teléfono a Hamilton desde el aeropuerto:

—Profesor Hamilton, espero que no le moleste mi llamada

—le había cortejado—.... Sally Benator, ¿se acuerda? Trabajé con usted en 1966... Exactamente; Sally, la de los ojos verdes

—y se rió tímidamente.

—Bueno, estoy de paso en Inglaterra. Permaneceré aquí un día o dos... Me sentía tan sola y nostálgica al recordar aquella época maravillosa... —su tono tenía mucho de invitación íntima y de promesa.

—¿Comeremos juntos? Magnífico, profesor. ¿Quiere que vaya a buscarle? He alquilado un coche —y, mirándome, levantó triunfalmente uno de sus pulgares.

—¿El Bell, de Hurley? Sí, por supuesto que me acuerdo. ¿Cómo iba a olvidarlo? —y mirándome con expresión de fastidio—. De acuerdo.

El plateado Jaguar se deslizó por la zona de aparcamiento. Sally estaba al volante. Con el pañuelo que cubría sus cabellos y sus labios abiertos en una sonrisa, no parecía una chica que hubiese viajado catorce horas en un atestado avión intercontinental.

Al descender del coche mostró fugazmente sus maravillosos muslos bronceados por el sol. En seguida se dirigió a mí, colgada del brazo de Eiridge Hamilton y riendo alegremente. Hamilton era un tipo alto y encorvado de algo más de cincuenta años. Una holgada chaqueta Harris de tweed, con parches de cuero en los codos, pendía como una bolsa de sus flacos hombros. Tenía una nariz aguileña y su cabeza calva brillaba al sol como si hubiera sido lustrada con una buena cera. Nada en él lo señalaba como un rival peligroso. Pero sus ojillos chispeaban detrás de sus gafas de gruesa armadura y sus labios se ablandaban de deseo, exponiendo parte de su deteriorada dentadura cuando miraba a Sally. Todo ello me hizo pensar que debía yo pagar un elevado

precio por sus servicios.

Sally lo condujo hacia mi mesa. Sólo me reconoció cuando estuvo muy cerca. Instantáneamente se detuvo y parpadeó, al comprender que había caído en una trampa. Durante un momento todos mis proyectos quedaron pendientes de un hilo, ya que era posible que, girando sobre sí mismo, me diera la espalda y se alejara.

—¡Elridge! —exclamé con voz seductora y cantarina—. ¡Qué agradable sorpresa! —y mientras él se mantenía indeciso, mi mano oprimió su codo como una grapa aterciopelada—. He pedido para usted un botella grande de ginebra y una tónica... Ese es su veneno favorito, ¿no?

Hacía cinco años que no nos veíamos. Ablandado ligeramente por esta referencia a sus gustos personales, nos permitió que le acomodáramos en un sillón y que pusieramos la ginebra al alcance de su mano derecha.

Mientras le bombardeábamos con el considerable ejército de nuestras lisonjas combinadas despachó la primera botella de ginebra. Pedí otra. Cuando la tercera botella se hallaba por la mitad comenzó a mostrarse más alegre, voluble y retozón.

—¿Ha leído la refutación de su libro *Ofir* por parte de Wilfred Snell, en el «Journal»? —me preguntó. Wilfred Snell era el más despiadado y vocinglero de mis adversarios científicos—. Divertida, ¿no? —y relinchó como un bravío semental mientras oprimía uno de los bellos muslos de Sally.

Aunque soy un hombre pacífico, me costó mucho contenerme. Mis uñas se clavaron como garfios en las palmas de mis manos, mientras me convencía a mí mismo de que no debía asirle de los talones para arrastrarle por el salón.

Sally logró eludir su mano exploratoria, en tanto yo decía con voz ahogada:

—¿Qué les parece si vamos a comer?

En el comedor nos enzarzamos en una especie de juego musical, moviendo de un lado a otro las sillas, al intentar Elridge colocarse junto a Sally, cosa que yo traté de impedir.

Sin embargo, Sally y yo le superamos en astucia. Después de permitirle que se sintiera vencedor y contemplara por encima del menú a Sally, acorralada en un rincón, dije súbitamente:

—Sally, ahí hay corriente.

A continuación, con el donaire de dos bailarines de ballet, cada uno pasó a ocupar el lugar en que había estado el otro.

Conjurado el peligro, pude relajarme y dedicar al faisán toda la atención que éste merecía, aunque el borgoña que eligió Elridge no valía gran cosa.

Con su característico tacto, Hamilton se refirió concretamente al tema en torno al cual habíamos estado mariposeando hasta entonces:

—Hace unos días conocí a un amigo suyo..., un individuo corpulento y ostentoso, cruce de modelo y luchador profesional, que habla como un australiano engripado... Me contó una historia increíble acerca de unos rollos que usted halló en una cueva situada en las afueras de la Ciudad del Cabo —y volvió a relinchar tan ruidosamente que todos dejaron de hablar en el comedor—. Ese maldito tuvo la desfachatez de ofrecerme dinero... Conozco esa ralea de individuos. No tienen un centavo y hablan como millonarios. Pero en su cara se lee claramente la palabra «trapisondista».

Sally y yo le miramos boquiabiertos y mudos de asombro por su sagaz captación de los hechos y su magistral y sintética descripción del carácter de Louren Sturvesant.

—Por supuesto, le despedí con cajas destempladas —agregó Elridge, mientras llenaba su boca con pechuga de faisán.

—Creo que obró usted correctamente —murmuré—. A propósito, la caverna está al norte de Botsuana..., a dos mil cuatrocientos kilómetros de Ciudad del Cabo.

—¡Oh...!, ¿de veras? —me preguntó Elridge, expresando su indiferencia tan cortésmente como le fue posible hacerlo con la boca llena de carne de faisán y con sus dientes deteriorados.

—¿Sabe usted que Louren Sturvesant figura entre los treinta hombres más ricos del mundo en la lista publicada recientemente en el *Time*? —cuchicheó Sally.

Elridge dejó de masticar. Su boca abierta nos ofreció la magnífica visión

de un trozo de faisán triturado a medias.

—Sí —afirmé—. Él es, precisamente, quien financia mi excavación. Ha invertido ya doscientos mil dólares y suministrará todo el dinero que en adelante sea necesario.

Elridge volvió su rostro afligido hacia mí. Un mecenas científico de tal envergadura es casi tan raro como un unicornio. Súbitamente advertía que, teniéndole al alcance de su mano, le había dejado escapar. Toda la pedantería del profesor **Hamilton** se esfumó.

Le hice una seña a la camarera para que retirara mi plato. Juro que me compadecí sinceramente de Elridge cuando abrí mi portafolios y extraje de éste un objeto cilíndrico envuelto en una cubierta de lona de protección.

—Mañana me entrevistaré con Rubén **Levy** en **Tel-Aviv**, Elridge —y abrí la envoltura de lona—. Hay mil ciento cuarenta y dos rollos de cuero como éste... De modo que **Ruby** estará muy atareado durante varios años... Por supuesto, **Louren Sturvesant** donará cien mil dólares a la Facultad de Arqueología de la Universidad de Tel-Aviv por su cooperación en nuestra empresa..., y es probable que agreguemos a esa suma varios rollos.

Elridge engulló el trozo de faisán que tenía en la boca como si fuera un cristal hecho añicos. Después de limpiarse la boca y los dedos con su servilleta, se inclinó hacia adelante para examinar el rollo.

—*De las planicies herbosas del Sur* —murmuró, mientras leía. Su traducción era distinta de la efectuada por **Sally** —*recibimos ciento noventa y dos grandes colmillos de marfil, que pesan doscientos veintiún talentos* —su voz se apagó en sus labios mientras seguía leyendo.

Cuando volvió a hablar su voz tembló de emoción:

—Escritura púnica del siglo segundo **a.C.** Observe el ligado de la «**m**» central. Todavía los caracteres penden hacia abajo de la línea, rasgo típico de la segunda centuria a.C. He aquí, **Sally**, la arcaica línea transversal de la «**A**».

—Poseemos mil rollos semejantes a éste, archivados por orden cronológico... **Levy** está entusiasmado —dije, interrumpiendo sus explicaciones técnicas con una mentira piadosa, ya que **Levy** ignoraba la existencia de tales rollos.

—¡**Levy**! —bufó Elridge. Su desprecio relampagueó en sus lentes—. ¡**Levy**! Fuera de las áreas del hebreo y el egipcio se pierde como un niño en una selva.

Al decir esto oprimió una de mis muñecas.

—**Ben**, insisto..., ¡encarecidamente insisto en realizar ese trabajo!

—¿Qué opina ahora de las críticas de **Wilfred Snell** a mis teorías? ¿Le siguen pareciendo divertidas? —como le tenía acorralado, me complacía en pavonearme ante él—. ¿Podría usted trabajar con una persona cuyas teorías son puestas en tela de juicio?

—**Wilfred** es un tremendo asno —aseveró Elridge con vehemencia—. ¿Cuándo ha encontrado un millar de rollos púnicos?

—Camarero, hágame el favor de servirnos dos **Cordón Argent** dobles —le dije a aquél.

—Que sean tres —intervino **Sally**.

Mientras el brandy difundía un suave calor por mi cuerpo, escuchaba la voz ansiosa de Elridge **Hamilton**, que hablaba de los rollos y exigía de **Sally** más información al respecto: dónde, cuándo y cómo los habíamos descubierto. A partir de ese momento comencé a simpatizar con él, aunque sus dientes semejabán los tocones de un bosque devastado por un incendio. Pero yo tampoco soy un perfecto espécimen masculino. También era cierto que tenía dos puntos flacos: la ginebra **Gilbey** y las chicas bonitas... En tal sentido sólo diferíamos en lo primero. Pero, ¿quién soy yo para afirmar que el **Glen Grant** es superior a su bebida predilecta?

«No —resolví, pese a mis prejuicios—; trabajaré con él... siempre que no clave sus pequeños dedos huesudos en los muslos de **Sally**.»

Elridge se reunió con nosotros una semana después de nuestro regreso a la Ciudad de la Luna. Mientras íbamos a su encuentro por la pequeña pista de aterrizaje, me preocupaba la posibilidad de que el cambio de clima —del invierno inglés al verano africano, con sus cuarenta y tres grados— entorpeciera sus manos. Sin embargo, mi preocupación no se justificaba

porque Elridge era uno de esos ingleses que, con sus cascos de corcho echados hacia atrás, caminan bajo el sol del mediodía sin sudar una gota. Su equipaje consistía en una pequeña maleta que contenía sus efectos personales y una docena de cajas de gran tamaño, en las que guardaba diversos productos químicos y su equipo de trabajo.

Le enseñé en sus menores detalles la excavación y me esforcé por despertar su interés respecto a la ciudad perdida y la caverna, pero Elridge era un especialista muy unilateral. —Sí —dijo—. Muy interesante... ¿Dónde están los rollos? Pienso que incluso entonces seguía dudando. Cuando le conduje a los archivos le oí ronronear como un gato viejo y flaco, mientras se deslizaba ante los anaqueles de piedra, cargados de jarras.

—Ben —me dijo—. Todavía queda un punto por aclarar... Escribiré un ensayo sobre los rollos, ¿de acuerdo?

Nosotros pertenecemos a una extraña raza: no trabajamos para acumular dinero, sino por la gloria. Elridge quería asegurarse su parte en tal sentido.

—De acuerdo —respondí, y nos estrechamos las manos.

—Entonces, nada me impide empezar inmediatamente —dijo.

—Así es —le contesté.

La manipulación de los rollos era más un arte que una ciencia exacta. Cada uno exigía un trato distinto, que dependía del grado de conservación, de la calidad del cuero, de los componentes de la tinta y de otros factores concurrentes. Sally me confesó, en un momento de debilidad, que ella no habría sido capaz de realizar aquella tarea porque carecía de la experiencia necesaria para afrontarla.

Elridge trabajaba como un alquimista medieval y, entre nubes de vapor, remojaba, rociaba y pintaba... Sus dominios hedían a productos químicos y a otras cosas raras, y sus dedos, al igual que los de Sally, estaban siempre manchados.

Sally me dijo que Elridge estaba tan absorto en su labor que sus instintos animales habían quedado reducidos a ciertos toquetees espasmódicos y maquinales a las partes más protuberantes de su anatomía.

Después de desplegado, cada rollo era evaluado y traducido cuidadosamente. Uno tras otro fueron demostrando que contenían ya asientos de las operaciones comerciales de la ciudad, ya proclamas del «Gran León» y del Consejo de las Nueve Familias. Sus autores eran anónimos oficinistas que se expresaban en un estilo vivaz y conciso y no tenían tiempo para divagaciones poéticas ni para innecesarias descripciones. Su estilo seco y utilitario concordaba perfectamente con la forma de vida que sugerían los objetos hallados en las excavaciones. Durante nuestras reuniones nocturnas discutíamos acerca de ello.

—Típicamente púnico... —convino Elridge—. A esa gente no le interesaban las artes visuales. Su alfarería era tosca y fabricada en serie. En mi opinión, su escultura —escasa, por otra parte— era detestable.

—El arte requiere ocio y dinero —sugerí.

—Exactamente... Roma y Grecia son dos ejemplos ilustrativos. Cartago y anteriormente Fenicia se vieron a menudo amenazadas y a veces tuvieron que luchar para sobrevivir ... Sus habitantes eran traficantes y buscavidas... Comerciantes y guerreros, más preocupados por la riqueza y el poder que por la vida refinada.

—No es necesario remontarse tan lejos. El arte contemporáneo florece en las naciones ricas y seguras.

—Los africanos blancos nos parecemos a los antiguos cartagineses —dijo Sally—. Cuando hay oro en las colinas, ¿quién se acuerda de pintar?

Los rollos confirmaron tal teoría: oro de Zimbao y Punt, marfil de las planicies herbosas del Sur o las florestas que flanqueaban el gran río, cueros y tasajo, pescado salado de los lagos, vino y aceite de las terrazas de Zeng, cobre de las colinas de Tuya y sal de las hoyas paralelas a las riberas occidentales de los lagos, estaño de la zona en que confluían los dos ríos, granos del reino medio en cestos de cañas entretreídas, venturina del río sureño de los cocodrilos, barras de hierro de las minas de Sala... y esclavos, millares y millares de seres humanos tratados como animales domésticos.

La crónica se regía según una cronología desconocida, cuyo punto de partida barruntamos que sería el día de la fundación de la ciudad. Cada anotación estaba precedida por la fecha. Por ejemplo: «En el año 169, mes del elefante.» De ello colegimos la vigencia de un año de diez meses, basado en un calendario de trescientos sesenta y cinco días.

Una vez establecida la naturaleza general de los rollos, le aconsejé a Elridge que, en lugar de analizar sistemáticamente la colección, desde el principio hasta el fin, cogiera al azar varios de ellos para trazar un cuadro general de la ciudad perdida.

El aceptó mi consejo, y así surgió la visión panorámica de la gran colonización efectuada en el centro y sur de África por un pueblo guerrero y dinámico cuya capital era la ciudad de **Opet**, gobernada por un rey hereditario, el «Gran León», y una oligarquía de nueve familias nobles. Los decretos del Consejo abarcaban las más diversas materias. Desde las medidas adoptadas para el dragado de los canales del lago, a fin de limpiarlos de hierbas acuáticas, hasta la designación de los mensajeros que serían enviados a los dioses **Baal** y **Astarté**. Allí este último nombre parecía prevalecer sobre **Tanit**, más popular en Cartago. La palabra «mensajeros» designaba, a nuestro entender, a quienes eran ofrecidos en sacrificio a los dioses.

Descubrimos además varios árboles genealógicos cuidadosamente trazados según el sistema **matrilineal**, vigente también entre los judíos. Cada noble —hombre o mujer— podía indagar su linaje de generación en generación hasta el año de la fundación de la ciudad. La crónica demostraba que su **religión** formaba parte de su sistema de vida. **Evidentemente; se** trataba de una especie de politeísmo convencional **encabezada** por dos deidades supremas: **Baal** y **Astarté**.

A medida que avanzábamos en su historia descubríamos nuevos factores y contingencias que se sumaban a los que hasta entonces habían ocupado la atención de los reyes. La rápida merma del caudal del lago **Opet** amenazó el año la propia vida de la ciudad; «el «Gran León» utilizó siete mil esclavos para mantener expeditos los canales que comunicaban con el mar. También despachó una columna de mil integrantes de su guardia personal bajo el mando del capitán de guerra **Ramose**, a quien ordenó que avanzara «en dirección Este, hacia donde sale el sol, sin detenerse nunca y sin **flaquear**», hasta el mar oriental, a fin de hallar la ruta de las tierras del Norte, cuya existencia postula el capitán de mar y navegante **Habbakuk Lal**.

Un año después regresó **Ramose** con sólo setenta hombres. Los restantes habían perecido en un país de ciénagas malignas y fiebres mortales. Sin embargo, había llegado al mar oriental, donde descubrió una ciudad de traficantes y marinos «negros y barbados, que vestían finas ropas de lino y cubrían sus frentes con bandas de la misma tela». A su regreso de aquel país, situado más allá del mar oriental, **Ramose** fue recompensado con veinte dedos de oro y veinte esclavos. Los hombres de **Opet** acababan de entrar por primera vez en contacto con los árabes, a quienes ellos llamaban **dravs**. Estos se dedicaban entonces a la colonización de la costa de **Sófala**.

Después nos enteramos de que el «Gran León» buscaba desesperadamente nuevas tierras proveedoras de esclavos, en tanto ordenaba a los capataces de minas que adoptasen medidas destinadas a prolongar la vida útil de los esclavos. Se aumentaron, pues, las raciones de carne y cereales. Ello incrementó los costos, pero al mismo tiempo aumentó el promedio de vida de los esclavos. Se ordenó también a los dueños de éstos que hicieran «cubrir» regularmente a todas sus esclavas y se interrumpió la práctica de la **infibulación**. Las expediciones en busca de esclavos avanzan cada vez más tierra adentro, a medida que se acrecienta la caza de los **yuye**, hombres amarillos que sospechamos fueron los antepasados de los **hotentotes** actuales.

De pronto el «Gran León» se alegra del regreso de una expedición enviada al Norte que trae consigo quinientos «salvajes nublos, altos y fuertes». El jefe de la expedición es premiado con diez dedos de oro. Pero este júbilo se esfuma lentamente a lo largo del siglo siguiente a causa de la aparición de una sólida masa de hombres de piel negra, al norte del gran río. Han comenzado las grandes migraciones de pueblos **bantúes**. partir de entonces la mayor preocupación del «Gran León» consiste en contener aquella marea que

se desplaza hacia el Sur. Sus legiones patrullan constantemente la frontera septentrional de sus dominios.

A través de la crónica obtuvimos estos vislumbres del pasado..., registrados, sin embargo, en forma escueta e impersonal. ¡Ah, si hubiéramos dado con algún **Plinio** o **Livio** que infundiera vida a aquellos sencillos registros de bienes materiales!

Cada hecho planteaba un sinnúmero de interrogantes que quedaban sin respuesta. Los más importantes eran: ¿de dónde procedían estos hombres de Opet y cuándo se habían establecido donde ahora se hallaban? y ¿adonde se dirigieron posteriormente y para qué? Mientras confiábamos en hallar las respuestas mayores en algún lugar de aquella maraña de anotaciones, nos dedicábamos a buscar las respuestas menores.

Fácil nos fue localizar los lugares mencionados en la crónica. **Zimbao** y **Punt** eran las zonas norte y sur, respectivamente, de la actual **Rodesia**; el gran río era el **Zambeze**; los lagos habían desaparecido; las huertas de **Zeng** eran las terrazas que se extienden a través de miles y miles de hectáreas, en las laderas de las colinas de **Inyanga**, en la parte oriental de Rodesia, y las «colinas de Tuya» debían corresponder a la región, rica en cobre, situada sobre **Sinoia**. Paulatinamente comprobamos la presencia de los hombres de Opet a lo largo de casi todos los lugares antiguos, y presentimos la acumulación de una enorme riqueza. Porque, aunque la mayor parte de ésta era enviada al «exterior», a menudo el cronista se refería a «la décima parte correspondiente al "Gran León"».

¿Dónde estaría aquel tesoro? ¿Qué habría sido de él? ¿Habría desaparecido al mismo tiempo que la ciudad o estaría en algún secreto escondrijo cavado en la roca viva, en los rojos acantilados de las Colinas Sangrientas?

A modo de ejercicio mental hice un cálculo aproximado de dicha riqueza. Dando por sentado que un «dedo» de oro equivalía a una de aquellas delgadas barras del precioso metal en forma de dedo que descubrimos en los cimientos de la ciudad, registré en una columna las sucesivas partidas de oro que afluyeron a Opet durante algo más de veinte años tomados al azar en el período 345-501. Ello me permitió comprobar que mi previa estimación — setecientas cincuenta toneladas de oro — era completamente errónea y que de ninguna manera la producción de las antiguas minas podía haber sido inferior a cuatro mil toneladas..., de las cuales correspondía la décima parte al «Gran León».

Suponiendo que la mitad de las cuatrocientas toneladas del «Gran León» se hubieran destinado al mantenimiento del ejército, a la construcción del templo y a otras obras públicas, restaba la impresionante cantidad de doscientas toneladas de oro, que debían estar ocultas en la ciudad o sus proximidades. Doscientas toneladas de oro equivalen a casi ochenta millones de libras esterlinas.

Cuando le enseñé mis cálculos a **Louren** durante su segunda visita al campamento vi destellar la pasión del oro en sus ojos celestes. Inmediatamente echó mano de la hoja en que estaban mis cifras, y a la mañana siguiente, a punto ya de subir al **Lear** que le conduciría a **Johannesburgo**, me dijo en tono casual:

—Escucha, **Ben**: creo que tú y Ral deberíais dedicar más tiempo al área que se extiende frente a los acantilados, en lugar de pasar tanto tiempo en los archivos.

—¿Para qué, Lo? —le pregunté, como si **no** advirtiera **el** sentido de sus palabras.

—Bien, aquellos individuos eran unos maestros en el arte **de** la ocultación... Pienso que fueron los hombres más desconfiados de la historia... Ni siquiera hemos podido descubrir sus cementerios.

—De modo que deseas que me convierta en explorador de tumbas —le dije con gesto burlón. Se echó a reír.

—¡Bueno, si tropiezas con algún tesoro escondido, no me enfadaré contigo!... Al fin y al cabo, esos ochenta millones de libras podrían servirnos para gastos menores.

Poniendo manos a la obra trasladamos doscientas sesenta y una jarras de

los archivos al armario. De esa manera Elridge y Sally contaron con material suficiente para entretenerse durante dos o tres meses. A renglón seguido, poniendo en práctica el consejo de Louren, suspendí el trabajo en los archivos para realizar una minuciosa búsqueda en los acantilados. Mi regulación del tiempo fue impecable: Ral estaba ya a metro y medio de las pequeñas jarras, a las que, con el sello del pájaro del sol en sus tapas, no habíamos incluido en nuestra lista de lo escondidas que estaban: detrás de una hilera de jarras de doble tamaño en el rincón más oscuro del último nicho. Tres días de labor le bastarían para llegar hasta ellas. No obstante, le dije que me acompañara en mi exploración a los acantilados.

Estábamos en noviembre, «el mes suicida» en África. La tierra era un yunque que el sol castigaba como con un martillo. Sin embargo, acometimos la empresa. Descansábamos solamente dos horas, al mediodía, cuando el calor era intolerable y las aguas color esmeralda del lago se tornaban irresistibles.

Ahora nos manteníamos alerta a causa de los muchos subterfugios y artimañas de los hombres de Opet. Nuestra reciente y amarga experiencia nos había enseñado que éstos ocultaban astutamente sus senderos y las uniones de su mampostería. De manera que registré el terreno que ya había examinado en otra ocasión y me esforcé por superar en astucia a los «antiguos». Ral y yo volvimos a fotografiar cada pulgada de las paredes de la caverna, pero ahora con películas infrarrojas. Sin embargo, no hallamos ningún otro pasadizo secreto.

Después empezamos a trabajar de la caverna para afuera. Todos los días marcaba un sector de trescientos pies, que luego «rastrillábamos» concienzudamente con los ojos y a tientas como dos ciegos.

Cada día nos veíamos envueltos en alguna pequeña aventura. En cierta ocasión me vi amenazado de muerte por una oscura e irritada serpiente mamba de más de cinco metros de longitud. Sus ojos parecían dos cuentas de vidrio y su negra lengua se movía como un látigo. La serpiente se enojó porque anduve hurgando en la grieta que era su morada y castillo fortificado. Ral, impresionado por mi modo de correr en terreno escabroso, me sugirió que me hiciera corredor profesional.

Una semana después le pagué con la misma moneda: le comenté lo mucho que había mejorado su aspecto con las picaduras de veinte abejas silvestres. El rostro semejaba una calabaza peluda y los ojos dos ranuras en medio de su cara hinchada. Durante cinco días el pobre Ral no pudo ayudarme en absoluto.

Pasó noviembre. A mediados de diciembre llovió unos seis milímetros, cantidad normal en aquella zona de África. Esa agua asentó el polvo durante una hora poco más o menos. Con ella empezó y terminó la estación de las lluvias. Sin duda el antiguo lago había provocado un régimen superior y más regular de precipitaciones pluviales en dicha área. Las aguas abiertas atraen las lluvias. Al evaporarse y enfriar el aire facilitan la formación de nubes.

Ral y yo trabajamos sin éxito, pero sin cejar en nuestro empeño y entusiasmo. A pesar de nuestra agotadora labor bajo un sol terrible, por las noches seguíamos estudiando el mapa de los cimientos de la ciudad. Mediante un proceso basado en conjeturas, deducciones y eliminaciones, tratamos de localizar las tumbas de los «antiguos». Con el tiempo llegué a apreciar profundamente a Ral Davidson y a considerar a aquel joven larguirucho e infatigable como uno de los gigantes de nuestra profesión. Tal era mi estima, que había resuelto ofrecerle al terminar las excavaciones un puesto permanente en el Instituto.

Contrastando con nosotros y con nuestros magros resultados, Elridge Hamilton, asistido por Sally y Leslie, continuó almacenando una rica y fascinante cosecha en los rollos.

Todas las noches pasaba yo una hora con ellos en el almacén, que contaba con aire acondicionado, verificando su labor diaria. Una encima de otra se iban apilando las hojas de la traducción, escritas a máquina. Sus márgenes estaban llenas de notas garrapateadas por la mano torpe de Elridge.

El día de Navidad nos sentamos a la luz de la luna, enorme como un gong de plata, e intercambiamos regalos y frases cordiales. Canté «Navidades

blancas» al estilo de **Bing Crosby**, aunque la temperatura sobrepasaba los veintiséis grados. Luego Elridge y yo cantamos a dúo «Jingle **Bells**». Elridge había olvidado la letra. Sólo recordaba el campanileo. Su imitación de las campanas era perfecta, sobre todo después de haberse bebido diez ginebras grandes. Seguía campanilleando alegremente cuando Ral y yo le llevamos a la cama.

A principios del año siguiente se produjo la que para nosotros fue una visita regia. **Hilary Sturvesant** consiguió por fin que **Louren** le permitiera ver las excavaciones. Durante una semana estuvimos preparando el alojamiento de la familia. Hilary traería consigo a sus hijos mayores. Yo rebosaba de alegría al pensar que iba a estar cerca de mis mujeres predilectas en la Ciudad de la Luna. Dejando la exploración de los acantilados a cargo de Ral, me apresuré a ordenar las cosas y a verificar nuestras provisiones de **Coca-Cola** y chocolate, dos elementos que le hacían la vida soportable a **Bobby Sturvesant**.

Louren y su familia llegaron a tiempo para comer la carne fría y la ensalada que yo mismo había preparado. Pero la atmósfera no tardó en agriarse. Sally **Benator**, que no comió con nosotros, envió un mensaje en que nos comunicaba que tenía jaqueca y que permanecería en cama. Sin embargo, la vi escabullirse en bañador y con una toalla hacia el lago color esmeralda.

Elridge Hamilton y Louren Sturvesant, nada más verse, recordaron su anterior encuentro y fueron tan hostiles el uno con el otro como dos ciervos rivales en época de celo. En ese momento recordé el tono jactancioso que había empleado Elridge al relatarnos cómo despidió a Louren con cajas **destempladas**. Desde el primer instante empezaron a zaherirse con palabras ofensivas. Me esforcé por evitar un choque físico, y cuando Elridge se refirió a cierta gente «con más dinero que. educación o sentido común», pensé que acababa de perder a un experto en textos antiguos.

Como si ello no bastara, era evidente que Hilary y Louren estaban distanciados por alguna disputa doméstica que les impedía dirigirse la palabra. Toda comunicación entre ambos se efectuaba a través de Bobby Sturvesant y era precedida por frases tales como: «Por favor, pregunta a tu madrastra si...» y «Si tu padre necesita...»

Aunque Hilary se sentó a la mesa con gafas oscuras, advertí huellas de un llanto reciente en sus ojos. Tanto ella como Ral y Leslie guardaron silencio y estuvieron muy reservados. Los dos jóvenes se sentían cohibidos ante los Sturvesant, y cuando Louren y Elridge llegaron a una especie de tregua exterior para rumiar su enfado en silencio, sólo dos **personáis** conservaron la facultad de hablar: Bobby Sturvesant y yo.

Bobby aprovechó aquella momentánea distensión del control de sus padres para convertirse en un diablillo insoportable. Durante toda la comida estuvo insolente y desvergonzada con su madrastra. De buena gana la hubiera colocado sobre mis rodillas para darle unos azotes en las posaderas.

Cuando el interminable almuerzo llegó a su penoso desenlace, Elridge se retiró a su almacén y Ral y Leslie cuchichearon una excusa y se escabulleron. Louren me pidió las llaves del «**Land-Rover**» y poco después partió con su rifle hacia el Norte, dejando a Hilary y a los chicos a mi cuidado. Recorrí con Hilary nuestro museo, y poco después ella se olvidó de su desdicha.

Yo había limpiado y bruñido cuidadosamente la gran hacha de guerra, que brillaba como si fuera de plata, oro y marfil. Los dos admiramos la maestría del artesano que la fabricó antes de dirigirnos al almacén donde se encontraban los rollos. Sally estaba demasiado enfrascada en su tarea para dirigirnos la palabra. Apenas levantó la cabeza cuando entramos. Pero Hilary volcó su gentil **carisma** en Elridge Hamilton, que no pudo resistir su influencia. Cuando, una hora más tarde, nos alejamos de allí, Hilary contaba con un nuevo y devoto admirador.

A continuación ascendimos a la caverna y nos sentamos en un lugar desde el cual se dominaba el lago color esmeralda, en tanto los niños chapoteaban y gritaban en sus frías aguas verdes. A pesar de que éramos dos viejos amigos, Hilary tardó bastante en referirse al problema que la perturbaba.

—**Ben**, ¿has notado algún cambio en Louren? —me preguntó.

A esta pregunta, típica de las mujeres desdichadas, respondí con las

palabras obligadas en tales casos :

—Trabaja demasiado, Hil. Ella se aferró a mi respuesta.

—Sí. Desde hace varios meses no piensa más que en sus hoteles... Está construyendo una cadena de hoteles de lujo para turistas en varias islas del océano Índico: las Comores, las Seychelles, Madagascar, diez en total. Se está matando.

Mientras descendíamos, ya de noche, hacia el campamento, me preguntó súbitamente:

—¿No sabes, Ben, si ha conocido a alguna mujer...? Yo me estremecí.

—¡Por Dios Hil! ¿En qué te basas para sospechar tal cosa?...

—No sé... Supongo que en nada serio... Simplemente... —se detuvo y suspiró.

—¿Dónde encontraría algo mejor de lo que ya posee? —le dije en voz baja.

Ella oprimió mi mano y me dijo:

—Mi querido Ben, ¿qué haríamos sin ti?

Mientras arrojaba a Bobby y me despedía de ella con un beso hasta el día siguiente, le dije a la niña lo que pensaba de su comportamiento durante la comida. Bobby lloriqueó un rato y luego me dijo que estaba arrepentida. Entonces la abracé y la besé y convinimos en que nos seguíamos queriendo. Antes de apagar la luz ya se había dormido. Mientras me dirigía al cuarto común, temblaba al pensar en una reiteración de la escena del mediodía.

Al llegar al umbral parpadeé sorprendido. Louren, Elridge y Sally conversaban animadamente ante un montón de hojas escritas a máquina: la traducción de los rollos. Ral y Leslie hablaban con Hilary de su futura boda con calor.

Se había producido un milagro.

Aliviado fui en busca de la botella de Glen Grant y me serví medio vaso.

—Otro para mí —dijo Sally, acercándoseme.

No advertí en ella el menor vestigio de jaqueca. Su boca temblaba como una brillante herida color carmín. Su traje de seda dejaba al descubierto su fuerte espalda bronceada y sus hombros. Su cabellera se amontonaba sobre su cabeza. Nunca me pareció tan hermosa.

Tras verter el líquido en su vaso, me reuní con quienes discutían sobre los rollos. A diferencia de lo ocurrido al mediodía, Louren estuvo encantador. Incluso Elridge sucumbió a su simpatía.

—El profesor Hamilton ha hecho un trabajo notable, Ben —me dijo Louren—. No puedo por menos que felicitarte por tu magnífica elección.

Elridge se pavoneaba modestamente.

—Hay algo que no podemos postergar por más tiempo, Ben —prosiguió Louren—. Tendremos que hacer algún anuncio... pronto. No podremos mantener esto eternamente en secreto.

—Por supuesto —convine.

—¿Has pensado algo al respecto?

—Bien... A decir verdad... —vacilé. Nunca me ha gustado pedirle dinero a Louren—, estaba pensando en una cosa a gran escala.

—¿Sí? —me estimuló Louren.

—Bueno... Creo que podríamos insinuarle a la Real Sociedad Geográfica que organice un simposio sobre prehistoria africana. Como Elridge es miembro del Consejo, estoy seguro de que, mediante su intervención, podríamos lograrlo.

Los dos miramos a Elridge, quien asintió con la cabeza.

—Entonces es probable que la Sturvesant International, actuando de anfitriona, transporte a los delegados en avión a Londres y sufrague todos sus gastos para asegurar la concurrencia de la totalidad de ellos..., o por lo menos de algunos.

Louren echó su cabeza hacia atrás y se rió de buena gana.

—Eres un intrigante de primer orden, Ben. Comprendo tu plan perfectamente. Quieres reunir a todos tus detractores y enemigos en el sagrado recinto de la Royal Geographical Society para provocar, al modo de un Al Capone de la arqueología, una masacre científica equivalente a la del

día de San Valentín. Hablando en la jerga de aquél, piensas «liquidar a esa basura». ¿He acertado o no?

Yo me sonrojé al sentirme descubierto tan rápidamente.

—Bien... —dije haciendo una mueca tonta y asintiendo **con la** cabeza—, creo que se trata de algo parecido, Lo.

—¡Maravilloso! —exclamó Sally palmeteando alegremente—. En seguida haremos la lista de los invitados.

—No escatimaremos el dinero —nos prometió Louren—. Les transportaremos en un avión de lujo hasta **Dorchester**, les ofreceremos un pisolabis con champán para adormecerles y súbitamente lanzaremos contra ellos a Ben y a Elridge, como **un** par de lobos famélicos.

Entrando de lleno en el juego, se volvió hacia Elridge:

—¿Cuánto tiempo tardará en hacer las gestiones pertinentes?

—En primer lugar, hay que contar con la aprobación del Consejo..., al que debemos presentar nuestra agenda. Sin **embargo**, el hecho de que usted financie el simposio facilitará enormemente mis gestiones. Previamente hablaré con un par de miembros del Consejo —también **Elridge** se regodeaba con la idea. ¿Quién no experimenta una especie de perversa alegría al planear y ejecutar la muerte, en el campo científico, de sus detractores?—. Creo que en abril podría realizarse el simposio.

—El uno de abril —sugerí.

—Magnífico —dijo **Louren** riendo.

—Tenemos que invitar a **Wilfred Snell** —me dijo Sally suplicante.

—Encabezará la lista —le aseguré.

—Y también al pequeño y flaco **Rogers**.

—Y a De **Vallos**.

Sin abandonar el tema y solazándonos en nuestro complot nos sentamos a la mesa dispuestos a dar cuenta del faisán silvestre sazonado con **curry**, comparado con el cual el sofocante aire nocturno resultaría una fresca brisa. Varias jarras de cerveza helada contribuyeron a que la cena adquiriese un tono festivo. De pronto, mientras seguíamos complaciéndonos en la inminente desgracia de nuestros enemigos científicos y planificando minuciosamente la batalla, Sally se volvió hacia **Hilary**, que permanecía muy tranquila a mi lado, para decirle:

—Tendrá usted que perdonarnos, señora **Sturvesant**. ¡Qué aburrida estará usted con nuestra charla! Supongo que todo esto no tiene sentido para usted.

No obstante su tono melifluo y solícito, sus palabras me sorprendieron tanto como a Hilary, pues, por el conocimiento que tengo del idioma secreto de las mujeres, comprendí que se trataba de una declaración de guerra. «Ojalá me equivoque», pensé. Desgraciadamente, cinco minutos después Sally volvió a la carga.

—Seguramente el calor y este ambiente primitivo le resultan insoportables, ¿no, señora Sturvesant? No cabe duda de que este clima no es el más adecuado para jugar al tenis.

Su tono dio a entender que consideraba al tenis un pasatiempo social propio de mujeres frívolas. Pero ahora encontró a Hilary mejor preparada. Con cara de ángel y un tono tan almibarado como el de Sally, Hilary contraatacó a fondo.

—Evidentemente, es un clima muy malsano, doctora **Benator**. Sobre todo para quien vive aquí largo tiempo. ¿No cree usted que el sol de África hace estragos en el cutis? Todavía se la ve demacrada a causa de la jaqueca. Todos lamentamos su ausencia. Espero que se sienta mejor...

Sally descubrió que, a pesar de su aire de mosquita muerta, Hilary era una oponente digna de su acero. De modo que, cambiando de táctica, se volvió hacia Louren y, sin apartar de él sus ojos, se dedicó a festejar sus ocurrencias. Hilary quedó indefensa ante dicho cambio de frente. Al parecer yo era el único que tenía conciencia de aquel duelo cada vez más virulento. Callado en mi asiento, estaba tratando de descifrar su sentido cuándo de pronto Hilary jugó su carta de triunfo:

—Louren, querido, hoy ha sido un día muy agitado y excitante... ¿Me haces el favor de llevarme a la cama?

Acto seguido atravesó triunfalmente el campo de batalla del brazo de Louren.

De mala gana hube de reconocer que Sally había recibido la respuesta que merecía.

Desperté consciente de que había otra persona en mi habitación. Tenso y dispuesto a una acción violenta, volví la cabeza sigilosamente y miré hacia la puerta, que estaba abierta. A la luz clara y brillante de la luna divisé a Sally "en el vano.

Su ligera camisa de dormir dejaba traslucir las armoniosas líneas de su cuerpo desnudo contra el fondo plateado de la luz lunar: sus largas piernas, sus turgentes caderas, su ceñido talle, sus redondos pechos y su prolongado cuello de gacela rematado por su cabeza graciosamente inclinada.

—¿Ben? —preguntó en voz baja.

—Sí —respondí, y me senté en la cama en tanto ella avanzaba rápidamente hacia mí—. ¿Qué ocurre, Sal?

Ella me respondió con un beso. Su lengua hurgó, afanosa, en mi boca abierta. Asombrado, permanecí inmóvil en sus brazos, en tanto oprimía su mejilla contra la mía.

—Quiero ser tuya esta noche, Ben —cuchicheó, muy agitada.

Advertí un deje anormal y una gran desesperación en su voz, y en vez de deseo experimenté una cálida compasión por ella.

—¿Por qué, Sally? ¿Por qué ahora? —le pregunté.

—Porque siento necesidad, Ben.

—No, Sally. No creo que sientas tal necesidad. Por el contrario, pienso que eso es lo que menos deseas en este momento.

Súbitamente rompió a llorar, silenciosa y desesperadamente. Durante largo tiempo sollozó en mis brazos. Cuando se tranquilizó, apoyé su cabeza en la almohada y la cubrí con las mantas.

—Soy una prostituta, Ben —murmuró, y se quedó dormida.

Permanecí despierto toda la noche, velando **por** ella. **Creo** que entonces comprendí lo que estaba ocurriendo, aunque **no** quise admitirlo ante mí mismo.

Durante el desayuno, Louren anunció abruptamente que su familia regresaría de inmediato a **Johannesburgo**, o sea, que el retorno se produciría veinticuatro horas antes de lo previsto en principio. Me costó mucho disimular mi desilusión. Cuando ya a solas con él le pregunté a qué se debía tal decisión, Louren miró vagamente hacia el cielo y se encogió de hombros con desesperación.

—¡Dichoso de ti que sigues soltero, Ben! ¡Ah, las mujeres..., las mujeres!

La vida en la Ciudad de la Luna volvió a su cauce normal. Durante una semana Ral y yo seguimos buscando los sepulcros de los «antiguos» y los otros trabajando intensamente con los rollos.

Cierto mediodía en que el sol abrasaba la tierra y Ral y yo estábamos sentados a la débil sombra de un espino, surgió inesperadamente de la hierba ante mí una especie de **duendecillo**.

—Pájaro de Sol —dijo **Xhai** en voz baja, pues era él—. He viajado días y días en busca de la luz de tu presencia. Este hermoso cumplimiento me enterneció.

—Ral —le dije a éste—, alcánzame tu **bolsita** de tabaco, por favor.

Pasamos la tarde conversando bajo el espino. La conversación en el África primitiva constituye un arte que se manifiesta a través de un complejo ritual de preguntas y respuestas. Era ya tarde cuando Xhai abordó el tema que había motivado su viaje.

—¿Recuerda Pájaro de Sol a «**Agua-En-La-Roca**», donde matamos el elefante?

Pájaro de Sol recordaba perfectamente aquel lugar.

—¿Recuerda Pájaro de Sol los pequeños pozos que los fantasmas blancos hicieron en la roca? Pájaro de Sol nunca los olvidaría.

—Aquellos pozos alegraron mucho al Pájaro de Sol y al gran hombre rubio, ¿no? Efectivamente.

—Desde entonces, cuando cazo, miro las rocas con atención. ¿Le gustaría al Pájaro de Sol visitar otro lugar donde hay muchos agujeros?

—¡Por supuesto que sí!

—Le llevaré a ese lugar —me prometió Xhai.

—Y yo te daré todo el tabaco que puedas llevar contigo —le prometí a mi vez.

Los dos estábamos radiantes.

—¿Queda lejos ese lugar? —le pregunté.

Él inició una larga explicación: el lugar se hallaba más allá del «gran alambre», o sea, de la cerca de casi quinientos kilómetros de longitud que se extendía a lo largo de la frontera de Rodesia, y que había sido levantada para controlar los desplazamientos de los animales salvajes y evitar la propagación de la fiebre aftosa. De modo que necesitaríamos el certificado correspondiente por parte de las autoridades de Rodesia. Cuando Xhai describió una zona que evidentemente parecía próxima al Zambeze y a la frontera de Zambia, decidí pedirle a Louren que organizara una expedición. Aquel territorio estaba en el área en que actuaban los terroristas.

Xhai rehusó acompañarme a la zona dominada por sus tradicionales enemigos: los bantúes. Por consiguiente, convinimos en encontrarnos tres días después bajo el espino, una vez que él hubiera completado el tendido de sus trampas.

Por suerte esa noche pude comunicarme con Louren, que una hora antes había regresado de Madagascar.

—¿Qué ocurre, Ben? —y su voz tronó dominando los ruidos estáticos de la radio.

—Nada, Lo. Tu pequeño amigo bosquimano ha descubierto otra antigua mina de oro y está ansioso por conducirme a ella.

—Magnífico, Ben. La mina del elefante está ya en plena actividad y marcha muy bien.

—Sin embargo, tengo un problema, Lo. La mina está en la zona vedada de Rodesia.

—No importa, Ben. Arreglaré el asunto.

A la noche siguiente volvimos a comunicarnos.

—Ya está todo dispuesto para el próximo lunes. En la puerta fronteriza de Panda Matenga nos estará aguardando una escolta de la Policía de Rodesia.

—¿Nos estará aguardando...? —le pregunté.

—Haré una escapada de dos días, Ben. No puedo resistir la tentación... Tú viajarás en el Land-Rover con el bosquimano y me aguardarás en Panda Matenga. Yo llegaré allí en helicóptero desde Bulawayo el lunes próximo. ¿De acuerdo?

El jefe de la escolta policial era uno de esos jóvenes gordos de rostro infantil y modales impecables que tanto abundan en Rodesia. Su aire tranquilo y competente me inspiró una gran confianza. El joven inspector auxiliar tenía bajo sus órdenes a un sargento áscari y cinco agentes de Policía. El grado del jefe y la composición de la escolta me hicieron suponer que Louren había acudido a las altas esferas del gobierno.

En las capotas de nuestros dos Land-Rover montamos sendas ametralladoras medianas. El resto del armamento era impresionante, como correspondía en las proximidades de un país constantemente asolado por terroristas procedentes del norte.

—Doctor Kazin —me saludó el inspector, estrechándome la mano—. Me llamo Mac Donald, Alastair Mac Donald. ¿Me permite que le presente a mis hombres?

Todos eran matabeles, grandes individuos de cara de luna, descendientes de los impis (guerreros cafres) de Chaka, el famoso jefe zulú, los cuales habían sido conducidos allí ciento cincuenta años atrás por el traidor general Mzilikazi. Vestían ropas de faena para disimular su oficio y se cubrían con suaves sombreros de la jungla. Alineados, se mantuvieron rígidos y atentos, mientras Mac Donald me conducía a lo largo de la única fila.

—Éste es el sargento Ndabuka.

Cuando respondí en fluido sindebele a las presentaciones, sus severos rasgos militares se ablandaron y en cada rostro apareció una amplia sonrisa.

Xhai, evidentemente incómodo en aquella compañía, se mantenía

pegado a mis talones como un cachorro.

—No sé si sabrá, doctor, que aún rige cierta orden impartida a la Policía inglesa de **Sudáfrica**, según la cual debemos hacer fuego contra todo **bosquimano** que se cruce en nuestro camino —me dijo Mac Donald mientras miraba con curiosidad por encima de mi hombro a Xhai—. Este es el primero que veo. ¡Qué pequeño es el granuja!

—Sí, conozco esa orden.

Yo había oído hablar de tal disposición, que se mantenía en vigencia como una rareza, fiel reflejo de la mentalidad del siglo XIX, del tiempo de las grandes cacerías de **bosquimanos**, cuando era frecuente que un centenar de hombres a caballo, armados y organizados en banda y actuando al modo de los comandos modernos, cazaban y remataban a estos **duendecillos** amarillos como si se tratara de animales peligrosos.

Blancos y negros habían participado en aquellas despiadadas cacerías. Sería imposible detallar todas las atrocidades cometidas contra los bosquimanos. Se les había exterminado con armas de fuego, lanzas y un sinnúmero de instrumentos de tortura. En 1869, el rey **Khama** engañó a una tribu entera, invitándola a una fiesta de reconciliación. En un momento dado, mientras se hallaban sentados a la mesa y lejos de sus armase los soldados del rey se arrojaron sobre los invitados. El monarca en persona supervisó las torturas a que fueron sometidos los bosquimanos. El último de éstos murió cuatro días después de la fiesta. Con este recuerdo en la mente no era extraño que Xhai se mantuviera pegado a mis talones y no apartase sus aterrorizados ojos oblicuos de aquellos colosos extranjeros.

Yo le expliqué a Mac Donald cuál era aproximadamente nuestra meta, señalando en su mapa, tan exactamente como pude, un área que se ajustaba en alguna medida a la descripción de Xhai. El inspector, muy serio, arrancó un **trocito** de piel quemada por el sol de la punta de su nariz antes de responder.

—No es una zona muy segura —dijo, y se fue a conversar con sus hombres.

El helicóptero de Louren apareció después del mediodía. Rechinando se deslizó sobre las copas de los árboles, procedente del sudeste. Louren saltó a tierra portando su equipaje.

—Lamento haberme retrasado, **Ben**. Pero he tenido que aguardar una llamada telefónica desde Nueva York.

Mac Donald se acercó a nosotros y nos saludó, rozando con la mano la visera de su gorro.

—Buenas tardes, señor —dijo en tono cordial—. El primer ministro me encargó que le saludara en su nombre, señor **Sturvesant**, y que me pusiera a su disposición.

Nos apartamos del camino antes de llegar a la región de los pastos, próxima a Tete. Girando hacia el norte, avanzamos en dirección al **Zambeze**. Mac Donald abrió la marcha en uno de los Land-Rover, que conducía uno de sus hombres. Un policía estaba a cargo de la ametralladora. En el centro íbamos nosotros, con Louren al volante, y otro policía, con su arma en el asiento posterior. Xhai y yo viajábamos en la parte trasera. Cerraba la marcha el segundo Land-Rover policial, bajo el mando del sargento Ndabuka.

La columna avanzó muchos kilómetros lenta y sinuosamente, a través de bosques de **mopane** y bajas colinas de **granito**. Cuando nos desorientábamos, el brazo de Xhai nos indicaba el camino a seguir. Entonces reanudábamos la marcha y los vehículos traqueteaban de nuevo y se hundían en el escabroso terreno o zumbaban raudamente en campo raso, donde crecía una hierba color pardo. De pronto advertí que Xhai nos llevaba por la ruta de los elefantes, trazada por estas **grandes** bestias durante sus migraciones desde el río hasta el santuario de **Wankie**, coto de caza situado en el sur. Expertos viajeros, habían escogido un camino que podían seguir con muy poco esfuerzo. Siempre elegían los declives suaves, los desfiladeros bajos entre las colinas y los lechos secos de ríos con riberas no muy empinadas.

Acampamos precisamente junto a uno de esos lechos, sembrado de cantos rodados negros, pulidos y relucientes como reptiles tendidos bajo el sol poniente. Las riberas eran de arena blanca como la nieve. Pero había

también varios pequeños cañaverales y una charca de agua verde y fangosa sobre la que pendían las ramas de unos árboles de la fiebre.

Más allá del río el terreno se empinaba bruscamente, trocándose en una cadena de colinas rocosas, moteadas de manilas, y acá y allá de grupos de arbustos. Sin embargo, en torno al campamento el terreno estaba despejado como un campo de tiro. Mac Donald situó los tres vehículos formando con ellos un triángulo defensivo. En tanto él apostaba los centinelas, Louren y yo, seguidos por Xhai, descendimos a la orilla del lago.

Sentados sobre las rocas observamos atentamente una colonia de amarillos pájaros tejedores, que piaban y revoloteaban en torno de sus nidos de hierbas entretejidas, que pendían de los árboles de la fiebre sobre el agua verde.

Louren le dio un cigarro a Xhai. Mientras conversábamos, los ojillos del bosquimano, semejantes a los de un perro fiel, no se apartaron en ningún momento de nuestros rostros. Hablamos de cosas intrascendentes, cambiando a cada instante de tema. Entre otras cosas, Louren se refirió entusiasmado a la cadena de hoteles que levantaría en las islas.

—Se trata realmente de uno de mis mejores proyectos, Ben.

Al pensar en sus otras grandes empresas —haciendas de campo, minas de diamantes, oro, cromo y cobre—, no me cupo la menor duda de que se trataba de un proyecto gigantesco.

Como al azar, mencioné sus problemas conyugales.

—¡Por Dios, Ben! ¡Las esposas deberían comprender que un certificado matrimonial no es un título de propiedad!

Tres mujeres habían aprendido en carne propia esta dura verdad, y yo no deseaba que Hilary fuese la cuarta.

Era casi de noche cuando Mac Donald descendió a la ribera.

—Con permiso, señor Sturvesant... Creo que sería conveniente que regresaran al campamento. No me agrada afrontar riesgos innecesarios.

Con un gracioso ademán, Louren arrojó la colilla de su cigarro al lago y se puso en pie.

—Antes podía uno vagar a sus anchas por este país y dar rienda suelta a su fantasía... ¡Cómo cambia el mundo, Ben!

Cuando entramos al campamento estaban preparando café sobre un fuego apenas perceptible. Mientras bebíamos la infusión en nuestros humeantes vasos advertí que Mac Donald había adoptado diversas medidas de seguridad, que corroboraron la impresión de hombre competente que me produjo en el primer momento. Una vez terminadas sus rondas se sentó junto a nosotros.

—Hace un rato que deseaba preguntarles, caballeros, si se hallan en condiciones de manejar un rifle FN y una ametralladora calibre sesenta.

Louren y yo respondimos afirmativamente.

—Magnífico —dijo Mac Donald mirando hacia el norte—. A medida que nos aproximemos a la frontera, más probable será que se produzca un enfrentamiento. Últimamente ha habido una gran escalada terrorista... Algo se está incubando en el norte.

Luego de servirse café en un vaso, nos preguntó:

—Y bien, caballeros, ¿qué planes tienen para mañana? ¿A qué distancia nos hallamos de la meta? Yo miré a Xhai.

—¿Estamos lejos de los pozos, hermano? —le pregunté.

—Llegaremos a ellos antes de que el sol esté así —dijo Xhai, indicando con su pequeña y delicada mano la posición del sol a mediodía—. Mi gente está acampada en el manantial cerca de los pozos. Primero iremos allí, porque hace tiempo que me están esperando.

Yo le miré fijamente, y por primera vez tuve noción del profundo sentido de la amistad que tenía Xhai. Luego me volví hacia Louren.

—¿Te das cuenta, Lo? Este diablillo ha recorrido doscientos cuarenta kilómetros a pie simplemente para comunicarnos una buena noticia.

—¿Qué quieres decir?

—Apenas descubrió la vieja mina abandonó su tribu y se lanzó en mi búsqueda.

Esa noche Xhai durmió entre Louren y yo..., porque seguía desconfiando de los grandes policías matabeles.

A las once de la mañana del día siguiente divisamos buitres en el cielo, hacia el norte. Mac Donald dio la voz de alto a la columna y se volvió hacia nuestro vehículo.

—Algo ha ocurrido más adelante. Tal vez se trate simplemente de un león muerto... Pero será mejor que no nos aventuremos.

Xhai se deslizó fuera del asiento y trepó al techo del Land-Rover. Durante un minuto observó atentamente a los lejanos buitres y después volvió a mi lado.

—Mi gente ha matado un gran animal... —dijo—. Tal vez un búfalo, porque esas aves están sobre mi campamento. No hay nada que temer. Sigamos adelante.

Traduje sus palabras a Mac Donald y éste asintió con la cabeza.

—Muy bien, doctor. Sin embargo, nos mantendremos alerta.

Los bosquimanos habían construido cinco toscos albergues junto a un pozo de agua sucia y fangosa. Simplemente habían doblado hacia dentro una serie de ramas para formar un armazón que después techaron con hojas y hierbas. Mientras nos aproximábamos al campamento de aquellos pequeños seres amarillos no vimos humo ni indicio alguno de vida. Xhai, perplejo, dirigía rápidas miradas de pájaro de uno a otro extremo de la espesura y silbaba suavemente con los dientes apretados. Los buitres estaban posados en las copas de los árboles que rodeaban el campamento. Al aproximarnos a éste se produjo una súbita conmoción entre las chozas, y aquellos horribles pajarracos se elevaron en el aire batiendo sus alas.

Xhai profirió un tenue quejido. Yo no tenía la menor idea de lo que podía haber ocurrido. No obstante, me extrañó la presencia de los buitres entre las chozas. Xhai, por el contrario, tuvo en seguida una clara visión de lo acontecido. Meciéndose lentamente en su asiento, oprimió su pecho con sus brazos y comenzó a gemir.

Mac Donald detuvo su Land-Rover y se apeó. Tras agacharse sobre algo que había en el suelo, se irguió y dio una orden con voz estentórea. Sus hombres descendieron del vehículo y se desplegaron con las armas listas. Louren detuvo nuestro Land-Rover y se dirigió hacia Mac Donald, que estaba entre las chozas. Xhai seguía meciéndose y exhalando quejidos en el asiento trasero.

Las muchachas bosquimanas despiertan una especial lujuria en los bantúes. Ignoro la causa. Quizá se sientan atraídos por el color amarillo-dorado de su piel o por su aspecto de frágiles muñequitas. En aquella ocasión violaron a todas las mujeres de Xhai, incluso a las más pequeñas. Después las atravesaron con sus bayonetas. Todas permanecían en la patética y vulnerable actitud del momento de la posesión. Ghal y los otros dos varones habían sido acribillados con ráfagas de ametralladora. Tiras de carne y trozos de hueso sobresalían en sus cuerpos mutilados. Vi muchas salpicaduras y charcos de sangre negra y seca. Una nube de moscas enormes, de color verde metálico, zumbaban sobre los cadáveres como un enjambre de abejas. Algunas se posaron en mis labios y mis ojos. Irritado, las espanté violentamente. Los repugnantes buitres habían cumplido ya su horrible cometido.

—¡Dios mío! —exclamó Louren—. ¡Dios santo!... ¿Por qué?... ¿Por qué han hecho esto?

—Así obran siempre los Frelimo, los Mau-Mau y demás organizaciones por el estilo: se ensañan con sus propios hermanos —dijo Mac Donald.

—Pero... ¿por qué? —repitió Louren.

—Tienen armas de fuego y están impacientes por usarlas. Esto les resulta más fácil que atacar a los hacendados blancos o a los destacamentos policiales.

Dos policías sacaron una lona del Land-Rover y empezaron a envolver en ella los cadáveres. Yo volví a nuestro vehículo y me recosté en la portezuela. De pronto sentí náuseas. Un líquido ácido y amargo afluyó a mi boca y vomité dificultosamente.

Cuando concluí me sequé la boca con la manga de mi chaqueta. Al levantar los ojos comprobé que Xhai me estaba mirando. Todo le había sido quitado, salvo su propia vida. Tal agonía reflejaban sus ojos y tanto dolor su crispada boca, que yo sufrí enormemente por él.

—Tenemos que descubrir a los culpables, Pájaro de Sol —cuchicheó, y

me condujo hasta el césped que bordeaba el campamento. En seguida empezó a obrar como un verdadero sabueso.

La tierra arenosa estaba sembrada de brillantes cápsulas de latón. Toscamente fabricadas, ostentaban inscripciones chinas. Los terroristas habían disparado sus armas a diestro y siniestro, con infantil complacencia. Sus botas habían marcado en el suelo el característico dibujo, en forma de cheurones, de sus suelas. Daba la impresión de que habían participado en la matanza varios centenares de hombres, porque la tierra estaba muy revuelta y la hierba aplastada en una vasta extensión.

—Vinieron de noche —me explicó Xhai en voz baja—. ¡Mire esto! Se escondieron aquí —e indicó varios lugares, entre los arbustos, donde la tierra estaba removida—. Fueron muchos —y me mostró tres veces sus manos con sus dedos extendidos: treinta, o sea, una cuadrilla numerosa—. Atacaron temprano... Ayer por la madrugada.

«Treinta y dos horas antes... Ahora estarán a varios kilómetros de aquí», pensé.

Cuando regresamos al campamento los nueve cadáveres estaban envueltos en lonas y dispuestos en hilera como paquetes listos para ser enviados por correo. Cuatro policías cavaban en ese momento una fosa colectiva de escasa profundidad.

Xhai se puso en cuclillas junto a la fila de cadáveres. Su silencio era más impresionante que sus gemidos. Súbitamente se inclinó hacia delante y tocó uno de los cuerpos envueltos en lona verde. ¿Cuántos hombrecillos de su raza se habrían puesto en cuclillas como él ahora, bajo el sol, para llorar a sus tribus masacradas? En momentos semejantes me sublevan la ferocidad y el salvajismo de esta tierra nuestra.

Como no podía soportar el tremendo dolor de Xhai, me dirigí hacia donde Louren y Mac Donald estaban conversando tranquilamente.

—Es un grupo numeroso, Ben —me dijo Louren, mientras me acercaba a él.

—Xhai dice que son treinta —le informé. Él asintió con la cabeza.

—Casi seguro... El inspector opina que deberíamos regresar, y yo creo que tiene razón.

—No nos conviene enfrentarnos a ellos, porque nos superan terriblemente en número, doctor —me explicó Mac Donald—. Esos cerdos están bien entrenados y cuentan con armas muy modernas. Ya no es como antes... Años atrás eran una chusma indisciplinada. Pero ahora son peligrosos... Además, ésta no es una patrulla de ataque. Creo que debemos regresar lo antes posible y llamar a los helicópteros. Una vez que éstos los localicen, los aviones de caza los rociarán con napalm.

—Perfectamente —convine.

Las antiguas minas habían dejado de interesarme a causa de aquel horror.

Los policías levantaron los bultos para colocarlos en la fosa. Xhai les observaba atentamente. Cuando la zanja quedó cubierta de tierra, me dirigí hacia él y dejé caer mi brazo sobre su hombro.

—Ven conmigo, hermanito —le dije mientras le conducía al Land-Rover.

La fila de coches giró en redondo y, en el mismo orden que anteriormente, se dirigió hacia el sur.

El viaje fue lento y tenso como una pesadilla. Los cambios de velocidad y los virajes, frecuentes, para evitar los pozos delataban nuestra presencia desde lejos. Cada dos kilómetros había un lugar ideal para una emboscada, en el que la espesura nos rozaba desde ambos flancos. Nuestro itinerario estaba marcado por una serie de señales que habíamos dejado a la ida. Sin duda ellos lo sabían y aguardaban nuestro regreso... Quizá hubieran colocado minas terrestres... Ansiosamente observábamos el terreno delante de nosotros para comprobar si la tierra estaba removida. Todos estábamos muy excitados.

Louren conducía el Land-Rover en silencio y, con aire torvo, hacía girar continuamente la colilla de su cigarro a un lado de la boca.

El policía que viajaba a su lado, con la culata de la ametralladora apoyada en el hombro, examinaba de vez en vez la pesada arma para ver si estaba en buenas condiciones. Todas las cabezas giraban lentamente de uno a

otro costado buscando, buscando...

—¿Has advertido, Ben, que no hay el menor indicio de caza? —me preguntó Louren de repente.

—Esto no me gusta nada, Lo.

—Vete al club entonces —gruñó él.

—En treinta y dos horas esos malditos habrán recorrido muchos kilómetros. Quién sabe dónde estarán ahora.

Yo no cesaba de jugar con el selector de fuego del rifle **que** tenía en mi regazo. Mac **Donald** había insistido en que cogiéramos las armas de los dos policías que se habían hecho cargo de las ametralladoras pesadas. Ahora me alegraba de ello. El contacto de aquel trozo de madera y acero me tranquilizaba sobremanera.

De pronto el Land-Rover que nos precedía patinó al detenerse de golpe. Louren frenó a su vez ruidosamente y echó mano del rifle automático que tenía a su espalda, sobre una repisa. Con nuestras armas en posición de tiro escrutamos el desierto de piedra y maleza que nos rodeaba. Anhelantes aguardamos el tableteo de las ametralladoras. Los segundos se sucedían lentamente, en tanto mis pulsaciones repercutían en mis oídos de forma ensordecedora.

—¡Lo siento! —gritó Mac **Donald** desde el coche delantero—. ¡Ha sido una falsa alarma!

Los motores atronaron odiosamente el vasto silencio africano y reanudamos la marcha.

—¡Por Cristo, deja de jugar con ese objeto maldito! —me espetó de pronto Louren con innecesaria violencia.

Maquinalmente había estado haciendo sonar el selector de mi rifle.

—Perdón —murmuré en tono culpable.

Que la tensión era contagiosa lo demostraba el colérico estallido de Louren. Sin embargo, casi instantáneamente, mirándome por encima de su hombro, rió entre dientes a modo **de** disculpa.

—Todo se debe a ese horrendo crimen.

Creo que habían transcurrido varias horas cuando, después de trasponer una colina, descendimos por un sendero **sinuoso** que corría entre los árboles, en dirección a la charca donde acampamos la noche anterior. Mac **Donald** hizo una **señal** a la columna para que ésta se detuviese en la margen de enfrente y en seguida vino a nuestro encuentro.

—Llenaremos hasta el tope los tanques de combustible, señor **Sturvesant**. Yo me encargaré de ello. Mientras tanto, le ruego que se dirija con varios hombres a la charca para llenar los recipientes de agua.

Mientras **Louren** y dos policías arrastraban los toscos recipientes de veintidós litros, cuesta abajo, hacia la orilla, observé a **Mac Donald**, que en ese momento comenzaba a llenar los tanques de combustible. Las emanaciones de la gasolina producían bajo el sol una atmósfera temblorosa, semejante a un espejismo. Su olor me irritó la garganta. Uno de los policías desvió el chorro de combustible hacia un lado del primer vehículo. Mac **Donald** le amonestó severamente.

—Quédate aquí —le dije a **Xhai**—. No te muevas...

Xhai, en el asiento trasero del **Land-Rover**, asintió con la cabeza. Acto seguido descendí a la orilla de la charca, donde estaba Louren.

La apacible escena era típicamente africana: cañas altas cuyas esponjosas cabezas se inclinaban lánguidamente hacia el negro lodo; innumerables marcas de pezuñas; un agua verde y fangosa, llena de sombrías burbujas producidas por el metano; pájaros tejedores pendiendo, patas arriba, de sus nidos colgantes, similares a cestos...

Los dos policías conversaban tranquilamente mientras llenaban las latas. Louren, junto a ellos, esgrimía su rifle automático.

—Después de una hora de viaje estaremos en campo raso —me dijo cuando estuve a su lado.

Sin dejar de escudriñar los árboles y malezas circundantes, sacó un cigarro del bolsillo superior de su chaqueta y empezó a desenvolverlo.

De pronto, en las rocas que bordeaban la charca vi una cosa blanca que en el primer instante me pareció el excremento de un ave. Estaba a punto de darle la espalda cuando algo me llamó la atención, cierto detalle que me

produjo un escalofrío por la espina dorsal. Eché a andar por el borde de la charca sin mirar la sustancia blanca, hasta que ésta se halló a mis pies. Entonces, al bajar la vista, quedé sin resuello. Mi primer impulso fue prevenir a Louren y correr hacia el Land-Rover. Sin embargo, logré contenerme y, haciendo un esfuerzo, miré hacia otra parte con aire indiferente. A despecho de las veloces palpitaciones de mi corazón, tuve el ánimo suficiente para agacharme junto a la orilla. Cogí un guijarro del suelo y lo arrojé al agua, donde produjo un ruido sordo y una serie de círculos concéntricos. Rápidamente miré de nuevo a mis pies.

La sustancia blanca resultó ser un trozo de jabón común; contorneado por un festón de espuma y burbujas. En las rascas vi varias huellas húmedas que el sol abrasador no había tenido tiempo de secar, y en el barro de la orilla, entre innumerables marcas de pezuñas, distinguí dos huellas semianimales que parecían corresponder a un ave gigantesca. Los dedos gordos estaban muy separados del resto de las palmas de los que estaban hendididos hasta la mitad, en dirección a los talones. Súbitamente tuve la certeza de que Timothy Mageba me estaba observando a través de la mira de un arma automática.

La piel me picaba como si el miedo, convertido en un enjambre de insectos, clavara en mí innumerables agujones. Tales insectos se arrastraban a lo largo de mi carne y mis nervios. Lentamente me volví hasta donde estaba Louren, que, con el cigarro aún en la boca, encendía una cerilla mientras me acercaba a él. Una bocanada de humo azul y nitroso surgió de sus manos ahuecadas. En seguida inclinó su cabeza sobre la pequeña llama.

—Lo —le dije en voz baja—. No te muevas demasiado deprisa. Actúa con la mayor naturalidad... Están aquí, cerca de nosotros, y nos observan.

Él aspiró cuatro veces, agitó la cerilla para apagarla y miró a su alrededor con la mayor naturalidad.

—¿Dónde? —me preguntó.

—Exactamente no lo sé... Pero están muy cerca. Debemos permanecer aquí hasta que Mac Donald esté listo.

—Avisa a los soldados —dijo Lo.

Estos estaban poniendo las tapas a los recipientes. Cuando se hallaron ante mí les detuve.

—Caminen despacio... No corran ni miren hacia atrás. Esos canallas están muy cerca. Díganle al inspector que ponga en marcha los motores. Cuando los oigamos funcionar correremos hacia los coches.

Ellos asintieron con sus cabezas. Aunque entendieron perfectamente lo que ocurría, permanecieron impasibles. Entonces comprendí por qué se les consideraba los mejores soldados nativos de África. Con la mayor tranquilidad ascendieron por la ribera, inclinados por el peso de los recipientes.

—Me parece que soy un patito mecánico, como los que suele haber en los salones de tiro al blanco —dije, tratando de sonreír. Sin embargo, mi sonrisa resultó ser una mueca desagradable—. ¿Qué estarán esperando?

—Quizá no hayan tenido tiempo aún de desplegarse apropiadamente —dijo Louren, riendo de manera muy convincente... Un buen esfuerzo de su parte—. Ahora estarán colocándose en posición de ataque. Aguardarán hasta que estemos agrupados.

—¡Ah..., si supiera de dónde vendrá el ataque!

—¿Cómo te enteraste de su presencia? —me preguntó Louren, para que la conversación no decayera.

—Por un trozo de jabón y unas huellas húmedas que vi en las rocas. Sin duda estaban bañándose cuando nos oyeron llegar.

Louren dio un golpecito a su cigarro para quitar de éste la ceniza y me miró significativamente. En lo alto de la ribera, el zumbido de los arranques de los coches rompió bruscamente el silencio y en seguida los motores comenzaron a funcionar sucesivamente: primero uno, después el segundo y por último el tercero de la fila.

Louren aplastó su cigarro casi entero en el barro de la orilla de la charca y se volvió hacia mí. Dejando caer una mano sobre mi hombro me preguntó:

—¿De acuerdo, socio?

—De acuerdo. Lo.

Girando en redondo nos dirigimos hacia el sendero que ascendía por la ribera. Mientras corríamos descolgamos los rifles de nuestros hombros. Experimenté un gran alivio. La espera había concluido y comenzaba la acción.

Sin embargo, tenía la extraña sensación de que no me movía, de que marcaba el paso sin avanzar. El ascenso me parecía interminable. Los pies me pesaban como si fueran de plomo. Un silencio intolerable absorbía el ruido de los motores de los Land-Rover. Pero nuestros pasos resonaban como cascos de animales en fuga.

Por fin llegamos a lo alto de la ribera.

El sargento Ndabuka iba al volante de nuestro vehículo, que en ese momento avanzaba lentamente y bamboleándose hacia nosotros para que subiéramos a él.

Los otros dos Land-Rover, que cubrían nuestra marcha y estaban listos para protegernos, doblaron hacia el camino, con sus artilleros junto a sus ametralladoras pesadas.

—¡Salten! —gritó Mac Donald—. ¡Debemos huir de aquí! Ascendí al vehículo, seguido de Louren.

—¡Adelante! —le espetó Louren al sargento. El motor rugió y el Land-Rover arrancó velozmente. Desde el momento en que echamos a correr y trepamos al coche no habían transcurrido más de seis segundos. Todo ocurrió rápidamente.

Poniéndome de rodillas apunté hacia fuera para cubrir uno de nuestros flancos. En ese preciso momento abrieron fuego contra nosotros. El aire a mi alrededor pareció sacudido por innumerables latigazos. Las detonaciones me hicieron pensar en un garrote que fuera arrastrado velozmente a lo largo de una valla de hierro retorcido.

El coche de Mac Donald, que abría la marcha por el sendero que habíamos seguido a la ida, era blanco del enemigo. De pronto su artillero recibió un proyectil. Su cabeza cayó hacia atrás, como si le hubieran dado un puñetazo, y su sombrero voló lejos. El hombre se desplomó en su asiento y su arma, librada a sí misma, empezó a girar inútilmente en torno de su montura.

El enemigo se había alineado tras la ribera, al abrigo de los arbustos y cañas que allí crecían. Los fogonazos de sus armas brillaban como espadas flamígeras. Volviendo mi arma hacia ellos disparé. Pero, a causa de los brincos del Land-Rover, mis proyectiles dieron en la tierra, levantando una nube de polvo a lo largo de la ribera, tal como si alguien estuviese castigando el suelo con un látigo. Entonces corregí mi puntería y apreté de nuevo el gatillo con dedo tembloroso. Las cañas se estremecieron y se cimbearon al rozarlas con mis balas. Alguien profirió un chillido sin fuerza ni convicción. Al apretar nuevamente el disparador, éste produjo un clic indicador de que la recámara estaba vacía. Rápidamente eché mano de otro cargador, en tanto miraba hacia delante, para calcular el tiempo que seguiríamos ofreciendo blanco. Mac Donald comenzaba a internarse en la floresta. Altos árboles bordeaban el camino señalando nuestro derrotero. Al advertir la tierra floja y bien nivelada delante de Mac Donald comprendí que habían tardado en hacer fuego para hacernos caer en una trampa.

Instantáneamente abrí la boca para prevenir a Mac Donald pero mi voz fue ahogada por las detonaciones y el ruido de los motores.

De pronto el coche de Mac Donald dio con las minas sembradas en el trayecto. Un enorme estallido luminoso hirió mi retina. La explosión estremeció mis tímpanos, en tanto el Land-Rover de Mac Donald se empinaba como un león herido. Su parte delantera se contrajo despedazada y una de sus ruedas siguió girando en el aire. Por último, el coche se derrumbó hacia atrás, cayendo sobre sus ocupantes. El segundo Land-Rover, que corría a ciento cincuenta kilómetros por hora, se incrustó en el primero, produciendo un terrible estruendo.

—¡Cuidado! —gritó Louren.

El sargento giró rápidamente el volante para evitar la colisión con la masa informe de los dos vehículos destrozados. Nuestro Land-Rover quedó apoyado en dos ruedas y en seguida volcó sobre un lado. Sus ocupantes fuimos despedidos hacia el suelo pedregoso.

Después, un silencio que se prolongó durante tres o cuatro segundos.

Todos estábamos aturridos, incluso el enemigo, paralizado por la rápida concreción de su plan devastador. Estábamos a cincuenta metros poco más o menos del lecho del río, donde permanecían cuerpo a tierra los hombres de Timothy. En la tierra de nadie crecían dispersos varios árboles de la fiebre. Éstos y las carrocerías de nuestros vehículos nos servían de algún modo de defensa.

Mientras buscaba a tientas mi rifle descubrí a Xhai, acurrucado junto a mí. En tanto me arrastraba hacia Louren vislumbré el rostro aterrorizado del bosquimano.

—¿Estás bien? —le pregunté a Louren.

—¡Mira! —fue su respuesta.

Veinte pies más allá, Alastair Mac Donald yacía de espaldas, soportando sobre su pelvis el peso del Land-Rover. En ese momento sus débiles y temblorosas manos hacían fuerza contra la masa metálica y de su boca surgía un suave gemido.

Me puse en pie para dirigirme hacia él, pero en ese instante abrieron de nuevo fuego contra nosotros. Los proyectiles silbaban como latigazos y repiqueteaban y resonaban en los Land-Rover, arrojando nubes de polvo y granizada tras granizada de fragmentos de roca sobre nosotros. A veces parecía que estuvieran desgarrando una tela de seda... Louren tiró de mí para que me agachara.

Al sentir que algo se movía a mi lado, me volví. En ese preciso instante Xhai gimió suavemente como una criatura intranquila. Alargué mi mano para calmarle. Mi contacto pareció galvanizarle, ya que pegando un brinco se puso en pie y, echando chispas de miedo por sus ojos ambarinos, echó a correr.

—¡Aguarda, hermano! —grité, e intenté seguirle. Pero Louren me asió de un brazo. Impotente vi cómo Xhai se lanzaba al infierno de las balas.

Todas las armas se volvieron contra él. Xhai corría como un conejo que, encandilado por los faros de un automóvil, no atinara a ocultarse. Traté de desasirme de la mano de Louren.

—¡No! —grité—. ¡No tiren! ¡No! ¡No!

De pronto Xhai cayó herido y rodó por el suelo rocoso como una pequeña pelota oscura. Sin embargo, se puso en pie y siguió corriendo. Pero su brazo izquierdo, herido más arriba del codo y unido al cuerpo tan sólo por un jirón de carne húmeda, rebotaba flojamente contra su flanco. Nuevamente fue herido, esta vez con más precisión, entre los omóplatos, y cayó de bruces, resbalando de cara al suelo por la piedra. Ahora quedó en el suelo, inmóvil, como una diminuta cota iluminada por los rayos violentos del sol. Contenido por Louren, vi cómo los soldados supervivientes se arrastraban para colocarse en posición, a fin de responder al fuego enemigo. Louren, se apartó de mí y, parapetándose en la parte trasera del Land-Rover volcado, descargó una andanada sobre el enemigo.

Una nueva lluvia de proyectiles cayó sobre nosotros. Mac Donald seguía gimiendo. Nadie podía llegar hasta él a través de semejante infierno. De hinojos en el suelo contemplé el pequeño y frágil cuerpo de Xhai. Una cólera nacida en lo más profundo de mi ser se desató y fue creciendo en mi interior hasta ofuscar mi razón.

Dando un brinco eché a correr hacia el Land-Rover destrozado por la mina, arranqué la pieza que retenía la ametralladora pesada y di cuatro vueltas a la cartuchera alrededor de mi cuello, a modo de guirnalda hawaiana, fúnebre en tal ocasión. Con la ametralladora apoyada en la cintura, descendí a la carrera al lecho del río en dirección al centro de la línea enemiga.

De pronto oí mis propios gritos como si fueran de otra persona. El aire, desgarrado violentamente por las balas, fustigaba mis oídos y me daba en la cara como un viento seco y ardiente. Mientras corría profiriendo alaridos, la ametralladora golpeaba mi cuerpo como un puño gigantesco. Las cápsulas vacías, despedidas en rápida sucesión por la recámara de mi arma, relucían y asomaban como campanillas de plata al rebotar en el suelo pedregoso.

El borde de la ribera se transformó en un gran remolino de polvo cuando intenté localizarlo. Un hombre hizo fuego y se echó hacia atrás.

Los disparos disminuyeron. Los terroristas echaron a correr por el cañaveral. Súbitamente uno que estaba tendido se puso en pie de un salto y lanzó una ráfaga contra mí. El aire se llenó de trozos de corteza de un árbol de

la fiebre herido por las balas. El hombre llevaba ropas de camuflaje. La cabeza, inclinada sobre su arma, estaba cubierta por un casco de cuero en forma de **flanera**. La boca de su arma parpadeó como un ojo rojizo cuando hizo fuego. Me pareció increíble que errara desde tan corta distancia.

Uno de mis proyectiles penetró en su boca e hizo saltar su casco, que giró en el aire. Una nube rosada —el contenido de su cráneo— brotó por detrás. El hombre se desplomó ribera abajo.

—¡Síganle! ¡Cubran su marcha! —oí chillar a Louren detrás de mí.

Pero yo seguí avanzando, sin reparar en nada.

Al llegar a la ribera miré hacia el lecho del río. Los hombres corrían despavoridos por la orilla opuesta. Volviendo **mi** arma hacia ellos hice fuego y observé cómo caían uno **detrás** de otro., La arena se arremolinaba a su alrededor a modo de una serie de surtidores de agua. En ningún momento dejé de gritar.

De un tirón desprendí de mi cuello la última ristra de cartuchos para alimentar a la hambrienta recámara de mi arma. Finalmente, al no dar ésta señales de vida, la arrojé como una cosa inútil contra los que huían. El odio y la pena me habían llevado a rebasar los límites de la razón y el miedo. Desarmado y sin temor vi a **Timothy Mageba**, que en la otra orilla se volvió hacia mí y me apuntó con la pistola que esgrimía en su mano derecha. La bala pasó muy cerca de mi cabeza.

—¡Asesino! —grité.

Disparó dos veces más.

Al parecer, los ángeles de la muerte me escudaban con sus alas, porque ni siquiera oí el silbido de las balas.

Sólo veía a Mageba, que me miraba ferozmente con sus terribles ojos nebulosos. Su gran cabeza en forma de bala de cañón me hizo pensar en una bestia herida y acorralada.

Súbitamente **Louren** apareció a mi lado. Levantando **su** rifle disparó contra Timothy. Creo que rozó su cuerpo porque aquél retrocedió y se tambaleó ligeramente. Sin embargo, en seguida desapareció en la espesura que recubría la alta ribera de enfrente. Los policías pasaron junto a nosotros y siguieron corriendo paralelamente a los emboscados, ribera abajo. Después de atravesar el lecho del río, donde yacían varios muertos, lanzaron algunas ráfagas contra la espesura. Louren les ordenó que regresaran y luego se volvió hacia mí. Sin dar crédito a sus ojos me dijo, maravillado:

—Ni un rasguño... ¡Dios santo, ni una sola bala...! —y moviendo la cabeza agregó—: ¡Qué miedo he sentido por **ti**, estúpido! ¡Me he asustado de veras!

A continuación, dejando caer un brazo sobre mi hombro, me llevó hasta donde estaban los vehículos.

Mac Donald no cesaba de gimotear en voz baja.

Louren y yo levantamos parcialmente el **Land-Rover**. Mac **Donald** gritó cuando los policías le arrastraron desde debajo del vehículo. Sus piernas estaban enroscadas en una forma muy extraña y su cara muy pálida. Su piel curtida tenía ahora un tono pardo y terroso. Pequeñas gotas de sudor **perlaban** su labio superior. Mientras Louren le administraba morfina y trataba de entablillarle el hueso, muy astillado, me acerqué hasta donde yacía **Xhai**.

El orificio de entrada del proyectil conformaba un pliegue azul oscuro, en el centro de su espalda, que ya no sangraba. Yacía en un charco de sangre espesa y gelatinosa. No cabía duda de que la bala había producido estragos al salir **por su** pecho. No me atreví a darle la vuelta. **Inclinándome junto a su** cabeza ladeada, bajé los párpados de aquellos ojos oblicuos e inmóviles.

—Duerme en paz, **hermanito** —musité.

—¡No te quedes ahí, **Ben**! Sin **duda** volverán. ¡Debemos apresurarnos! —me gritó Louren.

El sargento envolvió en sus mantas a los dos policías muertos.

—También al **bosquimano** —le dije.

El sargento vaciló pero, al ver la expresión de mi rostro, obedeció prestamente.

Tras alzar el tercer vehículo sobre sus cuatro ruedas, Louren y yo lo examinamos, en tanto los policías colocaban en su interior a nuestros muertos y heridos. Dos neumáticos estaban perforados, las balas habían acribillado el

depósito de combustible y la caja del mecanismo de dirección había recibido un proyectil. Otro hizo añicos la cubierta del cárter del aceite que, al derramarse, hedía terriblemente en la cálida atmósfera.

Rápidamente Louren distribuyó al sargento y los tres policías supervivientes en un perímetro defensivo, bajo los árboles de la fiebre, y luego él y yo empujamos el estropeado Land-Rover tras los vehículos inutilizados para poder trabajar con cierta seguridad.

En el Land-Rover de Mac **Donald** había una caja de herramientas. Ello nos permitió cambiar las ruedas tan rápidamente como dos mecánicos del **Grand Prix**. Nuestro coche, como un caníbal, sobrevivió a costa de los otros dos. Mientras apretábamos los tomillos de la última rueda comenzó el fuego de los francotiradores. Las balas llegaban desde una colina situada a cuatrocientos metros de donde nos encontrábamos. Habiendo aprendido la lección, ahora el enemigo se mantenía a una distancia prudencial. Los policías respondieron con sus ametralladoras pesadas para mantenerlo a raya.

En aquel campo de batalla Louren y yo trabajamos embadurnados de grasa desde los nudillos de los dedos hasta los codos a causa de nuestra prisa. Los colectores de escape que estaban al rojo produjeron ampollas en nuestra piel.

Después de quitar el cárter del Land-Rover nos tumbamos boca arriba en el suelo y colocamos aquél en nuestro vehículo. Gotas de aceite caliente nos chorreaba en la cara. Como el material de relleno estaba muy gastado, era seguro que el aceite gotearía en el trayecto. Sin embargo, calculábamos que retendría la cantidad necesaria para llegar a destino.

Louren cambió la caja de dirección, en tanto yo, con un jabón que encontré en su equipaje, tapé los agujeros producidos por las balas en el depósito de combustible. Mientras trabajábamos bendije a los fabricantes chinos de aquellas toscas armas de limitado alcance y escasa precisión que hacían fuego contra nosotros desde la distante colina.

Al llenar el depósito de combustible y reemplazar el aceite ofrecimos blanco a los lejanos tiradores. Trabajamos metódicamente, protegiendo de cuando en cuando nuestros oídos del terrible zumbido de las balas.

Por último **Louren** subió de un salto al asiento del conductor y oprimió el botón de arranque. Mientras éste giraba una y otra vez desmayadamente, cerré mis ojos y **rogué** a Dios que hiciera funcionar el motor. Louren soltó el botón de arranque y maldijo al silencio que siguió con acre vehemencia. Cuando apretó de nuevo el botón, el acumulador tenía menos fuerza que antes. Los giros del motor, cada vez más lentos, se convirtieron finalmente en un tartamudeo.

Una bala perdida destruyó el parabrisas. Una lluvia de fragmentos de vidrio cayó sobre nosotros... Louren seguía maldiciendo. Desesperado eché una ojeada al sol poniente. Sólo restaba una hora, poco más o menos, de luz diurna. Por la noche bajarían las hienas de la colina. Como si hubiesen leído mis pensamientos, nuestros enemigos intensificaron el fuego. Una bala produjo un ruido metálico al rozar la carrocería del **Land-Rover**. Louren saltó fuera y abrió de nuevo la capota. Entretanto le grité a **Ndabuka**:

—¿Por qué no hace fuego, sargento? ¿Por qué permite que se ejerciten como en un campo de tiro? **Oblígueles** a bajar la cabeza, ¡maldita sea!

—¡Apenas nos quedan balas, señor! —respondió el sargento a gritos.

Yo sentí un escalofrío... Sin munición, en tanto la noche se aproximaba rápidamente.

Después de bajar con gran estrépito la capota, Louren se hundió de nuevo en su asiento y me miró a través del parabrisas hecho añicos.

—Reza de nuevo, **Ben**. Tu última plegaria no ha **servido** para nada —me dijo, y volvió a apretar el botón del **arranque**. Este resolló penosamente, pero el motor no reaccionó.

—Estamos perdidos, Ben. Los otros dos acumuladores están inutilizados.

—Sargento..., ustedes también, ¡empujen! —grité—. ¡Ayúdenme!

Todos corrieron hacia mí, a la parte trasera del Land-Rover.

—¡Prueba en segunda! —le grité a Louren. Numerosas balas cayeron a mis pies y lanzaron contra mis piernas fragmentos de roca.

El Land-Rover empezó a saltar sobre el desigual terreno en dirección al río.

—¡Ahora! —le grité a Louren.

El Land-Rover vaciló. Ahora iba más despacio. Entonces nos lanzamos contra él y lo impulsamos, a pesar de la compresión del motor. De pronto éste produjo una explosión.

—¡Sigue andando! —jadeé.

Súbitamente el motor rugió y todos proferimos un alarido **de** triunfo.

—¡Suban! —gritó Louren, y dirigió el Land-Rover hacia la senda.

Yo eché a correr a la par del vehículo.

—¡Dame las cerillas! —grité casi sin aliento.

—¿Qué?

—¡Dame las cerillas, maldición!...

Y arrancándole la caja de la mano corrí hacia los despojos de los otros dos coches.

Una vez junto a ellos prendí fuego a la gasolina que goteaba de sus depósitos perforados. Un ruidoso y flamígero torrente rozó mi cara y chamuscó mis pestañas. Instantáneamente me volví y me lancé a la carrera hacia el Land-Rover. Al llegar me encaramé en su estribo posterior y caí de cabeza sobre el montón de muertos y heridos que transportábamos en la parte trasera.

A tumbos se abrió camino Louren a través de una franja de achaparrados espinos para eludir las minas, y mucho más adelante giró en línea recta para coger de nuevo la senda. Los disparos cesaron cuando nos ocultamos en la espesura. La columna de humo seguía ascendiendo en el arbolado cielo crepuscular. Mientras la contemplaba, me alegré de privar al enemigo de su botín de guerra. De pronto empecé a temblar como si tuviera fiebre y a experimentar terribles escalofríos.

—¿Qué tal, Ben? ¿Cómo te sientes? —me preguntó Louren a gritos.

—Me siento perfectamente... —le respondí, con la vista fija en los patéticos bultos que se hallaban a mis pies.

Bamboleándose y traqueteando por el accidentado terreno, avanzó el Land-Rover lentamente hacia el sur durante toda la noche. A menudo nos desviábamos del sendero y debíamos buscarlo, temblando en la fría noche africana, cada vez que soplaba el viento a través del parabrisas destrozado.

Hacia el alba —purpúrea, gris y azulada— le dije a Louren que detuviera el Land-Rover. Los policías me ayudaron a cavar una fosa poco profunda en una franja arenosa situada entre dos cerros. Cuando levanté a **Xhai**, envuelto en la manta gris oscura de la Policía, me pareció que tenía en mis brazos el cuerpo de un niño dormido. Después de depositarle en la fosa permanecimos en círculo a su alrededor mirando hacia abajo. La sangre había traspasado la manta y formado una mancha oscura al secarse. Finalmente hice una seña con la cabeza a los policías.

—Cúbranle —dije.

Los policías cumplieron mi orden rápidamente y volvimos al **Land-Rover**. Yo seguía sintiendo frío y temblando bajo mi ligera camisa de algodón. En la cumbre del cerro aulló un viejo mandril. Su grito resonó a través del valle.

Dando la espalda a la fosa, seguí a los policías y, tras subirme al vehículo, me coloqué a su lado.

Mientras nos alejábamos miré hacia atrás. Una manada de búfalos bajaba paciendo desde la espesura. Con sus cabezas inclinadas y moviendo sus colas se aproximaban a la tumba de **Xhai**.

Allí quedaba mi hermano... en su país: el desierto que tanto había amado, y junto a los animales.

—Lamento profundamente que hayan escapado a través del río —me dijo el subcomisario de Policía—. Daría cualquier cosa por echarle el guante al tal Mageba.

Dos días antes habíamos llegado con Mac Donald a Bula-wayo en un helicóptero policial. Tras encargarme de que colaborase todo lo posible con la Policía de Rodesia, Louren había partido inmediatamente para Johannesburgo. Ahora estaba yo declarando en la jefatura de Policía, cerca del charter que me conduciría de regreso a la Ciudad de la Luna.

El subcomisario era un hombre alto y de porte marcial. Su cabello, gris y muy corto, semejaba un cepillo. Su rostro estaba surcado por varias cicatrices y arrugas y su piel, tostada por innumerables jornadas bajo el sol. Sobre su pecho ostentaba algunas cintas, que identifiqué como emblemas de su honor y coraje.

—Ese individuo encabeza la lista de sujetos que deseáramos encontrar... Es un miserable... Bueno, usted le conoce mejor que yo —y volvió hacia mí sus ojos grises y acerados, como si estuviera sometiéndome a un interrogatorio.

—En efecto, le conozco —convine. (Mi presencia en el avión secuestrado era del dominio público.)

—¿Qué clase de individuo es?

—Es un hombre inteligente, que se impone por su aspecto. Tiene algo... —me esforcé por describirlo exactamente—. Pertenece a esa clase de hombres que no cejan hasta llegar a la meta que se han propuesto y que son seguidos por otros.

—Sí —dijo el subcomisario asintiendo con la cabeza—. Tal es, en síntesis también, la opinión de nuestro servicio de Inteligencia. Desde que él se incorporó al grupo se han recrudecido las actividades hostiles de nuestros amigos del otro lado del río —el subcomisario frotó sus grises sienes—. Esta vez creía que le íbamos a atrapar. Pero, dejando insepultos sus muertos, huyeron hacia el río. De haber llegado unos minutos antes les habríamos apresado.

Acto seguido echamos a andar hacia el coche policial, que aguardaba bajo los jacarandales llenos de flores purpúreas.

—¿Sabe algo acerca de Mac Donald? —le pregunté cuando estábamos junto al vehículo.

—Curará. Le han salvado las piernas.

—Me alegro.

—Yo también —convino el subcomisario—. Es un buen tipo. Ojalá contáramos con muchos Mac Donald. A propósito, doctor, le ruego que no hable de esto con nadie. No queremos que tales episodios trasciendan al público, para no hacerles el juego a quienes tratan de llamar la atención.

Después de estrecharme la mano, me dio la espalda y regresó a grandes zancadas al edificio.

Mientras recorría en el coche policial las calles de la ciudad observé muchos rostros sonrientes. Entonces me pregunté por qué ciertos individuos se empeñaban en destruir aquella sociedad y con qué la reemplazarían si lograban su intento.

Esta idea trajo a mi memoria la Ciudad de la Luna, aquella gran civilización que abarcó un territorio equivalente en extensión al de toda Europa y construyó magníficas ciudades de piedra, aquel pueblo que llegó con sus naves cargadas de mercancías hasta los confines del mundo conocido en su tiempo. Sólo quedaban de ella las miserables y escasas reliquias que laboriosamente habíamos extraído del seno de la tierra. Ningún continente mostrose jamás tan inconstante con el hombre como la tierra africana, ninguno se ha complacido como ella en elevarle muy arriba para derribarle de repente y devorarlo, a fin de borrar toda huella de su paso por el mundo... Tierra cruel, salvaje y despiadada, ¿por qué te amamos muchos hombres tan profundamente?

Al llegar a la Ciudad de la Luna sufrí una gran desilusión. Después de tan variadas peripecias, mi regreso implicó para mí un **anticlímax**. Al parecer nadie había reparado mucho en mi ausencia.

—¿Te has divertido mucho? —me preguntó **Sally**, mirándome por encima de su **máquina** de escribir y junto a un montón de páginas ya traducidas.

—Sí... Ha sido una experiencia muy interesante.

—Me alegro. ¿Qué les ha ocurrido a tus pestañas? Y sin aguardar mi respuesta, continuó tecleando con dos dedos.

Concentrada en su trabajo y mordiéndose continuamente la lengua, sólo se detenía para impulsar hacia arriba con el dorso de su mano el mechón de pelo que de cuando en cuando caía sobre su mejilla.

—Me alegro de volver a verle —me dijo **Elridge Hamilton**—. Hace tiempo que deseo hablar con usted acerca de esto —y me condujo hacia una mesa en la que estaba desplegado un trozo de rollo.

Me costó mucho concentrarme en el tema. Por primera vez en mi vida me pareció que todo aquello era muy antiguo e intrascendente, comparado con la sangre que hacía poco había visto brotar, fresca y roja, de varios cuerpos humanos.

Evidentemente Ral y **Leslie** habían aprovechado mi ausencia para intimar entre sí y trazar planes. Ral, ayudado **por** Leslie cuando vacilaba, me dijo:

—En realidad, doctor, consideramos que para casarnos, uno de los dos por lo menos debe conseguir un puesto estable. De modo que... Bueno, hemos resuelto que nos aconseje al respecto. A los dos nos gusta este lugar y nos agradaría seguir trabajando aquí..., pero también deseamos casarnos... Tenemos una alta opinión de usted, doctor, y no quisiéramos abandonar esta investigación histórica, pero...

Esa noche hablé con **Louren** y, mientras cenaba, les llamé a mi mesa.

—Usted, Ral, cobrará tres mil quinientas libras, y Leslie, dos mil. Además, en el Instituto hay un apartamento libre, del que podrán disponer. Mi regalo de boda será el mobiliario.

Leslie besó a Ral y después repitió la operación conmigo. «He aquí una buena manera de aceptar un empleo», pensé.

Ral se lanzó a rastrear los acantilados con renovado entusiasmo. Esta vez no le acompañé, porque debía preparar la disertación que pronunciaría en la **Royal Geographical Society**. Sin embargo, aquella tarea, que debía ser muy agradable y fascinante para mí, me resultó muy difícil, ya que los numerosos detalles que yo aportaría sobre los rollos dejarían sin respuesta las siguientes preguntas fundamentales: ¿De dónde procedían y cuándo se establecieron allí aquellos hombres? y ¿Por qué y hacia dónde emigraron posteriormente? Cada vez que intentaba aclarar aquello me perdía en un dédalo de conjeturas, que tomaban tediosa la tarea incluso para mí.

Siempre terminaba por arrancar el papel de mi máquina de escribir para convertirlo en una bola que lanzaba contra la pared. No hay nada más triste en el mundo que un papel en blanco. Por otra parte, me espantaba la interferencia de mis ingobernables emociones en mi labor, ya que me impedían ordenar las ideas y los datos. Sucesivamente atribuí tal estado de ánimo a las peripecias de mi viaje al norte, a la enigmática conducta de Sally, que me dolía profundamente, y a mi inminente **enfrentamiento** con mis enemigos.

Traté de engañarme de mil maneras, como, por ejemplo, obligándome a permanecer sentado ante la máquina de escribir hasta haber completado diez mil palabras de texto, o levantándome a medianoche, para ver si mi paralizado cerebro se soltaba a esa hora en un torrente de palabras.

Pero todo fue inútil. El papel seguía en blanco mientras recorría abstraído mi oficina, ya puliendo la gran hacha de guerra hasta que su brillo lastimaba mis ojos, ya rasgueando caprichosamente mi guitarra y componiendo canciones tristes y lacrimógenas. A veces me sentaba ante el retrato del rey blanco y soñaba durante varias horas. También solía vagar el día entero por los acantilados, sin preocuparme del sol ni del calor. A menudo

sentía la cercana presencia de algo parecido a un **pajarillo**, que se movía como un duende pardo y travieso más allá del límite de mi visión. En ciertas ocasiones, sentado en el silencioso archivo, me concentraba desesperado en la imagen de **Timothy**, cuyos nebulosos ojos me miraban con odio y furor a través del lecho seco del río en que yacían varios muertos. Ni él ni yo éramos exactamente como nos mostrábamos a los demás, porque había en ambos un fondo oscuro y horrible. Asimismo recordaba los cuerpos salvajemente mutilados de los pequeños **bosquimanos** a merced de las aves de rapiña y mis propios alaridos **demenciales** cuando hice fuego contra el enemigo que huía por el cauce seco y arenoso del río.

No sé hasta cuándo habría durado mi desazón de no producirse un descubrimiento que aclaró la mayoría de los misterios que aún subsistían en torno a la ciudad perdida.

El equipo de Elridge contrarrestó mi apatía con un acelerado avance en lo que respecta a los rollos. Sally había llegado a dominar en la misma medida que Elridge el idioma púnico. Incluso Leslie ya estaba en condiciones de colaborar con nosotros. Por su parte, Elridge, después de innumerables pruebas y rectificaciones, descubrió un sistema que le permitía desplegar y conservar los rollos mucho más rápidamente.

Un día durante el desayuno, que era el único momento que compartíamos todos en esa época, **Elridge** me pidió que reanudase mi trabajo de remoción de las jarras del archivo. A decir verdad bendije esa tarea, que me servía de excusa para no ponerme frente a la hoja en blanco que me acusaba desde la máquina de escribir. Ral también se alegró de abandonar su infructuosa búsqueda en los acantilados.

En la fresca y apacible penumbra del archivo trabajábamos de acuerdo con la rutina establecida anteriormente, o sea, tras rotular y registrar cada jarra en el cuaderno mayor, la fotografiábamos y marcábamos su posición en el anaquel respectivo. El trabajo no era muy pesado, y la conversación corría por cuenta de Ral, porque yo seguía como aletargado.

Un día Ral alzó una jarra de su correspondiente anaquel y **atisbo**, intrigado, el espacio situado más allá, donde el muro conformaba una cuadrada alacena de piedra.

—¡Hola! —exclamó—. ¿Qué es esto?

Súbitamente mi letargo pareció desprenderse de mi cuerpo como una prenda de vestir desechada. Cuando, después de correr hacia él, fijé mis ojos en las jarras más pequeñas y cuadradas, hábilmente escondidas en aquel hueco, tuve el presentimiento de que acabábamos de dar un gran paso en nuestra investigación de los viejos misterios. La idea surgió rotunda en mi cerebro, como si reencontrara simplemente varias jarras que hubiera extraviado poco antes.

Al dirigir Ral el haz de luz de su linterna hacia el hueco descubrimos otro detalle insólito: todas las jarras que alcanzábamos a ver estaban selladas. Un alambre retorcido de oro unía la tapa con el cuello de cada vasija, y todas ostentaban un sello de arcilla en el que aparecía grabada la imagen de un ave. Soplé suavemente el polvo que cubría una de esas imágenes. Se trataba del clásico buitre agazapado, de esteatita, **de** la cultura de **Zimbabue**, posado sobre un disco solar circundado de rayos. Me sorprendió enormemente el hallazgo de este emblema de la actual **Rodesia** en un sello indiscutiblemente púnico de dos mil años atrás. Era tan asombroso como lo sería la presencia del león y el unicornio característicos del escudo de armas británico **en** una tumba egipcia de la vigésima dinastía.

Trabajando con una **celeridad** compatible con el rigor científico, rotulamos y fotografiamos las jarras grandes que oscurecían el hueco. Cuando las quitamos de allí descubrimos detrás de ellas cinco jarras más pequeñas. Mi excitación iba en aumento, así como también mi esperanza de realizar un trascendental descubrimiento. La ocultación de las jarras y aquellos sellos constituían dos hechos muy **significativos**. Me pareció que había estado haciendo tiempo mientras aguardaba la aparición de esas vasijas. Cuando llegó el momento de sacar las jarras del nicho, me reservé el honor **de** hacerlo personalmente, a pesar de las protestas de Ral, que exclamó:

—¡Yo las descubrí!

Balanceándome en los peldaños superiores de la escalera **de** mano, extendí un brazo para levantar la primera jarra.

—No se mueve —dije. La jarra parecía pegada al anaquel **de** piedra—. Debe estar atornillada.

Me incliné aún más dentro del hueco y busqué a tientas y con cuidado el dispositivo que la mantenía sujeta.

Con gran sorpresa descubrí que detrás de la vasija no había nada.

—Pruebe con las otras —me aconsejó Ral, jadeando junto a mi nuca y erguido al máximo sobre sus largas y flacas piernas—. ¿Quiere que le eche una mano?

—Escuche, Ral: si me quita el aire, me ahogaré.

—Lo siento, doctor —murmuró apartándose unos milímetros.

Intenté levantar la segunda jarra, pero, como la primera, se hallaba firmemente adherida al anaquel. Lo mismo ocurrió con las tres restantes.

—¡Qué extraño! —dijo Ral en tono reticente. Volviéndome hacia la primera jarra y afirmando mis codos en el borde del anaquel, traté de hacer girar la vasija en sentido contrario al de las agujas del reloj. Sólo cuando apelé a todas mis fuerzas y los músculos de mis antebrazos se hincharon y anudaron, la jarra giró tres centímetros hacia mí. **Instantáneamente** comprendí que la vasija parecía adherida a la piedra a causa de su enorme peso, cincuenta veces superior al **de** las jarras de doble tamaño.

—Ral —dije—. Después de todo, tendrá que echarme al fin una mano.

Entre los dos desplazamos la jarra hasta el borde del anaquel. Después la cogí en mis brazos como a un recién nacido y bajé por la escalera. Posteriormente comprobamos que pesaba cincuenta y cinco kilos, aunque no era mucho mayor que una botella de dos litros.

Con gran cuidado, Ral me ayudó a colocarla en el soporte de fibra de vidrio que habíamos diseñado expresamente para transportar las jarras. Asiéndola cada uno por un asa, salimos del túnel. Cuando dejamos atrás el puesto de guardia situado junto a su entrada, me sorprendí al comprobar que ya era de noche. El cielo, muy alto sobre el lago color esmeralda, estaba tachonado de estrellas.

La disparidad de estatura entre ambos dificultaba la marcha; sin embargo descendimos rápidamente por el rocoso callejón que conducía al campamento. Me tranquilizó ver que las luces del almacén seguían encendidas. Cuando Ral y yo entramos con nuestra preciosa carga, los otros apenas levantaron la vista de sus respectivos trabajos.

En tanto nos dirigíamos hacia el principal banco de labor, le guiñé un ojo a Ral. Ocultando el **portajarras** con nuestros cuerpos, quitamos de él la vasija y la colocamos en el centro del banco. Me volví acto seguido a las tres cabezas inclinadas en el otro extremo del cuarto.

—**Elridge**, ¿me hace el favor de echar una ojeada a esto?

—Un momento —contestó el aludido, que siguió examinando con una lupa un rollo desplegado ante él.

Ral y yo aguardamos pacientemente hasta que Elridge se dignó mirarnos. Su reacción no se hizo esperar: las gafas le relampaguearon y la calva adquirió un tinte sonrosado, como la cúpula del **Taj Mahal** a la hora del crepúsculo. Se levantó y fue directo al banco.

—¿Dónde han encontrado esto? ¿Cuántas hay? ¡Y está sellada!

Su mano tembló al rozar la tableta de arcilla. El tono de su voz alertó a las muchachas, que se acercaron corriendo. En círculo ante la jarra la observamos en respetuoso silencio.

—Destápalo —me dijo **Sally**, rompiendo el breve silencio.

—Ya es casi la hora de cenar —le respondí, y eché una ojeada a mi reloj—. Será mejor que dejemos esto para mañana —sugerí dulcemente.

Las dos jóvenes se volvieron hacia mí, furiosas.

—No podemos... —comenzó a decir Sally, pero al ver la expresión de mi rostro se tranquilizó en seguida—. No bromees con estas cosas —concluyó en tono severo.

—Y bien, profesor, ¿a qué esperamos? —le dije a **Hamilton**.

—En efecto, ¿a qué esperamos? —respondió él. De inmediato pusimos manos a la obra. Con sendos cortafíos separamos el alambre de oro, y luego,

muy cautelosamente, aflojamos el sello. La tapa cedió fácilmente. En el interior de la jarra había un cilindro envuelto en tela de lino, similar a los anteriores. Sin embargo, éste no despedía el desagradable olor a cuero que exhalaban los otros. Elridge, cuyos brazos eran tan delgados y blancos como dos bujías, no pudo levantar la jarra. La incliné con cuidado hacia un lado y, mientras él la sostenía, extraje el pesado rollo. La envoltura estaba bien conservada y se componía de una sola pieza de tela.

Nadie habló mientras contemplábamos el cilindro. Yo había sospechado el contenido **de** la jarra, porque sólo hay **un** material de ese peso. No obstante, experimenté una deliciosa sensación al ver confirmadas mis expectativas.

Se trataba de otro texto grabado, pero no encuero. El nuevo rollo consistía en una lámina continua de oro puro de tres milímetros de espesor poco más o menos por cuarenta y cinco centímetros de ancho y algo más de ocho metros de largo. Su peso era de mil novecientas cincuenta onzas finas, y su valor intrínseco era de más de ochenta y cinco mil dólares. Los cinco rollos valían, pues, alrededor de cuatrocientos veinticinco mil dólares. Pero eso era una ínfima parte del contenido total de las vasijas.

El bello y blando metal se dejó desenrollar fácilmente, como si estuviera ansioso por revelarnos sus antiquísimos secretos. Los caracteres habían sido grabados por un hábil artesano con un aguzado punzón. Pero el reflejo de la luz en su superficie encandilaba al lector.

Fascinados observamos cómo Elridge desparramaba negro de humo sobre el resplandeciente metal y luego quitaba con sumo cuidado el polvo sobrante. Ahora las letras negras resaltaban como grabadas al aguafuerte sobre un fondo de oro.

Elridge ajustó sus gafas y examinó con deliberada calma los apretados caracteres púnicos. Mientras los demás nos apiñábamos a su alrededor como niños en torno a un narrador **de** cuentos, empezó a proferir evasivos gruñidos y murmullos.

Creo que expresé el sentir de todos cuando le dije bruscamente:

—¡Por el amor de Dios, lea ese maldito rollo! Elridge levantó los ojos, me miró e hizo una mueca maligna.

—He aquí algo muy interesante —dijo.

Mientras encendía su cigarro suscitó un doloroso suspense, que se prolongó varios segundos. Luego comenzó a leer. En seguida resultó evidente que habíamos escogido el primer rollo de una serie y que Hamilton estaba leyendo el prefacio del autor.

—«Ve al depósito, coge de allí quinientos dedos del más fino oro de **Opet** y confecciona con él un rollo incorruptible, para que estos cantares no mueran jamás y la gloria de nuestra nación perdure eternamente en las palabras de nuestro bienamado **Huy**, hijo de **Amón**, sumo sacerdote de **Baal**, favorito de **Astarté**, portador de la copa de la vida y hachero de los dioses. Que los hombres se solacen con ellas en la misma medida que yo. Que oigan sus canciones y lloren como yo he llorado. Que su risa se prolongue a través de los años y su sabiduría persista a lo largo del tiempo.

»Así habló **Lannón Hycanus**, vigésimo séptimo Gran León de **Opet**, rey de **Punt** y los cuatro reinos, soberano de los **mares** del sur y custodio de los cursos **de** agua, señor de las planicies herbosas y las montañas que se **yerguen** más allá.»

Elridge hizo una pausa y miró el círculo de rostros tensos que le rodeaba. Todos guardamos silencio, porque se trataba de algo mucho más importante que un mero registro contable, una lista de mercancías o una orden del Consejo. Aquel rollo contenía el aliento y la esencia de un país y su gente.

—¡Qué magnífico agente de publicidad! —cuchicheó **Ral**. Estas irreverencias me sacaban de quicio.

—¡Prosiga! —exclamé.

Elridge asintió con la cabeza, aplastó la colilla de su cigarrillo en el cenicero y reanudó la lectura. A partir de entonces sólo se detuvo cada vez que debía girar el rollo y esparcir negro de humo sobre él. Los demás le escuchábamos embelesados. El tiempo transcurría como si tuviese alas, en tanto escuchábamos los poemas escritos por **Huy Ben-Amón** dos mil años antes.

Opet acababa de producir su primer filósofo e historiador. Mientras oía

las palabras de aquel poeta, muerto muchos siglos antes, me sentí curiosamente hermanado con su espíritu. Comprendí su orgullo y su mezquina fatuidad, admiré su osada imaginación, le perdoné su desbordada fantasía y sus más obvias exageraciones y me sentí atrapado en la red de su relato.

Este se iniciaba en **Cartago**, rodeada entonces por los insaciables romanos, acorralada y sangrante, mientras las legiones de **Escipión** Emiliano arremetían contra sus murallas al grito de «¡Cartago debe morir!».

Decía el poeta que una de las naves de **Asdrúbal** se deslizaba raudamente a lo largo de la costa africana del Mediterráneo, con destino a **Hipona**, donde estaba anclada la flota de cincuenta y siete grandes barcos de guerra de **Amílcar**, último vástago de los Barca, familia que desde hacía mucho tiempo carecía de poder político.

El jefe sitiado solicitaba su ayuda.

Pero las tormentas y los vientos adversos se opusieron a ello. Escipión irrumpió en la ciudad, y Asdrúbal, con su espada teñida de sangre, fue despedazado por los legionarios romanos bajo el gran altar del templo de **Ashmun**, situado en la cumbre de una colina.

Aproveché una pausa de Elridge, media hora después, para hablar:

—He aquí la primera fecha, correspondiente a la tercera guerra púnica y a la destrucción de Cartago, ocurrida en 146 **a.C.**

—Pienso que también es la fecha clave del calendario de Opet —dijo Elridge.

—Por favor, prosiga —dijo Sally.

Dos birremes que lograron escapar a la matanza, al saqueo y a la destrucción de Cartago se dirigieron, favorecidos por un fuerte viento, a Hipona, donde se hallaba Amílcar inmovilizado y colérico a causa de una borrasca. Los fugitivos informaron a Amílcar que Asdrúbal había muerto y que Escipión, tras dedicar la ciudad a los dioses del infierno, la había incendiado arrasando por último sus murallas. Hicieron esclavos a los cincuenta mil supervivientes, cubrieron de sal los campos circundantes y quedó prohibido a todo ser humano, bajo pena de muerte, habitar entre las ruinas.

«Sólo un corazón romano puede albergar tanto odio y tamaña crueldad», gemía el poeta.

Amílcar Barca lloró veinte días y veinte noches la muerte de Cartago y después llamó a sus almirantes. Éstos, que eran nueve, se presentaron ante él. El poeta los nombraba: Zadal, Hanis, Philo, Habbakuk Lal, etc. Algunos lucharon, pero la mayoría huyó, porque ¿cómo podían aquellos miserables despojos del poder cartaginés enfrentarse a las legiones y a las terribles galeras romanas?

Al parecer no había escapatoria para los cartagineses, ya que el mundo entero se hallaba bajo el férreo mando de los romanos. Mas de pronto Habbakuk Lal, el viejo lobo de mar y experto navegante, evocó el viaje realizado por Hannón trescientos años antes. Dejando atrás las Columnas de Hércules, Hannón había llegado a una tierra donde las estaciones se sucedían en sentido contrario y el oro florecía en las rocas. En las planicies de dicho país existían grandes manadas de elefantes. Todos los cartagineses habían leído el relato de Hannón en las tablillas grabadas y depositadas por éste en el gran templo de Baal Amón, de Cartago, reducido a cenizas por los romanos. Describía Hannón un río y un gran lago, en cuyas proximidades fue muy bien recibido por un pueblo de personas pequeñas y amarillas, que canjearon su oro y su marfil por sus telas y abalorios. Hannón se había detenido allí para reparar sus naves y plantar cereales.

«Es una tierra buena y fértil», decía en su relato.

Durante el primer año del éxodo la flota de Amílcar Barca, integrada por ciento cincuenta y nueve navíos, tripulados por ciento cincuenta remeros y oficiales cada uno, alcanzó las imponentes Columnas de Hércules y, girando hacia el sur, se internó en un mar desconocido. Llevaba consigo nueve mil personas entre hombres, mujeres y niños. El viaje duró dos años, porque la marcha a lo largo de la costa occidental de África fue muy lenta. La expedición padeció muchas penurias y afrontó innumerables peligros: tribus de negros salvajes, animales y enfermedades cada vez que desembarcaban; bancos de arena, corrientes, vientos y calmas en el mar.

Dos años después de iniciado el viaje llegaron a la desembocadura de un río sereno y poco profundo, por el que en verdad se arrastraron los navíos durante dieciséis días, hasta que arribaron al gran lago descrito por Hannón. Desembarcaron en la ribera más lejana, bajo un alto acantilado de piedra roja. Amílcar Barca murió víctima de la fiebre intermitente que había contraído en las tierras pantanosas del norte. Su pequeño hijo, Lannón Amílcar, fue elegido rey. Sus consejeros, los nueve almirantes, llamaron a su nueva patria Opet, nombre de la legendaria tierra del oro, y comenzaron a levantar una ciudad frente a un profundo lago que parecía brotar de los acantilados. El lago y la ciudad fueron dedicados a la diosa Astarté.

—¡Dios mío, son las cuatro de la mañana! —exclamó de pronto Ral Davidson, quebrando el hechizo en que habíamos permanecido cautivos hasta entonces.

Súbitamente advertí que estaba física y psíquicamente extenuado y a la vez satisfecho. Ahora que había descubierto un nuevo Plinio podría realizar un viaje triunfal a Londres. Nada me faltaba.

A partir de entonces me pareció que el tiempo volaba. Todos los días empezaba a trabajar antes del amanecer. Mi máquina resonaba sin pausa hacia el mediodía y las hojas escritas se amontonaban a mi lado. Por la tarde y por la noche escuchaba en el almacén las canciones grabadas en oro por el poeta Huy. De ninguna manera la traducción estaría lista antes del 1 de abril. En realidad podríamos considerarnos afortunados si para entonces

completábamos la versión de los dos primeros rollos. Tampoco era posible ya aplazar el simposio, porque el Consejo de la [Royal Geographical Society](#) había fijado oficialmente aquella fecha.

Por otra parte, las invitaciones ya se habían remitido y el departamento de Relaciones Públicas de la sucursal londinense de la [Anglo-Sturvesant](#) acababa de concretar en todos sus detalles el dispositivo de la reunión: transporte y alojamiento de los participantes, etc.

En el escaso tiempo de que disponía tuve que trabajar aceleradamente para clasificar y ordenar la mayor cantidad posible de hechos y leyendas acumulados. Por lo demás tuve que mantenerme alerta todo el tiempo para no idealizar el tema de mi conferencia. Las palabras de Huy me inflamaban de entusiasmo y me sentía inclinado a remedar su vehemente estilo y a ensalzar a sus héroes y denigrar a los que él tachaba de villanos. Todos nos sentíamos cada vez más implicados en el relato. Incluso [Elridge Hamilton](#), el único del grupo que no vivía en África, se había dejado ganar por la grandeza del autor. Los demás, para quienes África era, científica y emocionalmente, la fuente nutricia de su propia existencia, aquellos cánticos implicaban un vivido desfile de seres de carne y hueso.

A menudo comprobé que nuestra historia más reciente era una simple consecuencia de los esfuerzos y aventuras de los hombres de Opet, estrechamente vinculados a nosotros, a despecho de los dos mil años que nos separaban en el tiempo.

Durante los primeros cinco años la colonia fundada junto al lago, compuesta de edificios de barro y madera, prosperó firmemente. Los hombres de Opet se adaptaron a su nueva tierra y establecieron relaciones comerciales con los [yuyes](#), los altos individuos de piel amarilla, ojos oblicuos, facciones delicadas y graciosas maneras descritos trescientos años antes por Hannón. Evidentemente se trataba de los antepasados de los actuales [hotentotes](#). Los yuyes cuidaban rebaños de cabras y de otros animales menores. También eran cazadores y tramperos y recogían las laminillas de oro aluvial que brillaban en los lechos pedregosos de los ríos.

En nombre del rey niño, [Habbakuk Lal](#) concluyó con [Yuye](#), rey de los yuyes, un tratado mediante el cual éste concedía a los hombres de Opet el territorio comprendido entre el gran río y las colinas de Tuya a cambio de cinco piezas de tela de lino y veinte espadas de hierro.

Satisfecho del trato, [Habbakuk Lal](#), para quien los vaivenes del mar le eran tan familiares como el ir y venir de la sangre por sus venas, regresó posteriormente con los cinco más veloces navíos de su flota cargados de oro y marfil. Durante su viaje de regreso, que duró nueve meses, estableció puestos de recalada a lo largo de la costa occidental africana. Más tarde volvió a Yuye con una carga de abalorios, tela de lino y otros refinados productos de la civilización. De esta manera abrió la ruta comercial por la que afluyeron al mundo conocido los tesoros de África meridional. Respecto a los rapaces romanos, solía encubrir sus movimientos como un hábil zorro marino.

De cada viaje volvía con gente nueva que se establecía en la colina de Opet: metalistas, [albañiles](#), armadores y caballeros en busca de aventuras. No obstante, el oro y el marfil cesaron paulatinamente de afluir en grandes cantidades, a medida que se agotaba el caudal acumulado a través de los siglos. [Habbakuk Lal](#) llegó un día a la ciudad de Yuye con cien hombres y le pidió al rey que le otorgara el derecho de prospección y caza en todo el reino de Yuye. El monarca accedió amablemente, colocando su signo al pie de un rollo de cuero cuyos caracteres **no** entendía. A continuación agasajó a sus huéspedes con una comida, durante la cual corrió en abundancia la cerveza desde innumerables calabazas, y se sirvieron varios bueyes asados sobre carbones encendidos en hoyos. Flexibles doncellas de [Yuye](#) danzaron desnudas ante los comensales. Sus amarillos cuerpos, untados de aceite, brillaban al sol.

En el apogeo del festín el soberano, poniéndose en pie y señalando con su puño a los hombres cuyas demandas se tornaban cada vez más exigentes, gritó:

—¡Maten a esos demonios blancos!

I Sus soldados, que relevados de su guardia en las murallas de barro

disfrutaban en ese momento del festín, arremetieron contra los huéspedes.

Habbakuk Lal logró abrirse paso y ponerse a salvo trazando furiosos círculos con su hacha de guerra. Tres de sus hombres le siguieron. Los demás cayeron bajo los golpes de sus atacantes. Sus cráneos fueron aplastados por las mazas de guerra de los soldados de Yuye.

Habbakuk Lal y sus tres valerosos subordinados, superando en la carrera a sus perseguidores, llegaron a la ribera del gran río, en el que estaba anclada su embarcación. A toda vela se dirigieron a Opet para alertar a sus habitantes. Cuando los regimientos de Yuye —cuarenta mil hombres en total— empezaron a descender como hormigas por el desfiladero de los rojos acantilados, cinco mil guerreros de Opet les estaban aguardando.

Durante todo el día la horda amarilla arremetió como un mar bravío contra los arqueros de Opet, y las flechas de éstos oscurecieron el cielo cual sucesivas manchas de langosta. Finalmente, cuando los exhaustos y desanimados hombres de Yuye comenzaron a retirarse, Habbakuk Lal abrió sus filas para dar paso a sus hacheros que, como galgos sobre conejos o lobos sobre ovejas, cayeron sobre el enemigo, al que persiguieron hasta que la noche impuso un alto a la matanza. El rey Yuye murió entre las llamas de su ciudad incendiada y su pueblo fue reducido a la esclavitud. Tal es la ley de África, la tierra de los fuertes, donde sólo el león se pavonea majestuosamente.

De pronto la colonia que hasta entonces había crecido lentamente, tanteando con cautela el terreno en que echaba sus raíces, floreció y se expandió de forma explosiva.

Sus metalistas empezaron a buscar filones vírgenes, sus cazadores a batir los campos en todas direcciones, sus ganaderos a cruzar las esmirriadas hembras de Yuye con los machos de pura raza que los barcos de Habbakuk Lal traían del norte. Por su parte, los agricultores comenzaron a sembrar cereales y a regarlos con el agua del lago. Para proteger a sus ciudadanos y sus dioses se levantaron murallas alrededor de Opet. La tierra y las riquezas naturales se distribuyeron entre las nueve familias nobles, los almirantes del éxodo, que ahora integraban el consejo del rey.

El gigantesco Habbakuk Lal, de cabello y barba antes rojos como el fuego y ahora cenicientos, doblegado y atormentado por la artritis, muere al fin. Su hijo mayor, almirante ya de la flota, le reemplaza y adopta su nombre. Otro Habbakuk Lal realiza con la cada vez más poderosa flota de Opet viajes comerciales y de exploración. Sus naves siguen recorriendo las habituales líneas marítimas del norte, pero también navegan hacia el sur, hasta donde la tierra se repliega en sí misma y una alta montaña de cima aplanada resguarda el cabo meridional. Un fuerte viento que sopla del noroeste estrella la mitad de sus barcos contra las rocas bajo la montaña. Los sacerdotes estiman que se trata de una advertencia de los dioses y, a partir de entonces, ningún bajel de Opet se aventura en el lejano sur.

Pasan los siglos. Muchos reyes se suceden en el trono. Las costumbres cambian. Los dioses se manifiestan de distinta manera y su culto es alterado para adaptarlo a la nueva tierra. Otro tipo humano nace de la mezcla de la sangre de los yuye con la de Opet. El nuevo ciudadano goza de todos los privilegios y asume las responsabilidades inherentes a su condición de tal, pero está excluido de la dirección de los asuntos del Estado, que se halla en manos de la gente de sangre pura o incontaminada. De ese mismo árbol nobiliario surge un clan de sacerdotes guerreros: los hijos de Amón.

Me hizo gracia la noticia de que dicho clan había tenido origen en un hombre del viejo reino, o sea, de Sidón y Tiro, lindante con Canaan. Acaso dichos sacerdotes fueran de raza judía... Creo que esta tesis es digna de ser tenida en cuenta.

Nuevos héroes luchan en las fronteras, aplastan insurrecciones de esclavos y matan bestias salvajes. Resurge el viejo arte del adiestramiento de elefantes. Los del rey sirven de punta de lanza a su ejército y alivian las pesadas faenas del constructor y el minero.

A través de los rollos de oro tuvimos un fulgurante vislumbre del pasado.

Huy describe las murallas y las torres de Baal, que coinciden exactamente con los cimientos descubiertos por nosotros. Asimismo da las medidas de las murallas: diez metros de altura por cinco de espesor.

Nuevamente nos preguntamos cómo era posible que aquéllas hubiesen

desaparecido.

En otro pasaje se refiere al tesoro que los agentes egipcios en Cádiz envían al «Gran León», como ahora se llama al rey.

Entre los objetos que lo integran figura un cáliz de oro, en el que han sido maravillosamente cincelados los signos de la vida eterna. (Era el que hallamos entre las ruinas del templo.)

Esa noche contemplé con otros ojos aquel bello y deteriorado objeto.

A cada momento las canciones de Huy nos planteaban un reiterado acertijo: la identificación de los lugares y animales que él designa de otra manera. Las ciudades y guarniciones mencionadas por Huy han desaparecido hace muchos siglos o sólo quedan de ellas algunos misteriosos montones de piedras similares a los que tanto abundan en África central.

Sin embargo, nos emocionó el hecho de que los hombres de Opet comenzaran a buscar tierras aptas para el cultivo de la vid y el olivo. Los vinos y aceites del norte valían más que su peso en oro cuando llegaron en las naves del quinto Habbakuk Lal.

Los horticultores y viticultores del «Gran León» descubren un día, muy lejos, hacia el este, una cadena de altas montañas envueltas en la niebla, en la que se respira un aire fresco y puro. Comienza entonces la construcción de terrazas en sus benignas laderas, mediante la utilización de decenas de miles de esclavos. Grandes cantidades de vides y olivos plantados en vasijas de barro son enviadas al sur en los más veloces barcos y transportadas luego a lomo de elefantes a las montañas de Zeng. De allí procede el rico vino tinto que tanto pondera el poeta Huy. También describe la construcción de las terrazas con plantas, que todavía subsisten en las montañas Inyanga.

Las descripciones que hace de las bestias y aves silvestres de Punt y los Cuatro Reinos nos permiten identificar la mayoría de ellas. El sagrado pájaro del sol, que llevaba ofrendas de carne a Baal volando a través de un cielo sin nubes hasta quedar fuera del alcance del ojo humano era, sin lugar a dudas, el buitre. Súbitamente descubrimos el sentido de los buitres cincelados en tantos objetos y de los sellos de los rollos de oro. El buitre era el emblema de los sacerdotes guerreros: los hijos de Anión (Ben-Amón). Huy había colocado su sello particular en las jarras que contenían los rollos.

Asimismo describía el poeta otros animales pertenecientes sin duda a especies extinguidas en el transcurso de los dos mil años que nos separan de Huy. El más importante era el Gran León, porque no cabe duda de que el rey tomaba su nombre de una bestia real. El Gran León era un enorme gato predatorio que vivía en los cañaverales que se extendían a lo largo de la ribera sur del lago. En el año 216 de Opet se promulgaron leyes destinadas a proteger a dicho animal, ya en vías de extinción por aquella época. Tal protección se justificaba plenamente por el fundamental papel que el mencionado animal desempeñaba en el ritual de la coronación del rey, ceremonia que Huy denomina «la cacería del Gran León». Éste, según el poeta, era de color pardo rojizo, tenía la cara surcada por líneas blancas y negras y medía un metro cincuenta de altura hasta su cruz. Sus colmillos curvos se proyectaban al exterior veinticinco centímetros. Pese a que los demás pusieron en tela de juicio las palabras de Huy, yo identifiqué al Gran León con el gigantesco lince de dientes de sable. Un esqueleto de este animal fue hallado entre el mayor nivel de huesos de las cavernas de Sterkfontein.

Huy describe el inicio del tráfico de animales. Sus viejos enemigos, los romanos, están despojando continuamente al África del Norte de sus leones, rinocerontes y elefantes para proveer a sus circos. Hains, un cazador de las herbosas planicies del sur, crea un sistema para capturar vivos a dichos animales. Tras adormecerlos con un líquido obtenido mediante la destilación de semillas de cáñamo silvestre, los coloca cuando están aletargados a bordo de las naves de Habbakuk Lal, quien rápidamente los transporta al norte, haciendo escala en los puestos establecidos a lo largo de la costa. Huy nos habla de una tasa de supervivencia notablemente elevada: 50 por 100. Ello determina astronómicas ganancias a causa del ansia de emociones fuertes por parte del populacho de Roma.

Hacia el año 450 de Opet la nación llega al apogeo en riqueza y poderío. Pero como se ha extendido demasiado, la población de esclavos resulta insuficiente para cumplir sus múltiples empresas. Desesperado, el Gran León

envía una expedición en busca de esclavos. La marcha hacia el norte del gran río dura diez días. Huy Ben-Amón regresa con quinientos soberbios negros apresados en Nubia y pide al Gran León su recompensa...

Habíamos llegado al final del segundo rollo de oro de Huy Ben-Amón. El Lear nos estaba aguardando. De mala gana interrumpimos la lectura y nos fuimos.

Dejando a Ral y a Leslie a cargo del campamento, Elridge, Sally y yo volamos hacia Luanda, desde donde viajaríamos en el avión internacional. Tuvimos que pagar una suma adicional por el exceso de equipaje y el pasaje del inspector de Policía que el gobierno de Botsuana designó para custodiar sus intereses de copropietario de las antiquísimas reliquias que llevábamos en el avión.

En Londres disfrutamos de veinticuatro preciosas horas libres. Como de costumbre, quise visitar los lugares más interesantes. En los prados de Lincolns Inn Fields florecían los azafranes. El bitter del Barley Mow, en Duke Street, me pareció el mejor que había bebido hasta entonces, y la nueva generación de muchachas, en la King's Road, más bella que la precedente. Cuando a las seis cerraron las puertas de la National Gallery, Sally y yo nos dirigimos directamente en un taxi a San Lorenzo, en Beauchamp Place, donde comimos el maravilloso ossobuco de Lorenzo, que regamos con Chianti tinto.

Llegamos al Queen's Theatre en el preciso instante en que alzaban el telón. En nada se parecía aquella vida a la que llevábamos en la Ciudad de la Luna.

Cuando llegamos a Dorchester eran más de las doce de la noche. Sin embargo, Sally seguía bajo los efectos del tremendo impacto que produjo en ella en el primer momento la fabulosa ciudad.

—Estoy aún demasiado nerviosa para dormir, Ben. ¿Qué hacemos?

—Bien, en mi habitación tengo una botella de champán —dije.

Sally pestañeó y me miró con picardía.

—Ben Kazin, mi boy scout favorito, siempre está preparado. Muy bien, bebamos.

Cuando la botella de Krug blanco y seco estuvo por la mitad hicimos el amor por primera vez en seis meses. Para mí resultó más agotador que mi primera experiencia sexual con la propia Sally, pues quedé exhausto física y espiritualmente. Ella fue quien llevó las copas vacías al cuarto de fumar, del que regresó poco después con dos copas llenas hasta los bordes de vino blanco. Durante un momento permaneció ante mí desnuda y adorable.

—No sé por qué he hecho esto... —dijo, en tanto me ofrecía la copa en forma de tulipa.

—¿Estás arrepentida? —le pregunté.

—No, Ben. Nunca me he arrepentido de lo que hemos compartido. Sin embargo, quisiera... —se detuvo, tomó un trago y se sentó en la cama a mi lado.

—Sabes muy bien que te amo —dije.

—Sí —y me miró de una manera enigmática.

—Siempre te amaré —insistí.

—¿Pase lo que pase? —me preguntó.

—Pase lo que pase —respondí.

—Te creo, Ben —dijo, asintiendo con la cabeza. Sus pensativos ojos me parecieron más verdes que nunca—. Gracias.

Sally... —comencé a decir, pero ella colocó uno de sus largos y finos dedos sobre mis labios. Al hacer un movimiento negativo con la cabeza, sus cabellos, que pendían a ambos lados de su cara, oscilaron sobre sus mejillas.

—Ten paciencia, Ben. Por favor, ten un poco de paciencia. Pero yo retiré sus dedos de mi boca.

—Sally...

Ella entonces se inclinó sobre mí y ahogó mis palabras con sus labios. Sin apartar su boca de la mía colocó su copa en el suelo, junto a la cama, y arrebatándome la que yo sostenía entre mis flojos dedos la puso en el suelo al lado de la suya. Finalmente hicimos el amor de una manera tan hábil, sutil y avasalladora que no sentí ya deseos de preguntarle nada ni de protestar.

Al día siguiente, a las nueve de la mañana, metí a Sally en un taxi y le dije al chófer que la llevara a Elizabeth Arden, en Bond Street, un tanto intranquilo acerca de la suerte que correría su negra y sedosa cabellera. (Algunas de aquellas brujas deberían ser colgadas por la forma en que estropean a tantas chicas bonitas.)

Acto seguido subí a otro taxi y me dirigí a la M4 y Heathrow, donde quedé atascado a causa de uno de esos embotellamientos que tan sedantes y agradables tornan los viajes en automóvil en Gran Bretaña.

El avión de Louren había aterrizado ya cuando llegué a la terminal de vuelos internacionales. De modo que pagué al chófer y eché a correr hacia aquella caldera humana.

—¡Creo que son Dicky y Liz! —exclamó alguien en medio de la multitud, lo que me alertó sobre la proximidad del grupo Sturvesant.

Mi exiguo campo visual, producto de mi escasa altura sobre el nivel terrestre, me obliga siempre a guiarme por esta clase de informes gratuitos.

Luchando a brazo partido me abrí paso hacia la comitiva erróneamente atribuida a los Burton. En realidad tal error era perdonable, porque Louren Sturvesant solía viajar con gran aparato. Sus servidores, corriendo delante de él, despejaban el trayecto hacia la puerta. Los periodistas presionaban débilmente desde ambos flancos, pero no conseguían romper las líneas de B. Y. M. Sus métodos eran muy convencionales. Yo, en cambio, atacaba ilícitamente con la cabeza gacha, provocando quejidos y gritos tales como: «¡Cuidado con ése!» y «¡Sujétenle!», pronto reemplazados por palabras tan amables como «Disculpe, doctor».

243 Cuando llegué al tranquilo centro del grupo, Bobby Sturvesant profirió un chillido y se me agarró al cuello. El grupo se detuvo durante un minuto para que se cumpliera el ritual de la bienvenida. Hilary llevaba un suave abrigo de visón, cuyo brillo era eclipsado por el de su cabellera. Sobre ella descollaba Louren, con su rubia melena aclarada por el sol y su rostro tan atezado que había adquirido el color de la avellana.

—Hola, Ben, viejo sinvergüenza —me dijo oprimiéndome el hombro con su mano—. Gracias a Dios te has decidido. Por favor, acompaña a Hil y los chicos. Tengo que hacer varias diligencias. Te veré luego en Dorchester.

Dos largos y relucientes coches nos aguardaban fuera. El grupo se dividió ordenadamente. Antes de partir Louren desanduvo el camino que ya había hecho para decirme, muy orgulloso:

—En las Seychelles capturé un pez espada negro que pesaba cuatrocientos kilos... ¡Una maravilla!

—Eres un tigre —le felicité.

—Prepara el Glen Grant, muchacho. En seguida estaré con vosotros.

Me instalé en el asiento trasero, junto a Hilary, tras adelantarme a uno de los B. Y. M. Durante un momento me extasié en la contemplación del radiante rostro de ella, que brillaba de felicidad y tenía una frescura imposible de lograr con el mejor cosmético o delineador de ojos.

—Hemos pasado diez días maravillosos en las islas, Ben —sus miradas se tornaron más dulces y vagas al embeberse ella en sus recuerdos—. Así celebramos nuestro aniversario. ¡Mira! —y levantó su mano izquierda, en la que brillaba un anillo de oro rojizo con un enorme solitario.

Aunque habituado al estilo de vida de Louren, me deslumbró aquel diamante blanquiazulado, que no pesaría menos de veinticinco quilates.

—Es hermoso, Hilary —le dije, mientras pensaba, movido por una idea no muy edificante: «A mayor culpa, mayor regalo».

En Dorchester, Hilary, boquiabierta, se llevó una mano a los labios, sorprendida de la barroca superabundancia de la habitación del Oliver Messel.

—No puedo creerlo, Ben... ¡No puede ser cierto! —exclamó, riendo.

—No te rías —le advertí—. ¿Sabes cuánto le costamos a Louren? Más de cien libras por día.

—¡Oh! —exclamó ella, y se dejó caer en uno de los enormes sillones—. Sírve me un trago, amor mío. Lo necesito, Ben. Mientras llenaba su copa le pregunté innecesariamente:

—De modo que aquél fue un problema pasajero, ¿no?

—Si tuve algún problema ya lo he olvidado, Ben. Louren se está portando conmigo mejor que nunca.

Cuando Louren llegó a la habitación comprendí en seguida lo que Hilary había querido decir.

Recio y bronceado por el sol, demostró una gran alegría riendo continuamente y puso de manifiesto una inagotable energía. Mientras le servía una copa de Glen Grant, despidió a los dos últimos B. Y. M., arrojó su chaqueta y su corbata sobre una silla, se arremangó las mangas de la camisa dejando al descubierto sus protuberantes músculos y empezó a beber.

—Bueno, ahora enséñamelo —dijo.

Y nos enfrascamos en el examen y discusión de los rollos y la traducción respectiva.

Louren se concentró en la frase inicial de la primera página.

—«Ve al almacén, coge de allí quinientos dedos del más fino oro...» —aquí se detuvo y me miró—. Nuestro viejo amigo llama *almacén* a su tesoro, Ben. Ese estúpido de *Hamilton* ha traducido incorrectamente. Aquí corresponde traducir «tesoro».

—¿Desde cuándo conoces a fondo el idioma púnico?

—Bien... ¿Quién guarda su oro en un almacén? —dijo Louren, paladeando el Glen Grant—. Si tus teorías son correctas...

—Por favor, suprime la palabra *si*. Tú no eres *Wilfred Snell*.

—Muy bien. Aceptemos que la ciudad tuvo un final súbito y violento. Si a pesar del fuego y la matanza, sus archivos, tan apreciados por ellos, se salvaron, es casi seguro que su tesoro permanece también intacto. Por consiguiente, debemos tratar de localizarlo.

—¡Magnífica deducción! —exclamé, asintiendo con la cabeza y haciendo una mueca sarcástica—. Y pensar que durante seis meses estuve devanándome los sesos sin poder llegar a ella...

—El tesoro está allí, Ben —dijo Louren, **haciendo caso** omiso de mi mueca burlona.

—¿Dónde, Lo? ¿Dónde?

—Cerca... Detrás de las murallas principales... Probablemente en la caverna.

—¡Por todos los demonios. Lo! He registrado el lugar milímetro a milímetro cincuenta veces —le dije con suave pero creciente irritación.

—Cuando lo hayas registrado un centenar de veces descubrirás que estuviste ciego.

—Escucha, **Lo**, maldita **sea** —**prorrumpí**—. No **creo** que...

—Echa un trago, socio, antes de estallar. Seguí su consejo, y él prosiguió:

—No estoy menospreciando tu labor, *Ben*. Simplemente te recordaré que en 1909 *Theodore Davis* terminó su libro con estas palabras: «Temo que el Valle de los Reyes esté ya agotado».

—Comprendo, Lo, pero...

Pasando por alto mis objeciones continuó:

—Sin embargo, trece años después *Howard Cárter* descubrió la tumba de *Tutankhamón*, el mayor tesoro hallado jamás en el Valle de los Reyes.

—Yo no he dicho que abandonaría la búsqueda. Lo. Mientras tú pagues, seguiré explorando.

—Apuesto cualquier cosa a que mi talonario de cheques será más tenaz que tu determinación.

—Peligrosa apuesta —le previne, y volvimos a reír. Nos separamos a media tarde. Impelido por un ejército de *B. Y. M.*, *Louren* atravesó el vestíbulo y se dirigió hacia el *Rolls* negro que aguardaba frente al hotel. Me deslicé por una puerta lateral para dirigirme hacia *Park Lane* en busca de un taxi.

Elridge Hamilton me estaba esperando en la calzada, frente a la *Royal Geographical Society*. Había llegado allí desde Oxford en su rojo y brillante *Mini*. Como de costumbre, llevaba una chaqueta de *mezclilla* con parches en los codos. Sin embargo, estaba muy inquieto a causa de la reunión del día siguiente.

—Apenas puedo contenerme, Ben —cacareó con maliciosa alegría—. ¿Han llegado ya los invitados al hotel?

—No. *Snell* llegará esta noche.

Elridge, muy excitado, dio varios pequeños brincos y dijo:

—Caerá pesadamente en la trampa como un hipopótamo. «Cruel, pero

exacto», pensé, mientras, dejando atrás las dobles puertas de roble, entrábamos al **artesonado** salón del templo máximo de nuestra profesión. Emanaba de este edificio una callada dignidad, como de un oasis tranquilo y permanente, situado en medio del transitorio y **demencial** mundo moderno.

Juntos ascendimos por la vasta escalera y dejamos atrás los retratos de varios grandes hombres y las listas de los honrados anteriormente con las medallas conferidas por la institución.

—Tendrá usted que sugerir qué pintor prefiere —dijo Elridge, señalando los retratos—. Me han dicho que cierto artista extranjero, un tal **Johnny...** creo que **Annigoni**, no es malo.

—Déjese de tonterías —le espeté.

Hamilton emitió una risotada semejante a un sonoro relincho, que resonó como un cuerno de caza en el sagrado recinto. A mí me irritó la ruidosa intrusión de Elridge en el ámbito **de** mis más caros sueños. Aunque soy modesto y excesivamente retraído, he de confesar que en otra ocasión, al ver por primera vez aquellos retratos, me había imaginado a mí mismo observando a la gente desde el muro de honor, con mi oscuro rostro inclinado hacia abajo. Incluso había escogido la pose:

aparecería sentado, para disimular la forma de mi cuerpo, y con la cabeza vuelta hacia un lado, porque tengo un buen perfil derecho. El pequeño mechón gris de mi sien visible daría un toque de dignidad a mi figura, así como también la condecoración extranjera que luciría en mi solapa (tal vez la Legión de Honor). Adoptaría además una expresión pensativa y frunciría el entrecejo...

—Vamos —me dijo Elridge, y fuimos hasta donde el presidente y varios miembros del Consejo nos aguardaban con jerez y bizcochos. Por desgracia no había allí una sola botella de whisky.

Pero como aquellos caballeros tenían el poder suficiente para convertir en realidad mi reciente sueño, decidí ser lo más amable y encantador posible... y en verdad produjo el efecto que buscaba.

En seguida abordamos la cuestión de la apertura del simposio, fijada para el día siguiente a las dos y media de la tarde.

—Su Alteza pronunciará el discurso inaugural —explicó uno de los consejeros—. Le hemos pedido que no hable más de cuarenta y cinco minutos y que evite en lo posible toda referencia al cultivo de orquídeas y las carreras de obstáculos.

Luego yo leería mi trabajo, que sería una especie de continuación del ensayo que había leído seis años atrás, titulado «Influencia de la cultura mediterránea en el África Central y Meridional durante la era precristiana», que tanta hilaridad había provocado en **Wilfred** Snell y sus compinches. Disponería de cuatro horas.

Al día siguiente por la mañana disertaría Elridge sobre «Ciertos textos y símbolos antiguos del África suroccidental», título vago, escogido expresamente para encubrir el golpe que yo descargaría finalmente.

Después de guardar las reliquias africanas en el cuarto de seguridad de la Sociedad tuve que padecer el terrible suplicio de regresar a **Dorchester** durante la hora de mayor tránsito londinense en el diabólico Mini rojo de Hamilton. Cuatro veces fuimos a parar a **Hyde** Park Corner. Durante todo el tiempo Elridge lanzó una lluvia de maldiciones. Su calva cabeza **brillaba** como un semáforo; mientras, yo me aferraba aterrorizado a la abrazadera de la portezuela, dispuesto a precipitarme por ella antes de que él se las ingeniara para abandonar la hilera de coches y entrara en **Park** Lane.

Jadeábamos todavía cuando le conduje al bar, donde pedí para él un par de **Gilbeys** dobles. Allí quedó **Elridge**, mientras yo salía para completar los preparativos de mi actividad nocturna, pues ya eran más de las seis de la tarde.

Al acercarme a los ascensores vi salir de uno de ellos a **Sally**. Mentalmente me excusé ante su peluquera, porque su cabellera seguía cayendo a ambos lados de su rostro muy vaporosamente. Además le habían dado un toque mágico a su cara, en la que sólo resaltaban sus ojos y sus rosados labios. Llevaba Sally un ligero vestido color verde, a juego con sus ojos.

—¡Qué suerte haberte encontrado, **Ben!** —me dijo, mientras se acercaba

a mí rápidamente—. Acabo de deslizar una nota bajo tu puerta... Lo siento, Ben, pero creo que esta noche no estaré presente. Tengo un compromiso...

—Está bien, Sal. De todas maneras no hay nada resuelto aún —dije, disimulando con una mueca la desilusión que me causaba el fracaso de mis planes.

—No puedo eludir el compromiso, Ben. Se trata de unos viejos amigos que acaban de llegar de Brighton.

Ya en la habitación de Louren me entretuve charlando con Hilary y los chicos, en tanto aguardaba a aquél. A las siete y media sonó el teléfono. Después de hablar brevemente con Louren, Hilary me pasó el auricular.

—Pensaba cenar contigo, Ben, pero estaré clavado aquí quién sabe hasta cuándo... La cláusula del contrato referente al impuesto ha resultado muy confusa y estamos redactándola de nuevo. ¿Por qué no vas a cenar con Hilary y los chicos?

Pero Hilary me dijo que estaba rendida y que se acostaría temprano. De modo que comí solo en Isow's donde me sirvieron una comida típicamente judía, que se inició con picadillo de hígado y cebolla. Después crucé el callejón y entré en Raymond's, donde por cinco libras vi cómo se desnudaban las más bellas muchachas de Londres. Sin embargo, el espectáculo me deprimió e hizo que me sintiera más solo y triste que antes. Posteriormente, aunque no soy un libertino, estuve a punto de dejarme tentar por las chicas que me hacían señas desde los oscuros portales de Wardour Street.

De regreso en el hotel, poco antes de medianoche, llamé infructuosamente por teléfono al cuarto de Sally. Una hora más tarde volví a llamar, pero tampoco hubo respuesta. El teléfono zumbó tristemente un rato, como un insecto que llamara inútilmente a la hembra. Me dormí casi al amanecer.

A las ocho de la mañana me despertó la voz áspera, saludable y estimulante de Louren, quien bramó en el auricular:

—Ha llegado el gran día, Ben. Sube a desayunar conmigo. En seguida ordenaré que nos sirvan. ¿Qué quieres?

—Café —murmuré.

Al entrar en su habitación le hallé ante una gran fuente en la que había varios bistecs, tocino, riñones, huevos, salmón ahumado y cierto potaje para empezar. Tal desayuno, corriente en su mesa, concluiría con tostadas, mermelada y café.

—Aliméntate, muchacho, porque deberás mostrarte muy enérgico.

Vigorizado mi espíritu por aquel sólido refuerzo, me sentí impelido durante toda la mañana por una creciente marea de expectativas.

Esa tarde bajé dispuesto a enfrentarme a mis huéspedes como un león hambriento de carne humana.

Había bañado mis mejillas en agua Dior después de afeitarme y lucía un oscuro traje de casimir, camisa blanca y corbata parda. Hilary había colocado un clavel doble en el ojal de mi solapa. En suma, olía como un jardín de rosas mientras, taconeando con fuerza, sentía la profunda emoción del cazador en acecho.

Cuando Louren y yo entramos en el salón de fumar privado, decreció el zumbido de las conversaciones. No quiero decir con esto que donde yo entro todos callan, sino que Louren impone silencio dondequiera que aparece. Sólo una persona siguió hablando. En una convincente imitación de la clase alta británica, continuó rebuznando en el otro extremo del salón. Wilfred Snell estaba en el centro de un corrillo de impostores sobre los que señoreaba como algo más sólido que la propia vida, a modo de tosco monumento a sí mismo. Separando las piernas trataba, como una mujer embarazada, de contrabalancear el peso de su monstruoso vientre. Bajo su chaleco parecía ocultar un odre semilleno de vino. La tela gris perla que cubría la comba de su abdomen era tan vasta como el telón de un teatro. La cara le pendía sobre el pecho formando una serie de barbillas semejantes a las ondas de un lago y era blanca y suave como una bolsa de material plástico llena de leche sucia. La boca, que interrumpía aquella blancura como una herida purpúrea, le colgaba también, y estaba siempre abierta, incluso cuando no hablaba, cosa que rara vez ocurría. La caspa desprendida de la revuelta mata de pelo le caía en

blancos copos sobre hombros y solapas. Varios objetos pendían en su fachada: del cuello unas gafas para leer, a modo de gemelos de jefe de unidad blindada; de uno de los bolsillos un cortacigarros, y de la solapa la cinta negra de su monóculo. Exhibía también la cadena del reloj y un llavero.

Me aproximé a él en línea oblicua, deteniéndome **acá** y allá, ya para saludar a algún amigo, ya para charlar con mis colegas, pero sin desviarme de mi objetivo.

De pronto alguien puso una copa en mis manos. Entonces miré a mi alrededor.

—El whisky te dará valor —me dijo **Sally** sonriendo.

—No lo necesito, nena.

—Hablemos con él.

—Simplemente trato de prolongar el placer que ahora siento.

Simultáneamente miramos en la cara al **autoproclamado** número uno de los arqueólogos, al autor de media docena de libros, de los que se habían editado medio millón de ejemplares, porque apuntaban directamente hacia el gran público. Obras que rozaban peligrosamente las fronteras del plagio y del libelo criminal. Libros en los que mediante una jerigonza **seudocientífica** el autor se disfrazaba de erudito y donde los hechos eran retorcidos, omitidos o sutilmente alterados para adecuarlos a sus teorías.

Yo no soy un adversario enconado ni rencoroso. Sin embargo, cuando mis ojos se detuvieron en el rostro abotagado de aquel verdugo, de aquel torturador, de aquel... Bueno, en cuanto miré aquella cara sentí que la sangre hervía en mis venas y mis ojos se nublaban.

Snell advirtió que me acercaba a él, pero fingió que no me veía. Todo el mundo allí estaba atento. Todos quizá habían previsto aquel **enfrentamiento** en cuanto recibieron las respectivas invitaciones. El círculo, en torno al maestro, se abrió para permitirme el acceso a su persona.

—No cabe duda que... —rebuznaba en ese momento **Wilfred**. Su mirada se desplazó por encima de mi cabeza.

En general, cada declaración suya va precedida de una muletilla publicitaria.

—Como he dicho tantas veces... —su voz llegó a los más apartados rincones del salón.

Aguardé pacientemente. Para tales ocasiones me reservo una sonrisa tímida y en extremo modesta, que he ensayado muchas veces.

—En general se admite...

Esta frase, en los labios de **Wilfred**, significa que la teoría que se discute es motivo de encontradas opiniones.

—A decir verdad... —y continuó exponiendo una evidente mentira.

Por último miró hacia abajo, se detuvo en medio de una frase, aseguró el monóculo junto a su ojo y, con gran sorpresa y alegría, descubrió a su viejo amigo y colega el doctor Benjamín **Kazin**.

—Mi pequeño y **queridito** Benjamín... —dijo. El diminutivo me hirió como a un toro la banderilla que le clavan en la **cerviz**—. ¡Qué alegría siento al verte!

Acto seguido Wilfred Snell hizo un imprudente movimiento: deslizó lánguidamente en mi dirección una de sus blancas, suaves y velludas zarpas. Durante un momento no pude creer en mi buena suerte. Instantáneamente Wilfred se acordó de la última vez que nos estrechamos las manos, seis años atrás, e intentó retirar la que acababa de tenderme. Pero como mis reflejos son más rápidos que los suyos, su mano quedó presa en la mía.

—Hola, mi querido Wilfred —le dije con voz **arulladora**. Su mano me hizo el efecto de un guante lleno de cálida jalea. Se tenía que hundir a fondo los dedos en su carne para sentir sus huesos.

—Nos alegramos mucho al saber que vendría —le dije. Emitió un suave mugido. Varias gotas de saliva brotaron **de** sus labios fofos y purpúreos.

—¿Ha tenido buen viaje? —le pregunté, sonriendo siempre con timidez.

Wilfred comenzó a bailar una especie de **giga** apoyándose alternativamente en cada uno de sus pies. Mis dedos, que habían ya casi desaparecido en su blanca y blanda carne, palpaban ahora claramente los nudillos de los suyos. Tuve la impresión de que estaba atormentando a una medusa con una caña de pescar truchas.

—Antes de que finalice el simposio tenemos que robar algún tiempo a nuestras tareas para una pequeña charla en privado —le dije.

Me pareció entonces que Wilfred perdía aire porque exhaló un silbido y empezó a encogerse como un globo pinchado. Súbitamente me arrepentí de mis brutales palabras y lamenté no haber sido capaz de contenerme. Al soltar su maltratada mano pensé que el retorno de la sangre a ella debió **dolerle** más que mi apretujón porque la apoyó tiernamente en su pecho. Sus grandes y afeminados ojos se llenaron de lágrimas y sus labios temblaron como los de un niño encolerizado.

—Venga —le dije amablemente—. Beberemos otra copa. Y le conduje a través del salón como un domador a su elefante.

No obstante, Wilfred Snell, que carecía de flexibilidad mental, volvió a las andadas. Durante el almuerzo llegaron hasta nuestra mesa fragmentos de su monólogo. En su mejor estilo afirmó que «estaba dispuesto a confiarles un pequeño secreto». De las palabras sueltas que alcancé a oír deduje que insistía una vez más en su teoría del origen medieval y **bantú** de las ruinas de África central y que se entretenía en demoler alegremente mis conclusiones. En cierto momento, al echar una ojeada a su mesa, advertí que estaba leyendo, para regocijo de sus compañeros, mi libro *Ofir*, abierto junto a su plato.

Sin embargo, otro problema requirió de mí simultáneamente toda la habilidad para solventarlo. Sally y yo estábamos sentados frente a los **Sturvesant**. A los cinco minutos de habernos colocado allí, Sally reparó en el nuevo diamante de **Hilary**. Ello era inevitable, puesto que aquél lanzaba destellos en todas direcciones. Sally guardó silencio hasta la mitad de la comida. No obstante, de cuando en cuando clavaba sus ojos en la rutilante gema. Los demás rivalizábamos en el uso de la palabra y bromeábamos a más y mejor. **Louren** se dedicaba exclusivamente a Hilary. Sin embargo, al producirse un momentáneo silencio, Sally se inclinó hacia delante y le dijo a Hilary con la voz más dulce de que era capaz:

—¡Qué hermoso anillo! Dichosa de usted que puede lucir esas joyas. En cambio yo tengo unos huesos tan pequeños que no me sentarían.

Y volviéndose hacia mí inició una alegre conversación. Esta diestra estocada estropeó el clima de la reunión. Louren frunció el entrecejo y enrojeció de rabia. Hilary apretó los labios. Sus ojos brillaron como si un centenar de réplicas se abrieran paso hacia sus labios. Pero se contuvo. Yo me lancé valientemente en el vacío que acababa de producirse. Mas ni siquiera mi encanto personal ni mi experiencia social surtieron efecto alguno. Por eso experimenté un hondo alivio cuando Louren, después de echar una ojeada a su reloj, miró al **B. Y. M.** que actuaba de coordinador y movió afirmativamente la cabeza. Dicho caballero se puso en pie inmediatamente y condujo al desavenido grupo hacia la fila de coches que aguardaban. Mientras atravesábamos el recibidor, **Wilfred Snell** se abrió camino hacia mí, seguido de un enjambre de admiradores, que previendo una escena divertida empezaron a hacer muecas burlonas.

—Durante el almuerzo, mi querido amigo, he vuelto a hojear su libro y otra vez me ha parecido muy cómico.

—Gracias, Wilfred, por su franqueza —contesté agradecido.

—Me agradaría que firmara mi ejemplar.

—Después..., después.

—Sin duda está ahora preocupado por su disertación de esta tarde, ¿no, **pequeñín**?

Otra vez temblé al esforzarme por disimular mis sentimientos y por hablar suavemente.

—Espero que le resulte tan divertida como mi libro.

—Por supuesto que me divertiré, Benjamín —cloqueó alegremente, y se alejó entre la multitud.

Mientras se introducía con De **Vallos** en su automóvil, oí que le decía a éste:

—«¡Influencia de la cultura mediterránea...!» ¿Por qué **no de** los esquimales?

Atravesamos el parque como un imponente cortejo fúnebre, formado por una hilera de negros automóviles que, tras girar y trasponer el segundo portón, se internó en **Kensington Gore**.

La caravana se detuvo ante la puerta de la Sociedad. Dentro, sobre un estrado, estaban ya los locutores y los miembros del consejo. En el salón había una masa compacta de público. Wilfred, rodeado por sus seguidores, ocupaba ya su lugar, directamente enfrente de mí. Desde donde me encontraba podría yo observar perfectamente sus reacciones.

Poco después apareció Su Alteza impregnando el ambiente con su olor a tabaco y buen vino **oportó**. Inmediatamente fue acomodado como un obús que apuntara hacia el auditorio. En cuarenta y cinco minutos dijo cuanto era dable decir sobre las orquídeas y las carreras de obstáculos. El presidente comenzó a tirar discretamente de sus faldones. Sin embargo, tuve que aguardar veinte minutos para iniciar mi disertación.

—Hace seis años tuve el honor de hablar en esta institución sobre la «Influencia de la cultura mediterránea en el África Central y Meridional durante la era precristiana». Ahora abordaré el mismo tema, pero provisto de los importantes testimonios descubiertos en el lapso intermedio.

Wilfred se erguía a cada instante en su asiento y, girando la cabeza ya hacia **Rogers** ya hacia De Vallos, sentados a su espalda, cuchicheaba algún comentario, cubriéndose la boca con su programa.

Haciendo caso omiso de ello, proseguí con la introducción, que era un resumen de los descubrimientos anteriores y las diversas teorías surgidas al respecto. Intencionadamente adopté un lenguaje árido y vulgar para que Wilfred y sus seguidores creyeran que no tenía nada nuevo que aportar en apoyo de mis puntos de vista.

^ De pronto, imprimiendo una pizca de emoción a mi relato, expresé:

—Así estaban las cosas, cuando cierto día **de marzo del** año pasado el señor Louren Sturvesant me enseñó una fotografía...

Los rostros de los espectadores, impasibles hasta entonces, se encendieron de curiosidad. Estimulé su interés y al poco tiempo me pareció que estaba narrando una historia **detectivesca**. Los pomposos apartes de **Wilfred** eran cada vez más espaciados. Poco después cesaron las risitas de sus admiradores.

Ahora mantenía yo en suspenso a mi auditorio, que conmigo y **Sally** parecían contemplar a la luz de la luna el espectral contorno de la ciudad desaparecida muchos siglos atrás. Ahora todos compartían la emoción del descubrimiento de los primeros bloques de piedra labrada.

En el momento oportuno se apagaron las luces y surgió en la pantalla, a mis espaldas, la primera imagen: el rey blanco, altivo y distante, regio y viril en su dorada armadura. Una tras otra relampaguearon las imágenes en la pantalla. Los espectadores, **extasiados**, guardaban un profundo silencio. A la luz del proyector vi sus rostros fascinados. Sólo se movían las manos de los periodistas, que en la primera fila garrapateaban frenéticamente mi maravilloso relato.

Interrumpí éste en el momento en que culminaba nuestra exploración de la planicie y la caverna, antes del descubrimiento del túnel tapiado que había más allá del retrato del rey.

A una señal mía se encendieron las luces. El auditorio volvió, estremecido, al presente. Todos estaban emocionados. Bueno, todos excepto Su Alteza, que dormía plácidamente bajo los efectos del **oportó**. Él fue el único de mis doscientos oyentes a quien no cautivé con mi relato. Incluso Wilfred parecía aturrido, vacilante como un boxeador terriblemente vapuleado que tratara de mantenerse en pie hasta el tañido del gong. Sin embargo, hube de admitir que el hombre era muy valiente. Volviéndose hacia De **Vallos**, cuchicheó con voz aguda:

—Típica sillería **bantú** del siglo trece después de Cristo..., **por** supuesto. Muy interesante..., porque corrobora mi teoría respecto de las fechas exactas de las migraciones.

Yo guardé silencio y, con la cabeza gacha, oprimí fuertemente con mis manos el atril. A veces pienso que yo podría haber sido un magnífico actor cinematográfico... Levantando lentamente la cabeza, miré a Wilfred con desolada expresión. Mi actitud le creció los ánimos.

—Ese retrato no significa nada... Tal vez se trate de un aspirante bantú a la iniciación... Un caso parecido al de la Dama del **Brandberg**.

Persistí en mi silencio para que, creyéndose un pez espada, tirase

fácilmente del sedal. Una vez que el anzuelo penetrara profundamente en su cuerpo, tiraría a mi vez de la cuerda.

—Temo que no tenga valor alguno como prueba.

Y miró a su alrededor, sonriendo estúpidamente. Sus secuaces asintieron con sus cabezas y empezaron a hacer muecas como títeres.

De pronto hablé, mirándole directamente a la cara.

—Como muy bien ha dicho el profesor Wilfred Snell, todo esto es muy fascinante, pero no prueba nada —sus cabezas asintieron más energicamente—. Por eso decidí indagar más a fondo.

Me referí de nuevo al túnel tapiado, a mi decisión de cavar en la roca viva, preservando el retrato del rey, y al boquete que nos puso en comunicación con el pasadizo.

Aquí hice otra pausa y miré a Wilfred Snell. Súbitamente me apiadé de él, porque mi implacable enemigo, aquella úlcera maligna y supurante que me había atormentado a lo largo de mi carrera profesional, no era ahora más que un hombre gordo y un tanto ridículo.

Sin embargo, le despedacé como el poeta Huy, hachero de los dioses, a sus enemigos. Le hice añicos con mi descripción de los rollos, del hacha en forma de buitre y de los cinco libros de oro.

Mientras yo hablaba entró en el recinto uno de mis ayudantes empujando una carretilla cubierta con un trozo de terciopelo verde. Todos los ojos se clavaron en él. A una señal mía el hombre retiró la tela y quedaron al descubierto la magnífica y resplandeciente hacha de guerra y un rollo.

Wilfred Snell se hundió de tal manera en su asiento, que su vientre cayó sobre su regazo. Sus purpúreos labios colgaban flojamente mientras yo leía las palabras iniciales del primer libro de oro de Huy:

—«Que todos los hombres lean sus palabras y se regocijen como yo me he regocijado. Que todos los hombres, al oír sus cantos, lloren como yo he llorado.»

Al terminar mi disertación miré al auditorio. Todos estaban conmovidos. Incluso Louren, Hilary y Sally, familiarizados desde hacía tiempo con el tema, permanecían inclinados hacia delante en sus asientos y no apartaban de mí sus ojos relucientes.

Con sorpresa advertí que eran las siete y media. Aunque me había excedido en una hora respecto al tiempo que me había sido concedido, el presidente, que estaba a mi lado, no me regañó en absoluto.

—Mi tiempo ha concluido, pero no mi relato. Mañana por la mañana el profesor Elridge Hamilton leerá su ensayo sobre los rollos y su contenido. Espero que vengan a escucharle. Alteza, presidente, señoras y señores, muchas gracias.

Durante diez segundos reinó un silencio total. Nadie se movió ni habló. De repente todos se pusieron en pie y empezaron a aplaudir furiosamente. Por primera vez desde la fundación de la Sociedad, en 1830, una conferencia era aplaudida como una obra teatral. Abandonando sus asientos, los espectadores se agolparon a mi alrededor para estrechar mi mano y formularme preguntas que de ninguna manera podía yo contestar. Desde mi privilegiado puesto de observación sobre el estrado vi cómo Wilfred Snell se levantaba y se dirigía pesadamente hacia la puerta, solo. (Sus seguidores se habían unido a quienes me rodeaban.)

Me dieron deseos de llamarle para decirle que lamentaba lo ocurrido y que hubiese deseado ahorrarle aquel mal rato..., pero en realidad tales palabras no se justificaban, porque él me había dicho lo mismo infinitas veces.

A la mañana siguiente los más importantes diarios comentaron mi conferencia, e incluso *The Times* se permitió un toque dramático: «Descubren un tesoro cartaginés», «Uno de los más importantes hallazgos arqueológicos desde el descubrimiento de la tumba de Tutankhamón».

Louren compró todos los diarios. Sentados sobre un mar de papel impreso, devoramos otro pantagruélico desayuno. Me sentía profundamente conmovido por el hecho de que Louren se enorgulleciera tanto de mis logros.

En voz alta leyó todos los artículos, deteniéndose a veces para hacer algún comentario: «¡Qué vapuleo, socio!»; «los mataste a esos patanes»; «me oriné en los calzoncillos al oírte... y eso que ya conocía el tema, ¡por todos los diablos!».

De pronto, al hojear un diario izquierdista que acababa de extraer del montón de periódicos, su expresión cambió radicalmente. Frunciendo el entrecejo lanzó tan furibundas miradas al periódico, que le pregunté rápidamente:

—¿Qué pasa, Lo?

—Mira esto —y me arrojó el diario a la cara—. Lee mientras termino de cambiarme.

Y se metió en su dormitorio dando un portazo.

Casi inmediatamente di con el motivo de su furia: una página cubierta de fotografías bajo una gran bandera en la que se leía «El ejército de la libertad».

Negros con fusiles y en tanques. Negros marchando **en** fila, interminables. Cascos similares a hongos. Modernas armas automáticas colgando de hombros camuflados. Botas **que** giraban...

Sin embargo, lo que atrajo mi atención no fue eso, sino un grabado situado en el centro de la página, en el que aparecía un alto individuo de hombros tan anchos como la cruceta de una horca. Su calva cabeza, en forma de bala de cañón, brillaba bajo el sol africano. Aquel hombre de rostro severo iba acompañado por dos chinos que sonreían mostrando los dientes y vestían miserables y arrugados uniformes semejantes a pijamas. El título, muy destacado, rezaba: «Mayor general **Timothy Mageba**, llamado El Cruzado Negro, flamante comandante del Ejército de Liberación del Pueblo, acompañado de dos de sus asesores militares».

Su rostro, sombrío e impregnado de odio, y la dura determinación que emanaba de sus hombros, al igual que su porte agresivo, me aterraron.

De manera inexplicable, aquella presencia pareció empañar mi reciente triunfo personal. Lo ocurrido dos mil años atrás perdió de repente trascendencia para mí al pensar en las fuerzas oscuras que se habían desatado en mi país.

Sin embargo, aquel hombre no era un caso aislado. África había producido muchos individuos como él, feroces destructores que sembraron sus planicies de osamentas humanas: **Cha-ka**, **Mzilikazi**, **Mamatee**, **Mutesa** y otros muchos que la historia ha olvidado. **Timothy Mageba** era simplemente el último de una larga lista de guerreros, los primeros de los cuales se perdían en las tinieblas del pasado.

De pronto salió Louren de su dormitorio, acompañado de **Hilary**. Esta se me acercó, me besó y me felicitó de nuevo. Dejé caer el diario de mis manos, pero seguí pensando en Mageba.

—Lamento, **Ben**, no poder acompañarte a la conferencia de tu amigo **Elridge**. No puedo eludir la reunión de esta mañana. Por favor, encárgate de **Hil**. Ofrécele una buena comida —me dijo Louren mientras descendíamos los tres en el ascensor.

Elridge, con su traje de **mezclilla parcheado** en los codos, se ensañó con sus oyentes. Durante tres horas y media murmuró muchas veces las palabras «busilis» y «resumen», acompañadas a menudo de risotadas que despertaban al auditorio. Al ver cómo lentamente se vaciaba de público el salón y a los periodistas que garrapateaban entre bostezos en sus cuartillas sentí un profundo agradecimiento hacia él, porque evidentemente no me arrebataría la gloria que acababa yo de alcanzar.

Una hora antes del almuerzo, **Sally**, que estaba sentada a 'mis espaldas, me entregó sigilosamente una nota: «No puedo soportar esto un minuto más. Saldré para realizar algunas compras. Te veré luego. —S.».

Me sonreí cuando la vi deslizarse grácilmente hacia la puerta lateral. Al llegar a ésta, Sally se volvió, me hizo un guiño y ambos sonreímos.

Elridge siguió machacando cada vez más lentamente. Por último, hizo una pausa, un tanto indeciso y, radiante de alegría, miró a su escaso auditorio.

—Bien —dijo—, creo que no hace falta abundar **en** más detalles.

El público, aliviado, se dirigió atropelladamente hacia las puertas.

En el vestíbulo fui de nuevo rodeado por una entusiasta multitud. Lentamente nos abrimos camino hacia la puerta principal, para ir a comer. En

el taxi, Hilary se sentó entre Elridge y yo. Cuando me disponía a decirle al chófer que se dirigiera a la Trattoria Terrazza, Hilary miró sus manos, que descansaban sobre su regazo, y emitió un débil grito de dolor:

—¡Mi anillo!

Súbitamente advertimos que la magnífica joya no destellaba en su mano. Mis espavoridos ojos no se apartaban de su dedo desnudo. Una fortuna que superaba cuanto yo podía imaginar acababa de volatilizarse. Aquel diamante debía de valer alrededor de treinta mil libras.

—¿Cuándo lo has visto por última vez en tu dedo? —le pregunté nerviosamente.

Durante un segundo ella trató de recordar. De pronto, una expresión de alivio se dibujó en su semblante.

—¡Oh!... Ahora me acuerdo... Antes de esmaltarme las uñas, en el hotel, lo puse en la cigarrera de alabastro que estaba junto a mi silla.

—¿Cómo es esa silla y dónde está?

—Es una silla tapizada, y está en el salón de fumar, al lado del televisor.

—Elridge, ¿me hace el favor de acompañar a la señora Sturvesant al restaurante? Yo cogeré otro taxi y regresaré volando al hotel antes de que quienes hacen la limpieza descubran el anillo. ¿Tienes la llave, Hil?

Tras hurgar un rato en su bolso, su mano dio con ella. Mientras me entregaba la llave me dijo Hilary:

—Eres un encanto, Ben. Perdón por la molestia.

—Las damiselas en desgracia son mi especialidad —y descendí a la calzada.

El taxi se alejó. Durante cinco minutos me moví como un enloquecido semáforo viviente ante la larga hilera de taxis que pasaban a mi lado. Como nunca distingo si están encendidas o no las pequeñas luces que hay sobre sus techos, llamo a todos.

Ya en la habitación del Oliver Messel, me precipité por el largo pasillo y corrí hasta más allá de los dormitorios con la llave en la mano. Dando un suspiro de alivio cogí el anillo, que estaba entre los cigarrillos de la caja de alabastro, y me acerqué a la ventana para observarlo a la luz. Su hermoso resplandor casi me dejó sin aliento. Al pensar que yo nunca poseería un objeto tan fascinante, sentí una ligera envidia y me puse un poco triste. No obstante, reaccionando en seguida até rápidamente la sortija en una esquina de mi pañuelo y eché a andar rápidamente por el pasillo.

Al llegar de nuevo ante la puerta del dormitorio que estaba entornada, me detuve con la intención de cerrarla. Antes de que mi mano se posara en el picaporte llegó hasta mí desde otra habitación una voz de mujer enronquecida por la emoción, quebrada y trémula a causa de su jadeante respiración.

—¡Sí, por Dios! ¡Hazlo, hazlo de una vez! Una voz de hombre se mezcló con la voz femenina, una voz que se elevó como el áspero grito de un animal herido.

—¡Querida! ¡Querida mía!

Las voces se mecían como un oleaje, giraban y chocaban entre sí. La pasión crecía como un mar agitado por el viento del amor.

Simultáneamente se oía otro ruido, rítmico, apremiante, que se confundía con el pulso de la creación, un sonido tan antiguo como el hombre, tan invariable como el curso de los astros. Mientras permanecía rígido y con la mano extendida hacia el picaporte, cesó el sordo rumor de los corazones. A partir de entonces sólo oí suaves jadeos, breves suspiros y gemidos: meros vestigios de emociones agotadas.

Me volví y eché a andar hacia la puerta principal como un sonámbulo. Y cerré sin hacer ruido.

Me senté junto a la mesa, pero no recuerdo haber comido. Tampoco recuerdo lo que se habló durante la comida..., porque las voces que había escuchado tras la puerta pertenecían a Sally Benator y a Louren Sturvesant.

Ignoro en qué momento regresé a la Royal Society. Sólo persisten en mi memoria vagas imágenes relacionadas con las conferencias y ceremonias finales.

Sentado en la primera fila, no hacía yo más que mirar, con la cabeza gacha, una grieta que había en el lustroso suelo de madera. Mi mente rastreaba

el pasado, como un perro de caza el terreno donde se oculta un ave.

De pronto recordé cierta noche en la Ciudad de la Luna, en la que me arrojé en mi cama borracho a causa del whisky que me había servido Sally. Me desperté cuando entró Louren en la tienda. Detrás de él, por la abertura, vi el cielo, que empezaba a teñirse con los colores de la aurora.

A ese recuerdo sucedió el de una visita nocturna a la caverna, durante la cual Louren me deslumbró con su linterna y me despidió con cajas destempladas.

Después recordé cierta conversación entre Ray y Leslie y me acordé de los amigos que llegarían de Brighton; de sus irracionales y violentos ataques a Hilary; de su malhumor y sus silencios; de sus inesperados estallidos de alegría y sus aún más repentinas depresiones; de sus incomprensibles y elípticas frases; de su vacilación cuando parecía a punto de revelarme algo; de su visita a medianoche a mi tienda, y de muchos otros detalles en extremo sugestivos, y me asombré de mi ceguera. ¿Cómo era posible que no hubiese yo atado todos esos cabos?

Alguien pronunció mi nombre. Entonces luché por despabilarme y traté de escuchar lo que decían. Quien hablaba era Graham Hobson, el presidente de la Sociedad. Al hacerlo me miraba sonriendo desde lo alto. A mi alrededor varios rostros, también sonrientes e inclinados sobre mí, me miraban cordial y bondadosamente.

—Se le concede la medalla del patrono y fundador de la Sociedad —dijo Hobson—. Además, el consejo me ha facultado para que anuncie que encargará a un notable pintor la ejecución del retrato del doctor Kazin. En una ceremonia especial el lienzo será colgado en el muro de honor...

Yo sacudí la cabeza para aclarar mis ideas. Estaba azorado y confundido. La voz de Hobson seguía llegando muy débilmente a mis oídos. Traté de concentrarme. De pronto varias manos, amables pero insistentes, me obligaron a ponerme en pie y me empujaron hacia el estrado.

—¡Que hable! —gritó el público riendo y aplaudiendo. De cara a los espectadores, me sentí aturdido. La sala giraba por momentos ante mí y por momentos permanecía inmóvil. Mi visión era ya borrosa, ya nítida.

—Alteza... —comencé a decir, pero me ahogué en seguida. Mi garganta temblaba y distorsionaba los sonidos—. Me siento muy honrado —me detuve y traté de hallar las palabras adecuadas. Todos permanecían en silencio y expectantes. Desesperado, miré hacia la sala en busca de inspiración o amparo.

Sally Benator se hallaba en pie junto a la puerta lateral. ¿Desde cuándo? Ahora sonreía. Sus blancos dientes se destacaban en su hermoso rostro quemado por el sol. Su oscuro cabello pendía a los lados de su cara, cayéndole sobre los hombros. Sus mejillas ardían y sus ojos chispeaban como los de una muchacha que acabara de abandonar el lecho de su amante.

La miré fijamente.

—Muchas gracias —murmuré.

Ella asintió con la cabeza y me sonrió para darme coraje. Mi corazón desfalleció. Sentí un agudo dolor físico. Los tejidos de mi pecho se desgarraron, cortándome la respiración... Perdida ella, perdido mi amor, mi único amor, aquellos honores y aplausos carecían de sentido para mí.

Mis ojos, desolados, seguían inútilmente clavados en Sally. Varias lágrimas ardieron en ellos. Deseoso de ocultarlas a los ojos del público, me dirigí tambaleándome hacia la puerta. Se reanudaron los aplausos. En medio del tumulto oí algunas frases:

—¡Pobre! Está conmovido.

—¡Qué emocionante!

—Está anonadado.

Ya en la calle seguí corriendo alocadamente bajo la lenta llovizna. Como un animal herido, deseaba estar solo hasta recobrarme. El agua apaciguó mi ardor.

Hallé la calma y la soledad que anhelaba en la Ciudad de la Luna.

Elridge se encontraba en Inglaterra, donde permanecería un mes dictando

conferencias, y Sally había desaparecido. No hablé con ella desde la noche fatal. Sin embargo, me enteré casualmente a través de Louren que, aprovechando las dos semanas acumuladas de vacaciones que le correspondían, habíase incorporado a un grupo de turistas que visitarían Italia y las islas griegas. En la Ciudad de la Luna recibí de ella, por vía aérea, una carta timbrada en Padua, en la que confirmaba las palabras de Louren y me decía que lamentablemente no había podido dar conmigo antes de mi partida de Londres.

No podía haber sido de otra manera, puesto que yo no había vuelto a Dorchester. Por el contrario, luego de ordenar que enviaran mi equipaje a Blue Bird House, había emprendido el regreso en avión a África a primeras horas de la mañana del día siguiente. Después de felicitarle, Sally me anunciaba que retomaría a Johannesburgo a fin de mes, donde tomaría el primer avión que partiera para la Ciudad de la Luna.

Su carta me pareció tan irreal como un mensaje de ultratumba. Porque en verdad ella había muerto para mí y se hallaba fuera de mi alcance para siempre. De modo que quemé la carta.

Louren visitó de nuevo la Ciudad de la Luna, pero permaneció en ella un solo día. Entonces descubrí que no tenía nada que decirle. Sus propios rasgos fisonómicos, tan queridos y presentes siempre en mi memoria anteriormente, me parecieron tan extraños como los de un desconocido.

Louren tuvo conciencia del abismo que nos separaba e intentó tenderme la mano a través de la brecha. Pero como no hubo respuesta por mi parte, abrevió la visita y partió. Comprendí y lamenté vagamente su asombro, porque en realidad no me atreví a condenarle ni a odiarle.

Ral y Leslie deambulaban como dos sombras en las fronteras de mi soledad y no interferían en mi mundo privado —el de Huy Ben-Amón—, situado más allá de la angustia y el llanto.

Durante el tiempo que Elridge consagró a los rollos, yo había seguido paso a paso su traducción. Por lo demás, mi mayor capacidad intelectual es la vinculada con los idiomas. Asimilo cualquier lengua con facilidad. Lawrence de Arabia aprendió a hablar árabe en cuatro días. En diez aprendí yo el púnico, que fue la llave que me permitió el libre acceso al mundo encantado de Huy.

En el tercer rollo de oro continuaba la historia de Opet, hasta la época del poeta. Se trataba de un documento tan fascinante como los dos anteriores. Sin embargo, la magia del autor llegaba a su plenitud en los dos últimos rollos de oro. En éstos había reunido Huy sus cantos y poemas, que lo eran de verdad, según el sentido que hoy damos a dichas palabras.

Huy, el guerrero y hachero de los dioses, consagraba una oda a las brillantes alas del pájaro de sol: su hacha de guerra.

Describía el mineral extraído de las minas del sur, su fundición en un horno semejante a una caverna, el olor del brillante carbón de leña y el desplazamiento del metal derretido.

Después se refería a la purificación y aleación, a la forja y conformación definitiva, al filo del arma y a su cinceladura. Al leer la descripción que hacía de los cuatro buitres y los cuatro soles, levanté la cabeza y miré la magnífica hacha que pendía sobre mi mesa de trabajo.

Entonces oí el zumbido de la reluciente hoja al cortar el aire, el impacto del metal en el hueso y el rumor como de ven» tosa producido por el arma al abandonar la carne. Con temor recorrí la lista de enemigos muertos por el hacha y me pregunté cuáles habrían sido sus crímenes y transgresiones.

De pronto Huy cambiaba de tono y se convertía en un fanfarrón que bebía de un jarro de vino tinto de Zeng y lanzaba risotadas ante el fuego, al igual que sus compañeros de armas.

Luego ya era un petimetre envuelto en blanca tela de lino, que olía a aceites aromáticos y lucía una barba de pelos retorcidos como cordones, ya un sacerdote que, actuando entre los dioses y seguro de su ayuda, cumplía los misterios y ofrecía los sacrificios correspondientes...

Huy, de hinojos y orando a solas en medio del silencio... Huy, hacia el alba, saludando con sus brazos en alto a Baal el dios del Sol... Huy, exaltado ante una revelación religiosa... Huy, el amigo y compañero leal, describiendo un alegre instante vivido en compañía de otro hombre, los esfuerzos man-

comunados, el sabor de los placeres compartidos, los peligros arrostrados y vencidos en común.

El poema sugiere que Huy, militante del culto de los héroes, no ve tacha alguna en su amigo, cuya belleza física describe con una agudeza casi femenina.

Nos habla, por ejemplo, de sus anchos hombros, de la regia curva que traza su flamígera barba roja al descender desde los prominentes músculos de su pecho, suaves y duros como las peñas de las colinas de Zamboa, de sus piernas semejantes a dos recios tallos, de su sonrisa cálida como los benditos rayos del dios del Sol, Baal. Por último expresa: «**Lannón Hycanus**, más que mi rey, eres mi amigo». No cabe duda de que Huy tiene un alto concepto de la amistad.

Más adelante el poeta se transforma en observador de la naturaleza, en un cazador que describe con ternura a sus presas, sin omitir un solo detalle, desde el curvo colmillo de marfil de un elefante hasta el suave vientre color crema de una leona.

También es un amante hechizado por la belleza de su amada **Tanit**, cuya amplia frente es nívea y brillante como la luna llena. Los cabellos de Tanit ondulan, suaves y ligeros como el humo que surge de las grandes fogatas de papiros en los pantanos..., y sus ojos son verdes y relucen como el profundo lago del templo consagrado a la diosa **Astarté**.

De pronto Tanit muere, y el poeta gime de dolor. Para él Tanit es un pájaro que alza el vuelo. Sus ebúrneos brazos brillan como alas desplegadas. Su postrer lamento repercute en la bóveda celeste y estremece los corazones de los propios dioses. Yo me identifiqué con el dolor de Huy. Mi voz se confundió con la suya y su espanto y sus éxitos me sacudieron de tal manera, que me pareció que ambos éramos una misma persona.

Me levantaba temprano y me acostaba tarde, y estaba cada vez más pálido y delgado. Cuando me ponía frente al espejo, veía en él un rostro espectral y unos ojos salvajes.

Súbitamente la realidad se arrojó sobre mí e hizo añicos los frágiles muros de cristal de mi tierra encantada. Louren y **Sally** llegaron en el mismo avión a la Ciudad de la Luna. La tormenta que había yo logrado eludir hasta entonces **recomenzó**.

Nuevamente traté de ocultarme. El archivo se convirtió en mi santuario. Allí pasaba el día, para evitar todo contacto con **Sally** y con **Louren**. Sin embargo, no podía eludir la terrible hora de la cena. Durante la comida me esforzaba por sonreír y participar en las bromas y discusiones y por no ver las miradas y sonrisas íntimas que intercambiaban Louren y Sally, hasta el momento en que podía razonablemente retirarme.

Dos veces se acercó a mí Louren.

—Creo que existe un malentendido, **Ben...** —me dijo.

—No, Louren; no. Te juro que te equivocas.

Y escapé las dos veces al tranquilo archivo.

Allí, además de la grata compañía de Ral y del trabajo físico que implicaba la clasificación, registro fotográfico y embalaje de las jarras, encontré otra distracción. Aquella caverna sellada durante casi dos mil años constituía un área estéril y carente de toda forma de vida cuando por primera vez entramos en ella. A partir de entonces, sin embargo, había comenzado a desarrollarse un complejo ecológico propio. Primero aparecieron moscas diminutas, más tarde pulgas de arena, hormigas, arañas y polillas y, por último, pequeñas salamandras de color pardo. Con mi cámara fotográfica empecé a registrar la nueva población de los archivos.

Durante horas y horas permanecía sentado e inmóvil, con mi cámara lista para obtener algún difícil nido de una mosca o de cualquier otro insecto que surgieran ante mí. Esto me llevó a un nuevo gran descubrimiento en la Ciudad de la Luna.

Un día en que trabajaba en el extremo más lejano del archivo, junto al muro en que estaba grabada la imagen del Sol, una salamandra descendió de pronto por la pared y corrió por el suelo de piedra. El lagarto se detuvo en el lugar preciso en que habíamos descubierto la gran hacha de guerra. Allí permaneció expectante. La suave piel de su garganta palpitaba rítmicamente.

Sus ojillos brillaban como dos cuentas negras. El objeto de su atención era un insecto, una polilla blanca que se había posado con las alas extendidas en la imagen del Sol.

Rápidamente eché mano de mi cámara, preparé el flash y gradué el objetivo. Estaba ansioso por fotografiar un lagarto en el momento de lanzarse sobre su presa. Lentamente me desplacé hasta colocarme en una posición que me permitiría enfocar a la polilla y aguardé, en tanto el lagarto se acercaba a aquélla, haciendo un alto después de cada una de sus veloces y breves carreras. A veinticinco centímetros de la polilla se detuvo nuevamente, dispuesto al parecer al asalto final. Conteniendo el aliento aguardé con el dedo en el disparador. En cuanto el lagarto saltó encendí el flash.

El lagarto quedó como petrificado, con la polilla en la boca. Pero en seguida giró sobre sí mismo y se precipitó de cabeza y como un rayo en el suelo. Finalmente desapareció por la rendija existente entre la pared y el suelo. Su ridículo temor me hizo gracia.

Después de girar el carrete de la película y de reemplazar el flash, coloqué la cámara en su estuche. A punto estaba de reanudar mi labor cuando me asaltó una idea. Volví entonces al otro extremo de la caverna. Al llegar al sitio en que había desaparecido el lagarto me agaché para examinar la rendija que había entre la pared y el suelo. La unión de ambos me pareció perfecta. Además no vi ninguna grieta ni hueco alguno en que pudiera esconderse un lagarto. Intrigado por la desaparición de la salamandra, fui en busca de una lámpara de arco voltaico, que coloqué luego de modo que su haz diese de lleno en la pared.

Acto seguido me arrastré a gatas a lo largo del muro. Mi corazón sonaba como un tambor de guerra. La sangre zumbaba en mis oídos y ardía en mis mejillas. De tal manera temblaba mi mano cuando busqué y luego traté de abrir mi cortaplumas, que casi me rompí la uña del pulgar.

De inmediato empecé a explorar la rendija, apenas visible a causa del polvo acumulado en ella. La hoja de mi cortaplumas la recorrió en toda su extensión.

Echándome hacia atrás y balanceándome sobre mis talones, observé el muro. La imagen del Sol proyectaba una extraña sombra a la luz de mi lámpara.

—Tal vez... —cuchicheé—. Es posible...

En seguida me agaché de nuevo bajo la imagen de Baal, como si fuera uno de sus adoradores. Frenéticamente exploré la grieta a lo largo del suelo. De pronto ésta giraba noventa grados y ascendía por el muro, donde se estrechaba misteriosamente, y, volviendo sobre sí misma, se tornaba casi invisible. La ingeniosa manera de disimular aquella juntura me convenció de que ocultaba algo muy importante. La mano que había trabajado allí era mucho más experta que la que había unido tan toscamente las losas junto al techo, dejando una rendija por la que se filtraba el polvo.

De pronto me paré de un salto y me paseé una y otra vez nerviosamente ante la desnuda pared. Por primera vez desde mi regreso a la Ciudad de la Luna sentí que vivía. Mi sangre hormigueaba, mi andar era enérgico, mis manos se abrían y cerraban con violencia y mi cerebro trabajaba febrilmente.

«Louren debería estar aquí», pensé de repente.

Casi corriendo me alejé del archivo y a través del túnel salí al exterior. En la cabaña de madera que cubría la entrada del túnel uno de los guardias de seguridad estaba repantigado en su silla. Sus pies, calzados con botas, descansaban sobre el escritorio. Llevaba el cuello de su uniforme azul desabrochado y la gorra descansaba sobre su coronilla. En la pared, a sus espaldas, colgaba su cinturón de un clavo. La negra culata de su revólver sobresalía de la funda. El hombre levantó la vista de la novela del Oeste que estaba leyendo. En su tosco rostro se destacaban su nariz aguileña y sus fríos ojos de águila.

—Hola, doctor. Parece que está muy impaciente.

—Bols, ¿me hace el favor de decirle al señor Sturvesant, de parte mía, que venga aquí inmediatamente?

Estaba yo de hinojos ante la imagen del Sol cuando llegó

Louren.

—Ven, Lo. Quiero enseñarte algo.

—¡Hola, Ben! —exclamó Louren riendo. Me pareció advertir en su semblante una expresión de alivio y alegría—. Es la primera vez en dos semanas que sonríes. Te aseguro que estaba muy preocupado por ti —y sin dejar de reír me dio unas palmadas en el hombro—. Así te pareces más a mi viejo amigo Ben.

—Observa esto, Lo.

Se arrodilló a mi lado.

Diez minutos después ya no sonreía. Su rostro estaba tenso y frío. Sus ojos color celeste miraban con fijeza la pared y parecían penetrar la sólida roca.

—Lo... —comencé a decir.

Pero me impulsó silencio con un perentorio movimiento de la mano.

En ningún momento apartó sus ojos del muro. Me pareció que estaba oyendo una voz que yo no oía. Al mirar su rostro, frío como el de un dios, sentí un temor casi supersticioso y tuve el presentimiento de que iba a ocurrir algo anormal.

Lentamente y paso a paso se aproximó Louren a la imagen del Sol. Posó la mano en el centro del gran disco y extendió los dedos sobre él, remedando a los rayos de la imagen solar. Después comenzó a ejercer presión sobre el muro. Las puntas de sus dedos se aplanaron contra la roca.

Durante varios segundos no ocurrió absolutamente nada. De repente el muro comenzó a moverse, pero sin producir chirrido alguno. Ningún gozne chirrió mientras la pared giraba sobre un eje invisible. Desplazándose lenta y pesadamente, dejó al descubierto la negra y cuadrada boca de un pasadizo que corría más allá de la imagen de Baal. En tanto escrutaba la prehistórica y oscura cavidad, murmuré sin mirar a Louren:

—¿Por qué lo has hecho, Lo? ¿Cómo se te ha ocurrido...? El tono de su respuesta denotó perplejidad.

—Yo sabía... Simplemente sabía que algo pasaría... Eso es todo.

De nuevo guardamos silencio mientras mirábamos por la abertura. Súbitamente me asaltó un hondo temor al preguntarme a mí mismo qué habría allí dentro.

—Trae la lámpara, Ben —me ordenó Louren sin apartar sus ojos de la abertura.

Al volver con el reflector portátil, Louren me lo arrancó de las manos. Le seguí a través del hueco.

Nos encontramos en un pasadizo que descendía conformando un ángulo de cuarenta y cinco grados. Tenía el túnel dos metros de altura y casi tres de ancho. Una escalera de piedra había sido construida allí en la roca viva. Sus peldaños, de bordes suaves y redondeados, estaban muy desgastados.

Las paredes y el techo del túnel eran de piedra y no había en ellos adorno alguno. El pasadizo se perdía en las tinieblas.

—¿Qué es esto? —preguntó Louren señalando dos grandes objetos circulares tirados en el suelo en lo alto de la escalera. Dos rosetas de bronce brillaban sobre ellos.

—Son escudos —dije—. Escudos de guerra.

—Alguien los arrojó aquí precipitadamente. Deslizándonos sobre ellos con cuidado comenzamos a descender por la escalera, que constaba de ciento seis peldaños de casi catorce centímetros de altura cada uno.

—Aquí no hay polvo —señaló Louren.

—No —convine con él—. La puerta estaba herméticamente sellada.

Sus palabras debieron significar para mí un toque de atención. Pero en ese momento estaba yo muy excitado por nuestro sorprendente descubrimiento. La escalera estaba tan limpia como si acabaran de barrerla.

Al pie de aquel tramo se bifurcaba en forma de «T». A la derecha se transformaba en un pasillo que conducía a un portón de hierro forjado y cerrado con cerrojos. A la izquierda se convertía en una escalera circular que se perdía en la roca viva.

—¿Por dónde iremos? —me preguntó Louren.

—Veamos qué hay detrás de ese portón —le sugerí sofocado por la emoción.

Al llegar a él comprobamos que no estaba cerrado con llave. Sin embargo, un alambre de oro se enroscaba en torno de la jamba y un grueso sello de arcilla impedía la entrada.

En el sello había una figura de animal toscamente ejecutada y una frase que rezaba:

«Lannón Hycanus, Gran León de Opet, rey de Puní y



los cuatro reinos».

—Dame tu cortaplumas —me pidió Louren.

—Escucha, Lo, no debemos... —comencé a decirle.

—¡Dámelo, maldita sea! —Su voz me hizo temblar por su peculiar vehemencia y vigor—. ¿Sabes qué es esto? ¡El tesoro, las arcas que contienen el oro de Opet!

—Aguarda, Lo. Hagamos bien las cosas —le rogué. Pero él tiró del sello con ambas manos y lo arrancó del portón.

—¡Por favor, Lo! —protesté en vano.

Louren quitó los cerrojos y descargó todo el peso de su cuerpo en el portón. Éste no se movió, porque estaba herrumbrado. Pero él insistió hasta que el portón giró hacia atrás lo suficiente como para permitirle entrar encogiéndose el cuerpo. Ya dentro, Louren echó a correr, y yo le imité. El túnel volvía a girar en ángulo recto y conducía directamente a una enorme cámara.

—¡Dios santo! —gritó Louren—. Observa esto, Ben... Mira.

Estábamos ante el tesoro de Opet, ante una enorme riqueza intacta. Más tarde la contaríamos, pesaríamos y mediríamos... En ese momento nos limitamos a admirarla.

La cámara tenía cincuenta y cinco metros de largo por seis de ancho. A lo largo de casi toda una de sus paredes se hallaba el marfil: mil dieciséis grandes colmillos de elefante dispuestos en sucesivos montones. El marfil, muy deteriorado, era frágil como la tiza. Pero dos mil años antes debía haber constituido en sí mismo un valioso tesoro.

Había más de novecientas enormes ánforas, selladas con cera, cuyo contenido —esencias preciosas y aromáticas— habíase volatilizado. Sólo quedaba en el fondo de aquéllas una masa negra, como congelada. Las piezas de tela de lino y seda, importadas, se deshacían entre los dedos al tocarlas.

Los metales estaban apilados a lo largo del muro opuesto: ciento noventa toneladas de cobre nativo en lingotes en forma de cruz de San Andrés, tres toneladas de estaño en lingotes de forma similar a los anteriores, dieciséis toneladas de plata, noventa y seis de plomo y dos de antimonio.

En tanto avanzábamos por la nave central del abovedado recinto no quitábamos los ojos de aquel increíble despliegue de riqueza.

—El oro... —murmuró Louren—. ¿Dónde está el oro? De pronto descubrimos un montón de arcas de ébano cuyas tapas estaban decoradas con incrustaciones de nácar y marfil. Esos eran los únicos objetos más o menos artísticos que había allí. Aunque incluso en ellos se veían escenas de batallas y de caza toscamente ejecutadas.

—¡No, Lo...! —protesté nuevamente cuando Louren empezó a romper las tapas.

Aquellas arcas estaban llenas de piedras **semipreciosas**: amatistas, berilos, ojos de tigre, **jades** y malaquitas, algunas burdamente talladas y engastadas en joyas de oro y ciertos objetos toscamente trabajados, en gargantillas, broches, collares y anillos.

Louren se precipitó a lo largo de la nave y de pronto se detuvo abruptamente. En otro nicho, más allá de la cámara principal y detrás de otro portón de hierro, había mucho oro esmeradamente apilado, fundido en los habituales moldes semejantes a dedos. A primera vista aquellos montones nos parecieron insignificantes. Sin embargo, cuando varios meses más tarde pusimos en la balanza el precioso metal, su peso total ascendió a más de sesenta toneladas.

Su valor superaba los sesenta millones de libras esterlinas. En el mismo nicho había dos pequeñas arcas de madera que contenían veintiséis mil quilates de diamantes en bruto o apenas tallados, de todos los colores y formas. Ninguno era de menos de un quilate y medio. El más grande era un monstruo sombrío y amarillo de treinta y ocho quilates, que contribuía con dos millones de libras al valor total del tesoro.

Aquella riqueza había sido penosamente acumulada por cuarenta y ocho reyes de Opet, en el transcurso de cuatro centurias. Ningún tesoro antiguo podía comparársele.

—Tendremos que obrar con mucha prudencia, Ben. Nadie debe enterarse de esto. ¿Te imaginas lo que ocurriría si se divulgara la noticia? —Mientras sopesaba un sólido dedo de oro en cada una de sus manos y mirando hacia las pilas de metal agregó—: ¡Esto bastaría para impulsar al crimen y desatar una guerra!

—No puede ser. Lo. Alguien tiene que ayudarme aquí : **Ral**, e incluso **Sally**.

—¡No! —exclamó, volviéndose hacia mí con aire feroz—. Nadie entrará aquí fuera de nosotros dos. Daré instrucciones a los guardias al respecto.

—Necesito ayuda, Lo. No podré hacerlo todo yo solo.

—Yo te ayudaré —dijo él.

—Tardaremos muchas semanas.

—Repito que yo te ayudaré —insistió—. Pero yo seré tu único ayudante... Ni una palabra a nadie.

Exploramos las bóvedas del tesoro hasta las seis de la tarde.

—Ahora veamos adonde conduce el otro ramal del túnel —sugerí.

—No —me contuvo **Louren**—. No debemos excedernos del horario normal. De lo contrario pensarán que estamos tramando algo... Ahora bajaremos al campamento. Mañana echaremos una ojeada al otro ramal del pasadizo, que debe de ser muy diferente de éste.

Tras cerrar la puerta de piedra, ocultando así el túnel secreto, nos dirigimos hacia el puesto de guardia, donde Louren dio precisas instrucciones, que reiteró por escrito en la hoja respectiva. Ral y **Sally** fueron excluidos de la lista de personas que podían entrar en el túnel. Durante la cena Louren les dio a conocer su resolución y les explicó que él y yo estábamos realizando un experimento.

Aquella fue una noche difícil para mí. Agotado por las emociones del día y vencida ya mi apatía, reaccionaba exageradamente ante los estímulos comunes de la vida. Tan pronto reía ruidosamente como bebía demasiado. Por otra parte, volvieron a atormentarme los celos más intensamente que nunca.

Cada vez que Louren y Sally se miraban tenía ganas de gritarles: «¡Lo sé! ¡Lo sé todo y os odio y maldigo a los dos!».

De pronto me confesaba a mí mismo que eso no era cierto, que lejos de odiarles les quería a ambos. Tal circunstancia me hacía más intolerable la situación.

En ningún momento pude pegar ojo. Cuando estoy muy nervioso soy incapaz de gobernar la actividad febril a que se entrega entonces mi cerebro.

En realidad no tuve la intención de espiar a Sally. Fue una mera coincidencia el hecho de que ella abandonase su cabaña en el momento en que yo estaba junto a la ventana de mi habitación contemplando la luna.

Sally llevaba una bata larga y clara. Su cabello descendía como una enorme nube sobre sus hombros. Después de permanecer un rato en el vano de la puerta y de mirar a su alrededor para cerciorarse de que los demás dormían, se lanzó de prisa, con aire culpable, a través del cercado iluminado por la luna, hacia la cabaña de Louren, cuya puerta abrió poco después sin vacilar.

Comenzó entonces para mí una larga y terrible vigilia.

Durante dos horas permanecí junto a la ventana observando las cambiantes sombras producidas por la luna y los dibujos trazados por las estrellas en sus desplazamientos por la bóveda celeste, estrellas enormes y brillantes como sólo se ven en la límpida atmósfera del desierto. Pero aquel bello espectáculo no significaba nada para mí esa noche, porque cada vez que miraba hacia la cabaña de Louren imaginaba sus cuchicheos, el roce de sus cuerpos y cada uno de sus movimientos y me odiaba a mí mismo y maldecía a ambos.

De pronto pensé en **Hilary** y sus hijos y me pregunté cómo era posible que un hombre perdiera la cabeza hasta el punto de poner en peligro lo mejor de su vida por unas pocas horas de placer pasajero.

En aquella cabaña estaban ambos traicionando la confianza depositada en ellos por muchas personas y haciendo peligrar la dicha de otros seres.

De repente advertí que estaba dando por sentado que aquello constituía

una simple aventura para Louren, y por primera vez afronté la posibilidad de que se tratara de un asunto serio para él... ¿Y si abandonaba a Hilary por Sally? Tan intolerable se me hacía este pensamiento que no pude permanecer más tiempo junto a la ventana aguardando y vigilando.

Necesitaba distraerme.

Me vestí rápidamente y me dirigí a toda prisa al almacén.

El sereno me saludó, adormilado. Giré la llave y entré en el recinto abovedado donde se hallaban los rollos de oro. Cogí el cuarto libro de Huy y me dirigí a mi oficina. Antes de sentarme a leer fui a buscar una botella de Glen Grant. Me hallaba ahora ante mis dos drogas favoritas: el libro y el whisky.

Abrí el rollo al azar y releí la oda de Huy a su hacha de guerra y a las resplandecientes alas del pájaro de sol. Cuando terminé de leer, un deseo repentino me impulsó a bajar de su sitio de honor a la magnífica hacha y a deslizar mis dedos por su reluciente superficie. Al observarla más atentamente llegué a la conclusión de que era el arma cantada por el poeta, ya que concordaba enteramente con su descripción. Mientras la retenía en mi regazo pensé: «¡Ah, si me revelase la historia de los últimos días de Opet!». Porque estaba seguro de que había participado activamente en la tragedia final de la ciudad. ¿Por qué habría arrojado y abandonado su dueño en el túnel aquel hermoso objeto que tanto amaba, para que yaciera allí durante casi dos mil años? ¿Qué habría sido del hachero Huy, de su rey y su ciudad?

Mientras leía y soñaba, pensaba menos en Sally y Louren. Sin embargo, cada vez que hacía un alto en la lectura me acometían los celos y la desesperación. Entonces me sentía desgarrado por el presente y el remoto pasado.

Decidí, pues, seguir leyendo para degustar los fragmentos del rollo todavía inéditos para mí, en tanto descendía lentamente el nivel del whisky en la botella y la interminable noche seguía transcurriendo.

Mucho después de medianoche, cuando alboreaba ya el nuevo día, di con un pasaje que me conmovió profundamente. En él Huy lanza un grito desde lo más hondo de su ser, libera una emoción que, reprimida durante mucho tiempo, le impulsa a decir que no se tenga en cuenta su aspecto físico al juzgarle. «De tierras áridas procede el mejor oro», clama. «También la pobre arcilla de su cuerpo deforme oculta un tesoro.»

Seis veces leí aquel fragmento para verificar la exactitud de mi traducción, antes de dar por sentado que Huy Ben-Amón era, como yo, un jorobado.

Comenzaba la promisoría alborada a pintar de rosa pálido la cumbre del acantilado cuando dejé el libro en el archivo y eché a andar lentamente, cuesta abajo, hacia mi cabaña.

En el preciso instante en que yo llegaba abajo, salía Sally de la habitación de Louren y echaba a andar en la oscuridad. Como un fantasma, parecía flotar sobre la tierra, envuelta en un claro vestido. Me detuve entonces y permanecí inmóvil, confiando en que no me vería, lo cual era posible porque me hallaba en la sombra proyectada por su cabaña. Volviendo la cabeza hacia otra parte, me mantuve rígido. En seguida oí el crujido de sus faldas y el cercano rumor producido por sus pies en el polvo.

Al verme se sobresaltó. Yo la miré, pero ella no me reconoció. Pálida como la luna, a causa del miedo, se llevó las manos a la boca.

—No temas, Sally —le dije—. Soy yo.

En la clara noche del desierto aspiré su perfume. Olía Sally a pétalos de rosa machacados, a cálida transpiración y a amor. Mi corazón se hundió en el fondo de mi pecho.

—¿Ben? —preguntó.

Durante un momento nos miramos fijamente.

—¿Cuánto tiempo hace que estás aquí?

—Mucho... —respondí. Otro silencio.

—Entonces lo sabes —dijo en voz baja, tímida y triste.

—No ha sido mi intención espiarte.

—Te creo —dijo, y comenzó a alejarse. De pronto se volvió—. Te debo una explicación, Ben.

—No tienes que explicarme nada —dije.
 —Sí. Debo y quiero explicarte...
 —No es necesario, Sal.
 —Claro que es necesario —estábamos frente a frente—. Muy necesario —insistió—. No quiero que pienses que soy... tan terrible...
 —Olvida eso, Sally —dije.
 —Te juro, Ben, que he tratado de evitarlo.
 —Está bien, Sally.
 —He luchado duramente por que no ocurriera, pero todo ha sido inútil.
 Rompió a llorar silenciosamente. Sus hombros se estremecían mientras sollozaba.
 —No pienses más en ello —dije, acercándome a ella. Dulcemente la conduje a su habitación y la acosté en su cama. A la luz advertí que sus labios estaban hinchados e inflamados de tanto besar.
 —¡Oh, Ben!, hubiese dado cualquier cosa por que no ocurriera esto.
 —Comprendo, Sally.
 —He luchado con todas mis fuerzas, pero todo ha sido en vano... Desde el principio me envolvió en una especie de embrujo.
 —¿Aquella tarde en el aeropuerto? —no pude menos de preguntarle, al recordar cómo miró a Louren la primera vez que le vio y sus posteriores arrebatos contra él—. ¿Por eso..., después, conmigo...? ¿Por eso nosotros...?
 Aunque no me agradara su respuesta, debía yo saber si cuando vino hacia mí **por** primera vez seguía ella deseando a otro hombre.
 —No, Ben —intentó refutarme, pero en cuanto miró mis ojos volvió la cabeza hacia otra parte—. ¡Oh, Ben!, lo siento. No he querido hacerte daño.
 —Sí —dije, y asentí con la cabeza.
 —Te aseguro que no quise hacerte daño... Eres tan bueno y tan gentil, tan diferente de él...
 Sus ojeras demostraban que no había dormido. El matiz de melocotón de su aterciopelada tez se había convertido en rosado a causa de su contacto con la cara sin afeitar de Louren.
 —Sí —dije, mientras mi corazón sangraba.
 —¡Oh, Ben...! ¿Qué será de mí? —exclamó, desesperada—. **He** caído en una trampa de la que no podré escapar.
 —¿Te ha dicho Louren... qué piensa hacer? ¿Te ha dicho... si abandonará a **Hilary** para casarse contigo?
 —No —respondió, moviendo la cabeza.
 —¿Te ha explicado el motivo...?
 —¡No, no! —exclamó, asiendo mi mano—. ¡Oh, Ben...! Para ^{e1} se trata de un pasatiempo..., de una pequeña aventura.
 Yo guardé silencio. Mientras contemplaba su bello y torturado rostro me alegré de que ella hubiese descubierto al **me-ⁿos** las verdaderas intenciones de Louren, o sea, que hubiera comprendido que él hacía las veces de cazador y ella de víctima. Sin duda habían existido y existirían en el futuro muchas **Sally** en su vida. El león no puede vivir sin matar.
 —¿Puedo hacer algo por **ti**, Sally? —le pregunté al fin.
 —No, **Ben**. No creo que puedas hacer nada.
 —Si más adelante crees que puedo hacer algo por ti no te andes con rodeos —le dije, y me fui hacia la puerta,
 —Ben —me llamó, sentándose en la cama—. ¿Me amas aún, Ben?
 • Yo asentí sin vacilar con la cabeza, en tanto le decía:
 —Sí, todavía te amo.
 —Gracias, Ben —respondió, exhalando un suave suspiro—. Creo que no podría soportar tu desprecio.
 —Nunca te despreciaré, Sally —le respondí, y eché a andar hacia la alborada color rosa y limón.

Louren y yo descendimos por la escalera situada más allá de la imagen del Sol y entramos en la bóveda del tesoro. Mientras él se deleitaba en la contemplación de los montones de oro, me dediqué a escudriñar su semblante. Tenía la cabeza floja a causa del insomnio y sentía en mi boca el sabor de lo que había bebido. Por más que me esforzara por odiarle, no avanzaba un solo paso en tal sentido. Cuando levantó los ojos y me sonrió no pude menos de

corresponderle con otra sonrisa.

—Esto ya lo conocemos —dijo—. Echemos ahora una ojeada al resto.

Yo había imaginado, poco más o menos, lo que después encontraríamos más allá de la bifurcación del túnel. Cuando, después de trasponer el último peldaño de la escalera circular, nos encontramos en otro breve y recto pasadizo, mis últimas dudas al respecto se disiparon.

Aquel pasillo terminaba también junto a un muro de piedra. Sin embargo, allí no se había intentado despistar, puesto que existía una inscripción. Louren dirigió el haz de su reflector hacia ella.

—¿Qué dice ahí? —me preguntó.

Pese a mi dominio del púnico, leí muy lentamente, porque dicho idioma carece de símbolos representativos de las vocales, que son sugeridas por el contexto de la palabra.

—Vamos... —murmuró Louren, impaciente.

—«Quien turbe el sueño de los reyes de Opet y saquee su tumba atraerá sobre sí la maldición de Astarté y el gran Baal, que le perseguirá hasta el sepulcro.»

—Lee de nuevo —me ordenó Louren. Cuando terminé de leer, asintió con la cabeza.

—Sí —dijo, y avanzó hacia la puerta de piedra, en la que empezó a buscar el punto de presión que pondría en movimiento el mecanismo. Pero ahora no fuimos tan afortunados como en el umbral de la puerta del Sol.

Dos horas más tarde, aquella sólida e inexorable losa seguía interponiéndose en nuestro camino.

—Voy a volar esa maldita puerta —me advirtió Louren.

Pero yo estaba seguro de que no cometería semejante atrocidad en tan sagrado lugar.

Tras descansar y discutir brevemente sobre aquel problema, reanudamos la búsqueda. Sin duda debía haber alguna palanca que hacía girar la puerta. El problema consistía en hallar el punto de presión y el ángulo de movimiento.

Por último dimos con él. Entonces maldije mi estupidez, porque lo primero que debió ocurrírseme fue oprimir el símbolo del nombre del dios del Sol, Baal, que también era allí el punto de presión.

La puerta giró sobre su eje, pesada y lentamente..., y entramos en la tumba de los reyes de Opet.

Sólo conozco otro lugar en el mundo cuya atmósfera se le parece: la abadía de Westminster, en donde están las sepulturas de muchos reyes ingleses. Como en la abadía, reinaba allí un silencio catedralicio, henchido de pasado y de historia renacida.

Sin hablar avanzamos hacia el centro de la estrecha y larga tumba abovedada. El silencio oprimía mis tímpanos, y era tan absoluto que resultaba siniestro y amenazador.

Allí también se respiraba un aire confinado, pero mucho más rancio, que olía a polvo y hongos.

A lo largo de cada muro y en líneas paralelas a éstos se hallaban los sarcófagos de los reyes de Opet, tallados en macizo granito, sólidos, bajos y grises. Las tapas se mantenían en su sitio debido a su enorme peso. En la pulida superficie superior de cada uno de ellos se habían grabado el nombre y el título de quien yacía en su interior. Volví a leer los nombres todopoderosos que resonaban en los dorados libros de Huy. Uno a uno los fui identificando: Amílcar, Aníbal, Hycanus... Cuarenta y siete majestuosos féretros. El último, sin embargo, se encontraba vacío. Su tapa estaba apoyada en la cercana pared. Su interior, labrado según la forma de un cuerpo humano, estaba listo para contener al último rey de Opet.

Al pie del gran féretro de piedra, en el suelo, yacía un hombre boca arriba. No tenía casco, y su rostro, seco y momificado, estaba enmarcado por una cabellera y una barba cobrizas y suaves. Despojado de su coraza, exhibía una piel reseca y apergaminada sobre su esquelética caja torácica. Un trozo de flecha sobresalía en aquel pecho muerto desde hacía muchos siglos. Cubría los muslos un tonelete de cuero tachonado con rosetas de bronce, y sus canillas estaban protegidas por grebas del mismo metal. Calzaba el rey ligeras sandalias. Sus talones permanecían juntos y sus brazos extendidos a lo largo de su cuerpo. Alguien le había colocado en aquella postura con gran amor y

sumo cuidado.

Sobre él se inclinaba otra figura, de hinojos, como si estuviera rezando, un hombre con armadura completa. Le faltaban solamente el yelmo de guerra y la coraza, que estaban en el suelo junto al sarcófago vacío. La larga y negra cabellera, que le pendía hacia delante, ocultaba el rostro inclinado. Las manos se apretaban contra su pecho a la altura del diafragma. Desde el tórax se proyectaba hacia fuera una espada invertida, cuya empuñadura estaba firmemente asentada en las losas del suelo. La punta del arma se había abierto camino por debajo de sus costillas, alojándose finalmente en sus órganos vitales.

Aquel hombre había quedado petrificado en el instante postrero de la huida. Desesperado, se había arrojado sobre su propia espada, que seguía sosteniendo su cuerpo arrodillado, al cabo de muchas centurias.

Ni Louren ni yo podíamos hablar, en tanto nos aproximábamos al cuadro final de aquella tragedia antigua. Porque no cabía duda sobre la identidad de los cuerpos que había ante nosotros.

Lannón Hycanus, último rey de Opet, era quien yacía en el frío suelo de piedra, y el hombre de hinojos e inclinado sobre él era su amigo, el sumo sacerdote Huy Ben-Amón.

Emocionado, sentí el dedo del destino en todo aquello y un doloroso escalofrío de temor... porque Huy Ben-Amón, el hachero de los dioses, *era jorobado*.

De pronto me acometió el deseo de observar su rostro. ¡Tenía que verlo!

Corriendo me acerqué a él y me arrodillé a su lado. Mi mano rozó su hombro flaco y huesudo, cubierto por una túnica de lino amarillo. Apenas la rocé. Mi toque fue como un suspiro. Sin embargo, bastó para destruir el delicado equilibrio de la momia.

El cuerpo de Huy Ben-Amón se deslizó hacia delante y se estrelló contra el del rey. Acero y bronce vibraron al dar en el suelo de piedra. Las ondas sonoras se propagaron a lo largo del abovedado sepulcro de Opet.

Las dos figuras se convirtieron en un montón de ceniza a causa del impacto. Una suave nube de polvo color amarillo mostaza remolineó como si fuera de humo a la luz del reflector. Sólo restaban de aquellos hombres las partes metálicas de sus armaduras y sus espadas y dos madejas de pelo dorado y negro, en medio de un montón de polvo suave como el talco.

Me puse en pie. Apenas podía respirar a causa de la polvareda. El polvo olía a hongos.

Louren Sturvesant y yo nos miramos fijamente sin decir palabra.

Habíamos asistido a un milagro.

Me desperté gritando de una pesadilla de sangre, fuego y horror, poblada de horrendos rostros, negros y relucientes, de cuerpos sudorosos que brillaban a la luz de las llamas, de quejidos de moribundos y rugientes voces enloquecidas por la sangre.

El recuerdo de tales horrores persistió en mí, quitándome el aliento, hasta mucho después de haber comprobado que estaba solo en mi tranquila cabaña, sumida en el silencio de la noche.

Al encender el velador y mirar el reloj advertí que era muy temprano, algo menos de las once de la noche. Asombrado comprobé que mis piernas temblaban y que respiraba con dificultad. Me dolían ligeramente los pulmones cuando respiraba y sentía los ojos un tanto rígidos y nebulosos. Mi cuerpo ardía a causa de la fiebre. Atravesé la cabaña y, ya en el lavabo, agité el frasco de las aspirinas e hice caer de él tres comprimidos que ingerí con un poco de agua. El cosquilleo de los pulmones se acentuó y empecé a toser como quien fuma sesenta cigarrillos diarios. Temblé y transpiré a causa del esfuerzo. Me quemaba la piel.

Sin saber realmente lo que hacía, descolgué mi bata de la percha situada detrás de la puerta y, echándomela encima, salí al campo.

Los cuernos de la luna brillaban, amarillentos, en el espacio. Los árboles y los edificios proyectaban sombras densas y siniestras. Mientras iba a mi oficina, miraba a mi alrededor nerviosamente porque persistía en mí el miedo y el horror de un reciente pesadilla. El aire nocturno olía a humo. Al aspirarlo sentí una leve punzada en lo más profundo de mis pulmones. En la oscuridad,

más allá de la puerta de mi oficina, algo me estaba aguardando. Desde el ángulo extremo de mi campo visual se precipitó sobre mí una cosa enorme y oscura, ^{un} tanto curva, pero informe y mortalmente silenciosa. Al girar la cabeza para mirarla di con el muro de mi cabaña.

Estaba débil y poseído por el pánico. El grito que intenté Proferir burbujeó y murió en mi garganta porque no vi absolutamente nada. La cosa, producto de mi imaginación, había desaparecido. Pero ahora me dolía la cabeza, que resonaba como un yunque castigado por un martillo.

Abrí la puerta de golpe, entré y la cerré dando un portazo. Jadeando a causa del indecible e infundado temor que me poseía, eché la llave. Afuera empezaron a raspar la puerta. El sonido, producido por las garras de un terrible animal, desgarró mis ya castigados nervios. Retrocediendo llegué hasta mi escritorio, tras el cual me agazapé, siempre débil y tembloroso.

Súbitamente el sonido surgió en la pared situada a mis espaldas. Me volví bruscamente y empecé a gimotear.

Necesitaba un arma. Desesperado, miré a mi alrededor. La gran hacha de guerra de Huy colgaba en el muro, sobre mi escritorio. Rápidamente me apoderé de ella y retrocedí hasta un rincón, donde aguardé con el arma lista, apoyada en mi pecho, como si rindiera honores. De nuevo comencé a toser.

Sobre mi escritorio había un gran montón de papeles blancos que, al moverse, me pusieron la carne de gallina. Mi cuerpo ardía. El montón de papeles blancos tembló y osciló. Luego cambió de forma y se deslizó por mi escritorio, desplegando dos blancas alas de murciélago. Acto seguido levantó vuelo. Las alas zumbaron junto a mi rostro. Una boca de vampiro, con dos hileras de dientes semejantes a agujas, se abrió ante mí y dejó escapar agudos chillidos en tanto me atacaba. Lancé un grito de horror y descargué el hacha sobre el blanco objeto que aleteaba y chillaba junto a mi cara y cuello. Gritando golpeé una y otra vez con mi afilada hacha a aquella cosa repugnante, hasta que cayó al suelo, por el que comenzó a arrastrarse. La sangre negra como la tinta que manaba de aquello empezó a inundar mi cabaña. Entonces retrocedí y me apreté contra el muro. Me sentía débil y terriblemente asustado. Comencé a toser. La tos sacudía mi cuerpo entero. Doblándome y bamboleándome tosiendo hasta que los ojos estallaron en un surtidor de luces deslumbrantes. En la boca sentía un sabor dulce y salobre.

De hinojos junto al muro sentí que se me llenaba la boca de algo húmedo y caliente, que escupí en el suelo, un grueso coágulo de sangre brillante.

Durante un momento contemplé el coágulo sin entender qué me pasaba. Cuando después de enjugarme los labios me miré la mano, ésta estaba manchada de sangre.

De repente todo se aclaró.

Louren y yo, después de trasponer dos puertas selladas habíamos entrado en una tumba cerrada herméticamente durante dos mil años, en la que respiramos un aire saturado de *Cryptococcus neuromyces*, la maldición de los faraones.

Demasiado tarde era ya para increparme a mí mismo por no haber tomado las debidas precauciones. Había creído que como en los archivos y los demás lugares, no correríamos allí peligro alguno. Mi entusiasmo y mi excitación me hicieron olvidar los malignos hongos, pese a que Louren y yo habíamos discutido acerca de los sellos de las puertas y de haber identificado yo el olor que impregnaba la tumba de los reyes.

Ahora mis pulmones estaban atiborrados de horribles colonias de hongos vivientes, que crecían dentro de mí, se alimentaban de mis tejidos y volcaban en mi sangre un veneno que éste transportaba a mi cerebro.

—El tratamiento... —jadeé—, tengo que encontrar el tratamiento —y tambaleándome me dirigí hacia los anaqueles. .

Traté de leer las palabras impresas en los lomos de los libros, pero aquéllas se convirtieron en pequeños insectos negros, que se escabullían de los volúmenes. De pronto, en el último anaquel comenzó a desenrollarse una gruesa y moteada serpiente, que en seguida vi suspendida frente a mi cara, una hinchada víbora venenosa, cuya negra lengua se movía como un latiguillo. Retrocedí un trecho y luego, girando sobre mí mismo, eché a correr en la oscuridad.

A mi alrededor remolineaba un humo denso y asfixiante, que me hacía

toser convulsivamente. La luz de las llamas que me envolvían daba un aspecto fantástico y diabólico a las cosas. Todo temblaba a mi alrededor. Vi formas oscuras y oí extraños sonidos. De pronto divisé la cabaña de Louren y corrí hacia ella.

—¡Louren! —grité, empujando violentamente la puerta—. ¡Louren! —repetí, jadeando y tosiendo.

Se encendió la luz. Sally, que se hallaba sola en la cama de Louren, se sentó en el lecho. Desnuda y adormilada, trató de enfocarme con sus ojos encandilados.

—¿Dónde está? —vociferé.

Ella, confundida, me miró sin comprender.

—¿Qué pasa, Ben? ¡Estás echando sangre!

—¿Dónde está Lo? —insistí en tono urgente y desesperado. Tenía que encontrarle porque, como yo, había estado expuesto al efecto de los hongos. Era absolutamente necesario **que** le encontrara.

Sally bajó los ojos y miró el hueco que había dejado la cabeza de Louren en su almohada,

—No sé —respondió, perpleja y **con los ojos desencajados**—. Estaba aquí... Habrá salido.

Tosí y me ahogué en sollozos. Nuevamente afluyó sangre a mi boca. Sally, despierta ahora por completo, me miraba atentamente.

—¿Qué tienes, Ben?

—**Neuromyces** —respondí.

Ella perdió el aliento al ver correr sangre por mi barbilla.

—**Louren** y yo entramos en un pasadizo secreto..., detrás de la imagen del Sol..., en los archivos... El lugar está contaminado de esporas. No tomamos precauciones... Los dos estamos atacados... Estoy seguro de que está allí. Voy a por él.

Me detuve para cobrar aliento. Sally, en pie junto a la cama, terminó de vestirse y se aproximó a mí.

—Busca a Ral **Davidson**... Máscaras... Tomad todas las precauciones... Seguidnos... Apoyaré algo en la puerta para que no se cierre... Bajad por la escalera. Al llegar al pie, doblad a la izquierda... Seguidnos... Louren está también atacado por las esporas. Le vuelven loco a uno... Se ven cosas terribles. Venid en seguida... ¿De acuerdo?

—Sí, **Ben**.

—Busca a Ral —le dije, y dándole la espalda eché a correr a través del humo, las llamas y la oscuridad, en dirección a los acantilados y la caverna.

Ante mí se elevaban los altos muros del templo largo tiempo atrás desaparecido. Las grandes torres **fálicas** de **Baal**, iluminadas por el resplandor de la ciudad en llamas, apuntaban hacia la luna... Las torres volvían a estar en su sitio después de muchos siglos. Hasta mí llegaban gritos de mujeres que ardían, al igual que sus hijos. Mi camino estaba sembrado de cadáveres de hombres segados por el diablo. Sus yertos rostros aparecían terribles a la luz de la luna.

—¡Louren! —grité mientras corría a través del templo.

Una multitud de negros salvajes intentó cerrarme el paso. De mi garganta, obstruida por la sangre, surgió un extraño alarido de guerra cuando me lancé contra aquellos seres oscuros, informes y horrendos. Mi poderosa hacha trazaba circunferencias a la luz de las llamas mientras me abría camino a través de la muchedumbre.

La caverna estaba iluminada por antorchas que chorreaban luz.

Un sendero enlosado bordeaba el bello lago circular, color esmeralda. A su alrededor, como dos mil años antes, se elevaban varias gradas de piedra. Mediante un tremendo esfuerzo psíquico traté de borrar aquellas imágenes para ver la realidad tal cual era.

De pronto en el otro extremo de la caverna vi la caseta del guardia. **Tambaleándome** me dirigí hacia ella. El guardia estaba ante su escritorio, leyendo. Al levantar la vista me miró con sorpresa e incredulidad.

—¡Dios mío! ¿Se encuentra bien, doctor?

—¿Está el señor **Sturvesant** en el túnel?

—Sí.

—¿Cuándo ha entrado?

—Hace una hora. —El guardia se aproximó a mí—. ¿Qué pasa? ¿Está usted sangrando, doctor!

—Aguarde aquí —le dije—. Los otros vendrán en seguida. Ellos saben lo que tienen que hacer... —y me alejé corriendo hacia el archivo.

El aire seguía oliendo a humo. En mis ojos resonaba el clamor de la ciudad moribunda.

Ante la imagen del dios del Sol dejé caer suavemente en el suelo de piedra la gran hacha de guerra. Acto seguido abrí de un empujón la puerta y apoyé en ella un escudo para evitar que se cerrara a mis espaldas.

A la carrera comencé a descender los peldaños. A mitad de camino percibí una luz, procedente de la tumba.

La puerta en que estaba grabada la maldición de los dioses estaba abierta. El cable del reflector habíase enredado en uno de sus goznes. Aquél había caído de lado, en el centro de la tumba, al soltarlo Louren. Su lámpara, que seguía luciendo, iluminaba la tumba vividamente.

Louren yacía boca arriba al pie del enorme sarcófago de granito de **Lannón Hycanus**, último rey de **Opet**.

Tenía Louren el torso desnudo y los ojos cerrados. Su cara estaba mortalmente pálida. De los ángulos de su boca surgían relucientes hilos de sangre que, descendiendo por las mejillas, le llegaban hasta las orejas y el cabello.

Utilizando el resto de mis energías, avancé con paso vacilante y caí de rodillas a su lado.

Inclinándome sobre él, deslicé un brazo **en** torno **de** sus hombros e intenté levantarlo.

Su piel estaba húmeda y quemaba. Su cabeza cayó flojamente hacia atrás. Un nuevo y brillante chorro de sangre brotó de su boca y mojó mis manos.

—¡Louren! —grité atrayéndole hacia mi pecho—. ¡**Oh**, Dios mío, ayúdame..., ayúdame!

Aún vivía. Persistía en él un soplo de vida, el postrero. De pronto abrió sus ojos celestes, ensombrecidos ya por la cercana presencia de la muerte.

—Ben... —cuchicheó, ahogándose en su propia sangre. En seguida tosió, esparciendo pequeñas gotas de sangre brillante, Procedente de sus pulmones—. Ben... —volvió a cuchichear, tan suavemente que apenas pude escucharle—. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, Lo —murmuré, sosteniéndole como a un niño soñoliento y apoyando en mi hombro su cabeza contorneada por dorados rizos.

Durante un momento permaneció **inmóvil**. De pronto volvió a agitarse y dijo con voz clara y fuerte:

—¡Vuela! ¡Vuela por mí. Pájaro de Sol!

Y la vida huyó de su cuerpo, que se transformó en una cosa inútil en mis brazos... Su noble e indómito espíritu había alzado el vuelo y desaparecido.

De rodillas, me incliné sobre él. Mis sentidos vacilaban. El mundo giraba y por momentos se mecía bajo mis pies. Súbitamente me hallé en su borde y empecé a hundirme en el oscuro torbellino del tiempo, en algo que se parecía a la vida y a la muerte...

Porque en mi agonía tuve un sueño, durante mi reposo emponzoñado por la muerte, que duró un instante y un millón de años; soñé con hombres muertos mucho tiempo atrás y perdidos en las tinieblas del pasado...

En Londres disfrutamos de veinticuatro preciosas horas libres. Como de costumbre, quise visitar los lugares más interesantes. En los prados de **Lincolns Inn Fields** florecían los azafranes. El **bitter** del **Barley Mow**, en **Duke Street**, me pareció el mejor que había bebido hasta entonces, y la nueva generación de muchachas, en la **King's Road**, más bella que la precedente. Cuando a las seis cerraron las puertas de la **National Gallery**, **Sally** y yo nos dirigimos directamente en un taxi a San Lorenzo, en **Beauchamp Place**, donde comimos el maravilloso **ossobuco** de Lorenzo, que regamos con **Chianti** tinto.

Llegamos al **Queen's Theatre** en el preciso instante en que alzaban el telón. En nada se parecía aquella vida a la que llevábamos en la Ciudad de la Luna.

Cuando llegamos a **Dorchester** eran más de las doce de la noche. Sin embargo, Sally seguía bajo los efectos del tremendo impacto que produjo en

ella en el primer momento la fabulosa ciudad.

—Estoy aún demasiado nerviosa para dormir, Ben. ¿Qué hacemos?

—Bien, en mi habitación tengo una botella de champán —dije.

Sally pestañeó y me miró con picardía.

—Ben Kazin, mi boy scout favorito, siempre está preparado. Muy bien, bebamos.

Cuando la botella de Krug blanco y seco estuvo por la mitad hicimos el amor por primera vez en seis meses. Para mí resultó más agotador que mi primera experiencia sexual con la propia Sally, pues quedé exhausto física y espiritualmente. Ella fue quien llevó las copas vacías al cuarto de fumar, del que regresó poco después con dos copas llenas hasta los bordes de vino blanco. Durante un momento permaneció ante mí desnuda y adorable.

—No sé por qué he hecho esto... —dijo, en tanto me ofrecía la copa en forma de tulipa.

—¿Estás arrepentida? —le pregunté.

—No, Ben. Nunca me he arrepentido de lo que hemos compartido. Sin embargo, quisiera... —se detuvo, tomó un trago y se sentó en la cama a mi lado.

—Sabes muy bien que te amo —dije.

—Sí —y me miró de una manera enigmática.

—Siempre te amaré —insistí.

—¿Pase lo que pase? —me preguntó.

—Pase lo que pase —respondí.

—Te creo, Ben —dijo, asintiendo con la cabeza. Sus pensativos ojos me parecieron más verdes que nunca—. Gracias.

Sally... —comencé a decir, pero ella colocó uno de sus largos y finos dedos sobre mis labios. Al hacer un movimiento negativo con la cabeza, sus cabellos, que pendían a ambos lados de su cara, oscilaron sobre sus mejillas.

—Ten paciencia, Ben. Por favor, ten un poco de paciencia. Pero yo retiré sus dedos de mi boca.

—Sally...

Ella entonces se inclinó sobre mí y ahogó mis palabras con sus labios. Sin apartar su boca de la mía colocó su copa en el suelo, junto a la cama, y arrebatándome la que yo sostenía entre mis flojos dedos la puso en el suelo al lado de la suya. Finalmente hicimos el amor de una manera tan hábil, sutil y avasalladora que no sentí ya deseos de preguntarle nada ni de protestar.

Al día siguiente, a las nueve de la mañana, metí a Sally en un taxi y le dije al chófer que la llevara a Elizabeth Arden, en Bond Street, un tanto intranquilo acerca de la suerte que correría su negra y sedosa cabellera. (Algunas de aquellas brujas deberían ser colgadas por la forma en que estropean a tantas chicas bonitas.)

Acto seguido subí a otro taxi y me dirigí a la M4 y Heathrow, donde quedé atascado a causa de uno de esos embotellamientos que tan sedantes y agradables tornan los viajes en automóvil en Gran Bretaña.

El avión de Louren había aterrizado ya cuando llegué a la terminal de vuelos internacionales. De modo que pagué al chófer y eché a correr hacia aquella caldera humana.

—¡Creo que son Dicky y Liz! —exclamó alguien en medio de la multitud, lo que me alertó sobre la proximidad del grupo Sturvesant.

Mi exiguo campo visual, producto de mi escasa altura sobre el nivel terrestre, me obliga siempre a guiarme por esta clase de informes gratuitos.

Luchando a brazo partido me abrí paso hacia la comitiva erróneamente atribuida a los Burton. En realidad tal error era perdonable, porque Louren Sturvesant solía viajar con gran aparato. Sus servidores, corriendo delante de él, despejaban el trayecto hacia la puerta. Los periodistas presionaban débilmente desde ambos flancos, pero no conseguían romper las líneas de B. Y. M. Sus métodos eran muy convencionales. Yo, en cambio, atacaba ilícitamente con la cabeza gacha, provocando quejidos y gritos tales como: «¡Cuidado con ése!» y «¡Sujétenle!», pronto reemplazados por palabras tan amables como «Disculpe, doctor».

243 Cuando llegué al tranquilo centro del grupo, Bobby Sturvesant profirió un chillido y se me agarró al cuello. El grupo se detuvo durante un

minuto para que se cumpliera el ritual de la bienvenida. Hilary llevaba un suave abrigo de visón, cuyo brillo era eclipsado por el de su cabellera. Sobre ella descollaba Louren, con su rubia melena aclarada por el sol y su rostro tan atezado que había adquirido el color de la avellana.

—Hola, Ben, viejo sinvergüenza —me dijo oprimiéndome el hombro con su mano—. Gracias a Dios te has decidido. Por favor, acompaña a Hil y los chicos. Tengo que hacer varias diligencias. Te veré luego en Dorchester.

Dos largos y relucientes coches nos aguardaban fuera. El grupo se dividió ordenadamente. Antes de partir Louren desanduvo el camino que ya había hecho para decirme, muy orgulloso:

—En las Seychelles capturé un pez espada negro que pesaba cuatrocientos kilos... ¡Una maravilla!

—Eres un tigre —le felicité.

—Prepara el Glen Grant, muchacho. En seguida estaré con vosotros.

Me instalé en el asiento trasero, junto a Hilary, tras adelantarme a uno de los B. Y. M. Durante un momento me extasié en la contemplación del radiante rostro de ella, que brillaba de felicidad y tenía una frescura imposible de lograr con el mejor cosmético o delineador de ojos.

—Hemos pasado diez días maravillosos en las islas, Ben —sus miradas se tornaron más dulces y vagas al embeberse ella en sus recuerdos—. Así celebramos nuestro aniversario. ¡Mira! —y levantó su mano izquierda, en la que brillaba un anillo de oro rojizo con un enorme solitario.

Aunque habituado al estilo de vida de Louren, me deslumbró aquel diamante blanquiazulado, que no pesaría menos de veinticinco quilates.

—Es hermoso, Hilary —le dije, mientras pensaba, movido por una idea no muy edificante: «A mayor culpa, mayor regalo».

En Dorchester, Hilary, boquiabierta, se llevó una mano a los labios, sorprendida de la barroca superabundancia de la habitación del Oliver Messel.

—No puedo creerlo, Ben... ¡No puede ser cierto! —exclamó, riendo.

—No te rías —le advertí—. ¿Sabes cuánto le costamos a Louren? Más de cien libras por día.

—¡Oh! —exclamó ella, y se dejó caer en uno de los enormes sillones—. Sírreme un trago, amor mío. Lo necesito, Ben. Mientras llenaba su copa le pregunté innecesariamente:

—De modo que aquél fue un problema pasajero, ¿no?

—Si tuve algún problema ya lo he olvidado, Ben. Louren se está portando conmigo mejor que nunca.

Cuando Louren llegó a la habitación comprendí en seguida lo que Hilary había querido decir.

Recio y bronceado por el sol, demostró una gran alegría riendo continuamente y puso de manifiesto una inagotable energía. Mientras le servía una copa de Glen Grant, despidió a los dos últimos B. Y. M., arrojó su chaqueta y su corbata sobre una silla, se arremangó las mangas de la camisa dejando al descubierto sus protuberantes músculos y empezó a beber.

—Bueno, ahora enseñámelo —dijo.

Y nos enfrascamos en el examen y discusión de los rollos y la traducción respectiva.

Louren se concentró en la frase inicial de la primera página.

—«Ve al almacén, coge de allí quinientos dedos del más fino oro...» —aquí se detuvo y me miró—. Nuestro viejo amigo llama *almacén* a su tesoro, Ben. Ese estúpido de Hamilton ha traducido incorrectamente. Aquí corresponde traducir «tesoro».

—¿Desde cuándo conoces a fondo el idioma púnico?

—Bien... ¿Quién guarda su oro en un almacén? —dijo Louren, paladeando el Glen Grant—. Si tus teorías son correctas...

—Por favor, suprime la palabra *si*. Tú no eres Wilfred Snell.

—Muy bien. Aceptemos que la ciudad tuvo un final súbito y violento. Si a pesar del fuego y la matanza, sus archivos, tan apreciados por ellos, se salvaron, es casi seguro que su tesoro permanece también intacto. Por consiguiente, debemos tratar de localizarlo.

—¡Magnífica deducción! —exclamé, asintiendo con la cabeza y haciendo una mueca sarcástica—. Y pensar que durante seis meses estuve devanándome los sesos sin poder llegar a ella...

—El tesoro está allí, Ben —dijo Louren, **haciendo caso** omiso de mi mueca burlona.

—¿Dónde, Lo? ¿Dónde?

—Cerca... Detrás de las murallas principales... Probablemente en la caverna.

—¡Por todos los demonios. Lo! He registrado el lugar milímetro a milímetro cincuenta veces —le dije con suave pero creciente irritación.

—Cuando lo hayas registrado un centenar de veces descubrirás que estuviste ciego.

—Escucha, **Lo**, maldita **sea**—**prorrumpí**—. No **creo** que...

—Echa un trago, socio, antes de estallar. Seguí su consejo, y él prosiguió:

—No estoy menospreciando tu labor, **Ben**. Simplemente te recordaré que en 1909 **Theodore Davis** terminó su libro con estas palabras: «Temo que el Valle de los Reyes esté ya agotado».

—Comprendo, Lo, pero...

Pasando por alto mis objeciones continuó:

—Sin embargo, trece años después **Howard Cárter** descubrió la tumba de **Tutankhamón**, el mayor tesoro hallado jamás en el Valle de los Reyes.

—Yo no he dicho que abandonaría la búsqueda. Lo. Mientras tú pagues, seguiré explorando.

—Apuesto cualquier cosa a que mi talonario de cheques será más tenaz que tu determinación.

—Peligrosa apuesta —le previne, y volvimos a reír. Nos separamos a media tarde. Impelido por un ejército de **B. Y. M., Louren** atravesó el vestíbulo y se dirigió hacia el **Rolls** negro que aguardaba frente al hotel. Me deslicé por una puerta lateral para dirigirme hacia **Park Lane** en busca de un taxi.

Elridge Hamilton me estaba esperando en la calzada, frente a la **Royal Geographical Society**. Había llegado allí desde Oxford en su rojo y brillante **Mini**. Como de costumbre, llevaba una chaqueta de **mezclilla** con parches en los codos. Sin embargo, estaba muy inquieto a causa de la reunión del día siguiente.

—Apenas puedo contenerme, Ben —cacareó con maliciosa alegría—. ¿Han llegado ya los invitados al hotel?

—No. **Snell** llegará esta noche.

Elridge, muy excitado, dio varios pequeños brincos y dijo:

—Caerá pesadamente en la trampa como un hipopótamo. «Cruel, pero exacto», pensé, mientras, dejando atrás las dobles puertas de roble, entrábamos al **artesonado** salón del templo máximo de nuestra profesión. Emanaba de este edificio una callada dignidad, como de un oasis tranquilo y permanente, situado en medio del transitorio y **demencial** mundo moderno.

Juntos ascendimos por la vasta escalera y dejamos atrás los retratos de varios grandes hombres y las listas de los honrados anteriormente con las medallas conferidas por la institución.

—Tendrá usted que sugerir qué pintor prefiere —dijo Elridge, señalando los retratos—. Me han dicho que cierto artista extranjero, un tal **Johnny...** creo que **Annigoni**, no es malo.

—Déjese de tonterías —le espeté.

Hamilton emitió una risotada semejante a un sonoro relincho, que resonó como un cuerno de caza en el sagrado recinto. A mí me irritó la ruidosa intrusión de Elridge en el ámbito **de** mis más caros sueños. Aunque soy modesto y excesivamente retraído, he de confesar que en otra ocasión, al ver por primera vez aquellos retratos, me había imaginado a mí mismo observando a la gente desde el muro de honor, con mi oscuro rostro inclinado hacia abajo. Incluso había escogido la pose:

aparecería sentado, para disimular la forma de mi cuerpo, y con la cabeza vuelta hacia un lado, porque tengo un buen perfil derecho. El pequeño mechón gris de mi sien visible daría un toque de dignidad a mi figura, así como también la condecoración extranjera que luciría en mi solapa (tal vez la Legión de Honor). Adoptaría además una expresión pensativa y frunciría el entrecejo...

—Vamos —me dijo Elridge, y fuimos hasta donde el presidente y varios miembros del Consejo nos aguardaban con jerez y bizcochos. Por desgracia

no había allí una sola botella de whisky.

Pero como aquellos caballeros tenían el poder suficiente para convertir en realidad mi reciente sueño, decidí ser lo más amable y encantador posible... y en verdad produjo el efecto que buscaba.

En seguida abordamos la cuestión de la apertura del simposio, fijada para el día siguiente a las dos y media de la tarde.

—Su Alteza pronunciará el discurso inaugural —explicó uno de los consejeros—. Le hemos pedido que no hable más de cuarenta y cinco minutos y que evite en lo posible toda referencia al cultivo de orquídeas y las carreras de obstáculos.

Luego yo leería mi trabajo, que sería una especie de continuación del ensayo que había leído seis años atrás, titulado «Influencia de la cultura mediterránea en el África Central y Meridional durante la era precristiana», que tanta hilaridad había provocado en Wilfred Snell y sus compinches. Disponería de cuatro horas.

Al día siguiente por la mañana disertaría Elridge sobre «Ciertos textos y símbolos antiguos del África suroccidental», título vago, escogido expresamente para encubrir el golpe que yo descargaría finalmente.

Después de guardar las reliquias africanas en el cuarto de seguridad de la Sociedad tuve que padecer el terrible suplicio de regresar a Dorchester durante la hora de mayor tránsito londinense en el diabólico Mini rojo de Hamilton. Cuatro veces fuimos a parar a Hyde Park Corner. Durante todo el tiempo Elridge lanzó una lluvia de maldiciones. Su calva cabeza brillaba como un semáforo; mientras, yo me aferraba aterrorizado a la abrazadera de la portezuela, dispuesto a precipitarme por ella antes de que él se las ingeniara para abandonar la hilera de coches y entrara en Park Lane.

Jadeábamos todavía cuando le conduje al bar, donde pedí para él un par de Gilbeys dobles. Allí quedó Elridge, mientras yo salía para completar los preparativos de mi actividad nocturna, pues ya eran más de las seis de la tarde.

Al acercarme a los ascensores vi salir de uno de ellos a Sally. Mentalmente me excusé ante su peluquera, porque su cabellera seguía cayendo a ambos lados de su rostro muy vaporosamente. Además le habían dado un toque mágico a su cara, en la que sólo resaltaban sus ojos y sus rosados labios. Llevaba Sally un ligero vestido color verde, a juego con sus ojos.

—¡Qué suerte haberte encontrado, Ben! —me dijo, mientras se acercaba a mí rápidamente—. Acabo de deslizar una nota bajo tu puerta... Lo siento, Ben, pero creo que esta noche no estaré presente. Tengo un compromiso...

—Está bien, Sal. De todas maneras no hay nada resuelto aún —dije, disimulando con una mueca la desilusión que me causaba el fracaso de mis planes.

—No puedo eludir el compromiso, Ben. Se trata de unos viejos amigos que acaban de llegar de Brighton.

Ya en la habitación de Louren me entretuve charlando con Hilary y los chicos, en tanto aguardaba a aquél. A las siete y media sonó el teléfono. Después de hablar brevemente con Louren, Hilary me pasó el auricular.

—Pensaba cenar contigo, Ben, pero estaré clavado aquí quién sabe hasta cuándo... La cláusula del contrato referente al impuesto ha resultado muy confusa y estamos redactándola de nuevo. ¿Por qué no vas a cenar con Hilary y los chicos?

Pero Hilary me dijo que estaba rendida y que se acostaría temprano. De modo que comí solo en Isow's donde me sirvieron una comida típicamente judía, que se inició con picadillo de hígado y cebolla. Después crucé el callejón y entré en Raymond's, donde por cinco libras vi cómo se desnudaban las más bellas muchachas de Londres. Sin embargo, el espectáculo me deprimió e hizo que me sintiera más solo y triste que antes. Posteriormente, aunque no soy un libertino, estuve a punto de dejarme tentar por las chicas que me hacían señas desde los oscuros portales de Wardour Street.

De regreso en el hotel, poco antes de medianoche, llamé infructuosamente por teléfono al cuarto de Sally. Una hora más tarde volví a llamar, pero tampoco hubo respuesta. El teléfono zumbó tristemente un rato, como un insecto que llamara inútilmente a la hembra. Me dormí casi al

amanecer.

A las ocho de la mañana me despertó la voz áspera, saludable y estimulante de Louren, quien bramó en el auricular:

—Ha llegado el gran día, Ben. Sube a desayunar conmigo. En seguida ordenaré que nos sirvan. ¿Qué quieres?

—Café —murmuré.

Al entrar en su habitación le hallé ante una gran fuente en la que había varios bistecs, tocino, riñones, huevos, salmón ahumado y cierto potaje para empezar. Tal desayuno, corriente en su mesa, concluiría con tostadas, mermelada y café.

—Aliméntate, muchacho, porque deberás mostrarte muy enérgico.

Vigorizado mi espíritu por aquel sólido refuerzo, me sentí impelido durante toda la mañana por una creciente marea de expectativas.

Esa tarde bajé dispuesto a enfrentarme a mis huéspedes como un león hambriento de carne humana.

Había bañado mis mejillas en agua Dior después de afeitarme y lucía un oscuro traje de casimir, camisa blanca y corbata parda. Hilary había colocado un clavel doble en el ojal de mi solapa. En suma, olía como un jardín de rosas mientras, taconeando con fuerza, sentía la profunda emoción del cazador en acecho.

Cuando Louren y yo entramos en el salón de fumar privado, decreció el zumbido de las conversaciones. No quiero decir con esto que donde yo entro todos callan, sino que Louren impone silencio dondequiera que aparece. Sólo una persona siguió hablando. En una convincente imitación de la clase alta británica, continuó rebuznando en el otro extremo del salón. Wilfred Snell estaba en el centro de un corrillo de impostores sobre los que señoreaba como algo más sólido que la propia vida, a modo de tosco monumento a sí mismo. Separando las piernas trataba, como una mujer embarazada, de contrabalancear el peso de su monstruoso vientre. Bajo su chaleco parecía ocultar un odre semilleno de vino. La tela gris perla que cubría la comba de su abdomen era tan vasta como el telón de un teatro. La cara le pendía sobre el pecho formando una serie de barbillas semejantes a las ondas de un lago y era blanca y suave como una bolsa de material plástico llena de leche sucia. La boca, que interrumpía aquella blancura como una herida purpúrea, le colgaba también, y estaba siempre abierta, incluso cuando no hablaba, cosa que rara vez ocurría. La caspa desprendida de la revuelta mata de pelo le caía en blancos copos sobre hombros y solapas. Varios objetos pendían en su fachada: del cuello unas gafas para leer, a modo de gemelos de jefe de unidad blindada; de uno de los bolsillos un cortacigarros, y de la solapa la cinta negra de su monóculo. Exhibía también la cadena del reloj y un llavero.

Me aproximé a él en línea oblicua, deteniéndome acá y allá, ya para saludar a algún amigo, ya para charlar con mis colegas, pero sin desviarme de mi objetivo.

De pronto alguien puso una copa en mis manos. Entonces miré a mi alrededor.

—El whisky te dará valor —me dijo Sally sonriendo.

—No lo necesito, nena.

—Hablemos con él.

—Simplemente trato de prolongar el placer que ahora siento.

Simultáneamente miramos en la cara al autoproclamado número uno de los arqueólogos, al autor de media docena de libros, de los que se habían editado medio millón de ejemplares, porque apuntaban directamente hacia el gran público. Obras que rozaban peligrosamente las fronteras del plagio y del libelo criminal. Libros en los que mediante una jerigonza pseudocientífica el autor se disfrazaba de erudito y donde los hechos eran retorcidos, omitidos o sutilmente alterados para adecuarlos a sus teorías.

Yo no soy un adversario enconado ni rencoroso. Sin embargo, cuando mis ojos se detuvieron en el rostro abotagado de aquel verdugo, de aquel torturador, de aquel... Bueno, en cuanto miré aquella cara sentí que la sangre hervía en mis venas y mis ojos se nublaban.

Snell advirtió que me acercaba a él, pero fingió que no me veía. Todo el mundo allí estaba atento. Todos quizá habían previsto aquel enfrentamiento en

cuanto recibieron las respectivas invitaciones. El círculo, en torno al maestro, se abrió para permitirme el acceso a su persona.

—No cabe duda que... —rebuznaba en ese momento Wilfred. Su mirada se desplazó por encima de mi cabeza.

En general, cada declaración suya va precedida de una muletilla publicitaria.

—Como he dicho tantas veces... —su voz llegó a los más apartados rincones del salón.

Aguardé pacientemente. Para tales ocasiones me reservo una sonrisa tímida y en extremo modesta, que he ensayado muchas veces.

—En general se admite...

Esta frase, en los labios de Wilfred, significa que la teoría que se discute es motivo de encontradas opiniones.

—A decir verdad... —y continuó exponiendo una evidente mentira.

Por último miró hacia abajo, se detuvo en medio de una frase, aseguró el monóculo junto a su ojo y, con gran sorpresa y alegría, descubrió a su viejo amigo y colega el doctor Benjamín Kazin.

—Mi pequeño y queridito Benjamín... —dijo. El diminutivo me hirió como a un toro la banderilla que le clavan en la cerviz—. ¡Qué alegría siento al verte!

Acto seguido Wilfred Snell hizo un imprudente movimiento: deslizó lánguidamente en mi dirección una de sus blancas, suaves y velludas zarpas. Durante un momento no pude creer en mi buena suerte. Instantáneamente Wilfred se acordó de la última vez que nos estrechamos las manos, seis años atrás, e intentó retirar la que acababa de tenderme. Pero como mis reflejos son más rápidos que los suyos, su mano quedó presa en la mía.

—Hola, mi querido Wilfred —le dije con voz arrulladora. Su mano me hizo el efecto de un guante lleno de cálida jalea. Se tenía que hundir a fondo los dedos en su carne para sentir sus huesos.

—Nos alegramos mucho al saber que vendría —le dije. Emitió un suave mugido. Varias gotas de saliva brotaron de sus labios fofos y purpúreos.

—¿Ha tenido buen viaje? —le pregunté, sonriendo siempre con timidez.

Wilfred comenzó a bailar una especie de giga apoyándose alternativamente en cada uno de sus pies. Mis dedos, que habían ya casi desaparecido en su blanca y blanda carne, palpaban ahora claramente los nudillos de los suyos. Tuve la impresión de que estaba atormentando a una medusa con una caña de pescar truchas.

—Antes de que finalice el simposio tenemos que robar algún tiempo a nuestras tareas para una pequeña charla en privado —le dije.

Me pareció entonces que Wilfred perdía aire porque exhaló un silbido y empezó a encogerse como un globo pinchado. Súbitamente me arrepentí de mis brutales palabras y lamenté no haber sido capaz de contenerme. Al soltar su maltratada mano pensé que el retorno de la sangre a ella debió dolerle más que mi apretujón porque la apoyó tiernamente en su pecho. Sus grandes y afeminados ojos se llenaron de lágrimas y sus labios temblaron como los de un niño encolerizado.

—Venga —le dije amablemente—. Beberemos otra copa. Y le conduje a través del salón como un domador a su elefante.

No obstante, Wilfred Snell, que carecía de flexibilidad mental, volvió a las andadas. Durante el almuerzo llegaron hasta nuestra mesa fragmentos de su monólogo. En su mejor estilo afirmó que «estaba dispuesto a confiarles un pequeño secreto». De las palabras sueltas que alcancé a oír deduje que insistía una vez más en su teoría del origen medieval y bantú de las ruinas de África central y que se entretenía en demoler alegremente mis conclusiones. En cierto momento, al echar una ojeada a su mesa, advertí que estaba leyendo, para regocijo de sus compañeros, mi libro Ofir, abierto junto a su plato.

Sin embargo, otro problema requirió de mí simultáneamente toda la habilidad para solventarlo. Sally y yo estábamos sentados frente a los Sturvesant. A los cinco minutos de habernos colocado allí, Sally reparó en el nuevo diamante de Hilary. Ello era inevitable, puesto que aquél lanzaba destellos en todas direcciones. Sally guardó silencio hasta la mitad de la comida. No obstante, de cuando en cuando clavaba sus ojos en la rutilante gema. Los demás rivalizábamos en el uso de la palabra y bromeábamos a más

y mejor. Louren se dedicaba exclusivamente a Hilary. Sin embargo, al producirse un momentáneo silencio, Sally se inclinó hacia delante y le dijo a Hilary con la voz más dulce de que era capaz:

—¡Qué hermoso anillo! Dichosa de usted que puede lucir esas joyas. En cambio yo tengo unos huesos tan pequeños que no me sentarían.

Y volviéndose hacia mí inició una alegre conversación. Esta diestra estocada estropeó el clima de la reunión. Louren frunció el entrecejo y enrojeció de rabia. Hilary apretó los labios. Sus ojos brillaron como si un centenar de réplicas se abrieran paso hacia sus labios. Pero se contuvo. Yo me lancé valientemente en el vacío que acababa de producirse. Mas ni siquiera mi encanto personal ni mi experiencia social surtieron efecto alguno. Por eso experimenté un hondo alivio cuando Louren, después de echar una ojeada a su reloj, miró al B. Y. M. que actuaba de coordinador y movió afirmativamente la cabeza. Dicho caballero se puso en pie inmediatamente y condujo al desavenido grupo hacia la fila de coches que aguardaban. Mientras atravesábamos el recibidor, Wilfred Snell se abrió camino hacia mí, seguido de un enjambre de admiradores, que previendo una escena divertida empezaron a hacer muecas burlonas.

—Durante el almuerzo, mi querido amigo, he vuelto a hojear su libro y otra vez me ha parecido muy cómico.

—Gracias, Wilfred, por su franqueza —contesté agradecido.

—Me agradecería que firmara mi ejemplar.

—Después..., después.

—Sin duda está ahora preocupado por su disertación de esta tarde, ¿no, pequeñín?

Otra vez temblé al esforzarme por disimular mis sentimientos y por hablar suavemente.

—Espero que le resulte tan divertida como mi libro.

—Por supuesto que me divertiré, Benjamín —cloqueó alegremente, y se alejó entre la multitud.

Mientras se introducía con De Vallos en su automóvil, oí que le decía a éste:

—«¡Influencia de la cultura mediterránea...!» ¿Por qué **no de** los esquimales?

Atravesamos el parque como un imponente cortejo fúnebre, formado por una hilera de negros automóviles que, tras girar y trasponer el segundo portón, se internó en Kensington Gore.

La caravana se detuvo ante la puerta de la Sociedad. Dentro, sobre un estrado, estaban ya los locutores y los miembros del consejo. En el salón había una masa compacta de público. Wilfred, rodeado por sus seguidores, ocupaba ya su lugar, directamente enfrente de mí. Desde donde me encontraba podría yo observar perfectamente sus reacciones.

Poco después apareció Su Alteza impregnando el ambiente con su olor a tabaco y buen vino oporto. Inmediatamente fue acomodado como un obús que apuntara hacia el auditorio. En cuarenta y cinco minutos dijo cuanto era dable decir sobre las orquídeas y las carreras de obstáculos. El presidente comenzó a tirar discretamente de sus faldones. Sin embargo, tuve que aguardar veinte minutos para iniciar mi disertación.

—Hace seis años tuve el honor de hablar en esta institución sobre la «Influencia de la cultura mediterránea en el África Central y Meridional durante la era precristiana». Ahora abordaré el mismo tema, pero provisto de los importantes testimonios descubiertos en el lapso intermedio.

Wilfred se erguía a cada instante en su asiento y, girando la cabeza ya hacia Rogers ya hacia De Vallos, sentados a su espalda, cuchicheaba algún comentario, cubriéndose la boca con su programa.

Haciendo caso omiso de ello, proseguí con la introducción, que era un resumen de los descubrimientos anteriores y las diversas teorías surgidas al respecto. Intencionadamente adopté un lenguaje árido y vulgar para que Wilfred y sus seguidores creyeran que no tenía nada nuevo que aportar en apoyo de mis puntos de vista.

△ De pronto, imprimiendo una pizca de emoción a mi relato, expresé:

—Así estaban las cosas, cuando cierto día **de** marzo **del** año pasado el señor Louren Sturvesant me enseñó una fotografía...

Los rostros de los espectadores, impasibles hasta entonces, se encendieron de curiosidad. Estimulé su interés y al poco tiempo me pareció que estaba narrando una historia **detectivesca**. Los pomposos apartes de **Wilfred** eran cada vez más espaciados. Poco después cesaron las risitas de sus admiradores.

Ahora mantenía yo en suspenso a mi auditorio, que conmigo y **Sally** parecían contemplar a la luz de la luna el espectral contorno de la ciudad desaparecida muchos siglos atrás. Ahora todos compartían la emoción del descubrimiento de los primeros bloques de piedra labrada.

En el momento oportuno se apagaron las luces y surgió en la pantalla, a mis espaldas, la primera imagen: el rey blanco, altivo y distante, regio y viril en su dorada armadura. Una tras otra relampaguearon las imágenes en la pantalla. Los espectadores, **extasiados**, guardaban un profundo silencio. A la luz del proyector vi sus rostros fascinados. Sólo se movían las manos de los periodistas, que en la primera fila garrapateaban frenéticamente mi maravilloso relato.

Interrumpí éste en el momento en que culminaba nuestra exploración de la planicie y la caverna, antes del descubrimiento del túnel tapiado que había más allá del retrato del rey.

A una señal mía se encendieron las luces. El auditorio volvió, estremecido, al presente. Todos estaban emocionados. Bueno, todos excepto Su Alteza, que dormía plácidamente bajo los efectos del **oportó**. Él fue el único de mis doscientos oyentes a quien no cautivé con mi relato. Incluso Wilfred parecía aturdido, vacilante como un boxeador terriblemente vapuleado que tratara de mantenerse en pie hasta el tañido del gong. Sin embargo, hube de admitir que el hombre era muy valiente. Volviéndose hacia **De Vallos**, cuchicheó con voz aguda:

—Típica sillería **bantú** del siglo trece después de Cristo..., **por** supuesto. Muy interesante..., porque corrobora mi teoría respecto de las fechas exactas de las migraciones.

Yo guardé silencio y, con la cabeza gacha, oprimí fuertemente con mis manos el atril. A veces pienso que yo podría haber sido un magnífico actor cinematográfico... Levantando lentamente la cabeza, miré a Wilfred con desolada expresión. Mi actitud le creció los ánimos.

—Ese retrato no significa nada... Tal vez se trate de un aspirante bantú a la iniciación... Un caso parecido al de la Dama del **Brandberg**.

Persistí en mi silencio para que, creyéndose un pez espada, tirase fácilmente del sedal. Una vez que el anzuelo penetrara profundamente en su cuerpo, tiraría a mi vez de la cuerda.

—Temo que no tenga valor alguno como prueba.

Y miró a su alrededor, sonriendo estúpidamente. Sus **secuaces** asintieron con sus cabezas y empezaron a hacer muecas como títeres.

De pronto hablé, mirándole directamente a la cara.

—Como muy bien ha dicho el profesor Wilfred **Snell**, todo esto es muy fascinante, pero no prueba nada —sus cabezas asintieron más enérgicamente—. Por eso decidí indagar más a fondo.

Me referí de nuevo al túnel tapiado, a mi decisión de cavar en la roca viva, preservando el retrato del rey, y al boquete que nos puso en comunicación con el pasadizo.

Aquí hice otra pausa y miré a Wilfred Snell. Súbitamente me apiadé de él, porque mi implacable enemigo, aquella úlcera maligna y supurante que me había atormentado a lo largo de mi carrera profesional, no era ahora más que un hombre gordo y un tanto ridículo.

Sin embargo, le despedacé como el poeta **Huy**, hachero de los dioses, a sus enemigos. Le hice añicos con mi descripción de los rollos, del hacha en forma de buitre y de los cinco libros de oro.

Mientras yo hablaba entró en el recinto uno de mis ayudantes empujando una carretilla cubierta con un trozo de terciopelo verde. Todos los ojos se clavaron en él. A una señal mía el hombre retiró la tela y quedaron al descubierto la magnífica y resplandeciente hacha de guerra y un rollo.

Wilfred Snell se hundió de tal manera en su asiento, que su vientre cayó sobre su regazo. Sus purpúreos labios **colgaban** flojamente mientras yo leía las

palabras iniciales del primer libro de oro de Huy:

—«Que todos los hombres lean sus palabras y se regocijen como yo me he regocijado. Que todos los hombres, al oír sus cantos, lloren como yo he llorado.»

Al terminar mi disertación miré al auditorio. Todos estaban conmovidos. Incluso Louren, Hilary y Sally, familiarizados desde hacía tiempo con el tema, permanecían inclinados hacia delante en sus asientos y no apartaban de mí sus ojos relucientes.

Con sorpresa advertí que eran las siete y media. Aunque me había excedido en una hora respecto al tiempo que me había sido concedido, el presidente, que estaba a mi lado, no me regañó en absoluto.

—Mi tiempo ha concluido, pero no mi relato. Mañana por la mañana el profesor Elridge Hamilton leerá su ensayo sobre los rollos y su contenido. Espero que vengan a escucharle. Alteza, presidente, señoras y señores, muchas gracias.

Durante diez segundos reinó un silencio total. Nadie se movió ni habló. De repente todos se pusieron en pie y empezaron a aplaudir furiosamente. Por primera vez desde la fundación de la Sociedad, en 1830, una conferencia era aplaudida como una obra teatral. Abandonando sus asientos, los espectadores se agolparon a mi alrededor para estrechar mi mano y formularme preguntas que de ninguna manera podía yo contestar. Desde mi privilegiado puesto de observación sobre el estrado vi cómo Wilfred Snell se levantaba y se dirigía pesadamente hacia la puerta, solo. (Sus seguidores se habían unido a quienes me rodeaban.)

Me dieron deseos de llamarle para decirle que lamentaba lo ocurrido y que hubiese deseado ahorrarle aquel mal rato..., pero en realidad tales palabras no se justificaban, porque él me había dicho lo mismo infinidad de veces.

A la mañana siguiente los más importantes diarios comentaron mi conferencia, e incluso *The Times* se permitió un toque dramático: «Descubren un tesoro cartaginés», «Uno de los más importantes hallazgos arqueológicos desde el descubrimiento de la tumba de Tutankhamón».

Louren compró todos los diarios. Sentados sobre un mar de papel impreso, devoramos otro pantagruélico desayuno. Me sentía profundamente conmovido por el hecho de que Louren se enorgulleciera tanto de mis logros.

En voz alta leyó todos los artículos, deteniéndose a veces para hacer algún comentario: «¡Qué vapuleo, socio!»; «los mataste a esos patanes»; «me oriné en los calzoncillos al oírte... y eso que ya conocía el tema, ¡por todos los diablos!».

De pronto, al hojear un diario izquierdista que acababa de extraer del montón de periódicos, su expresión cambió radicalmente. Frunciendo el entrecejo lanzó tan furibundas miradas al periódico, que le pregunté rápidamente:

—¿Qué pasa, Lo?

—Mira esto —y me arrojó el diario a la cara—. Lee mientras termino de cambiarme.

Y se metió en su dormitorio dando un portazo.

Casi inmediatamente di con el motivo de su furia: una página cubierta de fotografías bajo una gran bandera en la que se leía «El ejército de la libertad».

Negros con fusiles y en tanques. Negros marchando en fila, interminables. Cascos similares a hongos. Modernas armas automáticas colgando de hombros camuflados. Botas que giraban...

Sin embargo, lo que atrajo mi atención no fue eso, sino un grabado situado en el centro de la página, en el que aparecía un alto individuo de hombros tan anchos como la cruceta de una horca. Su calva cabeza, en forma de bala de cañón, brillaba bajo el sol africano. Aquel hombre de rostro severo iba acompañado por dos chinos que sonreían mostrando los dientes y vestían miserables y arrugados uniformes semejantes a pijamas. El título, muy destacado, rezaba: «Mayor general Timothy Mageba, llamado El Cruzado Negro, flamante comandante del Ejército de Liberación del Pueblo, acompañado de dos de sus asesores militares».

Su rostro, sombrío e impregnado de odio, y la dura determinación que emanaba de sus hombros, al igual que su porte agresivo, me aterraron.

De manera inexplicable, aquella presencia pareció empañar mi reciente triunfo personal. Lo ocurrido dos mil años atrás perdió de repente trascendencia para mí al pensar en las fuerzas oscuras que se habían desatado en mi país.

Sin embargo, aquel hombre no era un caso aislado. África había producido muchos individuos como él, feroces destructores que sembraron sus planicies de osamentas humanas: **Cha-ka**, **Mzilikazi**, **Mamatee**, **Mutesa** y otros muchos que la historia ha olvidado. **Timothy** Mageba era simplemente el último de una larga lista de guerreros, los primeros de los cuales se perdían en las tinieblas del pasado.

De pronto salió Louren de su dormitorio, acompañado de **Hilary**. Esta se me acercó, me besó y me felicitó de nuevo. Dejé caer el diario de mis manos, pero seguí pensando en Mageba.

—Lamento, **Ben**, no poder acompañarte a la conferencia de tu amigo **Elridge**. No puedo eludir la reunión de esta mañana. Por favor, encárgate de **Hil**. Ofrécele una buena comida —me dijo Louren mientras descendíamos los tres en el ascensor.

Elridge, con su traje de **mezclilla parcheado** en los codos, se ensañó con sus oyentes. Durante tres horas y media murmuró muchas veces las palabras «busilis» y «resumen», acompañadas a menudo de risotadas que despertaban al auditorio. Al ver cómo lentamente se vaciaba de público el salón y a los periodistas que garrapeaban entre bostezos en sus cuartillas sentí un profundo agradecimiento hacia él, porque evidentemente no me arrebataría la gloria que acababa yo de alcanzar.

Una hora antes del almuerzo, **Sally**, que estaba sentada a 'mis espaldas, me entregó sigilosamente una nota: «No puedo soportar esto un minuto más. Saldré para realizar algunas compras. Te veré luego. —S.».

Me sonreí cuando la vi deslizarse grácilmente hacia la puerta lateral. Al llegar a ésta, Sally se volvió, me hizo un guiño y ambos sonreímos.

Elridge siguió machacando cada vez más lentamente. Por último, hizo una pausa, un tanto indeciso y, radiante de alegría, miró a su escaso auditorio.

—Bien —dijo—, creo que no hace falta abundar **en** más detalles.

El público, aliviado, se dirigió atropelladamente hacia las puertas.

En el vestíbulo fui de nuevo rodeado por una entusiasta multitud. Lentamente nos abrimos camino hacia la puerta principal, para ir a comer. En el taxi, **Hilary** se sentó entre **Elridge** y yo. Cuando me disponía a decirle al chófer que se dirigiera a la **Trattoria Terrazza**, Hilary miró sus manos, que descansaban sobre su regazo, y emitió un débil grito de dolor:

—¡Mi anillo!

Súbitamente advertimos que la magnífica joya no destellaba en su mano. Mis espantados ojos no se apartaban de su dedo desnudo. Una fortuna que superaba cuanto yo podía imaginar acababa de volatilizarse. Aquel diamante debía de valer alrededor de treinta mil libras.

—¿Cuándo lo has visto por última vez en tu dedo? —le pregunté nerviosamente.

Durante un segundo ella trató de recordar. **De** pronto, una expresión de alivio se dibujó en su semblante.

—¡Oh!... Ahora me acuerdo... Antes de esmaltarme las uñas, en el hotel, lo puse en la cigarrera de alabastro que estaba junto a mi silla.

—¿Cómo es esa silla y dónde está?

—Es una silla tapizada, y está en el salón de fumar, al lado del televisor.

—Elridge, ¿me hace el favor de acompañar a la señora **Sturvesant** al restaurante? Yo cogeré otro taxi y regresaré volando al hotel antes de que quienes hacen la limpieza descubran el anillo. ¿Tienes la llave, **Hil**?

Tras hurgar un rato en su bolso, su mano dio con ella. Mientras me entregaba la llave me dijo Hilary:

—Eres un encanto, **Ben**. Perdón por la molestia.

—Las damiselas en desgracia son mi especialidad —y descendí a la calzada.

El taxi se alejó. Durante cinco minutos me moví como un enloquecido semáforo viviente ante la larga hilera de taxis que pasaban a mi lado. Como

nunca distingo si están encendidas o no las pequeñas luces que hay sobre sus techos, llamo a todos.

Ya en la habitación del **Oliver Messel**, me precipité por el largo pasillo y corrí hasta más allá de los dormitorios con la llave en la mano. Dando un suspiro de alivio cogí el anillo, que estaba entre los cigarrillos de la caja de alabastro, y me **acerqué** a la ventana para observarlo a la luz. Su hermoso resplandor casi me dejó sin aliento. Al pensar que yo nunca **poseería** un objeto tan fascinante, sentí una ligera envidia y me puse un poco triste. No obstante, reaccionando en seguida até rápidamente la sortija en una esquina de mi pañuelo y eché a andar rápidamente por el pasillo.

Al llegar de nuevo ante la puerta del dormitorio que estaba entornada, me detuve con la intención de cerrarla. Antes de que mi mano se posara en el picaporte llegó hasta mí desde otra habitación una voz de mujer enronquecida por la emoción, quebrada y trémula a causa de su jadeante respiración.

—¡Sí, por Dios! ¡Hazlo, hazlo de una vez! Una voz de hombre se mezcló con la voz femenina, una voz que se elevó como el áspero grito de un animal herido.

—¡Querida! ¡Querida mía!

Las voces se mecían como un oleaje, giraban y chocaban entre sí. La pasión crecía como un mar agitado por el viento del amor.

Simultáneamente se oía otro ruido, rítmico, apremiante, que se confundía con el pulso de la creación, un sonido tan antiguo como el hombre, tan invariable como el curso de los astros. Mientras permanecía rígido y con la mano extendida hacia el picaporte, cesó el sordo rumor de los corazones. A partir de entonces sólo oí suaves jadeos, breves suspiros y gemidos: meros vestigios de emociones agotadas.

Me volví y eché a andar hacia la puerta principal como un sonámbulo. Y cerré sin hacer ruido.

Me senté junto a la mesa, pero no recuerdo haber comido. Tampoco recuerdo lo que se habló durante la comida..., porque las voces que había escuchado tras la puerta pertenecían a **Sally Benator** y a **Louren Sturvesant**.

Ignoro en qué momento regresé a la **Royal Society**. Sólo persisten en mi memoria vagas imágenes relacionadas con las conferencias y ceremonias finales.

Sentado en la primera fila, no hacía yo más que mirar, con la cabeza gacha, una grieta que había en el lustroso suelo de madera. Mi mente rastreaba el pasado, como un perro de caza el terreno donde se oculta un ave.

De pronto recordé cierta noche en la Ciudad de la Luna, en la que me arrojé en mi cama borracho a causa del whisky que me había servido Sally. Me desperté cuando entró Louren en la tienda. Detrás de él, por la abertura, vi el cielo, que empezaba a teñirse con los colores de la aurora.

A ese recuerdo sucedió el de una visita nocturna a la caverna, durante la cual Louren me deslumbró con su linterna y me despidió con cajas destempladas.

Después recordé cierta conversación entre **Ray** y **Leslie** y me acordé de los amigos que llegarían de **Brighton**; de sus irracionales y violentos ataques a **Hilary**; de su malhumor y sus silencios; de sus inesperados estallidos de alegría y sus aún más repentinas depresiones; de sus incomprensibles y elípticas frases; de su vacilación cuando parecía a punto de revelarme algo; de su visita a medianoche a mi tienda, y de muchos otros detalles en extremo sugestivos, y me asombré de mi ceguera. ¿Cómo era posible que no hubiese yo atado todos esos cabos?

Alguien pronunció mi nombre. Entonces luché por despabilarme y traté de escuchar lo que decían. Quien hablaba era **Graham Hobson**, el presidente de la Sociedad. Al hacerlo me miraba sonriendo desde lo alto. A mi alrededor varios rostros, también sonrientes e inclinados sobre mí, me miraban cordial y bondadosamente.

—Se le concede la medalla del patrono y fundador de la Sociedad —dijo Hobson—. Además, el consejo me ha facultado para que anuncie que encargará a un notable pintor la ejecución del retrato del doctor **Kazin**. En una

ceremonia especial el lienzo será colgado en el muro de honor...

Yo sacudí la cabeza para aclarar mis ideas. Estaba azorado y confundido. La voz de Hobson seguía llegando muy débilmente a mis oídos. Traté de concentrarme. De pronto varias manos, amables pero insistentes, me obligaron a ponerme en pie y me empujaron hacia el estrado.

—¡Que hable! —gritó el público riendo y aplaudiendo. De cara a los espectadores, me sentí aturdido. La sala giraba por momentos ante mí y por momentos permanecía inmóvil. Mi visión era ya borrosa, ya nítida.

—Alteza... —comencé a decir, pero me ahogué en seguida. Mi garganta temblaba y distorsionaba los sonidos—. Me siento muy honrado —me detuve y traté de hallar las palabras adecuadas. Todos permanecían en silencio y expectantes. Desesperado, miré hacia la sala en busca de inspiración o amparo.

Sally Benator se hallaba en pie junto a la puerta lateral. ¿Desde cuándo? Ahora sonreía. Sus blancos dientes se destacaban en su hermoso rostro quemado por el sol. Su oscuro cabello pendía a los lados de su cara, cayéndole sobre los hombros. Sus mejillas ardían y sus ojos chispeaban como los de una muchacha que acabara de abandonar el lecho de su amante.

La miré fijamente.

—Muchas gracias —murmuré.

Ella asintió con la cabeza y me sonrió para darme coraje. Mi corazón desfalleció. Sentí un agudo dolor físico. Los tejidos de mi pecho se desgarraron, cortándome la respiración... Perdida ella, perdido mi amor, mi único amor, aquellos honores y aplausos carecían de sentido para mí.

Mis ojos, desolados, seguían inútilmente clavados en Sally. Varias lágrimas ardieron en ellos. Deseoso de ocultarlas a los ojos del público, me dirigí tambaleándome hacia la puerta. Se reanudaron los aplausos. En medio del tumulto oí algunas frases:

—¡Pobre! Está conmovido.

—¡Qué emocionante!

—Está anonadado.

Ya en la calle seguí corriendo alocadamente bajo la lenta llovizna. Como un animal herido, deseaba estar solo hasta recobrarme. El agua apaciguó mi ardor.

Hallé la calma y la soledad que anhelaba en la Ciudad de la Luna.

Elridge se encontraba en Inglaterra, donde permanecería un mes dictando conferencias, y Sally había desaparecido. No hablé con ella desde la noche fatal. Sin embargo, me enteré casualmente a través de Louren que, aprovechando las dos semanas acumuladas de vacaciones que le correspondían, había incorporado a un grupo de turistas que visitarían Italia y las islas griegas. En la Ciudad de la Luna recibí de ella, por vía aérea, una carta timbrada en Padua, en la que confirmaba las palabras de Louren y me decía que lamentablemente no había podido dar conmigo antes de mi partida de Londres.

No podía haber sido de otra manera, puesto que yo no había vuelto a Dorchester. Por el contrario, luego de ordenar que enviaran mi equipaje a Blue Bird House, había emprendido el regreso en avión a África a primeras horas de la mañana del día siguiente. Después de felicitar me, Sally me anunciaba que retomaría a Johannesburgo a fin de mes, donde tomaría el primer avión que partiera para la Ciudad de la Luna.

Su carta me pareció tan irreal como un mensaje de ultratumba. Porque en verdad ella había muerto para mí y se hallaba fuera de mi alcance para siempre. De modo que quemé la carta.

Louren visitó de nuevo la Ciudad de la Luna, pero permaneció en ella un solo día. Entonces descubrí que no tenía nada que decirle. Sus propios rasgos fisonómicos, tan queridos y presentes siempre en mi memoria anteriormente, me parecieron tan extraños como los de un desconocido.

Louren tuvo conciencia del abismo que nos separaba e intentó tenderme la mano a través de la brecha. Pero como no hubo respuesta por mi parte, abrevió la visita y partió. Comprendí y lamenté vagamente su asombro, porque en realidad no me atreví a condenarle ni a odiarle.

Ral y Leslie deambulaban como dos sombras en las fronteras de mi soledad y no interferían en mi mundo privado —el de Huy Ben-Amón—, situado más allá de la angustia y el llanto.

Durante el tiempo que Elridge consagró a los rollos, yo había seguido paso a paso su traducción. Por lo demás, mi mayor capacidad intelectual es la vinculada con los idiomas. Asimilo cualquier lengua con facilidad. Lawrence de Arabia aprendió a hablar árabe en cuatro días. En diez aprendí yo el púnico, que fue la llave que me permitió el libre acceso al mundo encantado de Huy.

En el tercer rollo de oro continuaba la historia de Opet, hasta la época del poeta. Se trataba de un documento tan fascinante como los dos anteriores. Sin embargo, la magia del autor llegaba a su plenitud en los dos últimos rollos de oro. En éstos había reunido Huy sus cantos y poemas, que lo eran de verdad, según el sentido que hoy damos a dichas palabras.

Huy, el guerrero y hachero de los dioses, consagraba una oda a las brillantes alas del pájaro de sol: su hacha de guerra.

Describía el mineral extraído de las minas del sur, su fundición en un horno semejante a una caverna, el olor del brillante carbón de leña y el desplazamiento del metal derretido.

Después se refería a la purificación y aleación, a la forja y conformación definitiva, al filo del arma y a su cinceladura. Al leer la descripción que hacía de los cuatro buitres y los cuatro soles, levanté la cabeza y miré la magnífica hacha que pendía sobre mi mesa de trabajo.

Entonces oí el zumbido de la reluciente hoja al cortar el aire, el impacto del metal en el hueso y el rumor como de ven» tosa producido por el arma al abandonar la carne. Con temor recorrí la lista de enemigos muertos por el hacha y me pregunté cuáles habrían sido sus crímenes y transgresiones.

De pronto Huy cambiaba de tono y se convertía en un fanfarrón que bebía de un jarro de vino tinto de Zeng y lanzaba risotadas ante el fuego, al igual que sus compañeros de armas.

Luego ya era un petimetre envuelto en blanca tela de lino, que olía a aceites aromáticos y lucía una barba de pelos retorcidos como cordones, ya un sacerdote que, actuando entre los dioses y seguro de su ayuda, cumplía los misterios y ofrecía los sacrificios correspondientes...

Huy, de hinojos y orando a solas en medio del silencio... Huy, hacia el alba, saludando con sus brazos en alto a Baal el dios del Sol... Huy, exaltado ante una revelación religiosa... Huy, el amigo y compañero leal, describiendo un alegre instante vivido en compañía de otro hombre, los esfuerzos mancomunados, el sabor de los placeres compartidos, los peligros arrostrados y vencidos en común.

El poema sugiere que Huy, militante del culto de los héroes, no ve tacha alguna en su amigo, cuya belleza física describe con una agudeza casi femenina.

Nos habla, por ejemplo, de sus anchos hombros, de la regia curva que traza su flamígera barba roja al descender desde los prominentes músculos de su pecho, suaves y duros como las peñas de las colinas de Zamboa, de sus piernas semejantes a dos recios tallos, de su sonrisa cálida como los benditos rayos del dios del Sol, Baal. Por último expresa: «Lannón Hycanus, más que mi rey, eres mi amigo». No cabe duda de que Huy tiene un alto concepto de la amistad.

Más adelante el poeta se transforma en observador de la naturaleza, en un cazador que describe con ternura a sus presas, sin omitir un solo detalle, desde el curvo colmillo de marfil de un elefante hasta el suave vientre color crema de una leona.

También es un amante hechizado por la belleza de su amada Tanit, cuya amplia frente es nívea y brillante como la luna llena. Los cabellos de Tanit ondulan, suaves y ligeros como el humo que surge de las grandes fogatas de papiros en los pantanos..., y sus ojos son verdes y relucen como el profundo lago del templo consagrado a la diosa Astarté.

De pronto Tanit muere, y el poeta gime de dolor. Para él Tanit es un pájaro que alza el vuelo. Sus ebúrneos brazos brillan como alas desplegadas. Su postrer lamento repercute en la bóveda celeste y estremece los corazones de los propios dioses. Yo me identifiqué con el dolor de Huy. Mi voz se

confundió con la suya y su espanto y sus éxitos me sacudieron de tal manera, que me pareció que ambos éramos una misma persona.

Me levantaba temprano y me acostaba tarde, y estaba cada vez más pálido y delgado. Cuando me ponía frente al espejo, veía en él un rostro espectral y unos ojos salvajes.

Súbitamente la realidad se arrojó sobre mí e hizo añicos los frágiles muros de cristal de mi tierra encantada. Louren y Sally llegaron en el mismo avión a la Ciudad de la Luna. La tormenta que había yo logrado eludir hasta entonces recomenzó.

Nuevamente traté de ocultarme. El archivo se convirtió en mi santuario. Allí pasaba el día, para evitar todo contacto con Sally y con Louren. Sin embargo, no podía eludir la terrible hora de la cena. Durante la comida me esforzaba por sonreír y participar en las bromas y discusiones y por no ver las miradas y sonrisas íntimas que intercambiaban Louren y Sally, hasta el momento en que podía razonablemente retirarme.

Dos veces se acercó a mí Louren.

—Creo que existe un malentendido, Ben... —me dijo.

—No, Louren; no. Te juro que te equivocas.

Y escapé las dos veces al tranquilo archivo.

Allí, además de la grata compañía de Ral y del trabajo físico que implicaba la clasificación, registro fotográfico y embalaje de las jarras, encontré otra distracción. Aquella caverna sellada durante casi dos mil años constituía un área estéril y carente de toda forma de vida cuando por primera vez entramos en ella. A partir de entonces, sin embargo, había comenzado a desarrollarse un complejo ecológico propio. Primero aparecieron moscas diminutas, más tarde pulgas de arena, hormigas, arañas y polillas y, por último, pequeñas salamandras de color pardo. Con mi cámara fotográfica empecé a registrar la nueva población de los archivos.

Durante horas y horas permanecía sentado e inmóvil, con mi cámara lista para obtener algún difícil nido de una mosca o de cualquier otro insecto que surgieran ante mí. Esto me llevó a un nuevo gran descubrimiento en la Ciudad de la Luna.

Un día en que trabajaba en el extremo más lejano del archivo, junto al muro en que estaba grabada la imagen del Sol, una salamandra descendió de pronto por la pared y corrió por el suelo de piedra. El lagarto se detuvo en el lugar preciso en que habíamos descubierto la gran hacha de guerra. Allí permaneció expectante. La suave piel de su garganta palpitaba rítmicamente. Sus ojillos brillaban como dos cuentas negras. El objeto de su atención era un insecto, una polilla blanca que se había posado con las alas extendidas en la imagen del Sol.

Rápidamente eché mano de mi cámara, preparé el flash y gradué el objetivo. Estaba ansioso por fotografiar un lagarto en el momento de lanzarse sobre su presa. Lentamente me desplacé hasta colocarme en una posición que me permitiría enfocar a la polilla y aguardé, en tanto el lagarto se acercaba a aquélla, haciendo un alto después de cada una de sus veloces y breves carreras. A veinticinco centímetros de la polilla se detuvo nuevamente, dispuesto al parecer al asalto final. Conteniendo el aliento aguardé con el dedo en el disparador. En cuanto el lagarto saltó encendí el flash.

El lagarto quedó como petrificado, con la polilla en la boca. Pero en seguida giró sobre sí mismo y se precipitó de cabeza y como un rayo en el suelo. Finalmente desapareció por la rendija existente entre la pared y el suelo. Su ridículo temor me hizo gracia.

Después de girar el carrete de la película y de reemplazar el flash, coloqué la cámara en su estuche. A punto estaba de reanudar mi labor cuando me asaltó una idea. Volví entonces al otro extremo de la caverna. Al llegar al sitio en que había desaparecido el lagarto me agaché para examinar la rendija que había entre la pared y el suelo. La unión de ambos me pareció perfecta. Además no vi ninguna grieta ni hueco alguno en que pudiera esconderse un lagarto. Intrigado por la desaparición de la salamandra, fui en busca de una lámpara de arco voltaico, que coloqué luego de modo que su haz diese de lleno en la pared.

Acto seguido me arrastré a gatas a lo largo del muro. Mi corazón sonaba

como un tambor de guerra. La sangre zumbaba en mis oídos y ardía en mis mejillas. De tal manera temblaba mi mano cuando busqué y luego traté de abrir mi cortaplumas, que casi me rompí la uña del pulgar.

De inmediato empecé a explorar la rendija, apenas visible a causa del polvo acumulado en ella. La hoja de mi cortaplumas la recorrió en toda su extensión.

Echándome hacia atrás y balanceándome sobre mis talones, observé el muro. La imagen del Sol proyectaba una extraña sombra a la luz de mi lámpara.

—Tal vez... —cuchicheé—. Es posible...

En seguida me agaché de nuevo bajo la imagen de Baal, como si fuera uno de sus adoradores. Frenéticamente exploré la grieta a lo largo del suelo. De pronto ésta giraba noventa grados y ascendía por el muro, donde se estrechaba misteriosamente, y, volviendo sobre sí misma, se tornaba casi invisible. La ingeniosa manera de disimular aquella juntura me convenció de que ocultaba algo muy importante. La mano que había trabajado allí era mucho más experta que la que había unido tan toscamente las losas junto al techo, dejando una rendija por la que se filtraba el polvo.

De pronto me paré de un salto y me paseé una y otra vez nerviosamente ante la desnuda pared. Por primera vez desde mi regreso a la Ciudad de la Luna sentí que vivía. Mi sangre hormigueaba, mi andar era enérgico, mis manos se abrían y cerraban con violencia y mi cerebro trabajaba febrilmente.

«Louren debería estar aquí», pensé de repente.

Casi corriendo me alejé del archivo y a través del túnel salí al exterior. En la cabaña de madera que cubría la entrada del túnel uno de los guardias de seguridad estaba repantigado en su silla. Sus pies, calzados con botas, descansaban sobre el escritorio. Llevaba el cuello de su uniforme azul desabrochado y la gorra descansaba sobre su coronilla. En la pared, a sus espaldas, colgaba su cinturón de un clavo. La negra culata de su revólver sobresalía de la funda. El hombre levantó la vista de la novela del Oeste que estaba leyendo. En su tosco rostro se destacaban su nariz aguileña y sus fríos ojos de águila.

—Hola, doctor. Parece que está muy impaciente.

—Bols, ¿me hace el favor de decirle al señor Sturvesant, de parte mía, que venga aquí inmediatamente?

Estaba yo de hinojos ante la imagen del Sol cuando llegó

Louren.

—Ven, Lo. Quiero enseñarte algo.

—¡Hola, Ben! —exclamó Louren riendo. Me pareció advertir en su semblante una expresión de alivio y alegría—. Es la primera vez en dos semanas que sonríes. Te aseguro que estaba muy preocupado por ti —y sin dejar de reír me dio unas palmadas en el hombro—. Así te parecen más a mi viejo amigo Ben.

—Observa esto, Lo.

Se arrodilló a mi lado.

Diez minutos después ya no sonreía. Su rostro estaba tenso y frío. Sus ojos color celeste miraban con fijeza la pared y parecían penetrar la sólida roca.

—Lo... —comencé a decir.

Pero me impuso silencio con un perentorio movimiento de la mano.

En ningún momento apartó sus ojos del muro. Me pareció que estaba oyendo una voz que yo no oía. Al mirar su rostro, frío como el de un dios, sentí un temor casi supersticioso y tuve el presentimiento de que iba a ocurrir algo anormal.

Lentamente y paso a paso se aproximó Louren a la imagen del Sol. Posó la mano en el centro del gran disco y extendió los dedos sobre él, remedando a los rayos de la imagen solar. Después comenzó a ejercer presión sobre el muro. Las puntas de sus dedos se aplanaron contra la roca.

Durante varios segundos no ocurrió absolutamente nada. De repente el muro comenzó a moverse, pero sin producir chirrido alguno. Ningún gozne chirrió mientras la pared giraba sobre un eje invisible. Desplazándose lenta y

pesadamente, dejó al descubierto la negra y cuadrada boca de un pasadizo que corría más allá de la imagen de Baal. En tanto escrutaba la prehistórica y oscura cavidad, murmuré sin mirar a Louren:

—¿Por qué lo has hecho, Lo? ¿Cómo se te ha ocurrido...? El tono de su respuesta denotó perplejidad.

—Yo sabía... Simplemente sabía que algo pasaría... Eso es todo.

De nuevo guardamos silencio mientras mirábamos por la abertura. Súbitamente me asaltó un hondo temor al preguntarme a mí mismo qué habría allí dentro.

—Trae la lámpara, Ben —me ordenó Louren sin apartar sus ojos de la abertura.

Al volver con el reflector portátil, Louren me lo arrancó de las manos. Le seguí a través del hueco.

Nos encontramos en un pasadizo que descendía conformando un ángulo de cuarenta y cinco grados. Tenía el túnel dos metros de altura y casi tres de ancho. Una escalera de piedra había sido construida allí en la roca viva. Sus peldaños, de bordes suaves y redondeados, estaban muy desgastados.

Las paredes y el techo del túnel eran de piedra y no había en ellos adorno alguno. El pasadizo se perdía en las tinieblas.

—¿Qué es esto? —preguntó Louren señalando dos grandes objetos circulares tirados en el suelo en lo alto de la escalera. Dos rosetas de bronce brillaban sobre ellos.

—Son escudos —dije—. Escudos de guerra.

—Alguien los arrojó aquí precipitadamente. Deslizándonos sobre ellos con cuidado comenzamos a descender por la escalera, que constaba de ciento seis peldaños de casi catorce centímetros de altura cada uno.

—Aquí no hay polvo —señaló Louren.

—No —convine con él—. La puerta estaba herméticamente sellada.

Sus palabras debieron significar para mí un toque de atención. Pero en ese momento estaba yo muy excitado por nuestro sorprendente descubrimiento. La escalera estaba tan limpia como si acabaran de barrerla.

Al pie de aquel tramo se bifurcaba en forma de «T». A la derecha se transformaba en un pasillo que conducía a un portón de hierro forjado y cerrado con cerrojos. A la izquierda se convertía en una escalera circular que se perdía en la roca viva.

—¿Por dónde iremos? —me preguntó Louren.

—Veamos qué hay detrás de ese portón —le sugerí sofocado por la emoción.

Al llegar a él comprobamos que no estaba cerrado con llave. Sin embargo, un alambre de oro se enroscaba en torno de la jamba y un grueso sello de arcilla impedía la entrada.

En el sello había una figura de animal toscamente ejecutada y una frase que rezaba: «Lannón Hycanus, Gran León de Opet, rey de Puní y los cuatro reinos».



—Dame tu cortaplumas —me pidió Louren.

—Escucha, Lo, no debemos... —comencé a decirle.

—¡Dámelo, maldita sea! —Su voz me hizo temblar por su peculiar vehemencia y vigor—. ¿Sabes qué es esto? ¡El tesoro, las arcas que contienen el oro de Opet!

—Aguarda, Lo. Hagamos bien las cosas —le rogué. Pero él tiró del sello con ambas manos y lo arrancó del portón.

—¡Por favor, Lo! —protesté en vano.

Louren quitó los cerrojos y descargó todo el peso de su cuerpo en el portón. Éste no se movió, porque estaba herrumbrado. Pero él insistió hasta que el portón giró hacia atrás lo suficiente como para permitirle entrar encogiéndose el cuerpo. Ya dentro, Louren echó a correr, y yo le imité. El túnel volvía a girar en ángulo recto y conducía directamente a una enorme cámara.

—¡Dios santo! —gritó Louren—. Observa esto, Ben... Mira.

Estábamos ante el tesoro de Opet, ante una enorme riqueza intacta. Más tarde la contaríamos, pesaríamos y mediríamos... En ese momento nos limitamos a admirarla.

La cámara tenía cincuenta y cinco metros de largo por seis de ancho. A

lo largo de casi toda una de sus paredes se hallaba el marfil: mil dieciséis grandes colmillos de elefante dispuestos en sucesivos montones. El marfil, muy deteriorado, era frágil como la tiza. Pero dos mil años antes debía haber constituido en sí mismo un valioso tesoro.

Había más de novecientas enormes ánforas, selladas con cera, cuyo contenido —esencias preciosas y aromáticas— habíase volatilizado. Sólo quedaba en el fondo de aquéllas una masa negra, como congelada. Las piezas de tela de lino y seda, importadas, se deshacían entre los dedos al tocarlas.

Los metales estaban apilados a lo largo del muro opuesto: ciento noventa toneladas de cobre nativo en lingotes en forma de cruz de San Andrés, tres toneladas de estaño en lingotes de forma similar a los anteriores, dieciséis toneladas de plata, noventa y seis de plomo y dos de antimonio.

En tanto avanzábamos por la nave central del abovedado recinto no quitábamos los ojos de aquel increíble despliegue de riqueza.

—El oro... —murmuró Louren—. ¿Dónde está el oro? De pronto descubrimos un montón de arcas de ébano cuyas tapas estaban decoradas con incrustaciones de nácar y marfil. Esos eran los únicos objetos más o menos artísticos que había allí. Aunque incluso en ellos se veían escenas de batallas y de caza toscamente ejecutadas.

—¡No, Lo...! —protesté nuevamente cuando Louren empezó a romper las tapas.

Aquellas arcas estaban llenas de piedras **semipreciosas** : amatistas, berilos, ojos de tigre, **jades** y malaquitas, algunas burdamente talladas y engastadas en joyas de oro y ciertos objetos toscamente trabajados, en gargantillas, broches, collares y anillos.

Louren se precipitó a lo largo de la nave y de pronto se detuvo abruptamente. En otro nicho, más allá de la cámara principal y detrás de otro portón de hierro, había mucho oro esmeradamente apilado, fundido en los habituales moldes semejantes a dedos. A primera vista aquellos montones nos parecieron insignificantes. Sin embargo, cuando varios meses más tarde pusimos en la balanza el precioso metal, su peso total ascendió a más de sesenta toneladas.

Su valor superaba los sesenta millones de libras esterlinas. En el mismo nicho había dos pequeñas arcas de madera que contenían veintiséis mil quilates de diamantes en bruto o apenas tallados, de todos los colores y formas. Ninguno era de menos de un quilate y medio. El más grande era un monstruo sombrío y amarillo de treinta y ocho quilates, que contribuía con dos millones de libras al valor total del tesoro.

Aquella riqueza había sido penosamente acumulada por cuarenta y ocho reyes de Opet, en el transcurso de cuatro centurias. Ningún tesoro antiguo podía comparársele.

—Tendremos que obrar con mucha prudencia, Ben. Nadie debe enterarse de esto. ¿Te imaginas lo que ocurriría si se divulgara la noticia? —Mientras sopesaba un sólido dedo de oro en cada una de sus manos y mirando hacia las pilas de metal agregó—: ¡Esto bastaría para impulsar al crimen y desatar una guerra!

—No puede ser. Lo. Alguien tiene que ayudarme aquí : **Ral**, e incluso **Sally**.

—¡No! —exclamó, volviéndose hacia mí con aire feroz—. Nadie entrará aquí fuera de nosotros dos. Daré instrucciones a los guardias al respecto.

—Necesito ayuda, Lo. No podré hacerlo todo yo solo.

—Yo te ayudaré —dijo él.

—Tardaremos muchas semanas.

—Repito que yo te ayudaré —insistió—. Pero yo seré tu único ayudante... Ni una palabra a nadie.

Exploramos las bóvedas del tesoro hasta las seis de la tarde.

—Ahora veamos adonde conduce el otro ramal del túnel —sugerí.

—No —me contuvo **Louren**—. No debemos excedernos del horario normal. De lo contrario pensarán que estamos tramando algo... Ahora bajaremos al campamento. Mañana echaremos una ojeada al otro ramal del pasadizo, que debe de ser muy diferente de éste.

Tras cerrar la puerta de piedra, ocultando así el túnel secreto, nos dirigimos hacia el puesto de guardia, donde Louren dio precisas instrucciones,

que reiteró por escrito en la hoja respectiva. Ral y Sally fueron excluidos de la lista de personas que podían entrar en el túnel. Durante la cena Louren les dio a conocer su resolución y les explicó que él y yo estábamos realizando un experimento.

Aquella fue una noche difícil para mí. Agotado por las emociones del día y vencida ya mi apatía, reaccionaba exageradamente ante los estímulos comunes de la vida. Tan pronto reía ruidosamente como bebía demasiado. Por otra parte, volvieron a atormentarme los celos más intensamente que nunca.

Cada vez que Louren y Sally se miraban tenía ganas de gritarles: «¡Lo sé! ¡Lo sé todo y os odio y maldigo a los dos!».

De pronto me confesaba a mí mismo que eso no era cierto, que lejos de odiarles les quería a ambos. Tal circunstancia me hacía más intolerable la situación.

En ningún momento pude pegar ojo. Cuando estoy muy nervioso soy incapaz de gobernar la actividad febril a que se entrega entonces mi cerebro.

En realidad no tuve la intención de espiar a Sally. Fue una mera coincidencia el hecho de que ella abandonase su cabaña en el momento en que yo estaba junto a la ventana de mi habitación contemplando la luna.

Sally llevaba una bata larga y clara. Su cabello descendía como una enorme nube sobre sus hombros. Después de permanecer un rato en el vano de la puerta y de mirar a su alrededor para cerciorarse de que los demás dormían, se lanzó de prisa, con aire culpable, a través del cercado iluminado por la luna, hacia la cabaña de Louren, cuya puerta abrió poco después sin vacilar.

Comenzó entonces para mí una larga y terrible vigilia.

Durante dos horas permanecí junto a la ventana observando las cambiantes sombras producidas por la luna y los dibujos trazados por las estrellas en sus desplazamientos por la bóveda celeste, estrellas enormes y brillantes como sólo se ven en la límpida atmósfera del desierto. Pero aquel bello espectáculo no significaba nada para mí esa noche, porque cada vez que miraba hacia la cabaña de Louren imaginaba sus cuchicheos, el roce de sus cuerpos y cada uno de sus movimientos y me odiaba a mí mismo y maldecía a ambos.

De pronto pensé en Hilary y sus hijos y me pregunté cómo era posible que un hombre perdiera la cabeza hasta el punto de poner en peligro lo mejor de su vida por unas pocas horas de placer pasajero.

En aquella cabaña estaban ambos traicionando la confianza depositada en ellos por muchas personas y haciendo peligrar la dicha de otros seres.

De repente advertí que estaba dando por sentado que aquello constituía una simple aventura para Louren, y por primera vez afronté la posibilidad de que se tratara de un asunto serio para él... ¿Y si abandonaba a Hilary por Sally? Tan intolerable se me hacía este pensamiento que no pude permanecer más tiempo junto a la ventana aguardando y vigilando.

Necesitaba distraerme.

Me vestí rápidamente y me dirigí a toda prisa al almacén.

El sereno me saludó, adormilado. Giré la llave y entré en el recinto abovedado donde se hallaban los rollos de oro. Cogí el cuarto libro de Huy y me dirigí a mi oficina. Antes de sentarme a leer fui a buscar una botella de Glen Grant. Me hallaba ahora ante mis dos drogas favoritas: el libro y el whisky.

Abrí el rollo al azar y releí la oda de Huy a su hacha de guerra y a las resplandecientes alas del pájaro de sol. Cuando terminé de leer, un deseo repentino me impulsó a bajar de su sitio de honor a la magnífica hacha y a deslizar mis dedos por su reluciente superficie. Al observarla más atentamente llegué a la conclusión de que era el arma cantada por el poeta, ya que concordaba enteramente con su descripción. Mientras la retenía en mi regazo pensé: «¡Ah, si me revelase la historia de los últimos días de Opet!». Porque estaba seguro de que había participado activamente en la tragedia final de la ciudad. ¿Por qué habría arrojado y abandonado su dueño en el túnel aquel hermoso objeto que tanto amaba, para que yaciera allí durante casi dos mil años? ¿Qué habría sido del hachero Huy, de su rey y su ciudad?

Mientras leía y soñaba, pensaba menos en Sally y Louren. Sin embargo, cada vez que hacía un alto en la lectura me acometían los celos y la desesperación. Entonces me sentía desgarrado por el presente y el remoto

pasado.

Decidí, pues, seguir leyendo para degustar los fragmentos **del** rollo todavía inéditos para mí, en tanto descendía lentamente el nivel del whisky en la botella y la interminable noche seguía transcurriendo.

Mucho después de medianoche, cuando alboreaba ya el nuevo día, di con un pasaje que me conmovió profundamente. En él **Huy** lanza un grito desde lo más hondo de su ser, libera una emoción que, reprimida durante mucho tiempo, le impulsa a decir que no se tenga en cuenta su aspecto físico al juzgarle. «De tierras áridas procede el mejor oro», clama. «También la pobre arcilla de su cuerpo deforme oculta un tesoro.»

Seis veces leí aquel fragmento para verificar la exactitud de mi traducción, antes de dar por sentado que Huy **Ben-Amón** era, como yo, un jorobado.

Comenzaba la promisoría alborada a pintar de rosa pálido la cumbre del acantilado cuando dejé el libro en el archivo y eché a andar lentamente, cuesta abajo, hacia mi cabaña.

En el preciso instante en que yo llegaba abajo, salía **Sally** de la habitación de **Louren** y echaba a andar en la oscuridad. Como un fantasma, parecía flotar sobre la tierra, envuelta en un claro vestido. Me detuve entonces y permanecí inmóvil, confiando en que no me vería, lo cual era posible porque me hallaba en la sombra proyectada por su cabaña. Volviendo la cabeza hacia otra parte, me mantuve rígido. En seguida oí el crujido de sus faldas y el cercano rumor producido por sus pies en el polvo.

Al verme se sobresaltó. Yo la miré, pero ella no me reconoció. Pálida como la luna, a causa del miedo, se llevó las manos a la boca.

—No temas, Sally —le dije—. Soy yo.

En la clara noche del desierto aspiré su perfume. Olía Sally a pétalos de rosa machacados, a cálida transpiración y a amor. Mi corazón se hundió en el fondo de mi pecho.

—¿**Ben**? —preguntó.

Durante un momento nos miramos fijamente.

—¿Cuánto tiempo hace que estás aquí?

—Mucho... —respondí. Otro silencio.

—Entonces lo sabes —dijo en voz baja, tímida y triste.

—No ha sido mi intención espiarte.

—Te creo —dijo, y comenzó a alejarse. **De** pronto se volvió—. Te debo una explicación, Ben.

—No tienes que explicarme nada —dije.

—Sí. Debo y quiero explicarte...

—No es necesario, Sal.

—Claro que es necesario —estábamos frente a frente—. Muy necesario —insistió—. No quiero que pienses que soy... tan terrible...

—Olvida eso, Sally —dije.

—Te juro, Ben, que he tratado de evitarlo.

—Está bien, Sally.

—He luchado duramente por que no ocurriera, pero todo ha sido inútil.

Rompió a llorar silenciosamente. Sus hombros se estremecían mientras sollozaba.

—No pienses más en ello —dije, acercándome a ella. Dulcemente la conduje a su habitación y la acosté en su cama. A la luz advertí que sus labios estaban hinchados e inflamados de tanto besar.

—¡**Oh**, Ben!, hubiese dado cualquier cosa por que no ocurriera esto.

—Comprendo, Sally.

—He luchado con todas mis fuerzas, pero todo ha sido en vano... Desde el principio me envolvió en una especie de embrujo.

—¿Aquella tarde en el aeropuerto? —no pude menos de preguntarle, al recordar cómo miró a Louren la primera vez que le vio y sus posteriores arrebatos contra él—. ¿Por eso..., después, conmigo...? ¿Por eso nosotros...?

Aunque no me agradara su respuesta, debía yo saber si cuando vino hacia mí **por** primera vez seguía ella deseando a otro hombre.

—No, Ben —intentó refutarme, pero en cuanto miró mis ojos volvió la cabeza hacia otra parte—. ¡**Oh**, Ben!, lo siento. No he querido hacerte daño.

—Sí —dije, y asentí con la cabeza.

—Te aseguro que no quise hacerte daño... Eres tan bueno y tan gentil, tan diferente de él...

Sus ojeras demostraban que no había dormido. El matiz de melocotón de su aterciopelada tez se había convertido en rosado a causa de su contacto con la cara sin afeitar de Louren.

—Sí —dije, mientras mi corazón sangraba.

—¡Oh, Ben...! ¿Qué será de mí? —exclamó, desesperada—. He caído en una trampa de la que no podré escapar.

—¿Te ha dicho Louren... qué piensa hacer? ¿Te ha dicho... si abandonará a Hilary para casarse contigo?

—No —respondió, moviendo la cabeza.

—¿Te ha explicado el motivo...?

—¡No, no! —exclamó, asiendo mi mano—. ¡Oh, Ben...! Para ^{e1} se trata de un pasatiempo..., de una pequeña aventura.

Yo guardé silencio. Mientras contemplaba su bello y torturado rostro me alegré de que ella hubiese descubierto al me-ⁿos las verdaderas intenciones de Louren, o sea, que hubiera comprendido que él hacía las veces de cazador y ella de víctima. Sin duda habían existido y existirían en el futuro muchas Sally en su vida. El león no puede vivir sin matar.

—¿Puedo hacer algo por ti, Sally? —le pregunté al fin.

—No, Ben. No creo que puedas hacer nada.

—Si más adelante crees que puedo hacer algo por ti no te andes con rodeos —le dije, y me fui hacia la puerta,

—Ben —me llamó, sentándose en la cama—. ¿Me amas aún, Ben?

• Yo asentí sin vacilar con la cabeza, en tanto le decía:

—Sí, todavía te amo.

—Gracias, Ben —respondió, exhalando un suave suspiro—. Creo que no podría soportar tu desprecio.

—Nunca te despreciaré, Sally —le respondí, y eché a andar hacia la alborada color rosa y limón.

Louren y yo descendimos por la escalera situada más allá de la imagen del Sol y entramos en la bóveda del tesoro. Mientras él se deleitaba en la contemplación de los montones de oro, me dediqué a escudriñar su semblante. Tenía la cabeza floja a causa del insomnio y sentía en mi boca el sabor de lo que había bebido. Por más que me esforzara por odiarle, no avanzaba un solo paso en tal sentido. Cuando levantó los ojos y me sonrió no pude menos de corresponderle con otra sonrisa.

—Esto ya lo conocemos —dijo—. Echemos ahora una ojeada al resto.

Yo había imaginado, poco más o menos, lo que después encontraríamos más allá de la bifurcación del túnel. Cuando, después de trasponer el último peldaño de la escalera circular, nos encontramos en otro breve y recto pasadizo, mis últimas dudas al respecto se disiparon.

Aquel pasillo terminaba también junto a un muro de piedra. Sin embargo, allí no se había intentado despistar, puesto que existía una inscripción. Louren dirigió el haz de su reflector hacia ella.

—¿Qué dice ahí? —me preguntó.

Pese a mi dominio del púnico, leí muy lentamente, porque dicho idioma carece de símbolos representativos de las vocales, que son sugeridas por el contexto de la palabra.

—Vamos... —murmuró Louren, impaciente.

—«Quien turbe el sueño de los reyes de Opet y saquee su tumba atraerá sobre sí la maldición de Astarté y el gran Baal, que le perseguirá hasta el sepulcro.»

—Lee de nuevo —me ordenó Louren. Cuando terminé de leer, asintió con la cabeza.

—Sí —dijo, y avanzó hacia la puerta de piedra, en la que empezó a buscar el punto de presión que pondría en movimiento el mecanismo. Pero ahora no fuimos tan afortunados como en el umbral de la puerta del Sol.

Dos horas más tarde, aquella sólida e inexorable losa seguía interponiéndose en nuestro camino.

—Voy a volar esa maldita puerta —me advirtió Louren.

Pero yo estaba seguro de que no cometería semejante atrocidad en tan sagrado lugar.

Tras descansar y discutir brevemente sobre aquel problema, reanudamos la búsqueda. Sin duda debía haber alguna palanca que hacía girar la puerta. El problema consistía en hallar el punto de presión y el ángulo de movimiento.

Por último dimos con él. Entonces maldije mi estupidez, porque lo primero que debió **ocurrírseme** fue oprimir el símbolo del nombre del dios del Sol, Baal, que también era allí el punto de presión.

La puerta giró sobre su eje, pesada y lentamente..., y entramos en la tumba de los reyes de Opet.

Sólo conozco otro lugar en el mundo cuya atmósfera se le parece: la abadía de **Westminster**, en donde están las sepulturas de muchos reyes ingleses. Como en la abadía, reinaba allí un silencio catedralicio, henchido de pasado y de historia renacida.

Sin hablar avanzamos hacia el centro de la estrecha y **larga** tumba abovedada. El silencio oprimía mis tímpanos, y era tan absoluto que resultaba siniestro y amenazador.

Allí también se respiraba un aire confinado, pero mucho **más** rancio, que olía a polvo y hongos.

A lo largo de cada muro y en líneas paralelas a éstos se hallaban los sarcófagos de los reyes de Opet, tallados en macizo granito, sólidos, bajos y grises. Las tapas se mantenían en su sitio debido a su enorme peso. En la pulida superficie superior de cada uno de ellos se habían grabado el nombre y el título de quien yacía en su interior. Volví a leer los nombres todopoderosos que resonaban en los dorados libros de **Huy**. Uno a uno los fui identificando: **Amílcar**, Aníbal, **Hycanus**... Cuarenta y siete majestuosos féretros. El último, sin embargo, se encontraba vacío. Su tapa estaba apoyada en la cercana pared. Su interior, labrado según la forma de un cuerpo humano, estaba listo para contener al último rey de Opet.

Al pie del gran féretro de piedra, en el suelo, yacía un hombre boca arriba. No tenía casco, y su rostro, seco y momificado, **estaba** enmarcado por una cabellera y una barba cobrizas y suaves. Despojado de su coraza, exhibía una piel reseca y apergaminada sobre su esquelética caja torácica. Un trozo de flecha sobresalía en aquel pecho muerto desde hacía muchos siglos. Cubría los muslos un tonelete de cuero tachonado con rosetas de bronce, y sus canillas estaban protegidas por **grebas** del mismo metal. Calzaba el rey ligeras sandalias. Sus talones permanecían juntos y sus brazos extendidos a lo largo de su cuerpo. Alguien le había colocado en aquella postura con gran amor y sumo cuidado.

Sobre él se inclinaba otra figura, de hinojos, como si estuviera rezando, un hombre con armadura completa. Le faltaban solamente el yelmo de guerra y la coraza, que estaban en el suelo junto al sarcófago vacío. La larga y negra cabellera, que le pendía hacia delante, ocultaba el rostro inclinado. Las manos se apretaban contra su pecho a la altura del diafragma. Desde el tórax se proyectaba hacia fuera una espada invertida, cuya empuñadura estaba firmemente asentada en las losas del suelo. La punta del arma se había abierto camino por debajo de sus costillas, alojándose finalmente en sus órganos vitales.

Aquel hombre había quedado petrificado en el instante postrero de la huida. Desesperado, se había arrojado sobre su propia espada, que seguía sosteniendo su cuerpo arrodillado, al cabo de muchas centurias.

Ni **Louren** ni yo podíamos hablar, en tanto nos aproximábamos al cuadro final de aquella tragedia antigua. Porque no cabía duda sobre la identidad de los cuerpos que había ante nosotros.

Lannón Hycanus, último rey de **Opet**, era quien yacía en el frío suelo de piedra, y el hombre de hinojos e inclinado sobre él era su amigo, el sumo sacerdote **Huy Ben-Amón**.

Emocionado, sentí el dedo del destino en todo aquello y un doloroso escalofrío de temor... porque Huy Ben-Amón, el hachero de los dioses, *era jorobado*.

De pronto me acometió el deseo de observar su rostro. ¡Tenía que verlo!

Corriendo me acerqué a él y me arrodillé a su lado. Mi mano rozó su hombro flaco y huesudo, cubierto por una túnica de lino amarillo. Apenas la

rocé. Mi toque fue como un suspiro. Sin embargo, bastó para destruir el delicado equilibrio de la momia.

El cuerpo de Huy Ben-Amón se deslizó hacia delante y se estrelló contra el del rey. Acero y bronce vibraron al dar en el suelo de piedra. Las ondas sonoras se propagaron a lo largo del abovedado sepulcro de Opet.

Las dos figuras se convirtieron en un montón de ceniza a causa del impacto. Una suave nube de polvo color amarillo mostaza remolineó como si fuera de humo a la luz del reflector. Sólo restaban de aquellos hombres las partes metálicas de sus armaduras y sus espadas y dos madejas de pelo dorado y negro, en medio de un montón de polvo suave como el talco.

Me puse en pie. Apenas podía respirar a causa de la polvareda. El polvo olía a hongos.

Louren Sturvesant y yo nos miramos fijamente sin decir palabra.

Habíamos asistido a un milagro.

Me desperté gritando de una pesadilla de sangre, fuego y horror, poblada de horrendos rostros, negros y relucientes, de cuerpos sudorosos que brillaban a la luz de las llamas, de quejidos de moribundos y rugientes voces enloquecidas por la sangre.

El recuerdo de tales horrores persistió en mí, quitándome el aliento, hasta mucho después de haber comprobado que estaba solo en mi tranquila cabaña, sumida en el silencio de la noche.

Al encender el velador y mirar el reloj advertí que era muy temprano, algo menos de las once de la noche. Asombrado comprobé que mis piernas temblaban y que respiraba con dificultad. Me dolían ligeramente los pulmones cuando respiraba y sentía los ojos un tanto rígidos y nebulosos. Mi cuerpo ardía a causa de la fiebre. Atravesé la cabaña y, ya en el lavabo, agité el frasco de las aspirinas e hice caer de él tres comprimidos que ingerí con un poco de agua. El cosquilleo de los pulmones se acentuó y empecé a toser como quien fuma sesenta cigarrillos diarios. Temblé y transpiré a causa del esfuerzo. Me quemaba la piel.

Sin saber realmente lo que hacía, descolgué mi bata de la percha situada detrás de la puerta y, echándomela encima, salí al campo.

Los cuernos de la luna brillaban, amarillentos, en el espacio. Los árboles y los edificios proyectaban sombras densas y siniestras. Mientras iba a mi oficina, miraba a mi alrededor nerviosamente porque persistía en mí el miedo y el horror de un reciente pesadilla. El aire nocturno olía a humo. Al aspirarlo sentí una leve punzada en lo más profundo de mis pulmones. En la oscuridad, más allá de la puerta de mi oficina, algo me estaba aguardando. Desde el ángulo extremo de mi campo visual se precipitó sobre mí una cosa enorme y oscura, ^{un} tanto curva, pero informe y mortalmente silenciosa. Al girar la cabeza para mirarla di con el muro de mi cabaña.

Estaba débil y poseído por el pánico. El grito que intenté Proferir burbujéo y murió en mi garganta porque no vi absolutamente nada. La cosa, producto de mi imaginación, había desaparecido. Pero ahora me dolía la cabeza, que resonaba como un yunque castigado por un martillo.

Abrí la puerta de golpe, entré y la cerré dando un portazo. Jadeando a causa del indecible e infundado temor que me poseía, eché la llave. Afuera empezaron a raspar la puerta. El sonido, producido por las garras de un terrible animal, desgarró mis ya castigados nervios. Retrocediendo llegué hasta mi escritorio, tras el cual me agazapé, siempre débil y tembloroso.

Súbitamente el sonido surgió en la pared situada a mis espaldas. Me volví bruscamente y empecé a gimotear.

Necesitaba un arma. Desesperado, miré a mi alrededor. La gran hacha de guerra de Huy colgaba en el muro, sobre mi escritorio. Rápidamente me apoderé de ella y retrocedí hasta un rincón, donde aguardé con el arma lista, apoyada en mi pecho, como si rindiera honores. De nuevo comencé a toser.

Sobre mi escritorio había un gran montón de papeles blancos que, al moverse, me pusieron la carne de gallina. Mi cuerpo ardía. El montón de papeles blancos tembló y osciló. Luego cambió de forma y se deslizó por mi escritorio, desplegando dos blancas alas de murciélago. Acto seguido levantó vuelo. Las alas zumbaron junto a mi rostro. Una boca de vampiro, con dos hileras de dientes semejantes a agujas, se abrió ante mí y dejó escapar agudos

chillidos en tanto me atacaba. Lancé un grito de horror y descargué el hacha sobre el blanco objeto que aleteaba y chillaba junto a mi cara y cuello. Gritando golpeé una y otra vez con mi afilada hacha a aquella cosa repugnante, hasta que cayó al suelo, por el que comenzó a arrastrarse. La sangre negra como la tinta que manaba de aquello empezó a inundar mi cabaña. Entonces retrocedí y me apreté contra el muro. Me sentía débil y terriblemente asustado. Comencé a toser. La tos sacudía mi cuerpo entero. Doblándome y bamboleándome tosiendo hasta que los ojos estallaron en un surtidor de luces deslumbrantes. En la boca sentía un sabor dulce y salobre.

De hinojos junto al muro sentí que se me llenaba la boca de algo húmedo y caliente, que escupí en el suelo, un grueso coágulo de sangre brillante.

Durante un momento contemplé el coágulo sin entender qué me pasaba. Cuando después de enjugarme los labios me miré la mano, ésta estaba manchada de sangre.

De repente todo se aclaró.

Louren y yo, después de trasponer dos puertas selladas habíamos entrado en una tumba cerrada herméticamente durante dos mil años, en la que respiramos un aire saturado de *Cryptococcus neuromyces*, la maldición de los faraones.

Demasiado tarde era ya para increparme a mí mismo por no haber tomado las debidas precauciones. Había creído que como en los archivos y los demás lugares, no correríamos allí peligro alguno. Mi entusiasmo y mi excitación me hicieron olvidar los malignos hongos, pese a que Louren y yo habíamos discutido acerca de los sellos de las puertas y de haber identificado yo el olor que impregnaba la tumba de los reyes.

Ahora mis pulmones estaban atiborrados de horribles colonias de hongos vivientes, que crecían dentro de mí, se alimentaban de mis tejidos y volcaban en mi sangre un veneno que éste transportaba a mi cerebro.

—El tratamiento... —jadeé—, tengo que encontrar el tratamiento —y tambaleándome me dirigí hacia los anaqueles. .

Traté de leer las palabras impresas en los lomos de los libros, pero aquellas se convirtieron en pequeños insectos negros, que se escabullían de los volúmenes. De pronto, en el último anaquel comenzó a desenrollarse una gruesa y moteada serpiente, que en seguida vi suspendida frente a mi cara, una hinchada víbora venenosa, cuya negra lengua se movía como un latiguillo. Retrocedí un trecho y luego, girando sobre mí mismo, eché a correr en la oscuridad.

A mi alrededor remolineaba un humo denso y asfixiante, que me hacía toser convulsivamente. La luz de las llamas que me envolvían daba un aspecto fantástico y diabólico a las cosas. Todo temblaba a mi alrededor. Vi formas oscuras y oí extraños sonidos. De pronto divisé la cabaña de Louren y corrí hacia ella.

—¡Louren! —grité, empujando violentamente la puerta—. ¡Louren! —repetí, jadeando y tosiendo.

Se encendió la luz. Sally, que se hallaba sola en la cama de Louren, se sentó en el lecho. Desnuda y adormilada, trató de enfocarme con sus ojos encandilados.

—¿Dónde está? —vociferé.

Ella, confundida, me miró sin comprender.

—¿Qué pasa, Ben? ¡Estás echando sangre!

—¿Dónde está Lo? —insistí en tono urgente y desesperado. Tenía que encontrarle porque, como yo, había estado expuesto al efecto de los hongos. Era absolutamente necesario que le encontrara.

Sally bajó los ojos y miró el hueco que había dejado la cabeza de Louren en su almohada,

—No sé —respondió, perpleja y con los ojos desencajados—. Estaba aquí... Habrá salido.

Tosí y me ahogué en sollozos. Nuevamente afluyó sangre a mi boca. Sally, despierta ahora por completo, me miraba atentamente.

—¿Qué tienes, Ben?

—*Neuromyces* —respondí.

Ella perdió el aliento al ver correr sangre por mi barbilla.

—Louren y yo entramos en un pasadizo secreto..., detrás de la imagen del

Sol..., en los archivos... El lugar está contaminado de esporas. No tomamos precauciones... Los dos estamos atacados... Estoy seguro de que está allí. Voy a por él.

Me detuve para cobrar aliento. Sally, en pie junto a la cama, terminó de vestirse y se aproximó a mí.

—Busca a Ral Davidson... Máscaras... Tomad todas las precauciones... Seguidnos... Apoyaré algo en la puerta para que no se cierre... Bajad por la escalera. Al llegar al pie, doblad a la izquierda... Seguidnos... Louren está también atacado por las esporas. Le vuelven loco a uno... Se ven cosas terribles. Venid en seguida... ¿De acuerdo?

—Sí, Ben.

—Busca a Ral —le dije, y dándole la espalda eché a correr a través del humo, las llamas y la oscuridad, en dirección a los acantilados y la caverna.

Ante mí se elevaban los altos muros del templo largo tiempo atrás desaparecido. Las grandes torres fálicas de Baal, iluminadas por el resplandor de la ciudad en llamas, apuntaban hacia la luna... Las torres volvían a estar en su sitio después de muchos siglos. Hasta mí llegaban gritos de mujeres que ardían, al igual que sus hijos. Mi camino estaba sembrado de cadáveres de hombres segados por el diablo. Sus yertos rostros aparecían terribles a la luz de la luna.

—¡Louren! —grité mientras corría a través del templo.

Una multitud de negros salvajes intentó cerrarme el paso. De mi garganta, obstruida por la sangre, surgió un extraño alarido de guerra cuando me lancé contra aquellos seres oscuros, informes y horrendos. Mi poderosa hacha trazaba circunferencias a la luz de las llamas mientras me abría camino a través de la muchedumbre.

La caverna estaba iluminada por antorchas que chorreaban luz.

Un sendero enlosado bordeaba el bello lago circular, color esmeralda. A su alrededor, como dos mil años antes, se elevaban varias gradas de piedra. Mediante un tremendo esfuerzo psíquico traté de borrar aquellas imágenes para ver la realidad tal cual era.

De pronto en el otro extremo de la caverna vi la caseta del guardia. Tambaleándome me dirigí hacia ella. El guardia estaba ante su escritorio, leyendo. Al levantar la vista me miró con sorpresa e incredulidad.

—¡Dios mío! ¿Se encuentra bien, doctor?

—¿Está el señor Sturvesant en el túnel?

—Sí.

—¿Cuándo ha entrado?

—Hace una hora. —El guardia se aproximó a mí—. ¿Qué pasa? ¿Está usted sangrando, doctor!

—Aguarde aquí —le dije—. Los otros vendrán en seguida. Ellos saben lo que tienen que hacer... —y me alejé corriendo hacia el archivo.

El aire seguía oliendo a humo. En mis ojos resonaba el clamor de la ciudad moribunda.

Ante la imagen del dios del Sol dejé caer suavemente en el suelo de piedra la gran hacha de guerra. Acto seguido abrí de un empujón la puerta y apoyé en ella un escudo para evitar que se cerrara a mis espaldas.

A la carrera comencé a descender los peldaños. A mitad de camino percibí una luz, procedente de la tumba.

La puerta en que estaba grabada la maldición de los dioses estaba abierta. El cable del reflector habíase enredado en uno de sus goznes. Aquél había caído de lado, en el centro de la tumba, al soltarlo Louren. Su lámpara, que seguía luciendo, iluminaba la tumba vividamente.

Louren yacía boca arriba al pie del enorme sarcófago de granito de Lannón Hycanus, último rey de Opet.

Tenía Louren el torso desnudo y los ojos cerrados. Su cara estaba mortalmente pálida. De los ángulos de su boca surgían relucientes hilos de sangre que, descendiendo por las mejillas, le llegaban hasta las orejas y el cabello.

Utilizando el resto de mis energías, avancé con paso vacilante y caí de rodillas a su lado.

Inclinándome sobre él, deslicé un brazo en torno de sus hombros e intenté levantarlo.

Su piel estaba húmeda y quemaba. Su cabeza cayó flojamente hacia atrás. Un nuevo y brillante chorro de sangre brotó de su boca y mojó mis manos.

—¡Louren! —grité atrayéndole hacia mi pecho—. ¡Oh, Dios mío, ayúdame..., ayúdame!

Aún vivía. Persistía en él un soplo de vida, el postrero. De pronto abrió sus ojos celestes, ensombrecidos ya por la cercana presencia de la muerte.

—Ben... —cuchicheó, ahogándose en su propia sangre. En seguida tosió, esparciendo pequeñas gotas de sangre brillante, Procedente de sus pulmones—. Ben... —volvió a cuchichear, tan suavemente que apenas pude escucharle—. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, Lo —murmuré, sosteniéndole como a un niño soñoliento y apoyando en mi hombro su cabeza contorneada por dorados rizos.

Durante un momento permaneció inmóvil. De pronto volvió a agitarse y dijo con voz clara y fuerte:

—¡Vuela! ¡Vuela por mí. Pájaro de Sol!

Y la vida huyó de su cuerpo, que se transformó en una cosa inútil en mis brazos... Su noble e indómito espíritu había alzado el vuelo y desaparecido.

De rodillas, me incliné sobre él. Mis sentidos vacilaban. El mundo giraba y por momentos se mecía bajo mis pies. Súbitamente me hallé en su borde y empecé a hundirme en el oscuro torbellino del tiempo, en algo que se parecía a la vida y a la muerte...

Porque en mi agonía tuve un sueño, durante mi reposo emponzoñado por la muerte, que duró un instante y un millón de años; soñé con hombres muertos mucho tiempo atrás y perdidos en las tinieblas del pasado...

Cuarenta y ocho horas faltaban para que se cumplieran los treinta días señalados por la profecía, cuando Lannón Hycanus llegó por fin con su séquito a la bahía del Pececillo, en la lejana costa meridional del gran lago.

Era ya de noche cuando los diez barcos de su flota anclaron en la bahía poco profunda. La luz de las antorchas y de los velones trazaba rojas estrías luminosas en las negras aguas.

Lannón, en pie junto a la borda de madera, en la cubierta de los remeros, miraba a través de los campos de papiros y las ocultas vías acuáticas que corrían hacia el sur, donde el campo abierto se perdía en lo desconocido. Lannón sabía que allí se cumpliría su destino y el de su nación. Durante veintiocho días había estado recorriendo aquella zona y ahora experimentaba una insólita sensación de miedo y escalofríos en cuello y brazos. No temía al terrible animal que se proponía cazar, sino a la posibilidad de que éste continuara rehuyendo la lucha.

De pronto oyó un rumor de pies ligeros que se acercaban por la cubierta de madera, a sus espaldas. Lannón se volvió rápidamente. Pero su mano, que se había cerrado sobre la empuñadura de su daga bajo su capa de cuero, se abrió cuando identificó la inconfundible figura del hombre que avanzaba bajo la luz de las antorchas.

—Huy...—saludó al recién llegado.

—Alteza, debes comer y dormir.

—¿Han llegado ya?

—No. Seguramente desembarcarán mañana por la mañana —contestó el jorobado, acercándose al príncipe—. Venga... Mañana necesitarás una mano firme y dos ojos despejados.

—A veces pienso que no tengo nueve, sino diez esposas —dijo Lannón riendo. Pero en seguida se arrepintió al ver que la sangre oscurecía el rostro del jorobado. Rápidamente añadió—: Me mimas demasiado, mi querido amigo. Sin embargo, creo que esta noche tendré tan poco éxito a la caza del sueño como el que he tenido a la del gran león en los veintiocho días transcurridos desde el funeral de mi padre.

Y volviendo a la barandilla, miró hacia las otras nueve naves,

pertenecientes a las nueve familias, que en calidad de **testigos** comprobarían si sería digno del trono de **Opet** y los cuatro reinos, esto es, si sería capaz de cazar al gran león.

—Míralos, **Huy** —y éste se colocó a su lado—. ¿Cuántos **de** ellos han ofrecido sacrificios a los dioses para **que** yo fracase?

—Tres, ciertamente... Su alteza me entiende. Quizá más de tres.

—¿Y los que son leales a la casa de los Barca, aquellos en quienes podemos confiar plenamente?

—Su alteza también los conoce. **Habbakuk Lal** permanecerá a tu lado en tanto los mares no se tomen en desiertos. También la casa **Amón**, la casa **Hasmon**...

—Sí —le interrumpió **Lannón**—. Lo sé perfectamente, Huy. Conozco a mis amigos y a mis enemigos. Te hice tal pregunta para sentirme reconfortado por el sonido de tu voz.

Y tocó afectuosamente el hombro del jorobado antes **de** volverse para escrutar una vez más el desierto que se extendía hacia el sur.

—Cuando emitieron tal profecía —siguió **Lannón**—, ¿previeron que algún día el gran león desaparecería de la tierra y la posibilidad de que el príncipe de turno no encontrara siquiera las huellas de esa bestia en todo el territorio de **Opet** durante los treinta días que le fueran concedidos?

Súbitamente irritado, impelió su capa hacia **el** hombro y cruzó los brazos sobre el pecho desnudo.

Sus músculos, recién untados con aceite, brillaban a la luz de las antorchas; con sus largos y poderosos dedos comenzó a amasarlos.

—Mi padre logró matarlo al vigésimo quinto día..., hace cuarenta y seis años. Ya en aquel tiempo decían que el gran león se había extinguido. Desde entonces, ¿cuántos ejemplares localizaron nuestros exploradores?

—Señor, los dioses decidirán —trató de calmarle Huy.

—Hemos rastreado en los más secretos escondrijos en que fue visto el gran león en los últimos doscientos años. Cinco legiones han registrado los pantanos del norte y otras tres han explorado a lo largo del gran río.

Lannón hizo una pausa y empezó a recorrer de arriba abajo la cubierta. Súbitamente se detuvo y miró hacia abajo, hacia el corazón de la nave, donde dos hileras de esclavos, desnudos y encadenados a sus bancos, dormían inclinados sobre los poderosos remos, en la misma posición en que les sorprendería la muerte. El hedor de los remeros ascendía hasta él en la húmeda noche como una cosa sólida. Volviéndose hacia Huy, dijo:

—Este sector de las ciénagas es el último lugar de mis reinos en donde podría ocultarse un gran león. Si no lo **encontramos** aquí, ¿qué pasará? ¿De qué otra manera podría demostrar que soy digno del trono? ¿Mencionan los rollos algo que pueda servirme de escapatoria?

—Nada, señor —respondió Huy moviendo tristemente la cabeza.

—¿De modo que caerá la monarquía?

—Si no consigues cazar un gran león, no serás rey de **Opet**.

—¿Quién gobernará entonces?

—El Consejo de los Nueve.

—¿Y la casa real? ¿Qué será de los Barca?

—No hablemos de eso —le sugirió Huy suavemente—. Ven, señor. Un esclavo te está preparando un jarro de vino bien aromatizado y guiso de pescado. El vino te ayudará a dormir.

—Mi querido sacerdote de **Baal**, espero tu oráculo respecto a lo que ocurrirá mañana —le dijo **Lannón** súbitamente.

—Si fuese desfavorable, no te ayudaría a dormir —dijo Huy.

Lannón lo miró fijamente durante un momento y luego rompió a reír. Su

risa era áspera como un ladrido.

—Tú siempre tienes razón. Vayamos, pues, a comer. Estoy hambriento.

Desnudo y sentado en el lecho cubierto con una piel, Lannón devoró su cuenco de pescado. El cabello, suelto, le caía sobre los hombros. La luz que pendía sobre él producía extraños reflejos dorados en su rizada cabellera. Entre su gente, de pelo negro, descollaba como un dios.

Las cortinas de cuero estaban descorridas. Una ligera brisa, proveniente del sudeste, refrescaba el camarote y disipaba el hedor proveniente de la cocina. La nave se mecía suavemente a causa de la brisa y del choque del leve oleaje en el casco. Se oían chasquidos y crujidos que venían del maderamen. Un esclavo, sumido en una pesadilla, profirió un grito. Desde la cubierta llegaba el rumor de los pasos de la guardia nocturna. En suma, se oían los sonidos reconfortantes y característicos de toda nave capitana en operaciones.

Lannón limpió el cuenco con un pedazo de pan de mijo, se lo metió ruidosamente en la boca y bebió el resto del vino. Por último, exhaló un suspiro de satisfacción y miró sonriendo a Huy.

—Canta para mí. Pájaro de Sol —le pidió. Huy Ben-Amón se puso en cuclillas sobre la cubierta a los pies del lecho del príncipe, y se inclinó sobre el laúd que descansaba en su regazo. Tal actitud resultaba muy exagerada por la curva de su joroba. Sus largas trenzas, negras como la pez, le ocultaban el rostro. Sus enormes y poderosos brazos contrastaban con sus largos y delicados dedos. Al arrancar la primera nota del laúd, cesaron todos los ruidos. Los guardias dejaron de caminar. Dos jóvenes esclavos abandonaron el trabajo y, tras aproximarse al lecho de Lannón, se arrodillaron junto a éste. Las voces que discutían en la nave contigua callaron. Huy inició su canto.

Su voz vibró dulcemente a través de las negras aguas. El príncipe, la flota entera, escuchaba con atención. Muchas sombras se aproximaron a las barandillas de los barcos más cercanos y permanecieron junto a ellas inmóviles, mirando hacia la nave capitana. Varias lágrimas relucieron a la luz de los candiles en las mejillas de una bella esclava cuando Huy cantó a un amor perdido. Sin embargo, la misma muchacha sonrió a través de sus lágrimas cuando Huy comenzó a cantar una de las obscenas marchas predilectas de la Sexta Legión.

—Ya basta por hoy —dijo por último Huy, levantando los ojos—. Mañana habrá mucho que hacer, señor.

Lannón asintió con la cabeza y rozó la mejilla de una de las esclavas. La joven se puso inmediatamente en pie, desató la tira que sujetaba la túnica de lino al hombro y la dejó caer a sus pies. La luz de la lámpara reveló un cuerpo casi tan elástico y delgado como el de un muchacho. La joven se agachó, asió la túnica y, después de arrojar ésta sobre un banco, se introdujo, desnuda, en el lecho de Lannón. Otra muchacha apagó la lámpara. Huy se puso en pie con su laúd al hombro.

De pronto se oyó un grito en las tinieblas. Un poderoso bramido procedente de los macizos de papiros llegó a través del agua hasta la nave capitana.

—¡Abrid las líneas! ¡Llega un amigo!

—¿Quién dice que es nuestro amigo? —gritó uno de los guardias con voz amenazadora.

La réplica fue un áspero mugido:

—Mursil, el montero mayor de la casa Barca. Lannón saltó del lecho.

—¡Ha llegado! —exclamó.

Echándose la capa sobre los hombros, se precipitó hacia la escala de toldilla, seguido por Huy.

Una pequeña canoa chocó contra el casco de la nave. Mursil trepó en

seguida a ella y apareció en la puerta de babor cuando Lannón y Huy llegaban a la cubierta.

Era Mursil un hombre enorme, tosco y simiesco, con una gran cara redonda e ingenua, enrojecida por el sol y el vino.

Toda la tripulación estaba despierta ahora. Los oficiales se apiñaron en la cubierta. La luz de las numerosas antorchas que acababan de encenderse era tan clara como la del día. Todo el mundo se movía de un lado a otro alocadamente.

Al ver a Lannón, Mursil corrió hacia él por el espacio que los tripulantes dejaron libre para que pasara. Le seguía un pigmeo, una especie de muñeco enano, que miraba de soslayo a su alrededor, obviamente aterrorizado por aquel ambiente, insólito para él.

—Señor —dijo Mursil, y abriendo su capa dejóse caer pesadamente sobre una de sus rodillas ante Lannón—. Te traigo buenas noticias.

—Si son buenas serás bienvenido.

—Éste —dijo Mursil, alargando un brazo hacia atrás y arrastrando al pequeño **bosquimano** hacia delante—, éste que aquí traigo ha encontrado lo que buscamos.

—¿Lo has visto? —le preguntó Lannón.

—Yo sólo he visto las marcas de sus garras, **pero** él ha visto a la propia bestia.

—Si es cierto seréis los dos bien recompensados —les prometió Lannón **Hycanus**.

Acto seguido se volvió con aire de triunfo hacia Huy e hizo una mueca burlona.

—Los dioses se han pronunciado —dijo—. La casa Barca tendrá una nueva oportunidad.

El cielo estaba apenas un poco menos oscuro que la negra y sombría región de los pantanos. Los patos madrugadores pasaban silbando, invisibles como fantasmas, sobre sus cabezas. La luz se intensificaba minuto a minuto. Mucho más allá, en la abierta llanura, pacía un rebaño de búfalos que, de lejos, parecía una oscura mancha. Con sus cabezas gachas y moviendo perezosamente sus rabos, regresaban a los densos macizos de papiros.

A medida que aumentaba la luz, mayor era la premura por llegar al santuario de cañas de aquellas doscientas enormes siluetas de bovinos, de cruces gibosas y cabezas coronadas por cuernos. La rosada luz del alba tornó visibles las blancas aves que volaban sobre el rebaño en busca de parásitos. Los pantanos quedaban envueltos por la niebla. Los interminables macizos de papiros permanecían inmóviles en la madrugada silenciosa.

Por primera vez en mucho tiempo los penachos de las canas no se mecían ni bailoteaban..., excepto en aquellos momentos en que algo se movía entre los papiros. **Los** penachos entonces se balanceaban, se apartaban y unían, indicando la trayectoria de lo que se movía debajo. Después volvían a su anterior **inmovilidad**. Sin embargo, aunque suave, su balanceo era tan amplio que delataba las dimensiones del animal que acechaba debajo.

El gran búfalo que encabezaba el rebaño se detuvo bruscamente a cincuenta metros del límite del cañaveral. Luego levantó el hocico muy alto y estiró las orejas bajo la gran protuberancia de su cornamenta. Sus ojos de cochinillo poco avisado escrutaron el macizo de papiros. A sus espaldas el rebaño también se detuvo, alertado por su inmovilidad.

El gran león surgió de pronto del cañaveral y cargó tan velozmente que parecía una mancha de color pardo claro. Era un animal tan alto y casi tan vasto como su presa. Tan rápidamente cruzó el espacio que le separaba del búfalo, que antes de que éste terminara de girar sobre sí mismo ya estaba sobre su lomo. Las corvas y amarillas zarpas del gran león se clavaron como garfios en la negra piel y en la carne del cuarto delantero y la giba del búfalo. Sus largos colmillos se hundieron en la cerviz de su víctima, inmovilizándola, mientras una zarpa se clavaba en el hocico. Un solo tirón violento bastó al gran león para retorcer el pescuezo del búfalo, cuyo espinazo crujió ruidosamente... El búfalo se dobló en plena carrera.

Antes de que se desplomara, el gran león ya estaba en el suelo. Trazando un amplio arco en el aire, se recortó como un rayo pardo claro en el rosado cielo matinal y se dejó caer ágilmente sobre el lomo de la vieja y negra hembra que corría a la par del búfalo.

Con la rapidez de un **pájaro-mosca** que se lanzara velozmente sobre varias flores sucesivas, el gran león volvió a matar. Otros huesos crujieron secamente en la incipiente

mañana. Con el agresor sobre su lomo, la víctima encabezaba el rebaño lanzado al galope. Antes de que cayera muerta, el gran león saltó sobre la siguiente.

No había recorrido trescientos pasos el aterrorizado y turbulento rebaño, cuando el gran león exterminaba su sexta víctima. Entonces dejó escapar a los restantes búfalos. El estrépito de sus pezuñas fue disminuyendo gradualmente. **Poco** después desaparecieron en un lejano macizo de papiros.

El gran león permanecía en el mismo lugar bajo la suave luz del amanecer. Su larga y negra cola, rematada en un manojo de pelo, seguía castigando el aire como un látigo, aún poseída por la emoción de la caza. Todos sus músculos estaban tensos e hinchados. La enorme bestia se hallaba **semiagazapada** y con su cabeza, chata como la de la serpiente, levantada, como para contrarrestar el peso de sus largos colmillos **blancos** que, curvados hacia abajo, casi rozaban la suave piel de su pecho. Su cara era una complicada máscara en la que los trazos negros se alternaban con los blancos en sorprendente contraste. Todo ello acentuaba la salvaje expresión de sus ojos amarillos y relucientes. Sin embargo, las largas y blancas cerdas de sus bigotes y pestañas atenuaban su aspecto feroz. Cuando al erguirse dejó ver los cortos pelos de su melena, aún erectos a lo largo del lomo, toda ilusión de mansedumbre se desvaneció. Alto como un hombre y voluminoso como un caballo, con sus legendarios colmillos y zarpas, aquel animal era el felino más aterrador creado jamás por la naturaleza a través de sus vueltas y revueltas evolutivas.

El felino se volvió y echó a andar hacia su última víctima, que yacía sobre el césped de la planicie. Durante un momento permaneció junto al búfalo muerto. Parecía imposible que un animal tan enorme se moviera tan velozmente como lo había hecho en el momento culminante de su reciente cacería.

El gran león levantó la cabeza: las macizas mandíbulas separadas y la larga lengua rosada enroscada entre los increíbles colmillos. De pronto rugió.

El rugido pareció sacudir el purpúreo cielo del amanecer, estremecer la tierra y rizar la tranquila superficie del gran lago.

Hacia la madrugada, en la estrecha y fangosa ribera, junto al cañaveral, **Huy Ben-Amón** saludó a su dios. Llevaba **Huy** una ligera armadura de cuero de cazador, una coraza y **guardabrazos** del mismo material sobre su corta túnica de lino y un tonelete de cuero con tachones de bronce. Pero había abandonado sus armas porque estaba a punto de ofrecer un sacrificio, de enviar un mensajero al gran **Baal** con una petición de **Lannón Hycanus** a su dios.

El príncipe y los nobles estaban reunidos **en** semicírculo alrededor del sacerdote, de cara al cielo del este.

Al asomar en el horizonte la ígnea esfera **de** Baal todos elevaron sus manos hacia él y, con los dedos extendidos, hicieron la señal del Sol.

—¡Gran Baal —exclamó Huy, con una voz tan dulce y trémula que parecía capaz de llegar al cielo—, tus hijos te saludan!

El rostro atezado y la nariz aguileña de Huy parecían **iluminados** por un resplandor místico que les otorgaba una extraña belleza.

—Hemos venido a este lugar para escoger al nuevo rey de tu pueblo y pedirte que bendigas nuestros **esfuerzos**.

Huy conocía íntimamente a sus dioses y, aunque los **amaba**, sabía de sus flaquezas, semejantes a las de los hombres. Sus dioses eran vanos, contradictorios, quisquillosos, interesados y a veces perezosos. Por consiguiente, había que adularlos y halagarlos, que sobornarlos y engatusarlos. Era necesario realizar ciertos actos y ceremonias espectaculares para estimular su decaído entusiasmo y llamar su atención, y había que efectuar también sacrificios —que Huy personalmente condenaba— para saciar su sed de sangre caliente. Tales sacrificios, sin embargo, sólo eran aceptados por los dioses cuando se ajustaban a ciertas normas precisas.

En tanto uno de los sacerdotes menores se aproximaba a él llevando un toro blanco, Huy se preguntó si había procedido correctamente al persuadir a **Lannón** sobre la conveniencia de inmolar un animal en lugar de un esclavo. Aunque los dioses preferían la

sangre humana, Huy convenció a Lannón de que sería más efectivo sacrificar en ese momento un toro, comprometiéndose ante los dioses a ofrecerles más tarde un esclavo.

Huy no tenía escrúpulo ninguno en regatear con los inmortales, sobre todo cuando ello le permitía postergar el momento en que debería afrontar los suplicantes y aterrorizados ojos de un esclavo condenado a muerte.

Durante los cinco años que llevaba al frente de los servicios religiosos de Opet, no más de cien mensajeros humanos habían sido sacrificados a los dioses. Por el contrario, en épocas anteriores igual número de esclavos habían sido inmolados en una sola ceremonia.

—Os enviamos nuestro mensaje con este hermoso toro blanco —dijo Huy, girando sobre sí mismo y aproximándose al animal. Éste era un fornido y bajo ejemplar de la raza Opet, blanco, con manchas grises, una gran giba en la cruz y dos enormes cuernos rectos.

El toro no se movió mientras Huy cogía el hacha en forma de buitre de manos de uno de sus ayudantes. El círculo de nobles retrocedió ligeramente para permitirle girar el hacha y evitar el chorro de sangre.

—¡Gran Baal, recibe a nuestro mensajero! —gritó Huy levantando el hacha.

Los bajos rayos del sol naciente relampaguearon en su hoja, que silbó con fuerza al descender sobre la gruesa testuz del toro. La cabeza, seccionada con precisión, pareció que daba un brinco fuera del tronco. El decapitado animal cayó de rodillas y un chorro de sangre brotó del pescuezo.

Huy se inclinó sobre el arma adoptando la postura típica del hachero en reposo.

—¡Un signo, gran Baal! —su grito fue más una orden que un ruego—. ¡Un signo para tus hijos!

Su voz se perdió en la inmensidad de los pantanos, el cielo y el agua. Sobre ellos descendió el silencio remoto de las ciénagas. Un silencio que llegaba desde el fondo del tiempo invadió el purpúreo y nebuloso amanecer.

Una bandada de gansos pasó volando velozmente por encima de sus cabezas. Sus alas, que se movían pesadamente, y sus estirados y largos cuellos se recortaban, oscuros, en la niebla surcada de franjas rosadas. Huy los observó esperanzado, y estuvo a punto de tomarlos por encarnaciones de los dioses.

—¡Un signo, gran Baal! —repitió, y rechazó la tentación. No obstante, su cólera iba en aumento. El sacrificio se había ejecutado escrupulosamente mediante un solo hachazo **que** resultó perfecto... ¿Estarían los dioses distraídos en ese momento o era él demasiado terco y obstinado?

Un hipopótamo chapoteó y resopló en la bahía. Huy se volvió expectante hacia él. Pero el gordo y gris animal simplemente agitó las orejas como si fueran alas de abeja y se sumergió provocando un gran remolino de agua.

—¡Un signo, gran Baal! —exclamó por tercera y última vez.

La respuesta fue casi instantánea.

Desde más allá de los papiros se elevó una voz que espantó a las aves acuáticas y las impulsó a levantar el vuelo, un sonido que sacudió los suaves penachos blancos de las cañas y retumbó en el cielo como un trueno y que ninguno de ellos había oído anteriormente: el rugido del gran león.

La sombría expresión del rostro de Huy desapareció y surgió en él una beatífica sonrisa. Volviendo hacia el príncipe sus ojos de gacela de largas pestañas, dijo:

—Los dioses te responden, Lannón Hycanus. Los sacerdotes y los nobles, los guerreros y los cazadores, **le** miraron poseídos por un hondo temor supersticioso.

Más tarde Huy sacrificaría en privado y en honor de Baal algo nada ostentoso ni caro, tal vez un pollo, para agradecer al dios su magnífica cooperación. Dicha ceremonia rivalizaría con las mejores realizadas por él hasta entonces. Tan alegre estaba Huy por su éxito, que no pudo evitar una actitud **histrionica**:

—¡Adelante, **oh** príncipe de Opet; el gran león te aguarda! —exclamó.

El pequeño **bosquimano** les condujo por un sendero de búfalos: un túnel verde de cañas. Los papiros se unían sobre sus **cabezas** ocultando el cielo. La tierra, húmeda, olía a turba y a ciénaga, a animales y a hongos.

Finalmente llegaron a una pradera cuya escasa hierba, verde y brillante, era constantemente cortada por los innumerables rebaños de búfalos que infestaban esta parte de la costa.

El **bosquimano** giró y siguió andando a lo largo del límite del cañaveral de papiros. Constituían una especie de cortejo informal, compuesto de cuatrocientas o quinientas personas, porque varios de los nueve nobles no habrían desembarcado para participar en la búsqueda del gran león sin la protección de una densa cortina de arqueros y hacheros. Iban los nobles muy a retaguardia del grupo de **Lannón**, constituido por **Mursil**, el montero mayor, que olía fuertemente a vino de **Zeng**, característico por su sabor de fruta; el bosquimano, **Huy**, el príncipe y sus dos escuderos.

Los dioses cumplieron lo prometido. El bosquimano les condujo hasta un macizo de papiros que se proyectaba fuera de la planicie como un dedo acusador. Al girar en torno al vértice llegaron a otro prado, una suerte de liza natural bordeada en tres de sus lados por otras tantas «tribunas» de cañas oscuras. Se trataba de un vasto círculo de exuberantes pastos de ochocientos metros de diámetro.

En el centro de aquel espacio yacían, a regulares intervalos unos de otros, seis grandes objetos oscuros. Aunque muy visibles, la distancia no permitía su identificación.

Mursil, el montero mayor, habló rápidamente en un inteligible dialecto con el diminuto batidor. Huy tomó nota de aquella lengua, la única de los cuatro reinos que no hablaba con fluidez.

—Señor, el bosquimano dice que son búfalos muertos por el gran león —tradujo Mursil entre cálidas vaharadas de vino.

—¿Dónde está la bestia? —preguntó Lannón. El bosquimano señaló un lugar.

—Está detrás del segundo búfalo. **Nos ha visto y oído. Por** eso se ha escondido —explicó Mursil.

—¿Lo ve el bosquimano? —preguntó Lannón **en** tono imperioso.

—Sí, señor. Me ha dicho que ve las puntas de sus orejas y sus ojos, y que nos está observando.

—¿Desde tan lejos? —le preguntó Lannón con aire incrédulo y mirando desde lo alto al bosquimano—. No lo creo.

—Es cierto, señor. Tiene mirada de águila.

—Pobre de **ti** si te equivocas —le previno Lannón.

—Pobre de mí —convino con él Mursil. Lannón se volvió hacia Huy.

—Apresúrate, Pájaro de Sol.

Mientras despojaban a Lannón de su armadura y envolvían su cintura con un paño de lino y calzaban sus pies con ligeras sandalias de caza, los demás se dispersaron. Algunos nobles, los más viejos, habían sido transportados allí en literas. **Asmún**, frágil y coronado de cabellos blancos, hizo detener la suya junto a Lannón.

—Deseo que tu faena sea tan buena como la que realizó tu padre —le dijo cuchicheando a Lannón.

Acto seguido lo llevaron hasta un lugar desde el cual se dominaba todo el campo. La concurrencia se colocó a lo largo del límite del macizo de papiros. Sus armas y corazas brillaban al sol. Sus túnicas purpúreas, blancas y rojas resaltaban vivamente contra el fondo oscuro del cañaveral. Reinaba un silencio total cuando Lannón avanzó y giró hacia los espectadores.

Sólo llevaba Lannón aquella especie de taparrabos. Su piel era suave y sorprendentemente blanca, salvo en el rostro, brazos y piernas, bronceados por el sol. Alto y graciosamente proporcionado, su bello cuerpo, ancho en los hombros, se estrechaba en el abdomen y la cintura. Sus rizos estaban sujetos con una cinta púrpura, y su barba cobriza se ensanchaba y volvía hacia arriba en su base.

Mirando a la expectante concurrencia, dijo con voz que llegó claramente a todos los oídos:

—Reivindico para mí el título de rey de la ciudad de **Opet** y los cuatro reinos.

Huy le entregó las armas. En primer lugar, el ovalado escudo de cuero de búfalo, alto

como el príncipe y ancho como sus hombros, en cuyo centro estaban los «ojos», trazados con pintura blanca y amarilla. Cuando aquellos fieros ojos de lechuza aparecían ante una bestia depredadora, ésta, al sentir su mirada fija y agresiva, cargaba contra el escudo.

—Que este escudo te proteja —dijo Huy en voz baja.

—Gracias, mi viejo amigo.

A continuación Huy le ofreció la «lanza del león». Sólo un hombre muy vigoroso podía blandir un arma tan pesada e incómoda. Su asta, de madera seleccionada por su dureza, había sido sometida a la acción del fuego y luego envuelta en una tira de cuero crudo, que se había secado y comprimido en torno a ella.

Era dicha lanza tan gruesa como la muñeca de Lannón y dos veces más alta que él. Su hierro superior, sin lengüetas laterales y proporcionalmente tan grueso y pesado como el asta, estaba sujeto a ésta con tiras de cuero. El extremo redondo del hierro, afilado como una navaja, había sido diseñado de tal manera que le permitía introducirse fácilmente en la carne ^causando siempre terribles heridas y hemorragias.

—Que este hierro penetre en su corazón —cuchicheó Huy, que agregó en voz alta—: Ruge por mí, gran león de Opet.

Lannón extendió un brazo y oprimió ligeramente un hombro del sacerdote.

—Vuela por mí, Pájaro de Sol —dijo, y se volvió.

Con el escudo en la espalda para no enseñar los «ojos», avanzó Lannón, alto y orgulloso bajo los rayos del sol, como un rey al que sólo falta la investidura, en dirección a la fiera oculta. El corazón de Huy le acompañaba. Éste comenzó a orar calladamente, confiando que los dioses no se distraerían esta vez.

Mientras se desplazaba a grandes zancadas sobre la suave hierba que rozaba sus rodillas, recordó Lannón los consejos del mejor y más antiguo de sus moneros mayores y repasó mentalmente cada una de sus palabras y cada movimiento descrito por aquél:

«En tanto no gruñe no le enseñes los ojos.»

«Muévete de forma tal que la bestia quede siempre de lado.»

«Cargaré con la cabeza gacha. Debes abrirle el pescuezo por el costado.»

«Su cráneo es duro como el hierro, y cualquier pieza de metal se doblará en los huesos de sus cuartos traseros.»

«Sólo es vulnerable en un lugar: la base del cuello, entre el espinazo y el cuarto delantero.»

Por último recordó las palabras de Amílcar Barca, el único hombre entre todos los que él conocía o había conocido que se había enfrentado a un gran león: «Cuando el hierro penetre en su carne, no lo sueltes, pase lo que pase, hijo mío. Porque el gran león seguirá viviendo durante un rato, y el asta de la lanza será lo único que te protegerá de él hasta que muera».

Lannón siguió andando sin apartar los ojos de la hinchada panza negra del búfalo muerto. Pero no advirtió señal alguna de vida por parte de la bestia que buscaba.

«Están equivocados. Aquí no hay nada», pensó.

Sólo oía el martilleo de su propio corazón, el ruido de sus pisadas y su jadeante respiración.

Mirando siempre al búfalo muerto, se acercó a éste acentuando su presión sobre el extremo inferior de su lanza, colocada bajo el brazo derecho.

«No hay nada. El gran león se ha ido», pensó.

De pronto algo se movió delante de él..., apenas las puntas de dos orejas erguidas, que instantáneamente desaparecieron. Entonces no le cupo ya duda de que el gran león le estaba aguardando y tuvo conciencia de que arrastraba los pies, torpes ahora, a causa del miedo. Sin embargo, se obligó a seguir andando.

«El miedo es destructivo», pensó, tratando de ahuyentarlo. Pero el temor era una sustancia oleosa y fría que pesaba en sus entrañas.

Dio varios pasos más.

Súbitamente el gran león se irguió y apareció ante él detrás del búfalo muerto. Con la cabeza levantada, las orejas erectas y moviendo perezosamente la cola, le observó, con

atención.

Lannón jadeaba ruidosamente. En ningún momento había pensado que el gran león fuera tan grande. Sus pies **tropezaron** y vacilaron. Aquella bestia inverosímil parecía surgida de una pesadilla.

Lannón, a unos doscientos pasos de ella, siguió avanzando, ocultando los «ojos» y observando cómo la cola del gigantesco felino se movía cada vez más rápidamente a medida que él se aproximaba.

Cuando llegó a cien pasos del animal, la cola de éste empezó a castigar coléricamente sus propios flancos como un látigo. El felino se agachó ligeramente, con las orejas adheridas al cráneo. Ahora Lannón le vio los ojos, que destacaban, amarillos, en su cara, como una máscara.

El príncipe siguió adelante. La rizada melena del gran león se erizó, poniendo en evidencia la forma de su cabeza, que descendió un poco más. Su cola fustigaba el aire furiosamente... Y Lannón siguió avanzando.

Cuando estaba a cincuenta pasos del gran león, éste gruñó. El rugido sonó como la velada amenaza de un trueno lejano, como el sordo ruido precursor de un terremoto, como el estallido de la marejada en una playa durante una borrasca.

Lannón se detuvo porque le era imposible caminar acosando por aquel sonido. Inmóvil, miró fijamente al terrible animal, cuya cólera iba en aumento.

Durante varios largos segundos vaciló. De pronto, mediante un rápido movimiento dictado por el miedo, echó mano de su escudo y enseñó los «ojos» a la fiera. El resplandor de aquellos dos redondeles fue la chispa que hizo estallar la cólera del gran león. La negra y empenachada cola de éste se irguió, asomando ligeramente sobre el nivel de su lomo. Con la cabeza gacha hasta rozar su pecho, el animal **inició** la carga.

En ese preciso instante el príncipe, apoyado en las puntas de los pies, saltó hacia delante. Libre ya de los grilletes del **miedo**, avanzó ágilmente a saltos hacia el felino que cargaba contra **él**. Corriendo lateralmente respecto del animal, le **obligaba** a éste a girar continuamente y a ofrecerle el cuello y un lado de su pecho.

En tanto **Lannón** corría, **el** hierro de la lanza refulgía delante de él como una luciérnaga.

El gran león avanzó velozmente con la cabeza tan baja, que sus increíbles colmillos, corvos y de pálido marfil, casi le rozaban el pecho. Parecía que resbalaba sobre la hierba a medida que se preparaba para saltar sobre su presa. Súbitamente su enorme silueta ocupó todo el campo visual de Lannón.

En el momento límite, Lannón elevó ligeramente la punta de su lanza hacia el lugar clave, o sea, la base del cuello del gran león, que cayó con todo su peso sobre el hierro.

Éste se hundió fácilmente en su peluda piel parda.

A causa del impacto el asta de la lanza se elevó e impulsó hacia atrás a Lannón, que cayó de espaldas... Pero Lannón **no** soltó el arma.

En tomo a él parecía rugir una tormenta. Grandes ondas sonoras se estrellaban contra sus tímpanos, mientras el gran león agonizaba entre rugidos. De pronto el asta de la lanza se agitó violentamente. Incrustada en las costillas de la bestia, machacó y magulló la carne, sacudió su cuerpo de tal manera, que sus dientes entrechocaron lastimándole la lengua.

Sin embargo, no soltó la lanza cuando, al erguirse el gran león, se vio lanzado por el aire ni tampoco cuando, al desplomarse la fiera, fue arrojado violentamente contra el suelo. Lannón sintió que los músculos y tendones del brazo y de los hombros se le desgarraban y que las zarpas del gran león arañaban su endeble escudo de cuero. Le restaban muy pocas energías y su mente se oscurecía. Pero la tormenta persistía y no cesaba de zarandearle.

Una vez más rugió y se levantó el gran león. Lannón **vióse** lanzado nuevamente al espacio. El asta de la lanza crujió como una pequeña y frágil rama. Aferrado a lo que restaba de la lanza, voló como un pájaro durante varios interminables segundos.... hasta que la tierra golpeó y comprimió sus pulmones, dejándole sin resuello. Trabajosamente se sentó y miró a su alrededor, aturdido, apretando el trozo de asta contra su pecho.

El gran león, a unos siete metros de él, empezó a arrastrarse por la hierba en su

dirección. La rota empuñadura de la lanza sobresalía en el lugar exacto en que Lannón la había clavado. Los dolorosos movimientos del gran león habían contribuido a que el hierro le desgarrara implacablemente la carne y abriera una espantosa herida, de la que manaba la brillante sangre como de una bomba. Los amarillos ojos del gran león seguían fijos en Lannón y sus colmillos, grandes, brillantes y corvos, buscaban el cuerpo del príncipe.

Lentamente se arrastraba la bestia hacia él. Su respiración retumbaba sordamente en su poderosa garganta, mientras avanzaba apoyada en sus paralizados cuartos traseros moribunda pero todavía mortalmente peligrosa.

«¡Muere!», dijo mentalmente Lannón, mirándola fascinado. Agotado por el choque, no podía moverse. «¡Muere! ¡Por favor, muere de una vez!»

Súbitamente sobrevino el espasmo final. El gigantesco felino se arqueó, sus patas se agarrotaron, sus zarpas se clavaron en la tierra y su boca se abrió, vasta y rosada. De ella brotó un rugido, un largo y lastimero rugido, el postrero. A continuación quedó inmóvil.

Del semicírculo de espectadores surgieron vítores, que se diluyeron en el gran silencio de las ciénagas. Después aquéllos comenzaron a avanzar lentamente hacia la diminuta figura del rey, que se destacaba sobre la herbosa planicie. Sin embargo, a diferencia de los demás, Huy echó a correr. Sus piernas, demasiado largas comparadas con su comprimido tórax, parecían danzar sobre la hierba. Las largas y negras trenzas flotaban a sus espaldas y el hacha en forma de buitre descansaba sobre uno de sus hombros.

Se hallaba a mitad de camino del lugar en que Lannón estaba sentado, con la cabeza inclinada, cuando el segundo gran león apareció detrás del cuerpo del búfalo más cercano a Lannón. En tanto corría, Huy gritó:

—¡Cuidado, Lannón! ¡A tus espaldas!

Lannón volvió la cabeza y vio al animal. La hembra, de pelaje más claro y de más delicada textura que el macho, era notoriamente más salvaje que éste. Lentamente se desplazaba en dirección a Lannón con la mortal cautela de un gato concentrado en su presa.

«¡Acelera mis piernas, Baal!», imploró Huy a su dios mientras corría hacia el príncipe, que luchaba por ponerse en pie.

El gran felino avanzaba muy pegado al suelo, en intermitentes y breves movimientos. Huy corría a la mayor velocidad que le permitían sus piernas, horrorizado por el peligro que se cernía sobre el príncipe.

Lannón, ahora en pie pero muy débil, se alejaba tambaleándose de su cauteloso perseguidor. Sus movimientos estimularon el instinto predatorio de la bestia, que se aprestó a rematarle.

—¡Aquí! —vociferó Huy—. ¡Estoy aquí!

Al advertir su presencia por primera vez, el felino levantó cabeza y le miró. Sus largos y pálidos colmillos brillaron al sol, al igual que sus espléndidos ojos amarillos.

—¡Sí! ¡Aquí estoy! —gritó Huy.

Huy vio tambalearse y caer a Lannón, que desapareció bajo la hierba. Sin embargo, no perdió de vista a la bestia, que, con la cola erguida y la cabeza gacha, comenzó a cargar contra él.

Huy se detuvo y se aprestó a enfrentarse a ella. Apoyado en sus largas y poderosas piernas y con el hacha sobre el hombro, permitió que el animal se aproximara a él.

En tanto la bestia se acercaba, observó la mancha negra y romboide situada entre sus ojos y, oprimiendo adecuadamente el mango de su hacha, la colocó cuidadosamente en la posición requerida.

El hacha se elevó, mientras el gran felino recorría los últimos metros que lo separaban de él como una fluida mancha color pardo que se proyectaba hasta más arriba de su pequeña giba.

—¡Por Baal! —aulló Huy.

Su hacha zumbó en el aire, y al caer partió el cráneo y quedó enterrada en el cerebro de la bestia. Instantáneamente el mango le fue como arrancado de su mano, al desplomarse todo el peso muerto de la bestia sobre su pecho.

Cuando Huy salió del profundo y lejano túnel poblado de sombras y rugidos en que había caído y abrió los ojos, vio a Lannón Hycanus, el cuadragésimo sexto Gran León de Opet, de hinojos e inclinado sobre él bajo los rayos del sol.

—¡Qué tonto y bravo eres, pequeño! —dijo el rey, que tenía la cara hinchada, magullada y embadurnada, de sangre seca.

—Bravo, sí —cuchicheó Huy con voz quejosa—, pero de ninguna manera tonto, majestad.

Una expresión de alivio relució en los ojos de Lannón.

Las pieles aún húmedas de los dos grandes felinos fueron desplegadas en el palo mayor de la nave capitana, y Lannón Hycanus tomó juramento de fidelidad a los jefes de las nueve familias nobles de Opet, que se arrodillaron sucesivamente sobre un suave reclinatorio de piel. Huy Ben-Amón apareció portando la copa de la vida.

—Tienes que descansar, Huy. Estás malherido. Creo que tienes varias costillas rotas...

—Señor, soy el copero real. ¿Quieres privarme de ese honor?

Asmún fue el primero en prestar juramento. Sus hijos le ayudaron a bajar de la litera, pero se desasíó de sus manos mientras se aproximaba a Lannón.

—Por el respeto que me merecen tus canas y cicatrices, te dispenso de la obligación de arrodillarte, Asmún.

—Deseo arrodillarme ante mi rey —respondió— y se puso de hinojos en la cubierta iluminada por el sol. Baal debía ser testigo del juramento de aquel frágil anciano.

Huy aproximó la copa de la vida a los labios de Asmún, que bebió de ella. Luego el copero ofreció la copa al rey, quien después de beber se la devolvió.

—Bebe tú también. Eres mi sacerdote.

—No está en nuestras costumbres —objetó Huy.

—Yo, rey de Opet y de los cuatro reinos, inauguro esta costumbre. ¡Bebe!

Huy vaciló un momento. Luego levantó la copa y bebió largamente. Cuando le correspondió hacerlo a Habbakuk Lal, el último de los nueve, el cáliz ya se había llenado cinco veces con dulce y espeso vino de Zeng.

—¿Te molestan tus heridas? —le preguntó Lannón a Huy en voz baja, cuando éste le presentó el cáliz por última vez.

—Majestad, no siento dolor alguno —replicó Huy, que, al reír convulsivamente, salpicó con una gota de vino el pecho del rey.

—Vuela muy arriba, Pájaro de Sol —dijo Lannón riendo.

—Ruge con vigor, Gran León —dijo Huy riendo al unísono con el rey.

Volviéndose hacia los nobles apiñados en la cubierta de comando, dijo Lannón:

—Comed y bebed...

La ceremonia había concluido. Lannón Hycanus ya era rey.

—¡Habbakuk Lal! —gritó Lannón a un voluminoso marino de barba color gengibre y rostro pecoso y curtido por el mar.

—Señor...

—Hazme el favor de levar anclas. Nos haremos a la vela con destino a Opet.

—¿A toda marcha y de noche?

—Sí. Quiero llegar a la ciudad antes del mediodía de mañana. Confío en tu pericia de marino.

Habbakuk Lal agradeció aquel cumplimiento inclinando la cabeza. Sus pesados zarcillos de oro oscilaron junto a sus mejillas. Inmediatamente giró sobre sus talones y echó a andar renqueando a través de la cubierta y comenzó a dar órdenes a voz en grito a sus oficiales.

Izaron anclas sobre la popa, y en el castillo de proa de la nave capitana el tambor empezó a batir con dos palillos un tronco hueco de árbol, según el ritmo característico de las convocatorias urgentes: tres golpes rápidos y dos lentos, infinidad de veces. Los remos se hundían, giraban, se elevaban, giraban hacia delante y volvían a hundirse siguiendo el compás del tambor. Perfectamente sincronizados, producían un movimiento ondulatorio, como una gran ave acuática que batiera sus húmedas alas plateadas. El largo y estrecho

casco hendía osadamente las aguas del lago, arreboladas por el crepúsculo, dejando detrás una nítida estela. El estandarte de los Barca ondeaba en la cruceta del mastelero, y los dos altos castillos —el de proa y el de popa— se elevaban orgullosamente muy por encima de los cañaverales de papiros de ambas riberas.

Al pasar ante las restantes naves de la flota, éstas les saludaron con sus estandartes y se alinearon detrás de la nave capitana, por orden de importancia. Los pilotos se inclinaron sobre sus timones en tanto los tambores atronaban el espacio a través del lago.

Su cojera era lo único que delataba el malestar de Huy mientras pasaba de un grupo a otro en la cubierta iluminada por antorchas. En cada grupo inclinaba su cuenco de vino, cuyo fondo apuntaba al cielo nocturno tachonado de estrellas, y hacía saltar los dados de marfil en la cubierta.

—¡Qué suerte tienes, maldita sea! —exclamó Philo riendo. Sin embargo, su risa no contrarrestó la cólera que reflejaban sus sombrías y oscuras facciones gitanas—. Debo estar loco para jugar a los dados con un favorito de los dioses.

No obstante, amontonó su oro sobre la pila de Huy en el tablero. Huy agitó el cuenco, y al arrojar los dados obtuvo nuevamente los tres «pescados negros». Philo se ciñó sus vestiduras y se alejó, seguido por las risas y las burlas de los espectadores.

La brillante estrella de Astarté se había puesto ya cuando Lannón y Huy se encontraron bajo las extendidas pieles de los dos grandes felinos y echaron una ojeada a su alrededor. La cubierta parecía un campo de batalla en el que acabara de cesar la lucha. Muchos cuerpos yacían a la luz de las antorchas, flojos e inanimados, en el mismo lugar en que se habían derrumbado. Un cuenco de vino rodaba de un lado a otro a cada balanceo de la nave, que seguía surcando las aguas en la oscuridad.

—Otra victoria —dijo Lannón con voz torpe y mirando con ojos nebulosos.

—Un notable triunfo, majestad.

—Creo... —comenzó a decir Lannón, pero no terminó la frase. Sus piernas se doblaron, se tambaleó y se inclinó hacia delante.

Huy lo sostuvo y lo cargó sobre su hombro. Haciendo caso omiso de su pecho magullado, llevó al rey al camarote principal, que se hallaba bajo la cubierta. Tumbó a Lannón en su lecho y le colocó la cabeza, brazos y piernas de la manera más conveniente. Durante un rato permaneció inclinado sobre la supina figura del rey.

—Que descanses bien, mi bello rey —exclamó abruptamente y, volviéndose, se dirigió haciendo eses hacia su camarote.

Una joven esclava se levantó al verle entrar.

—Te he preparado la paleta —le dijo. Huy atisbo el rollo, el tintero y el cálamo bajo la lámpara colgante.

—No. Esta noche no —dijo, y echó a andar hacia el lecho, pero se desvió.

Al dar con la cabeza en un tabique, retrocedió a saltos. La esclava corrió en su ayuda y lo condujo hasta el lecho.

Tendido boca arriba, Huy miró a la muchacha, que pertenecía a la casa de Lannón.

A Huy le hubiera gustado poseer una muchacha como aquella... Pero sin duda costaría por lo menos diez dedos de oro.

—¿Necesitas algo más, señor? —le preguntó la joven. Pequeña y bonita, tenía una suave cabellera negra y una piel de color marfil pálido.

Huy cerró un ojo para enfocarla mejor.

—Tal vez... —dijo tímidamente—. Si me ayudas un poco... Pero sus aspiraciones no concordaron con sus posibilidades. Poco después sus ronquidos estremecían la nave hasta la quilla.

La muchacha se levantó, se echó encima su túnica y durante un momento sonrió desde lo alto a Huy antes de deslizarse fuera del camarote.

En la penumbra previa al amanecer, Huy, en el castillo de proa de la galera, se estaba ejercitando en el manejo del hacha. Ésta zumbaba y silbaba en las tinieblas. Huy sentía que el viejo y lento vino de sus venas empezaba a circular más rápidamente. El aire fresco procedente del lago no lograba evitar que sudara. De cuando en cuando cambiaba

suavemente de mano el hacha que no cesaba de cantar. Su cabeza se despejó ligeramente y el sudor empezó a correrle a chorros por los musculosos brazos y piernas, y también la giba, y le empapó los ojos y el taparrabo. Huy comenzó a bailar: giró ágilmente sobre sí mismo, brincó y trazó complicadas figuras, sin dejar de descargar golpes en el aire con el arma.

La alborada comenzaba a teñir de color rosa el cielo cuando por fin se detuvo y se recostó sobre el hacha. El vaho de su Jadeante respiración se recortaba en la fría atmósfera **matinal**. Sin embargo, su sangre corría velozmente por sus venas, **Y** volvió a sentirse un hombre cabal.

Ya en su camarote, una de las jóvenes esclavas de **Lannón** limpió su cuerpo del sudor que lo cubría con una **estrigila de** oro que le había regalado Lannón. Después le frotó con aceite aromatizado, ordenó y trenzó sus cabellos y su barba y sostuvo la túnica de lino blanco, que él se puso sin ceñirla con **cíngulo** ninguno.

Llegó a la cubierta de comando en el preciso instante en que se impartía la orden de virar hacia el este y de detenerse para aguardar la salida del sol. Los remeros esclavos se dejaron caer, agradecidos, sobre sus remos. Cuando asomó el sol por el horizonte, **Huy** dirigió el coro en el cántico de alabanza a **Baal**. Luego desayunaron en cuclillas sobre esteras de cañas entretejidas.

Huy observó rostros grises y arrugados, ojos hinchados y expresiones de mal humor. Incluso Lannón estaba pálido. Sus manos temblaban cuando llevó a sus labios el cuenco que contenía leche caliente con miel.

Huy comió primero pasteles de mijo, de los que caían gotas de miel y aceite, y después un enorme pescado salado y ahumado. Cuando pidió un pato asado, que olía fuerte a ajo silvestre, y más pasteles de mijo, los demás lo miraron espantados. Huy desgarró el pato y se esforzó por dibujar una expresión de deleite en su semblante mientras comía, porque era muy celoso de su reputación.

Philo habló, en nombre de todos, cuando gritó por último:

—¡Por el gran Baal! ¡No sólo agravias a tu estómago, sino también al mío!

Dicho lo cual, se puso en pie de un salto y se precipitó nave abajo.

—Tiene razón —dijo Lannón riendo por primera vez ese día—. Pareces un niño que no hubiera bebido nada más ponzoñoso que la leche de su madre.

. —Le destetaron con vino tinto de **Zeng** y echó los dientes junto a un hacha de guerra...

—Si el lago fuese de vino, lo haría bajar de tal manera **de** nivel que podríamos atravesarlo a pie...

Huy parpadeó como un gnomo travieso y arrancó la **otra** pata del volátil.

Hacia la mitad de la mañana llegaron a las aguas bajas. **Habbakuk Lal** se instaló junto al timón para dirigir la nave por el estrecho canal. Jacintos acuáticos, papiros y una docena de variedades de plantas amenazaban obstruir el curso de la vida de **Opet**. Los otros barcos se alejaron para dejar vía libre a las diez grandes naves que batían sus enormes alas plateadas.

Los oficiales saludaron con los puños en alto al estandarte de los Barca, que ondeaba en el mastelero. Pero las cuadrillas de esclavos que pasaban la vida despejando de hierbas el lago observaron en silencio la escena como grupos de pacientes animales.

Más cerca de Opet se desplazaron ante los barcos de la flota pesquera, en cuyos costados se veían redes llenas de peces plateados que brillaban como estrellas. En lo alto chillaban y alborotaban bandadas de blancas gaviotas.

De pronto aparecieron en el horizonte los acantilados de color rojo oscuro iluminados por el sol. Las barandillas se llenaron de hombres que se alegraban de regresar a sus hogares.

Mursil, el montero mayor, se acercó a Lannón en la cubierta de comando y se arrodilló brevemente.

—¿Me has llamado, majestad?

—Sí... Y también al pigmeo.

—Aquí está, majestad.

—Prometí recompensaros.

—Señor, tengo tres esposas. Las tres son codiciosas.

—¿Oro?

—Si así piensas, señor...

—Huy, extiende una orden contra el tesoro por valor de cinco dedos de oro.

—¡Que Baal te ilumine eternamente!

—¿Dónde está el pigmeo?

Mursil llamó al pequeño y amarillo bosquimano, a quien Lannón observó con curiosidad.

—¿Cómo se llama?

—Xhai, señor.

—¿No entiende nuestro idioma?

—No, señor; sólo habla su primitiva lengua.

—Pregúntale qué desea... Acaso prefiera la libertad.

—No tiene la menor idea de lo que es la libertad. Es como un perro, majestad. Si privamos a un perro de su amo, la vida para él no tendría sentido.

—Pregúntale qué necesita.

Mursil y el bosquimano hablaron durante largo tiempo en un idioma parecido al gorjeo de los pájaros. Por último, el montero mayor se volvió hacia el rey.

—Desea algo muy extraño.

—¿De qué se trata?

—Desea cazar con el matador del gran león. Lannón miró fijamente al bosquimano, quien trató de seducirle con una mueca candorosa e infantil.

—El piensa, señor, perdona su impertinencia, que eres **un dios**, y desea servirte.

Lannón soltó una carcajada semejante al bramido de un toro y palmoteó sus propios muslos.

—Bien, que así sea. Le elevo al cargo de jefe de los monteros reales... Gozará, por tanto, de la paga y los privilegios correspondientes... Hazte cargo de él, Huy. Enséñale nuestra lengua. ¡Si fracasa, aprende tú la suya!

«Todos los extraviados y tullidos **vienen a parar a mi casa**», pensó Huy apesadumbrado.

En efecto, su morada estaba llena de ellos. Cada vez que acumulaba suficiente oro para mantener a una sabrosa y joven esclava, dicha suma era absorbida por otra demasiado débil o vieja para justificar su tenencia, a la que él traspasaba al lago de Astarté. Sin embargo, el pigmeo por lo menos contaría con su sueldo de montero mayor para costear gran parte de sus gastos.

Una vez despachado aquel asunto, Lannón regresó a la borda. Poco después apareció la metrópoli en el horizonte. Los muros del templo brillaban, rojizos, al sol, y la ciudad baja se mostró blanca y deslumbrante. Las paredes de las casas estaban allí pintadas con cenizas de mariscos del lago.

La flota de guerra de Opet salió del puerto para ir a su encuentro. Los cascos y los escudos de los legionarios destellaron al sol cuando las naves, por turno, giraron ante la proa dorada y aguda como una flecha de la nave capitana, en la que reverberaba el sol.

Al ver los dos cueros crudos que colgaban bajo el estandarte de los Barca, vibraron recios vítores a través del agua.

La nave capitana encabezó raudamente la marcha hacia el puerto, todavía impulsada por sus filas de remeros. **Habbakuk Lal** enfiló directamente hacia el muelle de piedra situado debajo de la ciudad, que estaba atestado de gente. Todos los habitantes de Opet, vistiendo sus mejores galas, se habían volcado allí. Cien mil gargantas saludaron ruidosamente al nuevo rey.

Finalmente, **Habbakuk Lal** dejó caer su mano a modo de señal dirigida al timonel y al tambor. La nave giró sobre sí misma. Todos los remos se hundieron en el agua para frenarla. Uno de sus costados rozó ligeramente el muelle de piedra. Lannón **Hycanus** y su séquito bajaron a tierra.

Las primeras en saludarle fueron sus nueve esposas, pertenecientes a las nueve familias nobles de Opet: nueve matronas jóvenes, bellas y orgullosas. Una por una se arrodillaron ante Lannón, a quien llamaron «señor» por primera vez.

Huy las miró con el corazón angustiado. Ninguna de ellas se parecía a las complacientes y descocadas esclavas que él poseía. Éstas eran verdaderas mujeres... El necesitaba compartir su vida con una mujer de esa categoría. Pero por más que había luchado por conseguirla, nunca tuvo éxito. Todas las familias importantes de Opet habían rechazado sus peticiones. Todas le juzgaban por su jiba..., y él no las condenaba por ello.

De pronto la solemnidad del acto fue perturbada por los dos mellizos que, desprendiéndose de sus niñeras, echaron a correr por el muelle gritando a coro:

—¡Huu! ¡Huu!

Haciendo caso omiso de su padre y de los nobles, los dos corrieron hacia Huy y comenzaron a bailar a su alrededor y a tirarle de la túnica para llamar su atención. Cuando Huy les levantó del suelo se disputaron ferozmente sus besos y se tiraron de los pelos. Por fin sus niñeras corrieron en su busca y se los llevaron de allí a rastras.

Las manos de **Imilce** siguieron durante un rato oprimiendo las doradas trenzas de **Helanca**. Al ver el fruncido entrecejo de Lannón, Huy pensó que habría castigo y que aquellos dos pequeños y rollizos traseros pronto brillarían al rojo vivo. De todo corazón se comprometió a hacer algo para que aquello no ocurriera.

Acto seguido se confundió con la multitud. En el trayecto hacia el templo regateó con un mercader, de quien obtuvo un pollo a muy buen precio.

Después de sacrificarlo, se dirigió a su morada particular, en el barrio de los sacerdotes, situado entre las dos murallas del templo: la interior y la exterior.

Todos los habitantes de la casa le rodearon para saludarle. Chochos y vacilantes metieron gran bulla, agitando sus blancas cabezas y mostrando sus desdentadas encías. Ansiosos por conocer sus recientes hazañas, le obligaron a contarles las peripecias de la cacería mientras le bañaban y le daban de comer.

Cuando por fin pudo escabullirse a su dormitorio a descansar, entraron en tropel las cuatro princesas mayores, cuyas edades oscilaban entre los seis y los diez años. Superada la débil defensa que opusieron sus esclavos, las cuatro invadieron el cuarto como si les perteneciera.

Exhalando un suspiro, Huy renunció a su descanso y envió a una de ellas en busca del laúd. En cuanto empezó a cantar aparecieron sus esclavos uno tras otro y se sentaron sin hacer ruido a lo largo del muro.

Huy **Ben-Amón** se hallaba de regreso en su hogar.

En el año 533 de la fundación de Opet, seis meses después de haber cazado al gran león y reivindicado para sí el trono de los cuatro reinos, Lannón **Hycanus**, jefe de la casa Barca, partió de la ciudad de **Opet** con el propósito de recorrer las fronteras, tradicional operación que le confirmaría en su cargo de forma irrevocable. Esa primavera había cumplido veintinueve años. Era, por tanto, un año mayor que su amigo, el sumo sacerdote.

Llevaba consigo **Lannón** a cuatro de sus esposas —las que no le habían dado hijos—, confiando que durante aquel viaje, que duraría dos años, variaría el estado de aquéllas.

Su ejército se componía de dos legiones, de seis mil hombres cada una, integrada por **hoplitas**, infantería ligera, hacheros y arqueros. Casi todos los soldados eran libertos de origen **yuye**. Sus jefes procedían de las familias nobles de Opet.

Dichas legiones estaban organizadas según el modelo romano, adoptado por Aníbal durante su

campana de Italia. Cada legión se componía de diez cohortes, y cada una de éstas de seis centurias. Su uniforme consistía en una armadura de cuero, complementada con un yelmo cónico de hierro y un escudo redondo de cuero tachonado de rosetas de bronce. Cubrían sus piernas con grebas de cuero y calzaban sandalias claveteadas. Mientras marchaban, cantaban continuamente.

Los oficiales, al frente de su respectiva división, iban magníficamente equipados, de acuerdo con su origen noble: armadura de bronce y capa de lino fino, teñida de rojo o púrpura.

El ejército de Opet carecía de caballería. Todos los caballos transportados desde el norte en los últimos quinientos años habían sucumbido —unos durante el viaje por mar y los restantes a poco de su llegada a Opet— a consecuencia de una misteriosa enfermedad que erizaba su pelaje y convertía sus ojos en dos manchas rojas y gelatinosas.

Los elefantes reemplazaban en Opet a los caballos. Estas enormes bestias, de muy mal carácter, sembraban el terror en las filas enemigas cuando, desde los castillos que portaban sobre sus lomos, surgía una lluvia de flechas. Incluso en el fragor de las batallas solían causar estragos en el propio ejército que los utilizaba. Sus conductores iban provistos de mazo y pincho con los que mantenían en línea a los enloquecidos paquidermos. Llevaba Lannón en esa ocasión veinticinco grandes ejemplares.

Le acompañaban el sumo sacerdote y una docena de ministros menores, ingenieros, médicos, armeros, cocineros, esclavos y una turba de civiles: mercaderes, buscadores de minerales, tahúres, adivinos, vendedores de licores y prostitutas. El convoy, tirado por bueyes, que transportaba las tiendas de campaña y las provisiones, cubría una distancia de once kilómetros, en tanto la columna entera, que avanzaba muy pesadamente, abarcaba veinticuatro. Esto no era un problema en las enormes y despobladas planicies herbosas del sur, en las que abundaban el agua y los forrajes. Pero cuando Huy Ben-Amón, sobre una colina, junto a su rey, observó la lenta marcha de aquella masa de hombres que bajaba del norte, pensó en el regreso cuando, trazando de nuevo un amplio círculo hacia el norte, avanzaran a lo largo del gran río, entre florestas y tierras quebradas. Sin duda sus riquezas tentarían a las bandas de belicosos paganos procedentes de las ignotas tierras allende el río. Cuando le transmitió a Lannón sus temores, éste se echó a reír.

—Piensas más como soldado que como sacerdote.

—Soy ambas cosas.

—Por supuesto —dijo Lannón, dejando caer una mano sobre sus hombros—. Por algo el comando de la sexta legión... Escucha, Huy; he pensado mucho en esta marcha... En el pasado significó siempre una gran pérdida de tiempo y una enorme sangría para el tesoro de Opet. Esta vez será muy diferente. Pienso obtener grandes beneficios de ella.

Huy sonrió al oír tan mágica palabra, la única comprendida por todos los habitantes de Opet: nobles y plebeyos, reyes o sacerdotes.

—Esta será una expedición diferente. En el reino sureño cazaremos... en tal cantidad que seguramente escapa a tu imaginación. Luego curaremos las carnes al humo y las secaremos al aire y las venderemos a la gente y a las minas para alimentar a sus esclavos. También cazaremos elefantes. Quiero incorporar doscientos de esos animales a mi ejército para que podamos enfrentarnos a la amenaza de las bandas del norte que acabas de mencionar.

—Hace un rato me preguntaba yo por qué llevábamos tantas carretas vacías.

—Antes de que marchemos de nuevo hacia el norte estarán llenas —le prometió Lannón—. Cuando atravesemos los huertos de Zeng relevaré todas sus guarniciones con estos hombres. Las tropas estacionadas demasiado tiempo en un lugar caen en la molición y se corrompen. En Zeng me entrevistaré con los emisarios de los dravs, del este, para renovar nuestro tratado con ellos.

—Pero ¿qué pasará en el norte? —insistió Huy.

—A partir de Zeng marcharemos en orden de batalla. Las mujeres regresarán a Opet por el camino que atraviesa el Reino Medio. Llegaremos al río con dos legiones completas, que reforzarán a las dos que están allí acantonadas. Luego cruzaremos el río para provocar incendios y capturar esclavos. Tal incursión servirá para prevenir a las tribus más lejanas de que un nuevo soberano reina en Opet.

Lannón volvió sus chispeantes ojos hacia el norte. Su melena y su barba resplandecieron al sol, que arrancó de ellas reflejos cobrizos.

—Durante cien años han asolado nuestras tierras; hemos sido muy blandos con ellos. Por eso año

tras año se hicieron más numerosos y osados. Ahora sentirán el peso de mi mano de hierro. Pájaro de Sol, y comprobarán que el río está protegido por una barrera de reluciente acero, que les costará mucho rebasar.

—¿De dónde vienen? ¿Cuántos son? —le preguntó Huy en voz baja.

—Son hijos de las tinieblas, negros que no proceden como nosotros del dios del Sol, Baal. Nacieron en las oscuras selvas del norte, donde siempre es de noche. Es tan difícil contarlos como establecer el número de una mancha de voraces langostas.

—¿Tienes miedo, Lannón? —le preguntó Huy. El rey volvió hacia Huy su rostro congestionado por la cólera.

—¿Cómo te atreves, sacerdote?... —gruñó.

—No me llames sacerdote. Llámame amigo... Y bien, me atrevo a decirte que el odio irracional es hijo del miedo.

La cólera de Lannón se disipó. Sus dedos comenzaron a jugar con la empuñadura de su espada. Mirando a su alrededor para comprobar que no hubiera oídos indiscretos, dijo por fin:

—Hay motivos para temer.

—Lo sé —dijo Huy.

Hacia el amanecer, Huy dirigió el coro, que entonó un cántico en loor de Baal, en voz baja para no alarmar a los rebaños próximos. Luego pidió a los dioses que fueran benévulos con los cazadores y prometió enviarles una parte de los despojos por mediación de los pájaros de sol. A continuación, Huy y Lannón bebieron un cuenco de vino y comieron juntos un pastel de mijo, mientras aguardaban el desarrollo de los acontecimientos.

Mursil, el montero mayor de la zona sur, había seleccionado hábil y concienzudamente el terreno. Desde el bajo acantilado en que se hallaban sentados, Huy y Lannón dominaban la vasta planicie, en forma de embudo, flanqueada por colinas en dos de sus lados. En la cumbre de las colinas el humo de las hogueras que servían de señales indicaban que los guerreros, ya desplegados, ya estaban en condiciones de hacer volver sobre sus pasos a cualquier animal que intentara abandonar el valle. A lo lejos, fuera del alcance de sus ojos, las dos legiones habíanse volcado en la llanura. Sus diez mil componentes dominaban ahora la pradera como el mar una playa. El polvo que levantaban se recortaba, descolorido, en el cielo matinal, que parecía de porcelana azul. Bajo aquel palio resplandecía ocasionalmente algún yelmo, una que otra lanza.

—Ha comenzado la operación —dijo Lannón satisfecho.

Huy observó los millares de animales que pacían en grupos dispersos por la llanura. Aquella era la décima gran cacería a que asistía en los últimos cincuenta días. Semejante carnicería empezaba a disgustarle.

Después miró hacia donde la planicie se estrechaba y el río, dividiéndola en dos partes iguales, descendía sobre la garganta. En la base, entre las colinas que parecían oprimirla, tornándola cuneiforme, había una quebrada de poco menos de cuatrocientos metros de ancho que se ofrecía como una excelente vía de escape hacia la ilimitada pradera situada más allá. En toda la planicie existían grupos ralos de acacias, de elevados troncos y copas achatadas.

Incluso desde donde ellos se encontraban, sobre la propia brecha, apenas se distinguían las tres hileras de zanjas ocultas que atravesaban la abertura donde se unían las estribaciones de ambas cordilleras. Mil arqueros de Lannón estaban allí emboscados, cada uno con trescientas flechas y un arco de repuesto.

Más allá se habían tendido dos líneas de redes, de mallas muy apretadas, sujetas por frágiles postes, que se derrumbarían apenas cayera en ellas un cuerpo pesado. Cuando ocurriera, un hoplita saltaría de su escondite y correría hacia él para despacharlo con la jabalina y reordenar luego la red. Mil lanzadores de jabalinas acechaban también allí.

—Deberíamos bajar —dijo Lannón, después de beber el resto de su vino y de sacudirse las migas caídas en la capa.

—Aguardemos un instante —sugirió Huy—. Me gustaría observar la escena hasta el final.

Un gran desasosiego empezó a cundir entre los rebaños de la planicie, sobre todo entre los animales más próximos a las líneas de batidores. Largas hileras de negros ñus empezaron a correr desatinadamente

en círculo, casi rozando el suelo con sus hocicos. Sus largas crines flotaban en el aire, en tanto daban coces y retozaban. Las cebras, agrupadas en compactos grupos de doscientas o trescientas, miraban intrigadas hacia la fila de batidores que se aproximaban a ellas. Sus parientes cercanos, los **cuagas**, más bajos y recios y de color bayo oscuro, a diferencia de las grises cebras, se reunían en grupos **menores**. Con ellos se mezclaban los rojos antílopes y los **majestuosos oryx**, grandes bovinos, rayados y de largas melenas. Aquella multitud de animales comenzó a agitarse y a moverse, a emprender una lenta retirada general valle abajo, en dirección a la quebrada, levantando una enorme nube de polvo.

—¡Ah, qué botín! —exclamó **Lannón**.

—Sin duda el más grande de la historia de la caza —convino **Huy**.

—¿Cuántos calculas que son? —le preguntó Lannón.

—No sé. Cincuenta mil..., cien mil... Es imposible contarlos.

De pronto las jirafas, contagiadas de la creciente alarma de los demás, abandonaron su refugio bajo las acacias y, seguidas de sus crías, se incorporaron al torrente de animales que se precipitaba valle abajo. Ocasionalmente en medio de aquella masa trotaba algún rinoceronte, enorme y torpe, exhibiendo sus largos cuernos, resoplando y levantando muy alto sus macizas pezuñas mientras corría.

A modo de fundente **unificador** de tantos grupos heterogéneos se desplazaban las pardas y delicadas gacelas que, más veloces que los demás, descendieron al valle como una inundación. Las nubes de polvo se tornaron más densas y sofocantes. Pronto las colinas obligaron a estrechar filas a todos los animales. Cuando los antílopes intentaron trasponer las colinas de ambos costados, dos líneas de hombres los espantaron con sus armas y sus gritos. Entonces las gacelas cargaron de nuevo cuesta abajo, sembrando el pánico en los compactos rebaños que huían por la planicie.

La gigantesca masa de animales se aproximó a la quebrada, atronando el espacio con sus cascos como una furiosa tempestad. La tierra comenzó a temblar.

—¡Vamos! —gritó Lannón.

Y poniéndose en pie de un salto, comenzó a saltar cuesta abajo.

Huy siguió observando durante un rato la increíble y ruidosa falange de animales que se precipitaba sobre la quebrada. Luego, apoyando su hacha en el hombro, se lanzó colina abajo en pos de Lannón, con sus largos cabellos flotando al viento. Corría como un conejo, y llegó a la planicie al mismo tiempo que el rey. A partir de allí hizo de guía, hasta que llegaron al centro de la quebrada, donde, en una zanja expresamente cavada para ellos, encontraron una docena de mazos de jabalinas.

Lannón saltó a la zanja después que Huy.

—Esta carrera no tiene premio —dijo el rey riendo.

—Debiera tenerlo —dijo Huy.

Acto seguido se dirigieron al borde de la zanja que daba al valle, desde donde contemplaron un cuadro **impresionante**. Todo el terreno estaba cubierto por una marea de seres vivientes, sobre la que se elevaba una verdadera muralla de polvo, apenas traspasada por los bajos rayos de un sol anémico.

Las cabezas y las crines de los animales que abrían la marcha se elevaban y descendían como la superficie de un torrente y sobre ellas descollaban como estacas los cuellos de las jirafas y las avestruces.

El torrente descendía hacia ellos. La tierra trepidaba. Huy y Lannón se miraron aterrados y asombrados.

Después Lannón empezó a sopesar la situación concienzudamente, en tanto aguardaba que la primera tanda de animales pasara ante las marcas indicadoras de la distancia. Cuando ocurrió, dio a voz en grito la orden respectiva al trompetero, que emitió una y otra vez, de forma estridente, la nota única que ordenaba atacar.

Inmediatamente brotó de la tierra, ante la muralla viviente que se abalanzaba sobre ellos, una hilera de arqueros. Cuatro veces dispararon sus flechas antes de que la muralla se desplomara sobre ellos. Cuatro mil dardos en veinte segundos se clavaron en aquélla. Los que iban detrás se precipitaron sobre las hileras de animales muertos, aullando de dolor al quebrarse sus huesos y dar contra el vallado de flechas clavadas **en** la carne de los caídos.

Llevados por su propio impulso, los animales se **atrepellaban** unos a otros, en tanto sucesivas descargas de dardos diezmaban sus filas y se formaban enormes pilas y montículos de cadáveres y heridos.

Los más pequeños se desplomaban en seguida. Pero los grandes animales de piel gruesa seguían andando, con sus flancos erizados de flechas; enormes rinocerontes grises, de mirada enloquecida, tambaleándose hacia la hilera de redes y agitando sus largos y curvos colmillos situados sobre su hocico; jirafas de largas patas galopando aterrorizadas; una manada de búfalos negros, corriendo en masa, muy juntos, como un equipo.

Todos cayeron en las redes y chillaron y lucharon por zafarse de ellas. Innumerables jabalinas llovieron sobre ellos, en tanto rodaban y rugían, asfixiándose entre los pliegues de las pesadas redes. Lannón y sus hombres se esforzaban por retirar los animales muertos para tender de nuevo las redes entre sus soportes. Pero no tuvieron éxito. Los muertos eran muy numerosos y la muerte acechaba en campo abierto, fuera de las seguras zanjás. Enloquecidos por las flechas clavadas en sus cuerpos, aquellos animales cargaban contra todo hombre que se cruzaba en su camino.

Huy vio cómo un furioso rinoceronte lanzaba por los aires a un soldado, que luego de dar varias vueltas fue coceado y pisoteado hasta quedar convertido en una pulpa en medio del polvo levantado por las hordas que le seguían.

De nuevo en la zanja, Lannón empezó a lanzar sus jabalinas con pasmosa violencia y precisión, apuntando siempre a las suaves costillas situadas detrás de los cuartos delanteros de los fugitivos animales. Después amontonó los cadáveres en tomo a la zanja, gritando y riendo, frenéticamente entusiasmado por la cacería.

Por su parte, Huy, excitado también por el espectáculo, danzaba, gritaba y blandía su hacha, guardando el flanco y las espaldas de Lannón. Cuando algún enorme animal estaba a punto de caer en la zanja y aplastarles, recurría a las jabalinas.

Los dos estaban empapados en sudor y embadurnados de polvo. Una piedra disparada por el casco de un animal a la carrera abrió una herida en la frente y llegó hasta el cráneo de Huy, quien tras desgarrar el borde de su túnica la vendó rápidamente y reanudó, excitado, su baile.

Delante de ellos los arqueros, al quedarse sin jabalinas, se refugiaron en las zanjás, donde eran aplastados por los animales que caían sobre ellos.

Al ver que nuevas filas de animales amenazaban caer en su hoya, Huy tiró del brazo de su rey, enloquecido por el olor de la sangre, obligándole a arrastrarse por el suelo de la zanja. Cubriéndose la cabeza con los brazos vieron cómo los bordes de la hoya se desmoronaban con el impacto de las pezuñas. Para defenderse del polvo que les asfixiaba tiraron de los extremos de sus túnicas hasta sus narices y se cubrieron la boca en busca de aire.

De pronto una joven cebrá cayó sobre ellos, pataleando y relinchando, despavorida. Sus amarillos y poderosos dientes lanzaban ruidosas dentelladas a diestro y siniestro.

Ante el peligro mortal que implicaban sus cascos afilados como navajas, Huy se alejó de ellos rodando por el suelo. Después de apuntar debidamente, levantó su brazo derecho. La pala guarnecida de púas de su hacha en forma de buitre cortó, en movimiento ascendente, la mandíbula y penetró con facilidad en el cerebro del animal. El cuerpo, caliente y tembloroso, de la cebrá se derrumbó débilmente sobre ellos, lo que les sirvió de escudo contra los cascos que sacudían la tierra a su alrededor.

La tormenta amainó, por fin, y su fragor fue decreciendo a medida que se alejaba. Una vez establecida la calma, Huy rodó hacia Lannón.

—¿Estás bien?

Lannón se arrastró dificultosamente desde debajo del cuerpo de la cebrá. A continuación ambos salieron con esfuerzo de la zanja y miraron asombrados a su alrededor.

El terreno delante de ellos, en un sector cuadrangular de quinientos pasos de lado, estaba cubierto por una gruesa alfombra de animales muertos y moribundos. De las zanjás situadas en el mismo escenario de tan cruenta carnicería empezaron a surgir los arqueros y lanzadores de jabalinas, que luego permanecieron inmóviles, con los ojos turbios, como de borrachos, fijos en aquellos cuerpos.

La línea de batidores parecía avanzar hacia ellos, como flotando en una nube de polvo. Incluso el cielo se había oscurecido a causa de la gran polvareda. Los lastimeros gritos y los balidos de los animales heridos y moribundos mancillaban el silencio de los hombres.

Los batidores se internaron, alineados, en aquel campo lleno de carne sangrante. Sus espadas se elevaban y caían mientras mataban a los heridos. Huy extrajo de debajo de su túnica una bota de cuero

que contenía vino de **Zeng**.

—Siempre estás a mi lado para confortarme —dijo Lannón y, haciendo una mueca, comenzó a beber ávidamente. Varias gotas de vino, que parecían de sangre, brillaron en su barba.

—¿Ha existido alguna vez una cacería semejante? —dijo, en tanto devolvía la bota a Huy.

Este bebió y, después de echar una ojeada a su alrededor, respondió:

—Creo que jamás hubo nada comparable a esto.

—Ahumaremos y secaremos estas carnes... y seguiremos cazando —le prometió Lannón, mientras se alejaba a grandes zancadas para impartir las órdenes pertinentes.

El cielo sobre la planicie habíase convertido en una alta bóveda anaranjada a causa de la luz proveniente de diez mil hogueras. Durante toda la tarde y la noche se dedicaron los soldados a trocear la enorme montaña de carne, que, en tiras, fue colocada sobre bastidores especiales que recibían el humo de las hogueras. El aire en todo el campo olía a carne cruda, a **mohosas** entrañas desgarradas y a carne asada. El olor llegaba hasta la tienda de cuero en la que Huy trabajaba bajo la vacilante llama de una lámpara de aceite.

Súbitamente surgió de las sombras Lannón, todavía embadurnado de barro y sangre seca.

—¡Vino, Pájaro de Sol, para un amigo que os quiere mucho! —dijo, fingiendo que se moría de sed.

Huy le entregó un ánfora y un cuenco. **Lannón** rechazó el cuenco y bebió directamente del cuello del ánfora. Luego se secó la barba con un brazo.

—Te traigo buenas noticias —dijo, sonriendo burlonamente—. Las bajas ascienden a mil setecientas cabezas.

—¿Cuántas de hombres?

—Quince. Además hay varios heridos... Pero ha valido la pena, ¿no?

Huy no respondió.

—Hay más noticias... Otra de mis jabalinas dio en el blanco: **Annel** no ha tenido la menstruación...

—El aire del sur debe de ser muy saludable. Las cuatro embarazadas en dos meses...

—No se debe al aire, Pájaro de Sol... —dijo Lannón echándose a reír y bebiendo nuevamente.

—Me agrada la noticia —dijo Huy—. Más sangre noble en **Opet**.

—Nunca te ha preocupado la sangre, Huy **Ben-Amón**. La noticia te agrada porque podrás malcriar a más hijos míos... Te conozco muy bien —y colocándose de espaldas a Huy, dijo innecesariamente—: Estás escribiendo. ¿De qué se trata?

—De un poema —respondió Huy modestamente.

—¿Sobre qué?

—Sobre la cacería de esta mañana.

—Cántame esos versos —le ordenó Lannón dejándose caer sobre el lecho de piel de Huy. Su mano seguía asiendo el ánfora por el cuello.

Huy cogió su laúd y, en cuclillas sobre una estera de cañas, comenzó a cantar. Cuando concluyó, Lannón, tumbado tranquilamente en el lecho, siguió mirando hacia la noche, a través de la abertura de la tienda.

—Yo la he visto de otra manera —dijo, por fin—. Para mí ha sido, simplemente, una captura de presas, una cosecha de carne.

Nuevamente guardó silencio.

—¿No te ha gustado mi canción? —le preguntó Huy. Lannón hizo un movimiento negativo con la cabeza y dijo:

—¿Crees, realmente, que hoy destruimos algo que no podrá ser jamás reemplazado?

—No sé —respondió Huy—. Quizá no... Sin embargo, ¿no te parece que si cazamos todos los días, o incluso cada diez días, en la escala que hoy lo hemos hecho, esta tierra se convertirá muy pronto en un desierto?

Lannón meditó largamente **con el ánfora semivacia en la mano**.

Finalmente levantó los ojos y **sonrió a Huy**.

—Ya tenemos bastante carne. Este año no habrá más cacerías... **Salvo** para obtener marfil.

—Señor, ¿se te ha pegado el ánfora a la mano? —le preguntó Huy con voz suave.

. Lannón se le quedó mirando un momento y rompió súbitamente a reír.

—Hagamos un trato, Pájaro de Sol: un ánfora por pieza cazada.

—Un convenio equitativo —convino Huy. Cuando el ánfora estuvo vacía, Huy envió a una de sus viejas esclavas en busca de otra.

—Trae dos —le dijo Lannón a la esclava—. Así ahorraremos tiempo.

Hacia la medianoche, Huy, sensibilizado por el vino, se sintió tan conmovido por su propia voz y su melancólica canción, que empezó a llorar. Su llanto hizo brotar lágrimas de los ojos de Lannón, y se pusieron a llorar a dúo.

—No permitiré que tanta belleza se grabe en la piel de un animal —exclamó Lannón mientras las lágrimas le corrían por las mejillas y le rociaban la barba—. Mandaré preparar un rollo de oro fino para que grabes en él tus poemas, Pájaro de Sol. Así mis hijos y los hijos de mis hijos podrán saborearlos.

Huy dejó de llorar. Al despertar el artista en él, su mente le instó a sacar partido inmediatamente de aquel ofrecimiento, del cual Lannón ya no se acordaría a la mañana siguiente.

—Me siento muy honrado, señor —dijo Huy, cayendo de hinojos junto al lecho—. ¿Firmarás ahora mismo la orden para la Tesorería?

—Redáctala, Huy, redáctala inmediatamente —le ordenó Lannón—. La firmaré en seguida.

Huy echó a correr en busca de una paleta.

La columna se desplazaba lentamente, trazando un gran arco en dirección sudeste, a través de las herbosas planicies del sur.

Marchaban por una llanura tan ilimitada, **que la columna** semejava un minúsculo safari de hormigas.

Cruzaron varios ríos y cadenas de colinas, florestas y planicies abundantes en caza. Los únicos hombres que encontraron en el trayecto eran los acantonados en los cotos de caza del rey. La tarea de tales hombres consistía principalmente en Proporcionar tasajo a la multitud de esclavos que aseguraban prosperidad de la nación.

Seis meses después de su partida de Opet cruzaron el «río del sur» (El río Límpopo) y después de recorrer ciento sesenta kilómetros llegaron a las azules montañas (Zoutspansberg) de densas arboledas que marcaban el límite del reino del sur.

El grueso del ejército acampó en la boca de una oscura y rocosa garganta, que penetraba en el corazón de las montañas. Lannón y Huy, al frente de una cohorte de infantes y arqueros, se dirigieron hacia el peligroso sendero que bordeaba la garganta. Marchaban por un lugar pavoroso flanqueado por altos y negros acantilados de piedra, al pie de los cuales rugía un espumoso torrente. Rara vez penetraban los cálidos rayos del sol en aquel ambiente lóbrego y helado. Huy tembló, aunque no de frío, y oprimió su hacha fuertemente. Durante los tres días que marcharon a través de la zona montañosa oró casi continuamente, porque estaba casi seguro de que aquel lugar era frecuentado por demonios.

Acampaban en las laderas meridionales, donde encendían fogatas que servían de señales y cuyo humo era visible a gran distancia. Hacia el sur se extendía un campo abierto tan vasto como el del norte.

Huy contemplaba con espanto las soleadas y onduladas praderas y las sombrías y verdes florestas.

—Me gustaría descender allí —le dijo a Lannón.

—Serías el primer hombre que lo hiciera —dijo Lannón—. Quién sabe qué tesoros, qué misterios se ocultan allí.

—Sabemos que muy al sur hay un cabo y una montaña de cumbre aplanada, y que allí fue destruida la flota -de Hyrcanus Noveno... Eso es todo lo que conocemos al respecto.

—Tengo ganas de desafiar la profecía y de realizar una expedición al sur, hasta más allá de esas montañas... ¿Qué te parece, Huy?

—Yo no te aconsejaría que hicieras tal cosa, señor —dijo, serio, Huy—. Es peligroso desafiar a los dioses... porque tienen una memoria descomunal.

—Creo que tienes razón —admitió Lannón—. Pero la tentación es muy grande...

Huy cambió de conversación porque empezaba a sentirse incómodo y se reprochó a sí mismo el haber tocado aquel tema.

—Me pregunto cuándo vendrán —dijo, observando el humo de las hogueras, que serpenteaba por el tranquilo cielo azul del mediodía.

—Vendrán cuando estén preparados—contestó Lannón, encogiéndose de hombros—. Ojalá sea

pronto. Mientras tanto, cazaremos leopardos.

Durante diez días se dedicaron a la caza de aquellos felinos manchados que abundaban en los brumosos acantilados y las boscosas gargantas de la zona montañosa, utilizando sabuesos especialmente adiestrados y lanzas. Perseguían a sus presas con sus jaurías y cuando las acorralaban o las tenían a su alcance las rodeaban y estrechaban el cerco hasta que la fiera se veía obligada a embestir.

Entonces el hombre elegido por el leopardo recibía a la rugiente y feroz bestia con la punta de su lanza. Dos hombres perdieron la vida en esos diez días. Uno de ellos era nieto de **Asmún**, el viejo noble. Aunque se trataba de una muerte **deseable** y honorable, todos le lloraron porque era un muchacho valiente y muy agradable. Su cuerpo fue incinerado por haber muerto en el campo de acción, y Huy realizó un sacrificio para facilitar el tránsito de su alma hacia el Sol.

En la madrugada del undécimo día, después de haber Huy elevado su cántico en loor de **Baal** y concluido toda la partida el desayuno, y mientras se preparaban y armaban para la cacería, advirtió el sacerdote que **Xhai**, el pequeño montero mayor **bosquimano**, estaba muy inquieto e intranquilo.

—¿Qué te pasa, Xhai? —le preguntó Huy en su propia lengua, que ahora dominaba perfectamente.

—Mi pueblo ya está aquí —dijo el bosquimano.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó Huy en tono imperioso.

—¡Estoy seguro! —respondió Xhai simplemente. Huy se lanzó hacia el campamento en dirección a la tienda de Lannón.

—Ya están aquí, señor —dijo el sacerdote.

—Magnífico —dijo Lannón.

Acto seguido abandonó su lanza y comenzó a quitarse la armadura de cazador.

—Llama a los buscadores de piedras.

Los geólogos y metalistas reales se presentaron inmediatamente.

La entrevista se efectuó al pie de las montañas, donde la densa floresta terminaba abruptamente y comenzaba una vasta extensión de campo abierto.

Lannón, a la cabeza del grupo, condujo a éste cuesta **abajo**, entre las rocas. Al llegar al límite de la floresta se detuvieron y los arqueros avanzaron formando una cortina **protectora**. En el centro del inmenso claro, fuera por completo del **alcance** de las flechas que pudieran lanzarse desde el borde de la **floresta** o la ladera rocosa, una larga estaca había sido **clavada** en la tierra blanda. Una cola de gamo ondeaba a modo de estandarte en lo alto de la estaca: indicaba que la entrevista podía comenzar.

Lannón miró a **Aziru**, el principal de sus buscadores de piedras, y a **Rib-Addi**, el jefe de la tesorería real, y saludó con una inclinación de cabeza.

Los dos funcionarios avanzaron, desarmados, hacia el calvero, seguidos por dos esclavos, cada uno de los cuales portaba un saco de cuero.

Al pie de la estaca había una calabaza seca que contenía un puñado de brillantes guijarros y piedras de diversos colores, desde el matiz incoloro del vidrio a un rojo fuego.

Los dos funcionarios de Lannón examinaron una por una las piedras, formando con las que rechazaron un montón en el suelo y volviendo a poner en la calabaza las que les interesaban. Luego extrajeron de sus sacos de cuero cuentas de vidrio que dejaron caer en un jarro de arcilla. Finalmente colocaron el jarro junto a la calabaza y se retiraron a la ladera rocosa en que se hallaban Lannón y sus arqueros.

Poco después una docena de figuras minúsculas surgieron de la floresta y se dirigieron hacia la estaca. En cuclillas junto a la calabaza y el jarro, los doce **bosquimanos** deliberaron larga y acaloradamente. Por último retornaron a la floresta.

Cuando los dos funcionarios de Lannón volvieron al claro, hallaron el jarro y la calabaza intactos.

Su oferta había sido rechazada.

El trato fue cerrado en la tercera tentativa, cuando los bosquimanos retiraron las cuentas, las puntas de flechas y las ajorcas de cobre que les fueron ofrecidas y dejaron junto a la estaca la calabaza que contenía las piedras.

A continuación fue colocada otra calabaza **con** piedras **en** el mismo lugar y comenzó un nuevo regateo.

La tediosa operación duró cuatro días. En ese lapso **Huy** adquirió considerables conocimientos

geológicos.

—¿Cuál es el origen de estas piedras solares? —le preguntó a Aziru, mientras examinaba un diamante amarillo del tamaño de una bellota, que habían obtenido a cambio de una libra de cuentas de vidrio.

—A veces, cuando el Sol y la Luna aparecen juntos en el cielo, sus rayos, al mezclarse, se toman pesados y ardientes y si dan con el agua se apagan y endurecen convirtiéndose en piedras solares.

Huy halló muy convincente tal explicación.

—Una gota del amor de Baal y Astarté —cuchicheó con temor reverente—. Por eso son tan hermosos —y mirando a Aziru—: ¿Dónde las recogen los pigmeos?

—Dicen que suelen buscarlas entre los guijarros de los lechos de los ríos y en las orillas de los lagos —le explicó Aziru—. Pero, como no son peritos en la materia, en sus ofertas las piedras solares aparecen mezcladas con muchas piedras comunes.

Cuando se terminaron los diamantes, los bosquimanos ofrecieron a los niños sobrantes de su tribu.

Los diminutos y amarillos individuos fueron colocados junto a la estaca de las transacciones, donde temblaron de terror todo el tiempo. Los jefes de esclavos, expertos tasadores de carne humana, se adelantaron para evaluarlos y expresar lo que estaban dispuestos a pagar por ellos.

Los pigmeos eran muy apreciados como esclavos por su carácter afable, su lealtad y su resistencia. Muchos de ellos resultaban excelentes cazadores, guías, animadores de reuniones y, por extraño que parezca, compañeros de juegos de los niños.

Xhai, desde detrás de su alto y rubio rey, observaba la transacción, exactamente igual a la realizada cuando de niño había sido él puesto en venta.

Al final del cuarto día el tesoro de Opet se había acrecentado con el aporte de cuatro grandes jarros de arcilla llenos de diamantes finos. El tráfico en diamantes era un monopolio celosamente ejercido por la casa gobernante de los Barca. A ello había que agregar ochenta y seis pequeños bosquimanos, cuyas edades oscilaban entre los cinco y los quince años. Como eran muy salvajes, se les mantendría atados hasta que estuvieran debidamente domesticados.

Huy se dedicó casi enteramente a ellos, tratando de hacerles más llevadero el cambio durante el viaje de regreso. Con la ayuda de Xhai y de otros bosquimanos domesticados, logró salvar a la mayoría de ellos. Sólo doce de aquellas diminutas criaturas murieron de miedo y tristeza antes del momento en que debían ser entregadas a las esclavas del campamento principal.

Lannón levantó el campamento, que se encontraba al pie de la cordillera meridional, y girando hacia el nordeste volvieron a cruzar el río. Pronto aparecieron en el horizonte las montañas de Bar-Zen (Las montañas Chimanimani), y comenzaron a atravesar el populoso remo del este, donde los campesinos yuyé cultivaban cereales a lo largo del río del León (El río Sabi).

En cada caserío se presentaban los libertos para dar la bienvenida y rendir homenaje a su nuevo rey. Aquella alegre multitud vivía en limpias y prósperas aldeas de murallas de

barro. Incluso los esclavos, que trabajaban en el campo, estaban muy limpios y bien cuidados... porque sólo mi estúpido hubiera maltratado tan valiosos instrumentos.

Casi todos los esclavos eran negros apresados en el norte, aunque había algunos mestizos, engendrados por sus propios dueños o por esclavos escogidos de la cuadra real, que no estaban encadenados y cuya vestimenta y adornos apenas diferían de los de sus amos.

Durante el trayecto, los legionarios que habían completado su período de servicio militar abandonaban sus regimientos y retornaban a sus respectivas aldeas. Los puestos que quedaban vacantes eran cubiertos con nuevos reclutas.

Acampaban por la noche en las guarniciones amuralladas y fortificadas que se sucedían a lo largo del camino que llevaba a las montañas de Zeng.

Ahora estaban traspasando los límites del vasto cinturón aurífero que corría de este a oeste, a través del Reino Medio, y que constituía el fundamento de la riqueza de Opet. Los buscadores de piedras del rey poseían un olfato casi sobrenatural para localizar las ricas vetas de oro ocultas en el seno de la tierra. Pruebas de su tesón eran las numerosas minas donde cuadrillas de esclavos negros trabajaban desnudos,

en estrechas y sofocantes excavaciones escalonadas. El mineral era triturado y pulverizado en la superficie. Luego el polvo de roca era lavado en cubetas especiales de cobre para aislar los granos de oro.

Lannón hizo un alto para inspeccionar la mayoría de las minas. Huy se asombró de la inventiva de los ingenieros, que se las componían para resolver los problemas relacionados con la extracción del mineral, distintos en cada mina.

Donde la veta de oro era angosta excavaban menos y utilizaban únicamente mujeres y niños en la extracción. Usaban elefantes que tiraban de los canastos llenos de mineral hacia la superficie y transportaban agua a las minas situadas en lugares áridos.

Habían perfeccionado un sistema para socavar las vetas y hacerlas caer bajo su propio peso. Se trataba de un procedimiento peligroso. En una de las minas en que regía tal sistema, Lannón y Huy no pudieron pegar ojo en toda la noche a causa de los quejidos procedentes del cercado de los esclavos. Ese día había caído prematuramente una roca, aplastando a más de un centenar de esclavos y a varios de sus jefes. Huy se preguntaba hasta dónde serían responsables de aquellos espantosos quejidos los jefes muertos.

Impelido por su insaciable curiosidad, descendió en uno de los canastos hasta el fondo de una mina, un lugar infernal, de atmósfera caliente y contaminada, que olía a sudor y estaba débilmente alumbrado por lámparas de aceite. Los esclavos, desnudos, trabajaban dificultosamente apiñados en estrechos compartimentos excavados en la roca viva. Huy vio cómo era demolida una roca muy saliente, según el sistema utilizado por Aníbal varios siglos antes para abrirse camino en los Alpes. Encendían un fuego en la roca, sobre la cual ardía lentamente hasta que ésta empezaba a brillar a causa del calor. Entonces apagaban el fuego arrojando sobre él varios cubos de agua mezclada con vino agrio. La roca estalló en medio de un remolino de vapor y se dividió en trozos que fueron cortados en pedazos menores y arrastrados fuera de allí por los esclavos. Huy se acercó a la pared de piedra y al observar la brillante veta de oro nativo, de vivo matiz amarillo, meditó sobre el precio que había que pagar para extraerla.

Cuando le izaron a la superficie estaba bañado en sudor y cubierto de barro.

Al verle, Lannón movió la cabeza en señal de desaprobación.

—¿Qué has ido a buscar allí? Tienes que haber perdido el juicio para andar gateando en las entrañas de la tierra.

En una de las minas el filón fue abandonado cerca del nivel del agua subterránea. Era imposible seguir trabajando allí porque no se conocía ningún sistema para achicar las minas. Las norias humanas, formadas por esclavos, rara vez lograban hacer descender el nivel del agua más allá de unos pocos centímetros. Las minas inundadas eran devueltas a Astarté, madre de la Luna y la Tierra, porque, proviniendo de su generosidad, debían retornar a ella.

Lannón, ejerciendo un derecho de su cargo, seleccionó a los mensajeros a sacrificar después de consultar a los jefes de esclavos, a fin de que la elección de los quince esclavos debilitara lo menos posible la fuerza de trabajo. Los dioses no eran muy exigentes respecto a la calidad de los sacrificados. Para ellos todos los hombres eran iguales en tal sentido.

Huy simpatizó con ellos de todo corazón cuando les vio descender por última vez a la mina, arrastrando los pies y las simbólicas cadenas del sacrificio, encorvados y maltrechos, tosiendo, todos ellos víctimas de la enfermedad pulmonar de los mineros.

El sumo sacerdote delegó en uno de sus subalternos la misión de controlar la operación, y cuando su emisario surgió de aquel antro infernal dirigió el cántico de alabanza a Astarté. Acto seguido comenzó la faena de cubrimiento de la mina, que duraría muchas semanas a causa de la gran cantidad de piedras que deberían colocarse cuidadosamente en la excavación.

323

Dicha tarea era indispensable para aplacar a la Madre Tierra y para que volviera a crecer oro en el mismo lugar. Aziru explicó el asunto de esta manera:

—Esta es una tierra propicia para el crecimiento del oro. La acción del sol sobre las rocas que ahora colocamos en la tierra engendrará de nuevo tan precioso metal.

—Toda forma de vida se origina en Baal —salmodió Huy gravemente.

—Los hijos de nuestros hijos nos agradecerán algún día la siembra que ahora realizamos —predijo Aziru en tono afectado.

Impresionado por tal profecía, Huy la registró después fielmente con su bella y fluida escritura.

Trescientos días después de su partida de la ciudad de Opet la columna empezó a trepar por las faldas de las montañas Zeng (Las montañas Inyanga). El aire era allí puro y fresco, a diferencia de la cálida atmósfera de las tierras bajas. Pero por las noches la niebla pendía pesadamente en las laderas, y los hombres, temblando a causa de la fiebre, se acurrucaban bajo sus capas, alrededor de las hogueras.

Aquellas colinas constituían los jardines de Opet, donde miles de hectáreas habían sido convertidas en terrazas y decenas de miles de esclavos cuidaban los olivos y las viñas. En su centro estaba la ciudadela, una ciudad fortificada llamada Zeng-Hannón, en honor del duodécimo Gran León de Opet. Poseía dicha población varios templos consagrados a Baal y Astarté, que eran los baluartes religiosos del reino oriental. Huy presidió un sínodo de sacerdotes y sacerdotisas que duró veinte días. También inspeccionó y puso a prueba a su propia legión, la sexta, llamada Ben-Amón, la única de las ocho legiones de Opet integrada exclusivamente por guerreros de sangre noble. Su estandarte se componía de una vara de ébano lustrada, rematada por un buitre dorado.

Su actividad religiosa llegó a su fin cuando Lannón le pidió que le acompañara en un corto viaje al este, desde donde le habían comunicado que los dravs le aguardaban para renovar su tratado de cinco años.

Tres jeques dravs salieron a su encuentro cuando descendían por las montañas de Zeng en dirección al mar oriental. Los tres individuos eran altos y de piel oscura. Sus negros ojos de águila brillaban con fiereza. Sus largos cabellos negros estaban aprisionados por redecillas blancas y vestían túnicas ceñidas por cingulos con filigranas y piedras semipreciosas. Cada uno llevaba a la cintura una magnífica daga corva y calzaba babuchas largas y puntiagudas.

Sus soldados vestían de otra manera: anchos bombachos, yelmos en forma de cebolla y corazas plateadas, e iban armados con redondos escudos de hierro, largas cimitarras corvas, lanzas y pequeños arcos orientales. La mayoría eran negros, aunque habían adoptado la lengua y la vestimenta de los dravs. Doscientos años de lucha implacable habían precedido al tratado entre los dravs y los reyes de Opet.

Los dos ejércitos vivaqueaban a cada lado de un ancho valle. Un río cristalino, sombreado por verdes árboles, separaba ambos campamentos.

Bajo esos árboles fueron montadas las tiendas de las dos delegaciones, que durante cinco días se agasajaron mutuamente, regatearon y maniobraron con diplomacia.

Huy, que conocía la lengua de los dravs, tradujo a Lannón las palabras de los negociadores de la otra parte. Las conversaciones culminaron en un tratado de amplia reciprocidad comercial y mutua ayuda militar.

—Señor, el príncipe Hasan desea saber cuántos guerreros pondría Opet en el campo de batalla en caso de amenaza a ambas naciones.

Sentados sobre pilas de sedosos cojines y tapetes de lana bellamente entretejidos y de vívidos colores, bebieron sus refrescos, porque los dravs no tocaron siquiera los vinos más finos, y comieron carnero con pescado, condimentado con hierbas. Aunque sonreían, ambos sólo confiaban en lo que se hallaba al alcance de sus ojos.

—El príncipe Hasan —dijo Lannón sonriendo y asintiendo con la cabeza— desea saber con cuántos hombres nos opondríamos a quien intentara apoderarse de los jardines de Zeng y las minas de oro del Reino Medio.

—Así es —convino Huy—. ¿Qué le digo?

—Dile que puedo colocar en el campo de batalla catorce legiones regulares, otras tantas auxiliares y cuatrocientos elefantes.

—No creará en tales cifras, señor.

—Por supuesto que no... Tampoco yo creo en las suyas... Sea como fuere, dile lo que acabo de decirte.

Las negociaciones siguieron desarrollándose, pues, en una atmósfera de mutua confianza.

Ambos convinieron en proteger cada uno el flanco del otro, en defender conjuntamente la línea del gran río, en el norte, de cualquier intento de invasión por parte de las tribus negras y nómadas, y en prestarse mutua asistencia en caso de que la frontera fuese violada.

—El príncipe desearía modificar el cambio que rige en las transacciones comerciales y sugiere que

quinientos **mikthals** equivalgan a un dedo de oro de **Opet**.

—Dile muy diplomáticamente que se columpie sobre sus testículos —replicó **Lannón**, sonriendo al príncipe, que inclinó la cabeza y le sonrió a su vez. Las gemas de sus dedos destellaron.

Después de establecer el tipo de cambio —quinientos noventa mikthals por cada dedo de oro— abordaron la cuestión de los esclavos y fijaron las cláusulas concernientes al algodón y la seda.

Al quinto día comieron sal juntos e intercambiaron extravagantes regalos, en tanto los arqueros y luchadores de ambos ejércitos evolucionaban y realizaban simulacros de combate.

Cada uno trataba de impresionar al otro.

—Sus arqueros son unos inútiles —dijo **Lannón**, evaluando sus movimientos.

—Sus arcos son muy pequeños. Además, tienden la cuerda hacia la cintura, en lugar de hacerlo hacia la barbilla —dijo **Huy**—. De esa manera limitan el alcance y la precisión de sus dardos.

Después comentó las maniobras de la infantería:

—Las armas y las armaduras de sus infantes son muy ligeras, señor. No veo un solo hachero... Dudo que sus petos desvíen flecha alguna.

—No los desprecies con tanta ligereza, Pájaro de Sol..., porque son muy rápidos y muy fogosos.

—No, señor... De ninguna manera.

Acto seguido cargaron los elefantes en terreno abierto. De sus castillos surgió una lluvia de flechas, que cayeron más allá de la línea divisoria. Las enormes bestias grises, bamboleándose pesadamente, aplastaron varias hileras de muñecos de paja. Sus berridos y el sonido de las trompetas resonaban en la cresta de las colinas.

—Observa sus rostros —murmuró **Lannón**—. ¡El príncipe parece que esté contemplando los mares eternos!

Lannón tenía razón. Los **dravs** guardaban silencio, impresionados, porque carecían de elefantes y desconocían el arte de su adiestramiento.

Las dos fuerzas se separaron. Cuando **Lannón** y **Huy** miraron hacia el valle, el ejército de los dravs avanzaba hacia el este en una sola columna. Yelmos y lanzas refulgían al sol.

—Nuestra frontera oriental está asegurada por cinco años —declaró **Lannón**, satisfecho.

—O, por lo menos, hasta que los príncipes cambien de opinión —dijo **Huy**, más moderado.

—No, Pájaro de Sol. Cumplirán el tratado... porque les convendrá ajustarse a él. Yo sé lo que te digo, querido amigo.

—En ti confío —dijo **Huy**.

De regreso en **Zeng-Hannón**, las legiones se reunieron y aprestaron para la gran conflagración que **Lannón** se proponía desencadenar al otro lado del gran río.

Como su legión era una de las escogidas, **Huy** deliberó largamente con sus oficiales-sacerdotes, que cenaron con él en el alojamiento destinado al sumo sacerdote en los terrenos del templo de **Baal**.

Huy invitó a las honorables sacerdotisas de **Astarté**, a quienes ofreció un magnífico banquete, porque a la carne de vaca, los pollos y los pescados condimentados con especias, obtenidos de los dravs, agregó la de los animales que había cazado el día anterior. Todo ello fue complementado con los mejores vinos y frutas de **Zeng**.

Lannón era el huésped de honor. Todos lucían guirnaldas de flores y hablaban ruidosamente a causa del vino.

—Honorable sacerdotisa —dijo a través de la mesa **Bakmor**, un joven y hermoso libertino, dirigiéndose a la suprema sacerdotisa de **Astarté**—, ¿es cierto que has descubierto una adivinadora entre tus jóvenes, la cual reemplazará a la vieja **Imilce**, fallecida hace varios años a consecuencia de unos escalofríos?

La honorable sacerdotisa volvió sus viejos y sabios ojos hacia el joven oficial. Su piel era pálida y frágil y sus cabellos blancos, finos y esponjosos. También eran muy blancos sus **i** delgados brazos. Sus manos esqueléticas estaban surcadas por venas azules semejantes a cuerdas. Hasta ese momento habíase mantenido al margen de la fiesta.

—En efecto, es cierto que una de las jóvenes del templo ha demostrado poseer una sabiduría y una intuición muy superiores a las que es dable esperar en una persona de sus años y conocimientos. También es cierto que ha visto a través del velo y formulado oráculos... No obstante, la cofradía **no** ha decidido aún

enviarla al sumo sacerdote para que la examine.

—¿Existen dudas al respecto, honorable sacerdotisa? —**inistió Bakmor.**

—Siempre dudamos, hijo mío —respondió la sacerdotisa con un tono que implicaba un reproche al presuntuoso joven, el **cual** se sintió molesto.

—Yo no he recibido noticia alguna al respecto —subrayó **Huy**, interesado y en un tono casi acusador.

Desde hacía dos años la institución sacerdotal carecía de oráculo, a pesar de sus diligentes esfuerzos por descubrir alguno. Huy estaba ansioso por hallar una **sucesora** de la vieja **Imilce** no sólo porque la adivinación y los oráculos constituían una gran fuente de ingresos para el templo, sino también por razones políticas.

—Perdón, sumo sacerdote... Pensaba discutir contigo ese asunto en privado —expresó la vieja sacerdotisa en tono confidencial.

Sin embargo, **Lannón** se inclinó hacia Huy por encima de la mesa para intervenir en la conversación.

—Llama a esa ramera —dijo con voz entorpecida por el vino. La sacerdotisa se puso rígida al oír tal grosería—. Que venga a entretenernos con sus oráculos.

—Señor... —Huy intentó reconvenir a Lannón, pero éste barrió su protesta elevando la voz.

—Llama al oráculo... Deseo conocer el resultado de la campaña del norte.

Huy se giró hacia la sacerdotisa, excusándose con la mirada.

—El rey ordena que venga —dijo.

La sacerdotisa asintió con la cabeza y, volviéndose, cuchicheó algo en el oído de su esclava privada, la cual salió apresuradamente del salón.

Cuando entró la persona requerida por el rey, cesaron las voces y las risas. Todos la miraron con curiosidad. Era una muchacha alta, de finos tobillos y muñecas, que lucía la larga túnica verde característica de las jóvenes del templo. La suave piel de su rostro y sus brazos brillaban a la luz de la lámpara de aceite. Su cabello negro y sedoso flotaba como una nube sobre sus hombros. En su ancha y combada frente pendía de una fina cadena de oro el emblema de **Astarté**: una media luna del mismo metal. De sus orejas colgaban dos pequeñas piedras solares que refulgían como estrellas.

Sus ojos verdes trajeron a la memoria de Huy la imagen del lago de Astarté, situado en la caverna del templo de **Opet**. Sus gruesos labios temblaron, traicionando la agitación provocada en ella por aquel inesperado llamamiento. Dos manchas rojas coloreaban sus mejillas. No obstante, sus modales eran sobrios y tranquilos. Con gran dignidad se dirigió hacia Huy, quien advirtió que era muy joven.

—Ruega por mí, sumo sacerdote —dijo la muchacha, inclinando la cabeza.

Huy la examinó ávidamente, atraído por su porte, digno y espontáneo.

—Saluda al rey, hija —murmuró. La muchacha se volvió hacia Lannón. Huy siguió observándola mientras ella saludaba ceremoniosamente al rey.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Huy.

La joven se volvió, fijando en él sus grandes ojos verdes.

—**Tanit** —respondió.

Así llamaban a Astarté en la antigua ciudad de **Cartago**.

—Hermoso nombre —dijo Huy, asintiendo con la cabeza—. Siempre me ha gustado.

La muchacha le sonrió.

La sonrisa le sorprendió, porque era tan cálida y estimulante como la luz de **Baal** hacia el amanecer.

—Eres muy amable, señor —dijo ella, siempre sonriendo. Y Huy **Ben-Amón** se enamoró y sintió como si su estómago y sus partes vitales fueran absorbidos desde abajo. Con los ojos clavados en Tanit e incapaz de hablar, sintió que sus mejillas enrojecían y luchó, desesperadamente y sin éxito, por encontrar la palabra adecuada.

Lannón rompió el hechizo al gritar a una esclava:

—¡Trae un cojín!

Entonces Tanit se sentó ante el rey y los sacerdotes.

—Formula un oráculo —le ordenó Lannón.

Inclinado hacia ella, respiraba con dificultad. Su cara estaba roja a causa del vino.

Tanit le miró con calma. En su semblante se dibujó una vaga sonrisa.

—Si puedo lo haré, señor. Pero previamente debo conocer la pregunta y lo que percibirá el templo como honorarios.

—¿A cuánto ascienden los honorarios? —preguntó Lannón en tono exigente. El color rojo de su cara se acentuó por la ira que empezaba a estremecerle... No estaba acostumbrado a semejantes exigencias.

—¿Me harás el favor de fijar los honorarios, sumo sacerdote? —le preguntó Tanit a Huy, que se sintió poseído por el diablo.

—Cien dedos de oro fino —dijo, sin saber lo que decía. 'Porque aquella enorme suma implicaba un desafío. Lannón tendría que pagarla o volverse atrás.

Tanit volvió a sonreír. Un provocativo hoyuelo apareció en una de sus mejillas, en tanto observaba el fruncido ceño del rey.

De pronto Huy comprendió que había colocado a la muchacha en una situación difícil. Lannón jamás le perdonaría aquello. Rápidamente ofreció al rey una decorosa escapatoria:

—Por esa suma el Gran León puede formular tantas presuntas como dedos tiene en su mano derecha.

Lannón vaciló. Huy advirtió que seguía enfadado, pero también que sus palabras le habían aplacado ligeramente.

—Dudo que el saber de una niña sea digno de esa suma. No obstante, me divertiré poniendo a prueba a esa ramera

—refunfuñó Lannón, que no parecía en absoluto divertido.

Después de beber largamente de su cuenco de vino y de secar con la mano su barba, miró a Tanit.

—Dentro de poco realizaré una expedición al norte. Dime cuál será el resultado —ordenó.

Tanit se acomodó perfectamente sobre su cojín de cuero, alisó su túnica verde y bajó ligeramente la cabeza. Sus ojos parecieron mirar dentro de sí misma. Un silencio expectante reinaba en el salón. Todos la observaban ansiosamente. Huy advirtió que la muchacha palidecía y que una línea blanca circundaba sus labios.

—Habrá una gran cosecha —cuchicheó Tanit, en un tono áspero y extrañamente afectado y monocorde—, más grande que la que el Gran León espera o siquiera imagina.

Los invitados se agitaron. Mirándose unos a otros, cuchichearon y sopesaron la respuesta. Lannón frunció el entrecejo.

—¿Qué clase de cosecha será? ¿De cadáveres? —preguntó.

—Llevarás a la muerte contigo..., pero la muerte retornará contigo solapada y secretamente —replicó Tanit.

El oráculo era desfavorable. Los jóvenes oficiales, nerviosos ahora, recobraron su fluidez. Huy consideró que debía intervenir... Como conocía a su rey, estaba seguro de que no olvidaría ni perdonaría.

—¿Qué debo temer? —preguntó Lannón.

—La negrura —respondió en seguida Tanit.

—¿Cómo moriré?

Lannón temblaba de cólera. Su voz tenía un sonido gutural y sus ojos celestes parecían más claros que nunca.

—A manos de un amigo.

—¿Quién gobernará en Opet cuando yo muera?

—El que mate al gran león —replicó Tanit. Lannón apartó de un manotazo el cuenco de vino, que se estrelló contra el suelo, haciéndose añicos. El vino rojo salpicó los pies de una esclava que servía a los comensales.

—¡Ya no existen esos animales! —gritó—. Yo maté al último gran león... ¿Te atreves a predecir la extinción de los Barca?

—Ésa es tu sexta pregunta, señor —dijo Tanit levantando los ojos—. No puedo hallar la respuesta.

—¡Llévalos a esa bruja! —rugió Lannón.

Huy hizo una rápida seña a la honorable sacerdotisa para que se llevara a Tanit y otra a una esclava para que reemplazara el cuenco de Lannón. Por último, pidió su laúd.

Después de la tercera canción de Huy, Lannón comenzó de nuevo a reír.

La víspera de la partida de las legiones de Zeng-Hannón, Huy mandó llamar a la sacerdotisa y a la joven pitonisa Tanit.

Eso ocurrió cinco días después de las terribles profecías relacionadas con Lannón **Hycanus**. Huy había tenido que hacer un enorme esfuerzo de voluntad para no mandarla llamar antes.

Cuando la vio encaminarse hacia él le pareció aún más fresca y bella que antes. Después de sentar a la sacerdotisa a la sombra, comenzó a caminar con Tanit por las murallas de la ciudad. Detrás de éstas veía las calles y los cercados llenos de soldados que se aprestaban para marchar. Fuera y más allá de las murallas se alzaban arboladas colinas y terrazas, cuyos viñedos y huertos eran esmeradamente cuidados por esclavos.

—He dado instrucciones a la honorable sacerdotisa para que te incorpores al ejército que se dirigirá a Opet a través del Reino Medio. Viajarás con las esposas del rey, y en Opet ingresarás en la cofradía de Opet... Allí esperarás mi regreso.

—Muy bien, señor...

Su humilde tono contrastaba con la picaresca expresión de su rostro.

Huy se detuvo y observó atentamente sus ojos verdes. Ella sostuvo fácilmente su mirada y sonrió ligeramente.

—¿Realmente tienes el don de adivinar, Tanit?

—No sé, señor.

—¿Qué significan las palabras que le dijiste al rey?.

—No sé. Se me ocurrieron de repente. No podría dar explicación ninguna.

Huy asintió con la cabeza y siguió andando en silencio. Le atraía la ingenuidad de la muchacha. Además, su inteligencia y su carácter alegre resultaban irresistibles. Huy volvió a detenerse y le preguntó:

—¿Amas a los dioses, Tanit?

—Por supuesto.

—¿Crees que soy su elegido?

—Sí, sumo sacerdote —respondió ella convencida. Su tono, sincero y respetuoso, disipó todas las dudas de **Huy**. Evidentemente, ella era un instrumento que le sería muy útil... si sabía manejarlo.

—¿Qué opinas de tu destino? —le preguntó Huy de pronto.

—No lo discierno en absoluto —respondió Tanit. Mas de Pronto vaciló. Por primera vez, Huy advirtió que dudaba—. **Sin** embargo, estoy segura de que este... encuentro con el sumo sacerdote es parte de mi destino.

Huy sintió que se le ensanchaba el corazón. No obstante, su voz sonó ásperamente cuando dijo:

—Cuidado, joven. Como sacerdotisa consagrada a la diosa no puedes hablar de esa manera a un hombre.

Tanit bajó los ojos. Sus mejillas se **tiñeron** de rojo. Un mechón de suave cabello negro cayó sobre su rostro. Tanit lo apartó con la mano. Huy sintió que temblaba interiormente de desesperación. Aquella presencia física le torturaba..., porque jamás podría saciar su sed en ella. Tanit pertenecía a los dioses, y era, por tanto, un ser prohibido e intocable.

—No debes burlarte de los dioses... —la amonestó Huy severamente.

Tanit levantó la cabeza y le miró con modestia. Sin embargo, Huy hubiera jurado que en sus ojos percibió una cierta burla y picardía.

—Sumo sacerdote, has interpretado mal mis palabras. Yo no he pensado en absoluto en la relación **hombre-mujer**.

—¿En qué sentido has hablado entonces? —le preguntó Huy, desilusionado y sintiendo un gran vacío en su interior.

—La respuesta surgirá por sí misma cuando nos encontremos en **Opet**, señor —murmuró Tanit.

Huy pensó que los meses que faltaban para ello transcurrirían muy lentamente.

Lannón se hallaba ante una caja de arcilla que contenía un mapa en relieve del área del gran río. Hacia el este se elevaban las Nubes de **Baal**, una imponente catarata (las cataratas Victoria). Allí el río se precipitaba desde una altura enorme en una oscura garganta. La espuma del torrente se proyectaba hacia lo alto, formando una gran nube que flotaba perpetuamente sobre la planicie. Después el río se deslizaba por un profundo valle, un lugar caluroso e insalubre, flanqueado por ásperas paredes rocosas, muy arbolado y

frecuentado por innumerables rebaños de animales ricos en marfil. Más allá, hacia el este, el río se internaba en el territorio de los **dravs** y corría por una vasta planicie aluvial, que se inundaba en la época de las lluvias. Finalmente desembocaba, a través de una docena de brazos desplegados en forma de abanico, en el mar oriental.

Lannón explicaba a sus generales las características de aquel país, representado en la caja de arcilla. En ocasiones se volvía hacia los jefes que habían estado a cargo de las guarniciones del río el año anterior para comprobar sus apreciaciones.

Veinte hombres se hallaban en la gran tienda de cuero, cuyos costados habían sido levantados para permitir el paso de la seca brisa... y la visión del inmenso valle que se extendía debajo del campamento. El gran río quedaba oscurecido por los árboles de oscuro follaje que crecían a lo largo de la orilla. A intervalos, algún rayo de sol se reflejaba como un relámpago en el agua. Muy lejos, hacia el norte, el opuesto acantilado del valle se convertía en varias hileras de colinas envueltas en una niebla azul.

—Nuestros espías han indicado las ciudades en que se hallan concentradas las tribus. La mayoría de ellas se encuentran en las tierras altas, a un día de viaje del río. Es necesario atacarlas simultáneamente.

A continuación asignó un objetivo a cada comandante y señaló los lugares en que sería cruzado el río y la ruta de regreso.

—No correréis peligro alguno de que os ataquen al regresar si el primer día quebráis su moral. Cada tribu está en guerra con otra. De modo que no se unirán contra nosotros. Sólo fracasaremos si alguien pone sobre aviso a los bárbaros y éstos se dispersan antes de nuestra embestida.

Después de explicar su plan detalladamente y de explayarse respecto a su sistema **logístico** y las rutas por donde se desplazarían, Lannón fijó la fecha del ataque.

—De aquí a doce días. Así cada legión contará con tiempo suficiente para cruzar el río y llegar a las ciudades de los bárbaros.

Desde el campamento situado en el declive que descendía hacia el valle, Huy, al frente de la Sexta **Ben-Amón**, marchó en dirección al fuerte situado a orillas del gran río, en **Sett**. Allí acampó en un bosque de **mopanes** que le ocultaba a los ojos de los observadores de la ribera opuesta. Prohibió a sus soldados encender hogueras durante el día. Sólo podían hacerlo de noche, en lo más denso del bosque. En ese lapso mantuvo a sus hombres atareados en la construcción de las balsas que **utilizarían** para cruzar el río. Las copiosas lluvias del norte habían aumentado de tal modo su caudal, que el vado **resultaría** impracticable.

Magón Tellema, el comandante de la guarnición, era un individuo alto, calvo y desilusionado, de piel y ojos amarillentos, como ocurría con todas las víctimas de la fiebre intermitente, **endemia** característica de la zona ribereña. El hombre se **mostró** patéticamente alegre al compartir aquellos días de espera con Huy, y éste, por su parte, obtuvo de él muy buenos **informes**. Todas las noches cenaban juntos. Huy contribuía con el vino que, **en** grandes cantidades, había llevado desde **Zeng**.

—He mantenido a mis patrullas activas, como de costumbre, según ordenaste.

—Magnífico —dijo **Huy**, asintiendo con la cabeza sobre su escudilla, que contenía pescado asado y arroz silvestre—. ¿Has advertido algún movimiento desde nuestra llegada?

—No, señor. Una partida de guerreros poco numerosa cruzó anoche el río y atacó uno de nuestros puestos avanzados. Pero la pusimos en fuga y matamos a cincuenta de ellos.

—¿Qué objeto tienen tales incursiones?

—Las realizan para obtener armas y evaluar nuestro poderío.

—¿Ocurre eso en toda la frontera?

—No, sumo sacerdote... Pero aquí, en **Sett**, tenemos que enfrentarnos a una de las tribus más belicosas: la de los **vendi...** que son unos extraordinarios guerreros. Supongo que recordarás lo ocurrido hace cuatro años, cuando veinte mil de ellos cruzaron el río y, después de aniquilar nuestra guarnición, abandonaron el valle...

—Sí —le interrumpió Huy—. Yo estaba con las legiones cuando nos enfrentamos en **Bhor**.

—¡Ah! Por supuesto. Recuerdo que el número de su legión figuró en la orden de honor —dijo el comandante riendo entre dientes—. De los veinte mil ninguno volvió a cruzar el río.

—Para ser paganos pelearon muy bien —admitió Huy.

—Así es, señor. En todo sentido son excepcionales.. Con el correr de los años se han hecho aún más formidables.

—¿Conoces su ciudad?

—No, señor... Pero tengo muchos espías. Se levanta en los comienzos del acantilado del norte, donde el tributario río **Kal** desciende de la meseta.

—¿Qué población tiene?

—Creo que cincuenta mil habitantes.

—¡Es **numerosa**!

Huy, que tenía la boca llena de pescado, levantó los ojos y miró fijamente al comandante.

—Son una tribu muy numerosa... No **todos viven en la ciudad**. Como cuidan muchos rebaños, están **diseminados en una** vasta área.

—¿Está fortificada la ciudad?

—Su ciudad no es más que una aglomeración **de** chozas, señor. Algunas de ellas están rodeadas de primitivas empalizadas, que las protegen de los animales salvajes.

Una esclava volvió a llenar de vino el cuenco de Huy y se llevó su plato vacío. Huy asió el cuenco con ambas manos y observó, pensativo, el líquido rojo oscuro. Su silencio molestó al comandante, quien, finalmente, preguntó bruscamente :

—¿Es cierto que el rey llegará mañana?

—Sí... Lannón **Hycanus** actuará con mi legión en esta operación.

—Nunca le fui presentado —murmuró el comandante. Huy tuvo entonces una clara idea de la carrera de un viejo oficial condenado a pasar su vida en un insignificante puesto de avanzada, en pleno desierto, sin padrinos ni perspectiva alguna de progreso.

—Le hablaré de **ti** al rey —le prometió Huy. Una patética expresión de agradecimiento se reflejó en los ojos del comandante.

Uno de los **birremes** que patrullaban el río desembarcó por la noche una centuria de hacheros y arqueros en la otra ribera, y antes del amanecer quedaron tendidas las cuerdas a través del curso de agua.

El río en ese punto, de algo más de doscientos metros de anchura, corría, sucio y verde, entre dos empinadas riberas pobladas de árboles, cañas y una densa vegetación.

Las balsas fueron transportadas hasta la orilla y amarradas a las sogas. La legión se embarcó en grupos de quinientos hombres. A continuación los elefantes emprendieron la marcha y las sogas arrastraron suavemente las balsas a través del río.

El cruce se realizó con toda precisión. (No era la primera vez que una legión efectuaba tal maniobra.)

Ocurrieron algunos pequeños percances. Dos **hoplitas** perdieron pie en sus balsas y se hundieron rápidamente bajo el peso de sus armaduras. Una balsa zozobró, y hombres y equipos, entremezclados ruidosamente, cayeron donde el agua era poco profunda, junto a la ribera. Pero todos pudieron llegar a **pie** a la orilla. En otro lugar el brazo de un legionario se enredó en la soga, que casi lo seccionó debajo del codo. Pero el puente quedó terminado antes de la media tarde.

Volviéndose hacia Huy, Lannón exclamó:

—¡Bravo, Pájaro de Sol! Ahora explícame en qué orden se realizará la marcha.

Huy estacionó una cohorte en el lugar en que se inició el cruce y, a modo de aprovisionamiento, dejó allí unas provisiones de tasajo y cereales en sacos de cuero. Su legión estaría **agotada** y hambrienta y tal vez apremiada a su regreso, y si **todo** se desarrollaba según sus planes, tendrían que alimentar muchas otras bocas.

Inmediatamente, protegido por una cortina de infantes y arqueros, emprendió la marcha hacia la ciudad bárbara de Kal.

Allí recogió los frutos de las semanas de adiestramiento a que había sometido a sus tropas, que se habían curtido en su marcha desde **Zeng-Hannón**. Porque aunque el terreno era muy abrupto y estaba cubierto de densas arboledas, la legión se desplazó rápidamente en compactas columnas a razón de ocho kilómetros por hora.

Delante de ellos los exploradores efectuaban reconocimientos para comprobar si alguien ponía sobre aviso a los habitantes de la ciudad. Los pocos centenares de pastores, cazadores y recolectores de raíces que hallaron en su camino fueron exterminados con una silenciosa lluvia de flechas o mediante fulminantes hachazos. Las víctimas quedaron tiradas donde habían caído al lado de la senda y las columnas de soldados apenas repararon en ellas cuando se desplazaron fatigosamente a su lado.

Huy comprobó que se trataba de hombres y mujeres bien formados, que vestían faldellines de cuero y ostentaban en sus mejillas y pechos las características marcas tribales. Como la mayor parte de los individuos del norte, eran de piel negra con reflejos azulados. Algunos habían limado de tal manera sus dientes, que éstos se parecían a los del tiburón. Los hombres iban armados con lanzas arrojadizas y hachas ligeras en forma de media luna.

La legión se detuvo ya de noche para cenar carne cocida y fría y tortas de trigo que los soldados llevaban en sus morrales. Los portadores de vino se desplazaban entre ellos y llenaban sus cuencos.

—¡Mira aquello! —exclamó Huy rozando el hombro de Lannón y señalando las colinas del norte, sobre las cuales el cielo brillaba como si la luna, por error, surgiera en el lado opuesto al habitual. Aquella luz procedía de millares de hogueras.

—Una abundante cosecha —dijo Lannón, asintiendo con la cabeza—. Se cumple la predicción de la bruja.

Huy se estremeció y se sintió incómodo ante aquella alusión a Tanit, pero guardó silencio.

—Sus palabras me han perturbado... Muchas noches he meditado sobre ellas —dijo Lannón, limpiándose la boca y los dedos, llenos de grasa, antes de asir su cuenco de vino—. Ella ha predicho muerte, oscuridad y traición por parte de un amigo.

Tras enjuagarse la boca con vino y escupirlo en el suelo, comenzó a beber.

—Ella no ha predicho nada, majestad... Simplemente respondió a una pregunta —murmuró Huy. Pero Lannón persistía en su idea:

—Es malvada.

—¡Señor! —protestó al instante Huy.

—No te dejes engañar por su bonita cara, Huy.

—Es joven e inocente... —comenzó a decir Hay, pero al ver que Lannón se inclinaba sobre él para examinarle atentamente el rostro, se contuvo.

—¿Qué significa esa bruja para ti, Pájaro de Sol?

—Como mujer, absolutamente nada. ¿Cómo podría significar para mí algo en tal sentido estando como está consagrada a la diosa?

Aunque Huy negó su amor, Lannón, echándose hacia atrás, expresó su escepticismo con un gruñido.

—Escucha... Eres sabio en todo salvo en lo que concierne a las mujeres. Yo te orientaré en tal sentido, amigo mío.

—Eres muy amable conmigo —refunfuñó Huy.

—Aléjate de ella, Huy. Te lo dice quien mucho te quiere. Esa muchacha te hará muy desgraciado.

—Ya hemos descansado bastante —dijo Huy, poniéndose en pie y asegurando la correa de su hacha a la cintura—. Partamos.

Después de medianoche ascendieron a la baja cadena de colinas que constituían el primer tramo del acantilado. Ante ellos se extendía una vasta hondonada, a través de la cual serpenteaba el negro río Kal. La hondonada, bañada por la luna, tenía un matiz plata azulado. El humo de diez mil hogueras se extendía como un pálido mar de niebla más allá del río, conformando una serie de franjas sucesivas en la tranquila atmósfera nocturna.

Los fuegos habían quedado reducidos a meros puntos de color rojo mate que moteaban la ciudad: una gran aglomeración de viviendas primitivas, de informes y sombrías chozas levantadas al azar, sin plan alguno.

—El comandante estimó su población en cincuenta mil habitantes... Creo que su cálculo es bastante aproximado —dijo Huy mirando a través de la hondonada.

Lannón, que estaba a su lado, le preguntó:

—¿Qué piensas hacer?

Huy sonrió a la luz de la luna.

—Tú me has enseñado a cazar, señor. Los comandantes de las cohortes, con sus yelmos ya calaos y envueltos en sus capas, se presentaron muy ceñudos a **recibir** órdenes.

Huy ordenó la formación de una delgada cortina de **infantería** ligera y una cobertura de arqueros.

Durante el día los exploradores habían capturado cuatro **esmirriados** animales pertenecientes a los **vendis**.

—Llevad ese ganado. Recordad la estratagema **de** Aníbal **en** Italia... Nos será muy útil en el gran río.

Lannón rió de buena gana y dio unas palmadas a **Huy** en el hombro cuando oyó su explicación.

—¡Vuela por mí, Pájaro de Sol! —exclamó.

—¡Ruge por mí. Gran León! —contestó Huy, haciendo una mueca, en tanto se colocaba y se sujetaba el yelmo.

Sigilosamente desplazó Huy cuatro mil quinientos hombres de infantería pesada hacia el oeste, donde los desplegó en forma de arco en el límite del bosque situado más allá de la ciudad.

Hacía una hora que estaba durmiendo cuando, al ser sacudido por un centurión, despertó entumecido de frío por el rocío nocturno.

—¡Alerta todo el mundo! —ordenó en voz baja.

La orden pasó de boca en boca. Se produjo un confuso movimiento general a lo largo del límite del bosque cuando los legionarios abandonaron sus hachas, espadas y arcos y echaron mano de mazas como las usadas por los antiguos guerreros.

Huy y Lannón se dirigieron, presurosos, a su puesto de mando en el centro de la línea y, contrayendo sus hombros, se despojaron de sus capas e hicieron flexiones para dar elasticidad a sus helados músculos.

Mientras miraba hacia la ciudad dormida, Huy olió leña quemada, comida y excrementos humanos..., un acre hedor que le obligó a arrugar la nariz. Sólo se oía el solitario ladrido de un perro vagabundo y los gemidos de una criatura insomne y malhumorada.

—Ha llegado el momento —dijo Huy en voz baja. Al asentir Lannón con la cabeza, Huy se volvió y dio la orden respectiva a uno de sus centuriones, quien, inclinándose sobre una olla de arcilla, sopló hasta avivar la llama de los trapos empapados en brea ensartados en la flecha que serviría de señal.

Cuando la llama creció como una flor de fuego, el centurión colocó la flecha en la muesca de la varilla de su arco y la disparó. El dardo trazó una gran parábola en el cielo nocturno. Idéntica señal se repitió a lo largo de la línea de guerreros, muchas llamas anaranjadas ascendieron brevemente en la oscuridad. Pero la ciudad siguió sumida en el silencio.

—No han apostado centinelas ni piquetes —señaló Lannón en tono despectivo.

—Son bárbaros —comentó Huy con indulgencia.

—Merecen ser esclavos —dijo Lannón.

—Vivirían mejor como esclavos —convino con él Huy— Les vestiremos, alimentaremos e iniciaremos en el culto de los dioses verdaderos.

Lannón asintió con la cabeza.

—Hemos venido a liberarles de las tinieblas y a conducirlos hacia el Sol.

Y tomó con su mano derecha las pesadas mazas que tenía en la izquierda.

Súbitamente por el este surgió de la floresta una despavorida masa de animales que mugían enloquecidos. En sus cuernos ardían antorchas de brea y pasto y en sus colas llameantes ramas secas. A aquella barahúnda se unían los aullidos de una fila de guerreros. En su conjunto, configuraban un cuadro infernal, envuelto en polvo, humo y fuego.

Los animales se precipitaron sobre la ciudad; derribaron las frágiles chozas de ramas, propagaron su fuego por todas partes y pisotearon a los semidormidos y desnudos vendis que se cruzaron en su camino. Detrás de ellos los guerreros apaleaban a los supervivientes, que caían en el suelo polvoriento y revuelto por las pezuñas de los animales.

Desde la ciudad llegaba hasta los oídos de Huy una persistente oleada de gemidos, brotados de millares de atemorizadas gargantas. Asimismo escuchaba el tamborileo de innumerables pezuñas en plena carrera, y vio surgir llamas y chispas amarillas en el cielo nocturno procedentes de las chozas, reseca como yesca.

—¡Estrechad filas! —gritó Huy a los hombres que le seguían en la oscuridad—. No dejéis resquicios en la red para que no se escabulla un solo pez.

La noche se estremecía entre ruidos, llamas y cosas que se movían. El fuego se propagó velozmente y envolvió la escena en un tembloroso fulgor anaranjado. Los vendis corrían, se arremolinaban y chillaban a medida que la torva línea de depredadores descendía sobre ellos. De pronto los garrotes se elevaron y cayeron. El ruido de huesos quebrantados era semejante al que producían las hachas de los leñadores en los bosques. Los negros y desnudos vendis se desmoronaban y quedaban inertes bajo la luz cegadora del incendio o se arrastraban y retorcían y exhalaban quejidos.

Una mujer, con un niño apretado contra su pecho, al ver acercarse la implacable fila de soldados, echó a correr alocadamente como un gamo que huera espantado de su madriguera Y se lanzó en medio de las altas y rugientes llamas de una hoguera de bardas. Al instante ardió como una antorcha, su cabello se encendió y después de proferir un solo alarido cayó, quemada ya e irreconocible, entre las llamas.

Aquella escena aplacó la sed de sangre de Huy y congeló su odio, convertido ahora en disgusto y repulsión.

—¡Más espacio! —gritó—. ¡No tan fuerte!

Lentamente decreció la confusión y empezó a imperar la calma. Los jefes de esclavos ordenaron a los cautivos en hileras y en cuclillas. La infantería despejó la ciudad. Las llamas se apagaron por sí mismas. Sólo restaban del incendio negros montículos de cenizas humeantes.

Después vino la alborada..., un amanecer rojo y colérico cubierto de humo negro.

Cuando Huy entonó el himno a Baal, los gritos y lamentos de los cautivos se mezclaron con las voces de los legionarios.

A continuación Huy se precipitó en la zona devastada para organizar la retirada. El joven Bakmor ya había cruzado de nuevo el río con dos cohortes, arreando un inmenso conjunto de animales. Huy calculó que habría allí unas veinte mil cabezas de ganado pequeño y enclenque. Huy ordenó a Bakmor que, tras conducir el ganado a través del río, regresara para cubrir la retirada.

Él, por su parte, tendría que dirigir a las indóciles columnas de esclavos, que avanzarían sin duda con suma lentitud. El trayecto que a la ida habían recorrido en un día y una noche, no podrían cubrirlo a su regreso en menos de dos o tres días. Había que encadenar a los esclavos capturados, los cuales, nada habituados a las cadenas, se moverían muy torpemente. Cada hora de demora haría que la legión, pesadamente armada, fuera más vulnerable a un ataque de represalia.

Un centurión, con la barba chamuscada y su túnica ennegrecida por el humo, se aproximó a Huy.

—¡Señor! —dijo.

—¿Qué ocurre?

—Los esclavos... Hay muy pocos jóvenes entre ellos. Huy se volvió para observar a varios de los pequeños y negros integrantes de la masa de cautivos, cuyas ligeras cadenas en los pies conformaban un festón metálico. Todos tenían grilletes en sus cuellos, como podencos atraillados.

—Sí —dijo.

De pronto advirtió que la mayoría eran jóvenes inmaduros y mujeres. Los jefes de esclavos habían desechado a los viejos y a los débiles. Pero muy pocos eran guerreros o estaban en edad de guerrear. Huy interrogó en su idioma nativo a un joven de brillante aspecto que se destacaba entre sus esmirriados compañeros.

—¿Dónde están los guerreros?

El joven se sobresaltó ante aquella pregunta formulada en su propio idioma. Bajó los ojos con aire hosco y no contestó. El centurión desenvainó a medias su espada.

Al oír el roce del acero en la vaina, el muchacho levantó los ojos, acobardado.

—Otra gota de sangre nos importaría muy poco—le advirtió Huy.

El muchacho vaciló un momento, y por último dijo:

—Han ido a cazar búfalos al norte.

—¿Cuándo regresarán? —le preguntó Huy.

—No sé —respondió el esclavo encogiéndose sugestivamente de hombros.

Huy tenía ahora otro motivo, más importante aún que el anterior, para apresurar el regreso. Las fuerzas de combate de los vendis estaban intactas, y aquella alta columna de humo atraería sus miradas como la carne muerta a los buitres.

—Que se pongan en pie y echen a andar —ordenó Huy al centurión, y se alejó rápidamente.

Lannón, que acababa de surgir de la humareda, se dirigió hacia Huy, seguido de sus escuderos y varios soldados.

Una simple ojeada a su rostro, ceñudo y rojo de cólera, bastó para poner en guardia a Huy.

—¿Has ordenado tú a los jefes de esclavos que perdonaran la vida a los incapacitados?

—Sí, señor —respondió Huy, molesto por los berrinches y rabietas del rey en un momento en que había otros problemas más importantes que resolver.

—¿En virtud de qué facultad? —le preguntó Lannón.

—En virtud de una facultad inherente a mi cargo de comandante de una legión en operaciones —le respondió Huy.

—Yo he ordenado un incendio.

—Pero no una masacre de ancianos y enfermos.

—Quiero que todas las tribus sepan que por aquí pasó Lannón.

—Prueba de ello serán estos viejos, que en vez de constituir una carga para nosotros, lo serán para ellos —dijo Huy abruptamente.

Lannón se irguió. Huy advirtió que ardía de indignación. Le asió inesperadamente de un brazo, como un conspirador.

—Majestad —le dijo—, debo decirte algo muy importante —y antes de que Lannón estallara de cólera lo llevó aparte—. Los regimientos vendis nos eludieron y ahora están desplegados en orden de batalla.

Lannón olvidó su cólera.

—¿A qué distancia de nosotros están? —preguntó.

—Lo ignoro... Pero estoy seguro de que cuanto más prolonguemos esta conversación, más cerca estarán.

Era ya más de mediodía cuando, concluido el marcado de esclavos éstos se pusieron en movimiento. Los jefes de esclavos se presentaron en el puesto de mando de Huy y, al sumar sus datos, se comprobó que el número de cautivos ascendía a veintidós mil.

A pesar de las órdenes de Huy, en el sentido de mantener perfectamente en columna y bajo control a los esclavos, las filas de vendis encadenados, que se extendían a lo largo de seis kilómetros, avanzaban con una lentitud desesperante. A la manera de un tullido ciempiés, se arrastraban sinuosa y penosamente a través de las colinas y más allá de éstas, por el difícil y escabroso suelo del valle.

El primer ataque del enemigo, que se produjo hacia la medianoche del primer día de marcha, sorprendió a Huy, porque, aunque éste había tomado todas las precauciones necesarias para pasar la noche en territorio enemigo, en ningún momento pensó que los vendis atacarían con tal violencia. Unos cuantos centinelas degollados, varias flechas disparadas por hombres emboscados, incluso algún ataque a un punto débil y la inmediata retirada de los agresores, era cuanto figuraba en sus cálculos previos. Sin embargo, el enemigo atacó en gran escala de acuerdo con un definido plan táctico y dispuesto a causar las mayores bajas posibles.

Sólo su disciplina y su gran capacidad combativa evitaron que su legión se dispersara ante el ruidoso torrente que cayó sobre ella desde la oscuridad. Durante dos horas los legionarios cerraron filas y lucharon estimulados por las trompas y los gritos de los centuriones, que vibraban en la atmósfera nocturna.

—¡A mí la Sexta!

—¡Firme la Sexta!

—¡La Sexta no cede!

Cuando la luna iluminó el campo de batalla, los atacantes se retiraron desordenadamente al bosque, y Huy se pa-

seó a grandes zancadas entre sus cohortes para evaluar la situación.

Los vendis muertos fueron amontonados boca abajo en torno al rectángulo de terreno que habían ocupado las cohortes. A la luz de las antorchas los hombres encargados de despejar el campo de batalla remataron rápidamente con sus espadas a los heridos, en tanto otros atendían a sus propios lesionados y se disponían a incinerar a los muertos. Huy sintió un gran alivio al comprobar las pocas bajas causadas por el enemigo a los defensores y el elevado precio que había tenido que pagar por su ataque.

Aprovechando la confusión del momento, muchas filas de esclavos encadenados, al oír los gritos de los atacantes, huyeron rápidamente mediante un movimiento concertado. Sin embargo, los restantes —más de dieciséis mil— chillaban de miedo, hambre y sed.

Después de encender las piras, los legionarios reanudaron la marcha entonando el cántico en loor de Baal. Poco menos de una hora después de la salida del sol resultó evidente la táctica que emplearían los vendis durante el resto del día. Cada punto importante del trayecto estaba ocupado por grupos de arqueros y lanceros, a los que costaba mucho desalojar. Aunque los hacheros de Huy les obligaban a retroceder, la legión era simultáneamente atacada por los flancos y por la retaguardia por considerables fuerzas enemigas.

—Que yo sepa, nunca ha ocurrido nada semejante —protestó Lannón en uno de los intervalos de calma y mientras se quitaba el yelmo para airear sus rizos empapados en sudor y se enjuagaba la boca con vino—. Actúan como tropas bien adiestradas y disciplinadas.

—Es un hecho insólito... —convino Huy en tanto tomaba un paño húmedo de manos de uno de sus escuderos. Su rostro y sus brazos, así como también la pala y el mango de su hacha en forma de buitre, estaban moteados de salpicaduras de sangre negra y seca.

—Responden a una dirección y a un propósito determinados... Nunca he visto que una tribu se reagrupara después de ser dispersada por una carga. Jamás les vi regresar luego de un recio castigo.

Lannón escupió el vino en el suelo.

—Quizá nos divirtamos más de lo que esperábamos antes de que termine el día.

Lannón rió, anticipándose a los acontecimientos, y entregó el cuenco de vino a Huy.

La senda en cierto lugar cruzaba un angosto curso de agua y era flanqueada por dos colinas simétricas y redondas como pechos de mujer. En el vado y sus proximidades encontraron dieciséis lanzas clavadas en tierra, en las que habían sido ensartadas otras tantas cabezas de legionarios pertenecientes a las cohortes que, bajo el mando de Bakmor, habían partido antes arreando el ganado.

—También Bakmor ha pagado algún precio —señaló Huy en tanto observaba a los hombres que, tras arrancar de las lanzas las cabezas cercenadas, las envolvían rápidamente en capas de cuero.

—Dieciséis bajas en una fuerza de mil doscientos hombres no son nada en comparación con las pérdidas sufridas por Aníbal en el lago Trasimeno —observó Lannón despreocupadamente—. Esta acción cruel delata su intención de defender el vado... Mala táctica. Pájaro de Sol.

—Puede ser, señor —admitió Huy, que acababa de captar, sin embargo, la impresión causada en sus hombres por las gargantas rojas y desgarradas y los ojos desorbitados y opacos de aquellos dieciséis trofeos de guerra. Todos ellos habían sentido escalofríos.

El vado fue defendido, como predijo Lannón, por una fuerza que Huy estimó en el doble de la que él comandaba. Ocurrió cuando sus hombres avanzaban continuamente hostilizados desde los flancos y la retaguardia por el enemigo. Dos veces retiró Huy del rojo lodo del vado a su infantería y a sus hacheros para que descansaran. Ahora hacía un calor infernal y sus legionarios estaban rendidos.

Lannón había sido herido por una lanza, que penetró hasta uno de sus pómulos. La herida parecía mucho más grave de lo que en realidad era y su barba estaba llena de sangre y polvo. Un médico estaba cosiendo los labios de la herida cuando Huy se incorporó al grupo que rodeaba al rey. Lannón respondió con un cacareo a su ansiosa pregunta.

—Dejará una interesante cicatriz... —y luego dijo a Huy sin mover la cabeza—: Acabo de dar con la clave del enigma, Huy. ¡Hela allí!

Y señaló por encima del curso de agua a la más próxima de las dos colinas, cuya cresta se hallaba fuera del alcance incluso de cualquier flecha perdida, a unos trescientos cincuenta metros de distancia.

Aunque las laderas de la colina estaban cubiertas de árboles, su cumbre semejaba una redonda y pelada cúpula de granito. Sobre ésta había en ese momento un pequeño grupo de hombres reunido en torno a una figura central.

Huy recordaría siempre a aquel hombre, tal como lo vio en ese fatal mediodía, sobre la cumbre de la colina situada junto al vado.

La distancia no le empequeñecía en la misma medida que a los que le rodeaban. Por el contrario, de un modo extraño, lo tornaba más imponente. Era un individuo enorme, al que los otros apenas llegaban al hombro. Los engrasados y negros músculos de su pecho y sus brazos brillaban al sol. El gran penacho de azules plumas de garza que adornaba su cabeza ondeaba majestuosamente al viento. Vestía un corto faldellín de piel de leopardo. Pero, aunque no hubiese vestido de esa manera, Huy no hubiera dudado que se trataba de un rey.

—¡Ah! —exclamó en voz baja.

Algo se agitó en su interior, una cosa fría y solapada que se desenroscaba como una serpiente. En la cresta de la colina el rey vendí realizó un amplio movimiento con uno de sus brazos y después apuntó con su pesada lanza de guerra hacia el vado. Evidentemente se trataba de mía orden porque, de pronto, del círculo que le rodeaba se destacó un mensajero que echó a correr cuesta abajo.

Finalmente las tribus vendi han encontrado un jefe —dijo Huy— Debí preverlo.

—Apodérate de él —le ordenó Lannón—. Necesito a ese hombre. Es indispensable que lo apreses.

Huy percibió un matiz nuevo y tan extraño en la voz de Lannón que miró a éste perplejo. Casi instantáneamente comprendió que las sombras que empañaban sus ojos celestes no se originaban en el dolor que le producía la tosca sutura de su mejilla, sino en algo muy distinto... Por primera vez desde que le conocía, Huy advirtió que Lannón sentía pánico.

Huy escogió el momento cuidadosamente: la hora previa al anochecer, cuando las sombras se alargaban y la luz era incierta.

Durante la tarde realizó escaramuzas en el vado con fuerzas equivalentes a media cohorte, en tanto mantenía en reserva el grueso de su legión en el denso bosque situado a orillas del curso de agua. Este grupo de reserva pasó la ardiente tarde a la sombra de los árboles, comiendo, bebiendo y afilando sus armas, mientras Huy preparaba su golpe de mano. Para éste eligió a los cincuenta mejores soldados, a quienes llamó por sus nombres y condujo fuera del alcance de las miradas de los hombres de la colina.

Después de raspar las cacerolas para extraer el grueso y negro hollín acumulado en ellas, mezclaron éste con aceite de cocina, formando una espesa pasta. Como ésta no era suficiente para untar la piel de cincuenta hombres, embadurnaron sus brazos y piernas con negro lodo obtenido en el río. A cada uno de los cincuenta individuos, completamente desnudos, se le colocó un grillete de esclavo en el cuello, en el que una frágil ramita reemplazaba a la habitual traba de metal. No llevarían escudo, pero sí armas que, cubiertas con barro del río Para evitar los reflejos metálicos, ataron a sus espaldas a fin de correr con las manos libres.

—Recordad que no sois legionarios, sino esclavos —les dijo Huy—. Corred, pues, como esclavos, es decir, como perros apaleados.

Mientras salían del bosque y echaban a correr hacia el río, Perseguidos por cincuenta legionarios, proferían gritos de terror y evitaban las flechas intencionadamente desviadas que caían a su alrededor. De esa manera llegaron a la ribera, a unos trescientos sesenta metros corriente arriba del vado. Ya en el río, unidos entre sí por una larga cadena, comenzaron a atravesarlo trabajosamente. El rey vendí, al observar su fuga desde su puesto de observación, envió dos grandes contingentes de arqueros y lanceros para que los protegieran mientras cruzaban el río.

A continuación se entabló una pequeña y furiosa batalla en la ribera alta del río. Aprovechando aquella confusión, el grupo de falsos esclavos llegó a la orilla opuesta, donde se ocultó en la floresta. Cuando el pequeño destacamento de vendis allí apostado advirtió el engaño, los hombres de Huy dejaron sus cadenas y se lanzaron vertiginosamente sobre los vendis, con quienes entablaron una terrible y silenciosa lucha cuerpo a cuerpo.

Sin oposición alguna, los hombres de Huy llegaron al pie de la colina en que se hallaba el jefe vendí. Agrupados, fueron conducidos por Huy rápidamente a la parte opuesta de la colina. Como habían corrido mucho, Huy les permitió descansar varios minutos. El agua del río había hecho desaparecer el barro de sus brazos y piernas, y el hollín y el aceite, al mezclarse con su sudor, formaba franjas que les daban un aspecto salvaje y desesperado.

El clamor de la refriega del río habíase extinguido y el bosque se hallaba sumido en una calma total cuando Huy empezó a trepar por la colina a la cabeza de su contingente. Los centinelas allí apostados repararon en aquellas figuras fantásticamente embadurnadas de negro cuando ya era demasiado tarde.

Debajo de la desnuda cúpula de granito Huy se detuvo de nuevo, a la espera de la maniobra divisoria de Lannón. Los lejanos gritos y el apagado rumor metálico provenientes del vado eran casi absorbidos totalmente por la distancia y la colina intermedia.

—Ahora. Todos a una —dijo Huy en voz baja.

Acto seguido salieron velozmente del bosque y echaron a correr cuesta arriba, en dirección a la cúpula de granito. Huy abría la marcha saltando ágilmente como un viejo mandril de largos brazos.

Cuando se hallaba a unos quince metros de la cresta, el rey vendí, al presentir su presencia, giró sobre sí mismo y se encontró frente a Huy. Al momento previno a gritos a su estado mayor, pero Huy se arrojó sobre él como un terrier sobre la garganta de un león. Dos guardias de la escolta del rey saltaron para intervenir, pero Huy giró ligeramente la muñeca de la mano con que sostenía el hacha, que se hallaba a mitad de camino en otra dirección. El filo del hacha gimio al cambiar de rumbo, *mató a* uno de los guardias y cercenó de un solo golpe, más arriba del codo, el brazo con que el otro esgrimía su lanza. Libre ya de los dos asistentes, Huy se dedicó exclusivamente al rey.

Éste era un hombre enorme, quizá el individuo más grande que Huy había visto en su vida. Su piel negra emitía *reflejos* purpúreos. Los músculos de sus hombros y brazos, apelotonados, estaban anudados entre sí. Los tendones de su cuello resaltaban como cuerdas en dirección a su gran mandíbula. Su cabeza era redonda como un canto rodado y, donde no estaba cubierta por la redecilla, aparecía negra y reluciente, sin un solo pelo.

El rey *vendi* avanzó ligeramente agachado al encuentro de Huy. Sus negras y vigorosas piernas se deslizaban sinuosamente sobre el terreno. Su faldellín de piel de leopardo se movía como un remolino. El hierro de su terrible lanza brillaba como deseando hundirse en el suave vientre de Huy. Con la agilidad de un leopardo reaccionó instantáneamente ante la embestida de Huy. La potente y salvaje energía que de él trascendía impulsó a Huy a contenerse y a girar instintivamente hacia un *.* lado. El hierro de la lanza dio en el vacío, pero en el lugar exacto que Huy acababa de abandonar.

El gigantesco negro gruñó y sus sombríos y amarillos ojos se clavaron en Huy. Otra vez embistió, pero Huy saltó lateralmente. El hierro de la lanza silbó junto a su oído. Sin pérdida de tiempo, Huy saltó hacia el *vendí*. La mortal punta de su hacha se deslizó sobre las expuestas rodillas del gigante. La negra piel con reflejos purpúreos se abrió y, durante un brevísimo instante, Huy vio un hueso blanco en las profundidades de la herida. Luego un chorro de sangre negra lo ocultó. El rey rugió de dolor y comenzó a tirar lanzazos contra el moscardón que revoloteaba a su alrededor. Sus golpes y embestidas eran cada vez más torpes y furiosos. Huy le hostigaba aguardando su oportunidad. Cuando ésta llegó, Huy, lanzándose bajo el círculo trazado por la lanza del *vendí*, exploró con la punta de su hacha la ingle del *vendi*, en busca de la arteria femoral. El cincelado acero se hundió, sin embargo, en la tensa carne un centímetro más allá del lugar en que se hallaba la arteria. No obstante, su golpe hizo caer al rey sobre una rodilla. Huy se apartó para eludir el contacto de su cuerpo. Su hacha se elevó *muy* arriba y apuntó hacia el negro cráneo del rey arrodillado, con el objeto de rajarlo hasta el pecho.

—¡Por *Baal*! —gritó Huy, bajando el arma. Pero *repentinamente*, antes de que el hacha llegara a destino, cambió de *idea*.

Huy nunca supo por qué se contuvo e inclinó el hacha de manera que golpeará de plano a su enemigo, ni tampoco por qué amortiguó la velocidad del arma, que dio en el cráneo del rey con fuerza suficiente para derribarle boca abajo, pero demasiado débilmente para hundir su gran cabeza redonda hasta el hueso.

En seguida dio un salto atrás. Una rápida ojeada le permitió comprobar que los acompañantes del rey yacían sin vida sobre la cúpula de granito y que sus legionarios, agrupados a su alrededor, descansaban apoyados en sus espadas tintas en sangre.

El golpe había sido sorpresivo y aplastante.

Girando sobre sí mismo *Huy* corrió hacia el punto más alto de la colina. Desnudo y lleno de barro y hollín, blandió el hacha por encima de su cabeza. Sus soldados le vitorearon y saludaron desde lejos agitando sus armas. En el vado, una trompa anunció la reanudación de la marcha. Su convocatoria fue repetida a gritos de cohorte en cohorte.

Lannón encabezó la primera oleada a través del vado. La legión embistió violentamente a las tribus sin jefe, las hendió en varias partes sin hallar casi oposición y las arrinconó contra las colinas. Al ver caer a su rey, aquéllas habían perdido todo espíritu de lucha, convirtiéndose en una turba desorganizada.

Desde la cumbre de la colina Huy vio cómo *Lannón* lanzaba sus dos últimas cohortes de reserva en el momento preciso. Los *vendis*, despavoridos, arrojaron sus armas y retrocedieron atropelladamente, lanzando gemidos, hacia la única vía de escape, entre las colinas.

En ese momento el joven y hermoso *Bakmor* salió del bosque, al frente de las dos cohortes con las que había arreado el ganado hacia el gran río, y desplegó sus hombres en forma perfecta ante aquella única salida. Su intervención fue muy oportuna. Huy observó con reacia aprobación profesional sus movimientos.

Cuando el sol rozaba ya el horizonte, en un esplendoroso estallido rojo y púrpura, las trompas anunciaron

nuevamente la reanudación de la marcha.

La matanza y la caza de esclavos duró hasta **la** medianoche.

Huy cruzó el río con su legión y la turba de esclavos salvajes, en **Sett**, en las balsas tiradas por los elefantes. Después de la batalla del vado el regreso se efectuó sin enemigos a la vista. Los regimientos vendis habían sido destrozados y sus jefes muertos o capturados. Lannón estaba eufórico.

—¡Pájaro de Sol, esto supera con creces lo que esperaba de **ti!** —le dijo a Huy—. Ni siquiera yo había sospechado la existencia de un enemigo tan peligroso **en** mis fronteras. Si le **dejamos** aquí un año más, únicamente los dioses saben lo que **habría** pasado.

—**Baal** me ha sonreído —dijo Huy modestamente.

—También Lannón **Hycanus** —le aseguró éste—. ¿A cuánto asciende la cosecha? ¿No ha hecho aún el recuento el viejo Rib-Addi?

—Espero que sí, señor.

—Envía por él.

Poco después apareció **Rib-Addi**, con sus recelosos ojillos de tenedor de libros, sus rollos y sus dedos manchados de tinta, y empezó a leer las listas de ganado y esclavos de todos los tipos, perfectamente clasificados por los jefes de esclavos.

—Los precios serán muy bajos, señor —señaló Rib-Addi en tono pesimista—, porque las otras legiones han obtenido un gran tributo por parte de las tribus del lado opuesto del río. Pasarán dos o tres años antes que los mercados de **Opet** absorban tanta riqueza.

—Sin embargo, la parte del botín tomado **por la Sexta Ben-Amón** debe ser considerable, Rib-Addi.

—Así es, señor.

—¿Cuánto? —le preguntó Lannón imperiosamente. , Rib-Addi se mostró alarmado.

—Sólo podría dar a su majestad una cifra provisional.

—**Dila**, pues —le invitó Lannón.

—Como máximo ascendería a veinticinco mil dedos..., y como mínimo, a...

—Serías capaz de decir que un vaso de alabastro lleno de perfume huele a estiércol —le regañó Lannón—. No me digas la cifra mínima.

—Como su majestad ordene —dijo Rib-Addi haciendo una reverencia.

Lannón se volvió hacia Huy y oprimió su hombro.

—Tu parte asciende al uno por ciento, Pájaro de Sol, o sea, a doscientos cincuenta dedos... ¡Por fin eres un hombre rico! ¿Qué piensas al respecto?

—Pienso que esa suma no es para marearse —respondió Huy, haciendo una mueca.

Lannón rió de buena gana, en tanto se volvía hacia Rib-Addi.

—Anota en tu libro, viejo, que Lannón Hycanus otorga la **mitad** de su parte del botín al comandante de la legión Huy **Ben-Amón** por la brillante forma en que ha dirigido esta **campana**.

—Señor, de esa manera recibirá el cinco por ciento —**protestó** con vehemencia Rib-Addi—. ¡Su recompensa ascenderá a **más** de mil dedos!

—Ya he estudiado perfectamente el asunto —le tranquilizó **Lannón**.

El tenedor de libros hubiera querido seguir protestando, pero al ver el rostro de Lannón cambió de idea.

—Lo anotaré, señor —musitó.

Huy se acercó al rey y se arrodilló ante él en señal de agradecimiento.

—¡Levántate! —le ordenó Lannón sonriendo—. No te rebajes ante mí. Eres mi amigo.

Huy se situó junto al escabel de Lannón cuando éste llamó uno por uno a los oficiales, que fueron recompensados por su destacada actuación en el combate.

Roído por la avaricia, apenas **daba crédito a su buena** suerte.

Era rico... Sí, ¡rico! Debía, pues, ofrecer un sacrificio **a los** dioses ese mismo día... Un toro blanco, por lo menos.

Según **Rib-Addi** había señalado, el mercado estaba abarrotado. Por consiguiente, podría adquirir el animal a bajo precio. De pronto recordó que era rico y que no tenía por qué hacer economías.

Ahora podría darse el lujo de poseer todas las cosas que siempre había deseado... Y aún le sobraría para comprar una finca en las terrazas de **Zeng** y participar en la explotación de una de las galeras comerciales de **Habbakuk-Lal**. También podría obtener un asiento en alguno de los sindicatos de las minas de oro, que constituiría una segura renta vitalicia... No más parches en sus túnicas ni racionamiento de carne en su casa. No

más vinos agrios y baratos, como los que solía beber en las tabernas del puerto. Súbitamente su mente dio un salto en otro sentido: ya no dependería de la hospitalidad de Lannón y de la buena voluntad de sus jóvenes esclavas... Ahora tendría una propia... ¿Una? Dos..., tres, ¡maldita sea! Y las tres jóvenes, bonitas y obedientes. Su cuerpo entero se agitó. También podría casarse. Incluso las hijas de los nobles no repararían en su giba, deslumbradas por su oro.

De pronto, al recordar a **Tanit**, se desvanecieron en su mente las fantasmales imágenes de sus posibles esclavas y esposas y su alma se entristeció, porque las sacerdotisas de **Astarté**, por estar consagradas a la diosa, no podían casarse. Súbitamente Huy no se sintió tan rico como un momento antes.

—¿No escuchas a tu rey cuando te habla? —le preguntó Lannón.

Huy se estremeció, sintiéndose culpable.

—Perdona, señor, estaba soñando.

—Ya es hora de volver a la **realidad** —dijo Lannón.

—¿Qué ocurre. Gran León?

—He dicho que deberíamos enviar por el bárbaro... hablar **con** él antes de que se reúna la legión.

Huy miró a sus cohortes, que estaban formadas en un es' pació cuadrado ante el toldo de cuero bajo el cual se hallaba Lannón. Los estandartes de las legiones brillaban al sol. Los **jefes** descansaban ante sus hombres, en tanto aguardaban expectantes. Huy exhaló un suave suspiro y dijo:

—Se hará lo que el Gran León desea.

—Ordénale que venga —dijo Lannón en tono imperativo. El prisionero tenía grilletes en el cuello, las muñecas y los tobillos. Una simple ojeada bastábales a los jefes de esclavos para determinar si un prisionero era peligroso. Dos de ellos tiraban de las cadenas unidas al grillete del cuello.

El vendí era tan enorme como lo recordaba Huy, aunque su piel le pareció ahora más oscura. Además, sobresaltado, advirtió que era mucho más joven de lo que le había parecido anteriormente. Su corpulencia y su enérgica expresión le hacían aparecer mayor de lo que era. Evidentemente había luchado contra los hierros que le oprimían porque su carne estaba desgarrada en varias partes y la piel próxima a sus inexorables grilletes estaba muy sucia. La herida de su ingle había sido toscamente cubierta con hojas y corteza de árbol. A través de éstas comenzaban a filtrarse las primeras gotas amarillas de la putrefacta herida, y la carne en torno de aquélla estaba hinchada y endurecida. Aunque cojeaba y sus cadenas rechinaban grotescamente a cada paso que daba y pese a que los jefes de esclavos tiraban de él como si fuera un animal en cautiverio no cabía duda de que se trataba de un rey. Al llegar ante Lannón inclinó ligeramente su grueso cuello lleno de tendones. Sus ojos echaban chispas. Incluso el blanco de éstos parecía sombreado por un vaho amarillento y surcado por una diminuta red de vasos sanguíneos. El odio con que miraba a sus **capturadores** parecía tener la consistencia de una cosa palpable.

—¿Has capturado tú esta... gran bestia negra? —le preguntó Lannón a Huy, observando al gigante con la misma ferocidad con que éste le miraba a él—. ¿Le apresaste sin ayuda?

Lannón movió la cabeza con aire de duda y se volvió hacia **Huy**, pero éste estaba examinando atentamente al rey vendí.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Huy en voz baja.

La gran cabeza redonda giró hacia él. Los feroces ojos **del** Prisionero sostuvieron su mirada.

—¿Cómo sabes la lengua de los vendis?

—Sé muchas lenguas —respondió Huy—. ¿Quién **eres**?

—Soy **Manatassi**, rey de los vendis. **Huy** tradujo la frase a Lannón.

—**Dile** que ha dejado de ser rey —le espetó **Lannón**. **Manatassi** se encogió de hombros y sonrió de una manera aterradora porque, aunque sus gruesos labios purpúreos se entreabrieron para exhibir sus fuertes dientes blancos, sus ojos seguían destilando odio.

—Cincuenta mil guerreros **vendis** **siguen** considerándome su rey —replicó.

—Eres el rey de un pueblo esclavo —dijo Lannón, riendo, y volviéndose hacia **Huy**, siguió—: ¿Qué hacemos, **Huy**? ¿No crees que sería peligroso perdonarle la vida?

Huy apartó sus ojos del rey prisionero y trató de pensar lógicamente. Le resultó muy difícil porque, súbitamente, experimentó una gran interés por Manatassi..., un interés de propietario. Le atraían su vigor y su personalidad, sus brillantes dotes militares y su astucia, su talento y el fuego latente en las profundidades de su ser. Huy le había apresado y podía reclamarle en propiedad, incluso ante Lannón. En realidad se sentía tentado a hacerlo porque consideraba que se le presentaba una magnífica oportunidad. En efecto, si educaba y civilizaba a aquel joven, podría hacer de él un hombre extraordinario. De pronto se estremeció, en tanto una nueva idea se

abría camino en su interior.

—Pienso que es peligroso —dijo Lannón, respondiéndose a sí mismo—. En cuanto lo vi sobre la colina, frente al vado, comprendí que era peligroso..., terriblemente peligroso. Creo que no debemos perdonarle la vida, Huy... Podría ser un magnífico mensajero ante los dioses. Lo dedicaremos a Baal y lo enviaremos en calidad de mensajero para que exprese al dios nuestro agradecimiento por el feliz resultado de nuestra campaña.

—Señor —Huy bajó la voz para que le oyera únicamente Lannón—. Me gusta este individuo y creo que yo podría iniciarle en el culto de los verdaderos dioses. Es joven, señor... De manera que podría moldearlo según mis deseos. Cuando terminara yo de plasmarle podríamos reintegrarlo a su pueblo.

—¿Has perdido la cabeza? —Lannón lo miró, atónito—. ¿Después de lo que nos ha costado capturarlo vamos a devolverle a su pueblo?

—Podría ser nuestro aliado. —Huy se desesperaba por tornar viable su idea—. Por mediación de él sería factible que firmáramos un tratado con todas las tribus. Además, tal vez aceptara defender nuestra frontera septentrional.

—¿Tratados con bárbaros? —Lannón se encolerizó—. ¿Qué estupideces estás diciendo? La mejor manera de defender nuestra frontera norte consistirá en poseer una mano fuerte y una buena espada.

—Te ruego que me escuches, señor.

—No, Huy. No quiero hablar más de este asunto. Este hombre debe morir... Lo más pronto posible —dijo Lannón, poniéndose en pie—. Que todo esté listo para el anochecer.

Y se alejó a grandes zancadas.

--Disolvió la formación —ordenó Huy a los comandantes, al tiempo que indicaba con un movimiento de cabeza a los jefes de esclavos que se llevaran al cautivo. Pero Manatassi se adelantó, arrastrando con sus cadenas a aquellos.

--¡Gran señor! —exclamó Manatassi, dirigiéndose a Huy, quien se volvió sorprendido al verse tratado tan respetuosamente.

--¿Qué pasa? —le preguntó Huy.

--¿Muerte? —dijo Manatassi.

Huy asintió con la cabeza.

—Muerte —admitió en voz alta.

—Pero me has defendido —insistió Manatassi. Huy volvió a asentir con la cabeza.

—¿Por qué? —le preguntó el rey esclavo. Huy, que no sabía qué contestarle, extendió sus manos de una manera que sugería cansancio e incertidumbre.

—Dos veces me has protegido —dijo el rey prisionero—. Primero, cuando me diste de plano con el hacha para no matarme, y ahora, cuando has intercedido en mi favor... ¿Por qué?

—No sé. No podría explicarlo.

—Es que sientes el vínculo... que nos une —dijo Manatassi, bajando su voz, que retumbó más suavemente—. El vínculo de los espíritus... Lo has sentido.

—No —dijo Huy moviendo la cabeza.

Acto seguido se fue precipitadamente a su tienda, donde permaneció casi toda la mañana, trabajando en sus rollos, en los que registró toda la campaña: el incendio y la batalla del vado. Luego enumeró los honores conferidos a quienes se distinguieron en el combate, los esclavos capturados, el botín y la gloria... Sin embargo, no se atrevió a describir a Manatassi, el hombre que moriría dentro de poco sin dejar el menor rastro en la mente de los hombres. Su única mención del rey condenado a muerte se concretó a través del calificativo de «bestia negra» que le había aplicado Lannón.

A mediodía comió con Bakmor y varios jóvenes oficiales. Pero su estado de ánimo se contagió a los demás y así estropeó la comida. La conversación fue trivial e intermitente. Después de almorzar estudió durante una hora con su ayudante e intendente los problemas de la legión y posteriormente se ejercitó con su hacha hasta que su cuerpo quedó bañado en sudor. Por último, raspó y aceitó su piel y, colocándose su limpia túnica de victimario, se dirigió hacia la tienda de Lannón. Éste se hallaba conferenciando con un grupo de asesores y oficiales, sentados en semicírculo ante él, sobre pieles y cojines. Al ver entrar a Huy, el rey levantó la vista, sonrió y lo llamó.

—Siéntate a mi lado, Pájaro de Sol. Quiero conocer tu opinión sobre cierto problema.

Huy se sentó junto a Lannón y durante un rato comprobó cómo aquél resolvía de manera drástica y lógica los problemas de los cuatro reinos. Ciertas decisiones que a él le hubieran hecho cavilar angustiosamente durante muchos días eran tomadas rápidamente y sin vacilar por Lannón. Concluida la reunión, Lannón despidió a su

corte y se volvió hacia Huy.

—Bebe conmigo, Huy, porque pasará mucho tiempo antes de que lo hagamos de nuevo... Parto mañana.

—¿A dónde, señor?

—Regreso a **Opet...**, pero a toda velocidad. Confío que tú, los esclavos y el ganado llegaréis a destino a su debido tiempo.

Mientras bebían juntos, intercambiando frases aparentemente fáciles e inconexas, a la manera de dos viejos amigos, Huy trató de derivar la conversación hacia el caso **Manatassi**. Sin embargo, Lannón eludió hábilmente la cuestión. Finalmente, Huy, desesperado, planteó el caso directamente.

—El rey vendí, señor...

Pero no pasó de allí porque Lannón destrozó de un manotazo el cuenco de vino. Las rojas heces del recipiente se derramaron en las pieles sobre las que estaban sentados.

—Abusas de mi amistad. Le he condenado a muerte. Todos los requisitos se han cumplido..., salvo el hachazo final.

—Considero que cometes un error.

—Mayor error cometería al perdonarle la vida.

—Señor...

—¡Basta ya, Huy!... ¡De una vez por todas, basta! Envía por él.

Hacia el crepúsculo condujeron al rey **vendí** a un lugar abierto, junto al río, bajo las murallas de la guarnición de **Sett**. Estaba cubierto el prisionero con una capa de cuero, que ostentaba los símbolos de **Baal**, y sujeto con las simbólicas cadenas del sacrificio. Huy se hallaba rodeado de los nobles y los sacerdotes. Cuando el condenado fue llevado ante Huy, sus ojos se clavaron en éste. Huy sintió que aquellos terribles ojos amarillos penetraban en su carne y le arrancaban el alma a través de sus propias órbitas.

Acto seguido el sumo sacerdote comenzó el ritual, cantando la ofrenda. Luego reverenció a la llameante imagen del dios que descendía en occidente. Todo el tiempo Huy sintió que los ojos del cautivo corroían sus entrañas.

Su ayudante le entregó el hacha con forma de buitre, cuya bruñida superficie emitía reflejos rojos y dorados a la luz del gol poniente. Huy se fue en dirección a Manatassi, a quien **miró** desde abajo.

Los jefes de esclavos avanzaron y despojaron de su capa al cautivo desvelando toda su magnífica desnudez. Sólo quedaban sobre su cuerpo las doradas cadenas. También le habían **quitado** las sandalias de cuero crudo. Los jefes de esclavos aguardaban con las cadenas en las manos. Cuando Huy hiciera la señal convenida, tirarían de la que se hallaba sujeta a los pies de la víctima, que caería al suelo. Entonces extenderían al cautivo en el suelo, con el cuello bien estirado, a la espera del hachazo fatal.

Incapaz de dar la orden correspondiente, Huy vacilaba, fascinado por los feroces ojos amarillos de la víctima. Haciendo un tremendo esfuerzo liberó sus ojos y miró hacia abajo. Había comenzado a dar la señal, cuando su mano se petrificó en el aire. Sus ojos estaban clavados en los pies desnudos de Manatassi.

Los espectadores empezaron a moverse, incómodos, en tanto miraban hacia el horizonte en dirección al cual descendía rápidamente el sol, entre los árboles. Pronto sería demasiado tarde.

Sin embargo, Huy seguía mirando los pies de Manatassi.

—El Sol comienza a ocultarse. ¡Golpea de una vez, sacerdote! —exclamó Lannón brusca y coléricamente.

Su voz, que sacudió el silencio circundante, pareció despertar a Huy, quien se volvió hacia el rey.

—Señor, mira aquello.

—¡El Sol se está poniendo! —gritó Lannón, impaciente.

—Mira, señor —insistió Huy.

Lannón avanzó a grandes pasos hacia él y se situó a su lado.

—¡Observa! —dijo Huy, señalando los pies del rey vendí. Lannón frunció el ceño mientras aspiraba profundamente. Los deformes y monstruosos dedos de los pies de Manatassi estaban muy separados entre sí y semejaban las garras de un ave preternatural. Lannón retrocedió **involuntariamente** e hizo el amplio signo del Sol para evitar toda influencia **maligna**.

—Tiene pies de pájaro —dijo Huy—, iguales a los del **sagrado** pájaro de Sol de Baal.

Un gran murmullo y una serie de crujidos se elevaron **desde** el lugar en que se hallaban los espectadores. Todos **estiraron** sus cuellos, movidos por una truculenta curiosidad.

Entonces Huy dijo con voz potente:

—Declaro que este hombre ha sido marcado por el dios. Siendo un elegido de los dioses... no podemos enviarle en calidad de mensajero.

Mientras así hablaba, el sol se ocultó en el horizonte y el aire se tornó frío y húmedo.

Lannón hervía de cólera. De tal manera habían palidecido su semblante y sus labios, que la negra costra de la herida de su mejilla se destacaba nítidamente.

—¡Me has desafiado! —dijo en voz baja, aunque su voz tembló de rabia.

—¡Ha sido marcado por el dios! —insistió Huy.

—No intentes usar a los dioses de pantalla, sacerdote. Los dos sabemos que muchas de las decisiones de Baal son tomadas por Huy Ben-Amón en beneficio de Huy Ben-Amón.

—Majestad —jadeó Huy ante aquella acusación que implicaba una terrible blasfemia.

—Me has desafiado —repitió Lannón—. Quieres colocar a este bárbaro fuera de mi alcance y aspiras a practicar el juego del poder político conmigo.

—No es verdad, señor. Nunca me atrevería a tanto.

—Claro que te atreverías, sacerdote. No me extrañaría que osaras arrancarle los dientes al actual Gran León...

—Señor, soy vuestro más fiel...

—Te advierto que no debes precipitarte, sacerdote. Si ahora vuelas muy alto en los cuatro reinos, no olvides que lo haces porque cuentas con mi favor.

—Lo sé perfectamente.

—Yo, que te elevé tan alto, puedo bajarte de las alturas en cualquier momento.

—Así es, señor —dijo Huy humildemente.

—Entonces, entrégame ese bárbaro —le exigió Lannón. Huy lo miró con profunda pena.

—No puedo entregarte, señor, lo que pertenece a los dioses. Lannón lanzó un bramido de frustrada cólera y arrojó una pesada ánfora de vino a la cabeza de Huy. Pero éste esquivó el impacto agachándose en el momento preciso. El ánfora dio contra el costado de cuero de la tienda que, amortiguando el choque, evitó que la vasija se rompiera al llegar al suelo. El vino que empezó a brotar de la boca del ánfora empapó la tierra reseca.

Lannón se puso en pie y, extendiendo sus brazos, aproximó sus huesudos puños como dos garrotes a la nariz de Huy. Los músculos de sus antebrazos sobresalían a causa de su exasperación. Sus puños se mantuvieron adheridos a la nariz del sacerdote, en tanto sus ojos celestes relucían de ira y sus gruesos rizos rojos con reflejos dorados oscilaban sobre sus hombros estremecidos por la cólera.

—¡Vete! —exclamó, sofocado—. ¡Vete en seguida, antes... antes de que...!

Huy no esperó que terminara la frase.

Lannón Hycanus partió de Sett con un cuerpo de guardia de doscientos hombres. Al verle alejarse desde las murallas de la guarnición, Huy experimentó un escalofrío de temor y se sintió solo y vulnerable por haber perdido el favor del rey.

El pequeño grupo marchaba flanqueado a ambos lados por la legión. Lannón llevaba una ligera túnica y la cabeza descubierta bajo los primeros rayos del sol. Su cabellera brillaba como un fuego. Sus escuderos, que iban a su zaga, portaban su yelmo y su peto, su arco y su espada. Pisándole los talones iban el pigmeo montero mayor, el bosquimano Xhai, que le seguía como su propia sombra.

Por último, la legión se despidió del rey. Las voces de los legionarios resonaron en las laderas que daban al valle. Lannón se dirigió a los portones. Más alto que cuantos le rodeaban, el bello rey sonrió orgullosamente.

Cuando al mirar hacia arriba vio a Huy sobre la muralla, su sonrisa se transformó en un fiero gesto. Sin hacer caso del vacilante saludo de Huy, traspuso los portones y enfiló hacia el camino del sur que, a través del desfiladero y las colinas, se dirigía hacia el Reino Medio.

Huy le siguió con los ojos hasta que desapareció en la floresta. Al darle la espalda se sintió muy solo.

Inmediatamente descendió hacia la tienda donde, en un lecho de paja seca, yacía, moribundo, el rey cautivo.

Al avanzar la mañana y acrecentarse el calor, el hedor de la herida se pareció cada vez más al de los pantanos que provocaban la fiebre del mismo nombre y al de ciertas cosas muertas desde mucho tiempo atrás.

Una vieja esclava estaba lavando su cuerpo para bajar su fiebre. Al entrar Huy en la tienda levantó la cabeza y respondió a su pregunta moviendo la cabeza. Huy se acuclilló junto al jergón y tocó la piel del rey cautivo, que estaba reseca y ardiente. Manatassi gemía en su delirio.

—Llama a un jefe de esclavos —le ordenó Huy, irritado, a la mujer—. Dile que le quite las cadenas.

De manera sorprendente, la fiebre consumía cada vez más carne del gigante negro. Sus huesos comenzaban a destacarse bajo su piel. Su cabeza se desplomó y su piel, antes negra, con reflejos purpúreos, se había ressecado y tenía un matiz gris sucio.

Sobre la herida de su ingle, hinchada, ardiente y más dura ahora, habíase formado una costra de feo aspecto, de la que fluía lentamente un líquido verde y amarillo. A medida que pasaban las horas se tomaba más problemática la recuperación del rey esclavo y ardía más su cuerpo. Su herida llegó a ser del tamaño del puño de un hombre.

Hacia las doce de la mañana del segundo día Huy abandonó el campamento y trepó a gran altura en el acantilado, donde se encontró a solas con su dios. Allí, en el gran valle del río, el dios se hacía sentir en todas las cosas y su influencia, habitualmente benéfica, se tomaba deprimente. En aquel lugar el sol impregnaba el cielo entero y castigaba la tierra como el martillo de un herrero su yunque.

Huy entonó el cántico de la aproximación, pero muy formalmente. Sus últimas palabras resultaron ininteligibles. Disconforme con los dioses, deseaba que éstos captaran su disgusto.

—Gran Baal —dijo, omitiendo los pomposos calificativos acostumbrados y yendo directamente al

grano en su protesta—, cumpliendo vuestros deseos he perdonado la vida a quien ostenta tus señales. No he venido a quejarme ni a poner en duda vuestros designios. Sin embargo, quiero que sepáis que mi tarea no ha sido fácil. He debido hacer muy grandes sacrificios. Mi posición de sumo sacerdote se ha debilitado porque he perdido el favor del rey... No pienso en mí mismo, sino en la influencia que debo ejercer como agente y servidor vuestro. Si mi posición se debilita, se debilitará el culto a los dioses.

Huy se regodeó en tales palabras porque estaba seguro de que atraerían la atención de los dioses. Considerando que eso bastaba para justificar su conducta, estimó que ahora correspondía una declaración sobre sus recíprocos deberes de lealtad.

—Sabéis perfectamente que siempre cumplí con presteza vuestras órdenes, que cualquier carga que depositasteis sobre mis hombros fue un motivo de alegría para mí y que nunca dudé de la sabiduría y oportunidad de vuestras decisiones.

Huy hizo una pausa para cobrar aliento. Aunque estaba irritado, consideró que su enfado no debía reflejarse en sus palabras.

Había ofendido al rey. Por tanto, debía esforzarse por no enfadar también a los dioses. Ello le impulsó a moderarse en sus expresiones finales.

—Sin embargo, en lo que atañe al bárbaro marcado por vosotros, no estoy seguro de haber obrado correctamente... Le he salvado a costa de un gran sacrificio... ¿Para qué? ¿Es vuestro deseo que sobreviva?

Hizo otra pausa para que tales palabras fueran debidamente sopesadas y luego dijo en tono melifluo:

—Humildemente, os ruego que manifestéis claramente vuestras intenciones a este vuestro atento y obediente servidor.

Una vez más guardó silencio. ¿Debía expresarse de manera más categórica?

Rechazando tal idea optó por extender sus manos para hacer el signo del Sol. Acto seguido cantó en loor de Baal con toda la potencia y armonía de que era capaz. Su voz, que vibró triste y dulcemente en la cálida y silenciosa atmósfera del desierto, haría brotar, sin duda, lágrimas en los ojos de los dioses.

Cuando la última nota cristalina de su canto se desvaneció en el aire ardiente, Huy descendió al campamento donde, con un puñal de bronce, punzó el grotesco bulto que sobresalía en la ingle del rey prisionero. Manatassi gritó de dolor en medio de su delirio. De su herida empezó a brotar una espesa, amarilla y fétida ponzoña. Huy aplicó una cataplasma de cereal hervido envuelta en un trozo de tela de lino sobre la abierta herida, muy caliente, para limpiarla de su hediondo contenido.

Hacia el anochecer la fiebre había desaparecido. Manatassi yacía agotado, pero dormía plácidamente. Inclinado sobre él, Huy movía la cabeza y sonreía de alegría porque había obtenido para sí al maltrecho gigante al arrancarle de las sombrías garras de la muerte con sus oraciones y sus diligentes cuidados. Se sentía Huy orgulloso de sí mismo y propietario de algo muy importante.

Cuando la vieja esclava le ofreció un cuenco lleno de excelente vino de Zeng, levantó el recipiente y brindó por el gigante dormido.

—Me has sido dado por los dioses y eres mío. Ahora cuentas con mi protección. Por eso brindo por ti —dijo, y bebió todo el contenido del cuenco.

Su debilidad le sofocaba y tiraba de él hacia abajo, hacia el duro jergón de paja. Le costaba mucho levantar la cabeza o la mano. Odiaba a su cuerpo por haberse rendido. De pronto giró lentamente la cabeza y abrió los ojos. En el extremo de la tienda, sobre una estera de cañas, se hallaba sentado un extraño hombrecillo. Manatassi lo observó con evidente curiosidad. El hombrecillo estaba inclinado sobre un raro y reluciente rollo de metal, una delgada y flexible lámina en cuya suave superficie raspaba y trazaba marcas con un agudo cuchillo. El hombrecillo dedicaba todos los días muchas horas a aquella insólita actividad. Manatassi seguía con sus ojos los nerviosos y rápidos movimientos de su cabeza y sus manos, que le asemejaban a un pájaro, y a causa de los cuales oscilaban constantemente sus zarcillos de oro en sus orejas y sus gruesas trenzas negras en su espalda. La cabeza del hombrecillo era demasiado grande, comparada con su cuerpo extrañamente arqueado, y sus piernas y brazos muy largos, gruesos y brutales. En sus antebrazos y el dorso de sus huesudas manos crecía un vello oscuro. Manatassi recordaba cuán ágil y fuerte habíase mostrado aquel cuerpo en la batalla.

Cuando el cautivo levantó ligeramente la cabeza y echó una ojeada a las vendas de lino que cubrían la parte inferior de su cuerpo, el hombrecillo se puso en pie al instante, se aproximó al jergón e, inclinándose sobre él, le sonrió.

—Duermes como un niño de pecho —le dijo Huy. Al mirarle desde abajo, Manatassi se preguntó cómo se atrevía aquel hombre a inferir tan tremendo agravio al todopoderoso rey de los vendis..., y sonrió mientras

expresaba en voz alta tal pensamiento.

—Aia, tráele comida —le ordenó Huy a la vieja esclava, en tanto se sentaba sobre un cojín junto al lecho de Manatassi.

Mientras comía vorazmente, éste escuchó a medias la ridícula descripción que Huy hizo de la Luna, a la que comparó con un blanco rostro femenino, y se preguntó cómo era posible que tan diestro guerrero fuese tan ingenuo. Manatassi pensaba que una simple ojeada permitía comprobar que la Luna era un pastel de grano molido, redondo a causa de la dentellada que le había aplicado el voraz Mitasi-Mitasi, único dios del universo.

—¿Entiendes esto? —le preguntó Huy, muy preocupado. Manatassi le respondió inmediatamente:

—Entiendo, noble señor.

—¿Crees de veras que es así? —insistió Huy.

—Creo.

Manatassi escogió la respuesta que, en su opinión, más complacería a Huy.

Éste asintió alegremente con la cabeza. El esforzado maestro del rey cautivo se sentía ampliamente satisfecho. Le había explicado minuciosamente a Manatassi la teoría de la representación simbólica, según la cual la Luna no era la propia Astarté, sino su símbolo, su efigie acuñada, su signo y su promesa. También le explicó que las fases menguante y creciente de la luna simbolizaban la subyugación de la hembra por el macho, reiterada en la cíclica «enfermedad lunar» de la hembra humana.

—Ahora hablaré del gran dios Baal —dijo Huy. Manatassi suspiró disimuladamente, previendo lo que se avecinaba. Aquel extraño individuo se referiría ahora al agujero celeste a través del cual entraba y salía Mitasi-Mitasi. Sin duda trataría de convencerle de que éste era un hombre de larga barba roja... ¡Qué contradictorios eran esos seres, pálidos como espectros! Por un lado exhibían armas, ropas y muchos otros objetos maravillosos, así como también casi mágicas virtudes civiles y militares (él los había visto luchar y trabajar con asombro), y por otro lado eran incapaces de comprender ciertas verdades que hasta los niños aún no destetados de su tribu entendían perfectamente.

Los primeros pensamientos conscientes de Manatassi apenas emergió de la ardiente niebla de la fiebre habían girado en torno a la idea de la fuga. No obstante, ahora, obligado por su debilidad física a actuar de mero espectador, dispondría de tiempo suficiente para reconsiderar sus planes.

Por el momento se hallaba a salvo. Aquel monigote jorobado gozaba de un extraño poder, y él estaba bajo su protección. De eso estaba completamente seguro. Nadie lo tocaría en tanto su nuevo amo lo protegiera. Si lograba asimilar los conocimientos y técnicas de aquellos hombres, multiplicaría por cien su capacidad combativa. Entonces se convertiría en el jefe de guerra más grande que sus tribus habían conocido. Los blancos habían utilizado dichos conocimientos para vencerle. Él se valdría de éstos, a su vez, para derrotar a los blancos.

—¿Has comprendido? —le preguntó Huy con voz grave—. Baal es el amo del cielo y de la tierra.

—Sí, he comprendido —contestó Manatassi.

—¿Aceptas a Astarté y al gran Baal como tus dioses?

—Sí, los acepto —respondió Manatassi. Huy pareció muy complacido.

—Ellos te han elegido. Por tanto, debes consagrarte a ambos. Cuando lleguemos a la ciudad celebraré la ceremonia correspondiente en el templo del gran Baal. He escogido otro nombre para ti... No usarás más el que tenías.

—Como tú dispongas, noble señor.

—De ahora en adelante te llamarás Timón.

—Timón —repitió el rey cautivo, para comprobar cómo sonaba el nombre en sus oídos.

--Así se llamaba el sacerdote-guerrero que vivió durante reinado del quinto Gran León. Fue un gran hombre.

Timón asintió con la cabeza. Aunque no entendía nada de aquello, se complacía en observar, esperar y aprender.

—Noble señor —dijo el cautivo—, esas marcas que grabas en el metal amarillo..., ¿qué significan?

Huy se puso en pie de un salto y fue en busca del rollo de oro, con el que volvió junto al lecho de Timón.

—Aquí almacenamos palabras, historias e ideas.

Y Huy se enfrascó en la explicación del proceso de la escritura y tuvo la satisfacción de comprobar que Timón captaba rápidamente el sentido del alfabeto fonético.

Escribió en una tira de cuero la palabra «Timón» con tinta negra, y ambos deletrearon el nombre a dúo. Timón se echó a reír, satisfecho de su primer éxito.

«Sí —pensó—, aquí tengo mucho que aprender..., pero dispongo de muy poco tiempo.»

Una vez más, en el recipiente de arcilla, Cayo Terencio Varrón, cónsul romano, lanzó sus legiones contra el punto débil de Aníbal: su centro. Al ceder éste como una refractaria masa fofa, los íberos y los galos situados allí se retiraron, según lo dispuesto por Aníbal.

—¿Comprendes, Timón, tan bella y genial maniobra? —exclamó Huy, entusiasmado y hablando en púnico ahora en tanto manipulaba las fichas.

—¿Dónde está Marhabal? —le preguntó Timón, también en púnico y tan excitado como Huy. Después de dos años de aprendizaje hablaba con claridad dicha lengua. Si no arrastrara las vocales, su pronunciación sería perfecta.

—Aquí —respondió Huy, tocando las fichas correspondientes a la caballería—, conteniendo su caballo.

Timón sabía ya que el caballo era un animal veloz, semejante a la cebra, sobre el cual cabalgaban hombres armados.

—¿Entonces Varrón está ahora acorralado? —le preguntó Timón.

—¡Sí, sí! Aníbal ha cedido en el centro para rodearlo... Timón, ¿qué hace ahora Aníbal?

—¿Las reservas...? —aventuró Timón.

—¡Exacto! ¡Has acertado! Lanza a los númeradas y a sus reservas africanas. —Huy brincaba de entusiasmo—. Regulando su tiempo magistralmente, sitia a Varrón por los flancos y le comprime de tal manera, que las tropas de éste no pueden moverse ni hacer uso de sus armas... ¿Qué ocurre a continuación?

—¿La caballería?

—¡Ah! La caballería de su fiel hermano Marhabal, el jinete incomparable, que ha estado aguardando todo el día... «¡Adelante!», grita Aníbal. —Huy hizo un amplio movimiento con su brazo—. «¡Adelante, hermano mío, con tus indómitos íberos!» De esa manera. Timón, los aplasta. La maniobra se efectúa en el momento exacto. Cinco minutos antes hubiera sido prematura. Cinco minutos después, tardía. La regulación, el tiempo es lo que cuenta. ¡Los grandes jefes militares tienen un sentido exacto del tiempo! También deben tenerlo el estadista, el amante, el hombre de negocios y el mercader. La maniobra exacta en el momento preciso.

—¿Y el resultado, noble señor? ¿Cuál fue el resultado? —le rogó Timón, expectante—. ¿Triunfó?

—¿Me preguntas si triunfó? —dijo Huy—. Sí, Timón. Más que un triunfo fue una masacre. Ocho legiones de la orgullosa Roma fueron barridas del mapa... Dos ejércitos consulares completos.

—¿Ocho legiones, noble señor? —dijo Timón, asombrado—. ¿Cuarenta y ocho mil hombres en una sola batalla?

—Más, Timón. ¡Sesenta mil, contando las fuerzas auxiliares! —y Huy exterminó con su mano las legiones romanas que estaban en el tablero—. Nosotros ganábamos las batallas, pero perdíamos las guerras... Tres guerras terribles perdimos, y quedamos exhaustos...

El sumo sacerdote hizo una pausa, porque se ahogaba. Volviéndose rápidamente fue en busca de un jarro de agua. Timón se aproximó corriendo a él y sostuvo la palangana, en tanto Huy se lavaba las manos y se peinaba la barba.

—De esta manera —siguió Huy— concluye nuestro análisis de las campañas de Aníbal, Timón. Deliberadamente dejé para el final la batalla de Cannas.

—¿A quién estudiaremos ahora, noble señor?

—A alguien que el propio Aníbal consideró el más hábil general de la historia.

—¿Quién fue?

—Alejandro Tercero, rey de Macedonia..., el que aplastó al imperio persa —dijo Huy—; el hombre a quien el oráculo de Delfos proclamó invencible y al cual los hombres llamaron el Grande.

Timón sostuvo la capa para que Huy se la pusiera. Este ajustó la presilla en tanto abandonaba el colegio del templo y trasponía el pequeño portón de la muralla interior. Timón, que le seguía a un paso de distancia, llevaba la breve túnica azul característica de la casa de Huy y una ligera cadena de oro, una daga y una bolsa en la cintura, que indicaba el alto grado de confianza que le dispensaba su amo. Marchaba Timón hacia la izquierda de Huy para que el brazo derecho del sacerdote pudiera manejar la espada llegado el caso. Su mano descansaba en su daga.

—Noble señor... Estaba pensando en la forma en que Aníbal rodeó a Varrón. —¿Sí? —le estimuló Huy.

—¿No podría haber rodeado a Varrón manteniéndose al mismo tiempo firme en el centro?

—He ahí la diferencia entre defensa y ataque —le explicó Huy.

A continuación se enfrascaron en una discusión sobre táctica y estrategia que duró hasta que traspusieron el portón principal de la muralla exterior del templo. A partir de allí toda conversación fue imposible, porque muchas personas empezaron a señalar a la extraña pareja que componían el gigantesco esclavo negro y su amo,

diminuto como un gnomo. Muchos saludaron a Huy, se agruparon a su alrededor, oprimieron su brazo y se dispusieron a escuchar sus bromas y a recibir alguna de las monedas que Timón llevaba en su bolsillo.

Huy se regodeaba en su popularidad y sonreía y bromeaba en tanto se abría camino a través del gentío, empujando suavemente a los transeúntes. General afortunado —había triunfado en otras dos campañas desde la captura del rey vendí—, sacerdote muy querido, notable compositor de canciones y rico filántropo (sus inversiones habían aumentado considerablemente en los dos últimos años), Huy era muy popular y adulado en todo el ámbito de la ciudad.

Al cruzar el mercado llegaron hasta ellos fascinantes olores y sonidos humanos y animales de carnes y de especias. En una de las plataformas en que se exhibían los esclavos vieron a una muchacha rubia, de sangre yuye, aunque no pura. Al ver a Huy, el subastador lo llamó a través del gentío.

—Señor, una obra de arte para ti. Una estatua de marfil amarillo —dijo abriendo la túnica de la muchacha para mostrar su cuerpo.

Huy se echó a reír, pero hizo un movimiento negativo con la mano y siguió andando hacia el malecón de piedra, junto al lago, donde se alineaban los barcos casi rozándose entre sí. Todas las escotillas estaban abiertas y una nube de estibadores corría sobre las cubiertas cargando y descargando mercancías. Desde las tabernas y bodegas que flanqueaban el malecón llegaban hasta ellos un acre hedor de vino barato e intermitentes risas de borrachos. Jóvenes prostitutas les hacían señas desde los estrechos senderos que corrían entre las tiendas. La incierta luz del crepúsculo suavizaba los matices violentos de sus rasgos fisonómicos y de sus pálidas mejillas y bocas pintadas. Huy se preguntó qué placer podía hallar un hombre entre aquellas mujeres.

Más allá de la bulliciosa zona portuaria se alzaban las residencias urbanas de las familias nobles y de los mercaderes acaudalados, todas ellas protegidas por altas murallas exteriores de barro y pesados portones de madera tallada. La nueva residencia de Huy era una de las menos ostentosas. Su puerta principal daba a un angosto sendero vallado. Desde su plana techumbre se dominaba el lago.

Después de trasponer el portón, Huy, exhalando un suspiro de placer al hallarse de nuevo en su casa, entregó su espada y su capa a Timón y se dirigió hacia el pavimentado atrio central.

Allí le aguardaban los príncipes y las princesas, catorce en total, encabezados por las dos mellizas, Helanca e Imilce. Las dos habían crecido en los últimos años y se hallaban en el difícil período que media entre la infancia y la juventud, o sea, eran demasiado jóvenes para reír maliciosamente y demasiado mayores para recibir a Huy con un beso.

Tales inhibiciones no existían en los miembros más jóvenes de la familia Barca, que se arremolinaron en torno de Huy.

La instrucción religiosa de los niños de la casa real era un deber que Huy había impuesto a sí mismo, y, a pesar del distanciamiento existente entre el rey y el sacerdote, Lannón no había alterado la situación. Aunque no dijo que la aprobaba, tampoco expresó disconformidad alguna.

Huy condujo a sus alumnos a la aireada sala que servía de recibidor.

En el patio una de las niñeras reales aguardó que los niños a su cargo entraran en pos de Huy en la sala para volverse y buscar con sus ojos a Timón. Era una muchacha de elevada estatura y fuertes hombros, talle alto y promisorias caderas. También sus piernas eran rectas y fuertes, a diferencia de sus manos, delgadas, delicadamente conformadas y de palmas rosadas. Su cabellera estaba aceitada y peinada a la manera de los vendis, porque pertenecía a la tribu de Timón. Apresada en la gran expedición, aquella joven no era esclava de nacimiento ni de la humilde condición de quienes sólo habían conocido el cautiverio. Por el contrario, era tan fogosa como Timó. Su piel era algo menos oscura que la de éste, su rostro redondo como la luna llena, su nariz ancha y aplastada y sus labios gruesos y como enfurruñados. Sin embargo, tenía dientes pequeños, parejos y muy blancos, como podía comprobarse cuando le sonreía a Timón.

Cuando éste inclinó la cabeza brusca e imperiosamente, Selene, la joven esclava, asintió con la suya, como dándose por enterada, y al abandonar Timón el patio para dirigirse a través de las cocinas a las dependencias de los esclavos, ella le siguió.

El la aguardó en su minúscula habitación, en la que sólo había un jergón individual de cañas entretejidas y pieles. La joven fue hacia él sin vacilar y se tendió junto a los grandes y duros músculos del pecho, el abdomen y los muslos de Timón. Los redondos pechos de la muchacha, que se proyectaban bajo la purpúrea túnica distintiva de la casa Barca, se apretaron contra el cuerpo de Timón.

Sus rostros se juntaron y la nariz de cada uno comenzó a olfatear los ojos, la boca y las ventanas de la nariz del otro, en tanto sus cuerpos se adherían entre sí, porque se deseaban y se necesitaban.

—Cuando te abrazo me siento nuevamente rey de los vendis y no un pobre esclavo —cuchicheó Timón.

La muchacha gimió de amor contra su pecho. Suavemente, con sus recias manos capaces de aplastar a un hombre, aflojó Timón la túnica de **Selene** y la depositó en el jergón. En tanto la tapaba, le dijo:

—Serás la primera entre mis esposas..., la reina y la madre de mis hijos.

—¿Cuándo? —le preguntó ella, dando rienda suelta a una emoción contenida mucho tiempo en su interior.

—Pronto —le prometió él—. Muy pronto. Ya he conseguido lo que necesitaba. Te llevaré de nuevo más allá del río. Seré el rey más grande que las tribus **vendi** hayan conocido, y tú serás la reina.

—Te creo —cuchicheó Selene.

—Señores de la nobleza, mis bellas damas... —los chicos chillaron de alegría. Así ocurría cuando **Huy** les hablaba de esa manera—. ¡Hoy os ofreceré un magnífico espectáculo!

Estas palabras suscitaban otra batahola. Los espectáculos de Huy eran siempre magníficos.

—Esta noche conoceréis el oráculo **de Opet** —anunció Huy

El tumulto cesó rápidamente. A pesar de no comprender absolutamente nada, los más pequeños se contagiaron de la solemnidad de los mayores. Éstos habían oído hablar a menudo del oráculo a sus niñas, que lo mencionaban cada vez que deseaban hacerse obedecer. Por eso, ahora que estaban a punto de conocer a aquel mítico personaje, la atmósfera de la reunión se tornó en extremo tensa. Todos tenían la carne de gallina, como si aguardasen la aparición de un fantasma.

Annel expresó lo que sentían todos cuando preguntó:

—¿Nos devorará el oráculo?

De pronto entró **Tanit**, que, tras sentarse entre los niños y echar hacia atrás la capucha de su capa, dejó su rostro al descubierto. Sonriendo, dijo a los pequeños dulcemente:

—Voy a contaros un cuento —su sonrisa y su promesa **bastaron** para aflojar la tensión de los niños, que se aproximaron más a ella —Se **trata** de la historia del casamiento del **gran dios Baal** con la diosa **Astarté**.

Acto seguido comenzó Tanit a narrar la historia mítica y religiosa en que se basaba el Festival de la Fertilidad de la Tierra, que se celebraba cada cinco años.

A la ceremonia de ese año, es decir, el año 538 de Opet, correspondería el número 106 desde la fundación de la ciudad. Las festividades, que comenzarían dentro de veinticuatro horas, durarían diez días.

Tanit mantuvo todo el tiempo en suspenso a su infantil auditorio con su **atrayente** voz, cuidadosamente educada por Huy, quien la había adiestrado asimismo en una serie de gestos y latiguillos teatrales.

Hoy la observaba Huy de una manera extraña: con ojo crítico, y a la vez como un amante encandilado y dispuesto a adularla.

En los dos últimos años había ella perdido los últimos vestigios de su torpeza e inseguridad anteriores. Pese a que no tenía aún veinte años de edad, poseía una calma interior y una serenidad de juicio y expresión que la habilitaban para el cargo de vidente y consejera secreta de la nación. Aunque sus anuncios eran preparados por Huy **Ben-Amón** y cuidadosamente ensayados ante éste, ella los transmitía en forma convincente. Muchos de los éxitos pecuniarios obtenidos por Huy en los últimos dos años habíanse originado en las preguntas y consultas formuladas por los ricos mercaderes y sindicatos comerciales de Opet... y en las respuestas de Tanit. Los suplantes generalmente estaban conformes con los consejos de Tanit, que ésta expresaba en un lenguaje ambiguo, para evitar futuras recriminaciones. ¿Qué importancia tenía entonces que también Huy Ben-Amón hiciera evidente su satisfacción?

En tal sentido, a despecho de sus frías relaciones con el **rey**, Huy seguía siendo el timonel de la nave del Estado, y estaba seguro de que **Lannón Hycanus** sabía perfectamente cuál era la fuente de los consejos y recomendaciones que recibía por mediación de Tanit. Sea como fuere, Lannón visitaba **regularmente** el santuario del oráculo, una gruta situada junto al silencioso y verde lago de Astarté.

La visita que al día siguiente efectuaría Lannón al oráculo sería el acto inaugural del Festival de la Fertilidad de la Tierra. Por eso Huy había citado a Tanit en su residencia. El sumo sacerdote se proponía sopesar cuidadosamente las **respuestas** que la sacerdotisa daría a las preguntas del rey. Huy tenía ya una idea bastante aproximada de las mismas, porque sus informantes actuaban muy cerca del rey y porque éste solía anticipar sus preguntas **como** sin darse cuenta, seguro de que llegarían a oídos de **Huy**, quien le respondería a través del oráculo.

Siempre que pensaba en **Lannón**, Huy experimentaba una profunda melancolía. Desde hacía dos años vivía sin el consuelo de la sonrisa del rey, sin su compañía y sin estrecharle siquiera la mano de cuando en cuando. Sin embargo, durante ese lapso la sensación de pérdida que le afligía se ahondó cada vez más en lugar de atenuarse.

Huy a menudo se situaba en algún lugar desde el cual veía pasar fugazmente a su viejo amigo. También solía importunar a quienes asistían a los banquetes palaciegos, de los que estaba excluido, para que le contasen los pormenores de tales festines. Cada cumpleaños del rey y aniversario de su coronación componía un soneto en su honor, que enviaba, junto con un hermoso regalo, al palacio real.

El regalo era aceptado, pero el soneto no era cantado por nadie..., que él supiera.

De pronto desechó tan tristes ideas y se dedicó a contemplar a su amada. Los niños, apilados en torno de la sacerdotisa, la escuchaban en silencio, con los ojos muy abiertos.

Un príncipe de cuatro años, llamado Aníbal en honor de su ilustre antepasado, se arrastró hasta el regazo de Tanit y empezó a chuparse uno de sus pulgares mientras la miraba fijamente. La solemne máscara de Tanit se ablandó un tanto. Entre los niños se tornaba infantil; su rostro se animaba y su voz se volvía más excitante.

Aquel nuevo aspecto de su personalidad añadió otra dimensión a la imagen que Huy tenía de ella. El corazón del sumo sacerdote se dilató de tal manera, que pensó que iba a estallar. ¿Cuánto tiempo tendría aún que aguardar... y para qué? Si había necesitado dos años de bien planificado trabajo para ganarse su confianza, ¿cuánto tiempo necesitaría para ganarse su corazón? Y aun cuando lo consiguiera, ¿qué podía esperar de una mujer que, por estar consagrada a la diosa, no podría pertenecer jamás a hombre alguno?

Cuando Tanit finalizó su historia, los niños prorrumpieron en exclamaciones y le pidieron a gritos que les contara otra. A su alrededor se formó un cerco de chicos. Unos eran exigentes, otros persuasivos y varios trataban de sobornarla con sus besos. Pero Huy, fingiéndose ofendido, les regañó, en tanto los pequeños reían y aplaudían muy felices.

Cuando Huy llamó a las niñeras, entre éstas apareció la alta, sombría y fogosa mujer que ponía nervioso al sumo sacerdote cada vez que le miraba con sus insondables ojos negros.

—Selene—le dijo Huy—, ya **está anocheciendo**. Dile a Timón que las acompañe con una lámpara hasta el portón del palacio.

La aludida asintió **con** la cabeza, sin denotar satisfacción **ni** resentimiento.

Después de la partida de los niños, los tres —Tanit, Huy y Aína, la anciana sacerdotisa que hacía de dama de compañía de Tanit— se dispusieron a cenar. Huy había elegido a Aína por dos buenas razones: era casi ciega y completamente sorda. Ello lo había comprobado Huy haciendo gestos obscenos a Quince metros de ella, quien no reaccionó en absoluto. Tampoco se alarmó cuando gritó una fea palabra junto a su oído. De modo que Aína era el tipo ideal de acompañante que Huy deseaba para Tanit.

Cenaron a la luz de varias lámparas muy bajas, y fueron servidos por una vieja esclava. Concluida la cena, Huy condujo a Tanit hacia la escalinata que conducía a la azotea. Allí se sentaron detrás del antepecho, sobre esteras de caña y cojines de cuero. El viento nocturno, que soplaba desde el lago, era bastante fresco y las estrellas muy brillantes y amarillas. Inclinado sobre su laúd, Huy, rozando apenas las cuerdas, tocó la suave melodía con la que solía manipular el inconsciente de Tanit, y que ésta consideraba la señal para el comienzo de su hipnótica concentración.

Antes de que se desvanecieran los últimos compases, ella empezó a respirar de forma lenta y uniforme, su **cuerpo** quedó inmóvil y sus ojos, de un matiz verde más oscuro, dejaron de ver.

Mientras sus dedos se deslizaban por las cuerdas del instrumento, Huy comenzó a hablar. Su voz sonaba como un monótono sonsonete y era suave, pero insidiosa. Tanit, iluminada por la luna, le escuchaba con su oído interior.

El primer día del 106 Festival de la Fertilidad de la Tierra, Lannón **Hycanus**, cuadragésimo séptimo Gran León de **Opet**, se dirigió al frente de una procesión al templo de **Astarté** para interrogar al oráculo.

Sin detenerse, traspuso el cercado del templo de **Baal**, donde las torres sagradas apuntaban hacia el disco solar, custodiadas por los monolitos en forma de pájaros de sol. El populacho de la ciudad, que había invadido el recinto, aguardaba en silencio. Sin embargo, al llegar Lannón a la hendidura que en los rojos acantilados constituía la entrada de la gruta **sacra**, se despojó de su espada, que entregó a su minúsculo **montero** mayor, y de su escudo y yelmo, que dejó en manos de sus escuderos, y con la cabeza descubierta entró por la brecha del acantilado.

A través del túnel pavimentado llegó a la bella y silenciosa gruta. Los alrededores del lago estaban recubiertos con losas de piedra arenisca y el propio lago se hallaba contorneado por un pretil del mismo material. Varias hileras de bancos de piedra se sucedían hacia lo alto contra las escarpadas paredes de la gruta. El santuario de **Astarté** había sido construido a medias en la roca viva, junto a la pared más lejana. Sus portales se hallaban rodeados de columnas de estilo helénico. Allí estaban las celdas de las sacerdotisas y la cámara del

oráculo.

Más allá del trono de piedra del oráculo se ocultaba la entrada de los archivos, abierta en la roca viva, y más lejos, tras una imponente puerta de piedra, se hallaban el tesoro y las tumbas de los reyes.

Lannón se detuvo junto al lago. Las sacerdotisas se adelantaron para escoltarle hasta el borde del agua. Allí le ayudaron a despojarse de su armadura y de sus prendas interiores.

Alto y desnudo, bellamente conformado y luciendo su dorada cabellera, permaneció en lo alto de la escalinata que descendía hasta las verdes aguas. Su cuerpo, elástico y musculoso, parecía el de un atleta bien entrenado, aunque los músculos de su cuello y de sus hombros sobresalían como los de un lanzador de jabalina. Sin embargo, su vientre y sus flancos eran magros, y apenas se dibujaban los músculos bajo su piel en esos lugares. En su ombligo crecía un vello dorado rojizo que, atravesando su chato vientre, estallaba en un remolino de resplandecientes rizos en el ángulo formado por sus piernas. Éstas eran largas, bien formadas y elegantes, y equilibraban perfectamente la maciza parte superior de su cuerpo.

El sumo sacerdote le bendijo y rogó a la diosa que le protegiera. Luego Lannón descendió por la escalinata y se sumergió en el agua sagrada y dispensadora de vida.

Mientras dos jóvenes sacerdotisas secaban su cuerpo y lo vestían con limpias vestiduras de lino, Huy Ben-Amón entonó un cántico de alabanza a la diosa. Cuando terminó, todos los ojos se dirigieron hacia la abertura que había en el techo de la caverna, muy por encima del verde lago.

A continuación dijo Lannón en alta voz:

—Astarté, madre de la Luna y de la Tierra, acoge a nuestro mensajero... y escucha nuestro ruego.

Todos los reunidos en torno al lago levantaron sus manos e hicieron el signo del Sol. Acto seguido el cuerpo ofrecido en sacrificio fue precipitado desde la losa que sobresalía en la abertura del techo de la gruta. El lamento del condenado repercutió en toda la caverna, hasta que éste dio contra el agua y se hundió rápidamente en las profundidades, arrastrado por sus pesadas cadenas.

Al volver del lago, Lannón se dirigió entre dos filas de sacerdotisas hacia la entrada del santuario. La cámara de audiencias era un poco mayor que la sala que servía de recibidor en la mansión de un rico. Allí la luz de las lámparas, más firme, era de un matiz verdoso muy artificial y el humo del incienso tornaba irrespirable y deprimente la atmósfera. Detrás del trono del oráculo pendían colgaduras, desde el techo hasta el suelo enlosado.

El oráculo, una pequeña figura envuelta en blancas vestiduras y cuyo rostro resultaba indiscernible a causa de la sombra proyectada por su caperuza, estaba en el trono.

Lannón se detuvo en el centro de la cámara y, antes de hablar, admiró durante un momento el dispositivo, que colocaba a quienes consultaban el oráculo en tan desventajosa situación.

Descalzo y húmedo aún a causa de su inmersión en el lago, sin sus armas y arreos, vistiendo tan extraño ropaje y obligado a mirar hacia arriba a la figura instalada en el trono en tanto inhalaba un aire sutilmente impregnado de emanaciones alucinógenas, tenía forzosamente que perder el equilibrio.

Lannón sintió crecer la cólera en su interior. Después de la salutación acostumbrada, formuló la primera pregunta.

Huy, que le observaba desde su escondite tras las colgaduras, se regodeó en la cercana presencia física de su amigo y recordó sus maneras habituales, las diversas inflexiones de su voz y las expresiones más frecuentes de aquel rostro querido, que le hacían sonreír por lo inevitables: la llameante cólera reflejada a veces en sus ojos celestes, su rápida reacción favorable ante alguna voz de alarma, su brillante sonrisa al escuchar un consejo atinado.

Tanit habló en la forma cadenciosa y monocorde que había aprendido de Huy, y escogió las respuestas del arsenal de que la había provisto éste.

Cuando Lannón se aprestaba a dar por terminada la entrevista y a abandonar la cámara, la voz de Tanit le contuvo.

—Falta algo más.

El rey se volvió sorprendido, porque no estaba acostumbrado a que el oráculo le ofreciera consejos que no había solicitado ni pagado.

—El león —dijo Tanit— tenía a su lado un fiel chacal que le ponía sobre aviso cuando se aproximaba algún cazador. Pero expulsó al chacal.

El sol tenía un pájaro que transportaba a los sacrificados hacia lo alto, pero dio la espalda al pájaro.

Su mano tenía un hacha que le defendía; pero arrojó lejos de sí el hacha.

¡Oh, león orgulloso! ¡Oh, sol infiel! ¡Oh, mano desaprensiva!

Detrás de las colgaduras, Huy contuvo el aliento. Cuando concibió tales frases, éstas le habían parecido muy inteligentes, pero al oírlas en aquella desnuda cámara de piedra, incluso a él le chocaron.

Los pálidos ojos de Lannón se tornaron vidriosos, mientras trataba de descifrar el acertijo, que, después de todo, no era tan sutil. Cuando captó su sentido sus ojos chispearon como dos fríos zafiros y su sangre afluyó a su cuello y a su rostro.

—¡Maldita bruja! —gritó—. ¿También aquí debo oír esas cosas? Ese maldito sacerdote me molesta noche y día. Cuando voy por las calles de mi ciudad oigo cantar sus frívolas canciones. En los banquetes de palacio mis invitados repiten sus hueras palabras. Cuando lucho, o bebo un cuenco de vino, o arrojo los dados, su sombra está a mi lado. —Lannón jadeaba de ira, en tanto se paseaba a grandes zancadas por la sala de audiencias. De pronto agitó su dedo ante el sobresaltado rostro del oráculo—. Incluso ha embrujado a mis hijos.

Detrás de las colgaduras, Huy sintió que su espíritu se remontaba a gran altura, impulsado por dos alas resplandecientes.

Quien así hablaba no podía ser su enemigo.

—Se pavonea por las calles de mi ciudad y se enseñoera de ellas. Su nombre resuena de uno a otro extremo de mis cuatro reinos.

Su ira se estaba convirtiendo en mera indignación.

—Le aplauden cuando va por las calles... He oído los vítores.. ¡Por el gran Baal!, le aplauden más ruidosamente **que a** su propio rey.

Incapaz de dominarse, Lannón se apartó del trono. Sus ojos recorrieron las colgaduras. Durante un momento a Huy le pareció que calaba muy hondo dentro de su alma. Huy se echó hacia atrás con rapidez, aspirando profundamente. Pero Lannón se paseó nerviosamente por la cámara antes de aproximarse de nuevo al oráculo.

—Y hace todo eso sin mi consentimiento... Debería desterrarle... —Hizo una pausa y echó a andar de nuevo. Su voz cambió como el filo de una espada que se embotara cuando agregó con voz casi inaudible—. ¡Cómo echo de menos a ese terrible hombrecillo!

Huy no estaba seguro de haber oído bien.

De pronto Lannón volvió a rugir.

—Pero me ha desafiado. Me ha despojado de algo que me pertenecía..., y eso no lo toleraré.

Y girando sobre sí mismo se precipitó como una tromba fuera del santuario. Al ver la expresión de su rostro, su escudero y su montero mayor se adelantaron y empezaron a prevenir con señas a las gentes, mientras precedían al rey en su furioso retorno al palacio.

El último día del festival, Lannón Hycanus oró en el templo del gran Baal, en el bosque sagrado, entre las torres y los monolitos en forma de pájaros de sol. Luego salió de allí para recibir los renovados votos de lealtad de sus súbditos. Estarían representados en la ceremonia las nueve familias de la nobleza, las corporaciones de artesanos y los poderosos sindicatos comerciales del reino. Todos reiterarían sus juramentos de fidelidad al trono y entregarían presentes al Gran León.

Huy Ben-Amón no asistió al acto.

Bakmor juró en nombre de los sacerdotes y entregó su presente al rey.

Lannón gruñó en voz baja cuando el joven guerrero le hizo una reverencia.

—¿Dónde está el sumo sacerdote Ben-Amón?

—Señor, vengo en su nombre y en el de todos los sacerdotes del gran Baal.

Bakmor eludió la respuesta, según las instrucciones que había recibido de Huy. Lannón debió contenerse en presencia de los nobles.

Con esta ceremonia terminó el festival. A partir de entonces los habitantes de Opet se entregaron a una licenciosa orgía, en la que abundaron el vino, la comida y la algarabía. Mientras Lannón agasajaba a los nobles en su palacio, el pueblo se aglomeraba en las angostas calles y cantaba y bailaba. Aunque los vendedores de vino ofrecían libremente su mercancía, durante las horas diurnas la tradición y la ley contuvieron a la multitud. Pero por la noche la gente se desató, entregándose al libertinaje característico del festival. Las nobles matronas y sus hermosas hijas, envueltas en sus capas y cubiertos sus rostros con sus capuchas, se deslizaron por las oscuras calles, donde se incorporaron a la crápula..., o por lo menos se dedicaron a observar a los demás con ojos relucientes y sofocadas risas.

Durante un día y una noche las pautas sociales vigentes quedaron en suspenso, y ningún esposo, al igual que ninguna esposa, pidió explicaciones o rendición de cuentas a su cónyuge. Ello ocurría cada cinco años.

Cuando concluía el festival mucha gente padecía de jaqueca a causa del vino y se veían muchos rostros pálidos y manos temblorosas. También se sorprendían muchas sonrisas afectadas y misteriosas.

A media tarde, Lannón, borracho ya, se mostró tan expansivo y feliz como la mayoría de sus invitados. En la sala del banquete la atmósfera era sofocante. El sol castigaba ferozmente el chato tejado de barro. El caliente vaho que emanaba de los cuerpos sudorosos de los quinientos nobles allí congregados y de las succulentas viandas envueltas en vapor habían convertido el comedor en un horno.

El estrépito de las voces ahogaba la música, pese a los denodados esfuerzos de los instrumentistas. El arte de las jóvenes bailarinas desnudas era empañado por la granizada de uvas que lanzaban contra ellas varios jóvenes de la nobleza, que competían entre sí en el tiro al blanco, centrado en diversas partes de la anatomía de las danzarinas. Las apuestas involucraban enormes montones de oro.

Aturdido por el vino y las conversaciones, no advirtió Lannón el cambio que en determinado momento se produjo en el clima de la fiesta. Sólo tuvo noción de ello cuando reinó un silencio total en la sala. Entonces levantó los ojos, frunció rápidamente el entrecejo y comprobó que las manos de los músicos se habían detenido sobre sus instrumentos, las bailarinas estaban como paralizadas y los invitados parecían estar contando moscas.

El desagrado de Lannón se transformó en enfado cuando vio aproximarse hacia él a través del salón a Huy Ben-Amón. Vestía Huy una túnica azul bordada por hilos de oro entretejidos. En su dorado cinturón lucía una enjoyada daga. Su cabello y su barba habían sido cuidadosamente aceitados y rizados y sus pendientes de oro rozaban sus hombros.

Con expresión solemne se arrodilló Huy rápidamente ante Lannón. Su voz resonó, dulce y cristalina, en todos los rincones del salón.

—Majestad, he venido a reiterar mi voto de lealtad hacia ti. Que sepa todo el mundo que te honro por encima de todas las cosas y que mi fidelidad hacia ti se prolongará hasta más allá de la muerte.

Tal como había previsto Huy, Lannón fue cogido de sorpresa. Conturbado por el vino y el asombro, hubo de esforzarse para hallar las palabras adecuadas. Huy se levantó rápidamente.

—Como muestra de mi lealtad te ofrezco este presente —y señaló algo que había a su espalda.

Todas las cabezas giraron hacia la entrada principal.

La imponente figura de Timón apareció en el salón. Con paso majestuoso recorrió aquél todo el comedor, se detuvo junto a Huy y dirigió hacia Lannón sus feroces y nebulosos

ojos.

—¡Arrodíllate! —cuchicheó Huy, y tocó suavemente con el codo al gigante, el cual dobló lentamente una rodilla e hizo una reverencia.

—Pero este hombre pertenece a los dioses... —le desafió Lannón en tono áspero—. Escucha, sumo sacerdote: antes dijiste que estaba marcado por los dioses.

Huy apeló a todo su coraje e hizo un gran esfuerzo de voluntad para decir una mentira que implicaba un sacrilegio. A pesar de que ya había explicado el asunto a los dioses y a Timón, se sentía incómodo. A aquellos y a éste les había dicho que ésa era la única posibilidad que tenía de recuperar la confianza del rey. Paralizado por su orgullo, Lannón no haría nada para salir del punto muerto en que se hallaban sus relaciones. De modo que él, Huy, debía tomar la iniciativa. Por eso le había pedido permiso al gran Baal para negar su anuncio anterior según el cual el esclavo había sido señalado por los dioses cuando le dotaron con dos pies de pájaro. Tal petición la había hecho en voz alta, mientras se paseaba por la azotea de su casa al mediodía. Un lejano trueno estival había sido una respuesta suficiente para Huy. Pero aunque los dioses le contestaron, su respuesta había sido tan débil y ambigua, que Huy estaba nervioso en extremo. Por otra parte, le resultaba muy difícil admitir que se había equivocado... Ello conmovía los propios fundamentos de su ser.

—Señor —dijo Huy—, reconozco que me equivoqué. Los dioses han negado que tales marcas sean sagradas.

Lannón le miró con fijeza y movió la cabeza ligeramente, como si no diera crédito a sus propios oídos.

—¿Quieres decir... que me lo entregas sin ningún tipo de reserva? ¿Podré liquidarle en el acto si se me ocurre? —inclinándose hacia delante, observó más atentamente a Huy—. ¿Me lo entregas sin imponerme condición alguna?

—Acabo de proclamar mi devoción hacia mi rey —dijo Huy, en tanto rozaba con su codo a Timón.

—Vengo hacia ti como una prueba viviente de tal devoción declamó Timón en púnico casi perfecto con su potente y sonora voz de bajo.

Lannón se echó hacia atrás sobre los cojines y reflexionó un momento. De pronto, al captar el sentido del ofrecimiento, frunció nuevamente el entrecejo.

—¡Tratas de encadenarme! Me impones condiciones..., sólo que muy sutilmente —gruñó.

—No, majestad. No deseo sujetarte con cadenas, sino con los sedosos hilos de la amistad —respondió Huy en voz baja.

Durante un momento se miraron fijamente. Luego Lannón comenzó a enrojecer de cólera. Huy, en cambio, se mantuvo firme.

De repente el rostro de Huy se arrugó, sus negros ojos chispearon y los rizos que pendían sobre sus mejillas comenzaron a oscilar al esforzarse por reprimir su risa.

Lannón abrió la boca para rechazar a gritos el regalo y el ofrecimiento de amistad, pero la risa, que había empezado a resonar por su cuenta en su garganta, llegó rápidamente a sus labios... El rey rió hasta que descendieron lágrimas por sus mejillas. Entre uno y otro acceso de risa exhaló algunos gemidos de tanto que le dolían los músculos abdominales.

—Vuela por mí, Pájaro de Sol —dijo entre sollozos. Huy se dejó caer a su lado sobre los cojines temblando y estremeciéndose de risa.

—¡Ruge por mí, León de Opet! —exclamó.

Una joven esclava ofreció un cuenco lleno de vino a Huy. Éste apuró la mitad del contenido y pasó el recipiente a Lannón. Mientras el rey bebía, un poco de vino desbordó por las comisuras de sus labios y cayó sobre su dorada barba. Por último, Lannón estrelló el cuenco contra el suelo de piedra y deslizó un brazo en torno de los hombros de Huy.

—Hemos perdido mucho tiempo, Pájaro de Sol... Debemos recuperarlo. ¿Qué haremos ahora?

—Beberemos —respondió Huy.

—¡Ah! —exclamó Lannón—. ¿Y después?

—Cazaremos —dijo Huy, escogiendo la actividad predilecta del rey.

—¡A cazar entonces! —exclamó Lannón—. Avisa a tus monteros... ¡Mañana partiremos en busca de elefantes!

—Astarté, madre de la Tierra, tu hermosura se difunde en mí hasta inundar mi alma entera —murmuró Huy, tambaleándose graciosamente mientras observaba el cielo nocturno. Súbitamente se tambaleó hacia atrás y dio contra una pared. Eso le permitió estabilizarse y proseguir el estudio de los fenómenos celestes. Cuatro lunas de plata pendían sobre la ciudad, entregada al libertinaje.

Al cerrar un ojo, tres lunas desaparecieron. No obstante, al abrirlo reaparecieron.

—Astarté, guía los pasos de tu siervo —le imploró a la diosa. Haciendo un esfuerzo se apartó del muro y siguió andando por la angosta senda que se dirigía hacia el puerto. De pronto tropezó en la oscuridad con un cuerpo tendido en el suelo. Inclínándose sobre él trató de comprobar si daba señales de vida.

El cuerpo yacente roncó y gruñó cuando le hizo girar para colocarle boca arriba. Una fragante vaharada de vino llegó hasta la nariz de Huy, quien recordó entonces las figuras, también yacentes, que había visto hacía poco desparramadas en el suelo del comedor del palacio. Sobre todo la de Lannón, que sonreía mientras dormía.

—Esta noche estáis bien acompañados, ciudadanos de Opet —dijo Huy, cacareando, y siguió bamboleándose senda abajo.

En una esquina de la pared se movió una sombra informe. Al escrutar la oscuridad vio un cuerpo y dos cabezas y oyó respiraciones entrecortadas y exclamaciones tiernas e incoherentes. Los movimientos que hacía aquel cuerpo eran suaves, pero inequívocos. Huy sonrió, tropezó y casi cayó al suelo. El rostro asustado de una muchacha se volvió hacia él entre las sombras.

—Que todo sea fertilizado —le dijo a la muchacha solemnemente, y reanudó la marcha.

De pronto, una figura envuelta en una tosca capa color castaño y encapuchada surgió de la oscura senda, a sus espaldas, y le siguió sigilosamente.

El muelle estaba repleto de crápulas. En todas partes habían encendido hogueras, cuyas llamas arrancaban reflejos purpúreos de las oscuras y tranquilas aguas del lago. En torno de ellas danzaban, cogidas de las manos, innumerables personas. Algunas mujeres, más licenciosas que las demás, estaban desnudas hasta la cintura. El vino corría por sus blancas carnes como si fuera sangre.

Huy se detuvo un momento para observar el espectáculo. La figura que le seguía retrocedió y se mezcló con la multitud de juerguistas.

Cuando echó a andar de nuevo, la figura encapuchada le imitó. La senda que conducía a la residencia de Huy estaba sumida en las tinieblas. Pero en un nicho, sobre el portón, ardía una lámpara, dejada allí para que diera la bienvenida al dueño de la casa.

En tanto Huy avanzaba a tientas hacia la luz, quien le **seguía** se acercó a él rápida y silenciosamente. El ruido excesivo **Que** Huy hacía al andar ahogaba el crujido de las ropas y el **rumor** de las pisadas de quien iba a sus espaldas.

Al llegar al portón Huy se detuvo bajo la turbia luz de la lámpara. Como su daga estaba bajo su capa, cuando la mano **con** que manejaba la espada **fue** en busca del picaporte, Huy quedó indefenso. En ese preciso instante la figura encapuchada se abalanzó sobre él. Una mano aferró su **muñeca**. **Huy** se vio empujado, de espaldas contra la pared. El vino había debilitado sus reflejos. Sorprendido y alarmado, levantó con esfuerzo la cabeza y advirtió una oscura presencia a su lado, un rostro cuyas facciones no pudo discernir por hallarse muy en el fondo de la capucha. Estaba a punto de gritar cuando dos suaves labios oprimieron los suyos. Una ahogada risita surgió de aquellos labios junto a su estremecida boca. Dos cálidos pechos y dos muslos femeninos se adhirieron a su cuerpo.

El choque le paralizó. Durante varios segundos los labios y las hábiles manos de la desconocida le excitaron y estimularon. De pronto, lanzando un ronco grito, extendió Huy sus brazos para aprisionar aquel tenso y ardiente cuerpo de mujer, pero éste se escabulló e instantáneamente quedó fuera **de** su alcance.

Huy se lanzó desesperadamente en persecución de la desconocida, manoteando en el aire. Pero la encapuchada se alejó danzando y traspuso como un torbellino el portón, que cerró tras de sí de un portazo.

Exasperado y profiriendo maldiciones, Huy luchó con el portón que, por último, se abrió violentamente. Acto seguido echó a correr por el patio delantero. Una sombra fugitiva desapareció en el interior del edificio. Al correr hacia allí Huy tropezó con un almohadón y cayó cuan largo era en el suelo, derribando un escabel sobre el cual una esclava había colocado un ánfora, que se hizo añicos. El vino que ésta contenía se derramó por el suelo. Una risita ahogada y burlona procedente de la casa sumida en la oscuridad le impulsó a ponerse en pie y a precipitarse en el edificio. Súbitamente percibió la silueta de la encapuchada en el vano, iluminado por una lámpara, de la puerta de su dormitorio.

—¡Aguarda! —gritó—. ¿Quién eres?

Los esclavos de la casa, despertados por tanto ruido, echaron mano de sus armas y, adormilados aún y poseídos por el pánico, se lanzaron corriendo hacia la puerta.

—¡Fuera de aquí! —gritó Huy, furioso—. ¡Todos! Al primero que sorprenda fuera de su cuarto antes del amanecer le haré azotar.

Los esclavos retomaron a sus dependencias, no muy alarmados por su amenaza. Huy mantuvo un porte digno hasta que desapareció el último esclavo. Cuando ya no hubo nadie en las proximidades, giró sobre sí mismo y se lanzó contra la puerta de su dormitorio.

Sobre un escabel situado junto a su lecho ardía una lámpara, cuyo pabilo había sido convenientemente recortado. Más allá del breve círculo de luz anaranjada que le rodeaba todo se **hallaba** sumido en la penumbra. La encapuchada se encontraba junto a la luz, inmóvil. Su rostro, muy sombreado por su capucha, seguía siendo invisible. Sin embargo, a Huy le pareció sorprender cierto reflejo procedente de un par de ojos clavados en él.

El impulso que llevaba le hizo atravesar la habitación, pero en sentido contrario al que deseaba seguir. Entonces giró hacia ella. Pero en el preciso instante en que llegaba a su destino, la mujer se agachó y apagó la lámpara. La habitación quedó sumida en las tinieblas. Finalmente Huy dio contra una pared. Sin embargo, como estaba cada vez más despejado, atinó a agacharse y a aguzar el oído, junto al muro... Entonces percibió el crujir de una tela. Alargando como una zarpa una mano apretó el borde de la capa. Después de un apagado grito de sorpresa, la tela le fue arrancada de la mano.

Huy juró airadamente y, con los brazos extendidos, anduvo a tientas por el cuarto como un ciego.

Cerca de él alguien se movía y respiraba imperceptiblemente, agitando apenas el aire. Instantáneamente dirigió hacia allí sus manos, que dieron con una piel muy suave. Sus dedos identificaron una espalda desnuda y unas protuberantes y cálidas nalgas...

Una suave risita y después nada. El corazón de Huy martilleaba contra sus costillas. Su despertar físico coincidió con un momentáneo aturdimiento.

Fuera quien fuere, aquella mujer se había despojado de su capa. De modo que Huy estaba solo en su habitación con una mujer escurridiza como un lucio del lago y desnuda como un recién nacido. Mientras la seguía, como un leopardo a su presa, se quitó la túnica y su taparrabo, que arrojó al azar en el suelo. A excepción de sus dorados zarcillos, se despojó de cuanto llevaba encima, mostrándose tan al desnudo como su pasión.

Poseída por el pánico, ella no podía controlar ahora su jadeo ni su nerviosa risita. Huy la cogió de una oreja y la condujo a un rincón del cuarto, junto a su lecho.

Allí se le escapó, escurriéndose debajo de sus manos. Pero uno de los largos brazos de él ciñó su cintura.

Mientras la levantaba con suma facilidad, ella empezó a patallar y a chillar como un animal cautivo y a darle puñetazos en la cara y el pecho.

Por último, Huy la depositó sobre una pila de gruesas pieles que constituía su lecho. Huy experimentó al despertar una honda sensación de paz y felicidad.

Su cuerpo parecióle más blando y débil, pero su mente, más despejada, permitíale pensar con claridad. El suave matiz rosado del amanecer invadía ya su cámara y a sus oídos llegaban nítidamente el rumor de las alas y los cantos de los pájaros del lago.

Levantándose sobre un codo observó a la muchacha que dormía en su revuelto lecho. El calor de aquella noche de primavera le había impulsado a apartar de su cuerpo el cobertor. Su pelo, en sus sienes, estaba húmedo, y sobre su labio superior, ligeramente contraído, brillaban algunas gotas de sudor. Dormía la joven con los ojos cerrados y su respiración apenas agitaba la oscura y sedosa masa de su cabellera, extendida sobre sus mejillas.

El brazo que había colocado sobre su cabeza deformaba un tanto sus pechos, sorprendentemente abultados. Grandes, redondos y llenos, éstos resultaban desproporcionados en comparación con su largo y delgado cuerpo. Sus pezones seguían aún al rojo vivo después de una noche de amor. Su tersa piel era de un pálido matiz aceitinado, interrumpido bruscamente en las axilas y el bajo vientre por densas matas de vello negro y sedoso.

Eso fue lo que vio Huy en la primera ojeada, antes de que sus ojos se clavaran en su semblante plácidamente dormido.

Sin dar crédito a sus propios ojos y mudo de asombro, la contempló Huy durante un rato, con espanto y consternación, poseído por un temor supersticioso.

De pronto la muchacha abrió los ojos y le sonrió.

—Baal te bendiga, sumo sacerdote —dijo en voz baja.

—¡Tanit! —jadeó Huy.

—Sí, señor —respondió ella, siempre sonriendo.

—Esto es un sacrilegio —cuchicheó Huy—, un ultraje a la diosa.

—Negar mi amor por ti hubiera implicado una ofensa a la naturaleza.

Tanit se sentó en el lecho y le besó, sin dar muestras de arrepentimiento ni de culpabilidad.

—¿Amor? —le preguntó Huy, olvidando momentáneamente su temor.

—Sí, señor —dijo Tanit, asintiendo con la cabeza y besándole de nuevo.

—Pero... —tartamudeó Huy. Sus mejillas ardían como brasas—. Tú no puedes... amarme.

—¿Por qué no, señor?

—¿Y mi cuerpo... y mi joroba?

—Adoro tu joroba porque es parte de ti, como tu bondad, tu benevolencia y tu sabiduría.

Él la miró fijamente durante largo tiempo. Luego, cogiéndola torpemente entre sus brazos y hundiendo su rostro en la oscura y fragante cabellera de la muchacha, musitó:

—¡Oh, Tanit!... ¿Qué haremos ahora?

Huy estaba en la cumbre de una colina, hacia la madrugada, aguardando a su dios. Abajo el campamento bullía. Las llamas de las hogueras palidecían ante la creciente luz del día. A sus oídos llegaban los mil rumores producidos por los seis mil hombres que se aprestaban a participar en la cacería: los seis mil guerreros de la legión de Huy, el séquito del rey, los esclavos, las mujeres, los elefantes y los bagajes. No es extraño, entonces, que el campamento ocupara el valle entero, a ambos lados del pequeño río que corría por la ladera de la colina. Cincuenta kilómetros más allá, hacia el norte, se deslizaba perezosamente la verde cinta del gran río, sofocada por su calcinado e inhospitalario valle. Una de las legiones de Lannón ya había acampado allí y desde varios días atrás estaba hostigando a las manadas de elefantes que buscaban su alimento a lo largo del río. Aquellos hombres atacaban a los paquidermos con arcos, jabalinas y elefantes de guerra.

Hostigadas por dichos legionarios, tales manadas abandonarían el valle y se dirigirían hacia las antiguas rutas que ascendían por las laderas. Lannón había acampado como a horcajadas sobre aquellos ardientes senderos. Los batidores, que habían llegado la noche anterior procedentes del valle, informaron que las manadas se desplazaban en masa hacia el acantilado. De modo que dentro de pocos días se alejarían en largas y majestuosas filas del valle y, encabezadas por los viejos machos, se pondrían a cubierto de los implacables cazadores que infectaban la región.

Huy Ben-Amón pensaba en ello, en pie, observando el amanecer. Huy, que lucía una ligera armadura y calzaba flexibles sandalias, estaba cómodamente apoyado en el mango de su hacha en forma de buitre. La espléndida pala del arma se hallaba cubierta por una suave funda de cuero, que protegía su afilado borde y su

delicada cinceladura. Huy estimaba que los dioses habían combinado las circunstancias para ofrecerle aquella oportunidad.

Durante dos semanas a partir de la noche del Festival de la Fertilidad de la Tierra, había pasado casi todo el tiempo meditando acerca de su dilema personal, consultando los libros sagrados, estudiando todo lo concerniente a los deberes de los sacerdotes y las sacerdotisas y a sus vínculos con los dioses, así como también a sus relaciones recíprocas. Su análisis le permitió extraer conclusiones sobre su caso particular, que de ninguna manera consideró un sacrilegio. En ese momento estaba abogando por sí mismo y aguardando el fallo de los dioses.

Al lanzar el sol su primer dardo dorado contra la cresta de la colina, Huy entonó el cántico de la alabanza de la manera más melodiosa posible... y luego formuló su alegato haciendo uso de una complicada dialéctica, basada en el concepto de la representación terrenal. Según su razonamiento, si se consideraba correcta la conducta de Baal y su consorte Astarté, correspondía igualmente aprobar idéntico comportamiento por parte de sus representantes terrenales..., aunque, por supuesto, sólo en el caso de una sacerdotisa y el sumo sacerdote de Baal. Huy disimuló de la mejor manera posible los puntos débiles de su alegato, que remató con estas palabras:

—Es posible, gran Baal y celestial Astarté, que mi razonamiento sea erróneo y que yo haya cometido un pecado. Si he incurrido en falta, merezco que sobre mí caiga vuestra ira y el más espantoso castigo, a pesar de haberos servido toda la vida y de haber cumplido siempre con mi deber.

Tras hacer una pausa para que tales palabras produjeran el efecto deseado, prosiguió:

—Si he pecado..., que los colmillos de los elefantes me despedacen, y si no he incurrido en falta, haz que retorne sano y salvo junto a vuestra sacerdotisa. Si me concedéis vida y amor... juro que seguiré sirviéndoos lealmente hasta el fin de mi existencia y que ningún hombre y ninguna mujer se enterarán de la dispensa que me habréis otorgado —hizo una pausa y luego continuó—: Gran Baal y Astarté, que habéis amado, apiadaos de este hombre que también ama.

Huy descendió de la colina satisfecho de su pacto y dispuesto a dejarse evaluar por los dioses. De ninguna manera eludiría el peligro ese día para permitir que aquellos tuvieran la oportunidad de demostrar su ira, si tal era su voluntad. Sea como fuere, Huy estaba seguro de que sólo la muerte podría separarle de Tanit. El sabor de aquella fruta era demasiado delicioso para que jamás se hapiara de él.

—¡Huy! —gritó Lannón al verle entrar en el campamento—. ¿Dónde has estado?

El rey, armado ya, se estaba paseando nerviosamente y a grandes pasos delante de su tienda. Al ver a Huy se dirigió

hacia él rápidamente.

—¡El día avanza con rapidez! —gritó—. Nuestros vigías han anunciado la proximidad de los rebaños.

Los elefantes de guerra ya estaban preparados. Sus conductores se habían sentado ya sobre sus pescuezos y los altos castillos⁵ habían sido colocados sobre sus lomos. Los cazadores reales estaban reunidos ante la tienda de Lannón. Entre otros estaban allí algunos de los más renombrados monteros mayores del rey: Mursil, con su encarnado rostro de borracho; el flaco y melancólico Zadal; Huya, el celebrado arquero, y el diminuto y amarillo Xhai, cuya fama de rastreador se había acrecentado rápidamente durante los últimos años. Más allá, en la horda de esclavos, descollaba la colosal figura del negro Timón. Huy le sonrió y en seguida se precipitó con Lannón en las líneas de elefantes.

—Viajarás conmigo. Pájaro de Sol —le dijo Lannón a Huy.

—Me siento muy honrado, señor —respondió Huy. Mursil le entregó a Huy uno de los arcos para cazar elefantes. Pocos hombres podían tender aquellos imponentes arcos de ébano silvestre, tan gruesos en su centro como la muñeca de un hombre y cuya cuerda estaba formada por hebras entretreídas de tripas de león. Se requerían dos brazos y un pecho poderosos para tender aquella cuerda, una vez alzada la saeta de un metro y medio de longitud, con cabeza de acero y un penacho de plumas de pato silvestre en el otro extremo. Sin embargo, tensado al máximo el arco, la saeta llegaba hasta unos setenta y cinco metros de distancia y penetraba hasta el penacho de plumas en la carne de cualquier elefante. Ello le permitía alcanzar el corazón de la bestia, protegido por sus costillas, o bien sus macizos pulmones rosados. Si el arquero era diestro, apuntaba a una oreja del elefante, porque a través de ésta el dardo llegaba fácilmente al cerebro del animal.

—Sé que preferís el arco a la lanza, sumo sacerdote —murmuró respetuosamente—. Mis viejos brazos ya no pueden tender el arco.

—Gracias, montero.

—Las aljabas están llenas de flechas. Las he probado y seleccionado una por una —le aseguró Mursil.

Siguiendo a Lannón, Huy se dirigió hacia donde estaba arrodillado el elefante de guerra del rey. Se trataba

en realidad de una vieja y bien adiestrada hembra, más serena que cualquier macho en lo más crudo del combate y más fiable y controlable asimismo que su congénere del otro sexo en las cacerías.

Huy trepó, detrás de Lannón, hasta el castillo de madera, con capacidad para tres personas. Las aljabas se hallaban en la parte de afuera, al alcance de los arqueros. Lannón probó una de las jabalinas alineadas en la parte delantera del castillo.

—Muy bien equilibrada —dictaminó, y luego miró hacia abajo.

Todos deseaban tener el honor de acompañar al Gran León. Los ojos de Lannón se detuvieron en Xhai. Al inclinar el rey la cabeza, trepó el pigmeo por el costado del elefante, mostrándose patéticamente agradecido.

Bamboleándose pesadamente, el animal se puso en pie. Huy se vio lanzado hacia el borde del castillo. Desde la imponente altura en que se hallaban —cinco metros—, miraron hacia abajo, en tanto el conductor aguijoneaba al viejo elefante, que echó a andar, balanceándose majestuosamente, por la senda que descendía en dirección al acantilado del valle.

—He escogido un buen lugar para la cacería —le dijo Lannón—. Se trata de un empinado sendero que desemboca inesperadamente en una pequeña concavidad. Allí aguardaremos a los animales.

Al mirar hacia atrás, Huy vio los elefantes de guerra —veinte en total— que los seguían en hilera, abanicándose con sus orejas y balanceando sus trompas, mientras se desplazaban lenta y pesadamente. Los cazadores en los castillos examinaban y probaban sus armas y conversaban muy excitados.

—¿Por qué realizamos esta cacería, señor? —dijo Huy—.

¿Para obtener cachorros o marfil?

—En primer lugar, para cazar cachorros. Los domadores de elefantes han pedido dos docenas, cuyas edades oscilen entre los cinco y los diez años. Los cazaremos esta mañana, porque los rebaños jóvenes serán los primeros en abandonar el valle. Después cazaremos para obtener marfil. Los batidores informan que hay muchos machos a lo largo del gran río.

La hondonada escogida por Lannón estaba rodeada por enhiestas paredes de tierra accidentada. Se trataba de una circular concavidad de unos treinta y siete metros de diámetro. La senda de los elefantes desembocaba en ella a través de un desfiladero y continuaba después por el empinado terreno situado en el otro extremo. La hondonada estaba densamente arbolada. Lannón emboscó sus elefantes de guerra cerca del límite del bosque. Los elefantes fueron obligados a arrodillarse para que su escondrijo resultara perfecto.

Mientras aguardaban, Huy y Lannón se desayunaron con pasteles de cereal frío, queso y carne de vaca asada y salada, todo lo cual regaron con vino tinto: comida típica de cazadores, cuyo apetito era estimulado por la caza. Mientras comían no quitaban sus ojos de los vigías que, apostados en el alto terreno circundante, darían la voz de alerta apenas divisasen las manadas de elefantes. No se había secado aún el rocío que humedecía la hierba cuando en la cumbre del acantilado, encima de ellos, una figura humana empezó a hacer frenéticos movimientos.

Lannón gruñó de satisfacción y limpió la grasa que cubría sus labios y sus dedos.

—Vamos, Pájaro de Sol —dijo, y ambos montaron sobre el arrodillado elefante.

Durante largo tiempo aguardaron con los nervios tensos. De pronto el pequeño Xhai se mostró excitado y expectante. Sus ojos color ámbar oscuro parecieron querer saltar de sus órbitas.

—Ya están aquí —cuchicheó junto a Huy.

Casi inmediatamente apareció un elefante salvaje en la rocosa entrada del desfiladero. Era una vieja hembra, flaca, gris y sin colmillos. Después de observar con recelo la hondonada, levantó la trompa para oler el aire que, a través de su boca, llegó a sus glándulas olfativas, situadas en el labio superior. La brisa seca y suave que soplaba desde atrás de ella alejó de su olfato el olor de los hombres que aguardaban a cierta distancia. El elefante bajó la trompa y se internó en la hondonada.

Acto seguido, desde el desfiladero se precipitó un alud de grandes cuerpos grises.

—Los elefantes pequeños —murmuró Lannón. Huy los observó de cerca. Los había de todos los tamaños. Desde los que ya estaban casi enteramente desarrollados hasta los que eran del tamaño de un cerdo grande. Los más pequeños metían bulla y jugueteaban, dando leves chillidos, retozaban y se perseguían entre las patas de sus madres.

Huy sonrió al ver cómo uno de ellos se esforzaba por alcanzar las ubres de su madre en movimiento. El pequeño se empeñaba en atrapar aquéllas, que pendían entre las patas maternas, con su minúscula trompa. De pronto su madre, exasperada, asió una rama caída en el suelo y azotó con ella despiadadamente las nalgas del pequeño. Éste chilló y siguió corriendo, entonces, pegado a sus talones, muy formalmente, ^a causa del castigo recibido.

La hondonada estaba ya repleta de elefantes salvajes, cuyos arqueados lomos sobresalían por encima de las copas **de los** densos arbustos, en tanto se dirigían a lo largo de la antigua senda hacia algún seguro refugio.

Lannón se inclinó hacia delante y rozó el hombro del **conductor**. El elefante de guerra se puso en pie, elevándoles a una altura que les permitía observar desde su castillo las presas. Los elefantes de guerra emboscados alrededor de la **hondonada** se **irguieron**, elevando sobre sus lomos a los hombres armados que los montaban, y empezaron a cerrar el cerco, lentamente, en torno de la manada. Los chillidos y el estruendo producido por los cachorros ahogaron los ruidos provocados por los cazadores. De pronto éstos se mezclaron con los elefantes salvajes.

Lannón escogió una joven hembra que tenía una cría **semidesarrollada**. Inclinandose fuera del castillo disparó su jabalina hacia las grandes arterias del cuello del paquidermo. Este barritó de espanto y dolor. Del extremo de su trompa brotó un chorro de roja y brillante sangre arterial. La bestia giró, retrocediendo, mortalmente herida. Desde los otros castillos surgió una lluvia de proyectiles en dirección a la manada. Centenares de animales corrieron despavoridos. La floresta fue sacudida por los barrites y los frenéticos movimientos de los animales en fuga.

A pesar de la promesa que les había hecho a los dioses, **Huy** no levantó su arco. Por el contrario, se dedicó a contemplar, fascinado y estremecido, la terrible carnicería. Una vieja hembra erizada de dardos y jabalinas cargó contra un elefante de guerra, al que hizo caer de rodillas. Los hombres que lo montaban, despedidos del castillo, cayeron entre innumerables pezuñas. La vieja hembra se bamboleó y se derrumbó moribunda, pero furiosa. Un cachorro herido por error trataba de arrancar la saeta clavada en su flanco y barritaba de dolor a causa de las púas obstinadamente insertadas en su carne. Otro elefante joven intentaba vanamente despertar a su madre muerta, tirando de ella con su pequeña trompa.

Lannón gritaba, excitado, mientras arrojaba jabalinas hacia el cuello y la espina dorsal de los elefantes con tan mortal puntería que el terreno, a su alrededor, quedó sembrado de grandes cuerpos grises.

Súbitamente, una madre cargó contra ellos desde un flanco: una vieja reina malhumorada, tan enorme y **fuerte** como la que ellos montaban. Lannón se volvió hacia ella y lanzó el arma en el preciso momento en que levantaba su trompa. La jabalina dio de lleno en aquel carnosio miembro, clavándose muy profundamente en él, un poco más abajo del nivel de sus ojos. La bestia barritó espantosamente, pero siguió corriendo hacia ellos. Entonces Huy tensó de mala gana su arco porque sabía que sólo la muerte la detendría.

La vieja reina levantó muy arriba la cabeza y la trompa, aprestándose para la embestida. Su boca estaba enteramente abierta y su labio inferior colgaba. Huy apuntó hacia el fondo de su garganta y la saeta desapareció en la gran boca **abierta**. Huy estaba seguro de que la punta del arma había llegado al cerebro de la bestia, porque ésta se replegó tambaleándose **sobre** sus ancas, temblando y estremeciéndose de arriba abajo. Un barrito estrangulado, semejante a un gorgoteo, brotó de su **garganta**. Sus párpados se crisparon violentamente y el animal cayó hacia delante y quedó inmóvil.

Ese día mataron cuarenta y una hembras, treinta de las cuales tenían cría. Sin embargo, nueve cachorros que los **domadores** dijeron que eran demasiado jóvenes para sobrevivir sin madre fueron piadosamente sacrificados mediante un certero y único flechazo. Los restantes fueron confiados al cuidado de varias hembras especialmente adiestradas para alimentarlos y apartarlos de la montaña que formaban los cuerpos sangrantes de sus madres.

Hacia el mediodía la cacería había concluido. Acto seguido los esclavos se dedicaron a trocear los cuerpos y a transportar la carne a los asadores, donde se la curaría con humo. La hondonada se convirtió en un pestilente osario. Pronto los buitres comenzaron a describir círculos en lo alto, hasta que fueron tantos que casi oscurecieron el sol.

Lannón comió con los nobles y los monteros mondongo de elefante a la parrilla, condimentado con una **fuerte** salsa de pimienta, y después corazón, también de elefante, asado y relleno de arroz silvestre y aceitunas, y varias fuentes de dorados pasteles de cereales, todo ello regado con la inevitable ánfora de vino de **Zeng**. En suma, aquélla fue una comida digna del apetito de un cazador.

El rey, de muy buen humor, comenzó a pasearse majestuosamente entre sus hombres, riendo y diciendo chistes y escogiendo, acá y allá, a los individuos que merecían ser condecorados. Sobreexcitado por la cacería, se detuvo junto a Huy para burlarse de él:

—Mi pobre Pájaro de Sol ha disparado una sola flecha en toda la cacería.

Estaba Huy a punto de responderle alegremente que disparar una sola saeta y dar en el blanco constituía una proeza, cuando súbitamente **Zadal**, el montero mayor del Reino Medio, soltó una carcajada.

—¿Es el arco demasiado pesado para tus manos, señora **a** o la caza una actividad excesivamente ruda para **tí**?

Un silencio mortal recayó sobre el grupo. Todas las caras se volvieron hacia el flaco y oscuro individuo, de labios delgados e irónicos y brillantes ojos de ave de rapaña.

Sólo al cabo de varios segundos tuvo noción Zadal del **ultraje** que implicaban sus palabras. Al mirar el círculo de rostros que le observaban atentamente, experimentó un ligero **escalofrío** porque advirtió en todos los ojos la curiosidad que **despertaban** los condenados a muerte. Un noble que se **hallaba** a su lado le dijo en voz baja, pero qué no dejaba lugar a dudas:

—Eres hombre muerto.

Realmente alarmado, **Zadal** se volvió rápidamente hacia **Huy Ben-Amón**. Demasiado tarde recordó lo que se decía de aquel sacerdote. **Todos** sabían que nadie se había atrevido jamás a burlarse de su giba ni de su estatura, como tampoco había osado hombre alguno poner en tela de juicio su coraje. Con alivio advirtió Zadal que el sacerdote sonreía ligeramente, mientras se secaba delicadamente los dedos con el borde de su túnica.

«Muchas gracias, gran **Baal** —oró Huy mentalmente, sin dejar de sonreír—. Está bien que me hayas recordado mi promesa... Sí, me he contenido durante la cacería. Perdóname, gran Baal. Ahora se te presenta una buena oportunidad.»

El alivio de Zadal fue muy breve, porque cuando Huy le miró directamente a la cara, la sonrisa de éste sólo persistía en sus labios, en tanto sus ojos negros se mostraban duros y fríos.

—Zadal —dijo Huy en voz baja. El grupo presionó hacia delante para captar sus palabras—, ¿volarás conmigo en alas de la tormenta?

Todos se estremecieron ante aquel desafío. Los innumerables comentarios de los circunstantes se confundieron en un zumbido general. Todos los ojos estaban **fijos** en el rostro de Zadal, cuya piel palideció hasta adquirir un tono amarillo sucio. Sus labios apretados trazaban una raya blanca en su semblante.

—Te prohíbo tal desafío —dijo **Lannón** con voz recia—. No permitiré que arriesgues tu vida, tan valiosa para mí, en...

—Majestad —le interrumpió serenamente Huy—. Está en juego mi honor. Me ha llamado cobarde.

—Pero nadie ha intervenido en una cacería semejante en los últimos cincuenta años —protestó Lannón.

—Cincuenta años es demasiado tiempo, ¿no, Zadal? —dijo

Huy, sonriendo—. Creo que es hora de que reanudemos esa costumbre.

Zadal clavó sus ojos en Huy y se odió a sí mismo por no haber sabido gobernar su lengua.

Huy seguía sonriendo.

—Acaso la caza sea una actividad demasiado fuerte para **ti** —dijo.

Durante un largo tiempo pareció que Zadal rehusaría su proposición. Mas de repente asintió secamente con la cabeza, aunque sus labios seguían pareciendo una delgada raya blanca.

—Como tu dispongas, señor —respondió Zadal, sabiendo que estaba perdido.

Los esclavos habían volcado en dos cestos el contenido del **intestino** grueso de un elefante muerto. Mientras Huy y Zadal se desnudaban y embadurnaban sus cuerpos con el amarillo **excremento**, aquél prestó oídos a la discusión que el joven **Bak-Mor** mantenía con **Mursil** acerca de la caza.

—No creo que se pueda matar a un elefante plenamente desarrollado con un hacha de guerra. Ese tipo de caza me parece una desagradable manera de suicidarse.

—Por eso dicen que cazar así es volar en alas de la **tormenta**.

El fétido olor del estiércol del elefante borra cualquier olor humano. **Ésa** era **la** única protección con que contarían ambos cazadores. Ello les permitiría aproximarse a las bestias sin delatarse. Su fino olfato es la principal arma defensiva del elefante, ya que, por su débil visión, es miope.

Timón se apartó del grupo que rodeaba al rey y ayudó a Huy embadurnando de excremento su espalda. El rey cautivo comprendió en seguida de qué se trataba.

—Noble señor, temo por **ti** —dijo en voz baja.

—Yo también temo por mí —admitió Huy—. Aplícame bastante estiércol, Timón. Prefiero el mal olor a la muerte.

Huy miró el acentuado declive que descendía desde la hondonada al valle. El sendero de elefantes zigzagueaba cuesta arriba, a través del bosque ralo. Allí interceptarían la próxima manada, antes de que la pusiera sobre aviso el olor de la sangre que impregnaba la hondonada.

Al echar una ojeada a su alrededor, Huy advirtió que los cazadores se habían distribuido en los lugares más ventajosos de las colinas para presenciar la cacería. De pronto sus ojos dieron con los de Zadal. El montero

mayor se había untado de pies a cabeza con estiércol amarillo y apretaba demasiado fuertemente el mango de su hacha. El miedo se reflejaba en BUS ojos negros y en su tensa postura. Huy le sonrió, regodeándose en la intranquilidad del otro. Zadal miró hacia otra Parte. Sus labios temblaban.

—¿Estás listo, montero? —le preguntó Huy.

Zadal asintió con la cabeza porque desconfiaba de su voz.

—Adelante entonces —dijo Huy, y se lanzó cuesta abajo. Súbitamente Lannón se cruzó en su camino. Sus ojos daban ^a entender que presentía un desastre. Su sonrisa era forzada.

—Ese estúpido de Zadal habló precipitadamente y sin mala intención. Nadie pone en duda tu coraje. Sólo tú dudas en tal sentido... No trates de subrayar demasiado que eres valiente. ¿Qué haría yo sin mi Pájaro de Sol?

—Señor... —dijo Huy con voz enronquecida por la emoción que le produjo el acento del rey.

—El primer tajo es el más peligroso, Huy. Evita que caiga sobre ti.

—Me acordaré.

—Recuerda, además, que deberás bañarte antes de cenar conmigo esta noche —le dijo Lannón, sonriendo y apartándose de él.

Dos veces durante la tarde pasaron junto a ellos pequeñas manadas de elefantes, que treparon rápidamente por la ladera, entre los árboles..., y cada vez Huy movió negativamente la cabeza, mirando a Zadal, porque se trataba de hembras, de cachorros o de elefantes aún no del todo desarrollados.

El día tocaba a su fin.

Huy empezaba a experimentar una incómoda sensación de alivio.

Tal vez los dioses, habiendo fallado en su favor, no deseaban someterle a prueba alguna.

Restaba sólo una hora de luz. Huy y Zadal aguardaban tranquilamente sentados a la vera del camino, tras una cortina de plantas trepadoras que pendían de un árbol.

El estiércol que cubría sus cuerpos se había secado. Huy se sentía incómodo porque su piel estaba endurecida. Mientras esperaba con su hacha en forma de buitre atravesada sobre su regazo, Huy confiaba que nada ocurriera antes de la noche, para olvidar aquella loca aventura en la que se había comprometido demasiado rápidamente en defensa de su honor. En tanto se decía a sí mismo cuán extrañamente la inactividad moderaba las pasiones más violentas, jugueteaba con el mango del hacha y hacía gestos burlones.

Súbitamente advirtió que algo se movía muy lejos, cuesta abajo... Algo semejante a un humo gris, que asomaba entre los árboles. Una gran comezón se extendió por su piel. También Zadal advirtió aquel movimiento y, dejando de jugar con sus dedos, permaneció inmóvil como una estatua junto a Huy.

De pronto, de entre los árboles surgieron dos elefantes, dos grandes machos adultos, con muy grandes colmillos, que trepaban ligeramente por la cuesta. Avanzaban a unos setenta y cinco metros de distancia uno de otro, muy alertas y hacia alguna meta determinada. Huy pensó que habrían sido muy recientemente perturbados o quizá heridos por los cazadores del valle.

—Llegó el momento —cuchicheó Huy—. Elige uno de los dos.

Zadal observó con ojo experto durante un momento a los dos elefantes. El macho de delante era más viejo y su único colmillo se había partido a la altura del labio. Además era más flaco y parecía más avisado que su compañero. El hecho de que fuera delante demostraba que era el más experimentado y vivaz de los dos. Por otra parte, su colmillo roto implicaba un carácter más maligno y un incierto temperamento.

—El segundo —murmuró Zadal.

Huy, que esperaba tal respuesta, asintió con la cabeza.

—Ahora yo retrocederé. Después trataremos de atacar los dos simultáneamente.

Abandonando su refugio retrocedió Huy cautelosamente por el camino hasta quedar a igual distancia de Zadal que los dos elefantes entre sí.

Entonces se dejó caer sobre un cuadro de áspera hierba que crecía al costado del camino y miró hacia atrás. Los elefantes avanzaban firmemente en su dirección. El que iba delante dejó atrás el sitio en que estaba oculto Zadal. Huy comprobó que la distancia entre ambos elefantes había disminuido. El que correspondía a Zadal llegaría frente al lugar en que éste se encontraba antes que el de Huy pasara ante el penacho de hierbas en que yacía Huy.

Si uno de los dos atacaba prematuramente, el otro elefante se pondría en guardia y el peligro se multiplicaría. Huy sabía que no podía confiar en Zadal, quien sólo pensaría en sí mismo.

Mientras así pensaba Huy, Zadal abandonó su escondite protegido por las enredaderas y echó a correr silenciosamente detrás del segundo elefante. El de Huy se encontraba todavía a unos treinta y cinco metros del lugar en que aquél estaba tumbado.

Zadal corría casi rozando las patas de su elefante. Huy sintió una momentánea admiración por él y pensó que quizá le había juzgado erróneamente. Tal vez Zadal siguiera corriendo detrás del segundo elefante y no atacara hasta que Huy se hallara en posición de ataque.

De pronto el hacha del montero mayor se elevó y resplandeció al llegar a lo alto. En tanto el arma descendía velozmente, Huy volvió sus ojos hacia el primer elefante.

Al caer el hacha de Zadal sobre la bestia, ésta profirió un barrito de dolor y alarma. El elefante de Huy echó entonces a **correr** a toda velocidad. Tanto se aproximó a Huy que poco **después** pareció cubrir todo su campo visual. Huy pensó que aquel animal era tan enorme como la propia tierra de la que acababa **de** surgir.

Mientras se ponía en pie, Huy sabía que contaba con **pocos** segundos para golpear a la bestia, que inmediatamente **quedaría** fuera de su alcance.

A saltos corría a la par que el elefante, pero más arriba que éste, por **la** ladera, porque cuando el animal cayera **rodaría** por la cuesta. **Huy** estiraba sus largas piernas al máximo. Sin embargo, iba perdiendo terreno rápidamente y quedando a retaguardia de las patas traseras del elefante.

A cada paso que éste daba, el enorme peso de su cuerpo gris recaía sobre las patas traseras. Entonces los tendones de sus jarretes, que se extendían desde los rodillas hasta los talones, quedaban tensos bajo su rugosa piel, que parecía carcomida. Cada tendón era como una cuerda, gruesa como la muñeca de una muchacha, que ya quedaba tensa, ya abultada hacia afuera, a cada paso que daba el animal, soportando el peso de todo su cuerpo.

Huy se desvió mientras corría, colocándose detrás del elefante y, cuando el tendón de la pata más próxima quedó tenso, descargó sobre él su hacha en forma de buitre, seccionándolo tan perfectamente que el tendón produjo un chasquido seco, como una vela desgarrada por el viento.

El animal se bamboleó y perdió el equilibrio al ceder su pata herida y se balanceó peligrosamente al borde del sendero, al recaer todo su peso sobre su pata sana.

—¡Por **Baal!** —gritó Huy, muy excitado.

Su hacha se elevó nuevamente mientras él se columpiaba. El segundo tendón se partió, produciendo un chasquido semejante al anterior. La enorme bestia gris se derrumbó pesadamente. El estrépito de su caída llegó a los oídos de los espectadores diseminados en las colinas. Una nube de polvo surgió de la tierra reseca. Huy había retrocedido, bailoteando, de entre las patas de la bestia, poniéndose fuera del alcance de su terrible trompa.

Mientras brincaba en las cercanías del encrespado elefante, se preparaba para el acto final porque sabía que sólo contaba con unos segundos para explotar la sorpresa del primer momento. Debía actuar antes de que el mutilado animal, recobrado de su asombro, le localizara.

Desesperado, Huy buscó con los ojos una vía de escape.

El elefante se levantó y apoyándose en sus patas anteriores avanzó arrastrando sus paralizadas patas traseras. Cegado por la cólera, la emprendió contra los árboles. Su terrible trompa giraba alocadamente, en tanto su único colmillo desgarraba la tierra.

Pero como estaba de espaldas a Huy, todavía no había localizado a su atacante. Éste se zambulló ágilmente debajo de su trompa y de un salto se colocó de rodillas sobre el vasto lomo de la bestia y levantó su hacha por encima de su propia cabeza.

El nudoso espinazo del elefante sobresalía claramente bajo la rugosa y reseca piel. Sus coyunturas parecían estar **aguardando** el golpe del hacha. Huy la descargó violentamente. El acero atravesó el hueso y se hundió en el amarillo tejido **espinal**. El elefante barrió y se desmoronó, dando coces y estremeciéndose **espasmódicamente** en su tremenda agonía.

Huy saltó de aquel cuerpo palpitante a tierra y a brincos **se** situó fuera del alcance de **las** patas y la trompa del moribundo animal, experimentando una creciente sensación de triunfo y alivio. La operación había concluido... Había volado en alas de la tormenta... y sobrevivido a ésta.

De pronto, al oír el salvaje y estridente barrito del otro elefante, giró sobre sí mismo. Una simple ojeada le bastó para comprender que la faena no había terminado y que los dioses no se daban aún por satisfechos.

Zadal había errado el golpe dirigido al tendón de la segunda pata. Su elefante, a pesar ir a tres patas, se movía ágilmente y le perseguía a gran velocidad. Zadal había arrojado su arma y corría cuesta arriba, seguido muy de cerca por el animal, que acortaba cada vez más la distancia que los separaba y chillaba de rabia con la trompa estirada hacia el fugitivo.

En el preciso momento en que Huy acudía en ayuda de Zadal, el elefante enroscó su trompa en torno al cuerpo de éste y lo despidió por encima de las copas de los árboles más elevados. Zadal giró en el aire un trecho y luego cayó de cara al suelo rocoso. El elefante colocó una pata sobre la espalda de Zadal y con la trompa le

arrancó la cabeza como un campesino arranca la de un pollo, y la arrojó hacia la cuesta, por donde rodó como una pelota lanzada por un niño.

Huy corrió hacia el elefante, ascendiendo torpemente por el declive. La bestia se arrodilló sobre el cuerpo de Zadal y hundió un colmillo en su pecho. Tan enfrascada estaba en la tarea de despedazar a Zadal, que Huy pudo situarse rápidamente a sus espaldas.

Mientras observaba la profunda herida provocada por Zadal en el jarrete, más allá del tendón, el hacha en forma de buitre zumbó suavemente mientras hendía el aire.

Esa vez el golpe fue certero.

—Os confiero un nuevo título —dijo Lannón levantando su cuenco de vino. Los nobles y caballeros sentados en torno a la mesa guardaron un profundo y expectante silencio—. Otorgo un nuevo título, por méritos de guerra, al hombre que ha volado en alas de la tormenta.

Huy bajó los ojos modestamente y se ruborizó un poco bajo la luz de la antorcha que colgaba del techo de cuero en la tienda de campaña del rey.

—¡Huy Ben-Amón... Hachero de los Dioses! —le proclamó Lannón a gritos.

Los nobles festejaron sus palabras y congratularon a Huy cerrando sus puños.

—¡Bebe, Huy! ¡Bebe, Pájaro de Sol! —exclamó Lannón, ofreciéndole su propio cuenco de vino.

Huy echó un trago y sonrió a quienes le rodeaban. Esa noche no miraría el fondo del cuenco, porque no deseaba empañar con la embriaguez una alegría que ansiaba pura y límpida. Los dioses le habían respondido. Por eso estaba sereno y sonriente en medio de la ruidosa algarabía y apenas oía las risas y las bromas. En realidad sólo escuchaba una voz que en lo más profundo de su ser cantaba: «¡Tanit! ¡Tanit!».

Cuando se levantó para retirarse, Lannón, sintiéndose ultrajado, tiró del borde de su túnica y le obligó a sentarse de nuevo.

—No te irás de aquí sobre tus propios pies. Hachero, esta noche mereces que te transporten a tu lecho. Ven. Te desafío a una contienda de bebedores.

Huy desechó el reto riendo y sacudiendo la cabeza.

—Te ruego, señor, que me dispenses de un segundo desafío en el mismo día.

Fuera la noche estaba muy serena. En el cielo brillaban las estrellas. El calor del día se iba disipando. La brisa nocturna que rozaba sus mejillas era tan suave como las sedosas trenzas de Tanit.

—¡Astarté! —la diosa comenzaba a elevarse sobre el valle. Su áureo disco bañaba la tierra con su suave resplandor—. Madre de la Tierra, muchas gracias —murmuró Huy. Y varias lágrimas de felicidad brotaron de sus ojos.

Huy siguió andando a través del campamento en dirección a su tienda, ocultando en el fondo de sí mismo su cálido y secreto amor.

—¡Tanit! —cuchicheó—. ¡Tanit!

Mientras andaba en la oscuridad, algo que se movía llamó su atención. Se detuvo al instante. Junto a una hoguera había una figura agachada, una esclava que machacaba granos para pasteles en una piedra amoladera.

La luz de la hoguera iluminaba sus bellas facciones y arrancaba reflejos de la oscura piel de sus fuertes brazos... Era la niñera Selene.

Estaba Huy a punto de reanudar la marcha cuando la muchacha levantó expectante sus ojos. Un hombre salido de las tinieblas se acercó a ella. El rostro de la muchacha se iluminó, expresando tan sin ambages la adoración que sentía por el recién llegado, que el corazón de Huy se enterneció.

El hombre entró en el círculo luminoso. Una simple ojeada su poderoso cuerpo y su redonda cabeza calva bastó a Huy para identificar a Timón.

Selene se irguió y fue rápidamente a su encuentro. Mientras se abrazaban estrechamente, sus narices olfateaban sus respectivos rostros, según el extraño estilo amoroso de los pagano. Huy sonrió comprensivamente y sintió por ellos la cálida simpatía que todo amante experimenta ante otros amantes.

De pronto Timón echó su cuerpo hacia atrás y, con los brazos extendidos hacia delante y las manos sobre los hombros de la joven, habló en voz tan baja que Huy no logró identificar sus palabras. Simplemente oyó el suave timbre de su voz. La muchacha asintió rápidamente con la cabeza. Entonces Timón se apartó de ella y desapareció entre las tiendas. Acto seguido Selene regresó junto a la piedra amoladera y llenó un saco de grano machacado. Después de echar una furtiva ojeada a su alrededor, siguió a Timón en la oscuridad. Huy sonrió al verla partir.

«Tengo que hablar con Lannón para legalizar la situación de esta pareja», pensó Huy.

Ya en su tienda extendió un rollo de oro sobre su paleta de escribir, ajustó las mechas de la lámpara, echó mano de su estilo y comenzó a escribir un poema en honor de Tanit.

«Su cabello es suave y oscuro como el humo de las hogueras de papiro que flota sobre el gran lago», escribió..., y se olvidó por completo de Timón y de Selene.

Poco después de medianoche, rendido de cansancio, dejó caer su cabeza sobre la paleta y se durmió con su mejilla aplastada contra el poema de amor dedicado a Tanit que había grabado en el rollo de oro. La llama de su lámpara empezó a humear y, por último, se apagó.

Dos rudas manos le despertaron hacia la madrugada. Al mirar hacia arriba, medio atontado, vio a Mursil, el montero mayor.

—El Gran León te llama, señor. Los sabuesos están atraillados y los jefes de esclavos reunidos. Dos esclavos del rey se han fugado, y el rey desea que integres la partida.

Aún semidormido, Huy comprendió de quiénes se trataba y sintió un agudo retortijón de tripas.

—¡Qué estúpidos! —cuchicheó—. ¡Qué idiotas! —Y mirando a Mursil dijo—: No... No puedo... No iré con él. Estoy enfermo... Dile que no me siento bien.

En en la oscuridad, escuchaba los bramidos y las risas de los borrachos reunidos en la tienda del rey. Debajo de su corta capa escondía el saco de cuero lleno de grano molido, varias tajadas de tasajo negro, duro y ahumado, y una pequeña cazuela de barro.

Contaban con provisiones para cuatro días, al cabo de los cuales se hallarían en el lado opuesto del gran río. Selene tenía miedo y se sentía a la vez alborozada. Durante dos años habían estudiado su plan de fuga. Innumerables emociones bullían tras su redondo e impasible rostro mientras aguardaba.

Timón apareció por fin, pero tan súbitamente, que la muchacha sufrió un sofocón. El la cogió de la mano y la condujo hasta el límite del campamento. Selene advirtió que el joven llevaba también capa y que un arco y una aljaba colgaban de su hombro y una breve espada de hierro de su cinturón. La ley prohibía a los esclavos portar tales armas. Su uso por parte de éstos era castigado con la pena de muerte.

En el portón del vallado había dos guardias. Mientras Selene les ofrecía sus favores, Timón surgió repentinamente de la oscuridad y les rompió el cuello con sus poderosas manos. A continuación cogió a cada uno con una mano y les sacudió como un perro sacudiría a una rata. No hubo gritos. Timón colocó suavemente los dos cuerpos junto al vallado y en seguida traspusieron el portón.

La noche, en la hondonada donde habían sido muertos los elefantes, resultaba infernal a causa de los gruñidos y los lamentos de los animales que iban allí en busca de carroña. Hienas y chacales se disputaban sanguinolentas tiras de carne y trozos de huesos.

Con su espada desenvainada, Timón condujo a Selene a través de la hondonada. Seguidos por varias repelentes y jorobadas hienas que alternaban los lamentos con las risas, llegaron al desfiladero, desde el cual descendieron al valle por la senda de los elefantes. La luz de la luna les permitía desplazarse rápidamente. Se detuvieron una sola vez para descansar y beber un poco de agua en el vado del río. Pero en seguida reanudaron su veloz marcha hacia el norte.

En cierta ocasión se hallaron de pronto ante un león, un enorme macho, grisáceo y fantasmal a la luz de la luna. Durante varios segundos, Timón y la bestia se miraron fijamente. De improviso, el león gruñó suavemente y de un brinco se internó en la maleza que bordeaba el sendero. Como había comido recientemente, aquellos dos cuerpos humanos no le interesaron en absoluto.

La luna, en cuarto menguante desde hacía cuatro días, avanzó a través del cielo estrellado y terminó por hundirse en el horizonte. A partir de entonces sólo contaron con el débil fulgor de las estrellas para percibir la senda. En un tramo muy enhiesto y quebrado del sendero, Selene cayó pesadamente.

Al oír su grito, Timón se volvió en seguida. Tendida a su lado, la muchacha se lamentaba en voz baja.

—¿Te has herido? —le preguntó Timón, mientras se arrodillaba a su lado.

—El tobillo... —cuchicheó ella con una voz enronquecida por un tremendo dolor.

Timón buscó a tientas su pierna. El tobillo ardía y, mientras lo sostenía, el joven comprobó que se hinchaba velozmente, hasta convertirse en una dura y ardiente protuberancia.

Con su espada, Timón cortó varias tiras de su capa, que arrolló apretadamente en torno al tobillo, según le había enseñado Huy. Todo lo hizo con furiosa rapidez. Los gusanos del miedo comenzaron a roerle las entrañas.

Cuando ayudó a Selene a ponerse de pie, ésta dio un grito apenas el peso de su cuerpo se hizo sentir sobre su pie lastimado.

—¿Puedes caminar? —le preguntó Timón.

Ella dio varios pasos cojeando y sufriendo terriblemente. La pobre jadeaba de dolor. Su respiración

semejaba un silbido. De pronto se aferró a Timón y movió la cabeza con desesperación.

—No puedo seguir. Déjame aquí.

Timón la depositó en el suelo y, mientras se enderezaba, empezó a despojarse de sus armas y a tirar las provisiones. Sólo retuvo su corta espada. Luego plegó y anudó las dos capas de cuero y confeccionó con ellas una especie de asiento colgante, que desplegó en torno al cuello de Selene. Por último, deslizó los dos extremos anudados alrededor de su cuello y sobre su hombro y levantó a la muchacha, que quedó en sus brazos y sujeta de sus hombros. La mitad del peso de Selene recaía sobre aquella especie de cabestrillo que colgaba del cuello de Timón, quien de inmediato echó a andar a grandes zancadas por el sendero, que descendía bruscamente hacia el valle.

A media mañana el roce del cabestrillo había trazado un húmedo y rosado surco en torno a su negro cuello. El calor resultó más intenso para él en el valle, porque la opresiva temperatura del suelo en ese lugar absorbía sus últimas energías. Allí los músculos de Timón perdieron toda su elasticidad. El fugitivo avanzaba ahora vacilante, impulsado más por su instinto de conservación que por sus reales reservas físicas.

En el límite de un herboso calvero se detuvo y se recostó en el tronco de un mhoba-hoba, pero no se atrevió a colocar en el suelo a la muchacha, porque temía no contar con fuerzas suficientes para levantarla cuando debiera hacerlo. Sus labios descoloridos, estaban ribeteados de saliva seca y sus ojos surcados por una red de minúsculas venas rojizas. Su pecho se hinchaba y se hundía al compás de su respiración.

—Déjame aquí, Timón —cuchicheó Selene—. De lo contrario, moriremos ambos.

Timón no respondió, pero le impuso silencio con un movimiento impaciente de su cabeza. De pronto contuvo el aliento y aguzó el oído. También ella percibió los distantes ladridos de una jauría de sabuesos.

—Ya es demasiado tarde para eso —dijo Timón, y echó una rápida ojeada a su alrededor en busca de algún escondite. De ninguna manera podrían correr más que los perros.

—Tú podrías escapar —le urgió ella—. El río está cerca.

—No pienso huir sin ti —dijo él.

La muchacha se aferró a él mientras a través del calvero la conducía hacia donde la madre roca afloraba bajo la forma de numerosos fragmentos de granito, que sembraban las ruinas de un antiguo castillo.

Allí la depositó cuidadosamente entre las rocas, apoyando su espalda en un saliente. Después de doblar la capa de Selene y colocarla a modo de almohada bajo su cabeza, Timón se puso en cuclillas y acarició su rostro y su cuello con una suavidad que resultaba sorprendente en un hombre tan vigoroso.

—Nos matarán —dijo Selene—. Siempre matan a los que huyen...

Timón no respondió, pero sus dedos siguieron deslizándose por las mejillas de Selene.

—Nos matarán de una manera atroz —dijo Selene—. ¿No sería mejor que muriéramos antes de que llegaran los perros?

Como él guardó silencio, ella prosiguió tras una pausa:

—Podrías utilizar la espada, Timón.

—Si el pequeño sacerdote viene con ellos, es posible que nos salvemos, porque ejerce una gran influencia sobre el rey... Además, hay un vínculo entre él y yo... El nos salvará.

Los perros se aproximaban. Sus ladridos se tomaban más cercanos a medida que el rastro era para ellos más evidente. Timón se puso en pie, desenvainó su espada y salió del escondite. Desde las rocas miró hacia atrás, en dirección al acantilado. Ochocientos metros más allá la jauría, saliendo del bosque, se internó en el calvero. Se componía aquella de treinta nervudos y altos sabuesos de patas muy largas, pelambre color jengibre y castaño y cabezas y colmillos lobunos. Aquellos animales habían sido expresamente adiestrados para cazar y arrastrar las presas.

Timón sintió que su piel se tensaba y que la sangre le hormigueaba mientras veía avanzar a través del calvero en su dirección a sus perseguidores. Detrás de los sabuesos corrían los perreros, con sus características túnicas verdes y los látigos sobre los hombros.

Más atrás avanzaban los elefantes de guerra, cinco en total, en curvos castillos viajaban los caballeros y los jefes de esclavos.

Los elefantes seguían cómodamente a la jauría con su peculiar paso, que les permitía recorrer ochenta kilómetros por día.

Timón colocó una mano a modo de pantalla sobre los ojos y se esforzó por discernir la particular figura del sacerdote entre los hombres de los castillos. Pero estaban aún demasiado lejos. Los perros, en cambio, se aproximaban con toda rapidez.

El joven envolvió cuidadosamente su antebrazo izquierdo en la capa, empuñó la espada con la mano

derecha y trazó con el arma un breve círculo en el aire para distender los músculos.

Los perros que corrían en primera línea le vieron entre las rocas e inmediatamente sus ladridos, profundos e irregulares, se convirtieron en desesperados aullidos. Las orejas se aplastaban contra sus cabezas mientras corrían y las largas y rosadas lenguas pendían entre los blancos colmillos moviéndose en todas direcciones.

Timón retrocedió hasta donde se encontraba Selene para protegerla contra el ruidoso tropel de malignos animales pardos.

El primer sabueso se abalanzó de un salto sobre él. Sus mandíbulas crujieron frente a su cara.

Timón hundió su espada bajo la garganta del sabueso, matándolo instantáneamente, pero antes de que pudiera extraer su arma del cuerpo del perro muerto, otro sabueso saltó sobre él. Timón metió su brazo envuelto en la capa entre las mandíbulas de éste y lanzó una estocada al tercer animal.

Luego golpeó y lanzó cuchilladas a diestro y siniestro contra toda la jauría. Cuando estrelló contra una roca, destrozándole las costillas, al perro que colgaba de su brazo, otro clavó sus colmillos en una de sus pantorrillas y empezó a tirar de ella salvajemente, para hacerle perder el equilibrio. Timón clavó la espada en el hirsuto lomo, y el sabueso soltó la pierna Y aulló de dolor.

A otro animal que se lanzó contra su cara lo golpeó en la cabeza con la empuñadura de la espada. Un gran cuerpo peludo se aplastó contra su pecho y un colmillo desgarró los músculos de sus hombros.

Eran muchos los perros que se arrojaban sobre él y desgarraban su carne y tiraban de ella, asfixiándole con sus vigorosos cuerpos. Timón cayó de rodillas. Mientras estrangulaba a un sabueso que arrojaba espuma por la boca, otros clavaron sus dientes en su espalda, su vientre y sus muslos.

Súbitamente aparecieron los perreros, quienes ahuyentaron a la jauría con sus látigos, llamando a gritos a los animales por sus nombres. Después tiraron de ellos hacia atrás y los sujetaron con unos collares que casi los estrangulaban.

Timón se puso lentamente en pie. Había perdido su espada y corría sangre por su reluciente cuerpo negro, lleno de profundas heridas y desgarrones.

Al mirar hacia el enorme elefante de guerra que se hallaba ante él, se desvaneció su postrera esperanza. Huy Ben-Amón no se encontraba entre los cazadores. En cambio, sí estaba allí Lannón Hycanus, el Gran León de Opet, quien prorrumpió en carcajadas.

—Magnífica carrera, esclavo —dijo—. Pensé que habías ya cruzado el río —y mirando más allá de Timón, hacia donde se encontraba Selene, agregó—: Mis monteros no se equivocaron cuando dedujeron por tus huellas que la mujer tenía una pierna herida y que tú la llevabas en brazos... Noble actitud, esclavo... insólita en un pagano. Sin embargo, ello te costará muy caro.

Lannón miró a uno de los jefes de esclavos y le dijo:

—¿Qué ganaríamos con llevarles de regreso a Opet? Ejecútales en el acto.

Timón le miró desde abajo mientras decía con voz potente y clara:

—«Soy el símbolo viviente de tal devoción...» Lannón se estremeció al oír de nuevo aquellas palabras. La sonrisa desapareció de sus labios cuando clavó su vista en los ojos amarillentos y nebulosos del sangrante rey esclavo. Durante varios segundos la vida de Timón pendió de un hilo. De pronto los ojos de Lannón se desviaron hacia otra parte.

—Muy bien —dijo, asintiendo con la cabeza—. Acabas de recordarme mi obligación para con un amigo. Cumpliré con mi deber, pero juro que vivirás lo suficiente para maldecir el momento en que has pronunciado tales palabras... Vivirás..., pero toda tu vida suspirarás por una muerte dulce.

El rostro de Lannón era una máscara fría e iracunda cuando se volvió hacia los jefes de esclavos.

—Este hombre —dijo— no será ejecutado, pero como «incorregible» llevará cadenas que pesarán dos talentos (casi cincuenta kilos). De modo que vivirá encadenado noche y día, despierto o dormido... Trabajaré en las minas de Huiya. Decid al capataz que le utilice en los lugares más profundos.

Lannón volvió de nuevo su rostro hacia Timón y prosiguió—La mujer no tiene derecho a mi protección. No obstante, la llevaremos a Opet amarrada con una cadena, que sujetaréis en el castillo de un elefante de guerra. ¡Adelante, pues!

Por primera vez, Timón se mostró emocionado. Dando un paso hacia delante, levantó, para pedir clemencia, un brazo terriblemente desgarrado, del que pendían jirones de carne.

—Señor, la mujer está herida. No puede caminar.

—Caminará —dijo Lannón—. De lo contrario, la llevaremos arrastrando. Tú la animarás desde el lomo del elefante. Así tendrás tiempo para reflexionar y comprender que hubiera sido preferible la rápida muerte que te he ofrecido a la vida que has escogido.

Las dos muñecas de Selene fueron sujetas con una leve cadena de marcha, de quince metros de largo, cuyo otro extremo fue enganchado en la pared trasera del castillo del elefante.

Timón, con gruesas cadenas en el cuello y los tobillos, fue sentado en el castillo de cara a las grupas del animal y a Selene que se mantenía en equilibrio casi sobre una pierna para aminorar la presión sobre el tobillo grotescamente hinchado. Su rostro había adquirido una tonalidad grisácea a causa del dolor. No obstante, se esforzaba por sonreír a Timón.

El primer tirón de la cadena al emprender la marcha el elefante la hizo caer de bruces sobre el duro suelo erizado de esquistos puntiagudos. La joven fue arrastrada unos treinta metros antes de que lograra ponerse en pie. A partir de entonces comenzó a avanzar a saltos y dando traspiés, mientras se esforzaba por adaptarse a las grandes zancadas del elefante. Sus rodillas y sus codos se hallaban en carne viva y tenía rasguños en vientre y pechos. Cayó en doce ocasiones, levantándose cada vez más maltrecha. Poco antes del crepúsculo se desplomó definitivamente.

Timón, encadenado en el castillo, profirió un juramento. Dolorido y angustiado, juró vengarse, mientras el cuerpo sin vida de Selene rebotaba y resbalaba en el escabroso sendero, dejando un reguero color pardo en la roja tierra africana. Luego Timón rompió a llorar... Por última vez en su vida sucumbió al llanto. Las lágrimas descendieron por su rostro y cayeron sobre el resto de su cuerpo, embadurnado de sangre y polvo resecos.

Huy se sirvió vino de un ánfora que reservaba para las grandes ocasiones, mientras tarareaba en voz baja. Una leve sonrisa fluctuaba en sus labios. Sus ojos negros relucían.

Después de su regreso a Opet, a medianoche, había dormido cinco horas. Tras bañarse y ponerse su mejor túnica de lino, había enviado una esclava con una citación para el oráculo de Opet. Toda la sangre y la pasión de las semanas transcurridas en el acantilado del gran río se perdieron en las tinieblas del pasado ante su inminente encuentro con Tanit. También se disiparon en su memoria la imagen del mutilado cuerpo de Selene, arrastrado hasta el campamento por un elefante de guerra, y la del gigante Timón, encadenado y afligido, conducido a otra región por los jefes de esclavos. En aquella ocasión el cautivo le había mirado con terribles ojos acusadores, levantando sus muñecas con grillos en un ademán de amenaza o súplica. Huy tenía sus dudas al respecto. Luego el látigo del jefe de esclavos había silbado y restallado contra la espalda negra y un tanto purpúrea de Timón, levantando en ella una moradura de un dedo de espesor, sin cortar, sin embargo, su piel. Por primera vez desde entonces, Huy, absorto en su amor, se sentía liberado de aquellos recuerdos.

Frunciendo los labios y con aire pensativo, dejó caer de una redoma de vidrio azul cuatro claras gotas en el vino. Después tapó el recipiente y agitó el vino con uno de sus dedos índices. Al chuparse el dedo recién mojado en el líquido, frunció la nariz con disgusto a causa del rancio sabor a opio que persistía en el vino. Agregó a éste una gota de miel silvestre, volvió a probar la bebida y, satisfecho del resultado, colocó el cuenco sobre uno de los taburetes de madera, en el que ya había una fuente con pasteles y golosinas. Tras cubrir el cuenco de vino con un trozo de tela de seda, echó una ojeada a todas las cosas, que halló en perfecto orden. Acto seguido cogió su laúd y se dirigió por la escalera a la azotea, donde se sentó junto al antepecho que la rodeaba. Mientras observaba el estrecho sendero que ascendía hacia el portón de su residencia, afinó el instrumento, efectuó algunos rasgueos y canturreó brevemente para ablandar sus dedos y su voz.

Bajo la brillante luz matinal las aguas del lago tenían un alegre matiz azul, ligeramente más oscuro que el del cielo. La brisa formaba pequeñas olas que se deshacían en seguida. Una de las galeras de Habbakuk Lal, con sus remos armados y su gran vela latina desplegada, se acercaba al puerto, seguida de bandadas de aves acuáticas que planeaban y se cernían sobre su popa.

En lo alto, sobre el lago, hacia el mediodía, empezaban a formarse grandes cúmulos, que parecían de espuma. Huy pensó que llovería antes del crepúsculo. Presentía el trueno en el aire, en el roce de la tela en su piel y en el encrespamiento de su barba.

De pronto contuvo el aliento y dejó de rasguear el instrumento. Dos personas giraron hacia el sendero que ascendía en dirección al portón de la casa. Llevaban ambas las túnicas y

caperuzas de tosca tela parda características de las sacerdotisas de Astarté cuando salían del templo. Sus amplias vestiduras no lograban disimular el ágil andar y la juvenil contextura de la mujer más alta, que se precipitó en el portón, como tampoco la edad y el malhumor de la encorvada figura que cojeaba a su espalda. La anciana, jadeante y sin resuello, chilló exasperada:

—¡Más despacio, señora, por favor!

Huy rió entre dientes.

Una esclava abrió el portón. En tanto las dos mujeres atravesaban el patio, Huy arrancó una enérgica nota de su laúd. Tanit se detuvo bruscamente. La vieja dama de compañía, que era sorda, entró en la casa rezongando entre dientes, mientras que Tanit miraba hacia el antepecho de la terraza, donde se hallaba Huy.

Éste comenzó a cantar. La muchacha levantó su capucha y la dejó caer hacia atrás, sobre sus hombros. Luego sacudió su cabellera para que se soltara y observó a Huy con sus grandes ojos verdes, de una manera apasionada y solemne a la vez. Huy entonó la canción dedicada a Tanit que había escrito en un rollo de oro en el desierto. Cuando la dulce nota final se diluyó en la diáfana atmósfera matinal, las mejillas de Tanit se encendieron al tiempo que sus labios temblaban.

Huy descendió por la escalera y se mantuvo junto a Tanit, sin rozarla siquiera.

—Lo eres todo para mí —le dijo tiernamente. Ella se inclinó sobre él como impulsada por una fuerza que escapaba a su control.

—Señor, dudo que pueda dominarme estando a tu lado, aunque sea delante de otros. Sin duda me traicionaría de tal manera, que hasta el más ciego se daría cuenta de que estoy enamorada. Sé fuerte por mí.

Huy rozó su codo, mientras la guiaba hacia la casa. Al entrar en la habitación principal, Tanit tropezó ligeramente y se aferró a él.

—¡Oh! No puedo soportar esto —dijo. La voz de Huy tembló cuando le contestó:

—Ten paciencia, amor mío... Esto cambiará en seguida. La vieja sacerdotisa se había sentado ya sobre los cojines y mientras comía su pastel saltaban sobre su túnica, de su boca desdentada, migas y gotas de saliva. Simultáneamente se quejaba amargamente de sus dolores y achaques.

Huy se colocó a sus espaldas y cogió con ambas manos el cuenco de vino que había preparado para ella. Seguro de que era sorda, le preguntó a Tanit:

—¿Es fuerte?

403

—Tan fuerte como la mayoría de los hombres —le dijo Tanit sonriendo—, aunque jamás lo admitirá.

—¿Se ha quejado alguna vez de dolor de pecho o de molestias respiratorias?

—Jamás —respondió Tanit intrigada—. ¿Por qué me preguntas eso?

—Porque he dejado caer algunas gotas en su vino —le explicó Huy— y no deseo que duerma eternamente.

La ardiente sonrisa de Tanit llegó como una llama hasta las profundidades de sus hermosos ojos verdes y chisporroteó en sus dientes.

—¡Oh, sumo sacerdote, cuán sabio eres! —dijo. La joven palmoteó alegremente. Esta infantil actitud siempre conmovía a Huy.

—¿Cuántas gotas...? —le preguntó.

—Cuatro —admitió él.

—Quizá varias más no le harían daño alguno —dijo Tanit—. Hace tiempo que no hablamos, señor, y tenemos muchos problemas que ventilar.

Durante este diálogo la anciana sacerdotisa asintió varias veces con la cabeza e hizo gestos que parecieron significar que había comprendido.

Después de observarla durante un momento, Huy rechazó la idea.

—No —dijo—. Cuatro bastarán.

A continuación se situó frente a la sacerdotisa, cuyo simiesco y rugoso semblante se hendió al sonreír y mostrar su enorme boca desdentada. Luego la anciana asió el cuenco de vino con sus dos esqueléticas manos, semejantes a zarpas, en las que resaltaban claramente varias venas azules y las man-

chas características de la vejez.

—El sumo sacerdote tiene un corazón de oro —dijo ella. En seguida se sentaron enfrente de la anciana. De cuando en cuando, mientras conversaban, la observaban con ansiedad.

La vieja sacerdotisa paladeaba el vino lentamente y parecía hacer gárgaras con él antes de tragarlo, chasqueando ruidosamente sus encías.

—Desde que nos separamos he pensado muchas veces en lo ocurrido entre los dos —dijo Huy, sin mirar a Tanit.

—Yo no he pensado en otra cosa.

—Como hombre consagrado a los dioses me he sentido hondamente perturbado por el pecado que cometimos contra

ellos —dijo Huy.

—No creo que sea pecaminoso **un** acto que produce tanto placer y nos hace tan felices. 404

—Les pedí a los dioses que me pusieran a prueba a causa *de mi*^s pecados —dijo Huy, sin mirarla todavía.

Pero Tanit le miró directamente a la cara y le espetó:

—Supongo que no te habrás expuesto estúpidamente a *ningún* peligro innecesario.

—Fue una auténtica prueba... No defraudé a los dioses *^dijo* Huy, esforzándose porque ella comprendiera. Y ella *comprendió* perfectamente.

—Te *prohíbo* que cometas ese tipo de tontería tan caro a los hombres... Tiemblo al pensar en la locura que has cometido en el desierto —dijo Tanit, irritada ahora.

—Era una prueba necesaria. Los dioses tenían la oportunidad de manifestar su ira.

—¡Ellos se hubieran manifestado mediante un rayo o tronchando un árbol! No permitiré que los provoques para que te destruyan.

—Escucha, Tanit...

—Veo, señor, que deberé vigilarte más estrechamente en el futuro... No quiero un héroe, sino un amante.

—Pero los dioses me fueron propicios, Tanit. De ahora en adelante no nos sentiremos culpables... ¿Te das cuenta?

—Yo nunca me he sentido culpable... Ni antes ni ahora. Te advierto que si arriesgas otra vez innecesariamente tu vida la cólera de los dioses será una caricia comparada con mi ira.

Huy se volvió hacia ella y movió la cabeza, haciendo gala de una burlesca contrición.

—Oh, Tanit, ¿qué haría yo sin *ti*?

La severa expresión de ella se suavizó.

—Señor, tal problema jamás se planteará.

En ese momento el cuenco vacío se desprendió de los dedos de la anciana sacerdotisa y giró sobre sí mismo en el suelo de tierra. Los giros del recipiente fueron decreciendo paulatinamente hasta que, por último, se detuvo y reinó un silencio total en la habitación. La anciana exhaló un largo *ronquido* de satisfacción y se inclinó hacia delante. Huy cogió su cabeza y la impulsó suavemente hacia atrás para que descansara sobre los almohadones. Después arregló pudorosamente su túnica. La anciana sonreía, muy feliz, y silbaba *mientras* dormía.

Al enderezarse Huy quedó junto a Tanit. Volviéndose el uno hacia el otro se abrazaron y se oprimieron lenta y *conscientemente*. Los labios de ella brillaban, fríos y firmes. Los *sedosos* cabellos acariciaban sus mejillas. Su cuerpo se apretaba osadamente contra el de Huy.

—Tanit —cuchicheó éste—. *¡Oh*, Tanit, tengo tantas cosas *que* decirte!

405

—Señor, tu voz es la más bella de todas las voces. *Tú ingenio* y sabiduría son celebrados en los cuatro reinos... Sin embargo, te ruego que en este momento guardes silencio.

Acto seguido, *Tanit* se desasíó de sus brazos y, cogiéndole de la mano, lo condujo lentamente fuera de la habitación.

Durante los meses siguientes la acompañante de Tanit se *aficionó* enormemente al vino de *Huy*, y en las fiestas del templo comenzó a despreciar el vino que allí servía la sacerdotisa mayor, muy inferior al de aquél. Cuando expresaba su parecer en tal sentido, siempre concluía por elogiar al propio sumo sacerdote.

—Es un hombre muy correcto —solía decir a su auditorio—. Jamás comete los desaguisados en que suelen incurrir otros hombres. ¿Os he hablado alguna vez de *Rastafa Ben-Amón*, que fue sumo sacerdote durante el reinado del cuadragésimo cuarto Gran León..., cuando yo era joven sacerdotisa? *¡Qué* espanto! —Los viejos ojos se enturbiaron ligeramente y de su boca salió un hilo de saliva.

—¡Sólo sabía beber y luchar! —exclamó, como si fuera la personificación de la virtud ultrajada— ... y hacer cosas peores —y moviendo sabiamente la cabeza, agregó—: *¡Un* hombre *terrible...*, terrible! —e hizo una mueca que revelaba su *complacencia* ante aquellos viejos recuerdos.

Del tubo de cuero cuyas distintas partes estaban unidas entre *|* sí con brea, surgía, como de la boca de un dinosaurio moribundo, una débil corriente de aire. Producida por grandes fuelles situados en la

superficie, la corriente de aire fresco había perdido casi toda su fuerza cuando llegaba a veinte metros de profundidad.

Timón, recostado en la húmeda pared de piedra, apretaba su rostro contra la boca del tubo, jadeando en busca de una pizca de aire, en medio del infernal calor y la sulfurosa atmósfera de la mina. Ahora estaba muy delgado. Todas sus costillas sobresalían y se discernían claramente bajo su negra piel, al igual que cada uno de sus vigorosos músculos. Su cabeza parecía una calavera. Sin embargo, en sus descarnados pómulos y en las hundidas órbitas de sus ojos se mantenía latente el fuego de su indomable espíritu.

Toda la grasa y la carne **superflua** de su cuerpo habíanse consumido en el trabajo arduo e incesante y con el calor subterráneo. Incluso ahora seguían brotando de sus poros brillantes gotas que, al humedecer la piel, hacían resaltar las cicatrices **que** se entrecruzaban en la espalda y zigzagueaban en la caja de las costillas..., así como también por sus brazos y piernas y las que, meros vestigios de heridas curadas mucho tiempo atrás, resaltaban ya como **prominentes** caballones, ya como brillantes muescas. En suma, había en su cuerpo cicatrices recientes y rosadas y otras recubiertas de gruesas costras, por las que rezumaban ciertos humores. Del cuello, muñecas y tobillos pendían holgadamente sendos grilletes enganchados en otras tantas cadenas, cuyo roce había formado en su carne ásperos círculos ya encallecidos: estigmas de esclavitud que ostentaría en su cuerpo hasta el sepulcro.

Al aspirar el aire del tubo, su pecho, a modo de bomba de agua, subía y descendía, y sus costillas parecían expandirse y comprimirse como un abanico. El humo que se arremolinaba a su alrededor enturbiaba la luz de la lámpara. El calor era allí algo sólido que brillaba violentamente. La roca situada junto a su rostro seguía reluciendo, aunque el fuego había quedado reducido ya a una densa capa de ceniza.

Desde hacía cinco días estaban tratando de destruir la durísima y verde serpentina que ocultaba un **filón** de oro. Dieciséis hombres habían muerto, unos asfixiados por el vapor y el humo, otros al ser alcanzados por fragmentos de roca y algunos simplemente por haber caído desvanecidos sobre el suelo de la mina donde, al entrar en contacto con la ardiente roca, su carne se había achicharrado y desprendido de sus huesos en hediondas tiras.

Desde un hueco situado sobre su cabeza descendió hacia él, oscilando en el extremo de una soga formada de hebras de caña, un odre enorme fabricado con el cuero completo de un buey, cuidadosamente cosido y cuyas junturas habían sido impermeabilizadas con brea. Dicho odre contenía ciento ochenta litros de vino agrio y agua.

Timón sumergió su capa de cuero en la sucia agua caliente de una artesa de madera situada junto a él y luego sus pies bien dentro del líquido, empapando sus polainas y sandalias de cuero, cuyas suelas habían sido reforzadas con cinco **capas** de cuero para protegerlo del caliente suelo rocoso. A continuación echó la capa sobre sus hombros, se cubrió la boca y la nariz con **un** trozo de tela de lino y aspiró una última bocanada del aire que circulaba por el tubo de cuero, reteniéndola en **sus** pulmones. Luego se colocó debajo del oscilante odre y lo sostuvo sobre sus hombros y, por último, levantó un brazo, **tiró** de la punta de la cuerda anudada que sujetaba el odre y **echó** a andar, tambaleándose y encorvado bajo el peso del líquido, túnel arriba. Mientras se aproximaba a la pared rocosa, las **húmedas** suelas de sus sandalias comenzaron a producir un ruido semejante a un chisporroteo y a heder. Timón sentía que el calor penetraba a través de las gruesas suelas. El que procedía de los muros rocosos le oprimía como una fuerza física que se oponía a su avance.

Disponía de muy poco tiempo para realizar su faena. Sus castigados pulmones comenzaban a **flaquear**. Sin embargo, no se atrevía a respirar el ponzoñoso aire, cargado de humo, que le rodeaba. La atmósfera abrasadora del lugar quemaba la piel desnuda de la cara y los brazos. El dolor de sus pies se convertía en suplicio a medida que la ardiente roca consumía sus suelas protectoras.

Al llegar al extremo del túnel desplazó el odre del hombro y gimió de dolor al rozar su codo la roca. Un pedazo de piel chamuscada desapareció del codo, que en ese lugar quedó en carne viva.

Apenas dejó el odre en el suelo giró sobre sí mismo y echó a correr túnel abajo a través de un remolino de vapor caliente. Sus cadenas rechinaban bajo la capa. Esa era la parte más peligrosa de la operación. Muchos hombres habían muerto cuando la ardiente roca corroía demasiado rápidamente el odre, o sea, antes de que su portador tuviese tiempo de alejarse de la zona de peligro.

Detrás de Timón el odre estalló, produciendo un seco chasquido. La mezcla de vino agrio y agua empapó la roca. La súbita contracción de los estratos rocosos hizo añicos la superficie. La roca entera se fragmentó. Un afilado pedazo de piedra dio en la parte posterior de la cabeza de Timón y, como una navaja, cortó de refilón una tajada de carne llegando hasta el hueso. Timón vaciló, pero como sabía que si se desplomaba sobre el suelo de piedra caliente tendría una agonía espantosa, se mantuvo a toda costa en pie, en tanto completamente aturdido llegaba a la artesa, en cuya agua sucia y espumosa sumergió rápidamente la cabeza. Chorreando agua y sangre, agarró con las dos manos el tubo de aire y, aplicando su boca en la abertura, aspiró angustiosamente. Después tosió y tuvo arcadas. Lágrimas de dolor brotaron en sus ojos impidiéndole ver.

Varios minutos necesitó descansar para recuperar una mínima parte de sus fuerzas. Después se dirigió con paso vacilante hacia una escalera de mano que le permitiría subir al piso superior. Mientras ascendía por ella comenzaron a bajar el siguiente odre. Entonces se aplastó contra la pared del estrecho pozo para no estorbar el descenso del mismo. Después de trepar unos catorce metros **en la** oscuridad, traspuso **gateando** la abertura superior y se encontró en una caverna de bajo techo y débilmente iluminada.

Quando el jefe de esclavos lo vio asomar por el pozo, le preguntó:

—¿Por qué abandonaste tu puesto?

Su largo látigo de cuero de hipopótamo se enroscó como **una** víbora en torno a las costillas de Timón, quien se retorció de dolor.

—Estoy herido en la cabeza —jadeó el cautivo. El jefe de esclavos se acercó a él y se agachó para examinar la herida que tenía en el cuero cabelludo, la cual seguía **manando** sangre oscura.

—Descansa, entonces —gruñó el hombre, e impaciente se volvió hacia una hilera de diez esclavos puestos en cuclillas, todos incorregibles, encadenados como Timón y llenos de cicatrices y magulladuras.

El jefe de esclavos escogió a uno de ellos, punzándole con el puntiagudo cabo de su látigo.

—Ahora tú. ¡Rápido!

El esclavo se enderezó y se dirigió, arrastrando los pies, hacia la boca del pozo. Se movía con dificultad porque la humedad de las minas se había infiltrado hasta los huesos. Al llegar al borde de la abertura se detuvo y miró amedrentado la cavidad llena de humo.

—¡Muévete! —gruñó el jefe de esclavos. Su látigo silbó en el aire y castigó la carne del cautivo, que descendió por la escalera.

Timón se arrastró hasta el banco que había junto a la pared. Allí se sentó, con los codos en las rodillas y la cara entre las manos. Le dolían los pulmones a causa del humo. La herida del cuero cabelludo le ardía y le atormentaba terriblemente. Ninguno de los otros esclavos le miraba. Cada uno estaba hundido en su propio infierno y guardaba silencio, absorto en su particular desamparo. Un hombre sentado junto a Timón **empezó** a toser secamente y de forma monótona. De su boca **surgió** un poco de saliva sanguinolenta, que brilló a la luz de la lámpara. Aquel hombre moriría pronto, víctima de la **enfermedad** pulmonar común entre los mineros. Sus pulmones, **saturados** de polvo de roca, estaban petrificados. Nadie se movía ni hablaba.

El más joven de los jefes de esclavos se paseaba **incesantemente** entre ellos. Era un hombre trigueño y barbado, de **origen en** parte **yuye**, quizá un liberto, que llevaba una túnica de lino y una coraza delgada, pero suficientemente sólida como para que en ella se doblara la punta de cualquier daga. **Un yelmo de** hierro protegía su cabeza de todo contacto con el **áspero** techo del túnel. De su cinturón pendían una espada corta de hierro y un garrote tachonado de clavos, también de hierro.

Alto y de severo aspecto, tenía unos brazos y unas piernas vigorosos cuyos músculos no sobresalían en absoluto. En suma, era un individuo cruel, expresamente escogido por su brutalidad para manejar a los incorregibles. Siempre había allí dos tipos de su calaña.

El otro jefe de esclavos, mayor que él y de barba gris, era pálido y de aspecto enfermizo, pero tenía una espalda ancha y era tan peligroso y cruel como el más joven y más experimentado. Cinco odres fueron descendidos por el pozo y otras tantas veces un denso remolino de vapor se elevó de su negra boca al ser vaciados aquellos en la ardiente roca.

—¡Suficiente! —bramó por el hueco el jefe de esclavos más joven.

El esclavo que había realizado la operación se arrastró embadurnado de ceniza, sudor y fango fuera del pozo, tosiendo, y vomitó un poco de bilis amarilla en el suelo embarrado.

—**Sacadlo** de aquí —ordenó el jefe de esclavos. Dos de éstos se acercaron tambaleándose al pozo y arrastraron al hombre hasta el banco.

Los ojos del jefe de esclavos más joven recorrieron la fila.

Todos se pusieron rígidos y en actitud defensiva, tratando de eludir la elección.

—Tú —el aguzado extremo del látigo se hundió malignamente en las costillas de Timón—. Tú no has terminado la faena.

Timón sabía desde hacía largo tiempo que allí no cabían las protestas ni las súplicas. Poniéndose en pie se dirigió lentamente hacia el pozo. Al llegar a éste trató de darse coraje a sí mismo para iniciar el descenso... Pero como éste se demoró demasiado, el látigo de cuero de hipopótamo zigzagueó como un rayo en el aire y le hirió en la parte más sensible de su carne: debajo de las axilas, produciéndole un dolor espantoso.

Lo que sucedió a continuación comenzó con un movimiento reflejo, originado en su angustia. Al levantar Timón sus brazos para protegerse, sus cadenas oscilaron bruscamente. De pronto, impulsado por la cólera y el dolor, hizo girar los pesados eslabones en el preciso instante en que el jefe de esclavos hacía restallar de nuevo el látigo. La cadena se enroscó en torno del brazo de aquél y el hueso de su antebrazo crujió como una cosa frágil que se quebrara.

El hombre retrocedió, profiriendo un alarido de asombro.

Su brazo fracturado pendía de uno de sus costados. A sus *espaldas* su compañero desenvainó ruidosamente la espada. El segundo jefe de esclavos estaba a unos treinta y cinco metros de Timón.

Ahora éste tenía enfrente a los dos individuos, porque el más joven buscaba a tientas la espada con su mano izquierda. Repentinamente, en la estúpida mente animal y en blanco del esclavo surgió una chispa, el recuerdo de una idea que le había transmitido Huy : entre dos enemigos debía separarlos y atacar primero al más débil.

Agitando la cadena, Timón saltó sobre el más joven. La espada del otro dio en el grillete de hierro de su muñeca. El golpe repercutió hasta el hombro de Timón y le paralizó el brazo. No obstante, anticipándose al segundo golpe, impulsó hacia su atacante la cadena, que se enroscó en el cuello de éste. En seguida tiró de ella, manteniéndola tensa.

El hombre soltó la espada y se aferró desesperadamente a las manos de Timón, en tanto los eslabones le estrangulaban.

Timón le oyó gruñir como un perro, mientras él tiraba de la cadena vigorosamente y oprimía cada vez más su garganta. Súbitamente las manos del jefe de esclavos soltaron las suyas, la lengua de éste asomó fuera de los inertes e hinchados labios, y un acre y penetrante olor de excremento invadió el aire al relajarse su músculo esfínter. Timón dejó caer al hombre en el suelo y cogió su espada del suelo embarrado.

Acto seguido se volvió hacia el más joven, que había logrado ponerse de rodillas, todavía aturdido, y que sin el yelmo, caído en alguna parte, apoyaba el brazo mutilado contra su pecho. Timón se aproximó a él y con la breve espada le partió el cráneo. El jefe de esclavos cayó boca abajo sobre el fango.

Timón retrocedió y echó una rápida ojeada a su alrededor. Del primer golpe al último habían transcurrido apenas diez segundos, durante los cuales nadie había gritado. Después miró la espada que tenía en la mano, sucia de barro y sangre... Sin embargo, el desánimo y la abyección inherentes a su condición de esclavo habían desaparecido. La chispa que acababa de producirse en su mente se convirtió en una llamarada y se sintió, de nuevo, hombre.

Los restantes esclavos seguían sentados en el banco. Sus embotados ojos reflejaban una total indiferencia. Ya no eran hombres.

Timón experimentó un escalofrío al observarles, porque necesitaba hombres... Alguno tenía que haber allí.

Por último sus ojos dieron con un joven de su edad, llamado Zama, un salvaje apresado más allá del río, que hacía menos de un año que estaba encadenado. Al mirarle con fiereza percibió claramente su enérgica barbilla y sus musculosas mandíbulas apretadas.

—¡Un martillo! —le ordenó Timón—. ¡Necesito un martillo! Zama se estremeció. Le costaba mucho

olvidarse de su condición de esclavo.

—¡Pronto! —dijo Timón—. Disponemos de muy **poco** tiempo.

Zama asió una de las azuelas de mango corto y plancha de hierro utilizadas en la mina y se puso en pie.

Timón exhaló un suspiro de alivio. Había encontrado un hombre. Extendiendo sus muñecas hacia delante y sin abandonar la espada teñida en sangre que empuñaba, dijo:

—Rompe estas cadenas.

Lannón Hycanus estaba contento. No obstante, se esforzaba por disimular lo más posible su alegría. En pie, junto a una ventana, contemplaba las cinco galeras ancladas junto al malecón de piedra. Mientras enroscaba en uno de sus dedos un rizo de su barba, sonreía misteriosamente.

A sus espaldas, **Rib-Addi** leía con voz precisa y relamida, mientras deslizaba sus dedos por su áspera barba gris:

—En **Opet** han entrado hoy, procedentes de las hermosas planicies del sur, cincuenta y ocho grandes colmillos de **marfil**, que en total pesan sesenta y nueve talentos...

Lannón se volvió rápidamente y, encubriendo su satisfacción con un gruñido, dijo:

—¿Estuviste presente cuando los pesaron?

—Como de costumbre, señor —le tranquilizó Rib-Addi. Sus amanuenses levantaron la vista de sus escritos y, al comprobar que el rostro del Gran León se había suavizado, expresaron su agrado haciendo visajes y moviendo sus cabezas.

—¡Ah! —refunfuñó Lannón, y se volvió de nuevo hacia la ventana.

Rib-Addi siguió leyendo con voz monótona.

Lannón dejó vagar su mente a la ventura, en tanto su subconsciente permanecía alerta y listo para captar inmediatamente cualquier nota falsa que diera la voz del tenedor de libros.

Rib-Addi tenía la costumbre de elevarla ligeramente cuando encontraba algo que podía molestar al Gran León: una magra utilidad o una estimación errónea. Cuando esto ocurría, Lannón se abalanzaba sobre él. Por tal motivo, Rib-Addi le consideraba un genio financiero y pensaba que jamás podría engañar al Gran León.

En ese instante la mente de Lannón discurría a la deriva escogiendo aquí y allá ciertos pensamientos, como quien **levanta** piedras para ver qué hay debajo de ellas.

Al pensar en **Huy**, una helada brisa encrespó las serenas **aguas** de su alegría. Porque se había producido una fisura en su **amistad**. Huy había cambiado respecto a Lannón y éste se **esforzaba** por descubrir la causa. El rey desechó la idea de que tal conducta fuese debido al largo **distanciamiento** entre **ambos** y pensó que debía ser otro el motivo de la actitud de **Huy**. El sumo sacerdote estaba difícil y escurridizo. Rara vez **casaba** la noche en palacio jugando a los dados, bebiendo y riendo con Lannón. A menudo, cuando por la noche enviaba por él, en lugar de aparecer Huy con el laúd suspendido del hombro y dispuesto a cantar una nueva balada, volvía el esclavo solo para comunicarle que el sacerdote estaba enfermo o escribiendo.

Ahora, en el preciso momento en que Lannón fruncía el entrecejo, advirtió un matiz chismoso en la voz de Rib-Addi. Entonces, girando sobre sí mismo, miró con ojos fulgurantes a Rib-Addi y sus amanuenses.

—¿Qué pasa? —bramó.

Todos los rostros palidieron de temor y se inclinaron sobre los rollos.

—Señor, se ha producido un gran desmoronamiento de rocas en el extremo sur de la mina —farfulló Rib-Addi.

De ninguna manera le extrañó a éste que Lannón dedujera instantáneamente, mientras le recitaba un sinnúmero de cifras, una merma del diez por ciento en la producción de una de las numerosas y pequeñas minas del Reino Medio.

—¿Quién es el capataz? —preguntó el rey en tono imperioso, y acto seguido ordenó su relevo—. No estoy dispuesto a tolerar semejantes negligencias, que además de afectar al rendimiento de las minas ocasionan la pérdida de valiosos esclavos. Para eso es preferible utilizarlos en el acarreo de vigas en el

puerto, que así resultará más barato —dijo Lannón.

Rib-Addi dictó la orden a uno de los amanuenses, y Lannón volvió a la ventana y a pensar en Huy. Antes, la mera presencia de éste había implicado para él un acicate que tornaba más **concluyente** cada victoria suya y más llevaderos. Para Lannón cada derrota o desastre. Pero eso ya no ocurría **desde** que Huy no estaba a su lado.

En uno de sus raros momentos de ecuánime disposición de ánimo, Lannón reconoció que Huy era el único amigo verdadero que tenía.

Su puesto le aislaba de todos los demás. No podía acercarse a **ningún** otro en demanda del calor y aliento que incluso un rey necesita. Sus esposas e hijos le temían, se sentían incómodos en su presencia y experimentaban un obvio alivio cuando se alejaban de él.

En todo el reino sólo había una persona con **el** coraje, la honestidad y el desprendimiento necesarios para actuar junto al rey con la mayor naturalidad.

«Le necesito —pensó **Lannón**— mucho más de lo que él me necesita a mí. Todos le quieren... Pero el único que a mí me quiere de veras es él.»

De pronto hizo una mueca al recordar cómo **Huy** había desafiado nada menos que a Lannón **Hycanus**, el cuadragésimo séptimo Gran León de **Opet**, que era quien más había sufrido a causa de tal separación.

«No permitiré que me abandone de nuevo —juró—. Nunca más podrá apartarse de mí.» Persistiendo en su ecuánime disposición de ánimo, admitió ante sí mismo que estaba celoso de su sacerdote. «Destruiré a cuanto se interponga entre él y yo... porque me es indispensable.»

A continuación pensó en la última expedición de Huy **Ben-Amón**. ¿Era en verdad necesario que el sumo sacerdote efectuara aquel viaje tan largo, llevando consigo dos cohortes de su legión, a las sacerdotisas y al oráculo de Opet, para consagrar un insignificante santuario dedicado a la diosa, en una remota guarnición del reino septentrional?

Lannón consideraba más probable que Huy hubiese estado motivado por alguna razón íntima y tortuosa. De resultas de ello se sentía aburrido, muy solo e irritado. Por su parte, Huy sabía que Lannón había organizado una fiesta para el día de su onomástica.

El estrépito producido por varios pies cubiertos por piezas metálicas interrumpió el curso de los pensamientos de Lannón. Éste se volvió en el preciso momento en que irrumpían en la habitación tres altos oficiales, acompañados por un centurión, cuya capa estaba cubierta de polvo e iba protegido por una coraza de metal empañado. También había polvo en sus sandalias y **grebas**. El hombre había viajado velozmente.

—Señor, traemos muy malas nuevas.

—¿Qué ha ocurrido?

—Una insurrección de esclavos.

—¿Dónde?

—En **Huiya**.

—¿Cuántos son?

—No sé, muchos. Ignoramos el número exacto. Este hombre —dijo el informante, señalando al centurión— es uno de los testigos.

Lannón se volvió hacia el extenuado oficial.

—¡Habla! —le ordenó.

—Estaba yo avanzando, majestad, con una patrulla de cincuenta hombres hacia el norte, cuando vimos humo... Pero cuando regresamos a la mina todo había terminado. Los insurrectos habían destruido los vallados y asesinado a toda la **guarnición**. —El hombre hizo una pausa al recordar a las víctimas con las tripas al aire y las sanguinolentas muestras de su castración entre las piernas—. Sólo dejaron allí a los **enfermos** y los impedidos.

—¿Cuántos eran éstos?

—Alrededor de doscientos.

—¿Qué habéis hecho con ellos?

—Los matamos.

—¡Bien! —dijo Lannón, asintiendo con la cabeza—. Continúa.

—En seguida nos lanzamos en persecución de la principal columna de esclavos... Eran más de cinco mil cuando abandonaron Huiya, en dirección norte...

—En dirección norte... —gruñó Lannón—. Sin duda se dirigen hacia el río.

—Avanzan muy lentamente... y saquean e incendian cuanto hallan a su paso... Les seguimos orientándonos por el humo y los buitres. Los pobladores huyen delante de ellos, que todo lo devoran, como un enjambre de langostas.

—¿Cuántos son...? ¿Cuántos son? —le preguntó Lannón en tono imperativo—. Tenemos que saberlo.

—Han destruido los vallados en Huiya, Tu ye y otra docena de minas... y todos los esclavos campesinos se han unido a ellos —respondió el centurión.

Uno de los oficiales aventuró una cifra.

—Deben de ser unos treinta mil.

—Por lo menos, majestad —convino el centurión.

—Treinta mil... ¡Por Baal! —cuchicheó Lannón—. ¡Qué multitud! —y montando en cólera preguntó bruscamente—:

¿Con qué fuerzas contamos para contenerles? ¿Cuántas legiones están movilizadas?

—Hay dos legiones en Zeng —dijo un oficial.

—Están muy lejos —refunfuñó Lannón.

—Otra aquí, en Opet...

—Y dos más a lo largo de la orilla sur del gran río...

—Pero diseminadas en una gran franja. ¿Todas las demás legiones han sido licenciadas? —le preguntó Lannón—. ¿Cuánto tardaremos en reunirías?

—Diez días.

—Demasiado tiempo —estalló Lannón—. Debemos aplastar esa rebelión despiadadamente. Toda insurrección es una plaga que se propaga tan rápidamente como el fuego en los Papiros resecaos. Tenemos que aislar el incendio y apagar hasta la última chispa. ¿Con qué otra fuerza contamos?

—Con las del sumo sacerdote —murmuró tímidamente uno de los oficiales. Lannón le miró fijamente. Se había olvidado de Huy—. El sumo sacerdote está en Sinal, directamente en el trayecto de los esclavos que avanzan hacia el norte.

—¡Huy! —dijo Lannón en voz baja. Y guardó silencio, en tanto sus oficiales entablaban una animada discusión.

—Sólo cuenta con dos cohortes, o sea, con mil doscientos hombres. ¿Cómo va a enfrentarse a un ejército de treinta mil?

—No es un ejército, sino una turba de esclavos.

—Nada menos que treinta mil...

—No podremos llegar a tiempo para ayudarlo.

—Sería un disparate enfrentarnos a ellos en tan desventajosas condiciones... Además, señor, Ben-Amón no es un tonto.

—Las más próximas reservas se hallan en Sett, junto al río.

—Ben-Amón no luchará —aseveró alguien. Todos miraron a Lannón, aguardando su opinión. El rey sonrió.

—No os preocupéis; Ben-Amón luchará cuando y donde él lo estime conveniente —y, dejando de sonreír, concluyó—: Dentro de cuatro días estaré con todas las tropas disponibles junto a Ben-Amón. Convocad inmediatamente a las legiones disueltas y envid mensajeros a Zeng.

—¿Habrà lucha? —le preguntó Tanit. Anticipándose a los hechos, sus verdes ojos chispeaban y sus labios temblaban, expectantes—. Es decir, ¿habrà una batalla verdadera... como las que sueles escribir en tus canciones?

Huy gruñó sin levantar la vista de su paleta de escribir, en la que estaba grabando las órdenes

dirigidas al comandante de la guarnición de Sett:

«Reunid todas las tropas bajo vuestro mando dentro del recinto amurallado. Aguardo vuestro informe sobre sus existencias en jabalinas, saetas y demás armas y acerca del número de elefantes de que disponéis. Ordenad a las galeras que patrullan el río que anclen bajo sus murallas y aguarden allí mis instrucciones. Informadme acerca del nivel del río y comprobad qué vados permitirán el paso de los hombres.

»Dentro de seis días llegaré allí para asumir el mando. Me propongo evitar que el enemigo cruce el río en...»

Tanit se deslizó fuera del lecho y atravesó la tienda. Ya junto a la espalda de Huy cubrió una oreja de éste con un dedo.

—Señor...

—Por favor, Tanit, estoy muy ocupado. Se trata de un asunto urgente.

—No tan urgente como la respuesta a esta pregunta; ¿Será una verdadera batalla? —Sí —respondió Huy, molesto—. Por supuesto que sí.

—¡Oh..., magnífico! —dijo Tanit, palmiteando—. Nunca he asistido a una auténtica batalla.

—¡Tampoco verás ésta! —replicó Huy con aire sombrío, en tanto reanudaba la operación interrumpida—. Partirás mañana por la mañana en un elefante de guerra, escoltada por cincuenta hombres... Permanecerás en Opet hasta que el peligro

haya pasado.

Tanit volvió al lecho y se dejó caer pesadamente en él, con su túnica impúdicamente levantada hasta sus muslos. Con sus furiosos ojos clavados en la nuca de Huy y sus labios comprimidos obstinadamente, cuchicheó con voz inaudible:

—¡Eso es lo que tú has planeado, pero...!

Desvelada en su lecho, escuchó las voces de Huy y sus oficiales mientras éstos trazaban su plan de campaña. La tienda de Tanit se hallaba muy próxima a la del sumo sacerdote, y el oscuro espacio que mediaba entre ambas podía ser salvado sin llamar la atención de los centinelas. El viaje a Sinal había sido proyectado por Huy como una larga cita amorosa para eludir las restricciones a que se veían sometidos en Opet.

En el otro extremo de la tienda, Aína, la anciana sacerdotisa, dormía muy feliz musitando palabras ininteligibles. Tanit cogió del suelo una sandalia y se la arrojó a su compañera. Aína hipó y siguió durmiendo en silencio.

La joven estaba demasiado perturbada por los extraordinarios eventos en que se veía envuelta para pensar siquiera en dormir. Un ejército de enfurecidos esclavos avanzaba hacia ellos, decenas de miles de hombres salvajes, que mataban, violaban y dejaban tras sí un reguero de ruinas carbonizadas.

Durante todo el día había afluído al campamento un torrente de refugiados, que relataron monstruosas masacres. Para oponerse a aquellos bárbaros estaba allí Huy Ben-Amón con su pequeña partida de héroes, superados numéricamente fin la proporción de veinte a uno. He ahí la materia prima de una leyenda que Tanit no quería perderse. El éxito para ella era seguro: en las baladas siempre triunfaba el héroe, quien, por ser el favorito de los dioses, era invencible. Lamentablemente en esa ocasión el favorito estaba muy molesto... Pero Tanit ya tenía sus propios planes.

Era ya más de medianoche cuando oyó partir a los oficiales, que se dirigieron a sus respectivas tiendas. Entonces se sentó en el lecho y se esforzó por que brotaran lágrimas de sus ojos. En general, lo conseguía al recordar al cachorrillo que había poseído en su infancia y que un día le fue arrebatado por un leopardo. Sin embargo, esa noche el truco no funcionó y hubo de frotarse los ojos con los nudillos.

Huy se había tumbado en el lecho después de cortar el pabito de la lámpara para que los rincones de la tienda permanecieran a oscuras. Cuando Tanit entró en ella, Huy irguióse apoyándose en un codo. Antes de que pudiera él hablar, la joven se arrojó en el lecho a su lado y le echó los brazos al cuello, temblando violentamente.

—¿Qué te ocurre, vida mía? —le preguntó Huy alarmado.

—¡Oh, señor!... He tenido un sueño..., un mal sueño. Huy experimentó un punzante escalofrío en la nuca. En esos dos últimos años había comprobado que Tanit poseía el don de adivinar. En efecto, la joven solía tener nítidas visiones de hechos futuros, tanto de escasa importancia como trascendentales. Porque

Huy sólo determinaba el curso de sus profecías en las consultas mundanas. No obstante, respetaba profundamente sus auténticos poderes. Tanit lo tuvo muy presente cuando le dijo:

—He soñado que caminaba por un campo nocturno iluminado por piras funerarias.

Al estrecharla con más fuerza, Huy sintió que el escalofrío surgido en su nuca se extendía por todo su cuerpo, porque los fuegos nocturnos y funerarios implicaban realmente un mal augurio.

—He llorado en mi sueño, señor. No sé exactamente por qué, pero sí estoy segura de que tenía la impresión de haber perdido algo. Recuerdo que hubo una batalla... El campo estaba sembrado de armas y escudos destrozados. De pronto di con el estandarte de la Sexta Legión: el Pájaro de Sol, roto y caído en el barro.

Huy tembló de miedo. ¡El Pájaro de Sol en el fango! El símbolo de su legión, y por añadidura su emblema personal.

—Súbitamente vi a mi lado a nuestra señora Astarté, quien también estaba llorando. Lágrimas de plata corrían por su blanco rostro... La hermosa y triste Astarté me regañó muy dolorida: «¿Por qué le abandonaste, Tanit? Tenías que haber permanecido a su lado».

La duda y un temor supersticioso atormentaban a Huy, quien, colocando sus manos sobre los hombros de Tanit, la apartó un tanto de sí para observar su semblante. Aunque los ojos de ella estaban rojos y sus mejillas bañadas en lágrimas, Huy seguía dudando. Todo aquello le parecía demasiado bien encadenado. Por otra parte, sabía que cuando a Tanit se le metía una idea en la cabeza era muy difícil disuadirla.

—Tanit —le dijo severamente—, sabes perfectamente que es muy peligroso tergiversar las palabras de los dioses.

Tanit asintió fervorosamente con la cabeza.

—Por supuesto **que** lo sé, señor.

—Como pitonisa te incumbe una sagrada misión —insistió Huy.

Tanit se secó las mejillas en tanto recordaba cómo Huy había utilizado su poder religioso para encauzar en determinado sentido la vida política y económica de la nación..., para no mencionar las veces en que lo había hecho en su propio beneficio. Por eso no quería perder la oportunidad que ahora tenía de pagarle con la misma moneda.

—Desde luego, señor.

Al mirarla atentamente, Huy **no** halló en su semblante señal alguna de falsedad.

No **podiendo** soportar más tiempo aquellos ojos negros e inquisidores sobre sí, Tanit aplastó su cara una vez más contra el cuello de Huy y aguardó en silencio. Éste se prolongó un buen rato. Finalmente, Huy admitió su derrota.

—Muy bien —gruñó—. Te retendré a mi lado para complacer a la diosa.

Tanit le abrazó aún más y ocultó su **sonrisa** de triunfo en la rizada barba de Huy **Ben-Amón**.

Durante cinco días Huy sondeó y puso a prueba a la imponente masa humana que se desplazaba hacia el gran río como una gigantesca medusa negra. Pero siempre, ya cerca de ella, retrocedía, manteniendo en todo momento su control sobre su pequeña y compacta fuerza, a la que usaba con prudencia y evitando un desgaste inútil.

Al quinto día entró en contacto con la guarnición de **Sett**, cuyo comandante, **Magón**, se puso bajo sus órdenes con mil ochocientos arqueros e infantes ligeros, doce elefantes de guerra, dos galeras que patrullaban el río con cien remeros cada una, y el considerable arsenal de la guarnición.

Huy saludó a Magón un ardiente mediodía sobre una colina situada a veinte kilómetros al sur del río. Conduciéndole fuera del alcance de los oídos de su estado mayor, le dijo Magón:

—Me siento honrado al servir bajo tus órdenes, sumo sacerdote. Dicen que quienes siguen el estandarte del Pájaro de Sol se cubren de gloria.

—Te aseguro que habrá gloria para todos —le respondió Huy con aire sombrío. Luego, señalando hacia la abierta **floresta**, agregó—: Allí están.

El ejército de esclavos se movía como una gruesa columna **de** hormigas forrajeras. Una pálida nube de polvo se elevaba **sobre las copas de los árboles**.

—¿Qué se te ocurre así, a primera vista, capitán? —le preguntó Huy a Magón.

Éste observó atentamente al lejano ejército.

—Desde aquí, señor, me parece que se mueven como un **un**, verdadero ejército —musitó Magón, no del todo convencido.

—¿No te parece raro, Magón, puesto que en realidad no se trata de un ejército, sino de una turba de esclavos fugitivos?

Magón, que comprendió rápidamente, asintió con la cabeza.

—¡Sí! ¡Sí! Actúan ordenadamente. Tienes razón. Es algo insólito.

—Eso no es todo —dijo Huy—. Pronto verás confirmado lo que acabo de decir... He preparado un pequeño espectáculo. Creo que convendrá rociar con bastante pimienta la dieta de esos esclavos. En seguida nos lanzaremos contra sus bagajes... Entonces comprenderás el verdadero sentido de mis palabras.

Durante un momento guardaron silencio mientras observaban al enemigo, que avanzaba lentamente hacia ellos.

De pronto Huy preguntó:

—¿Cuál es la situación en el río, Magón?

—Su nivel actual es muy bajo.

—¿Se puede pasar por el vado? —insistió Huy—. ¿Qué profundidad tiene allí el agua?

—Puede cruzarse a pie. En su parte más honda llegará al cuello de un hombre. Pero corre muy rápidamente. Hice cortar las sogas-guía.

Huy asintió con la cabeza.

—Ahora se dirigen al vado de Sett. Me di cuenta de ello cuando escogieron el desfiladero de Lulule, en el acantilado. —Huy guardó un silencio más prolongado que el anterior—. Allí los destruiré —prosiguió con firmeza.

Magón lo miró de reojo. La palabra «destruiré» le pareció muy extraña en boca de un general que, al frente de tres mil soldados, se enfrentaría a un ejército de treinta mil hombres.

—¡Señor! —gritó uno de los oficiales de Huy—. ¡Ha empezado el ataque!

Huy se apresuró a unirse al grupo. _

—¡Ah! —dijo Huy satisfecho—. Bakmor ha escogido bien el momento.

Cuidadosamente emboscados, los quinientos hombres de infantería ligera de Bakmor cargaron contra el flanco de la columna. El predilecto de Huy había descubierto el punto débil en la cortina de protección formada por los lanceros negros. Sus hacheros se abrieron paso hasta los pertrechos. Los conductores de las carretas, tiradas por bueyes, saltaron de sus asientos y echaron a correr. Las mujeres, que portaban sobre sus cabezas los cestos de granos, dejaron caer éstos y corrieron detrás de los hombres, poseídas por el pánico.

En seguida los atacantes mataron a los bueyes y apilaron los cestos de granos en varios montones. El fuego de sus recipientes de arcilla fue avivado con pantallas, y pocos minutos después los depósitos de alimentos del ejército de esclavos ardían.

—¡Mira! —le dijo Huy a Magón, haciéndole notar a éste la réplica de los esclavos al súbito ataque de Bakmor.

De la vanguardia y la retaguardia de la columna se desprendieron dos formaciones de lanceros, que avanzaron cada una hacia la otra en un típico movimiento envolvente. Aunque la maniobra no era ejecutada con la precisión con que la hubiese realizado una legión bien adiestrada, ya que era demasiado lenta y desordenada y una mera parodia de las clásicas operaciones de ese tipo, resultaba, sin embargo, fácil de identificar.

—¡Notable! —exclamó Magón—. Sin duda les dirige un soldado o por lo menos alguien que conoce estrategia militar. El oficial deberá obrar cautamente.

—Bakmor sabe perfectamente qué debe hacer —le tranquilizó Huy.

Mientras tanto los distantes arqueros formaron un testudo, es decir, una especie de caparazón, con los escudos sobre las cabezas, y avanzando al trote se anticiparon en varios minutos a la maniobra envolvente del enemigo.

En tanto Bakmor se retiraba, surgió por encima de las copas de los árboles una negra columna de

humo negro, originada por los bagajes incendiados.

—¡Magnífico! ¡Magnífico! —Huy hizo una mueca de satisfacción y se palmeó los muslos—. ¡Maravillosa operación! ¡Ahora su jefe deberá demostrarnos si es tan buen intendente como táctico! Esta noche gruñirán muchas tripas en el campo enemigo —y cogiendo del brazo a Magón, se alejó con él hacia las tiendas—. ¿Un cuenco de vino? —sugirió—. La espera y la expectativa despiertan tanta sed como el blandir un hacha.

Magón se sonrió.

—Hablando de vino, señor, debo decirte que tengo varias ánforas llenas de algo que estoy seguro no ofendería incluso a un paladar tan fino como el tuyo. ¿Me harás el honor de cenar conmigo esta noche?

—Pienso que me agradecerá extraordinariamente la cena —dijo Huy.

El vino resultó bastante bueno. Después de la cena, Huy y Tanit cantaron ante los comensales una fantástica canción erótica compuesta por Huy, un dueto amoroso en el que intervenían Baal y Astarté. Tanit cantó la parte de la diosa con voz dulce y natural, bajando modestamente los ojos en los versos más sugestivos y ambiguos, que provocaban ruidosas carcajadas, gritos y golpes en la mesa con los cuencos de vino por parte de los invitados. Haciendo caso omiso de quienes deseaban más canciones, Huy abandonó el laúd y en tono grave se refirió a la inminente batalla y previno a Magón y a sus oficiales que no debían subestimar al enemigo.

—Yo mismo he estado a punto de pagar un alto precio por tal error —dijo Huy—. Al comprobar que su centro cedía como un blando amasijo, pensé en una fácil victoria, lograda mediante un solo golpe contundente: al derrumbarse el sector central irrumpiría yo por la brecha y partiría en dos su ejército. —Huy calló un momento e hizo el signo del Sol—. ¡Loado sea Baal! Un momento antes de dar la orden que convertiría mi sondeo preliminar en un verdadero ataque frontal, los dioses me disuadieron de ello mediante un impulso interior. —Los comensales adoptaron un aire solemne y religioso, adecuado a la nueva circunstancia. Varios hicieron el signo del Sol en tanto Huy proseguía—: De pronto observé los flancos del enemigo, que, naturalmente, me estaba rebasando poco a poco. Entonces me pareció que aquél había desplegado sus tropas más aguerridas en los flancos, y me acordé de Cannas y de la trampa que Aníbal había tendido allí al cónsul romano...

Huy se detuvo bruscamente. Su rostro pareció iluminado por una revelación.

—¡Cannas! ¡Aníbal! —exclamó.

Súbitamente recordó con claridad su caja de arcilla y las fichas distribuidas en ella, al modo de los cartagineses en el campo de batalla de Cannas y su propia voz de maestro, junto a un rostro negro que le escuchaba atentamente.

—¡Timón! —exclamó—. ¡Su jefe es Timón! ¡Tiene que ser él!

A su alrededor se desplegaba su ejército: vasta aglomeración de negros famélicos, temerosos e intranquilos, en medio de la noche. Las hogueras habían sido encendidas para prodigar calor, no para calentar alimentos, ya que éstos habían desaparecido en el incendio de dos días atrás.

Timón se paseaba en silencio entre sus hombres, acurrucados junto a las llamas. Más ateridos a causa del hambre, éstos murmuraban y gemían de tal manera, que del campamento se elevaba un gran rumor agudo, semejante al de una gigantesca colmena de abejas silvestres.

Timón odiaba a aquellos enclenques esclavos. Sólo uno de cada cincuenta era un hombre. Sólo uno de cada cien, un guerrero. El, que había esperado utilizarles como lanzas, descubría ahora que no eran más que simples ramas podridas. Siempre reaccionaban lenta y torpemente ante las fulmíneas embestidas del adversario. Cincuenta de ellos no bastaban para enfrentarse a uno de los espléndidos guerreros enemigos. Timón añoraba a los hombres de su tribu, a quienes hubiese podido enseñarles cuanto él mismo había aprendido y a los que hubiera podido transmitirles sus ideas y sus sueños de grandeza y de retribución.

En pie en la orilla del río observaba el tranquilo fluir de las negras aguas, en las que danzaban las estrellas. En el vado el río se arremolinaba y elevaba en espiral, como agitado por algún monstruo que nadara bajo su superficie.

A algo más de doscientos metros de donde él se encontraba, en medio del río, había una **isleta** que el agua cubría de vez en vez, sembrada de maderas sueltas y papiros desgajados, depositados allí por la corriente. Ése era el primer tramo del vado. Allí fijaría las sogas de corteza de árbol que ahora estaban trenzando sus hombres. Timón las colocaría hacia el amanecer para cruzar el río en un día. Sin duda perdería muchos hombres, porque todos estaban hambrientos, heridos o exhaustos. Además, las sogas de corteza de árbol no eran muy resistentes, la corriente era muy rápida y traicionera y el enemigo veloz e implacable.

Timón se alejó corriente abajo, deteniéndose de cuando en cuando para conversar con los centinelas y examinar las sogas **de** corteza, listas ya y arrolladas en la ribera. Por último, se acercó al límite de su campamento.

Corriente abajo, a mil pasos de allí, o sea, a una milla romana de distancia según había ya aprendido a contar Timón, se hallaba la guarnición de **Sett**. Timón veía las antorchas que ardían en sus murallas y a los centinelas que se paseaban por ellas.

En un plácido remanso del río estaban ancladas las galeras que solían patrullar las aguas. Con sus remos armados y sus velas recogidas, parecían saurios. Timón las observaba intranquilo. Como nunca había visto operar a un barco de guerra, no sabía qué podía esperar de aquella nave. Cuando Huy **Ben-Amón** se había referido a las grandes batallas navales **sostenidas** por griegos, romanos y cartagineses, él no había prestado atención a sus palabras, cosa que ahora lamentaba Profundamente. Por eso no podía en ese momento prever en qué forma reaccionarían aquellos extraños artefactos cuando **iniciara** el cruce del río. A través de las **aguas** llegaba hasta él un débil rumor de voces. Aunque no lograba identificar las palabras, reconoció, sin embargo, las familiares modulaciones del idioma púnico, que exacerbaron su odio. Al escucharlas con atención sintió que la cólera sacudía sus entrañas, y tuvo ganas de lanzarse contra el enemigo para destrozarle. Hubiera querido borrar del mapa a aquellos grotescos individuos de piel blanca para que no quedara sobre la tierra un solo vestigio de su fuerza y su inteligencia, de sus extraños dioses y sus monstruosas crueldades.

Con los ojos clavados en la distante fortaleza, mientras oía las voces que desde lejos llegaban a sus oídos, se acordó de **Selene**, a la que vio arrastrándose y rebotando sobre la tierra, y recordó los lamentos de los esclavos en los recintos cercados de **Huiya**, el olor de sus cuerpos y el chasquido y el roce del látigo, el rechinar de las pesadas cadenas, las rocas terriblemente recalentadas, los gritos de los jefes de esclavos y una miríada de escenas grabadas a fuego en su memoria. En tanto friccionaba los gruesos callos provocados por las cadenas en su muñeca, miraba fijamente el campo enemigo. En lo más profundo de su ser su cólera bullía y amenazaba obnubilar su entendimiento, como la lava al rojo vivo de un volcán súbitamente activo.

De pronto sintió el deseo de caer con su ejército sobre aquella gente para borrar toda huella de su paso por el mundo. Con sorpresa advirtió que estaba temblando. Su cuerpo entero se estremecía sacudido por el odio. Mediante un poderoso esfuerzo de voluntad logró dominarse. El sudor empapaba su rostro y su pecho en la fría noche..., un sudor fétido producido por la cólera.

«Todavía no ha llegado el momento... —pensó—. Pero ya llegará.»

Al sentir la presencia de alguien a su lado en la oscuridad, se volvió.

—¿**Zama**? —preguntó a la sombra.

—Pronto amanecerá —respondió en voz baja su lugarteniente.

—Sí —respondió Timón asintiendo con la cabeza—. Es hora de entrar en acción.

Tierna y concienzudamente estaba **Tanit** trenzando la barba a **Huy**. Por último, la enroscó hacia arriba, bajo su barbilla, y la ensanchó, para evitar que se enredara en el peto de Huy o que algún enemigo desesperado se asiera de ella.

La joven matizaba su labor con caricias y cuchicheos, como si, por no tener hijos, volcara en él su ternura. Huy, muy tranquilo en su lecho, se complacía en admirar la agilidad de sus dedos y se regodeaba en sentir el suave roce de sus manos y en oír sus dulces palabras y el amado timbre de su voz.

Todo ello contrastaba violentamente con lo que sucedería más tarde. Por eso cuando Tanit se levantó y fue en busca de su pesado peto, Huy experimentó una profunda nostalgia.

Tanit le ayudó a armarse y se arrodilló para abrochar las correas de sus grebas. Luego alisó los pliegues de su capa. Aunque se sonreía, Huy advirtió que su voz temblaba de miedo.

Tan torpemente la besó, que su escudo de hierro oprimió los pechos de Tanit. La joven quiso apartarse un tanto de él, para protestar ligeramente, pero Huy, haciendo caso omiso de la molestia que le causaba, la estrechó fuertemente contra su pecho, y ella se rindió.

—¡Oh, Huy —cuchicheó—, mi dueño, mi amor! En ese preciso instante, Aina, la vieja sacerdotisa, apartó hacia un lado la colgante estera de cañas y entró en la habitación. Sus acuosos ojos se clavaron en quienes, estrechamente abrazados, se habían olvidado de cuanto les rodeaba. Aina abrió asombrada la boca, hizo una mueca mostrando sus desdentadas encías y, después de retroceder hasta la puerta, dejó caer la estera de cañas.

Finalmente Tanit se apartó de Huy y se dirigió hacia el muro donde colgaba, junto al lecho de éste, el hacha en forma de buitre. Después de sacarla de su delicada funda de cuero, se plantó ante Huy y acercando el arma a sus labios la besó.

—¡Obedece a tu amo! —murmuró junto al hacha, antes de entregársela a Huy.

En la penumbra previa al amanecer, un excitado grupo de oficiales observaba con atención, desde las murallas del fuerte, el campamento de esclavos, situado río arriba. Todos estaban armados mientras desayunaban. Al ver a Huy y a Tanit prorrumpieron en ruidosas exclamaciones de bienvenida.

Después, mientras los observaba y oía sus comentarios relacionados con la inminente batalla, Tanit se preguntó cómo era posible que arrostrarán la posibilidad de morir o de dar muerte a otros con el entusiasmo con que un grupo de niños tramaría una travesura.

Excluida de la misteriosa camaradería masculina, Tanit se asombró del cambio que advirtió en Huy. Su apacible poeta, su solemne y erudito maestro, su tímido amante estaba tan enardecido como los demás. La excitación de Huy se manifestaba a través de los nerviosos movimientos de sus manos, de las manchas rojas que aparecían en sus mejillas y de la estridente risa con que festejó una broma de Bakmor.

—Ha llegado la hora. Se acabó la espera —dijo Huy, mirando río arriba a través de la densa bruma que pendía sobre el curso de agua. Por otra parte, el humo de diez mil hogueras oscurecía aún más el teatro de la futura acción. Huy se paseaba nerviosamente y de pronto dijo:

—¡Maldita niebla! No puedo ver si ya han tendido las sogas en el vado.

—¿Queréis que envíe una galera río arriba para averiguarlo? —le preguntó Magón.

—No —dijo Huy, recalcando su negativa con un movimiento de su mano—. Pronto lo sabremos. Además, no quiero poner demasiado en evidencia a las galeras.

Cruzando el parapeto, donde se hallaba la comida, Huy vertió vino amargo endulzado con miel en un cuenco, que levantó para brindar ante sus lugartenientes.

—¡Por el filo de vuestras espadas! —exclamó. Acto seguido entonó su habitual cántico de alabanza en honor de Baal y, en tanto el Sol se elevaba sobre el rojo y humeante horizonte, se descubrió e informó a los dioses que ese día libraría una batalla. Con palabras fuertes, pero respetuosas, señaló que, pese a que sus hombres eran mejores que sus enemigos, éstos les superaban de tal manera en número que necesitaba ayuda. Por último expresó que confiaba en la cooperación de los dioses. Tras hacer el signo del Sol se volvió bruscamente hacia su estado mayor.

—Y bien, ya conocéis vuestras posiciones y los deberes que os incumben —dijo Huy.

En tanto el grupo se dispersaba, llevó aparte a Bakmor.

—¿Tienes algún hombre que pueda proteger a la sacerdotisa?

Bakmor hizo una seña a un viejo infante de cabellos grises que se hallaba en las cercanías. El hombre se aproximó a ellos.

—¿Sabes cómo debes comportarte? —le preguntó Huy. El hombre asintió con la cabeza y respondió:

—No debo apartarme de la sacerdotisa durante todo el día.

—No la pierdas jamás de vista —le previno Huy.

—Si triunfa el enemigo y ella estuviera a punto de caer en sus manos, yo, entonces...

—Muy bien... —le interrumpió Huy ásperamente—. Si es necesario, golpea con rapidez y precisión.

Incapaz de mirar a Tanit, Huy se volvió rápidamente y descendió hacia donde le aguardaba un pequeño bote, que le condujo a la mayor de las dos galeras.

Ya a bordo, permaneció a la expectativa en el castillo de la embarcación. El sol estaba ya muy alto y

la densa niebla habíase disipado. La galera, anclada por la proa únicamente, se hallaba situada de cara a la corriente. Los remeros estaban en sus bancos. Con los escudos y armas a sus pies y los remos listos en posición casi horizontal. !

El ejército de esclavos estaba cruzando el río. Veinte sogas habían sido tendidas desde la ribera sur hasta la isla situada en el centro del curso del agua. En ese momento los hombres estaban tendiendo igual cantidad de sogas desde allí hasta la ribera norte.

Una gran masa humana congestionaba el vado. Agarrados a las sogas de corteza de árbol, los hombres avanzaban firmemente hacia la isla. Sólo se veían sus cabezas, que componían un largo rosario de cuentas negras, en torno de las cuales se arremolinaba y espumeaba el agua. Ya había en el río entre quince y veinte mil esclavos, número que aumentaba constantemente a medida que la horda situada en la orilla meridional enfilaba hacia las sogas.

Todo ocurría según lo previsto por Huy. La tropa que se hallaba en la ribera sur disminuiría paulatinamente hasta convertirse en una fácil presa para los impacientes guerreros de Bakmor. Huy se sonrió al imaginar a éste irritado por la demora. «Tendrá que esperar algo más», resolvió Huy, mientras veía emerger de las verdes aguas y poner pie muy contentos en la isla a los primeros esclavos, cuya negra y empapada piel brillaba al sol matinal.

Huy pensó que su alegría era prematura porque aún debían trasponer el brazo septentrional del río para hallarse verdaderamente a salvo.

A continuación los esclavos comenzaron a abandonar en fila la isla en dirección a la ribera norte. A sus espaldas las sogas de corteza descendían bajo el peso de los hombres aferrados a ellas. En la propia isla hormigueaban innumerables cuerpos negros y desnudos.

Terrible espectáculo el de aquellos hombres que se sucedían a través del río, en tanto a sus espaldas, en la ribera meridional, aguardaba una densa masa negra.

«Si es Timón, mantendrá a sus mejores hombres en la retaguardia», pensó Huy, mientras observaba a los esclavos que aguardaban su turno cerca de las sogas, los que al parecer eran más recios y estaban mejor armados que los de la vanguardia. Huy consideró que su número tendría que reducirse aún más antes de arriesgar la minúscula tropa de Bakmor.

Al volver la vista hacia el vado advirtió Huy que la hilera de cabezas se desplazaba lentamente en dirección a la orilla opuesta.

Entonces comprendió que su elección era difícil. Si tardaba demasiado en atacar, muchos fugitivos escaparían a través de los tupidos bosques del norte, poniéndose definitivamente fuera de su alcance, y si descargaba el golpe antes de tiempo, obligaría a Bakmor a combatir contra fuerzas numéricamente muy superiores. Se trataba, pues, de una delicada decisión.

Huy sopesó detenidamente todos los factores. Su decisión surgió cuando súbitamente pensó en el día en que informaría al rey: «Majestad, no escapó un solo hombre». Casi le pareció oír la respuesta de Lannón: «Nunca dudé de tu éxito, Pájaro de Sol».

De repente se volvió hacia el comandante de la galera, que estaba a su lado:

—¡Iza el estandarte! —gritó.

Inmediatamente su orden fue transmitida a gritos a la cubierta de proa y el dorado pendón fue izado al tope del mástil.

En tanto ascendían ásperos vítores desde la cubierta de los remeros, Huy oyó cómo su orden de ataque era repetida en la otra galera anclada a estribor de la suya. En la proa, un marinero enarboló un hacha de guerra y cortó el cable del ancla de ambas galeras, en cuyos costados surgieron como alas dos hileras de remos. Éstos se hundieron, se columpiaron y elevaron, húmedos y resplandecientes, como si fueran ya de plata, ya de oro, bajo los rayos del sol. Bajo sus pies sintió Huy que la nave se precipitaba contra la corriente con tal rapidez que estuvo a punto de perder el equilibrio. Las dos galeras surcaban el río siguiendo dos líneas paralelas, batiendo el agua como dos grandes aves que seguían cursos diferentes, para situarse cada una en un brazo distinto del río.

—Enfila hacia el centro de la línea —ordenó Huy al comandante de la galera, y la orden fue gritada al timonel.

Las naves se lanzaron hacia las sogas, donde se sucedían las cabezas de los hombres que luchaban contra corriente, como perlas negras ensartadas en un cordel. Por encima del estrépito del agua y el crujir

de los remos oía Huy el creciente griterío de los hombres espantados por las fatídicas proas que se erguían ante ellos.

Huy se dirigió a la borda y miró hacia abajo. Muchos rostros negros, con sus ojos en blanco, se volvieron hacia él. Huy desechó su incipiente piedad porque aquellos seres no eran hombres para él, sino enemigos.

Súbitamente los arqueros comenzaron a lanzar sus dardos. Huy vio cómo uno de éstos daba de lleno en la cara de un hombre y permanecía clavado en él, mientras el individuo levantaba los brazos y era arrastrado por la corriente.

Al embestir contra las sogas, de las que colgaban muchos brazos, la galera perdió un tanto la velocidad y se meció. Pero en seguida aquéllas estallaron secamente al ser rozadas por las proas revestidas de hierro. La corriente barrió a los **hombres**, que desaparecieron bajo el agua, y les barrió bajo los muros de la fortaleza, donde les aguardaban como a fruta **madura** los arqueros de Huy.

Las galeras avanzaron luego por el vado. Sus quillas rozaron el fondo rocoso hasta que llegaron adonde las aguas eran más profundas. Huy corrió a la popa y miró hacia atrás. El río estaba atestado, de costa a costa, de hombres que proferían alaridos antes de ahogarse. Algunos se asían de las ramas colgantes de los árboles, otros de las rocas salientes y resbaladizas y muchos de los trozos de madera y los papiros que flotaban en el agua. La isla estaba cubierta por una sólida capa de cuerpos empapados y temblorosos. Sin embargo, otros esclavos trataban de hacer pie en ella y titubeaban y luchaban por conseguirlo.

Tantos eran que Huy pensó en una multitud de aves migratorias.

Mientras se aprestaba a dar la siguiente orden se esforzó **por** convencerse de que se hallaba ante millares de hormigas.

El comandante de la galera le observaba expectante. Los marineros de proa se hallaban junto a los tubos y miraban hacia el castillo, aguardando la orden.

—¡Adelante, comandante! —dijo Huy por fin, pensando que se trataba de hormigas, no de hombres.

Instantáneamente el comandante dio la orden a gritos y la nave viró y se balanceó en la corriente. La otra galera la imitó y, de pronto, de las dos proas brotaron dos chorros mortales, el «fuego de **Baal**», arma secreta de **Opet**.

Al desparramarse el líquido suavemente por la superficie del río el sol produjo numerosos arco iris sobre la flotante sustancia, que hedía a aceite rancio.

Como por arte de magia el líquido se encendió súbitamente y el río entero se convirtió en una rugiente llama anaranjada, de la cual se desprendieron grandes nubes de humo fuliginoso. El calor era tan grande que Huy se echó hacia atrás **rápidamente**, al sentir que el fuego chamuscaba su barba.

—En nombre del sagrado Baal —murmuró Huy, mientras el fuego llamado como el gran dios Baal se desplazaba majestuosamente de una a otra orilla del río y el cielo se cubría de densas nubes negras.

Cuando las llamas dejaron atrás la isla atestada de esclavos, Huy vio innumerables cuerpos carbonizados que formaban grandes montones humeantes y maderos y papiros que **ardían** como piras funerarias.

La ígnea muralla descendió corriente abajo, hasta más allá de la fortaleza, y quemó la vegetación existente a lo largo de ambas riberas y toda huella de vida en el río. En diez **minutos** perecieron veinte mil personas, cuyos cuerpos carbonizados flotaban en dirección al mar o eran arrojados por el agua, como restos de un naufragio, en los bancos de arena o los arrecifes del río.

El fuego había cesado. Al observar la gran devastación, Timón no podía dar crédito a sus espantados ojos, no podía creer en la realidad de la tremenda fuerza destructiva de la que acababa de ser testigo. También le costaba admitir que había perdido más de la mitad de su ejército, muy reducido ahora.

Aunque los supervivientes eran sus mejores soldados, Timón sabía perfectamente que no podían compararse con los de las cohortes enemigas. Pese a que debía tomar disposiciones para la inminente batalla, estaba, sin embargo, malgastando valiosos segundos, mientras a través del río miraba ansiosamente hacia el norte, donde se hallaba su tierra, de la que quizá había quedado aislado para siempre.

Las galeras, que se encontraban a un centenar de pasos de la orilla y cuyas proas apuntaban

directamente hacia él, semejaban dos monstruosos y amenazadores reptiles. Timón sentía un escalofrío en el cuello cada vez que las miraba.

De pronto, a sus espaldas se elevaron desafíos y contradesafíos a voz en grito y rechinaron escudos y armas. Timón giró sobre sí mismo. Habíase iniciado el segundo ataque con la precisión cronométrica que él había previsto y temido. El choque ocurrió en su retaguardia, cuando sus hombres no se habían repuesto aún de la terrible impresión que les produjo la implacable destrucción de su vanguardia. Timón sintió que la cólera y el odio, las dos fuerzas de que dependía exclusivamente su existencia, crecían rápidamente en su interior. Su ira se originaba en el hecho de que tendría que enfrentar a muy buenos soldados con muy frágiles armas. En tanto se lanzaba contra el enemigo juró por centésima vez: Organizaré en mi tierra un ejército tan bueno como el de esos demonios de piel blanca.

Tenazmente se abrió camino hacia la retaguardia, luchando contra la presión que sobre él ejercían sus propios hombres que, retrocediendo ininterrumpidamente, se apiñaban contra el río, donde no podían maniobrar ni hacer uso de sus armas.

Timón tenía la sensación de estar viviendo una pesadilla» mientras se esforzaba por avanzar a través de aquel turbulento y encrespado mar de cuerpos negros. Desesperadamente bramaba sus órdenes, tratando de obligar a sus hombres a ir hacia delante, de desplegarse en posición de ataque; pero su voz se perdía en el estruendo de la lucha. Incluso su vigoroso cuerpo resultaba inofensivo en medio de la densa marea

negra.

Por encima de las cabezas de sus hombres veía los yelmos empenachados de sus enemigos. Hachas y espadas se elevaban y descendían rítmica y solemnemente. Dándoles la espalda sus soldados arrojaban sus armas y trataban de abrirse camino entre sus apiñados compañeros. La presión se acentuaba cada vez más, asfixiando a los hombres de atrás, que eran empujados constantemente hacia el río.

Por encima de las cabezas de los atacantes, los arqueros y los lanzadores de jabalinas arrojaron una lluvia de proyectiles contra el centro de las líneas de Timón, tan densas que los muertos quedaban en pie, contra los cuerpos de los jadeantes supervivientes.

Súbitamente las galeras se desplazaron sigilosamente hacia la orilla. Desde sus altos castillos los arqueros descargaron sus saetas sobre la vanguardia del ejército de Timón. La playa comenzó a hundirse bajo el peso de innumerables pies desesperados. Vivos y muertos se derrumbaban y caían en la veloz corriente.

Pronto el agua, hasta entonces verde, adquirió primero un matiz castaño y por último brillante y escarlata como la sangre.

—Un río de sangre, señor —señaló el comandante de la galera, en un tono convencional—, según oí decir muchas veces a los poetas. Sin embargo, por primera vez lo compruebo con mis propios ojos.

Huy asintió con la cabeza, pero no respondió. En ese momento acababa de comprobar que la batalla se había equilibrado. La presión que las cohortes de Bakmor podían ejercer, incluso reforzadas por las de Magón, no lograrían hacer retroceder un metro más al enemigo. Pronto esa misma presión disminuiría porque los hacheros estaban fatigados. Cuando ello ocurriera el ejército de esclavos estallaría hacia delante como la cuerda de un arco que se soltara. Sólo un pequeño esfuerzo se necesitaba para arrojar a los esclavos al río, pero esa pequeña presión debería producirse en un lapso de pocos minutos.

—¡Vamos, Bakmor! —murmuró Huy, impaciente—. Al parecer, la sangre te ha cegado. ¿Ha nublado el ardor de la lucha tu razón? ¡El momento exacto ya está transcurriendo!

Huy comenzó a pasearse nerviosamente por la cubierta de cadera. Tan evidente era para él lo que había que hacer, que ^e parecía imposible que otros no se dieran cuenta de ello.

—¡Vamos, Bakmor, adelante! —rogó. Pero en seguida gruñó de satisfacción.

—¡No demasiado pronto!

Bakmor acababa de cargar con sus elefantes de guerra contra los apiñados restos del ejército de Timón. Chillando y agitando sus trompas, los gigantes animales avanzaron sobre aquellos, aplastando a unos bajo sus patas y arrojando a otros al aire con sus trompas. Un terrible clamor desesperado se elevó de diez mil gargantas. El ejército de Timón se volvió hacia el agua.

—¡Ahora! —gritó Huy.

Las galeras se lanzaron hacia la orilla del río, a la que llegaron simultáneamente. De ellas

desembarcaron cuatrocientos hacheros pesadamente armados bajo el mando de Huy Ben-Amón.

Todos se esforzaban por colocarse a su lado, porque en la Sexta Legión era un honor luchar junto al sumo sacerdote. Pero el hacha en forma de buitre hendía tan rápidamente el aire hacia delante que era difícil mantenerse a la par de ella.

—¡Por Baal! —gritaban los hacheros, en tanto segaban cabezas.

Tan sangrienta fue la cosecha, que la tierra bajo sus pies se convirtió en un lodo rojo y el río se tiñó del mismo color.

De pronto Huy vio a Timón. La impresión que ello le produjo hizo que decreciera durante un momento el impulso de su brazo. Un venablo rozó sus costillas. Huy mató al que lo disparó mediante un casual revés de su hacha y se abrió camino a través de la multitud hacia Timón. La operación fue muy lenta. Timón, delante de él, comenzó a retroceder hacia el río.

—¡Timón! —gritó Huy, desesperado.

Dos terribles ojos amarillos y nebulosos se volvieron hacia él y sostuvieron su mirada, dos ojos semejantes a los de un leopardo cruel y despiadado, caído en una trampa.

—¡Te desafío a pelear conmigo! —le gritó Huy.

Timón le respondió irguiendo su cuerpo en toda su extensión para arrojar un venablo contra Huy. Al agacharse éste, la punta del proyectil dio en su yelmo y se desvió, clavándose en el cuello del hombre que se hallaba a su lado. El herido lanzó un grito y se desplomó.

Timón giró sobre sí mismo y en tres zancadas llegó a la orilla del río. De un brinco se zambulló en las rojas aguas y con sus poderosos miembros comenzó a nadar a la marinera, según le había enseñado Huy.

Ya junto al río, éste se despojó del yelmo y del peto, desato las correas de sus grebas y arrojó lejos de sí las sandalias.

Desnudo y conservando solamente el cinturón del que pendía su hacha, miró a través del río. Timón estaba ya a mitad de camino, en su avance hacia la isla, fuera del alcance de los arqueros de la costa, cuando Huy terminó de desnudarse. Huy se zambulló limpiamente, dando con su vientre contraído en el agua. Inmediatamente comenzó a nadar como arrastrándose a través del agua sanguinolenta con amplios movimientos de sus largos y vigorosos brazos y produciendo una blanca espuma con sus poderosas piernas.

En la isla, Timón encontró venablos en abundancia, junto a los carbonizados cadáveres que alfombraban el suelo.

En el preciso instante en que Huy hacía pie y echaba a andar hacia la ribera, Timón arrojó contra su enemigo el primer proyectil, que Huy desvió con su hacha. El venablo dio de lleno en la gran pala, en forma de mariposa, de su arma, que lo despidió lejos de sí como a un insecto.

Timón lanzó varios venablos sucesivos..., en tanto Huy avanzaba directamente hacia él por el pedregoso suelo sembrado de cadáveres. Pero todos los proyectiles rebotaron en la pala del hacha. Después de girar sobre sí mismos, a través del aire, cayeron como objetos inofensivos en el suelo rocoso.

Desesperado, Timón se agachó y asiendo con las dos manos un redondo canto rodado tan grande como la cabeza de un hombre, lo levantó sobre la suya y, dando un paso hacia delante, lo arrojó contra su perseguidor. La piedra dio de refilón en un hombro de Huy, que cayó de espaldas y soltó su hacha.

Cegado por el odio y la cólera, Timón cargó contra Huy, quien se puso en pie de un salto y se proyectó hacia delante como una jabalina.

La cabeza de Huy se estrelló contra el pecho de Timón, que, sin aire, abrió la boca angustiosamente. Doblándose sobre sí mismo, Timón cayó de rodillas, con sus manos adheridas a su pecho.

Huy se arrojó sobre él y cerrando una de sus manos al modo de los gladiadores, golpeó con su puño semejante a un martillo, exactamente bajo la oreja, a su enemigo. Timón cayó hacia delante y sin sentido sobre las rocas.

—No puedo matarte, Timón —la voz de Huy llegaba a sus oídos como a través de una densa niebla gris y desde muy lejos—. Aunque mereces la muerte como nadie, porque traicionaste la confianza que te dispensé y lanzaste tu espada contra mí y contra mi rey... Por todo ello mereces la muerte...

De pronto Timón comenzó a vislumbrar el semblante de Huy y comprobó que estaba boca arriba en el suelo y con los brazos extendidos. Cuando intentó moverse se sintió amarrado con tiras de cuero que,

apretadamente anudadas en torno a los dedos, le mantenían sujeto a unas estacas clavadas en el suelo. Al girar la cabeza comprobó que se hallaba en la parte norte de la isla, oculto a los ojos de los observadores de la costa sur de aquélla y a solas con Huy.

A sus espaldas, sobre las rocas, ardían unas pocas maderas que Huy había extraído de una hoguera en rescoldo. En aquel fuego se estaba calentando la gran punta de una lanza cuya asta había desaparecido.

—Dispongo de muy poco tiempo. Pronto estarán aquí mis hombres... y entonces el asunto escapará de mis manos —le explicó Huy muy razonablemente—. Como hice cierto juramento ante mis dioses, no podré aplicarte el castigo que mereces. Pero debo cumplir con mi rey y con mi pueblo. De ninguna manera he de permitir que desenvaines nuevamente tu espada contra nosotros... Los romanos castigaban esta clase de delito de una manera que ahora imitaré..., aunque detesto todo lo que a Roma se refiere.

Huy se puso en pie y se inclinó sobre Timón.

—Me equivoqué contigo. Está visto que es imposible domar a un leopardo salvaje. —Huy esgrimía en ese momento en su mano derecha su hacha en forma de buitre—. Nunca fuiste, en rigor, Timón. Jamás dejaste de ser Manatassi. Eres diferente de mí, como distinta es tu piel de la mía. Jamás existió vínculo entre nosotros. Tal idea fue una ilusión por mi parte porque, aunque nuestras bocas hablan el mismo idioma, nuestros oídos perciben las palabras de distinta manera.

»Tu destino te impele a destruir cuanto yo amo y todo lo que mi pueblo ha construido y preservado. Mi destino me impulsa a defenderlo con mi propia vida si fuere necesario. —Huy hizo una pausa y expresó luego con profunda pena—:

No puedo matarte... Pero debo impedir que vuelvas a esgrimir tu espada.

El hacha en forma de buitre silbó en el aire. Timón lanzó un grito y en seguida comenzó a gimotear en voz baja, en tanto su amputada mano derecha se crispaba y temblaba como un animal moribundo sobre el abrasado suelo de la isla.

A continuación Huy cogió la punta de lanza calentada al rojo vivo y cauterizó los vasos sanguíneos, de los que manaba sangre a borbotones. La carne crepitó mientras se desprendía de ella una hedionda vaharada de humo. Luego Huy cortó las tiras de cuero que aún sujetaban a Timón.

—Vete —le dijo a éste—. Ahora sólo podrás confiar en el río. Mis hombres vendrán en seguida a registrar la isla.

Timón se arrastró playa abajo y, al llegar a la orilla, se volvió para mirar a Huy. Su enorme cuerpo negro estaba sembrado de cicatrices y heridas y sus ojos brillaban terriblemente.

Mientras se internaba lentamente en el agua oprimía el muñón, aún en carne viva, contra su pecho. Poco después la corriente le arrastró velozmente y su cabeza se convirtió en una simple mota en medio del agua. Finalmente giró en el recodo situado debajo del fuerte. Huy le siguió con los ojos hasta que se perdió de vista. Luego se agachó, cogió del suelo la mano amputada y, después de arrojarla al fuego, agregó a éste un montón de ramas secas.

Bakmor había cavado ya, a lo largo del río, los pozos donde serían incinerados los cadáveres. El y Huy caminaban ahora junto a los montones de guerreros muertos, que yacían sobre postreros lechos de ramas. Se trataba de la ceremonia del adiós.

Huy se detuvo frente al viejo Magón. Muerto, el comandante de la guarnición parecía tener una dignidad que no había poseído en vida.

—¿Qué tal, Magón? ¿Es dulce el sabor de la gloria? —le preguntó Huy suavemente. Magón parecía sonreír dormido.

Huy entonó un cántico en loor de Baal y acto seguido encendió personalmente las piras funerarias.

Cuando llegaron de regreso ante la fortaleza de Sett, Tanit no apareció sobre la muralla para darle la bienvenida. Pero Huy la encontró luego en su habitación, pálida y llorosa, con dos manchas azules bajo sus ojos.

—He sufrido mucho por ti, señor. Sin embargo, aunque mi corazón ardía en mi pecho, he llorado durante la horrenda batalla. Sólo cuando me dijeron que estabas sano y salvo rompí a llorar. ¿No soy una tonta?

Estrechándola entre sus brazos, Huy le preguntó:

—¿Qué te pareció la batalla? ¿Fue tan heroica y gloriosa como las gestas cantadas por los poetas?

—Para mí fue una cosa horrible —cuchicheó Tanit—, más horrenda que la peor pesadilla que pudiera tener..., tan espantosa que me ha hecho dudar de la belleza. —Después de un breve silencio, agregó—: Vosotros, los poetas, nunca habláis de la sangre derramada, de los gritos de los heridos... y de otras cosas por el estilo.

—No —admitió Huy—. Nunca hablamos de eso. Al despertarse en plena noche, Huy vio a Tanit sentada en el lecho. A la luz de la lámpara de noche, cuya mecha estaba muy baja, sus ojos parecían dos minúsculos charcos oscuros.

—¿En qué piensas? —le preguntó Huy. Ella tardó un rato en contestarle.

—Señor —dijo por fin—, siendo tan bueno y gentil, ¿cómo es posible que hayas obrado como hoy lo hiciste? Huy meditó un momento.

—Al obrar así cumplí con mi deber —dijo finalmente.

—¿Con el deber de matar a millares de infelices? —le preguntó Tanit, con aire incrédulo.

—La ley ordena matar a los esclavos rebeldes.

—La ley es injusta, entonces —declaró Tanit con vehemencia.

—No —dijo Huy moviendo la cabeza—. La ley nunca es injusta.

—¡Para mí es injusta! —exclamó Tanit, a punto de llorar.

—La ley es lo único que nos salva del vacío, Tanit. Quien cumple la ley y obedece a los dioses vive en paz consigo mismo.

—Estimo que las leyes deben ser modificadas.

—¡Ah! —exclamó Huy, sonriendo—. Claro que pueden ser modificadas... Pero mientras ello no ocurra, han de ser respetadas.

Hacia la madrugada llegó Lannón Hycanus al frente de dos legiones y cincuenta elefantes de guerra, listos para entrar en acción.

—Temo haber obrado muy vorazmente, señor —le dijo Huy junto a las puertas de la fortaleza—. No te he dejado ni un solo enemigo.

Lannón le respondió con una carcajada y lo abrazó. Luego, siempre con su brazo en torno a los hombros de Huy, se volvió hacia sus lugartenientes y expresó:

—¿Quién dijo que Ben-Amón no lucharía?

Esa noche, antes de embriagarse, Huy cantó su balada conmemorativa de la Batalla del Río Sangriento. Cuando terminó, Lannón, con los ojos bañados en lágrimas, exclamó, dirigiéndose a sus lugartenientes:

—Tres... contra treinta mil... Siempre nos avergonzaremos de no haber luchado hoy en Sett, junto a Huy Ben-Amón.

En seguida, poniéndose en pie, declaró:

—Designo comandante en jefe de todas las legiones de

Opet a Huy Ben-Amón, Hachero de los Dioses.

Luego el rey y el sacerdote bebieron hasta emborracharse.

El territorio de Gondweni, uno de los doscientos jefes tributarios de los vendis, limitaba con el accidentado Kal Gorge, el país de los proscritos. Era Gondweni un hombre gordo, próspero y tan prudente, que regularmente dejaba pequeños obsequios —sal y carne— en cierto lugar de las colinas frecuentadas por aquellos. También por prudencia ofrecía albergue y comida a los viajeros que se dirigían a las colinas o retornaban de ellas, los cuales se llevaban un buen recuerdo de él cuando

abandonaban su ciudad.

Cierta noche llegó a su morada un forastero alto y delgado que disfrutó de su comida y su cerveza ante las llamas de su hogar. Gondweni, que captó en seguida la potente voluntad que trascendía del rostro impassible y surcado de cicatrices, así como también de los feroces ojos amarillos del recién llegado, sintió una insólita afinidad con él, mucho mayor que ante cualquier otra persona. Aunque hablaba su idioma, el viajero parecía desconocer en absoluto la situación política y los asuntos de su

tribu. Incluso ignoraba el nombre del rey soberano que había sucedido a **Manatassi** cuando éste fue apresado por los demonios blancos que habitaban al otro lado del río.

—De los seis hermanos de Manatassi, cinco murieron rápida y misteriosamente después de beber cierto tipo de cerveza especialmente preparada por su medio hermano Khani, el único superviviente de la fiesta —contó Gondweni, asintiendo con la cabeza y haciéndole un guiño de inteligencia al forastero.

—Ahora **Khani** es nuestro rey, el Gran Toro Negro, el colector de tributos, el Trueno Celeste, el **vendi** gordo y libertino, que posee quinientas esposas y cincuenta chicos.

Gondweni escupió fuerte en el fuego y bebió cerveza de un jarro que luego ofreció al viajero. Cuando el forastero tomó el recipiente, Gondweni advirtió que a aquél le faltaba la mano derecha y que apoyaba el jarro en su muñón.

—¿Qué fue de los consejeros, los lugartenientes y los hermanos carnales de Manatassi? —le preguntó el viajero—. ¿Dónde están actualmente?

—Casi todos en el vientre de algún ave —y Gondweni deslizó uno de sus dedos a lo ancho de su garganta.

—¿Casi todos?

—Algunos fueron a Khani y comieron su sal..., otros desplegaron sus alas y levantaron vuelo. — Gondweni señaló las colinas que se recortaban como los negros dientes de un antiguo tiburón en el cielo iluminado por la luna—. Varios son vecinos míos, dirigen a los proscritos, no pagan tributo a nadie y esperan en las colinas sin saber ellos mismos qué...

—¿Quiénes son?

—**Zingala...**

—¿Zingala, el herrero? —preguntó el forastero ansiosamente.

Gondweni cambió de expresión y, volviéndose hacia su **interlocutor** clavó en éste sus ojos.

—Me parece que sabes demasiado —dijo en voz baja—. **Creo** que ya es hora de dormir —y poniéndose en pie señaló una cabaña—. Allí te aguarda un lecho de estera. Te enviaré una muchacha para que te entretenga.

Tan necesitado de mujer estaba el desconocido, que se **desató** como una tormenta sobre el indefenso cuerpo de la joven, a quien **Gondweni** oyó gritar de miedo y de dolor durante la noche.

Este, que no pudo conciliar el sueño en ningún momento a causa de su nerviosismo y desasosiego, se dirigió hacia el alba a la cabaña del viajero, donde la muchacha, agotada, dormía profundamente.

El forastero había desaparecido.

Un profundo desfiladero hendía las montañas. Tan altas eran sus paredes que el sendero que flanqueaban permanecía siempre en la oscuridad y era resbaladizo, a causa del musgo que lo cubría. Una cascada espumosa y plateada se precipitaba desde los acantilados sobre la entrada del desfiladero. El viento pulverizaba el agua en una fina niebla que humedecía el rostro de **Manatassi** mientras éste ascendía por la cuesta.

El caminante se detuvo para descansar en un sector plano del terreno. Aunque el muñón de su brazo derecho le dolía terriblemente a consecuencia del frío, Manatassi trató de impedir que la sensación de dolor llegara a su conciencia, mirando hacia arriba, en dirección a la oscura y profunda entraña de la garganta.

En lo alto del acantilado, exactamente sobre donde él se encontraba, recortábase en escorzo, contra el cielo azul pálido del mediodía, la figura de un hombre, cuya inmovilidad constituía en sí misma una amenaza.

Manatassi comió un poco de pastel de mijo y apagó su sed en la límpida y helada corriente, antes de reanudar su marcha cuesta arriba. Silenciosa e imprevistamente fueron apareciendo otras figuras que le observaban atentamente desde lugares muy elevados y estratégicos, a lo largo del sendero que él seguía.

Sobre un enorme peñasco de unos diez metros de altura que casi bloqueaba la garganta estaba apostado un hombre de elevada estatura, musculoso y pesadamente armado. Manatassi lo reconoció en seguida. Se trataba del jefe de uno de sus antiguos regimientos.

Manatassi se detuvo debajo del peñasco e impulsando hacia atrás la capucha de su capa dejó su rostro al descubierto. Pero el hombre del peñasco no reconoció a su rey, desfigurado por el odio y el sufrimiento y a quien el látigo y el garrote habían convertido en otra persona.

«¿Tan cambiado estoy que ninguno me reconocerá?», pensó Manatassi con aire sombrío.

Durante largo tiempo los dos hombres se miraron fijamente. Por último, Manatassi habló:

—Busco a Zingala, el herrero.

Aunque Zingala se había unido a los proscritos, su fama era tan grande que sin duda sería buscado a menudo por muchos de sus clientes. Manatassi sabía que por ir solo y desarmado le sería fácil pasar por allí con aquella excusa.

El centinela apostado en el peñasco giró ligeramente la cabeza y le indicó con su barbilla el desfiladero. Manatassi, entonces, siguió andando.

Una serie de estrechos peldaños ascendía por el negro y rocoso acantilado, junto a la cascada. Al llegar a lo alto, Manatassi se vio ante un grupo de hombres armados que le aguardaban en silencio. Cuando echó a andar a grandes zancadas por el único sendero que atravesaba el denso bosque de la cumbre a la montaña, varios hombres se colocaron a sus flancos y otros a sus espaldas.

Orientándose por el humo de los hornos, Manatassi llegó finalmente a un anfiteatro rocoso natural que se elevaba en torno de una hoya de cien pasos de diámetro. Allí forjaba el hierro Zingala.

El viejo maestro estaba en ese momento arrojando en uno de los hornos el mineral que había seleccionado cuidadosamente. Le rodeaban respetuosamente sus aprendices, listos para cubrir el mineral de hierro con varias capas de piedra caliza y carbón de leña.

De pronto Zingala se enderezó y colocó sus manos sobre los doloridos músculos de su espalda, mientras veía descender a la hoya al alto forastero con su escolta.

El herrero frunció el entrecejo al advertir algo familiar en el modo de caminar, de mover los hombros y de inclinar la cabeza del hombre que se aproximaba. Sus manos cayeron a lo largo de su cuerpo y se movieron nerviosamente porque las facciones del que avanzaba hacia él despertaron en su memoria ciertos recuerdos.

El forastero se detuvo ante Zingala y miró a éste fijamente. Zingala vio dos ojos amarillos, feroces y autoritarios. Súbitamente, al mirar hacia abajo vio unos dedos muy separados entre sí. Entonces Zingala profirió un gemido y cayó de bruces 6n tierra. Después cogió uno de los deformes pies de Manatassi lo atrajo hacia sí y colocó bajo él su cabeza coronada de grises y plateados cabellos.

—A tus órdenes —le dijo—. A tus órdenes, Manatassi, gran bestia negra, Trueno Celeste.

Al oír tales palabras los demás cayeron al suelo como tocados por un rayo.

—A tus órdenes —dijeron—. Ordena, Toro Negro, dueño y señor de mil vacas.

Manatassi miró a sus hombres, a la banda de proscritos que se arrastraban a su alrededor, y habló en voz baja, pero de una manera que llegó directamente al corazón de sus súbditos :

—Sólo os ordenaré una cosa: ¡OBEDIENCIA!

El horno parecía el vientre de una mujer embarazada. Su boca semejava la abertura genital femenina, entre dos muslos de arcilla.

Para fertilizar el mineral fundido, Zingala introdujo en la abertura la tobera de cuerno de gamo del fuelle.

La tobera había sido labrada en forma de falo. La operación fue realizada de acuerdo con un estricto ritual, mientras los aprendices entonaban el cántico del alumbramiento. Zingala, que tenía puesto un mandil de cuero, forcejeaba y transpiraba como una pantera, en tanto lanzaba aire con su fuelle.

Cuando finalmente quitaron el tapón de arcilla y el metal fundido comenzó a correr como un río de fuego hacia los moldes de piedra arenisca, surgió un rumor de alivio y alegría del grupo que rodeaba al herrero.

En un yunque de hierro y utilizando varios martillos especiales Zingala forjó una pata de león con cinco garras de hierro macizo, engastadas en una gruesa plancha de metal. Después de limarla, alisarla y bruñirla, la recalentó y, por último, la templó sumergiéndola en sangre de leopardo y grasa de hipopótamo. [Un diestro guarnicionero fabricó una especie de caja de cuero crudo de elefante, que adaptó al muñón del brazo derecho de Manatassi. La zarpa de hierro fue fijada sólidamente en ella. Cuando el engaste de cuero quedó firmemente sujeto con correas al muñón de Manatassi, éste se vio dotado de un terrible miembro artificial.

Khani, medio hermano de Manatassi y jefe supremo de los vendis, se hallaba rodeado por sus esposas cuando la zarpa de hierro hendió la parte superior de su cráneo. La muchacha que estaba a sus pies profirió un chillido y se desvaneció del susto.

Sóndala, rey de Buthlezi, poseía muchos súbditos, innumerables animales, pero pocas tierras de pastoreo y menos agua aun para su pueblo y sus ganados en los períodos de sequía.

Era Sóndala un hombrecillo flaco y nervudo, de mirada rápida y nerviosa y fácil sonrisa. De todas las tribus que vivían a lo largo del gran río, la suya era la que más recientemente se había establecido allí, procedente del norte. De modo que se hallaba comprimido entre la poderosa tribu vendí y los dravs, hombres de lengua barba y piel oscura, que vestían túnicas blancas. Tan desesperada era la situación de Sóndala, que estaba dispuesto a escuchar cualquier proposición.

Sentado ante el fuego, Sóndala hizo una mueca y echó una rápida ojeada al delgado individuo, semejante a un dios, que se hallaba al otro extremo de la cabaña: un rey de rostro mutilado, pies semejantes a las patas de un

ave y una de cuyas manos era similar a una zarpa de hierro.

—Cuentas con doce regimientos, de dos mil hombres cada uno —dijo Manatassi—, cinco promociones de doncellas de cinco mil muchachas cada una y ciento veintisiete mil animales: toros, vacas, becerros y bueyes.

Sóndala hizo un mohín y se removió incómodo en su asiento, sorprendido por los exactos informes que poseía el rey vendi.

—¿Dónde encontrarás los alimentos, el forraje y el agua necesarios para tan enorme multitud de personas y animales? —le preguntó Manatassi.

Sóndala sonrió, mientras escuchaba atentamente.

—Te daré tierras de pastoreo y de las otras... Una tierra rica en frutos y lujuriosos pastos, un territorio a través del cual tu pueblo podrá marchar durante diez generaciones sin llegar nunca a sus confines.

—¿Qué esperas de mí? —cuchicheó por fin Sóndala sin dejar de hacer muecas y de parpadear rápidamente.

—Tus regimientos. Además, deseo tener a mi lado tu lanza y tu escudo.

—¿Y si me niego? —le preguntó Sóndala.

—Si te niegas te mataré —respondió Manatassi— y me apoderaré de tus regimientos, de tus cinco promociones de doncellas y de tus animales, excepto diez, que sacrificaré sobre tu tumba, como muestra de respeto hacia tu alma.

Manatassi sonrió también burlonamente. Sus feroces dientes y su rostro lleno de cicatrices congelaron la sonrisa de Sóndala.

—Manda, soy tu perro —dijo con voz ronca Sóndala, que se arrodilló ante Manatassi.

—Sólo una cosa te ordeno —respondió en voz baja Manatassi—: ¡OBEDIENCIA!

Durante el primer año, Manatassi concretó varios tratados:

Con los vingos, los satassas y los beys. Por otra parte, derrotó a los xhotas en una sola y fulminante batalla, en la que empleó tácticas tan revolucionarias y mortíferas, que el rey xhota, sus esposas, sus cortesanos y sus príncipes cayeron prisioneros veinte minutos después de comenzada la lucha.

En lugar de exterminar, según la costumbre, a todos los hombres y de apoderarse de las mujeres y el ganado, Manatassi sólo estranguló a la familia real. Luego reunió a los regimientos derrotados, que seguían intactos y bajo sus mandos naturales, a los que exigió un voto de lealtad hacia su persona. La respuesta fue un tremendo griterío semejante a un trueno, que sacudió las hojas de los árboles e hizo temblar las rocosas colinas hasta sus cimientos.

El segundo año, después de la estación de las lluvias, Manatassi marchó en dirección oeste hasta una desierta playa eternamente azotada por una verde, fría y rugiente marejada.

Ese año libró cuatro grandes batallas, estranguló a cuatro reyes... y negoció tratados con otros dos. En suma, incorporó casi cien mil hombres a sus ejércitos.

Los que dormían cerca de la gran bestia negra afirmaban que apenas dormía. Una poderosa fuerza interior le impedía reposar o entregarse a los placeres. Comía sin paladear los alimentos y maquinalmente, como quien arroja un leño a una hoguera, simplemente para que no se apague. Nunca reía. Sólo sonreía cuando alguna faena era cumplida a su entera satisfacción. Hacía uso de las mujeres de una manera brutal y fulminea. A todas las dejaba temblando y bañadas en lágrimas. Por lo demás, no tenía amigos.

Sólo una vez sus lugartenientes captaron en él una emoción propia de un ser humano. Se hallaban en esa ocasión sobre las elevadas y amarillentas dunas situadas en el límite occidental de la tierra. Manatassi, envuelto en su piel de leopardo, símbolo de la realeza, se mantenía apartado de los demás. La brisa fría procedente del mar agitaba ligeramente las azules plumas de garza que adornaban su cabeza.

De pronto uno de sus oficiales profirió una exclamación y señaló las aguas verdes. Más allá de unos escollos, donde el agua, allí plateada, se encrespaba, asomó en medio de la niebla, como un buque fantasma, una galera de Opet. Con su única vela cuadrangular hinchada por los vientos alisios y sus remos batiendo el agua rítmicamente, se desplazaba silenciosamente hacia el norte, en su larga travesía que terminaría en el puerto de Cádiz.

Al gritar de nuevo el oficial, todos miraron al rey, cuyo rostro brillaba bañado en sudor. De tal modo apretaba Manatassi en ese momento sus mandíbulas, que sus dientes rechinaban como piedras que chocasen entre sí. Sus ojos ardieron de ira al clavarse en la galera. Su cuerpo se estremeció y tembló de arriba abajo, movido por el odio.

Pensando que sufría un acceso de fiebre, el oficial corrió hacia él y le cogió de un brazo.

—Noble señor... —comenzó a decir, pero no terminó la frase. Loco de rabia, Manatassi se volvió hacia él y

con su zarpa de hierro le partió la cabeza.

—¡Ése...! —gritó Manatassi, señalando con su zarpa la galera, que en ese momento se perdía en la niebla—. Ese es tu enemigo. No lo olvides.

Cada día les deparaba alguna excitante aventura, que les colmaba de alegría... y felicidad. Parecía imposible que hubiesen transcurrido cinco años desde que Tanit y Huy se convirtieron en amantes, tan rápidamente pasaba el tiempo. Sin embargo, así era, puesto que de un momento a otro se celebraría otro Festival de la Fertilidad de la Tierra.

Tanit rió de buena gana al recordar el día en que sedujo a Huy, mientras trazaba planes para repetir su actuación del anterior festival. A su lado. Ama farfulló una pregunta, en tanto la observaba burlonamente desde el fondo de su capucha.

—¿De qué te ríes, pequeña?

—Me río porque soy feliz, abuela.

—¡Oh..., si pudiera ser joven de nuevo! ¡Si supieras qué triste es envejecer!

Aina, como de costumbre, comenzó a monologar, mientras Tanit la conducía a través de la bulliciosa zona portuaria. Dejando atrás una serie de sórdidas tabernas y las burlas de las meretrices, llegaron a una escalinata abierta en el malecón de piedra. Tanit bajó bailoteando los escalones y, por último, saltó ágilmente a la cubierta de una pequeña embarcación, amarrada a una de las argollas de hierro del muelle.

Con una especie de turbante en la cabeza y vistiendo toscas ropas de pescador, salió Huy del pequeño camarote, demasiado tarde para ayudar a Tanit a pasar del muelle a la embarcación.

—Te has retrasado —le dijo.

—Por tu impertinencia te castigaré tan pronto pueda hacerlo —le previno Tanit.

—Aguardaré con placer ese momento —respondió Huy sonriendo burlonamente.

Mientras él ayudaba a Ama a trasponer la borda, Tanit corrió a desamarrar la embarcación.

Huy se situó en la popa, con el remo de dirección bajo su brazo. Tanit, que se sentó muy cerca de él, pero sin rozarle, se había quitado la capa y sólo llevaba ahora una ligera túnica de algodón, que tenía un ribete de paño. Ceñía su cintura una gruesa cadena de oro que Huy le había regalado el día de su onomástica.

Su pelo se arremolinaba en su espalda como una nube de humo negro y sus mejillas estaban encendidas. Huy la observaba atentamente, y cada vez que ella le miraba se reía sin motivo alguno.

Cuando, navegando de bolina, se dirigieron hacia las islas, el viento azotó sus rostros con una lluvia de gotas procedentes de la proa. El sol quemaba, pero el agua estaba fría. Huy condujo la embarcación hábilmente a través de un canal casi oculto entre las cañas y poco después llegaron a una tranquila y abrigada laguna, donde abundaban las grandes hojas color verde oscuro y las flores azules y doradas de los nenúfares. Muchas aves acuáticas nadaban y chapoteaban allí. Otras volaban a ras de la laguna o apenas más arriba de las tranquilas aguas.

En ese lugar se hallaban al abrigo del viento. Huy cogió de la cubierta una larga vara y, en pie sobre la popa, impelió la embarcación a través de la laguna en dirección a la blanca y cegadora playa. Finalmente, saltó de la embarcación y, con el agua hasta la rodilla, la arrastró hasta la orilla.

Entre los negros y pulidos cantos rodados diseminados en la arena montó con un trozo de vela un refugio contra el sol y ayudó a Aina a instalarse bajo la lona.

—¿Un cuenco de vino, abuela? —le sugirió solícitamente.

—Eres muy amable.

Mientras Aina dormía plácidamente a la sombra, Huy y Tanit echaron a andar cogidos de la mano a lo largo de la playa hasta más allá de la curva de la bahía. Bajo unas frondosas ramas, Huy extendió sobre la dura y limpia arena una capa y, después de desnudarse, se tendieron allí a conversar, a reír y a hacer el amor. Finalmente, se bañaron en el límpido y tibio lago.

Tumbados en un lugar donde el agua apenas les cubría y las pequeñas olas se deslizaban suavemente sobre ellos, numerosos pececillos plateados, de no más de un dedo de largo, comenzaron a acariciar su piel desnuda con sus bocas desdentadas. Tanit se reía y agitaba los pies a causa de las cosquillas que le producían.

Después se tumbaron al sol para secarse. De pronto Huy levantó la cabeza y miró a Tanit, que se había levantado. Los cabellos de ésta colgaban como negras cuerdas empapadas sobre la espalda y los senos. Sus húmedos hombros brillaban al sol. Varias gotas pendían de sus pestañas. Orgullosa de las curiosas miradas de él, Tanit sostenía los pechos con las manos.

—¿Notas algún cambio en mí, señor? —le preguntó en su habitual tono burlón.

Huy sonrió y negó con la cabeza.

—Mírame más de cerca —le invitó Tanit.

Huy advirtió entonces que sus pechos eran más voluminosos y puntiagudos que antes y también que numerosas venas azuladas j aspeaban su piel blanca.

—¿Qué? —le preguntó Tanit en tanto deslizaba sus manos por su vientre—. ¿Notas alguna diferencia? —e hinchó su abdomen burlándose de él.

—Estás engordando —la reprendió Huy, riendo a su vez—. Comes demasiado.

Tanit negó con la cabeza.

—Lo que tengo aquí, señor, no entró por mi boca. Lentamente murió la risa en la garganta de Huy, que se quedó boquiabierto ante ella.

Huy estaba tendido a oscuras en su lecho, aturdido y preocupado. Todavía seguía sin comprender cómo había podido germinar aquella semilla sembrada al azar. ¿No se instruía en secreto a las sacerdotisas de Astarté respecto a la forma de evitar tales consecuencias? Huy comparó aquel evento con un terremoto, una tormenta o una derrota militar. Sin duda tendría que adoptar una medida radical.

Lentamente fue cobrando forma en su mente la idea de acudir a alguna de las viejas brujas que vivían a lo largo del muelle y que se dedicaban a rectificar tales errores. Sin embargo, al momento desechó tal idea.

—No —dijo en voz alta, y en seguida prestó oídos a la respiración de Tanit para comprobar si ésta se había despertado.

Después comenzó a moderar sus impulsos. Quizá no fuera necesario tan radical procedimiento... Acaso fuese posible disponer la consagración de otro santuario en algún remoto paraje del reino, donde Tanit podría dar a luz lejos de las miradas y las lenguas de los curiosos. Allí sería fácil conseguir una madre adoptiva digna de confianza. Muchos veteranos de su legión, mutilados de guerra, llevaban una vida sencilla en las fincas rurales de Huy. Cualquiera de ellos sería capaz de robar, mentir o dar la vida por él. Todos tenían esposas prolíficas, cuyos lozanos pechos podrían fácilmente alimentar a otro Pequeño huésped.

Ambos podrían ir allí a menudo a ver a su hijo. Huy imaginaba un ambiente feliz, poblado de risas, mientras la criatura pataleaba y gorgoteaba, con su gorda tripita al sol.

Huy alargó la mano cautelosamente bajo las ropas y con suavidad empezó a explorar el desnudo vientre de Tanit.

—Todavía no hay nada... —cuchicheó Tanit y, volviéndose hacia él, le abrazó. Luego murmuró junto a su barba—: No hice lo que me enseñaron las sacerdotisas. Procedí mal, ¿no es cierto? ¿Estás enfadado conmigo, señor?

—No... —dijo Huy—. Al contrario, estoy muy conforme contigo.

—Pensé que te alegrarías —dijo Tanit, riendo entre dientes y apretándose contra él. Luego agregó con voz soñolienta—:

... pero una vez que te acostumbraras a la idea.

Ambos se despertaron hacia la medianoche al oír fuertes golpes y un gran vocerío. Huy saltó del lecho y, todavía adormilado, echó mano del hacha en forma de buitre. Superada la inicial confusión y aquietado el ánimo de los esclavos de la casa cuando su enérgico «¿Quién vive!» fue respondido satisfactoriamente por quienes resultaron ser integrantes de la guardia real, Huy abandonó el hacha y encendió otra lámpara.

—Sumo sacerdote... —dijo uno de los esclavos mientras golpeaba la puerta de la alcoba.

—¿Quién está ahí?

—La guardia del rey. El Gran León no puede dormir, y ordena que se presente ante él el sumo sacerdote con su laúd.

Huy se sentó en el borde del lecho y juró en voz baja pero significativa, mientras deslizaba los dedos por la barba y los rizos e intentaba ahuyentar el sueño restregándose los ojos con los nudillos.

—¿Has oído, señor?

—Perfectamente —gruñó Huy.

—El Gran León le dijo a la guardia que no acepte excusa alguna; que aguarde hasta que estés vestido y seas escoltado hasta palacio.

Huy se levantó y extendió la mano hacia su túnica, pero se contuvo al comprobar que Tanit le estaba observando. Los ojos de ella le parecieron enormes a la luz de la lámpara. Su alborotado y tupido cabello la asemejaban a una niña. Huy levantó las mantas y se deslizó nuevamente a su lado.

—Decid al rey que me duele el dedo principal, que tengo ronquera, que las cuerdas de mi laúd se han roto... y que estoy borracho —les dijo en tanto estrechaba entre sus brazos a Tanit.

El jeque Hassan se lavó los dedos en un cuenco de plata y luego se los secó con un trozo de seda.

—Trata de impresionarnos con una demostración de fuerza —murmuró Omar, su hermano menor.

Hassan miró a su hermano, un famoso petimetre, de barba siempre limpia, bien peinada y perfumada, que vestía túnicas de la mejor seda y cuyos jubones y pantuflas ostentaban bordados de seda y oro. Lucía Omar en uno de sus dedos un rubí de clara coloración, tan grande como el nudillo superior del pulgar de un hombre. En ese momento tenía los ojos empañados, a consecuencia del hachís que estaba fumando a través de un tubo situado sobre los cojines. Petimetre quizá, pero pederasta con toda seguridad, poseía, sin embargo, una fina inteligencia. Hassan confiaba plenamente en la gran intuición de su hermano.

Estaban ambos sentados bajo una antigua higuera, cuyo vasto y denso ramaje les proporcionaba una agradable sombra.

El pequeño velero en que habían viajado estaba varado en la arena blanca de la isla situada más abajo. Desde el lugar en que se hallaban veían los canales, los bancos de arena y las plácidas charcas formadas por el gran río y dominaban la ribera norte de éste.

Había muchas morsas en los bancos de arena y semisumergidas en las aguas poco profundas. Enormes y grises, parecían cantos rodados, sobre los cuales se posaban despreocupadamente los blancos airones.

A lo largo de la orilla septentrional crecía una estrecha franja de vegetación verde oscura y casi a continuación de ella se alzaban varias colinas pardas y desnudas. El campo tenía allí un aspecto gris y desolado. Las colinas, de cimas redondas, eran áridas y desapacibles. La tierra asomaba aquí y allá entre la hierba rala y seca. Los árboles, resecos, elevaban sus retorcidas y desnudas ramas hacia el cielo... Árboles muertos de sed hacía mucho tiempo.

Sin embargo, súbitamente los jeques percibieron un cambio en aquel escenario. Sobre las colinas se extendió una gran oscuridad, como si una enorme nube tormentosa hubiera ocultado el sol.

—Sí —dijo Omar—. Con este despliegue nos da a entender que tenemos que prestar oídos a sus palabras.

Hassan escupió un chorro de jugo rojo y brillante en el polvo y se secó la barba con su pañuelo de seda, mientras veía como las desnudas colinas cobraban vida y la gran sombra negra se extendía cada vez más. Jamás había visto Hassan tan vasta aglomeración de hombres. Los regimientos y escuadrones se desplazaron en ordenadas filas, hasta que llegaron a cubrir todas las colinas. Hassan estaba nervioso, pero su semblante permanecía tranquilo. Sus ojos tenían un grave aspecto. Sólo sus largos dedos morenos se mantenían activos sobre la enojada empuñadura de su daga y delataban su desasosiego. De ninguna manera había esperado una cosa semejante. Al dirigirse a ese lugar sólo pensaba en entablar negociaciones comerciales y en llegar a un acuerdo sobre límites con el nuevo emperador negro del misterioso y casi desconocido país situado más allá del río..., y he aquí que se encontraba ante uno de los mayores ejércitos de todos los tiempos. Hassan se preguntó si el propio Alejandro habría comandado jamás una multitud semejante.

Omar aspiró una bocanada de hachís y retuvo un rato el humo, que después surgió en tenues volutas por las ventanas de su nariz.

—Trata de impresionarnos —insistió.

—Si tal es su propósito, lo está consiguiendo. Porque realmente estoy impresionado —le respondió Hassan bruscamente.

Nuevos regimientos aparecían en el horizonte en densas pero ordenadas columnas que se incorporaban al resto de las fuerzas como las piezas de un todo regido por un impulso común, tal como los cardúmenes de peces o las bandadas de aves migratorias, que responden a invisibles comandos.

En rigor aquello no parecía un conjunto de individuos, sino un solo organismo, muy vasto, pero bien coordinado en sus desplazamientos.

Hassan temblaba en el tórrido mediodía del valle mientras lo observaba.

En la ribera septentrional nadie se movía. Una tensa calma reinaba en las filas de guerreros negros, una calma que parecía más amenazadora que la precedente agitación. El silencio era total. La tensión se acrecentó hasta tomarse intolerable. De pronto Hassan profirió un juramento e hizo ademán de levantarse.

—No me prestaré a los caprichos de un salvaje. Esto es un ultraje. Vámonos de aquí. Si quiere hablar con nosotros tendrá que vernos en nuestro país.

Sin embargo, su ademán no se concretó. Por el contrario Hassan volvió a hundirse en los cojines y se enfrascó en un hosco silencio. De pronto su hermano habló:

—Al parecer, el mundo que conocimos ha cambiado, hermano —dijo Omar—. Lo que hasta ayer fue verdad, hoy no lo es.

—¿Qué me aconsejas?

—Creo que debernos descubrir las nuevas verdades y analizarlas. Es posible que podamos sacar algún provecho de las actuales circunstancias.

En las colinas de enfrente se produjo un gran revuelo, cierta agitación en las filas de guerreros, que se estremecieron como un cañaveral a través del cual se abriera paso un león.

Los jeques, con los ojos desencajados, preguntaron a gritos a su guardia qué ocurría. Pero la respuesta se perdió en un mar de voces estridentes. La tierra se estremeció bajo las plantas de centenares de miles de hombres y el aire fue sacudido por el repiqueteo de las lanzas en los escudos. Desde las colinas atestadas de soldados, una gran voz colectiva brotada de innumerables gargantas negras saludó con un rugido a su rey.

La tormenta sonora cubrió el valle entero y repercutió en el cielo y en las colinas meridionales. Después renacieron la calma y el silencio. Una gran embarcación, con cincuenta remeros a cada lado, fue lanzada en el banco de arena y cruzó velozmente las verdes aguas en dirección a la isla.

Un hombre desembarcó en la playa y echó a andar sin compañía hacia la higuera bajo la cual aguardaban los dos jeques. El mero hecho de que se presentara sin escolta implicaba un desprecio y un signo de su fuerza e invulnerabilidad.

Llevaba aquel hombre una capa de piel de leopardo y calzaba sandalias, pero no ostentaba armas ni lucía ornamento alguno. Alto y delgado, miró desde arriba a los jeques, que parecieron encogerse ante aquella enorme presencia.

Los terribles y amarillos ojos de ave de rapiña del recién llegado parecieron indagar profundamente en sus almas.

—Soy Manatassi —dijo el gigante, con una voz que retumbó sordamente—. La Bestia Negra.

Los dos jeques estaban suficientemente informados al respecto para no asombrarse al oírle hablar fluidamente en su idioma.

—Y yo soy Hassan, jefe de Sófala, príncipe de Monomatapa y virrey del gran emperador.

—Sé que amas el metal amarillo —dijo Manatassi como si formulase una acusación.

Hassan, cogido de sorpresa, parpadeó y miró a Omar.

—Así es —respondió éste—. Amamos ese metal.

—Te daré cantidad suficiente para que te hartes de él —dijo Manatassi.

Omar pasó su lengua por los labios —inconsciente manifestación de su codicia— y sonrió.

—Supongo que dispones de grandes cantidades de tan Precioso metal —dijo Hassan, a quien disgustó tan directo enroque comercial de la cuestión. Aquel salvaje desconocía las sutilezas diplomáticas. Sin embargo, merecía la pena pasar Por alto su torpeza, tratándose de oro, sobre todo de una enorme cantidad de oro, según daba a entender aquel individuo que se llamaba a sí mismo «bestia negra», y le preguntó—:

¿De dónde procede el oro?

—Del tesoro de Lannón Hycanus, Gran León de Opet y rey de los cuatro reinos —dijo Manatassi.

Hassan frunció instantáneamente el entrecejo.

—No entiendo.

—Entonces eres un estúpido —dijo Manatassi. Las mejillas de Hassan se tiñeron de rojo, a pesar de su oscura piel. Su respuesta estaba ya a flor de piel, cuando sintió en su muñeca la presión de la mano de su cauto hermano.

—Explícate —dijo Omar—. ¿Te propones atacar a Opet?

—Lo destruiré... Destruiré su pueblo, sus ciudades y sus dioses... No quedará el menor rastro de ellos, ni un solo superviviente.

El gigante negro comenzó a temblar. Una ligera espuma humedeció sus gruesos labios purpúreos. Su mutilado rostro brillaba levemente, como si estuviera engrasado, a causa del sudor que le cubría.

Omar sonrió suavemente y dijo:

—Hemos oído hablar de una batalla librada en un lugar llamado Sett.

Manatassi rugió de dolor y saltó en dirección al jeque. De debajo de su capa surgió su zarpa de hierro, que se cernió sobre la cabeza de Omar. Éste retrocedió y se aferró a su hermano.

—No te burles de mí, hombrecillo pardo; no te mofes de mí si no quieres que te arranque el hígado.

Omar gimió de terror. Su barba se empapó en sudor.

—¡Paz! —intervino rápidamente Hassan—. Mi hermano sólo ha querido indicar que será difícil destruir las legiones de Opet.

Manatassi, que seguía temblando de rabia, abrió su boca en busca de aire y, girando sobre sí mismo, se

dirigió hacia el límite de la isla y clavó su vista en el agua. Sus hombros se elevaron y su pecho jadeó buscando aire. Sin embargo, poco a poco se fue calmando. Finalmente volvió a donde se encontraban los jeques.

—¿Los veis? —dijo señalando a su ejército, que seguía ennegreciendo las colinas.

—Son muchos... Pero ¿basta con el número? —le preguntó Hassan—. Tu enemigo es muy poderoso.

—Aguarda un momento —dijo Manatassi, y levantó su zarpa de hierro.

Inmediatamente uno de sus lugartenientes saltó de la embarcación, corrió en su dirección y se arrodilló ante él.

Manatassi dijo varias palabras en idioma vendí y señaló el río. El hombre se puso en pie de un salto. Su negro semblante se iluminó de alegría cuando saludó a Manatassi. Acto seguido se lanzó dando brincos playa abajo. Al llegar a la embarcación trepó de un brinco en su proa y luego condujo a aquella velozmente hacia la ribera opuesta.

Perplejos e intrigados, los jeques observaron cierto movimiento en la masa de guerreros de la orilla opuesta, los cuales, avanzando en dos apretadas columnas, se introdujeron en el agua.

—¡No llevan armas! —exclamó Hassan.

—¡Están desnudos! —añadió Omar, cuyo terror fue reemplazado por la erótica contemplación de los cuerpos negros que se internaban en aguas poco profundas.

Como búfalos que mostraran únicamente sus cuernos, rodearon los hombres de Manatassi el banco de arena y, aunque perturbados por el agua que les llegaba al pecho, completaron la maniobra antes de que el viejo hipopótamo que allí dormía descubriera al despertar de su pantagruélico sueño que se hallaba rodeado.

La bestia se puso trabajosamente en pie y miró a su alrededor con sus rosados ojillos. Aquellas cinco toneladas de sólida carne envueltas en una gruesa piel gris, con manchas rosadas en el vientre, eran sostenidas por cuatro patas gruesas y poderosas. Cuando abrió sus mandíbulas para bramar mostró sus grandes y amarillos colmillos de marfil, capaces de partir a un hombre en dos.

El hipopótamo comenzó a galopar pesadamente, dejando profundas huellas en el suelo blando del banco de arena, y cargó contra la muralla de cuerpos negros que le impedían llegar a una honda balsa próxima. Al entrar en la zona de los bajíos comenzó a dejar tras sí una violenta estela de blanca espuma, mientras que delante de él la muralla humana se hacía más compacta y solidificada, dispuesta a soportar e inutilizar su embestida.

El hipopótamo se lanzó contra los hombres a toda carrera. Muchos volaron como trozos de paja impulsados por un torbellino. Las mandíbulas del animal rechinaban cada vez que daba una dentellada. Al parecer nada podría detener a aquella fuerza devastadora. La bestia tenía por fuerza que abrirse camino a través de ellos para ponerse a salvo en la Parte más profunda del río. No obstante, los hombres se amontonaban a sus costados y en su retaguardia. El ímpetu del hipopótamo decreció ostensiblemente, aunque sus bramidos se tornaron más potentes. El ruido que producía el impacto de sus colmillos de marfil en la carne de sus víctimas llegaba claramente a los oídos de los espectadores de la isla.

Manatassi, muy tranquilo y ligeramente inclinado hacia delante, fruncía ligeramente su frente llena de cicatrices y no apartaba sus ojos de la escena.

El río espumeaba y parecía que de él brotaban chispas y relámpagos. Los bramidos del hipopótamo denotaban ahora cierto pánico. El animal, que ya no era visible porque estaba cubierto por un enjambre de cuerpos desnudos, parecía un escorpión atacado por un ejército de hormigas. Tantas eran éstas, que sofocaban al hipopótamo. La piel húmeda de los hombres brillaba al sol. El animal, detenido en su marcha, se convirtió en una esfera erizada de cuerpos humanos, en torno de la cual el agua, al mezclarse con la sangre, adquirió un tono pardo oscuro. Muchos hombres caían a sus costados como negras garrapatas envenenadas desde el cuerpo de un buey. Luego flotaban, lentamente corriente abajo, en tanto otros se apresuraban a reemplazarlos.

De pronto, como por arte de magia, la gran maraña formada por los hombres y el hipopótamo comenzó a desplazarse en dirección a la isla. Dejando tras sí innumerables despojos humanos, la erizada esfera avanzó lentamente por aguas poco profundas.

Finalmente llegaron a la isla y emergieron del agua entre mil y dos mil hombres conduciendo hacia arriba al exhausto hipopótamo, que seguía ofreciendo resistencia. La bestia atacaba con saña a diestro y siniestro, matando a cuantos llegaban a ponerse al alcance de sus mandíbulas. Su cabeza y el interior de su boca estaban llenas de la sangre coagulada de sus víctimas.

Dejando tras sí un sinnúmero de muertos y de hombres terriblemente mutilados, los soldados fueron llevando al hipopótamo hacia donde les aguardaba Manatassi. El oficial se adelantó hacia el rey, tambaleándose, porque estaba débil a consecuencia de la pérdida de sangre. De una terrible dentellada la bestia le había seccionado un brazo por encima del codo.

El oficial entregó una lanza al rey, quien se aproximó al aterrorizado monstruo, sujeto por varios hombres, y clavó el arma en la vena yugular de la bestia. El hipopótamo murió en medio de un charco de sangre oscura. Sus bramidos resonaron, en las colinas.

Manatassi volvió entonces sobre sus pasos y observó **con** aire impasible cómo sus hombres despachaban misericordiosamente a los heridos.

Cuando el oficial, arrodillándose ante él y oprimiendo contra su pecho el muñón de su seccionado brazo, solicitó el honor de morir a manos de su rey, una chispa de orgullo brilló fugazmente en los ojos de Manatassi, quien mediante un certero golpe de gracia, asestado con su zarpa de hierro, hendió el cráneo **de** su lugarteniente. Acto seguido Manatassi volvió adonde se hallaban los asombrados jeques, a quienes sonrió fríamente.

—Ésta es mi respuesta —dijo.

Después de un breve silencio, Hassan le preguntó:

—¿Qué esperas de nosotros?

—Dos cosas —replicó Manatassi—: que me permitáis cruzar el río con mi ejército por vuestro territorio, y que renunciéis al pacto de defensa mutua que os liga a Opet... Además, necesito armas de hierro. Pero como mis herreros tardarían diez años en armar a mis hombres, tendréis que entregarme armas.

—¿A cambio del oro de Opet y de las minas del Reino Medio?

—¡No! —rugió Manatassi, iracundo—. Podréis tomar el oro, que yo no uso, porque no me interesa ese metal maldito, blando e inútil —tras una pausa, agregó—: Pero las minas del Reino Medio jamás volverán a funcionar. Nunca más entrará en ellas hombre alguno para morir en forma antinatural en el seno de la tierra.

Hassan estuvo a punto de protestar. Sin el oro del Reino Medio, su propia existencia carecería de sentido. Además, pensó en la cólera del gran emperador cuando le fueran cerradas las rutas del oro. Mas la presión de los dedos de Omar le disuadió de **forma** suave, pero convincente.

—Eso lo discutiremos en otra oportunidad. Recordando la advertencia de Omar, Hassan se contuvo y le sonrió a Manatassi.

—Tendrás armas. Yo me ocuparé —**le prometió**.

—¿Cuándo? —le exigió Manatassi.

—Pronto —le dijo Hassan—. En cuanto mis naves regresen de las tierras situadas en el otro extremo de los mares orientales.

Huy consideraba que Lannón había envejecido en pocos años. Sin embargo, juzgaba favorable tal cambio, porque las preocupaciones habían disipado como un cincel lo que había de **excesivamente** bonito en sus facciones, otorgando a éstas un aire **más** digno. Aunque persistía en sus labios el gesto peculiar del niño mimado que hace pucheros, había que observarle muy **atentamente** ahora para descubrir dicha particularidad.

No obstante, su cuerpo seguía siendo joven y vigoroso como **en** sus mejores tiempos, según lo demostraban los **protuberantes** músculos de sus hombros y de su espalda en ese momento, en que, completamente desnudo sobre la proa, **había** adoptado la posición del arponero en posición de ataque.

El sol había dorado su cuerpo hasta darle un matiz de miel oscura. Únicamente sus nalgas, generalmente cubiertas con un taparrabo, tenían el color del marfil. Era en verdad un ser hermoso favorecido como nadie por los dioses. Al comparar su cuerpo con el suyo, Huy experimentó una profunda desazón.

De pronto comenzaron a afluir palabras a su mente y compuso un cántico, una oda en honor del hermoso rey. Mientras impelía en silencio con su vara el esquife por las serenas aguas del lago, los vocablos se arremolinaban en su mente como hojas arrastradas por el viento. Luego comenzaron a ordenarse y finalmente nació la canción.

Lannón, en la proa, siempre en equilibrio, señaló algo con su mano libre, sin apartar los ojos del agua. Huy hizo girar el esquife con un hábil movimiento de su pértiga. Súbitamente Lannón liberó toda la energía acumulada en su cuerpo, la que estalló en un explosivo ademán, en un aflojamiento de sus tensos músculos, en tanto lanzaba su largo arpón al agua, que se elevó y arremolinó. El cordel arrollado en el suelo de la embarcación comenzó a girar y a silbar mientras se deslizaba velozmente hacia el agua.

—¡Ah! —exclamó Lannón—. ¡Un buen golpe! ¡Ayúdame, Huy!

Simultáneamente saltaron sobre el cordel y rieron muy excitados. Pero después se quejaron al unísono de dolor cuando el sedal, al correr entre sus dedos, empezó a lastimarles la¹ piel. Juntos lograron frenar la veloz

carrera del pez. El esqui se dirigía ahora hacia el lago, arrastrado por el pez, que buscaba aguas más profundas.

—En nombre del sagrado Baal, Huy —jadeó Lannón—. No permitas que nos arrastre hacia aquellas aguas, porque se burlará de nosotros y se perderá de vista.

Inmediatamente opusieron su peso combinado al del pez. Los músculos de los hombros y los brazos de Huy se unieron como víboras enroscadas entre sí. Por último, el pez giró.

Entonces tiraron de él hacia arriba. El pez removía el agua y brincaba, trazando círculos bajo el esqui. Cuando su enorme cabeza apareció en la superficie, Lannón gritó:

—¡Sujétalo!

Huy dio una vuelta más al cordel en tomo a su muñeca y se plantó con firmeza para contrarrestar los tirones del pez. El esqui se inclinó peligrosamente hacia un costado cuando Lannón levantó su garrote y lo descargó sobre la negra cabeza reluciente.

La superficie del lago se encrespó violentamente, en tanto el pez se debatía en su agonía. El agua :cayó en cascada sobre ambos, empapándoles de pies a cabeza.

—¡Dale ahora! —chilló Huy—. ¡Mátalo!

Semicegado por las salpicaduras de agua, Lannón martilleó el enorme hocico. Varias veces el garrote se estrelló en las cuernas del esqui, de las que saltaron astillas.

—¡Al bote no, estúpido! ¡Al pez! —gritó Huy. Por último, el animal, muerto ya, quedó colgando sobre el agua junto al esqui.

Riendo, jadeando y maldiciendo atravesaron sus agallas con un cordel más grueso y subieron el pez, que se deslizó por la borda. Negro y viscoso, tenía el vientre plateado y los ojos saltones. Dos veces más largo que Huy, cubrió todo el suelo del bote. Los brazos de éste no hubiesen podido ceñir del todo su grueso cuerpo.

—Es un monstruo —jadeó Huy—. El más grande que he visto en mi vida.

—Me has llamado estúpido... —comentó Lannón.

—No, majestad... En ese momento hablaba conmigo mismo —respondió Huy riendo entre dientes mientras destapaba un ánfora y servía vino para ambos. •

Lannón levantó su cuenco ante Huy y, haciéndole una mueca por encima de su borde, dijo:

—Vuela por mí, Pájaro de Sol.

—Ruge por mí, Gran León —respondió Huy, y después de beber rieron como dos niños.

—Hacía mucho que no pescábamos, Huy —dijo Lannón—. Tenemos que venir aquí más a menudo. Tú y yo envejecemos demasiado rápidamente y nuestros deberes y preocupaciones nos van envolviendo como una trama que nosotros mismos tejemos. —Los ojos de Lannón se ensombrecieron. Después de exhalar un suspiro, prosiguió—: Estos últimos días he sido muy dichoso. Por primera vez en muchos años me he sentido realmente feliz —y levantando los ojos para mirar a Huy, agregó casi tímidamente—: Eres muy bueno conmigo, querido amigo.

Súbitamente extendió una mano y oprimió torpemente el hombro de Huy.

—No sé qué haría sin ti. No me abandones jamás, Huy. Este se sonrojó y se sintió incómodo ante aquella vehemencia, desacostumbrada en Lannón.

—No, majestad —respondió Huy con voz ronca—. Siempre permaneceré a tu lado.

Lannón dejó caer su mano y se rió de la turbación de Huy.

—Dulce Baal, estamos hablando como dos muchachas sentimentales. ¿Será porque envejecemos, Huy? —dijo Lannón mientras enjugaba el cuenco demasiado ostentosamente y eludía las miradas de Huy—. Todavía hay peces

en el lago y habrá luz durante una o dos horas más. De modo que aprovechemos la oportunidad...

Hacia el crepúsculo regresaron a la vieja cabaña, abandonada y en malas condiciones ahora, la cual, rodeada de gráciles taguas, se erguía sobre la playa.

En tanto Huy impelía con su vara el esquife hacia el promontorio de la isla y se alejaban de los cañaverales, divisaron la galera anclada en la bahía. La insignia real de los Barca ondeaba en el tope del mástil. Varias lámparas ardían en su proa y en su popa. Los reflejos de sus luces oscilaban en las oscuras aguas. Hasta sus oídos llegaban claramente las voces de quienes estaban a bordo.

Huy detuvo el esquife y se recostó en la pértiga. Durante un rato contemplaron en silencio la larga nave. Luego Lannón dijo con voz que denotaba cansancio y resignación:

—El mundo nos ha descubierto, Huy. Salúdalo en mi nombre.

La luz de la lámpara que pendía del extremo de una cadena en el camarote de popa daba un tono irreal a los rostros, poniendo de relieve pómulos y narices y dejando en la sombra los ojos de los sombríos personajes reunidos en torno a la mesa para escuchar al mensajero del norte. Aunque joven —un subteniente en su primer año de servicio militar—, el recién llegado, que poseía el aplomo de una persona de alta alcurnia, ofreció un lúcido panorama de la situación.

Según dijo, desde la frontera septentrional se habían advertido en las últimas semanas claros indicios de desasosiego:

pequeños incidentes, grandes masas de hombres que se desplazaban a lo lejos, humo originado en hogueras de vastos campamentos. Los espías transmitían extraños rumores: el advenimiento de un nuevo dios con dedos de águila y garras de león, quien, según decían, conduciría a las tribus a una región de pastos y agua. Los batidores, por su parte, hablaban de innumerables barcos dravs que navegaban a lo largo del tramo oriental del río, de un insólito ir y venir de personas, de habladurías en torno a secretas entrevistas entre misteriosos personajes.

Reinaba una gran agitación y se oían ruidos y murmullos.

Se tenía la impresión de que aumentaban las presiones y tensiones y que se avecinaban importantes acontecimientos. Se experimentaba una especie de escozor, como ante una creciente aglomeración de nubes cargadas de electricidad... Todo ello se presentía en el aire, pero no se palpaba en forma definida, porque eran indicios que apuntaban a lo desconocido.

Lannón escuchaba serenamente, frunciendo apenas el entrecejo, con su barbilla apoyada en un puño y sus ojos ensombrecidos.

—Mi jefe teme que interpretes todo eso como fantasías de gentes a quienes espantarían los chillidos de una lechuza.

—No —dijo Lannón, descartando por innecesario el ruego del mensajero de que tomase el asunto en serio—. Conozco bien a Marmón y sé que jamás confundirá una lombriz con una serpiente.

—Debo añadir algo más —dijo el muchacho en tanto colocaba un zurrón sobre la mesa y desataba la cuerda que tenía en un extremo. Al sacudir el zurrón cayeron de éste numerosos objetos de metal—. Una de las patrullas fluviales sorprendió a una partida de paganos que intentaba cruzar el río de noche. Todos los incursores tenían armas como ésta.

Lannón cogió una de las gruesas puntas de lanza y la examinó atentamente. Por su forma y la técnica empleada en su fabricación resultaba inconfundible.

—¿Qué dices de esto? —le preguntó a Huy. Su opinión fue confirmada por éste.

—Drav... No cabe duda.

—¿En manos de paganos?

—Tal vez las cogieron de dravs muertos o las robaron.

—Tal vez —convino Lannón, asintiendo con la cabeza. Tras un breve silencio, levantó los ojos y miró al joven oficial—. Muy buena faena —le dijo a éste. El muchacho enrojeció de alegría. Lannón se volvió hacia Habbakuk Lal—. ¿Podrás llevarnos de nuevo a Opet en una noche? El almirante sonrió y asintió con la cabeza. Lannón y Huy vieron desde la popa cómo desaparecía su isla en la oscuridad, en tanto la galera se desplazaba velozmente, dejando tras de sí una brillante estela a la luz de la luna.

—Me pregunto cuándo volveremos aquí, Huy —dijo Lannón en voz baja. Huy se movió nerviosamente, pero no contestó—. ciento como si dejara aquí algo muy valioso, que no recobraré Jamás —prosiguió Lannón—. ¿No te ocurre lo mismo, Huy?

—Tal vez éstos fueron los últimos días de nuestra juventud, Lannón.

Otra vez guardaron silencio mientras la galera se balanceaba suavemente impulsada por los remos.

Cuando la isla desapareció de su vista, dijo Lannón:

—Irás a la frontera, Huy. Quiero ver a través de tus ojos y por medio de tus oídos, mi viejo amigo.

—No será por mucho tiempo, vida mía —se excusó Huy, aunque Tanit no le había dicho nada, ya que estaba muy preocupada en devorar concienzudamente un racimo de uvas púrpuras—. Regresaré antes de que adviertas siquiera mi partida.

Tanit hizo una mueca que pareció denotar que una uva estaba verde. Huy examinó exasperado el rostro de la joven, tan sereno, bello e impasible como el de la propia diosa.

Huy era ahora capaz de captar los estados de ánimo de Tanit a través de sus expresiones o de una simple inclinación de su cabeza. Fascinado había asistido a la transformación de la niña en mujer cabal, del pimpollo en flor total. Con paciencia y amorosa dedicación había seguido su evolución particular. Sin embargo, no sabía cómo neutralizar aquella nueva actitud de Tanit.

En ese momento Tanit estaba lamiendo sus largos y ahusados dedos índice y pulgar con la punta de su rosada lengua. Luego empezó a mirar atentamente su mano, que giró hacia uno y otro lado, para que la luz diese de pleno en ella.

—No hay otra persona a quien el rey pueda confiarle una misión de tal naturaleza... Se trata de un asunto de suma importancia.

—Por supuesto —murmuró Tanit, sin dejar de observar su mano—. Tampoco podía confiar en otro para que fuese a pescar con él.

—Escucha, Tanit —le explicó Huy razonablemente—. Lannón y yo hemos sido amigos desde la infancia. Cuando éramos niños solíamos ir a menudo a las islas. Esta vez ha sido una especie de peregrinación al pasado.

—Mientras yo estaba aquí sola con un hijo tuyo en mi vientre.

—Sólo he estado ausente cinco días —subrayó Huy.

—¡Cinco días! —repitió Tanit imitando la voz de él, en tanto sus mejillas se encendían, indicando que su hielo interior se había trocado en una hoguera—. ¡Juro por el amor que profeso a la diosa, que no te comprendo! ¡Dices que me amas, pero apenas Lannón Hycanus dobla su dedo, corres hacia él y, jadeando como un cachorro, ruedas por el suelo y, patas arriba, aguardas a que te haga cosquillas en la panza!

—¡Tanit! —exclamó Huy, comenzando a sonreír burlonamente—. ¡

Juraría que estás celosa!

—¡Celosa! —gritó Tanit, y echó mano del cuenco de la fruta—. ¡Celosa!... —y arrojó el cuenco en su dirección.

Seguía éste en el aire, cuando comenzó a buscar otros proyectiles. La anciana Aina, que dormía al sol en el otro extremo de la terraza, despertó en plena tormenta y echó a correr junto a Huy. Desde su refugio, en un ángulo del muro, Huy empezó a explorar cautelosamente el terreno, que estaba desierto. Sin embargo, desde el interior de la casa llegó a sus oídos el rumor del llanto de Tanit.

—¿Dónde está? —preguntó Aina con voz temblorosa.

—En la casa —respondió Huy, limpiando su barba de las frutas enredadas en ella y frotando las manchas de vino que había en su túnica.

—¿Qué está haciendo?

—Llora —dijo Huy.

—Ve a su lado —le ordenó Aina.

—¿Y si me ataca de nuevo? —le preguntó Huy, nervioso.

—Dale unos azotes... y después bésala —le aconsejó Aina, e hizo un mohín burlón con su boca desdentada.

—Perdóname, sumo sacerdote —cuchicheó Tanit después de que Huy volviera y la consolara. Sus ardientes lágrimas humedecieron el cuello del hombre—. He actuado como una niña... Pero es que los momentos en que no estás a mi lado son instantes perdidos para mí.

Huy acarició sus cabellos para tranquilizarla. Tan grande era su amor por ella, que casi brotaron lágrimas en sus ojos cuando oyó su voz.

—¿No podré acompañarte esta vez? —le rogó Tanit por última vez—. Por favor, señor... Por favor, amor mío. Huy le respondió con tristeza, pero enérgicamente:

—No. El viaje será duro y rápido y tú estás en el tercer mes de tu embarazo.

Finalmente ella aceptó su decisión y, sentándose en el lecho, enjugó sus lágrimas. Su sonrisa fue apenas forzada cuando dijo:

—¿Quieres repetirme qué has decidido respecto al ser que daré a luz?

Sentada junto a él, suave y ardiente bajo la luz de la lámpara, que daba de lleno en su pálido vientre ligeramente abultado y en sus pechos ahora más pesados, no apartaba sus ojos de Huy mientras éste hablaba. Asintiendo con la cabeza, sonriendo y lanzando exclamaciones, escuchó el plan de Huy: un Aina de leche, escogida por él en las saludables y frescas colinas de Zeng, amamantaría a la criatura en la finca rural que Huy poseía en aquella región. Allí el niño crecería sano y fuerte y ambos podrían visitarle a menudo.

De pronto Tanit dijo con aire juguetón:

—¿El niño? Habla con precisión: ¡la niña!

—¡El niño! —corrigió él, y ambos se echaron a reír.

No obstante, a pesar de su risa, persistía en Tanit una honda tristeza, porque aquello no era lo que ella había soñado. ¿Cómo podría ser feliz sin oír la risa ni sentir la cálida presión de la criatura contra su cuerpo?

Súbitamente, como ocurría en ciertas ocasiones, se abrieron ante ella las cortinas del tiempo y durante un momento tuvo una visión del futuro, en la que vio sombras y hombres y cosas que la espantaron.

Aferrándose a Huy, prestó oídos a la voz de éste, que le transmitía fuerza y confianza. Finalmente, le preguntó a Huy en voz baja:

—¿Si te traigo el laúd cantarás para mí?

Poco después Huy entonaba un cántico a Tanit, al que agregó otros versos. Cada vez que cantaba le añadía nuevas estrofas.

Marmón, gobernador del reino septentrional, comandaba las legiones y fortalezas que custodiaban la frontera norte.

A pesar de llevarle treinta años a Huy, mantenía con éste una vieja amistad, basada en su recíproca afinidad intelectual. Era Marmón un agudo historiador militar, a cuya obra contribuía Huy con un relato manuscrito de la tercera guerra contra Roma. Alto y huesudo, tenía Marmón una hermosa melena plateada de la que se sentía orgulloso y a la cual mantenía siempre limpia y perfectamente peinada. Su piel, suave como la de una muchacha, aparecía muy tensa bajo los prominentes huesos de su cráneo. Pero la fiebre intermitente que padecía había hecho palidecer su tez y el blanco de sus ojos.

Durante dos días discutió Huy con Marmón, uno de los más fidedignos generales del imperio, la situación existente a lo largo de la frontera septentrional. En el mapa de la región, modelado en arcilla, los huesudos y finos dedos de Marmón colocaron las fichas exactamente en los lugares pertinentes del rompecabezas, y a veces se deslizaron a lo largo de las áreas críticas o en disputa, mientras Huy le escuchaba con atención y le formulaba preguntas.

Al final del segundo día cenaron juntos sobre la muralla de la fortaleza, donde soplaba una brisa fresca. Una joven esclava untó sus brazos y piernas con cierto aceite perfumado que espantaba a los mosquitos. Marmón sirvió a Huy vino en un cuenco, pero él se abstuvo de beber, porque para su hígado, estropeado por la fiebre intermitente, el alcohol resultaba mortífero.

Huy agradeció a Baal la inmunidad con que los dioses le habían dotado contra aquella enfermedad, que hacía estragos en las ardientes tierras bajas y en los pantanos y el río, y se preguntó por qué tal dolencia mataba a algunos, dejaba tullidos a otros y no afectaba en absoluto a ciertas personas. Asimismo pensó en la extraña circunstancia de que dicha enfermedad se diera en las tierras bajas y no atacara a los habitantes de las regiones altas y frescas. Sin duda tendría que meditar sobre ello y tratar de hallar respuestas adecuadas a ambas preguntas más adelante.

La voz de Marmón le devolvió a la realidad. Su pensamiento dejó entonces de discurrir a la deriva para concentrarse en el problema que tenía entre manos.

—Finalmente he logrado organizar un sistema de espionaje, en el cual confío plenamente —decía Marmón en ese momento—. En cada tribu he situado hombres que me informan regularmente.

—Me gustaría hablar con alguno de ellos —dijo Huy.

—Yo te aconsejaría que no hicieras tal cosa, señor —comenzó a decir Marmón; pero al ver la expresión que surgió en el semblante de Huy, cambió de opinión—. Dentro de varios días llegará el más hábil de mis informantes, un vendi llamado Storch, un ex esclavo, mediante el cual estoy reclutando un cuerpo de espías en la parte opuesta del río.

—Hablaré con él —dijo Huy.

En seguida Marmón, cambiando de tema, solicitó su consejo respecto al manuscrito y siguieron hablando como dos viejos amigos. Por último, el comandante le dijo muy cordialmente:

—Señor, te pediré algo en nombre de mis oficiales. Algunos de ellos jamás te han oído cantar. Otros, que conocen tu voz, desean oírte de nuevo... Admito, señor, que la súplica es inoportuna, pero confío que sabrás perdonarles.

—Manda a alguien en busca de mi laúd —respondió Huy, encogiéndose resignadamente de hombros.

Poco después un joven oficial le entregó el instrumento.

—Perdona este abuso de confianza, señor.

Huy entonó las canciones de los legionarios. Unas hablaban de borracheras y marchas, otras eran simplemente obscenas y algunas celebraban sus gloriosas hazañas.

Todas encantaron a los oficiales, apiñados en silencio alrededor de Huy sobre la muralla, y a los soldados rasos que, reunidos en el patio, miraban hacia arriba y se aprestaban a corear las estrofas.

Ya era tarde cuando uno de los asistentes de Marmón se abrió paso entre la multitud y al llegar junto a éste le dijo algo al oído. Marmón asintió con la cabeza, despidió a su ayudante y susurró junto a Huy:

—Señor, el hombre del que te hablé acaba de llegar.

Huy abandonó el laúd y le preguntó:

—¿Dónde está?

—En mi alojamiento.

—Vamos allá —dijo Huy.

Storch era un individuo alto, esbelto y ágil como muchos vendis. Sin embargo, la suave, negra y aterciopelada piel de sus hombros estaba llena de grandes cicatrices provocadas por el látigo de los capataces de esclavos.

Al advertir que Huy observaba sus cicatrices, las ocultó con su capa. Huy sorprendió un relámpago de desafío en sus ojos, a pesar de que su hermoso rostro permaneció impassible.

—No habla en púnico, pero tú conoces su dialecto —dijo Marmón.

Huy asintió con la cabeza.

El espía le miró durante un momento antes de decirle a Marmón con una voz tranquila que no denotaba ira ni implicaba acusación alguna:

—¿No convinimos en que ninguna otra persona vería mi rostro?

—Este caso es distinto —le explicó Marmón rápidamente—. Ya que no se trata de un hombre común, sino del sumo sacerdote de Opet, que es a la vez comandante en jefe de los ejércitos del rey. —Haciendo una pausa, Marmón le dijo—:

Estás ante Huy Ben-Amón.

El espía inclinó la cabeza, pero su rostro permaneció inmutable, incluso cuando Huy le habló en vendí.

Después de una hora de conversación con Storch, Huy se volvió hacia Marmón para decirle:

—Lo que acabo de oír no tiene nada que ver con casi todo lo que me dijiste. —Huy frunció el entrecejo y golpeó irritado la mesa con sus nudillos—. Este hombre no ha oído hablar siquiera de ese dios que, según dijiste, tiene garras de león, m de regimiento alguno constituido por hábiles guerreros que posean armas robadas a los dravs.

—No —convino Marmón—. Este sector del río se mantiene en calma. Los informes a que me referí proceden de una región situada más al este.

—¿Tienes espías allí? —le preguntó Huy.

—Algunos —dijo Marmón, moviendo la cabeza.

Huy meditó un momento.

—Al amanecer partiré hacia el este —dijo decidido.

—La galera que patrulla el río llegará dentro de cinco días.

—¿Qué podría ver desde la cubierta de una galera? Iré a pie.

—La escolta te estará aguardando antes de la salida del sol —dijo Marmón.

—No —respondió Huy, rechazando el ofrecimiento—. A pie y solo viajaré más rápido y llamaré menos la atención —y mirando de nuevo a Storch—: Este hombre será mi guía..., si se puede confiar en él tanto como tú

dices.

Marmón transmitió al espía la orden de Huy y luego agregó:

—Ahora puedes retirarte. Come y descansa. Deberás hallarte listo antes de la salida del sol.

Cuando Storch partió, Huy le siguió con la vista durante largo tiempo. Después le preguntó a Marmón:

: —¿Cuánto le pagas?

—Muy poco —admitió Marmón—: sal, abalorios y algunos adornos de cobre.

—Me pregunto por qué se dedicará a esto —dijo Huy en voz baja—, por qué trabaja para nosotros teniendo el cuerpo tan lleno de recientes cicatrices producidas por el látigo.

—Yo ya no me asombro de los actos de los hombres —dijo Marmón—. He visto tantas cosas raras en mi vida, que ya no intento siquiera averiguar las motivaciones de nadie.

—Yo, por el contrario, nunca dejaré de indagar en tal sentido —murmuró Huy sin apartar los ojos del espía y perturbado por la idea de la traición, que tan hondamente hería su sentido del honor.

Pese a sus esfuerzos, poco avanzó Huy en los cuatro días siguientes respecto a las intenciones del espía.

Storch era un hombre reservado, que sólo hablaba cuando era interrogado, y aun entonces lo hacía utilizando las palabras estrictamente necesarias. Nunca miraba a Huy a la cara. Sus ojos se desplazaban siempre hacia un lado y miraban a lo lejos.

Huy se halló junto a un desconcertante compañero de viaje que conocía, sin embargo, cada recodo del río y todos los detalles topográficos del terreno que recorrían.

Durante el trayecto se detuvieron en dos fuertes situados sobre la margen meridional del río, en los cuales obtuvo Huy importantes informes de primera mano.

Dos veces habían descubierto los soldados de aquellas guarniciones evidentes indicios del cruce del río por hombres armados que realizaban misteriosas operaciones y pequeños testimonios de actividades secretas. Tales revelaciones intranquilizaron a Huy.

Sobre todo preocupó a éste la circunstancia de que tales indicios contradecían las aseveraciones de Storch, según las cuales la situación más allá del río era estable y tranquila.

Huy y Storch prosiguieron su marcha rauda y silenciosa como dos espíritus de la floresta, a través de la densa y achaparrada vegetación del valle. Viajaban principalmente al atardecer y durante la noche, porque entonces refrescaba, y descansaban en las tórridas horas diurnas. Comían frugalmente, economizaban en lo posible la provisión de cereales que llevaban en su morral y se abstendían de cazar para no malgastar su tiempo.

Al cuarto día llegaron a la cumbre de una loma granítica, desde la cual se divisaba gran parte del valle. El paisaje allí se componía de una serie de escarpas que se sucedían hasta el brumoso horizonte.

En aquel paraje el río describía un amplio arco hacia el sur, formando una enorme y brillante ensenada, y luego se replegaba en sí mismo.

Aun cuando la curva era de más de treinta kilómetros de longitud, en su centro las dos riberas estaban a menos de ocho kilómetros una de otra. Más allá se elevaba un edificio sólido y cuadrado: otra guarnición. El humo ligeramente azul de las hogueras ascendía a través de la atmósfera serena y ardiente.

Huy observó la curva del río durante largo tiempo y pensó que no existía

otra alternativa que la de marchar trabajosamente un día entero por tierra firme o ganar rápidamente la otra orilla a través del río, afrontando el riesgo consiguiente.

—Storch —dijo—, ¿nos tropezaríamos con las tribus si atravesáramos el río?

El espía eludió la mirada atenta de Huy y permaneció impasible. En cucullas junto a éste sobre la loma de granito, no se movió en absoluto. Huy pensó que no había entendido *su* pregunta.

—A través del río llegaríamos antes. ¿Crees que correríamos peligro ?

—Lo averiguaré. Aguarda aquí.

Al volver, una hora antes del anochecer, Storch condujo a Huy ribera abajo hasta un lugar poblado de cañas, donde estaba oculta una angosta piragua, cuya carcomida madera hedía a pescado podrido. Huy comenzó a sospechar.

—¿De dónde la has sacado? —le preguntó.

—Río abajo está acampada una familia de pescadores.

—¿Cuántos son?

—Cuatro —replicó Storch.

—¿Vendis?

—No; proceden **de** Sofía.

—¿Guerreros?

—Pescadores de cabellos grises.

—¿Les has hablado de mí?

—No.

Huy vaciló. Durante un momento escrutó los inexpresivos ojos de Storch, tratando de ver en ellos algún indicio de traición.

—No cruzaremos el río —dijo al fin—. Seguiremos ,por tierra.

Se trataba de una prueba.

Esperaba alguna reacción por parte de Storch, que éste arguyera en contra de tal decisión e intentara persuadirle a cruzar el río.

—Tú mandas —dijo Storch, asintiendo con la cabeza, y empezó a cubrir con cañas la piragua.

—Un momento —dijo Huy—. Cruzaremos el río.

Storch aprovechó la corriente para impulsar la frágil embarcación a través del río. Delante de ellos los cormoranes batían el agua con sus alas, en sus frenéticos esfuerzos por alzar vuelo, en tanto los **jácanas**, de plumaje blanco y color chocolate, se escabullían entre las grandes hojas de lirios acuáticos, y los cocodrilos, semejantes a leños siniestros, se deslizaban por la ribera en dirección al agua.

Desembarcaron en una costa fangosa llena de huellas de pezuñas dejadas allí por los numerosos animales salvajes que abrevaban en el río. Tras ocultar la canoa, Storch condujo a Huy río arriba hasta un claro, abundante en hierbas brillantes y venenosas que les llegaban a la cintura. A través de los tallos gruesos que se adherían a sus cuerpos avanzaron hundiendo los pies en la húmeda tierra.

Storch se detuvo bruscamente en el centro del claro y le indicó con una seña a Huy que permaneciera inmóvil, mientras él inclinaba la cabeza para oír mejor. Durante largo tiempo se mantuvieron como petrificados. Finalmente, Storch indicó a Huy que no se moviera mientras él se dirigía hacia delante.

Después de recorrer un centenar de pasos, Storch volvió a detenerse, pero ahora se volvió para mirar a Huy.

Por primera vez el guía se mostró emocionado. Una salvaje expresión de triunfo y alegría iluminó su semblante. Levantando su brazo derecho señaló a Huy como un delator y gritó en vendí:

—¡Allí está! ¡Prendedle!

La hierba del claro crujió y se agitó como sacudida por un fuerte viento, en tanto surgían de sus escondites innumerables filas de guerreros **vendis**. Con sus escudos superpuestos en sus bordes formaron los vendis varios círculos concéntricos en torno a Huy, cortándole a éste toda vía de escape. Las plumas que coronaban sus cabezas semejaban la cresta de una gran ola amenazadora.

Como la mano cada vez más cerrada de un **estrangulador** en torno de la garganta de su víctima, se **fue** estrechando el cerco alrededor de **Huy**, cuyos ojos desencajados buscaron febrilmente algún resquicio por donde escapar. Al no hallar ninguno, extrajo de la funda de cuero su hacha en forma de buitre y se lanzó contra sus enemigos como un terrier al pescuezo de un toro negro.

—¡Por **Baal**! —gritó en son de desafío, en tanto cargaba contra las compactas filas de guerreros.

—¡Qué aire tan pestilente! —se quejó **Lannón** mientras resoplaba—. ¿No podríamos abrir aquí varios pozos de ventilación?

—¡Majestad! —exclamó **Rib-Addi**, que no pudo contener su horror—. Sería muy peligroso traer obreros a este lugar. —Su amplio ademán abarcó toda la sala del tesoro—. Sus habladurías inflamarían la imaginación de los bandoleros de los cuatro

reinos.

Por esa razón el lugar y el contenido del depósito real constituían un verdadero secreto de Estado, el mejor guardado del imperio, al que sólo tenían acceso el rey, el sumo sacerdote, la sacerdotisa principal, Rib-Addi y cuatro funcionarios del tesoro.

—Concluida la tarea, yo les enviaría inmediatamente adonde moran los dioses —le explicó muy lógicamente Lannón.

Rib-Addi hizo un gesto de sorpresa, porque no había previsto tan drástica solución del problema.

Después de frotarse la barba y de meditar durante un momento, Rib-Addi logró descubrir un nuevo argumento.

—Un pozo de ventilación tentaría a los ladrones y roedores y daría paso a la humedad, o sea, contribuiría al deterioro y destrucción del tesoro.

—Está bien —dijo Lannón, porque sabía que Rib-Addi se opondría sistemáticamente a todo cambio, fuera éste el que

fuere.

Para Rib-Addi, lo que había sido excelente durante doscientos años, no cabía duda que debía seguir siéndolo durante otras dos centurias.

Lannón observó cómo el último cargamento de lingotes **de** oro procedente de las minas del Reino Medio era reverentemente agregado a las pilas del mismo metal ya existentes **en** los nichos del tesoro.

Rib-Addi registró escrupulosamente las cifras en su rollo, y Lannón dio validez al asiento contable garrapateando su visto bueno al margen de la anotación.

Los cuatro funcionarios del tesoro abandonaron en fila india la larga cámara atiborrada de montones de oro. **Mientras** ellos ascendían por la escalera de piedra, Rib-Addi selló el portón de hierro, estampando el sello del Gran León en la tableta de arcilla. Inmediatamente él y Lannón subieron por los peldaños y, por la puerta del Sol, entraron en los archivos reales. Cuando Lannón la hizo girar, la sólida losa de piedra rechinó ruidosamente al retornar a su encaje habitual.

El rey hizo la señal del Sol ante la imagen del dios situada sobre la puerta y, en tanto Rib-Addi discurría a su lado sobre las diversas manifestaciones de la riqueza, recorrió el túnel flanqueado por los anaqueles casi repletos, donde

se guardaban los registros del reino. Pronto tendría que ordenar la prolongación de aquellas catacumbas, obra que debería realizarse sin destruir ni dañar su actual estructura.

Por último, dejando atrás la puerta principal oculta tras pesadas cortinas de cuero, entraron en la antecámara de la guardia, donde los oficiales de turno de la Sexta Legión custodiaban el acceso al lugar. A toda hora del día o de la noche había allí dos oficiales, bajo cuyas órdenes se hallaba una centuria escogida, perteneciente a la Legión **Ben-Amón**. Ésta había sido originariamente destinada a la custodia de los templos y tesoros del reino, y ésta seguía siendo todavía una de sus principales funciones.

En el laberíntico templo de **Astarté**, Rib-Addi se despidió muy obsequiosamente del rey. Retrocediendo junto con sus cuatro subordinados, no dejó de hacer reverencias hasta que desapareció en un recodo del pasillo.

Asistido por cuatro sacerdotisas, Lannón, desnudo y magnífico, tomó el baño ritual en el lago de Astarté. Mientras aquéllas le cubrían con una túnica de suplicante, se las ingenió para toquetear con disimulo a una de las jóvenes sacerdotisas. Esta permaneció impasible, pero apretó fuertemente los dedos de Lannón durante un momento antes de apartarse de él. Por su parte, el rey, en tanto echaba a andar a grandes zancadas por el pasadizo que conducía a la cámara del oráculo, se atusó a manera de señal el bigote e inhaló el perfume de la **muchacha**, que aún persistía en sus dedos.

Aquellas novias de los dioses, que ardían como pasteles en aceite hirviendo, debían conformarse sólo con los abrazos de sus compañeras o las furtivas atenciones de algún sacerdote o **guardia** del templo.

Lannón rió entre dientes mientras se preguntaba cuántas de ellas se desahogarían durante el licencioso Festival de la **Fertilidad** de la Tierra. ¡Cuántas veces había él cometido actos **sacrílegos** con sacerdotisas disfrazadas y envueltas en gruesas capas!

Dentro de varias semanas comenzaría el nuevo Festival... Y, como siempre, su imaginación se anticipaba a los acontecimientos.

De pronto recordó apesadumbrado que era muy difícil que **Huy** regresara del norte a tiempo para participar en la celebración. Su ausencia empañaría su júbilo. El ánimo de **Lannón**, versátil por excelencia, varió tan radicalmente, que doce pasos más allá no quedaba en él vestigio alguno de su reciente euforia.

Al entrar en la sala de audiencias frunció el entrecejo. Luego miró hacia arriba. La pitonisa estaba sentada en su trono, inmóvil como una estatua de marfil, con sus manos entrelazadas sobre su regazo. Su rostro, embadurnado de color, semejava una máscara. Su frente había sido blanqueada con polvo de antimonio. Sus párpados tenían un brillo azul metálico y su boca resaltaba como una herida purpúrea en su pálido semblante. El mal humor de **Lannón** se centró en su figura.

Mientras, por pura fórmula, le hacía una reverencia, pensó en las veces que aquella bruja le había perturbado e incomodado. Lannón odiaba esas sesiones de adivinación, que, sin embargo, ejercían sobre él una extraña fascinación. Aunque estimaba que los oráculos que allí se daban eran, en general, meras palabras huecas, inspiradas quizá por los politizados y activos sacerdotes, no dejaba de reconocer que abundaban en ellos agudos comentarios y excelentes consejos. Por otra parte, ocasionalmente brotaban de la boca de la bruja verdaderas pepitas de oro puro.

Durante sus regulares visitas al oráculo, Lannón había aprendido a distinguir los diversos matices de la voz de la pitonisa. Como **Rib-Addi**, la hechicera hablaba a veces con firmeza y en otras ocasiones de forma vacilante. Lannón captaba perfectamente tales cambios, pero era sensible,

sobre todo, al timbre grave y **monocorde** que la pitonisa utilizaba únicamente cuando anunciaba alguna verdadera y milagrosa profecía, recibida por ella directamente de los dioses.

En ese momento Lannón se plantó firmemente ante la hechicera con las piernas muy separadas y los puños en la cintura. Con su real arrogancia, acentuada por su ira, formuló su pregunta.

Tanit odiaba aquellas entrevistas con el Gran León, quien la amedrentaba sobremanera. Ante él se sentía como apresada por un hermoso pero salvaje depredador, de inagotable energía e imprevisibles reacciones. En los celestes y acerados ojos de Lannón brillaba la fría y fatídica codicia de un ave de rapiña. De sus rasgos perfectamente cincelados emanaba también una helada e inexorable soberbia.

Generalmente la presencia de Huy detrás de las **cortinas** situadas a sus espaldas la ayudaba a superar el trance. Pero esa mañana estaba sola... y sentía náuseas.

La noche previa, calurosa y sofocante, la criatura que albergaba en sus entrañas la había agotado como una pesada piedra. Empapada en sudor nocturno, había comido sin ganas el ligero desayuno preparado por **Aina**, el que en seguida vomitó, acosada por la náusea y el vértigo.

Aún persistía en el fondo de su garganta el sabor acre y amargo de la bilis, y el sudor que se deslizaba por su espalda le producía una especie de cosquilleo en los costados y en su henchido vientre. Mientras el rey formulaba las preguntas con una voz semejante a un gruñido, Tanit, débil y floja, abría su boca desesperadamente en demanda de aire, porque se ahogaba.

Como no estaba preparada, sus respuestas resultaron meras frases huecas enunciadas sin convicción, pese a que se esforzó por recordar las frases que le había dictado Huy.

El rey, cada vez más impaciente, empezó a pasearse ante ella, apabullándola con su desbordante energía. Tanit sintió que su transpiración se abría paso a través de su máscara de colorete. Su piel, hinchada, ardía. Estuvo tentada de quitarse la pintura que ocluía sus poros.

Súbitamente surgió en su mente la maravillosa imagen de una fresca cascada que caía sobre rocas cubiertas de musgo y sintió el deseo de sumergirse, desnuda, en las verdes aguas del lago, dejando que sus cabellos flotaran en la superficie como los zarcillos de una planta acuática.

—¡Vamos, bruja! ¡Tú que adivinas el futuro, responde a mi simple pregunta!

El rey se detuvo ante ella y, colocando un pie en las gradas del trono, echó hacia atrás sus hombros y proyectó hacia delante sus caderas en un alarde de masculina superioridad. Su voz tuvo un deje burlón y sus hermosas facciones denotaron un hondo desprecio.

Tanit, que no había oído la pregunta, luchó en busca de las palabras adecuadas. De pronto se sintió otra vez acometida por las náuseas y el sudor humedeció la tenue capa de pintura que cubría su labio superior. Luego la náusea se convirtió en vahído, y el rostro de Lannón se fue alejando de ella, en tanto las sombras la envolvían. Su campo visual se estrechó de tal manera que sólo veía ante sí un largo túnel al final del cual ardía como una dorada estrella el rostro de Lannón. De repente un gran estruendo resonó en sus oídos, un estrépito semejante al de una tormenta en un bosque. Poco después al cesar **el** viento oyó **una voz** áspera y grave, sin matices y **monótona**, como proveniente de una **mujer** sorda o de alguien que hubiera fumado hachís.

Dulcemente sorprendida, **Tanit** comprobó que aquella voz procedía de su garganta, y se estremeció **al** oír sus propias palabras:

—**Lannón Hycanus**, último Gran León de **Opet**, no escudriñes el

futuro, porque en él sólo veo muerte y oscuridad.

Su temblor se contagió a Lannón. Las mejillas de éste palidecieron y sus labios se convirtieron en dos líneas marmóreas.

Lannón movió la cabeza tratando de negar lo que acababa de oír. Sus dorados bucles, todavía empapados por el agua del baño ritual, oscilaban sobre sus hombros. Levantando las manos, hizo el signo del Sol para contrarrestar aquellas palabras que habían herido su alma como saetas.

—Lannón Hycanus, tus dioses te abandonan, se alejan de ti y te dejan en las tinieblas.

El rey se apartó, retrocediendo, del trono; pero las palabras de la pitonisa le perseguían inexorables.

—Lannón Hycanus, ¿deseas conocer el futuro? Muy bien; escucha: el futuro te acecha como un león a un viajero desprevenido.

Lannón comenzó a gritar. Su terror se **transformó en** violencia irrefrenable.

—¡Malvada! —chilló, y precipitándose sobre las gradas **del** trono exclamó—: ¡Bruja!

Con sus manos abiertas golpeó duramente el rostro de Tanit, cuya capucha cayó hacia atrás. La negra cabellera de **la** joven se soltó sobre sus hombros. Aunque los golpes resonaban en su carne, Tanit no se quejaba en absoluto.

Su silencio exasperó al rey, quien, tirando de la parte delantera de su capa, arrastró a Tanit fuera de su trono.

—¡Hechicera!... —chilló Lannón, y la arrojó contra los peldaños.

Tanit cayó pesadamente y rodó gradas abajo. Cuando intentó enderezarse, Lannón le aplicó un puntapié en el vientre.

Tanit se dobló y, con las manos en su vientre, comenzó a gemir, en tanto la sandalia de él se incrustaba de nuevo en su cuerpo. Mientras la perseguía y bramaba a través de la sala, los enloquecidos ojos de Lannón buscaban a su alrededor algún arma que le permitiera destruir a aquella mujer y a las palabras que habían salido de su boca.

Súbitamente la sala se llenó de sacerdotisas. Lannón retrocedió, respirando dificultosamente. Sus claros ojos despedían un fulgor **demencial**.

—¡Majestad! —exclamó la sacerdotisa **mayor**.

Lannón cedió un tanto en su locura, pero aún persistía el temblor en sus labios y en el resto de su cuerpo.

De pronto se volvió y salió a grandes zancadas de la cámara del oráculo.

Tanit seguía gimiendo sobre las losas del suelo.

El Supremo Consejo de **Astarté** se reunió en la cámara de la sacerdotisa mayor, quien dio lectura a la orden del Gran León. Las otras la escucharon con atención y meditaron al respecto.

El Consejo se componía de la suprema sacerdotisa y de las consejeras, o sea, las dos sacerdotisas más antiguas, quienes ocupaban los dos primeros lugares en la línea de sucesión de la suprema sacerdotisa.

—No podemos entregar a una integrante de nuestra cofradía a la justicia temporal del Gran León. Si lo hiciéramos sentaríamos un precedente —dijo la sacerdotisa Alma, una pequeña y rugosa mujer, fea y curiosa como un mono—. ¿Qué crimen ha cometido la pobre niña? Si ha incurrido en algún error, es de nuestra incumbencia juzgarla y castigarla. Debemos proteger a las nuestras, aunque ello implique un desafío al rey.

—¿Puede permitirse nuestra cofradía tan osada actitud? —preguntó la sacerdotisa **Haka**, una mujer de piel oscura y picada de viruelas, en cuya larga

cabellera negra como plumaje de cuervo se veían algunas franjas grises.

Aquella mujer de recias mandíbulas y voz de hombre, que no tenía aún cuarenta años, sobreviviría sin duda a la sacerdotisa mayor.

Hasta muy recientemente se la había considerado la segura **sucesora** de la suprema sacerdotisa, cuyo puesto ambicionaba. Pero desde el advenimiento de la pitonisa, tal posibilidad habíase tornado incierta. La historia demostraba que toda pitonisa, a su debido tiempo, se convertía en sacerdotisa mayor, fueran cuales fueren los títulos que acreditaran las demás. Por añadidura, aquella pitonisa contaba con el evidente apoyo del sumo sacerdote, circunstancia que se haría sentir cuando quedara vacante el máximo sitial del Consejo Supremo. Pero, fuera de las motivaciones políticas, la sacerdotisa Haka tenía otras razones más íntimas para reaccionar de aquella manera.

Aun ahora, al recordar cómo habían sido rechazados sus sensuales requerimientos, la cólera encendía las mejillas de la sacerdotisa Haka. Todavía suspiraba ésta por aquella muchacha que la había perturbado en sueños. A menudo, cuando se hallaba en la oscuridad con alguna joven aspirante, imaginaba que ésta era Tanit.

—¿Somos suficientemente fuertes para oponernos a las demandas del rey?—dijo.

Mientras su pregunta flotaba en el ambiente, observó los rostros de las demás.

Todas tenían clara conciencia de la impetuosa e irresistible fuerza que señoreaba en **Opet**. También sabían que nadie —noble o sacerdote, amigo o enemigo— había osado jamás contradecir al rey.

El silencio persistió hasta que la sacerdotisa Alma se sintió acometida por un violento acceso de tos, que fue **in** crescendo, hasta que finalmente escupió una gran flema sanguinolenta. Cuando se limpió la boca con un pañuelo húmedo, su rostro estaba tenso y sus ojos borrosos y cansados.

«Poco te queda, vieja», pensó **Haka**, ocultando su sombría satisfacción bajo una máscara de pesar.

Nuevamente reinó el silencio, hasta que la suprema sacerdotisa habló en tono vacilante.

—Tal vez..., si queda demostrado que la muchacha ha pecado o cometido algún crimen.

Eso era, precisamente, lo que Haka aguardaba para lanzarse, implacablemente, a la carga.

—Enviad por la muchacha —aconsejó a la **superiora**—. Debemos interrogarla.

Aina ayudó a **Tanit** a entrar en la sala. Cojeando y encorvadas, la primera a causa de la edad y la segunda a consecuencia de los dolores, avanzaron, aferrándose la una a la otra.

La anciana sacerdotisa estimulaba a la dolorida joven murmurando palabras de aliento en su oído; sin embargo, su rostro se endureció de cólera cuando se enfrentó al Consejo.

—La niña está enferma. ¿No tenéis sentimientos? ¿Por qué la habéis citado en este momento?

—Cierra el pico, vieja bruja —dijo la sacerdotisa Haka fríamente, mientras observaba el rostro hinchado y las purpúreas y lívidas cicatrices de Tanit.

Esta tenía un ojo cerrado, un párpado azul y tumefacto y **un** labio cortado y recubierto por una costra seca.

—Permitidle que se siente —dijo Aina—. Está débil y enferma.

—Nadie se sienta ante el Consejo —dijo Haka.

—En nombre de la diosa...

—No blasfemes, viejo cuervo.

—No estoy blasfemando, sino pidiéndooos que os apiadéis de ella.

—Estás hablando demasiado —**le previno** Haka—. ¡Vete y deja en paz a la muchacha!

Aina pareció dispuesta a discutir, pero Haka se puso en pie y con voz furiosa y áspera repitió:

—**¡Vete!**

Aina salió arrastrando los pies, gruñendo y lamentándose, y Tanit, sola e insegura sobre sus piernas, debió enfrentarse al Consejo.

La sacerdotisa Haka se hundió en su escabel y miró a Tanit. Ahora se tomaría todo el tiempo que necesitara. Tenía un día entero por delante y, por otra parte, aquello le agradaba sobremanera.

Tanit se mantenía en pie con gran esfuerzo de voluntad, ya que sus perturbados sentidos parecían flotar en un embravecido mar de angustia. Las piernas y el bajo vientre, que parecían de plomo, servíanle de contrapeso. Sin embargo, apenas comprendía las preguntas que llovían sobre ella. Haka deseaba averiguar a toda costa qué le había dicho al rey para que éste se enfureciera tanto, a fin de demostrar que Tanit había perjudicado a la cofradía. Por eso insistía en la pregunta:

—¿Qué le has dicho al rey?

—No me acuerdo..., no recuerdo —cuchicheaba una y otra vez Tanit.

—¿Quieres hacernos creer que unas palabras que han producido tan desastrosas consecuencias pueden ser fácilmente olvidadas? Vamos, ¿qué le dijiste?

—En realidad no hablé yo.

—¿Quién habló, entonces? —Haka inclinó muy ligeramente hacia delante su cara moteada por los estigmas de la viruela. Las franjas grises de sus cabellos brillaron en medio de la negrura del resto de su cabellera—. Si no hablaste tú, ¿quién habló, entonces? ¿La diosa?

—No sé —jadeó Tanit, que abrió la boca como si le hubieran clavado el puño en la boca del estómago.

—¿Habla la diosa por tu boca? —le preguntó en tono áspero e imperioso Haka, oscura y cruel como un ave de rapiña, como un halcón que cayera sobre un gorrión.

—¡Oh, por favor! —susurró Tanit, inclinándose hacia delante y sosteniendo con ambas manos su vientre—. ¡Oh.... cómo me duele..., cómo me duele! ¡Por favor...!

Las tres sacerdotisas advirtieron que se humedecía la parte delantera de la túnica de Tanit y que un líquido rojo salpicaba las losas entre sus pies. Lenta y decorosamente, Tanit se dejó caer hacia delante y se acostó en el suelo de costado, con las rodillas dobladas y levantadas, y empezó a gemir suavemente.

La sacerdotisa Haka se dirigió rápidamente hacia Tanit e, inclinándose sobre ésta, tiró de su falda hacia arriba. Acto **seguido**, apartando bruscamente las rodillas de **Tanit**, observó el cuerpo de ésta, con sensual interés y el rostro tenso. Mientras se erguía, sonriente, miró a las otras dos.

—He ahí el pecado al que te has referido, suprema sacerdotisa... He ahí la prueba de su crimen —y mirando el cuerpo acurrucado a sus pies, exclamó con voz áspera y acusadora—: ¡Sacrilegio! ¡Ha deshonrado a la diosa con un sacrilegio!

—No contestaré —dijo Tanit dulcemente. Las magulladuras habían desaparecido y la hinchazón cedía lentamente, pero aún persistía una mancha color ciruela bajo uno de los ojos y el labio seguía tumefacto. Después de

guardar cama durante diez días sentíase muy débil—. No mancharé a quien amo profundamente... No os diré su nombre.

—Escucha, pequeña: se trata de una falta grave. Tu vida peligra —le dijo la gran sacerdotisa.

—Ya me la habéis quitado. Quedaos, pues, con ella. —Tanit miró directamente a la cara de Haka y luego a Lannón Hycanus, que estaba junto a la ventana—. Mi suerte está sellada. Nada de lo que yo diga alterará mi situación, así que ocultaré celosamente el nombre del padre de mi hijo. No permitiré que le hagáis daño.

—Eres terca y estúpida —dijo Haka—. De todas maneras lo descubriremos.

—¿Qué importancia tiene su nombre? —le preguntó Tanit—. Lo único que cuenta es que soy un obstáculo para vuestras ambiciones. —Al mirar a la sacerdotisa Haka, Tanit comprobó que sus palabras habían dado en el blanco, porque un oscuro rubor cubrió las mejillas de la sacerdotisa. Sonriendo, Tanit se volvió hacia Lannón—. Lo único que os preocupa es que soy la fuente de esa profecía. Por eso queréis destruirme... Tratáis de que los dioses revoquen su sentencia. Pero todo será en vano, Lannón Hycanus. El viento del destino ha comenzado a soplar y los sabuesos del hado os siguen de cerca.

—¡Basta ya! —estalló Lannón, avanzando hacia el centro de la estancia—. No puedo perder más tiempo oyendo tu estúpida charla —y mirando a la sacerdotisa Haka—: Traed a la vieja sacerdotisa, a la dama de compañía de la bruja.

Cuando Aina compareció, confundida, ante el rey, éste la miró sin cólera y sin odio.

—Tenías deberes que cumplir y no los cumpliste. Dime, pues, el nombre del toro que montó la vaquilla de la diosa.

Aina empezó a gemir y a protestar y a alegar que no sabía nada. Sus rodillas crujieron cuando se arrodilló ante Lannón. Arrastrándose llegó junto a los pies de éste y besó, babeando de terror, el borde de su túnica. Lannón, irritado, la apartó con un pie y miró a la sacerdotisa Haka.

—Creo que no me equivoco al pensar que tú eres capaz de realizar la faena de un hombre... ¿Te atreverías a realizarla en este caso?

La sacerdotisa Haka asintió con la cabeza y se relamió, en tanto sus ojos brillaban cruelmente, anticipándose a los hechos.

—Para empezar, rómpele los brazos —le ordenó Lannón—, delante de la bruja.

Haka obligó a Aina a ponerse en pie, sosteniéndola fácilmente con sus vigorosas manos de largo y sedoso vello negro. Aina se estremeció y graznó de miedo. Haka la hizo girar sobre sí misma y, sujetándola fuertemente, le retorció uno de los brazos, blanco y delgado, surcado de venas azules, a la altura del codo.

—¡Un momento! —gritó Tanit—. ¡Suéltala!

—Suéltala —ordenó Lannón.

Tanit se acercó a la anciana sacerdotisa y la besó en la frente y en las mejillas. Aina estaba sollozando.

—Perdón, pequeña... Lo siento. Ya estaba a punto de decirles el nombre... Perdóname.

—Tranquila, abuela, tranquila.

Después de acompañar a Aina hasta la entrada, Tanit la empujó suavemente fuera de la estancia y volvió a situarse frente al rey, a quien dijo:

—Te diré el nombre..., pero a solas.

—Retiraos un momento —ordenó Lannón a las otras. El Consejo Supremo en pleno se levantó y abandonó la estancia en fila india.

Cuando estuvieron solos, Tanit nombró a su amante, con aire altivo y desafiante. Lannón se tambaleó como si hubiese recibido un golpe.

—¿Desde cuándo es tu amante? —le preguntó, por fin.

—Desde hace cinco años —respondió ella.

—De modo que hemos compartido su cariño —dijo Lannón, encontrando en ese momento respuesta a muchos interrogantes.

—No, majestad —dijo Tanit moviendo la cabeza—. Todo su cariño ha sido para mí.

—Haces bien en hablar **en** tiempo pasado —respondió Lannón, que le dio la espalda y se fue hacia la ventana para clavar la vista en el lago.

«Nada podrá separarnos... Le necesito con urgencia», pensó.

—¿Cómo será el castigo, majestad? ¿Con veneno o una daga misteriosa? ¿Cómo matarás a la sacerdotisa de **Astarté**? ¿**O** has olvidado que pertenezco a la diosa?

—No —respondió **Lannón**—. No lo he olvidado. Por eso he decidido enviarte a ella el décimo día del Festiva] de la Fertilidad de la Tierra. Ascenderás como mensajera de **Opet** adonde moran los dioses.

—**Huy** no lo permitirá —murmuró **Tanit**, horrorizada.

—Huy está en el norte..., muy lejos del lago de **Astarté**.

—Te odiará toda la vida por ello. Le perderás para siempre —le previno Tanit.

Lannón movió la cabeza.

—Nunca sabrá que yo di la orden. Tampoco sabrá jamás que le traicionaste al mencionar su nombre. —Sonriendo, pero fríamente, agregó—: No. Tú le perderás y yo me quedaré con él, porque le necesito y porque mi necesidad es más importante que la tuya.

Al principio, mientras se hallaba inconsciente, le habían transportado en una litera y también después, durante cierto tiempo, porque estaba demasiado débil para caminar. De manera que no tenía idea de la distancia recorrida ni de la dirección que llevaban.

Incluso posteriormente, cuando le obligaron a andar por sus propios medios, le ataron y vendaron. De modo que sólo tenía noción de que andaba en medio de una turba de hombres que apestaban a sudor y a grasa rancia que usaban para embadurnar sus cuerpos.

Cuando hablaba, nadie le respondía, y en cuanto se detenía, unas manos toscas y la punta de una lanza le urgían a seguir avanzando.

Debido a golpes y contusiones, el cuero cabelludo lucía un rosario de protuberancias y cicatrices. Pero aunque había sufrido muchos rasguños y **dolorosas** torceduras, no estaba malherido ni tenía un solo hueso roto. Al parecer habían evitado matarle o mutilarle, a pesar de que su hacha en forma de **buitre** se había ensañado con ellos, dejando tras sí montones de cadáveres antes de caer en manos de sus enemigos.

La primera noche, cuando acamparon, comenzó a estudiar su situación con vistas a la fuga, pero el fuerte golpe que le asestaron en el rostro cuando intentó mover su venda le disuadió de ello. Después le dieron de comer un poco de cereal hervido y una loncha de carne salvaje, mal curada y rancia, pero Huy no tenía remilgos y se la comió con gran apetito.

Reanudaron la marcha antes del amanecer del día **siguiente**. Cuando sintió el calor del sol en sus mejillas y percibió la luz diurna a través de la venda, Huy repitió mental- mente su cántico en loor de **Baal** y le pidió ayuda a su dios.

Ese mismo día, cuando por sus pies percibió que el terreno era más liso, pensó que atravesaban una extensa llanura, de la que emanaba una espesa

concentración de efluvios: excrementos, humo y seres humanos. Por encima del sordo y rítmico ruido producido por los hombres que le escoltaban y el silbido de sus faldellines de guerra se elevaba un vasto rumor de voces y de gente que se movía, con el que se mezclaban los mugidos de muchos animales. Aquel rumor de colmena le dio a entender que le rodeaba una gran multitud.

Finalmente se detuvieron. Huy estaba cansado y muerto de sed bajo aquel sol abrasador. La soga de cuero crudo le lastimaba las muñecas, y le dolían las magulladuras y rasguños de la piel. El tiempo transcurría lentamente entre aquellos hombres que aguardaban en silencio.

Por último, alguien gritó en vendí:

—¿Quién busca al hombre con zarpas de león y patas de ave?

Huy se puso en guardia. En silencio esperó a que alguien le indicara cómo debía proceder. De repente, con gran sorpresa, percibió el frío roce de un hierro en sus muñecas y cómo alguien aserraba las cadenas que le ataban. Huy se frotó los dedos y dio un respingo al sentir correr la sangre por sus arterias. Luego se llevó las manos a la venda, esperando un nuevo golpe. Pero esta vez nadie le pegó. Aflojó aquélla y parpadeó, encandilado, bajo los rayos del sol.

Sus ojos se adaptaron rápidamente a la luz. No tardó en ver algo que hizo latir violentamente su corazón. Estaba en el centro de una planicie, ligeramente cóncava y rodeada de bajas colinas.

Salvo el área circular de unos cien pasos de diámetro en que él se encontraba, la planicie se hallaba atestada de negros guerreros. Huy contempló despavorido aquella infinita multitud. Nunca hubiera creído que la tierra pudiese soportar el peso de tanta gente. Aquello le parecía tan irreal como una pesadilla. La irrealidad del cuadro era acentuada por el amenazador silencio que reinaba en las negras hordas. Únicamente los penachos que ostentaban los hombres en sus cabezas se movían perezosamente a impulsos del viento en la cálida atmósfera del mediodía.

El calor y el apiñamiento de tanta gente amenazaban con sofocarle. Huy miró a su alrededor, desesperado, como buscando una vía de escape. **Storch**, que estaba cerca de él, portaba al hombro el hacha en forma de buitre. Aquella traición provocó en Huy una subida de adrenalina. De cualquier manera, aquel hecho le parecía insignificante comparado con lo que en ese momento estaba viviendo.

Storch no se preocupaba por él; al contrario, su mirada se concentraba en un grupo de jefes **vendis**, reunidos alrededor de un montículo situado al final del claro. Aunque no había nadie en él, todos los ojos estaban clavados en el montículo como en un escenario donde muy pronto aparecerían los actores.

Nuevamente se oyó la voz imperiosa:

—¿Quién busca a la Gran Bestia Negra? **¿Quién desea ver** al león?

Durante un momento persistieron la calma y el sofocante silencio. De repente, la multitud se agitó y todos suspiraron a coro cuando vieron a un hombre ascender al montículo.

El alto penacho de plumas de garza que lucía en su cabeza y la altura de la loma, sobre la que se mantenía erguido, le conferían la majestad de un dios. Su vestidura de piel de leopardo llegaba al suelo. El recién llegado permaneció inmóvil como un árbol gigantesco en una rumorosa llanura alfombrada de hierba, mientras el real saludo sacudía los cimientos de la tierra y el cielo.

Storch subió al montículo, colocó el hacha en forma de buitre a los pies del rey y volvió a su lugar, en tanto aquél miraba hacia el claro donde estaba **Huy**.

Este se irguió tratando de olvidar sus dolores corporales y de no cojear mientras se aproximaba al montículo. Cuando llegó a su destino, miró desde abajo a Manatassi.

—Debí figurármelo —dijo en púnico.

—Debiste matarme —dijo Manatassi, y sacando de entre los pliegues de su túnica su zarpa de hierro, agregó—: En vez de armarme de esta manera.

—No has comprendido —dijo Huy—. Mi juramento me impedía hacer tal cosa.

—Todavía hay gente que no puede vivir si no cumple sus juramentos —dijo Manatassi.

Huy no advirtió indicio alguno de burla en su voz.

—No hay otra manera de vivir —dijo, cansado y resignado a morir. En realidad no tenía ganas de discutir sobre todo aquello.

Manatassi señaló con su zarpa las densas filas de su ejército.

—¿Te haces idea del arma que he forjado?

—Sí —respondió Huy asintiendo con la cabeza.

—¿Quién se atreverá a enfrentarse conmigo? —le preguntó Manatassi.

—Muchos lo intentarán —dijo Huy.

—¿Tú, por ejemplo? Huy sonrió.

—No creo que se me presente tal oportunidad.

Manatassi miró desde lo alto al pequeño jorobado que, envuelto en una túnica hecha jirones, con la barba enmarañada y la cara y los brazos llenos de magulladuras, sucio y maltrecho, discutía dignamente sobre su situación.

—Ninguno de mis hombres entiende el púnico —dijo Manatassi—. De modo que podemos hablar libremente.

Huy asintió con la cabeza, asombrado del cambio operado en Manatassi.

—Te perdonaré la vida, Huy Ben-Amón, si me sirves con el mismo celo e idéntico sentido del deber que empleaste con el Gran León de Opet. Si así lo haces, llegarás a viejo.

—¿A qué se debe esta elección? —le preguntó Huy.

—Te estaba aguardando. Sabía que vendrías: mis espías seguían tus pasos; pero fue el destino quien te puso cómodamente en mis manos.

—¿Por qué me has elegido? —insistió Huy.

—Porque te necesito... —dijo Manatassi con sinceridad—; por tus conocimientos, tu inteligencia y tu humanidad.

—¿Me perdonas pese a haberte dejado manco? —le preguntó Huy.

—Podrías haberme quitado la vida —respondió Manatassi.

—¿Y pese a los latigazos del capataz de esclavos, en las minas de Huiya...?

—Eso nunca lo olvidaré —gruñó Manatassi tensando los músculos de su cara y lanzando chispas por los ojos, envueltos en una niebla amarilla—. Pero tú no tuviste nada que ver con ello.

—¿Pasarás por alto la masacre de Sett? —insistió Huy.

—Como soldado no podías hacer otra cosa.

Manatassi seguía temblando. Huy comprendió que estaba bordeando un abismo. Sin embargo, se sintió impulsado a sondear la fuerza... y la debilidad de aquel hombre.

—¿Qué esperas de mí? —le preguntó Huy.

—Que vengas conmigo —respondió Manatassi.

—¿Contra quién?

—Contra los monstruosos y crueles hombres de Opet y sus terribles dioses —le incitó Manatassi—. Contigo a mi lado y este ejército a mis espaldas seré dueño del mundo.

—No puedo hacerlo —dijo Huy, moviendo la cabeza. , —¿Por qué?

Dime por qué. Opet es maligno y debe ser destruido.

—Yo soy de Opet..., y mi tierra, mi pueblo y mis dioses —dijo Huy— no pueden ser malignos para mí.

—Pensé que eras un hombre razonable —gruñó Manatassi.

—Es posible que mi razón me impulsara a **aceptar**. Pero, en última instancia, debo escuchar a mi corazón —respondió Huy.

—¿De modo que rechazas mi ofrecimiento?

—Sí.

—¿Así que prefieres morir?

—Sí.

Manatassi levantó su mano. La zarpa de hierro brilló al sol. Huy sabía que cuando aquella mano descendiera moriría. Apelando a todo su coraje, se aprestó a afrontar serenamente la muerte.

Súbitamente Manatassi se apartó de él. Suspiró. Sus hombros, llenos de gruesas cicatrices, se elevaron.

—Tú respetaste mi vida —dijo Manatassi—. Yo respetaré la tuya.

Huy se sintió muy débil y aliviado porque no deseaba morir. Por fin podía pensar en Tanit y en su hijo. Ahora podría ver a éste. Su corazón se ensanchó ante aquella posibilidad.

—Vuelve a Opet. Dile a tu rey que Manatassi, la Gran Bestia Negra, ha salido del norte y se dirige hacia Opet para destruirlo.

—¿Te enseñé yo, acaso, a alertar al enemigo? —le preguntó Huy.

Manatassi sonrió.

—De nada le servirá mi propio aviso —respondió—. Descríbele lo que aquí has visto. Háblale de mi ejército... para que se le hiele la sangre en las venas. Dile que iré a por él, que no perdonaré a nadie y que no permitiré que nada de él manche esta tierra... Dile que caeré sobre él de un momento a otro.

A continuación Manatassi echó mano del hacha en forma de buitre y se la entregó a Huy.

—¡Adiós! —dijo—. Nuestras mutuas deudas han quedado saldadas. Ninguno de los dos le debe nada al otro. Cuando volvamos a encontrarnos te mataré.

Durante un momento se miraron fijamente. Aunque estaban muy cerca el uno del otro, un abismo más vasto que todos los océanos y la tierra conocida les separaba.

Huy le dio la espalda y echó a andar, cojeando, entre los soldados que le abrían paso.

Nadie se interpuso en su camino.

—No debes afligirte, abuela —cuchicheó Tanit—. La culpa no es tuya.

—Estoy segura de que se lo hubiera dicho —masculló Aina—. No cabe duda que le habría delatado... Porque Haka me pone los pelos de punta.

—Sin embargo, no se lo dijiste a nadie —la consoló Tanit—. Tan bien guardaste el secreto... que incluso nosotros no nos dimos cuenta de que nos habías descubierto.

Aina colocó el cuenco de la comida junto al lecho de Tanit y sonrió, con aire pensativo.

—Tan felices erais los dos que, al miraros, yo también me sentía dichosa... Él es una excelente persona. A pesar de su pobre aspecto y de su giba, es dulce y bueno.

Tanit se movió en el lecho para que Aina pudiera sentarse en él.

—Siéntate aquí un momento, abuela. Me siento tan sola que la espera se me hace insoportable.

Aina dirigió una temerosa mirada hacia la atrancada puerta de la estrecha habitación.

—Ellas no quieren que permanezca aquí mucho tiempo.

—Por favor —le rogó Tanit—. No dispongo de mucho tiempo.

Aina asintió con la cabeza y se arremangó las faldas para sentarse. Las articulaciones de sus rodillas crujieron cuando se acomodó en la cama.

Inclinándose hacia ella, Tanit cuchicheó ansiosamente:

—¿Has enviado algún mensajero? ¿Estuvo alguien dispuesto a cumplir tal misión?

—Envié a dos jóvenes oficiales de la Legión Ben-Amón, que adoran al sumo sacerdote como a un dios. Les dije que le comunicaran que corres un peligro mortal y que debe regresar inmediatamente.

—¿Crees que darán con él?

—Hay cien caminos entre este lugar y el sitio en que él se encuentra y la distancia es enorme. No quiero mentirte, hija mía. Es muy difícil que den con Huy.

—Lo sé —dijo Tanit—. Pero, si lo encontraran, ¿podría llegar a tiempo para disuadir al Gran León?

—Si regresa a tiempo te salvará. Conozco bien al sumo sacerdote.

—Mantente alerta, Aina, y, si regresa, habla con él en secreto y dile que el rey está al tanto de nuestras relaciones. No olvides decírselo, Aina, porque él también corre peligro.

—Se lo diré —le prometió Aina.

—Oh, quieran los dioses disponer que retorne rápidamente a Opet porque no quiero morir, abuela. Todavía espero muchas cosas de la vida... Pero ahora el tiempo vuela. Ya estamos en el sexto día del Festival. Si Huy no viene pronto moriré dentro de cuatro días.

—Tranquilízate, pequeña —canturreó Aina, mientras rodeaba a Tanit con un brazo para acariciarla y alentarla—. Tienes que ser valiente, pequeña, muy valiente —insistió la anciana con voz monótona.

—Aunque no es fácil, me esforzaré por serlo —dijo Tanit y, desasiéndose del brazo de Aina, se sentó en el lecho y agregó—: Debes irte en seguida, abuela... De lo contrario, Haka volverá a castigarte.

En la muralla de la fortaleza de Zanat, al sur del gran río, uno de los centinelas, con la jabalina en la mano, oculta tras el parapeto, miraba al extraño y estrafalario individuo que había debajo. El desconocido tenía la cabellera sucia y enmarañada y no llevaba peto. La túnica estaba hecha jirones y el rostro, muy hinchado, lleno de magulladuras. Al parecer estaba herido porque no podía con su cuerpo, penosamente inclinado hacia delante bajo el peso de una enorme hacha de guerra.

—¿Cómo te llamas? ¿Cuál es tu oficio? —dijo el centinela.

—Soy Ben-Amón, sumo sacerdote de Baal y soldado de Opet, y mi oficio es servir al rey.

El centinela se estremeció y volvió a colocar la jabalina en el armero. De pronto comprendió que había estado a punto de ponerse en ridículo. Aquella giba y aquella hacha eran famosas en los cuatro reinos. ¿Cómo no las había identificado al momento?

Reconviniéndose, descendió corriendo al patio y anunció a gritos al oficial de guardia la llegada de tan conspicuo visitante.

Apenas la puerta lateral giró sobre sus goznes, Huy entró en la fortaleza y rechazó abruptamente los honores militares diciendo:

—¡Basta de tonterías!

El oficial de guardia se asombró de tan altivo repudio del ceremonial vigente en su amada legión y reprimió un gesto de disgusto.

Aquel desplante y el insólito aspecto de mendigo del visitante darían lugar a una nueva historia, que se incorporaría al conjunto ya conocido de leyendas protagonizadas por tan notable hombrecillo.

Pasando de largo ante la guardia rápidamente convocada, Huy preguntó en tono imperioso al oficial:

—¿Dónde está el general? ¿Está aquí?

—Sí, señor... quiero decir, sumo sacerdote. Está en su habitación.

—¡Loado sea Baal! —gruñó Huy, aliviado.

Mientras engullía una gruesa tajada de carne fría, colocada entre dos bizcochos de cereales, regada con vino tinto, Huy comenzó a dictar diversas órdenes.

El escriba de Maimón garrapeaba lo más velozmente posible para no quedarse atrás. Maimón estaba en un rincón sentado en un escabel. Su plateada cabellera brillaba como una nube saturada de electricidad y su hermoso rostro denotaba ansiedad y preocupación.

Le costaba a Marmón dar crédito a lo que estaba oyendo. Sin embargo, sabía perfectamente que Huy jamás se equivocaba. De pronto Marmón se sintió culpable por no haber descubierto a tiempo la terrible amenaza que con tanta rapidez había surgido en sus fronteras. Quizá había estado excesivamente enfrascado en sus temas históricos. Tal vez había envejecido, perdido lucidez, sin advertirlo. Luego se preguntó qué sanción merecería por parte de Huy Ben-Amón y del Gran León de Opet, dos hombres que no toleraban los fracasos.

Huy expedía una orden tras otra: todas las guarniciones y unidades debían permanecer en estado de alerta, las legiones disueltas debían ser convocadas inmediatamente. Innumerables mensajeros recorrerían, veloces, el país con aquellos rollos, que pondrían en pie de guerra al imperio entero.

Marmón se asombró del valor de aquel hombre, que adoptaba por su cuenta una decisión por la cual debería responder ante el rey y el consejo de nobles. Estos podrían, en efecto, declararle responsable de los daños y perjuicios que indudablemente se derivarían de la paralización de las actividades comerciales e industriales. Porque de aquella decisión dependía no sólo la supervivencia de Opet, sino la suya propia.

Mientras le veía firmar tales órdenes, Maimón pensó que él nunca había obrado con la seguridad con que lo hacía Huy. En esa ocasión, por ejemplo, hubiera consultado a Opet y aguardado sus órdenes, desperdiciando quizá al no obrar rápidamente la única oportunidad que tenía la nación de sobrevivir. Porque de eso se trataba: de la propia supervivencia de Opet, ya que, según Huy, el enemigo era tan superior a ellos numéricamente que el destino de Opet estaba enteramente en manos de los dioses.

Huy se derrumbó de repente. Al firmar el último rollo; todo su ardor se disipó como por encanto. Sólo entonces advirtió Marmón que aquel hombre estaba agotado. De pronto Huy se tambaleó ligeramente. Su cuerpo entero empezó a decaer y Pareció encogerse bajo el peso de la fatiga.

Marmón se puso en pie de un salto y se dirigió hacia él. Pero Huy rechazó el brazo que iba en su auxilio e intentó valerse por sí mismo.

—Partiré en seguida para Opet —dijo, con la mirada turbia y apoyándose en un extremo de la mesa—. ¿Qué día es hoy, Marmón? He perdido la cuenta de los días que han pasado...

—Estamos en el séptimo día del Festival, señor.

—¿El Festival? —y Huy lo miró estúpidamente.

—El Festival de la Fertilidad de la Tierra... —le recordó Marmón.

—¡Ah, es cierto! —dijo Huy, asintiendo con la cabeza—. No creía que hubiera pasado tanto tiempo. ¿Tienes algún elefante de guerra que pueda llevarme a Opet?

—No, señor —le dijo Marmón, apesadumbrado—. Aquí **no** hay un solo elefante.

—Entonces viajaré a pie —dijo Huy con aire resignado.

—Primero tienes que descansar, señor.

—Sí —convino Huy—. Tengo que descansar. Y dejó que Marmón lo condujera a su dormitorio. Mientras se derrumbaba en el lecho le preguntó:

—¿Cuánto tardaré en llegar a Opet, Marmón?

—Si vas rápido, seis días, y si vuelas, cinco.

—Volaré, entonces —dijo Huy—. Despiértame al oscurecer —y se quedó dormido.

Mientras observaba al durmiente, Marmón sintió renacer en su corazón el hondo afecto que siempre había sentido por él. Marmón admiraba el bravo corazón de aquel pequeño guerrero, a quien envidiaba por la fuerza y el empuje que siempre le situaban a la vanguardia de los demás, y se alegró de que Huy Ben-Amón estuviera al frente de Opet en tan peligrosa situación.

De pronto se acordó del mensajero de Opet, un joven oficial de la Legión de Ben-Amón, que el día anterior había entregado en la guarnición un urgente mensaje para el sumo sacerdote.

Durante un momento Marmón luchó consigo mismo. Por fin decidió no perturbar el sueño de Huy y comunicarle la nueva cuando lo despertara.

Al despertarse, hacia el crepúsculo, Huy cenó ligeramente y untó su cuerpo con óleo.

Veinte minutos después traspuso corriendo el portón de la fortaleza y se internó en la fresca atmósfera vespertina, escoltado por quince legionarios.

Había ya desaparecido en la oscura y silenciosa floresta del sur, cuando Marmón se acordó del mensaje dejado por el joven oficial.

En el primer momento pensó en enviar un recadero en pos de Huy, pero en seguida estimó que ningún corredor podría alcanzar al sacerdote, considerablemente lejos ya. Por otra parte, las largas y veloces piernas de Huy tenían mucho que ver con su leyenda.

«Pronto estará en Opet», pensó Marmón para tranquilizar su conciencia, y echó a andar por el parapeto. Cuando llegó al extremo más lejano de la fortaleza se detuvo. Durante largo tiempo, hasta que las sombras le envolvieron por completo, no apartó Marmón sus ojos del turbulento norte ni cesó de preguntarse cuándo atacaría el enemigo.

En la mañana del noveno día del Festival de la Fertilidad de la Tierra se presentó en la celda de Tanit el Supremo Consejo de la cofradía, encabezado por la gran sacerdotisa, quien, frágil y vacilante, denotaba en sus escurridizas miradas un sentimiento de culpa.

—Te traemos una buena noticia, pequeña —le dijo a Tanit, quien se sentó rápidamente en su lecho.

El corazón de Tanit comenzó a latir rápidamente. Acaso el Gran León hubiera cambiado de idea...

—¡Oh, honorable...! —murmuró, mientras sentía que tras sus párpados nacían lágrimas de alivio.

Tan débil estaba aún y tan nerviosa a causa de la pérdida de su hijo, que lloraba por cualquier cosa.

La gran sacerdotisa seguía parloteando sin mirar a Tanit, porque no se

atrevía a mirarla a los ojos.

Durante un rato oyó Tanit, perpleja, su cháchara acerca de precedentes y leyes sacerdotales, sin entender absolutamente nada. De pronto, al mirar a la sacerdotisa Haka, percibió una expresión de alegría y lujuria en sus oscuras facciones y un brillo inusitado en sus crueles ojos.

Entonces comprendió que no se trataba de la suspensión de la sentencia.

—El rey, muy sabiamente, te ha escogido para la honrosa misión de llevar el mensaje de Opet a la diosa.

Evidentemente no habían ido a liberarla, sino a sellar su destino. La sacerdotisa Haka seguía sonriendo.

—Alégrate, niña. El rey te ha otorgado la vida eterna. Vivirás por siempre jamás en la gloria, junto a la diosa —dijo la gran sacerdotisa.

—Alabada sea Astarté. Loado sea Baal —dijeron a coro las sacerdotisas.

Debes prepararte —prosiguió la gran sacerdotisa—. Le pediré a Aina que venga a ayudarte. Ella conoce perfectamente senda de los mensajeros porque ha asistido a la mayoría de los elegidos. Recuerda, pequeña, que debes rezar para que la diosa te acepte.

Tanit, pálida y asustada, se las quedó mirando: no quería morir. En realidad tuvo ganas de gritar: «¡No me matéis! ¡Soy demasiado joven! ¡Sólo deseo gozar de un poco más de dicha, de un poco más de amor antes de morir!».

El Supremo Consejo salió de la celda y Tanit se quedó sola. Finalmente, sus lágrimas fluyeron libremente.

—¡Huy, ven! —gritó—. ¡Por favor, ven en seguida!

Huy luchó largamente contra la viscosa y oscura ciénaga en que había caído su cuerpo exhausto. Los gritos de la pesadilla seguían resonando en sus oídos. Mucho tiempo hubo de transcurrir para que recordase dónde se encontraba y comprendiese que sólo había sido un sueño la horrorosa escena de la que acababa de despertar.

Estaba tumbado a la sombra de una higuera silvestre. Al observar el sol a través de su ramaje calculó que había dormido apenas una hora. Las piernas le seguían pesando como si fueran de plomo y su cuerpo estaba agarrotado y débil, después de dos días de dura marcha.

Decidió, pues, dormir por lo menos tres o cuatro horas más. Pero el recuerdo de la pesadilla le impidió descansar.

Al incorporarse ligeramente, apoyándose en un codo, se asombró del esfuerzo que hubo de realizar para lograrlo. De pronto se acordó de que había recorrido, corriendo, más de doscientas millas romanas en dos días. De su escolta sólo restaban los tres hombres macilentos y exhaustos que ahora dormían, inmóviles como cadáveres, en las mismas posturas en que quedaron al tirarse al suelo. Los otros doce habían caído durante el trayecto, incapaces de seguir el tren violento impuesto por Huy a su marcha.

Haciendo un gran esfuerzo Huy se puso en pie, pues, acosado por el temor y el pensamiento de que su rey y su país se hallaban en peligro, no podía dormir ni descansar.

Respirando con dificultad y cojeando descendió hasta un pequeño río y, de rodillas sobre la arena, blanca como la nieve, roció su cara y su cuerpo con el agua límpida.

Tras remojarse la túnica y la barba, ascendió ribera arriba y echó una ojeada a sus acompañantes, que seguían durmiendo. La piedad que sintió por ellos no le impidió gritarles:

—¡Arriba! ¡Seguimos hacia Opet!

Uno de los hombres no logró despertar del todo, a pesar de los puntapiés

que Huy le aplicó en las costillas y de la bofetada que, con su mano abierta, descargó en sus mejillas. De modo que se quedó allí sumido en sus sueños.

A los otros dos les costó ponerse en pie y, gruñendo, echaron a andar con sus piernas doloridas y agarrotadas y sus ojos vidriosos de fatiga. Huy recorrió al paso la primera media milla, para aflojar sus músculos, seguido por su vacilante escolta.

A esa altura de su recorrido se irguió sobre las puntas de los pies, cambió de hombro el hacha en forma de buitre y echó a correr a saltos. Sus largas piernas se desplazaban elásticamente como las patas de un alce que avanzara al trote.

Uno de los legionarios profirió un grito al ceder una de sus piernas y cayó de bruces en el polvo, quejándose de sus ateridos músculos.

El otro, recuperado y con nuevas energías, siguió corriendo firmemente en pos de Huy.

Corrieron hasta que el sol llegó a su cénit y, sin preocuparse del implacable calor del mediodía, siguieron haciéndolo durante la tarde.

Delante de ellos, a baja altura sobre el horizonte, pendía el perpetuo cúmulo de nubes que señalaba la posición del lago de Astarté, faro de esperanza hacia el cual se desplazaba Huy con la cabeza levantada.

Sus pies avanzaban guiados por su instinto. Su voluntad alimentaba su cuerpo agotado, permitiéndole seguir a la carrera cuando ya había quemado todas sus energías.

Los postreros rayos del sol arrancaban cálidos reflejos de las torres y murallas de Opet. La superficie del lago, llameante como oro derretido, lastimaba sus ojos.

Huy descendió por la ruta de las caravanas y dejó atrás a muchos viajeros polvorientos que, haciéndose a un lado, le saludaron al reconocerle:

—Ruega por nosotros, sumo sacerdote.

—Baal te bendiga, señor.

Habían recorrido la mitad de la garganta que, a través de los acantilados, descendía hacia el lago y la ciudad, cuando el legionario que le acompañaba gritó con voz recia y clara:

—¡Perdón, señor, no puedo continuar!

Las rodillas del soldado se doblaron y éste, perdido el nimbo, se desvió hacia un costado del camino. Crispado el rostro, al estallar su corazón, murió el legionario antes de caer al suelo.

Huy Ben-Amón siguió corriendo solo. El guardián apostado sobre la entrada del palacio de Opet, al verle desde lejos, avisó su llegada y el portón fue abierto en señal de bienvenida.

Tanit se despertó al ser sacudida por unas suaves manos. A la luz de la lámpara que ardía junto al lecho vio a Aína inclinada sobre ella.

El viejo rostro de la sacerdotisa se contrajo en una mueca y Tanit vio su boca desdentada y sus ojos simiescos, que destellaban en medio de una telaraña de arrugas inmemoriales.

—¿Estás despierta, pequeña?

—¿Qué ocurre, Aína? —le preguntó Tanit, sentándose instantáneamente en la cama.

Al ver sonreír a Aína, la muchacha se animó como una hoguera semiapagada que volviese a chisporrotear.

—¡Acaba de llegar! —exclamó Aína alborozada.

—¿Huy?

—Sí. El sumo sacerdote ya está aquí.

—¿Estás segura? —le preguntó Tanit.

—Todo el mundo habla a gritos de él. La ciudad está alborotada. Dicen que cubrió, corriendo, la distancia entre Zanat y Opet en tres días, y que los quince hombres que intentaron correr a la par de él murieron. Con el corazón destrozado fueron cayendo en el camino.

—¡Oh, Aina! —dijo Tanit abrazando a la anciana sacerdotisa y oprimiéndola contra su pecho—. Si ha venido tan pronto es porque está al tanto de lo ocurrido.

—Por supuesto, hija mía; de lo contrario no habría venido tan rápidamente. Alguno de los oficiales debió entregarle mi mensaje. ¡Estoy segura de que se halla al tanto de todo! —dijo Aina babeando y subrayando sus palabras con un movimiento afirmativo de la cabeza.

—¿Dónde está ahora? —le preguntó Tanit, excitada y riendo—. ¿Sabes dónde está en este momento?

—Está con el rey. Fue directamente al palacio.

—¡Oh...! Loados sean la diosa y todos los dioses —jadeó Tanit—. Sin duda hará pesar su influencia en el ánimo del Gran León... ¿Crees, Aina, que tendrá éxito? ¿Cambiará de idea el rey?

—Desde luego, pequeña. Puedes estar segura de ello. Huy Ben-Amón sería capaz de hacer cambiar de idea al mismo Baal.

—¡Oh, qué feliz soy, abuela! —exclamó Tanit abrazando a Aina.

Durante un rato se confortaron mutuamente. Por último, Tanit se apartó de la vieja sacerdotisa.

—Ve en su busca, Aina. Aguarda fuera del palacio y cuando salga él de allí, ponle al corriente de todo y tráeme su respuesta.

Ya estaba Aina a punto de abandonar la habitación cuando Tanit le dijo:

—Dile que le amo más que a ningún otro ser en el mundo..., más que a los propios dioses.

—Silencio —dijo Aina—. Calla, pequeña, que alguien puede oírte.

Ya sola, Tanit se dejó caer en el lecho y comenzó a sonreír.

—No me importa que me escuchen —cuchicheó—. Estando él aquí, no temo a nadie.

Lannón escuchaba a Huy con creciente consternación.

En el primer momento, cuando se enteró de su llegada inesperada, hacia el anochecer, pensó que el sumo sacerdote había regresado al tener noticia del sacrificio ritual del día siguiente. Por tanto, resolvió rechazar su probable petición de audiencia y se dispuso a eludir cualquier tipo de contacto con Huy. Pero éste se precipitó en su alcoba, haciendo caso omiso de las protestas de los asombrados guardias.

Lannón abandonó, desnudo, el lecho de su más joven esposa, resuelto a increpar duramente a Huy por el lamentable estado en que se presentaba ante él.

—Perdón, majestad. Traigo muy malas noticias. Lannón observó atentamente su túnica sucia y polvorienta, sus revueltos cabellos y su barba en desorden, su rostro semejante a una calavera y sus ardientes y magullados ojos, hundidos en sus órbitas.

—¿Qué ocurre, Huy? —le preguntó, y se dirigió rápidamente hacia el sacerdote para sostenerle fraternalmente con su brazo.

El Consejo de los Nueve, compuesto por los nobles de Opet, se reunió esa noche y escuchó, horrorizado y en silencio, el informe de Huy Ben-Amón.

Sólo cuando éste dejó de hablar, con una voz similar a un graznido, y se hundió, exhausto, en su escabel comenzaron las murmuraciones. Unos

señalaban errores, otros acusaban y algunos no sabía qué hacer y se compadecían de sí mismos.

—¡Se nos dijo que Timón había sido destruido en **Sett!**

—Se os dijo, simplemente, que yo había exterminado treinta mil hombres. Yo no di nombres.

—¿Cómo pudo **reclutarse** semejante ejército sin que ninguno de los nuestros se enterase de ello? ¿Quién es el responsable?

—Nadie es responsable —respondió Huy—, porque dicho ejército fue **reclutado** más allá de nuestras fronteras.

—¿Qué pasa con las minas? Creo que debemos protegerlas.

—Eso es precisamente lo que estamos haciendo —dijo Huy, sonriendo sin ganas a causa del cansancio.

—¿Por qué hay una sola legión en la frontera?

—Porque te negaste a votar los fondos necesarios **para** formar otras —replicó Huy con aire sombrío.

De pronto todos le interrogaron directamente. Sus palabras sonaban como martillazos a través de la niebla de su cansancio.

—¿Cómo te las arreglaste para atravesar sin correr peligro las líneas enemigas?

—¿No fue el tal Timón **en otro tiempo tu protegido?**

—Tú le conoces muy bien, puesto que **fuiste** su maestro, ¿no? Huy miró a **Lannón**.

—¡Basta! —la voz de Lannón contuvo abruptamente la andanada de preguntas—. El sumo sacerdote ha colocado a la nación en pie de guerra. En seguida ratificaré con mi firma las medidas que figuran en las copias de los rollos que acaba de entregarme.

—¿No deberíamos esperar un poco? —dijo, como era de esperar, **Philo**—. ¿No nos estamos apresurando demasiado?

—¿A qué deseas esperar? —preguntó Huy—. ¿A que te abran el vientre con una lanza y te corten los testículos?

Lannón firmó las órdenes de movilización poco antes del amanecer y despidió al Consejo de los Nueve con estas palabras:

—Nos reuniremos nuevamente al mediodía, después de la ceremonia final del Festival de la Fertilidad de la Tierra. Revisad vuestras armas y despedios de vuestras familias.

Cuando él y Huy quedaron solos, le dijo a éste cordialmente:

—Quédate a dormir aquí... Por hoy no tienes nada más que hacer.

Pero Huy no le oyó, porque ya se había dormido. Su cabeza descansaba sobre sus brazos cruzados encima de la mesa. Tomándole en sus brazos, Lannón le llevó como a un niño dormido a uno de los aposentos para huéspedes.

—Nadie debe despertar al sumo sacerdote —instruyó al centinela que apostó en la puerta de la cámara—. ¡Nadie! ¡Entendido!

Pronto amanecería. El sacrificio se realizaría dentro de pocas horas. Convencido de que Huy permanecería sumido en su pesado sueño durante varios días, Lannón abandonó el lugar con el propósito de bañarse y vestirse para asistir a la **procesión**.

Aina tiró de la caperuza de su capa hacia delante para ocultar su rostro, metió sus huesudas y viejas manos dentro de sus anchas mangas e, inclinándose, apagó con un soplo la lámpara. En pie en la oscuridad empezó a considerar su plan de acción. En primer lugar pensó que no tenía por qué esperar que el sumo sacerdote saliera del palacio. Aina tenía acceso a las cocinas del palacio, cuyo mayordomo era nieto de su hermana menor. La

anciana sacerdotisa solía ir a comer allí, porque estaba aburrida de la comida del templo. Todos los esclavos del palacio la conocían. De modo que no le costaría mucho averiguar a través de alguno de ellos en qué lugar del laberíntico edificio de adobe se encontraba el sumo sacerdote. Y aún más fácil le sería conversar con él.

Cautelosamente descorrió Aina las cortinas de su celda y atisbo fuera. Una sola antorcha goteaba en su soporte al final del corredor. Pero su luz era tan débil, que Aina no vio a la borrosa figura que la aguardaba en un oscuro ángulo hasta que ésta se deslizó en su dirección.

—¿No tienes sueño, vieja? —le preguntó suavemente una voz grave y casi masculina, en tanto una recia mano se cerraba sobre una de sus muñecas—. ¿A quién vas a visitar a una hora tan avanzada? Quizá te has enterado del regreso de Huy Ben-Amón...

—No —gimoteó Aina—. Te juro que no se trata de eso. Aina se resistió débilmente. La sacerdotisa Haka, pues de ella se trataba, empujó hacia atrás con su mano libre la caperuza de la vieja y escudriñó sus ojos.

—¿No es verdad que ibas a visitar a Ben-Amón?

—No. Te juro que no.

Al ver la expresión de Haka, que le pareció la muerte personificada, Aina empezó a chillar.

Sus débiles y destemplados gritos, semejantes al zumbido del viento, fueron abruptamente acallados por la vigorosa mano de Haka, que se estrelló contra su boca.

Por el vano de una puerta situada enfrente de ella asomó un rostro asustado.

—Vuelve a tu cama —le espetó Haka a la curiosa.

La joven sacerdotisa obedeció en el acto.

Haka empujó hasta detrás de las cortinas el frágil cuerpo de Aina, a quien obligó a acostarse. Sin retirar la mano de la boca y la nariz de la anciana, cruzó uno de sus brazos sobre el pecho de ésta, apretándola contra el lecho.

Aina luchó desesperadamente dando puntapiés en el muro y arañando el rostro de Haka. De pronto dejó de patear y quedó inmóvil. La mano de Haka siguió cubriendo durante largo tiempo la boca y la nariz de la anciana. Por último, su otra mano palpó el descamado pecho de Aina, sobre el que colgaban sus flácidos senos, para comprobar si su corazón seguía latiendo.

Al advertir que éste no funcionaba, la sacerdotisa Haka hizo un movimiento afirmativo con la cabeza, colocó en su posición normal los miembros de la muerta y abandonó la celda.

A través de la única ventana de la habitación empezó a filtrarse la luz del amanecer, que pronto llegó hasta el rostro de Aina. Los labios, inertes y blandos, colgaban de su boca abierta y en sus ojos leíase una perenne expresión de asombro. Un sedoso y plateado mechón de pelo fluctuaba sobre su frente.

Lannón deseaba cumplir escrupulosamente el rito final del festival. Era evidente que afrontaba una gravísima emergencia para su país y que Opet se veía amenazado por el enemigo más poderoso e implacable al que le había tocado en suerte enfrentarse a través de su larga historia.

El oráculo se había pronunciado contra él, quizá porque él o su reino habían provocado la ira de los dioses.

Lannón sabía que el destino de las naciones no dependía exclusivamente de los actos de los hombres y que las batallas no se ganaban únicamente con espadas, porque en su opinión ciertas influencias, malignas unas, benignas otras, determinaban el curso de los destinos humanos. Lannón estaba conven-

cido de que era posible aplacar la ira de los dioses y obtener el apoyo de alguna deidad bien dispuesta.

Mientras la gran sacerdotisa le formulaba junto al lago de Astarté las preguntas rituales, Lannón se esforzó por responder correctamente a ellas. ¿Quién hubiera puesto en duda su sinceridad cuando juró fidelidad a la diosa?

Las suaves manos de las sacerdotisas le ayudaron a despojarse de sus vestiduras de seda color púrpura. Un viento fresco acarició su cuerpo cuando, desnudo y a grandes zancadas, avanzó hacia el borde del agua. Tras descender por los peldaños de piedra, se sumergió en el límpido y verde lago.

El blanco cuerpo brilló bajo la superficie. La abundante y dorada cabellera y la barba relucieron al verter las sacerdotisas en su cabeza el agua del lago recogida en las conchas.

Por último, al emerger del agua tuvo Lannón la sensación de que acababa de tomar en el lago sagrado un baño espiritual que había barrido todas sus preocupaciones, fortaleciéndole contra los peligros que se cernían sobre él. Aunque no era un hombre de profunda fe religiosa, en ese momento se sentía purificado y feliz al poder enviar tan importante mensajera a la morada de la diosa.

Sus mezquinos motivos personales ya no contaban para él. Ahora sólo pensaba en una cosa: dentro de un instante enviaría hacia lo alto a una ilustre sacerdotisa, a una pitonisa tocada por la gracia divina, a una persona de mérito y autoridad. Seguramente Astarté la aceptaría y, volviendo su rostro hacia los hijos de Opet, protegería con sus alas a su nación en aquel momento crucial y peligroso.

Cuando secaron su cuerpo resultaron más evidentes los bellos y firmes músculos de sus hombros, brazos y piernas.

Dos sacerdotisas se aproximaron a él y levantaron sobre su cabeza una túnica de seda blanca, símbolo de la dicha y la alegría. La gran sacerdotisa colgó de su cuello una guirnalda de rojos lirios de las cavernas, cuyo dulce y penetrante aroma saturaba el ámbito silencioso de la gruta.

Había llegado el momento de entonar el cántico en loor de la diosa, previo al sacrificio.

De pronto, el silencio fue roto por una voz cuyos ecos se sucedieron a través de la caverna. Lannón se estremeció y, girando la cabeza, buscó al cantor con sus ojos.

Aquella voz era inconfundible para él, tanto por su potencia como por su dulzura. Su grave timbre le puso los pelos de punta, repercutió en las paredes del templo y pareció incluso* agitar las quietas y verdes aguas del lago.

Lannón se quedó boquiabierto cuando Huy, surgiendo de entre las filas de los nobles y los oficiales, echó a andar lentamente hacia él mientras cantaba.

Con los brazos extendidos, según lo exigía el signo del Sol, enseñaba Huy su nivea dentadura, mientras de su garganta fluía su hermosa voz.

Al terminar el cántico de alabanza Huy, ya junto al rey, levantó los ojos para mirar a éste. Persistían en su semblante las huellas de una gran fatiga y debajo de sus ojos dos manchas rojiazuladas. Sin embargo, en su macilento rostro se dibujó una sonrisa que implicó una muestra de afecto y fidelidad hacia Lannón.

—¡Huy! —cuchicheó el rey, horrorizado—. ¿Qué haces aquí? Cuando te dejé allá dormido ordené que no te molestaran.

—En un momento como éste debo estar a tu lado.

—No debías haber venido —protestó Lannón. Aquello no figuraba en los planes del rey, quien de ninguna manera había previsto que asistiese a la inmolación de la pitonisa. Súbitamente se le ocurrió a Lannón la disparatada

idea de suspender el sacrificio y de ordenar a Huy que se retirase del templo.

Pero en seguida pensó que la salvación del imperio quizá dependiera de sus próximos actos. La suspensión del sacrificio constituiría un desafío a la diosa. ¿Era su deber para con Huy más importante que su deber para con Opet? Tal vez fuese ya demasiado tarde para echarse atrás. ¿No se había comprometido mucho tiempo antes a seguir aquel curso de los acontecimientos? ¿No escuchaba en ese momento las mofas de los dioses y los demonios? ¿No resonaban ya sus diabólicas risas en su alma desierta?

Perplejo y asustado observó a Huy y, avanzando hacia él, le tendió la mano en un ademán de súplica, como si solicitase su perdón o le rogase que comprendiera su situación.

—Te necesito —le dijo a Huy con voz áspera.

Huy, que interpretó erróneamente su actitud, asió su mano, pensando que se trataba de una demostración de amistad y, orgulloso de su rey y amigo, sonrió y comenzó a cantar el ofertorio dedicado a la diosa.

Su voz, remontándose como un águila, llegó a la plataforma del sacrificio, situada muy arriba, sobre el techo de la caverna.

Todos los ojos se dirigieron hacia lo alto. Una tensa expectativa mantenía en silencio a la multitud de adoradores de Astarté.

Tanit no podía comprender qué ocurría. Cuando hacia el amanecer oyó que alguien se acercaba a su celda, pensó que Huy iba a liberarla. De un brinco abandonó su lecho para ir a su encuentro. Pero en lugar de Huy apareció ante ella la sacerdotisa Haka.

Después la habían obligado a abandonar el templo y a ascender por la escalera secreta que conducía a la cumbre de los acantilados que se elevaban ante Opet. Allí, en un edificio de muros de piedra y techo de paja, situado junto a la plataforma del sacrificio, que se proyectaba sobre el lago de Astarté, la habían vestido con la túnica ricamente bordada de las mensajeras, colocando flores en sus cabellos.

Por último, la adornaron con pesadas cadenas de oro, brazaletes y ajorcas, éstas sobre los tobillos. Tanit pensó que se desplomaría con todo aquel peso. La joven sabía perfectamente que aquel tesoro formaba parte del ritual del sacrificio y que tenía por objeto su rápido hundimiento en las verdes e infinitas profundidades del lago, a través del cual llegaría al seno de la diosa.

Solemnemente y en silencio fue sentada junto a la pequeña mesa del banquete. Sus pajes, las sacerdotisas, sirviéronle viandas y vinos escogidos y la estimularon a comer. Se trataba de la fiesta del adiós, ofrecida a quienes emprendían algún viaje. Tanit sorbió un poco de vino para combatir su frío interior.

«Huy..., ¿dónde estás, mi amor?», pensó.

Finalmente apareció una sacerdotisa en el vano de la puerta, la cual hizo una seña a las otras, quince en total, que, jóvenes y fuertes, eran más que suficientes para vencer cualquier resistencia.

Las quince sacerdotisas se desplegaron en torno de Tanit sin amenazarla aún, pero dispuestas a cumplir su cometido. Desde lo alto la miraron inexpresivamente. Sus rostros no denotaban piedad ni pesadumbre.

—Vamos —le dijo una de ellas.

Tanit se puso en pie. Acto seguido salieron a la luz del sol. Un poco más allá se extendía la pulida plataforma de piedra que se proyectaba sobre el negro abismo.

El sendero que a ella conducía estaba sembrado de amarillas mimosas, flor consagrada a Astarté. Su suave y nostálgico aroma impregnaba la

atmósfera cálida, en tanto Tanit, agobiada por las cadenas de oro y el miedo, las aplastaba con sus pies desnudos.

Súbitamente la joven se detuvo, petrificada por una voz que llegaba a sus oídos desde el fondo del abismo, un sonido que, debilitado por la distancia, resonaba extrañamente en las paredes de la gruta. Tan pura y hermosa era aquella voz, que Tanit la identificó en seguida.

—¡Huy! ¡Mi dueño! —cuchicheó.

Pero su alegría duró poco porque Huy Ben-Amón estaba entonando la canción ritual de la ofrenda. El era quien la enviaba hacia la diosa. De pronto el mundo se convirtió para ella en un lugar desolado e infernal y se sintió presa en la monstruosa red de una conspiración, cuyo sentido escapaba a su entendimiento. Sólo sabía que Huy la había abandonado y que también estaba contra ella puesto que la ofrecía en sacrificio a la diosa.

Ahora que la vida carecía de sentido para ella, le sería más fácil trasponer la breve distancia que la separaba de la plataforma.

Al llegar al borde de ésta extendió los brazos para hacer el signo del Sol y miró hacia la lóbrega caverna. Junto a las serenas y oscuras aguas del lago estaban el rey y el sacerdote.

Ambos miraron hacia arriba, pero se hallaban muy lejos Para que Tanit pudiese interpretar sus gestos. Lo único evidente para ella era la voz de Huy, que seguía rogándole a la diosa y ofreciéndola en sacrificio.

El odio y la cólera empezaron a reemplazar a la angustia en el ánimo de Tanit. Pero como no deseaba morir albergando tales sentimientos en su corazón, la joven se inclinó sobre el abismo y miró hacia el profundo lago verde.

En tanto ella perdía pie, la voz de Huy cesó abruptamente en medio de una palabra.

Lentamente siguió Tanit inclinándose hacia abajo y, de pronto, se vio en el aire, descendiendo vertiginosamente hacia el lago, bajo el peso de sus ornamentos de oro. Mientras su estómago parecía flotar, en su interior oyó de nuevo la voz de Huy, pero ahora como un lamento desgarrador:

—¡Tanit! Tan violento fue el impacto de su cuerpo con el agua, que Tanit murió instantáneamente. Sus pesados adornos la arrastraron velozmente hacia el fondo del lago. Huy sólo alcanzó a ver un reflejo áureo, tal como si un gran pez hubiera girado para devorar alguna presa.

Manatassi cruzó el gran río en el invierno del año 543 de Opet. Escogió el tiempo fresco para conducir a sus hombres a través del valle, porque en esa estación el agua alcanzaba su más bajo nivel. Realizó la operación al frente de tres ejércitos de variables dimensiones. El menor, de apenas setenta mil hombres, realizó el cruce hacia el oeste, aplastando todas las guarniciones que halló a su paso. Rápidamente ganó luego la costa occidental del lago de Opet, donde se encontraba la estrecha vía de agua que servía a éste de desagüe y facilitaba el acceso de las galeras de Opet al océano.

Aquel brazo de agua, denominado el Río de la Vida por ser la arteria que alimentaba el corazón de Opet, fue cortado en dos por los guerreros de Manatassi, quienes tras liberar a los esclavos encargados del dragado del canal exterminaron a los soldados y jefes de esclavos de la guarnición allí existente. Casi toda la flota de Habbakuk Lal estaba sobre la costa limpiando o reparando sus unidades. Todas las galeras allí varadas fueron incendiadas y sus tripulantes arrojados a las llamas.

Luego el jefe de la operación bloqueó el canal. Sus hombres y los millares de esclavos que acababa de liberar derribaron literalmente una pequeña colina de granito que se erguía junto al Río de la Vida y obstruyeron

con sus bloques el tramo más angosto del río, que a partir de entonces resultó innavegable para toda embarcación mayor que una canoa.

Aquella faena, comparable por su magnitud a la realizada por los constructores de la gran pirámide de **Keops**, aisló a la ciudad y a la población de Opet del resto del mundo.

Simultáneamente el segundo ejército, más numeroso que el primero, atravesó el río en la zona oriental, barrió la tierra de los **dravs** e irrumpió como un terrible huracán en las colinas de **Zeng**.

El tercer ejército, o sea, el mayor, compuesto de casi setecientos cincuenta mil hombres, cruzó el río a la altura de **Sett**, bajo el mando del propio Manatassi, que escogió el lugar para darle a la operación un sentido simbólico.

Marmón, que se apresuró a enfrentarse a él con su única legión de seis mil hombres, fue destrozado en una breve y sangrienta batalla. Después de abandonar la escena de la acción, Marmón se quitó la vida con su propia espada entre las humeantes ruinas de **Zanat**.

Manatassi desplegó sus fuerzas, cuyo eje situó en el camino de Opet, en un frente de treinta kilómetros de largo por cuatro de ancho.

Aquella multitud, obstaculizada por su propio apiñamiento, avanzaba a paso lento y majestuoso.

Practicando la política de la tierra arrasada, Manatassi no hizo prisioneros —hombres, mujeres o niños— ni se preocupó de reunir botín alguno. Simplemente se limitó a quemar telas, cueros y rollos de escritura y a hacer añicos toda la cacharrería existente, arrojando los despojos en la gran pira funeraria de una nación. Después de incendiar los edificios derribó sus ruinas y esparció a los cuatro vientos las calientes losas de piedra.

Su odio, que se nutría de cuanto destruía, aumentaba a medida que crecían las llamas por él provocadas y las ruinas que acumulaba.

El ejército de Opet se componía de nueve legiones, una de **.**; cuales, comandada por Marmón, había desaparecido en el **norte** con su jefe. Otras dos legiones fueron destrozadas en las terrazas de Zeng. Los supervivientes se refugiaron en una docena de fortalezas ahora sitiadas, que se erguían en lo alto de otras tantas colinas.

Con las restantes seis legiones marchó **Lannón Hycanus** desde Opet al encuentro de Manatassi. El choque se produjo a doscientos cuarenta kilómetros al nordeste de Opet. La victoria deparó a Lannón el control de tres kilómetros de territorio y un día de respiro..., pero pagó un alto precio: cuatro mil bajas entre muertos y heridos.

Bakmor, que comandaba la Legión **Ben-Amón** en ausencia del sumo sacerdote, se presentó en la tienda de Lannón cuando todavía el cielo brillaba como un horno porque las piras funerarias y el hedor de carne quemada habían ahuyentado el escaso apetito de los exhaustos combatientes.

—El enemigo ha dejado cuarenta mil muertos en el campo de batalla —informó, eufórico, al rey. Lannón advirtió que Bakmor ya no era un muchacho y que los años habían transcurrido velozmente—. Causamos doce bajas por cada una que nos infligió el enemigo —prosiguió Bakmor.

Lannón, tumbado en su lecho, lo miró desde abajo, mientras un médico vendaba la pequeña herida que tenía en un brazo. Los cabellos y la barba de **Bakmor** estaban endurecidos a consecuencia de la sangre y el sudor secos que los recubrían. Varias arrugas y sombras advirtió Lannón en su hermoso rostro.

—¿Cuándo estarás en condiciones de luchar nuevamente? —preguntó Lannón.

Las sombras que contorneaban los ojos de Bakmor se acentuaron.

, —La lucha ha sido muy dura... —respondió.

La Legión Ben-Amón se había mantenido firme en el centro durante las cruciales horas en que pareció que las líneas de Opet cederían ante la presión de una masa de cuerpos negros y de saetas de acero.

—¿Cuándo? —insistió Lannón.

—Dentro de cuatro o cinco días —respondió Bakmor—. Mis hombres están agotados.

—Tiene que ser antes —le previno Lannón.

De modo que lucharon al día siguiente. La batalla fue tan enconada y costosa como la anterior. Lannón obtuvo otra gran victoria, pero no pudo retener el campo. Dejando más de un millar de heridos a merced de las hienas y los chacales, retrocedió hasta las colinas, donde estableció una nueva línea defensiva.

Volvieron a luchar cinco días después y cinco veces más durante los siguientes setenta días. Al final de ese lapso acamparon a veinte millas romanas de Opet. De las seis brillantes legiones de Lannón sólo quedaban tres.

De poco le sirvió a Lannón haber ganado ocho grandes batallas, en las que el enemigo perdió casi doscientos mil hombres, porque Zeng había caído y sólo unos pocos guerreros supervivientes pudieron describir lo que allí vieron. Todas las ciudades fueron incendiadas y arrasadas hasta sus cimientos, al igual que las huertas. Las minas del Reino Medio fueron destruidas, los esclavos liberados e incorporados a las hordas de Manatassi y las galerías bloqueadas con rocas y tierra.

El canal del Río de la Vida fue obstruido también con piedras. Las galeras de Habbakuk Lal no tenían ahora vía de escape alguna. Nuevas fuerzas acudían del este y del oeste a reforzar el ejército de Manatassi que avanzaba sobre Opet.

A pesar de las pérdidas ocasionadas por Lannón al enemigo, éste parecía no haber perdido nada de su fuerza y determinación. Cada vez que Lannón plantaba sus estandartes en el terreno, dispuesto a disputárselo a Manatassi, nuevas hordas de refresco caían sobre el ejército de Opet. Aunque Lannón mató a decenas de miles de enemigos, sus legiones se desangraron y quedaron tan maltrechas que su moral decayó notablemente.

El día septuagésimo primero de la guerra, una legión entera —seis mil hombres— acuchilló a sus oficiales durante la noche y se dispersó en pequeños grupos. Después de recoger a sus mujeres, que vivían en las aldeas próximas a Opet, aquellos hombres desaparecieron en dirección sur.

Bakmor, que les persiguió un breve trecho, regresó arrastrando un centenar de fugitivos encadenados, que debieron afrontar la cólera de Lannón. Todos eran mestizos con algo de sangre yuye en sus venas y pertenecían a la clase inmediatamente superior a la de los libertos, o sea, la más baja de las que gozaban del privilegio de integrar los ejércitos del rey.

Al parecer no apreciaban tal prerrogativa. Osado, a causa de la certeza que tenía de su próxima ejecución, su portavoz dijo al rey:

—Si nos hubieras otorgado un rango sólo más elevado que el de los perros y hubiéramos tenido algo que defender, habríamos permanecido a tu lado.

Lannón mandó sumergir al hombre hasta morir en un caldero de agua hirviente por su insolencia y se retiró con sus dos últimas legiones a la ciudad.

Sus tropas acamparon fuera de las murallas de Opet, en la costa del lago.

Esa noche Lannón estuvo largo tiempo mirando hacia el norte, donde las hogueras del campamento de Manatassi se sucedían sobre las colinas como innumerables y amarillentas margaritas Namaqua. Manatassi ejercía fuerte presión sobre sus tropas.

Bakmor encontró al rey en el límite del campamento observando las posiciones enemigas. Entusiasmado comunicó a Lannón la mejor noticia que éste recibía en mucho tiempo:

—Se conoce el paradero de Huy Ben-Amón, majestad. Lannón se animó al momento.

—¿Dónde está? ¿Está vivo? ¿Ha regresado? —preguntó. Sólo ahora Lannón se confesaba a sí mismo cuánto había echado de menos al pequeño sacerdote, a quien no veía desde que éste abandonó corriendo la caverna de Astarté, cuando mediaba la ceremonia final del Festival de la Fertilidad de la Tierra.

Pese a la minuciosa búsqueda dirigida por él mismo e incluso a la recompensa de cien dedos de oro prometida a quien informase al respecto, hasta entonces no había conseguido localizar a Huy.

—¿Ha regresado?

¡Cuántas veces, desde su desaparición, había añorado en sus largas noches su compañía, sus consejos y su estímulo!

¡Cuántas veces, en medio del estruendo del combate, había agudizado el oído, tratando de percibir su grito, «¡Por Baal!», y el zumbido cantarino de su enorme hacha...!

En otras ocasiones hubiera deseado tenerle a su lado, porque la mera presencia del sacerdote hubiese bastado para sostener su vacilante línea central o evitar que cediese su débil flanco.

—¿Dónde está? —insistió.

—Un pescador le ha visto en la isla —respondió Bakmor.

El tiempo había transcurrido velado por el dolor. Huy no llevaba la cuenta de los días, que se sucedían imperceptiblemente. La mayor parte del día la dedicaba a los rollos. Había llevado consigo los cinco libros dorados y, cada vez que abandonaba su cabaña, los ocultaba debajo de la estera que le servía de lecho.

Al principio había escrito de día y de noche. Pero desde que se agotó el aceite de su lámpara solía vagar por las noches a lo largo de la playa, donde prestaba oídos al grave siseo y a los gruñidos de la marejada en la arena y al murmullo del viento entre las hojas de las palmeras.

Se alimentaba de almejas de agua dulce y de un pez, desconocido por él hasta ahora, que habitaba en aguas poco profundas. Su barba y sus cabellos estaban sucios y revueltos.

El dolor se reflejaba en sus ojos, salvajes, fantasmales y extraviados, que sólo miraban hacia el pasado.

Pasaron muchos días antes de que la cólera y el resentimiento comenzaran a decrecer en su interior. Desde el fondo de su corazón comenzaron a surgir pensamientos tan oscuros y peligrosos como las siluetas de los tiburones asesinos atraídos por el olor de la sangre.

Una noche, mientras meditaba junto a la hoguera en que calentaba la comida acerca de su país y de sus dioses, llegó a la conclusión de que tanto el uno como los otros eran crueles: sus conciudadanos se dedicaban a acumular riquezas sin reparar en las víctimas que su ambición arrastraba, y sus frívolos dioses exigían sacrificios. Unos y otros eran voraces e insaciables.

Después Huy bajó a la costa del lago y se sentó en la arena. El agua ascendía hasta él y le tiraba de los tobillos antes de retirarse de la playa.

Huy no podía apartar de sí las ideas sombrías y la imagen de Tanit.

¿Qué dioses eran aquellos que escogían para el sacrificio al ser que más amaba su fiel servidor? ¿Por qué no estaban nunca satisfechos? Había renunciado por ellos a sus bienes más preciados y todavía exigían más de él.

¡Qué crueles habían sido al valerse de Lannón para privarle de su amada! Ahora lamentaba no haberle dicho al rey que amaba a Tanit. De haber estado al tanto de ello, Lannón la hubiese protegido. De eso estaba Huy completamente seguro.

En el primer momento había odiado a Lannón por ser éste quien escogió a Tanit para el sacrificio. Pero más tarde prevaleció en él la razón y ahora reconocía que Lannón había obrado de buena fe, ya que desconocía sus relaciones con Tanit.

El rey sólo sabía en aquel momento que su reino corría grave peligro y que debía enviar una importante mensajera a la diosa. De mala gana hubo de admitir Huy que era natural que Lannón escogiera a Tanit y que él hubiese hecho lo mismo.

De modo que dejó de odiar a Lannón.

Súbitamente su odio se desvió hacia quienes habían obligado al rey a proceder de aquella manera, es decir, a sus despiadados dioses.

Más allá del lago se elevó el gran Baal en todo su esplendor, entre áureos y rojizos resplandores.

Hacia el extremo opuesto del lago brillaban en el horizonte los rosados acantilados y las torres de Opet.

Impulsado por una vieja costumbre, Huy se levantó, extendió sus brazos hacia delante para hacer el signo del Sol y se dispuso a entonar el cántico en loor de Baal.

De repente se estremeció de cólera. En su alma comenzó a soplar un viento salvaje que avivó su odio y las llamas de la pira funeraria en que había muerto su fe.

—¡Maldito seas! —gritó—. ¿Qué más deseas de mí, devorador de carne humana? ¿Hasta cuándo seguiré siendo un juguete entre tus manos?

Cerrando con fuerza las manos desafió al Sol naciente. Se le crispó el rostro y sus lágrimas descendieron hasta la revuelta barba.

Luego, internándose en el lago, exclamó:

—¿Hasta cuándo deberé saciar tu cruel apetito, devorador de hombres? ¿Cuántos inocentes deberán ser aún sacrificados para aplacar tu monstruosa sed de sangre?

Cayendo de hinojos en la húmeda arena y mientras el agua se arremolinaba alrededor de su cintura, gritó:

—¡Te repudio!... ¡A los dos os repudio: a ti y a tu anémica consorte! ¡No quiero saber nada más de ti...! ¡Te odio! ¿Me oyes? ¡Te odio!

De repente, calló e inclinó la cabeza hacia delante. El agua se encrespaba suavemente a su alrededor. Después de permanecer inmóvil un instante, sumergió sus manos ahuecadas en el lago y se lavó la cara. Más tarde se levantó y regresó a su cabaña.

Sentía un profundo alivio, la calma que sucede a toda irrevocable decisión: había renunciado al sacerdocio.

Antes de comenzar a escribir en los rollos comió un trozo de pescado ahumado y bebió agua del lago.

Nuevamente escribió sobre Tanit, esforzándose por evocar cada matiz de su voz, su modo de sonreír y de arrugar el entrecejo, su risa y su manera de inclinar la cabeza..., como si pudiese otorgarle la inmortalidad mediante sus palabras o asegurarle mil años de vida a través de los vocablos grabados en un imperecedero rollo de oro.

Levantó la vista del rollo. Sus ojos miopes advirtieron que el día declinaba. Las palmeras proyectaban en la amarilla arena unas sombras alargadas semejantes a las listas de la piel del tigre. Huy volvió a inclinar la cabeza sobre el rollo y siguió escribiendo.

Súbitamente oyó un crujido de pisadas **en la arena**. Una silueta negra oscureció el vano de la puerta.

Cuando Huy volvió a levantar la mirada, vio a Lannón Hycanus en la entrada de su cabaña.

—Te necesito —dijo el rey.

Huy no respondió. Inclinado sobre el rollo, parpadeó mientras observaba a Lannón.

—En esta misma isla me prometiste que nunca me abandonarías —prosiguió Lannón en voz baja—. ¿Recuerdas?

Al mirarle fijamente, Huy percibió las profundas arrugas que el sufrimiento y las preocupaciones habían marcado en el demacrado rostro del rey y sus ojos, que parecían dos cuencas oscuras. La piel de Lannón tenía un tono grisáceo y su barba y sus sienes brillaban como la plata. También advirtió Huy las heridas aún no curadas y las húmedas vendas de lino. En suma, Huy vio a un hombre que había llegado al límite de sus fuerzas y de su voluntad y que sentía en su boca el amargo sabor de la derrota.

—Sí, me acuerdo —respondió y se acercó a Lannón.

Regresaron a Opet a primeras horas de la mañana. Habían pasado la noche conversando frente al fuego en la cabaña de Huy.

Lannón le puso al corriente de las operaciones militares y del estado del país. Le relató todas las batallas y le explicó las diversas tácticas empleadas por el enemigo.

—Yo había confiado en mis elefantes de guerra, pero mi optimismo resultó infundado. Perdimos la mayoría en el primer encuentro. El enemigo utilizó lanzas empapadas en el veneno de miles de abejas. Un prisionero me dijo que habían ahogado con humo a centenares de enjambres y extraído pacientemente el saco ponzoñoso de cada aguijón. Las heridas ardían de tal manera que mis elefantes, enloquecidos, se lanzaron contra nosotros. De modo que tuvimos que defendernos.

También disponen de atletas bien entrenados y capaces de saltar sobre el lomo de los elefantes. Primero saltaban sobre sus compañeros y luego éstos los lanzaban al aire donde daban un salto mortal, a modo de saltimbanquis, caían sobre los conductores y, después de matarlos, clavaban un hierro sobre el pescuezo de la bestia.

—Yo tengo la culpa —dijo Huy—, porque le enseñé esa táctica empleada por los romanos contra los elefantes de Aníbal. Evidentemente asimiló muy bien mis lecciones.

Lannón le describió todas las batallas que, aunque victoriosas, habían debilitado a Opet, y sus lentas retiradas ante la presión de las hordas negras, y se refirió a la creciente desmoralización de sus tropas, a los motines y desertiones, a la destrucción de la mayor parte de su flota y a la obstrucción del canal.

—¿Cuántas naves te quedan?

—Nueve galeras —replicó Lannón— y numerosos barcos pesqueros.

—¿Podríamos transportar en ellos a todas nuestras fuerzas a la margen opuesta del lago?

—No —dijo Lannón, moviendo la cabeza—. De ninguna manera.

Siguieron conversando durante toda la noche. En la negra hora previa a los primeros atisbos del alba, Lannón formuló la pregunta que se había estado mordiendo toda la noche y que sabía que Huy aguardaba.

—¿Por qué me abandonaste, Huy? —dijo en voz baja. Para que el sumo sacerdote creyese que desconocía sus relaciones con Tanit y que la elección de ésta para el sacrificio por parte del rey había sido casual, Lannón debía fingir

una total ignorancia.

Ante aquella pregunta, Huy alzó el rostro; la luz del fuego lo iluminó dejando los ojos a la sombra, semejando a dos oscuros agujeros.

—¿De veras no lo sabes? —le preguntó Huy, mirándole a los ojos.

—Sólo sé que desapareciste después de pronunciar el nombre de la hechicera.

Huy siguió examinando el semblante de Lannón a la luz de las llamas, tratando de descubrir en él algún signo de culpabilidad o falsedad. Pero no vio nada en el rostro cansado y tenso de Lannón, cuyos ojos celestes lograron sostenerle la mirada.

—¿Qué te pasó, Huy? —insistió Lannón—. Muchas veces he tratado en vano de resolver ese enigma. ¿Por qué huiste del templo?

—Por Tanit. Yo la amaba —respondió Huy. El rostro de Lannón cambió de expresión. Durante varios segundos miró fijamente a Huy, afligido y consternado.

—¡Oh, amigo mío...! ¿Qué hice? Yo no sabía... Te aseguro, Huy, que no sabía...

Huy bajó los ojos, observó las llamas y suspiró.

—Te creo —dijo.

—Ruégale a Baal que me perdone, Huy —cuchicheó Lannón, mientras se inclinaba hacia delante para oprimir su hombro—, por haberte causado tan profundo dolor.

—No, Lannón —respondió Huy—. Nunca más volveré a rezar. Perdí a mi amada y renegué de mis dioses. Ahora **no** tengo a nadie.

—Todavía me tienes a mí, viejo amigo —dijo Lannón. Huy sonrió tímidamente.

—Sí —convino—. Todavía te tengo a ti...

Poco después, con los rollos de oro y el hacha en forma de buitre, se dirigieron a la playa, donde Bakmor y la tripulación del barco pesquero aguardaban pacientemente.

Llegaron a Opet a primeras horas de la mañana.

Las legiones aclamaron al rey y al sacerdote al atravesar éstos el campamento. Huy sintió que le quemaban los ojos, anegados de lágrimas.

—No merezco este recibimiento —cuchicheó—. Les abandoné cuando debí permanecer a su lado.

Aunque las dos legiones se componían de los restos de las nueve originales, a Huy le pareció que habían sido reconstituidas sobre la base de la Legión Huy Ben-Amón. En todas partes veía rostros conocidos que le hacían cordiales muecas. Huy se detuvo a conversar con los soldados, tratando de hacerlo en un tono alegre al advertir sus mellados petos, sus heridas mal vendadas y curadas y a veces supurantes.

Todos estaban agotados psíquica y físicamente. Sus sonrisas eran breves y sus vítores forzados. No obstante, eran guerreros en los que persistía cierto espíritu de lucha. Además podían considerarse afortunados al no haber sido víctimas de la fiebre que solía debilitar a los hombres que vivían en campamentos. Con los soldados ocurría un hecho extraño. Generalmente levantaban el campamento antes de que el agua que portaban se ensuciara y el estiércol fermentase, de manera que rara vez les atacaba la fiebre.

En ese momento, los veintiséis mil hombres acampados **en la** costa del lago ofrecían un imponente espectáculo.

Huy sintió renacer dentro de sí una débil llama de confianza y optimismo mientras recorrían las filas. Tal **vez** fuera posible hacer algo con aquellos hombres.

Lannón y Huy comieron con los oficiales. Como no existía racionamiento alguno en materia de cereales, carne y vino, ya que estaban cerca de los graneros de Opet, comieron opíparamente y bebieron sin reparo, mientras sus hombres gozaban de la doble ración de vino que Lannón había ordenado.

A la tarde el rey permitió que las esposas de los guerreros entraran en el campamento, privilegio que usualmente se otorgaba sólo después de una gran victoria, pero jamás antes **de** una batalla.

Millares de mujeres llegaron al campamento desde la ciudad. Muchas de ellas esposas por un día... y de varios hombres.

—Que disfruten —recalcó Lannón, con voz un tanto apesadumbrada, mientras avanzaban a grandes zancadas a través del campamento—. Los dioses saben muy bien que quizá sea ésta la última vez. —De pronto su voz se endureció—:

Ahora escuchadme bien: después de la puesta del sol no debe quedar aquí una sola mujer.

Se produjo ese día un desesperado apareamiento en masa, como si la vida, a punto de extinguirse, tratara de persistir o como si las actitudes amorosas pudiesen atenuar la carnicería del día siguiente.

Abandonando la orgía, Lannón salió del campamento al trote seguido por su escolta.

Así condujo al grupo hasta una elevada estribación que sobresalía de los acantilados y desde la cual se dominaban treinta kilómetros de la costa del lago en cada dirección.

Durante muchas horas observaron desde allí cómo las hordas de **Manatassi** desembocaban a través de los desfiladeros en la ribera ligeramente inclinada del lago. Los observadores apenas hablaban porque realmente aquel espectáculo podía cortar el aliento al guerrero más valiente.

Como un grupo de negras pitones que se desenroscaran lentamente, así se deslizaban las largas y densas columnas de **individuos**. Aquella interminable y primitiva masa humana que ya se arracimaba, ya se desplegaba en el terreno, parecía tan **inevitable** y constante como las mareas o el **desplazamiento** de las negras nubes de una tormenta en un cielo estival. Los observadores callaban, fascinados.

Manatassi acampó con la vanguardia de su ejército en la costa del lago, a tan sólo ocho kilómetros del campamento de Lannón. Aunque la retaguardia no había emergido todavía de las colinas, la planicie intermedia estaba ya atestada de guerreros.

No era posible calcular el número de soldados porque desde allí no se distinguía el final de las columnas.

Lannón y **Huy** descendieron de la alta estribación. Abajo ya había oscurecido. La estrella de **Astarté** brillaba en el cielo **color índigo** sobre **Opet**. Huy desvió la mirada hacia otro lugar.

Ya en el puerto observaron cómo mujeres y niños embarcaron en las galeras que quedaban de la flota de **Habbakuk Lal**. Las galeras se mantendrían cerca de la costa durante la noche y el día siguiente, aguardando el resultado de la batalla. Si éste era adverso a Opet —Huy no dudaba de ello—, las galeras navegarían hacia el sur para escapar a las fuerzas de **Manatassi**. Los hombres que sobrevivieran las seguirían como pudieran.

Como no había espacio para todos los niños y mujeres de Opet, se embarcó primero a las mujeres del rey y de la nobleza y después a las sacerdotisas y las familias de los mercaderes.

A cierta altura de la operación se produjo un feroz tumulto cuando una multitud de mujeres **yuyes** y otras que no pertenecían a clase alguna se

precipitó en el muelle tratando de saltar a las lanchas.

Todas ellas fueron rechazadas a garrotazos por los marineros de Habbakuk Lal. Huy sintió una profunda lástima por aquellas mujeres que chillaban y se cubrían las cabezas con las manos para protegerse de los golpes. Una muchacha **yuye**, sentada en las losas del muelle, aturdida, inclinaba la cabeza sobre el bebé que tenía en su regazo. La sangre fluía por sus largos y negros cabellos, semejantes a cuerdas, y formaba un

oscuro charco en el suelo de piedra.

Lannón se despidió de sus esposas e hijos en la cubierta de la nave capitana de Habbakuk Lal. Con aire digno y distante, observó a cada una de las mujeres que se arrodillaban brevemente ante él. Después hicieron lo mismo sus hijos. Pero

él ya no los miraba desde arriba.

Las dos **mellizas**, muy desarrolladas, se habían convertido en muchachas casaderas. Lindas y vivaces, con sus largos cabellos rubios trenzados y atados con cintas, se aproximaron a Huy para besarle por última vez. La voz de éste sonó áspera cuando se despidió de ellas. Los más pequeños, ajenos a la gravedad del momento, reñían entre sí o chillaban en los brazos de sus niñeras.

Lannón y Huy regresaron a la costa **en** un bote de remos. Los reflejos de las antorchas fluctuaban como luciérnagas en las negras aguas del lago.

La gente, apiñada en silencio en el muelle, se hacía a un lado de mala gana para dejarles pasar. Huy percibió un aire adusto y casi abiertamente hostil en todos los rostros. Rodeados por su escolta atravesaron rápidamente la ciudad en dirección al campamento.

En todas las calles ardían fogatas, en tomo de las cuales la **gente** baja de Opet se emborrachaba y alborotaba disfrutando de las pocas horas de placer previas al temible día siguiente.

La juerga era más salvaje y grotesca que las realizadas con ocasión de los festivales religiosos. Hombres y mujeres bailaban desnudos frente a las llamas o yacían aturdidos por el alcohol en los charcos formados por sus propios vómitos. Otros copulaban en público desvergonzadamente.

Una mujer pasó junto a Huy, ebria, tambaleándose. Su desgarrada túnica, manchada de vino tinto, pendía en jirones de sus pálidos hombros. Uno de sus pechos sobresalía, pleno y redondo, con su gran pezón cobrizo. La mujer tropezó y cayó en una hoguera. Sus cabellos se convirtieron en una brillante tea de color naranja.

En los sombríos senderos de la ciudad se escabullían sombras agobiadas por enormes cargas. Huy sabía que los saqueadores habían entrado en acción en las desiertas casas de los ricos. También sabía que sus esclavos personales seguirían protegiendo su residencia. Sin embargo, se alarmó al pensar en sus libros de oro.

—Majestad, concédeme una hora —dijo cuando llegaron a la curva que descendía hasta su casa, situada junto al lago.

—¿Para qué, Huy? —le preguntó Lannón irritado—. Queda mucho por hacer y tenemos que descansar. ¿Para qué necesitas una hora?

—Para despedirme de las personas de mi casa. Tengo que liberar a mis esclavos de sus deberes y ocultar mis objetos más valiosos, especialmente los rollos de oro.

—Haz lo que quieras —le concedió Lannón **de** mala gana—. Pero no te entretengas. Vuelve lo antes posible.

Los viejos esclavos no alcanzaban a comprender por qué razón les despedía.

—Este es nuestro hogar. No nos eches —le rogaron. **Como** no podía

explicarles el porqué, Huy los abandonó. Acurrucados, muy juntos unos de otros, en las cocinas, perplejos y asustados.

Huy y uno de sus esclavos más jóvenes, doblados bajo el tremendo peso de los rollos cruzaron el templo de Baal y, a través de la hendidura del acantilado, penetraron en la silenciosa y abandonada caverna de Astarté. Todas las sacerdotisas habían huido a bordo de las galeras ancladas en el puerto. Huy se detuvo un instante junto al lago y escudriñó sus profundidades.

—Espérame, amor mío —dijo—. Pronto iré hacia ti. Resérvame un lugar a tu lado.

Dejando atrás la cámara del oráculo, llegó al aposento de los oficiales de la guardia del templo. Todos le saludaron alegremente.

—Nos dijeron que habías muerto, sumo sacerdote.

—¿Debemos seguir apostados en este lugar, señor?

—Relévanos de esta obligación y permítenos combatir a tu lado.

Huy y los oficiales colocaron los rollos en los jarros de barro, que luego sellaron con sus respectivas tabletas de oro. Por último, transportaron los jarros a los archivos, donde los colocaron en los anaqueles de piedra, detrás de una hilera de jarros más grandes.

Acto seguido, Huy regresó a la ciudad y, a través de ella, se dirigió al campamento con los cuatro oficiales y cien hombres de la Legión Ben-Amón, dejando el templo sin custodia.

Lannón le saludó aliviado.

—Temí que no volvieras, Huy. Pensé que los hados nos habían separado una vez más.

—Te di mi palabra, majestad —le tranquilizó Huy—. Mira lo que te traigo.

Y saliendo de la tienda señaló hacia la guardia del templo: cien de los mejores soldados de Opet, equivalentes por lo menos a una cohorte de yuyes.

Lannón se echó a reír.

—Huy, el taumaturgo —dijo.

Volviéndose, observó a aquellos hombres descansados, cuyos bruñidos petos relucían y en los cuales advirtió una feroz determinación que contrastaba con los fatigados semblantes del resto de los hombres de Lannón.

—Constituí mi guardia personal —dijo el rey a los oficiales—. Cuando comience la batalla, manteneos junto a mí y a Huy.

A continuación dejó que se retiraran para comer.

En la gran tienda de cuero, Lannón y Huy planificaron la batalla y determinaron la colocación de las diversas formaciones y los movimientos a efectuar, según las exigencias de la lucha, en tanto los escribas redactaban sus órdenes. Oficiales y ayudantes les interrumpían continuamente para pedir consejo o informar sobre los movimientos del enemigo.

Rib-Addi entró en la tienda para solicitar audiencia, restregándose las manos, tirando nerviosamente de los pelos de su barba y cuchicheando con su misteriosa voz de tenedor de libros.

—El tesoro, majestad... ¿No deberíamos trasladarlo a un lugar más seguro?

—¿Conoces algún lugar que lo sea? —refunfuñó Lannón, mirándole desde arriba, junto a la caja de arcilla en que estaba estudiando con Huy el dispositivo del combate—. Nadie conoce la puerta del Sol. Dejaremos el tesoro donde ahora está. Allí quedará hasta que volvamos por él.

—La guardia ha sido retirada —insistió Rib-Addi—. No es justo...

—Escucha, viejo: se necesitarían mil hombres y diez días para trasladar el tesoro..., y yo no tengo hombres ni tiempo disponible. De modo que vete y déjanos en paz.

Rib-Addi se fue muy afligido. ¿Había acaso algo más importante que el oro y las joyas?

Antes de la medianoche, Lannón se levantó, se pasó la mano por sus densos bucles rubios, ahora alternados con hilos plateados, y suspiró. Parecía enfermo y cansado.

—Es todo cuanto podemos hacer, Huy. El resto queda en manos de los dioses. —Pasó un brazo por los hombros del sacerdote y lo condujo hacia la entrada de la tienda—. Un cuenco de vino, una bocanada de aire del lago... y a dormir.

Fuera de la tienda bebieron mientras la brisa que llegaba del lago agitaba las borlas de los pendones de guerra.

Algo que a Huy le pareció un gran perro pardo, enroscado y dormido a un lado de la tienda, se movió al oír sus voces.

De pronto Huy advirtió que se trataba de **Xhai**, el fiel y pequeño montero **bosquimano**. El hombrecillo, que dormía junto a la entrada de la tienda de su amo, sacudió la cabeza para ahuyentar el sueño, rió entre dientes cuando vio a Lannón y a Huy y se quedó en cuclillas junto al rey.

—Traté de que se fuera, pero no comprende y se niega a abandonarnos —dijo Lannón suspirando—. No tiene sentido que muera... Pero no he podido conseguir que se vaya.

—Dale alguna misión que cumplir —le sugirió Huy. Lannón miró a éste con aire pensativo.

—¿Qué misión?

—Pídele que rastree las huellas del gran león en las riberas meridionales... Tomará el encargo en serio.

—Sí, nos creará —convino Lannón—. **Díselo**, Huy. **.. Huy**, en su propia lengua, explicó al pequeño hombre amarillo que el rey deseaba cazar una vez más al gran león. Xhai arrugó los ojos, hizo una mueca y asintió con la cabeza, **satisfecho** de poder servir al rey, a quien consideraba un dios.

Debes partir inmediatamente—le dijo Huy—. Es **un asunto urgente**.

Xhay se abrazó a rodillas de Lannón, movió la cabeza, enrolló su estera y desapareció entre las sombras del **campamento**.

Lannón y Huy guardaron silencio un instante. Luego **Lannón** preguntó:

—¿Recuerdas la profecía, Huy?

Éste asintió con la cabeza, y se **acordó de Tanit**.

«¿Quién reinará en **Opet** después de mí?»

«El que mate al gran león.»

También recordó lo que seguía:

«¿Qué debo temer?» «La negrura.»

Huy se volvió hacia el norte, donde la gran bestia negra se hallaba agazapada y lista para atacar. Lannón pensaba en lo mismo.

—Sí, Huy —murmuró—. ¡La negrura! En seguida vació el cuenco de vino y arrojó el recipiente a la hoguera, que chisporroteó.

—«A manos de un amigo» —dijo repitiendo el final de la profecía—. Veremos..., veremos... —agregó.

Entonces miró a Huy, y vio que dirigía la vista hacia su casa.

—¡**Oh**, perdóname, viejo amigo!... No fue mi intención echar leña a la hoguera de tu dolor. No debí reavivar en **ti el** recuerdo de la muchacha.

Huy bebió lo que restaba de vino en su cuenco, que arrojó también al fuego. En realidad no necesitaba que nadie le recordase a Tanit, siempre presente en su memoria.

—Ahora descansemos —dijo el sumo sacerdote, cuyo semblante se había marchitado por el dolor.

Al despertar con el ruido de trompas y los gritos de los soldados, Huy

pensó en un ataque nocturno al campamento. Se precipitó sobre su peto, asió su hacha y salió de la tienda tambaleándose y luchando con las correas de su armadura.

El cielo nocturno brillaba con una luz semejante a la del amanecer. Pero ésta procedía de la dirección opuesta, o sea, del lago, e iluminaba las torres y murallas de Opet.

Lannón, medio dormido, se acercó a Huy cuando éste luchaba con su peto y su yelmo.

—¿Qué pasa, Huy?—preguntó.

—En realidad no lo sé —admitió Huy.

Durante un rato observaron el extraño resplandor, que fue en aumento, hasta que cada uno distinguió claramente las facciones del otro.

—¡El puerto! —exclamó Huy, que **al fin comprendió**—. ¡La flota!... ¡Las mujeres!...

—¡Por Baal!... —jadeó Lannón—. ¡Ven conmigo! Y los dos echaron a correr.

Manatassi se había apoderado de los tubos de las ancladas galeras antes de incendiarlas. Un breve experimento con aquellos habíale bastado para enterarse de su funcionamiento. Se trataba de un sistema muy simple, basado principalmente en las corrientes y en la dirección del viento. Manatassi había transportado los tubos a tierra, montándolos en las proas de un par de naves pesqueras de las que se había apoderado, y cuya tripulación se componía de hábiles marineros esclavos, ansiosos por unirse a él.

El viento de la costa le había ayudado, impulsando las naves silenciosamente hasta las bocas del puerto de Opet. Después Manatassi subió a una de ellas y ahora estaba en la popa. Envuelto en su túnica de piel de leopardo, observaba con sus fieros ojos, sedientos de sangre, la trayectoria de las lenguas de fuego, que, después de recorrer un tramo del agua, rizada por el viento, estallaban en una inmensa llamarada.

Impulsadas por el viento, las llamas cayeron sobre el puerto como una rugiente catarata de fuego que iluminó el cielo, provocando una falsa alborada.

Huy estaba junto a Lannón en el muelle. La cuenca del puerto era un infierno de llamas que rugían vorazmente. Densas nubes de humo negro borlaban el cielo estrellado y rodaban como espesas y malolientes olas a través de la ciudad.

Las galeras de Habbakuk Lal semejaban islas en un mar de fuego. Las cubiertas estaban llenas de mujeres y niños pertenecientes a las familias nobles de Opet, cuyos chillidos se elevaban por encima del sordo rugido de aquel homo en llamas.

Los observadores situados en la costa no podían ayudarles. Se limitaban a contemplar, impotentes, el espectáculo, mientras los humildes, a quienes se les había impedido subir a las naves, gritaban, chillaban y reían en las callejuelas del puerto.

Las llamas llegaron a los cascos de madera y a las sogas de amarre y se precipitaron sobre las atestadas cubiertas.

Como hormigas sobre un leño podrido, las mujeres corrieron de un lado a otro y se arremolinaron desatinadamente, hasta que al cerrarse en torno a ellas el círculo ígneo pareció que se encogían.

Una de las galeras comenzó a desplazarse hacia la costa. as amarras se habían

consumido por el fuego y el viento la hacía girar y bambolearse suavemente. El mástil y el cordaje trazaban un contorno de líneas amarillas. En lo alto del castillo de

popa, Helanca e Imilce, las dos hijas mellizas de Lannón Hycanus, permanecían estrechamente abrazadas. Antes de que la galera rozara el muro de piedra del muelle, las llamas ocultaron enteramente y las dos jóvenes desaparecieron.

Manatassi observaba la escena con interés. Las llamas iluminaban sus feroces ojos amarillos. Cuando el fuego cesó y sólo vio ante sí los carbonizados cascos de las galeras todavía humeantes, levantó su mano de hierro en señal de retirada. Los dos barcos pesqueros izaron sus velas y se alejaron, ciñendo el viento, hacia el norte, donde el ejército de Manatassi comenzaba a agitarse como un monstruo que acabara de despertar hacia el alba.

La última batalla debía librarse con una extraña mezcla de ferocidad y tristeza. Así pensaba Huy mientras recorría con Lannón las filas de soldados.

El sol, alto ya, proyectaba largas sombras sobre la seca hierba de la planicie. A su izquierda se extendía la alegre superficie azul del lago, moteada por las blancas crestas de las olas producidas por la brisa matinal. Las aves acuáticas volaban a baja altura en bandadas que avanzaban en ángulo. Sus blancas siluetas se recortaban en un cielo azul y despejado. A la izquierda se elevaban las paredes ásperas de los acantilados, salpicadas aquí y allá de manchas-rosadas y rojizas y cubiertas por una frondosa vegetación.

Huy miró al lago y al acantilado como dos posibles focos protectores.

Delante de ellos, frente a las murallas, se extendía un campo abierto, tapizado por plantas achaparradas y algunos árboles grandes de sombra. El terreno, que descendía suavemente desde el acantilado hasta la ribera del lago, tenía una anchura de una milla romana. Se trataba de un frente despejado, donde no cabía esperar sorpresa alguna, aunque ondulado a la manera de un soñoliento mar ligeramente agitado.

En la retaguardia estaban los edificios y las calles de la ciudad baja, una maraña de muros de arcilla y de techos planos. Más allá elevábanse las imponentes murallas de piedra del templo, tras las cuales asomaban las torres del Sol.

Se trataba de un buen lugar para librar la última batalla, de un frente estrecho, protegido por dos sólidos flancos y en el que contarían con una buena vía de escape.

Lannón avanzaba a grandes zancadas a lo largo de las filas de soldados. La firmeza y decisión que trascendían de su andar desmentían la fatiga de los ojos y la expresión apenada del rostro de aquel hombre que acababa de asistir, impotente, a la muerte de su familia entre las llamas. Huy avanzaba a un paso de distancia, a sus espaldas, estirando sus largas piernas en su peculiar manera desmañada, familiar a todo el mundo. El hacha descansaba sobre el hombro, la armadura, confeccionada a la medida de su giba, muy bruñida, resplandecía al sol. Detrás de ellos iban Bakmor y un grupo de oficiales.

Las legiones estaban desplegadas en perfecta formación de batalla, en opinión de Huy. Cada componente de la infantería ligera, dispuesta en el terreno a modo de cortina, estaba armado con un manojo de jabalinas y varias armas blancas. Más atrás se hallaba la infantería pesada, compuesta de hombres vigorosos, armados de hachas de guerra y protegidos por sólidas armaduras. Estos hombres constituían la columna vertebral de las legiones. Cuando la infantería ligera se viese muy presionada, podría retirarse por detrás de sus filas obligando al enemigo a desgastarse contra aquella compacta muralla metálica.

En la retaguardia estaban los arqueros, que conformaban varios bloques, de los que partiría una lluvia de saetas por encima de las cabezas de los infantes.

El último lugar lo ocupaban los muchachos encargados de los bagajes, listos para proporcionar nuevas jabalinas y flechas a los soldados y portadores de las bolsas que contenían la carne fría y los pasteles de cereal, las ánforas de agua y vino, los yelmos, las espadas y las hachas de repuesto y demás accesorios que reemplazarían a los de su misma especie deteriorados o destruidos durante la batalla.

Al principio de la marcha, Lannón advirtió que entre las filas reinaba un gran silencio. Los hombres, en posiciones cómodas, descansaban junto a sus armas, muchos sin yelmo, otros masticando la última porción de su comida. En todos se advertía la calma exterior de los veteranos habituados a marchar junto a la dama de la guadaña y familiarizados con su rostro de meretriz y el olor de su aliento. En muchos cuerpos se percibían las recientes huellas de sus garras. Sin embargo, en ningún rostro se reflejaba el temor y ninguna sombra **empañaba** sus ojos.

Huy sintió un gran respeto cuando su mirada se encontró con aquellas miradas firmes y experimentó un profundo **orgullo** cuando alguien, haciendo una mueca, gritó:

—¡Hemos echado de menos tu compañía, sumo sacerdote!

—Me alegro de estar de nuevo con vosotros —dijo Huy.

Un gruñido colectivo de asentimiento respondió a sus palabras.

Huy siguió andando, seguido ahora por un alegre **remolino** general.

Lannón y sus oficiales se sumaron a los **bromistas**.

—¡Déjanos algunos enemigos. Pájaro de Sol! —gritó un viejo centurión de cabellos grises.

—Creo que habrá para todos —le respondió **Huy**, riendo entre dientes.

—¿Muchos para cada uno? —gritó otro legionario.

—No creo —respondió **Lannón**—. Porque ningún enemigo puede compararse a **Ben-Amón**.

Innumerables vivas saludaron aquellas palabras. Los vítores se sucedieron a lo largo de las filas desde el acantilado hasta el lago. La sonora marejada siguió sus pasos, mientras Lannón y Huy se dirigían a ocupar sus puestos en el centro de la línea, sobre un montículo desde el cual se dominaba todo el campo.

Sobre sus cabezas flameaban llamativos estandartes de brillante color oro y adornados con borlas de seda de diversos matices. A sus espaldas estaban formados los cien hombres de la ex guardia del templo. Al observar las cohortes perfectamente desplegadas sobre el terreno, bajo el sol que arrancaba reflejos de sus yelmos y armas, Huy pensó que contaba con el ejército ideal para la última batalla, con buenos compañeros para afrontar la muerte. Se quitó el yelmo, lo apoyó en su brazo curvado y gritó:

—¡Aquí el vino!

Los encargados de las provisiones corrieron hacia él con sus cuencos y ánforas. Contenían éstas lo mejor de la bodega de Huy, con vino rojo y espeso, como la sangre que pronto encharcaría el campo de batalla.

Huy levantó su cuenco, saludó a los oficiales y se volvió hacia Lannón.

Durante largo tiempo ambos se miraron a los ojos.

—Vuela por mí, Pájaro de Sol —dijo Lannón en voz baja.

—Ruge por mí, León de **Opet** —respondió Huy.

Después de beber estrellaron sus cuencos contra el suelo y rieron al unísono por última vez.

Los soldados que oyeron sus risas cobraron coraje y miraron hacia el norte.

Manatassi inició su avance cuando promediaba la brillante y cálida mañana. Su frente se extendía desde la ribera del lago hasta el pie del acantilado. Quinientas mil gargantas se desplazaban cantando al compás del rítmico golpeteo de innumerables pies desnudos y del ruido de las armas, que repercutían en el cielo como un trueno interminable. Los hombres marchaban de forma ordenada, contando cada uno con espacio suficiente para manejar cómodamente sus armas. No obstante, cada fila presionaba fuertemente sobre la que precedía y se hallaba lista para cubrir las brechas que se produjesen en ella a fin de mantener un frente inquebrantable.

Las filas de soldados se sucedían sin solución de continuidad y el canto de los hombres semejaba un profundo murmullo.

El ejército invasor se deslizaba lenta y majestuosamente como la sombra de una gran nube tormentosa por una llanura. Manatassi llegaba a Opet cual una noche oscura, comandando una fuerza innumerable como las hojas de hierba de una pradera.

De pronto, el canto de sus guerreros adquirió un tono áspero y amenazador.

Huy se colocó el yelmo y lo sujetó en su cabeza con una correa. Después extrajo de su funda de cuero el hacha en forma de buitre y observó el avance del ejército de Manatassi, vasto como una enorme bestia negra de infinitas patas y coronada por un mar de plumas. Las lanzas brillaban en aquella negrura como los incontables ocelos de un insecto gigantesco.

Jamás había presenciado Huy un espectáculo comparable al ofrecido por Manatassi en el apogeo de su poder. Aquel enemigo era digno de su última batalla. Huy pensó que no significaría una derrota ser batido por él.

Manatassi traspuso deliberadamente las marcas indicadoras de la distancia que Huy había colocado en el terreno: doscientos pasos, ciento cincuenta...

El polvo levantado por un millón de pies se elevaba como una gran nube cobriza sobre la horda, cubriéndola de tal manera que los hombres parecían estar continuamente emergiendo de la movediza y cambiante polvareda.

Huy tenía la boca reseca. La sangre le hormigueaba por su cuerpo tenso. Súbitamente levantó el hacha en forma de buitre muy por encima de su cabeza y miró para comprobar si todos los jefes de arqueros habían visto la señal.

Ciento cincuenta pasos... La negra marea avanzaba hacia él. Su canto varió nuevamente, vibrando en su sangre como el más potente y sobrecogedor aullido que Huy hubiera escuchado en su vida. El vello de sus antebrazos y su nuca se erizó y sus propias entrañas parecieron desprenderse de su cuerpo.

La horda siguió avanzando y estremeciendo el aire con el estruendo de sus pisadas y su canto. Las lanzas tamborileaban en los escudos. Las empenachadas cabezas subían y bajaban.

Huy mantenía en alto el hacha.

Cien pasos... Huy bajó el arma e instantáneamente el aire se pobló de suaves y agudos silbidos, similares a los producidos por las alas de los patos silvestres al atardecer.

Las saetas describían una curva en el aire y se precipitaban sobre el enemigo como densas nubes de langostas.

La bestia negra gruñía, pero continuaba marchando incólume, ya que cada brecha era inmediatamente cubierta y los caídos desaparecían bajo las compactas filas de soldados que pasaban sobre ellos.

La infantería ligera de Huy cedió ante el ataque y retrocedió hasta detrás de las líneas de los infantes pesados.

Manatassi seguía impulsando inexorablemente hacia atrás el frente de

Huy. Al parecer, nada podría contener aquella masa sólida, vasta y potente, que pronto perforaría la valla de yelmos relucientes.

De pronto ocurrió algo increíble: la gran marea negra se detuvo, replegándose sobre sí misma como una jangada cuyos maderos se acumularan unos sobre otros. Las filas que presionaban desde atrás estrecharon el campo de maniobra de los hombres de vanguardia y, abalanzándose sobre éstos, los arrojaron contra el cerco metálico compuesto por la primera línea del ejército de Huy.

Súbitamente el enemigo retrocedió como una ola que refluyera hacia el mar desde una empinada playa.

Inmediatamente los lanzadores de jabalinas avanzaron a través de la infantería pesada para hostigar a los que se retiraban, en tanto los gritos de los centuriones indicaban a Huy que aquellos estaban recomponiendo sus líneas.

—¡Cerrad esta brecha!

—¡Aquí más jabalinas!

—¡Cubrid ese hueco!

—¡Aquí más hombres...! ¡Más hombres aquí!

El ejército de Manatassi retrocedía, se arracimaba, cobraba fuerzas como una encrespada ola y volvía a arremeter hacia delante, golpeaba y presionaba duramente, ganaba un metro de terreno y otra vez retrocedía, cobraba fuerzas y de nuevo se lanzaba hacia delante vigorosamente, estrellándose contra el frente de Huy una y otra vez.

Hacia el mediodía, Lannón y Huy **viéronse** obligados a abandonar el montículo porque la lucha se desarrollaba ya a sus pies. Los estandartes retrocedieron.

Una hora después del mediodía Huy ordenó a sus últimas **reservas** que entraran en acción, reteniendo únicamente bajo su mando directo a la guardia del templo, que se agrupó en torno de los pendones de guerra. Sin embargo, la oscura marejada siguió golpeando sus líneas con el ritmo terriblemente invariable de un mar embravecido.

Huy cedía terreno lentamente, retrocediendo cada vez sólo lo necesario para reafirmar sus líneas, tan frágiles ahora que parecían siempre condenadas a derrumbarse en la siguiente embestida de la negra marejada. Empero seguía resistiendo.

Poco después se encontró Huy luchando, siempre en retroceso, en la ciudad baja. Sin contacto visual con el campo global de la acción, se hallaba ahora en una calle en cuyo extremo un grupo de legionarios contenía a los guerreros negros.

Por primera vez ese día **vióse** Huy obligado a luchar personalmente cuando un pequeño grupo de enemigos irrumpió a través de la fila precedente. De pronto se vio ante varios individuos de ojos **demenciales** y rostros relucientes, sudorosos y grasientos, surcados por listas blanquiamarillas que les daban un aspecto monstruoso e irreal.

Huy les puso fuera de combate y ordenó a la guardia del templo que cubriera la brecha abierta por aquellos.

La batalla estaba ahora fuera de su control. Él y Lannón luchaban en un minúsculo y aislado rincón y sólo podían dar órdenes a los que estaban al alcance de su voz.

Súbitamente, desde un distante sector del campo de batalla, llegó hasta ellos un salvaje rugido triunfal. Lannón oprimió el hombro de Huy y le gritó al oído:

—¡Creo que han roto nuestras líneas!

Huy asintió con la cabeza.

En rigor, la batalla había concluido. Huy no dudaba que el enemigo

estaba irrumpiendo a través de las innumerables brechas tras su destrozado frente. Pronto aquello se convertiría en una cabal derrota. El milagro no se había producido: acababa de perder su última batalla.

—¿Nos retiramos al templo? —le preguntó Lannón.

Nuevamente asintió Huy con la cabeza.

El ejército de Opet había dejado de existir. Sólo restaban de él varios centenares de grupos aislados, cuyos componentes libraban con denuesto, hombro con hombro, su postrer combate, en el que no cabía la rendición, ya que la muerte sería en todos los casos el final obligado de su resistencia.

Protegidos por la guardia del templo, desplegada en círculo a su alrededor, iniciaron la retirada a lo largo de la calle, a pie firme y muy juntos entre sí, conformando con sus escudos un caparazón metálico ante el enemigo.

Las hordas de Manatassi, que se habían situado a la retaguardia, es decir, entre ellos y el templo, acababan de pegar mego a la ciudad baja. Las llamas cobraron fuerza rápidamente. Las calles por las que iban retrocediendo estaban obstruías por ciudadanos aterrorizados y grupos de feroces guerreros bañados en sangre.

Huy se abrió paso, formando siempre con sus hombres un escudo inmune a la presión de los negros de la retaguardia y a la oscura y grasienta humareda que se volcaba sobre ellos.

La puerta principal del templo estaba abierta y desguarnecida. Los guardianes habían huido y en el desierto recinto sagrado reinaba un silencio total. En tanto Huy y diez de sus hombres mantenían a raya al enemigo sobre la escalinata, Lannón ordenó el cierre del portón. Finalmente Huy y sus hombres entraron de espaldas por la estrecha abertura y la puerta fue cerrada del todo.

Mientras descansaban sobre las armas embadurnadas de sangre, aflojaban las correas de sus yelmos y enjugaban el sudor que empañaba sus ojos, Huy le preguntó a Lannón:

—¿Y la puerta del Este? ¿Ordenaste que la cerraran? Lannón le miró, consternado. Su silencio fue más elocuente que cualquier palabra.

—¡Eh, vosotros, seguidme! —exclamó Huy, en tanto escogía a varios hombres con un rápido movimiento de brazo.

Pero ya era demasiado tarde porque un negro alud humano se precipitaba en esos momentos en el cercado templo por la puerta más pequeña.

—¡Testudo! —ordenó Huy—. ¡A la caverna!

Formando nuevamente un caparazón de tortuga, se desplazaron a modo de armadillo recubierto de escamas metálicas' a través del cercado, mientras los guerreros que hormigueaban a su alrededor trataban en vano de perforar sus escudos.

El humo procedente de la ciudad en llamas se arremolinaba en torno a ellos provocándoles asfixia y ceguera.

De pronto, el hombre que se hallaba junto a Huy exhaló un quejido y se cogió la ingle. La sangre empezaba a manar entre sus dedos y en seguida cayó de rodillas.

Avanzaban sobre los cuerpos derribados por la vanguardia de la «tortuga». Muchos de aquellos falsos muertos cobraron vida súbitamente, se colocaron en seguida boca arriba y por último se pusieron con igual rapidez en pie desde debajo de los

faldellines de los soldados.

Huy gritó para alertar a sus hombres, pero todo fue en vano. El enemigo había penetrado ya en la «tortuga» y, brincando, embestía a sus hombres y les acuchillaba, obligándoles a volverse y a defenderse cada uno por sí mismo y a exponer sus espaldas a los ataques de los guerreros externos.

La «tortuga» se desintegró y los negros se lanzaron sobre ellos como un enjambre de abejas.

—¡Aquí, a mi lado!

Huy reunió a Lannón, Bakmor y varios más y se abrió camino a toda prisa en dirección a la grieta de la caverna.

Mientras corrían no dejaban de toser a causa del humo espeso, pringoso y asfixiante.

En tanto Huy despejaba el camino con su hacha, cinco hombres llegaron a la entrada de la caverna. Bakmor, en cambio, que recibió una estocada en las costillas, tapaba la boca de la herida tratando de contener la hemorragia.

Huy cambió de mano el hacha y le ayudó a subir por los peldaños que conducían a la brecha. La sangre de Bakmor, caliente y gelatinosa, corría por el costado de Huy. En lo alto de la escalinata, Bakmor cayó de rodillas.

—Esto es el fin, Huy —jadeó.

Pero Huy lo levantó y traspuso con él la hendidura. Ya dentro, apoyó el cuerpo de Bakmor en el muro de la caverna.

—¡Bakmor! —jadeó, e impulsando la cabeza de éste hacia atrás observó su semblante.

Bakmor lo miró, sin verle, con sus ojos muertos y vidriosos. Huy dejó caer la hermosa cabeza hacia delante y se levantó.

—¡Ya están aquí! —gritó Lannón.

Huy sopesó su hacha y de un brinco se situó junto a Lannón, dispuesto a enfrentarse al primer tropel de negros que apareciera en el pasadizo. Los cuatro —Lannón, Huy y dos legionarios— defendieron la entrada el tiempo suficiente para bloquearla con un montón de cadáveres.

De pronto irrumpieron los arqueros, que lanzaron la primera andanada de saetas a lo largo del pasadizo. Una de éstas se clavó en la garganta de un legionario. Antes de caer al suelo, desplomado, un negro chorro de sangre brotó de su boca.

—¡Aquí no estamos seguros! —gritó Huy—. ¡Volvamos al templo!

Según corrían por el pasadizo nuevas saetas silbaron cerca de ellos. Un dardo dio en el yelmo de Huy y se desvió hacia la pared, de la que brotaron varias chispas. Otra saeta atravesó la juntura del peto del último legionario y se alojó en su espina dorsal. El hombre cayó y, desesperado, clavó sus dedos en el suelo y se arrastró detrás de Huy, valiéndose exclusivamente de sus brazos.

—¡Por favor, señor! —chilló, pensando en la espada que le castraría y destriparía en vida—. ¡No me dejes caer vivo en sus manos, sumo sacerdote!

Huy se detuvo y gritó:

—¡No te detengas, Lannón! ¡Pronto te seguiré! Al verle volver, el legionario exclamó:

—Baal te bendiga, señor.

Y quitándose de un tirón el yelmo de la cabeza, inclinó esta hacia delante exponiendo su cuello.

—¡La paz sea contigo! —dijo Huy, y seccionó la cabeza de un sólo hachazo. Acto seguido se volvió y echó a correr de nuevo. Una saeta hirió de pronto a Huy debajo de un ojo, se detuvo al llegar al hueso y, tras rebanar su carne hasta la oreja, dejó colgando una tira de su carne. Mientras corría en pos de Lannón, Huy la arrancó con cuidado de su oreja.

Juntos atravesaron la caverna de Astarté. Sus pasos resonaban en el alto recinto abovedado. Bordeando las serenas y verdes aguas del lago se dirigieron hacia la puerta del templo.

Al llegar a ésta zumbaron nuevamente los dardos a su alrededor. Lannón tropezó mientras entraban al templo.

—¿Estaremos seguros aquí? —jadeó. '

—No —respondió Huy, deteniéndose **para** recobrar **el** aliento—. ¡Los archivos!...

Súbitamente, al mirar a la cara a Lannón, le preguntó:

—¿Qué ocurre, majestad?

—Yo también estoy herido, Huy.

La saeta se proyectaba fuera de la juntura de la coraza, cerca de su axila izquierda. El ángulo de penetración era tal, que Huy sintió un escalofrío. La punta del dardo debía de hallarse muy cerca del corazón. Huy pensó que la herida era mortal y consideró imposible que Lannón se recobrase de ella.

—¡Qué extraño, Huy! —exclamó Lannón—. No me duele... No puede ser muy grave.

—Tienes suerte —dijo Huy, quien en seguida rompió el asta del dardo, dejando su parte inicial incrustada en la herida, a modo de tapón—. Vamos —dijo y, apoyando suavemente su mano en el brazo de Lannón, condujo a éste a través del templo a los archivos.

—¿La puerta del Sol? —le preguntó el rey.

—Sólo al final —respondió Huy—. Cuando no quede otro recurso —y ayudó a Lannón a introducirse en uno de los huecos de piedra.

—Tu cara... —dijo Lannón, mirándole fijamente a la incierta luz de las antorchas, como si advirtiese por primera vez la herida de su mejilla.

—Con esto te sentirás más cómodo —gruñó Huy, mientras arrancaba un jirón de su túnica y lo anudaba a modo de cabestrillo en el brazo izquierdo de Lannón.

—¿Puedes usarlo? —le preguntó.

Lannón abrió y cerró su mano varias veces.

—¡Magnífico! —exclamó Huy, aprobando con la cabeza y colocando el asa del escudo de Lannón en la mano izquierda de éste. El cabestrillo le ayudaría a soportar el peso del arma.

De pronto Huy ladeó la cabeza. Desde el templo de Astarté llegó a sus oídos un rumor de pisadas furtivas y de voces y el tintineo de las armas.

—Vienen hacia aquí —dijo—. No **tardarán en descubrir el** túnel.

Acababa de decir esto cuando apareció el primer enemigo en la entrada de la sala de guardia. El hombre escudriñó el interior del archivo. A la **fluctuante** luz de las antorchas fijas en sus soportes el negro individuo parecía enorme. Su piel brillaba a causa de la grasa y la pintura que la recubría. Huy captó el característico olor almizcleño de los felinos predatorios.

Saliendo de su escondite desafió en lengua vendí al guerrero negro. Este avanzó a saltos en su dirección. Sus escudos chocaron. El metálico estrépito repercutió en el templo.

Huy sintió el roce del hierro enemigo en uno de sus costados. Pero la lanza que remataba el asta de su hacha en forma de buitre se hundió hasta el hueso en el cuerpo del negro, que se desplomó soltando el arma.

Lannón salió cojeando del hueco y se situó a la izquierda de Huy. Luego, pasando sobre el tembloroso cuerpo del negro, echaron a andar por el túnel, dispuestos a enfrentarse al oscuro tropel de individuos que venían a su encuentro.

Manatassi se hallaba en el templo de Astarté. Aunque la medianoche había quedado atrás, ardían muchas antorchas en los pasillos atestados de guerreros. Tantos eran éstos que Manatassi había hecho derribar las paredes del edificio para que todos tuvieran acceso a la boca del túnel.

Tras la oscura y diabólica boca de piedra, que ya había devorado a muchos de sus soldados, estaban aún los dos demonios de **Opet**, a los que

hasta entonces no había logrado expulsar de aquel lugar. **Todavía** estaban sus hombres retirando cadáveres y heridos de la entrada del pasadizo. A uno de éstos habíanle seccionado un brazo más arriba del codo. Aunque no se quejaba, mientras apretaba el muñón con su única mano, sus ojos aparecían blancos a la luz de las antorchas.

Manatassi sabía perfectamente qué arma había producido aquella herida.

Durante su época de esclavo había conocido en carne propia el poder, la violencia y crueldad de los dioses de Opet, a los que temía... Ahora se hallaba en su baluarte, en la sede sagrada de aquellas temibles deidades.

Manatassi había oído hablar de la maldición que protegía el recinto subterráneo situado más allá del templo de Astarté.

Sin duda, los dos hombres que buscaba se habían refugiado en aquel sombrío agujero.

El temor religioso enfrió la cólera de Manatassi, quien sabía que los dioses blancos le estaban observando. Por eso deseaba acabar con aquello cuanto antes: ansiaba arrasar el lugar y alejarse de allí para siempre. Pero aquellos dos individuos, su suerte estaba sellada, insistían en su inútil resistencia. ¡El fuego y el humo les ahuyentarán de su guarida como a los perros salvajes! —dijo.

De modo que amontonaron ramas junto a la entrada del túnel. Una densa y acre humareda llenó el templo y el pasadizo. Varios soldados de **Manatassi** se agruparon en círculo junto a la boca del túnel. Tosiendo y ahogándose a causa del humo, se mantenían, sin embargo, alerta porque ningún hombre podría permanecer mucho tiempo allí dentro... No obstante, pasó una hora sin que los de dentro diesen señales de vida.

La hoguera se convirtió en un montón de leños humeantes y el propio humo empezó a disminuir gradualmente.

Manatassi ordenó que lo apagaran con agua del lago, y nuevamente escudriñaron el oscuro pasadizo en el que flotaban aún jirones de humo.

El suelo del túnel seguía alfombrado de cadáveres, pero no se percibían signos de vida en él.

Sobreponiéndose a su temor religioso, Manatassi arrebató una antorcha de manos de uno de sus hombres y, sosteniéndola muy por encima de su cabeza, traspuso los calientes y chirriantes leños y entró en el pasadizo. Sorteando los cuerpos de los muertos avanzó a través de charcos de sangre que, muy pegajosa, se adhería a sus pies desnudos. La antorcha arrojaba un haz de luz amarillenta en los nichos de piedra, atestados de jarros de barro. Manatassi conocía el contenido de éstos porque había ayudado muchas veces a **Huy** cuando éste trabajaba en los rollos.

Al mirar a su alrededor en busca de Huy, sus ojos sólo vieron cadáveres negros y huecos vacíos en las paredes.

Al llegar al otro extremo del túnel la luz de su antorcha dio con una imagen a la que identificó como el símbolo del dios del Sol. Su coraje se esfumó ante aquella muestra tangible del poder divino.

De pronto sus ojos dieron con algo que resplandecía a la luz de la antorcha, en el suelo, bajo la imagen solar.

Manatassi contuvo el aliento porque se trataba del hacha en forma de buitre, colocada allí a manera de ofrenda al dios del Sol... Pero el lugar estaba desierto.

Los hombres que buscaba habían ido hacia sus dioses, frustrando su venganza, colocándole en una difícil situación puesto que le obligaban a enfrentarse directamente a las fuerzas sobrenaturales.

Manatassi retrocedió hasta que la imagen del dios se perdió en las tinieblas y echó a correr hacia el templo de **Astarté**. Una vez allí miró de

nuevo hacia la boca del túnel.

—Necesito albañiles. Entre los ex esclavos hay varios. Que sellen esa maldita entrada.

Al ver correr a los hombres que obedecían sus órdenes, Manatassi recobró su valor, es decir, su odio y su ira.

—Destruiré el maleficio... Que este lugar quede maldito para siempre — su voz se convirtió en un grito—. Quemaremos esto... Que el fuego borre este lugar de la faz de la tierra y la memoria de los hombres por siempre jamás.

Acto seguido los albañiles sellaron la entrada del sepulcro de los reyes, poniendo en práctica la técnica aprendida de los hombres de Opet. Al terminar su labor, la boca del túnel había desaparecido.

Después Manatassi arrasó la ciudad, exterminó toda cosa viviente y arrojó a sus víctimas a las llamas que durante muchos días crepitaron en la ciudad baja.

Luego señaló con su zarpa de hierro las torres y las murallas, y sus hombres derribaron bloque tras bloque las murallas, las torres del Sol y el bello templo de Astarté.

Todo fue arrasado hasta sus cimientos. Incluso los senderos enlosados y los muelles de piedra fueron destruidos.

Trabajando como un sinfín de hormigas bien entrenadas, los hombres de Manatassi no dejaron piedra sobre piedra. Los bloques de mampostería fueron transportados cuesta arriba, hacia la caverna, y arrojados desde allí a las verdes e insondables aguas del lago. La ciudad entera fue ofrendada a la diosa.

El lago era tan profundo —o la diosa tan voraz—, que todo desapareció en su seno sin dejar rastro alguno. Las claras y verdes aguas no se elevaron un solo dedo sobre su anterior nivel.

Al partir hacia el este, para completar la destrucción del imperio, Manatassi sólo dejó tras de sí enormes montículos de ceniza que el viento empezó a esparcir a sus espaldas, provocando blancos remolinos.

Manatassi desplegó sus regimientos a modo de red que abarcó a los cuatro reinos, ordenando a sus soldados que borrasen todo vestigio de las ciudades, minas y jardines de los hombres de Opet.

Pero su odio decreció, al fin, como las llamas de un bosque en el que ya no restara un solo árbol, y Manatassi quedó vacío, marchito y sin fuerzas. Su poderoso cuerpo se convirtió en una mera vaina seca. Incluso sus turbios ojos amarillos parecían embotados e indiferentes.

Cuando llegó a Zimbao, la gran ciudad amurallada del Reino Medio, sólo encontró cadáveres de hombres de Opet. La ciudad, como él mismo, era un cuerpo vacío, reseco y abandonado. Esa noche Manatassi, envuelto en un kaross de piel, se durmió junto a una fogata de su campamento. A la mañana siguiente lo encontraron yerto y frío.

Lo enterraron fuera del recinto amurallado. Sus hombres riñeron y lucharon entre sí, porque Manatassi no designó sucesor. Cada uno de sus capitanes se arrogó la jefatura de las tropas y el ejército de Manatassi se escindió en un centenar de tribus.

Con el tiempo, Manatassi y la ciudad de Opet desaparecieron de la memoria de los hombres.

Cuando Xhai, el bosquimano, se sintió viejo y próximo a morir, regresó a Opet.

El caudal del lago había descendido considerablemente. Sus costas se hallaban ahora a treinta kilómetros de los rojos acantilados y sus aguas, nauseabundas, hervían al sol.

Xhai recorrió sin identificarlo el lugar en que se había alzado el templo

de **Baal**, hasta que distinguió en el rojo acantilado la hendidura que comunicaba con la caverna de **Astarté**.

Luego Xhai encendió una pequeña fogata junto al lago y, sentándose frente a las llamas, comenzó a hablar entre dientes consigo mismo, a la manera de los viejos.

Sus recuerdos, ampliados por su imaginación, eran tan deslumbrantes que Xhai trató de fijarlos de algún modo.

Echando mano de su **cinturón**, en el que había atado varios pequeños potes de cuerno que contenían pintura y estaban tapados con trozos de madera, se dirigió hacia el muro

posterior de la caverna.

En el sector más suave de la roca trazó con carbón el perfil de una figura. Trabajó lentamente, con gran esmero y cariño.

Después mezcló los colores y comenzó a pintar la altiva imagen de un hombre semejante a un dios, de rostro pálido y barba cobriza, de un ser majestuoso, viril y altanero.

De pronto, mientras trabajaba, creyó oír un fantasmal cuchicheo, un rumor de voces que llegaban hasta él desde detrás de la roca, desde el propio sepulcro de los reyes.

—Tengo frío, **Huy**. Por favor, viejo amigo, mátame en señal de amistad, como predijo el oráculo.

—No puedo, **Lannón...** No puedo hacer tal cosa.

—Tengo frío y sufro, Huy. Si eres mi amigo, **me** darás muerte.

—Soy tu **amigo**.

—Vuela por mí, Pájaro de Sol.

Mientras el anciano seguía pintando, el viento susurraba y lanzaba suspiros a lo largo de los acantilados, y el suspiro era como el de un hombre que, además de haber perdido su patria y su amor, hubiese renegado de los dioses y asestado el golpe de gracia a su mejor amigo... como el de alguien que, tras afirmar la empuñadura de su espada, todavía empapada en la sangre de su amigo, en un hueco del suelo, colocara la punta del arma entre sus costillas y se dejase caer sobre su hoja.

“THE RAND DAILY MAIL” 27 de mayo

Louren Sturvesant, el multimillonario financiero, muere víctima de una misteriosa enfermedad

BOTSUANA (sábado). Louren Sturvesant, el conocido y multimillonario financiero y deportista de **Kleine Schuur, Saixdown (Johannesburgo)**, falleció ayer en esta ciudad tras una breve enfermedad.

El señor Sturvesant se hallaba de visita en el lugar que ocupó la antigua ciudad cartaginesa, descubierta recientemente en **Botsuana**. El jefe de la expedición, el doctor Benjamín **Kazin**, contrajo la misma enfermedad, considerada infecciosa.

El doctor Kazin fue trasladado en avión a Johannesburgo. Un portavoz del hospital en que se le asiste ha informado que su estado es crítico.

«THE FINANCIAL GAZETTE» 28 de mayo

(Stop Press)

Las acciones de la Anglo-Sturvesant bajan 97 puntos Pánico en la Bolsa

HOLLARD STR. (lunes). A consecuencia de la muerte de Louren Sturvesant, presidente de la Anglo-Sturvesant, las acciones del Grupo Sturvesant han bajado hoy bruscamente en la Bolsa de Johannesburgo.

«THE STAR» 3 de junio *Famoso arqueólogo
recobra el conocimiento*

Johannesburgo (viernes). Después de permanecer en coma durante diez días, ha recobrado hoy el conocimiento el doctor **que Benjamin Kazin**, según informó un portavoz del hospital en el cual se encuentra ingresado.

El doctor Kazin, director del Instituto de Antropología y Prehistoria Africana y descubridor de la antigua ciudad **cartaginesa de Opet**, contrajo una extraña infección fungosa **mientras trabajaba** en el área en que realizó su descubrimiento.

El enfermo fue visitado hoy por su colaboradora, la doctora **Sally Benator**, quien al salir del hospital declaró que el doctor **Kazin** estaba «mucho mejor, aunque muy perturbado por la muerte del señor **Sturvesant**».

«THE STAR» 6 de septiembre
Boda de dos conocidos arqueólogos

CIUDAD DEL CABO (viernes). El doctor **Benjamín Kazin**, descubridor de la ciudad cartaginesa de **Opet**, ha contraído matrimonio con su antigua colaboradora, la doctora Sally Benator, en una breve ceremonia civil celebrada hoy en esta ciudad. La novia manifestó que pensaba trabajar durante su luna de miel en el área de la antigua ciudad de Opet.

«THE TIMES» 20 de abril
Homenaje a un arqueólogo

LONDRES (sábado). La **Royal Geographical Society**, en una sesión extraordinaria convocada al efecto, ha galardonado hoy con la valiosa medalla del fundador y patrono de la Sociedad al doctor **Benjamín Kazin**.

Después de la reunión, y durante una breve ceremonia, fue colgado en uno de los salones de la Sociedad un retrato del doctor Kazin, realizado por el conocido pintor **Pietro Annigoni**.

El doctor Kazin estaba acompañado por su esposa, la doctora Sally Kazin, muy conocida también en el mundo de la arqueología.

La pareja pasará dos semanas de vacaciones en Gran Bretaña y en el continente europeo antes de regresar a **África**.